

El arco iris

D.H. Lawrence

Capítulo I

Cómo Tom Brangwen se casó con una mujer polaca

I

Varias generaciones de los Brangwen habían vivido en la granja Marsh, en los prados por los que el Erewash de aguas mansas corría sinuoso entre los alisos, separando Derbyshire de Nottinghamshire. A unos tres kilómetros de la granja, la aguja de la iglesia descollaba en la colina, por la que trepaban, diligentes, las casas del pueblo. Cada vez que uno de los Brangwen levantaba la cabeza de su labor en los campos, lo que veía era el campanario de Ilkeston en el cielo vacío, y así, cuando su mirada regresaba a la tierra horizontal, era consciente de que algo se erguía por encima de él, a lo lejos.

Había en los ojos de los Brangwen una expresión singular, como si esperasen ávidamente algo desconocido. Tenían ese aire de estar preparados para lo que pudiera ocurrirles, una especie de seguridad, de expectativa: el aire de un heredero.

Eran gente saludable, rubia, de hablar lento, que se mostraba tal como era sin ninguna reserva, aunque despacio, por lo que podía apreciarse en sus ojos el paso de la risa a la ira: de una risa luminosa y azul a una ira de mirada azul y dura, pasando por todas las indecisas fases del cielo cuando el tiempo está variable.

Como vivían en aquellas tierras fértiles, tierras de su propiedad, próximas a un pueblo que no paraba de crecer, habían olvidado lo que era pasar apuros económicos. Nunca se hicieron ricos, porque siempre había hijos entre los que repartir el patrimonio. Pero en la granja Marsh nunca faltó de nada.

Así, los Brangwen iban y venían sin miedo a la penuria, trabajando con ahínco, no por necesidad sino porque estaban llenos de vida. Tampoco eran malgastadores. Tenían en cuenta hasta el último céntimo, y el instinto les hacía aprovechar incluso las mondas de las manzanas, para dárselas al ganado. Pero el cielo y la tierra bullían a su alrededor, ¿cómo iba esto a tener fin? Sentían la corriente de la savia en primavera, conocían la fuerza que no puede detenerse, que año tras año impulsa a la semilla para que ésta germine y, al retirarse, deja en la tierra sus brotes jóvenes. Conocían la íntima relación que existe entre el cielo y la tierra, el sol escondido en el pecho y en las entrañas, la lluvia succionada a lo largo del día, la desnudez que trae consigo el

viento en otoño, y así de nada sirve que los pájaros se oculten en sus nidos. Su vida y sus relaciones consistían en sentir el pulso y el cuerpo de la tierra, que se abría en surcos para acoger la simiente y quedaba alisada y fina tras el paso del arado, se pegaba a las plantas de los pies, porque pesaba como el deseo, y se mostraba dura e indiferente cuando llegaba el momento de la siega. El maíz joven ondulaba como la seda, y su brillo acariciaba las extremidades de los hombres que lo veían. Apretaban las ubres de las vacas y las vacas daban leche y palpitaban en las manos de los hombres, acompasándose el latido de la sangre en las tetas de las vacas con el pulso de las manos de los hombres. Montaban sus caballos, sujetando la vida entre las rodillas para engancharlos al carro y, con una mano en la argolla de la brida, los hacían levantarse en contra de su voluntad.

En otoño cacabeaban las perdices, las bandadas de pájaros pasaban como un soplo de rocío por encima de las tierras en barbecho y los grajos aparecían en el cielo acuoso y gris, volando hacia el invierno con sus graznidos. Entonces los hombres se sentaban en casa al calor del fuego y, mientras las mujeres trajinaban con ligereza, ellos, con el cuerpo y las extremidades impregnadas por el día, el ganado y la tierra, la vegetación y el cielo, se sentaban al fuego con el cerebro inerte, como si la sangre fluyera con dificultad por la acumulación del esfuerzo de todo el día.

Las mujeres eran distintas. También en ellas dormitaba la intimidad de la sangre, los terneros de leche, las gallinas que corrían en tropel y los gansos que palpitaban en la mano cuando los atiborraban a comida y los ahogaban. Pero las mujeres miraban, desde las ciegas y acaloradas relaciones de la vida de la granja, al mundo verbal de fuera. Eran conscientes de los labios y de la mentalidad del mundo que hablaba y se expresaba; oían su rumor a lo lejos y se esforzaban por escucharlo.

A los hombres les bastaba con que la tierra se levantara en un montículo y les abriera sus surcos, con que el viento soplara para secar el trigo húmedo, agitando las jóvenes espigas y haciéndolas girar; les bastaba con ayudar a la vaca a parir o con cazar las ratas que merodeaban por debajo del granero, o con partírlle el cuello a un conejo de un solo golpe con el canto de la mano. Era tanto el calor y la fuerza reproductora, y el dolor y la muerte que sentían en su sangre, tanto cielo y tierra y animales y plantas, tanto cambio e intercambio el que tenían con todos estos elementos y seres, que su vida era plena y estaba sobrecargada, sus sentidos perfectamente alimentados, sus caras siempre atentas al calor de la sangre, mirando el sol, deslumbradas de tanto contemplar la fuente de generación, incapaces de darle la espalda.

La mujer, sin embargo, quería una vida distinta, algo que no fuera intimidad sanguínea. Su casa, de espaldas a las granjas y los campos de cultivo, miraba al camino y al pueblo, con su iglesia y su Ayuntamiento, y al mundo, más allá. Quería ver el lejano mundo de las ciudades y los gobiernos y el alcance de la actividad humana, la tierra mágica a sus ojos, donde los secretos se desvelaban y los deseos se hacían realidad. Miraba hacia fuera, donde los hombres, dominantes y creativos,

habían dado la espalda al palpitante calor de la creación y, dejando esto atrás, se disponían a descubrir lo que había más allá, a ampliar sus horizontes y el campo de su libertad, mientras que los varones de la familia Brangwen miraban hacia dentro, a la pujante vida de la creación, que corría, indecisa, por sus venas.

Contemplando la actividad humana del mundo en general desde la puerta de su casa, tal como le correspondía, mientras su marido miraba en dirección contraria, al cielo y la cosecha, los animales y los campos, la mujer se esforzaba para ver qué había logrado el hombre fuera con su lucha por el conocimiento, se esforzaba para oír cómo se expresaba él en su conquista, y sus deseos más hondos estaban puestos en la batalla que oía a lo lejos, la que se libraba en el filo de lo desconocido. También ella quería saber y formar parte de las huestes en combate.

Muy cerca de casa, en Cossethay, estaba el vicario, que hablaba ese otro idioma mágico y tenía ese otro porte más refinado, cosas ambas de las que ella se percataba, aun cuando nunca pudiera alcanzarlas. El vicario se movía en mundos muy alejados de aquel en el que existían sus vecinos. ¡Como si ella no conociera a sus vecinos!: saludables, lentos, de complexión fuerte y más que experimentados, pero simples, apegados a la tierra, cerrados al exterior y con un radio de movimientos muy restringido. El vicario, por su parte, que era moreno y seco y pequeño en comparación con su marido, tenía tal rapidez y tal radio de acción que, a su lado, Brangwen, con su derroche de afabilidad, parecía torpe y provinciano. La señora Brangwen conocía a su marido. En la naturaleza del vicario, sin embargo, había algo que escapaba a su conocimiento. Tal como Brangwen tenía poder sobre los animales, el vicario lo tenía sobre su marido. ¿Qué tenía el vicario que lo elevaba por encima de los hombres corrientes, igual que se eleva el hombre por encima de las bestias? Ella anhelaba saberlo. Anhelaba alcanzar esta condición más elevada del ser, si no para sí, al menos para sus hijos. ¿Qué era lo que hacía a un hombre fuerte, aun cuando fuese pequeño y físicamente frágil, como es pequeño y frágil cualquier hombre al lado de un toro, y a la vez es más fuerte que éste? No eran el dinero ni el poder ni la posición. ¿Qué poder tenía el vicario sobre Tom Brangwen? Ninguno. No obstante, si se les despojara de todo y se les abandonara en una isla desierta, el vicario sería el amo. Su alma era dueña del alma del otro. Y ¿por qué? ¿Por qué? La mujer de Brangwen decidió que era cuestión de conocimiento.

El vicario era un hombre bastante pobre y no demasiado competente, pero cerraba filas con los otros, con los superiores. La mujer de Brangwen había visto nacer a los hijos del vicario y los había visto corretear al lado de su madre cuando eran diminutos. Y ya entonces estaban separados de sus propios hijos, eran distintos. ¿Por qué, pensaba ella, se marcaba a sus hijos como inferiores a los de otros? ¿Por qué los hijos del vicario tenían prioridad inevitablemente sobre los suyos, por qué se les daba desde el principio una posición de dominio? La razón no era el dinero, ni siquiera la clase social. Era la educación y la experiencia, concluyó la mujer de Brangwen.

Era eso, esa educación, esa forma de vida superior lo que la madre deseaba dar a

sus hijos para que ellos también pudieran vivir la mejor vida posible en esta tierra. Y es que sus hijos, al menos los hijos de su alma, tenían un carácter cabal y debían ocupar una posición de igualdad con la gente importante de la comarca, en vez de ser relegados al olvido como los jornaleros. ¿Por qué tenían que vivir olvidados y oprimidos, por qué tenían que sufrir esa falta de libertad de movimiento? ¿Qué debían aprender para entrar en ese círculo de la vida más vivo y refinado?

La imaginación de la señora Brangwen se encendía cuando veía a la mujer del señor de Shelly Hall, que iba a la iglesia con sus niñas, tan bien vestidas, con sus capas de piel de castor y sus elegantes sombreritos, y la propia madre como una rosa de invierno, tan rubia y delicada. Tan rubia, de tan fina hechura, tan radiante, ¿qué sentía la señora Hardy que ella, la señora Brangwen, no sintiera? ¿En qué se diferenciaba la naturaleza de la señora Hardy de la de las mujeres corrientes de Cossethay, en qué estaba por delante de ellas? Todas las mujeres de Cossethay hablaban con entusiasmo de la señora Hardy, de su marido, de sus hijos, de sus invitados, de sus vestidos, de sus criados y de su mansión. La mujer del señor era el sueño viviente de todas ellas; su vida, la epopeya que a todas inspiraba. En ella vivían las mujeres del pueblo con la imaginación, y también en las habladurías que circulaban sobre su marido, que bebía, y sobre su escandaloso hermano, y sobre su amigo, lord William Bentley, parlamentario regional, y así veían desarrollarse las mujeres su propia Odisea, a Penélope y a Ulises delante de sus ojos, y a Circe y a los cerdos, y el eterno tejido del sudario.

Así las mujeres del pueblo se sentían afortunadas. Se veían reflejadas en la señora de la mansión; todas ellas vivían el cumplimiento de sus aspiraciones a través de la vida de la señora Hardy. Y la señora Brangwen, en la granja Marsh, aspiraba a ser más de lo que era, a la vida más plena de la otra mujer, más refinada, a esa personalidad más amplia que se revelaba en la señora Hardy, tal como un viajero, con su actitud independiente, revela los países lejanos que lleva dentro. Pero ¿por qué el conocimiento de países lejanos puede transformar la vida de un hombre, volverla más refinada, más grande? Y ¿por qué es un hombre más que la bestia y que el ganado que lo sirve? Es lo mismo.

En la parte masculina del poema figuraban hombres como el vicario y lord William, hombres esbeltos y ambiciosos, de extraños movimientos, hombres que estaban al mando de los campos más lejanos, con una vida que abarcaba un amplio territorio. Ah, qué cosa tan apetecible era el trato con aquellos hombres maravillosos, dotados de la facultad de pensar y comprender. Las mujeres del pueblo quizá le tuvieran mucho más cariño a Tom Brangwen y se encontrarán más cómodas en su compañía, pero, si se hubieran visto privadas del vicario y de lord William, se habrían sentido como si les cortaran la rama principal: se habrían vuelto toscas, faltas de inspiración y con tendencia al odio. Mientras las maravillas de lo lejano siguieran ante sus ojos, las mujeres podían ir tirando, fuera cual fuera su suerte. Y es que la señora Hardy, el vicario y lord William se movían entre las maravillas de lo lejano,

pero sus movimientos quedaban a la vista de la gente de Cossethay.

II

Alrededor de 1840 se construyó un canal que atravesaba los prados de la granja Marsh, para comunicar las minas de carbón recién abiertas en el valle del Erewash. Un muro alto contenía el canal que surcaba los campos, pasaba cerca de la casa y cruzaba la carretera por debajo de un recio puente.

Así, la granja quedó separada de Ilkeston y encerrada en el pequeño lecho del valle, que terminaba en la bulliciosa colina y la aguja de la iglesia de Cossethay.

Los Brangwen recibieron una buena suma de dinero por esta violación de sus propiedades. Poco después se abrió una mina de carbón al otro lado del canal y, más tarde, el ferrocarril de la Región Central cruzó el valle, a los pies de Ilkeston, con lo que la invasión fue entonces completa. El pueblo creció a buen ritmo, y los Brangwen siguieron ocupados en la producción de víveres y se enriquecieron: se convirtieron casi en comerciantes.

Pese a todo, la granja Marsh continuó alejada y sin cambios, en el lado antiguo y tranquilo del muro del canal, en el soleado valle por el que las aguas lentas discurrían en compañía de imponentes alisos y el camino pasaba por debajo de los fresnos más allá de la cancela del jardín de los Brangwen.

Ahora bien, mirando desde la cancela del jardín camino adelante, a mano derecha, al otro lado de los oscuros arcos del canal había una mina de carbón activa bastante próxima, y más allá, se veían las casas rojas y toscas, amontonadas en el valle, y detrás de todo, la colina tenue y humeante del pueblo.

La vivienda se encontraba en el lado seguro de la civilización, al otro lado de la cancela. La casa se alzaba desnuda, apartada del camino por un sendero recto que cruzaba el jardín y en primavera se llenaba de narcisos verdes y amarillos. A ambos lados había arbustos de lilas, durillo y aligustre que ocultaban completamente las dependencias de la granja, construidas detrás.

La confusión de cobertizos se extendía hasta los alrededores de la vivienda, partiendo de dos o tres patios poco definidos. Pasado el último edificio se encontraba el estanque de los patos, que cubrían con sus plumas blancas las orillas de tierra blanda. El viento arrastraba las plumas sucias hasta los prados y las aulagas, más abajo del muro del canal, elevado como un fortín muy cercano, de manera que a veces se veía pasar la silueta de un hombre andando, o la de un jinete que surcaba el cielo arrastrando un caballo de la brida.

Al principio los Brangwen estaban asombrados con tanto revuelo. La construcción de un canal en sus tierras les hizo sentirse extraños en su propia casa, y aquel talud de tierra pelada, además de encerrarlos, los sumía en el desconcierto. Hasta los campos en los que trabajaban, al otro lado del muro de contención ahora familiar, llegaba el ruido rítmico de las bobinas mecánicas, alarmante al principio, como un narcótico para el cerebro al cabo de un rato. Luego, el silbido estridente de los trenes resonaba en el corazón con temeroso placer, anunciando la inminente

llegada de lo lejano.

Cuando volvían del pueblo en la carreta, camino de casa, los ganaderos se cruzaban con los tiznados mineros que salían como un ejército del pozo de la mina. Cuando recogían la cosecha, el viento del oeste traía un leve olor a azufre de los desechos del pozo que estaban quemando. Cuando arrancaban los nabos en noviembre, el agudo y persistente cling, cling, cling de las vagonetas vacías al cambiar de vía vibraba en su corazón con la certeza de que otra actividad se desplegaba fuera de su alcance.

El Alfred Brangwen de esta época se había casado con una mujer de Heanor, hija de El Caballo Negro. Era una joven delgada, guapa y morena, con una pintoresca manera de hablar, y carácter voluble, de ahí que las barbaridades que decía no ofendiesen a nadie. Era muy suya, quejumbrosa, pero ajena e indiferente por naturaleza, y por eso sus largas y lamentables protestas, cuando le levantaba la voz a su marido en particular y a todo el mundo a continuación, solo servían para asombrar y enternecer a quienes la oían, aunque también para irritarlos e impacientarlos. Se despachaba a gusto con su marido, pero siempre en un tono de voz equilibrada, de vuelo fácil y con una manera de hablar tan pintoresca que a él le calentaba la barriga de orgullo y triunfo masculino, aun cuando arrugaba el ceño, humillado por las cosas que ella decía.

Así, el propio Brangwen tenía un cómico frunce en los ojos, una especie de risotada, pero muy silenciosa e intensa, y era un hombre consentido como un señor de la creación. Hacía tranquilamente lo que quería su mujer, se reía de sus quejas, se disculpaba en un tono burlón que a ella le encantaba, seguía sus inclinaciones naturales y, a veces, si ella lo hería en lo más vivo, la atemorizaba y la desarmaba con una furia profunda y tensa que parecía instalarse en él y apoderarse de su ánimo por espacio de varios días, y ella entonces era capaz de dar cualquier cosa por aplacarlo. Eran dos seres muy distintos, vitalmente conectados, que nada sabían el uno del otro y que vivían cada cual a su manera, pero compartiendo una misma raíz.

Tenían cuatro hijos y dos hijas. El hijo mayor huyó pronto a la mar y no regresó nunca. A raíz de esto, la madre reforzó su papel de nódulo y centro de atracción de la casa. El segundo de los hijos, Alfred, a quien la madre más admiraba, era el más reservado. Lo enviaron a la escuela, en Ilkeston, y allí hizo algunos progresos. Pero, a pesar de sus anhelos y su esfuerzo tenaz, no logró pasar de los rudimentos en ninguna asignatura, aparte del dibujo. En esto, para lo que tenía cierto don, se aplicó como si ahí depositara todas sus esperanzas. Después de mucho refunfuñar y rebelarse ferozmente contra todo, después de mucho quejarse y mucho dudar, cuando su padre estaba indignado con él y su madre al borde de la desesperación, se hizo dibujante en una fábrica de encajes de Nottingham.

Siguió siendo bruto y zafio, hablando con un marcado acento de Derbyshire, apoyándose con ahínco en su trabajo y su posición en la ciudad y haciendo buenos diseños, y ganó bastante dinero. Pero, cuando dibujaba, su mano se deslizaba por

naturaleza en trazos grandes y audaces, bastante descuidados, y así, el diseño de los encajes era una crueldad insoportable para él, pues se veía obligado a trabajar con aquellas cuadrículas diminutas, contando, trazando y rezongando. Lo hacía con tozudez, con angustia, con el estómago encogido, aferrándose a toda costa a este destino de su elección. Volvía luego a la vida rígido y en tensión, hablaba de un modo extraño y era un hombre casi amargado.

Se casó con la hija de un farmacéutico, que se daba ciertos aires de superioridad, y así se transformó en una especie de snob, a su tozuda manera, desarrolló una auténtica pasión por los signos de refinamiento externo en su casa y perdía los estribos cuando ocurría una torpeza o una vulgaridad. Más tarde, cuando sus tres hijos iban creciendo y él era un hombre formal, cercano a la mediana edad, empezó a perseguir a mujeres extrañas y se convirtió en seguidor inescrutable de los placeres prohibidos, despreciando sin reparos su indignante vida burguesa.

Frank, el tercer hijo, se negó rotundamente a estudiar desde el principio. Desde el principio merodeaba por el matadero, que se encontraba en el tercer patio, detrás de la granja. Los Brangwen siempre habían matado la carne que comían y además abastecían de ella al vecindario. Así terminó por desarrollarse un negocio cárnico estable en torno a la granja.

De niño, Frank se sentía atraído por el reguero de sangre oscura que cruzaba el pavimento del matadero a los establos, por la imagen del hombre que cargaba con la mitad del cuerpo de una ternera enorme para llevarla al cobertizo de la carne, con los riñones a la vista, incrustados en sus gruesos faldones de grasa.

Frank era un chico guapo, de pelo castaño suave y rasgos armónicos, con cierto aire de efebo romano. Y era más alterable que los demás, más influenciado y más débil de carácter. A los dieciocho años se casó con una chica de la fábrica, pálida, regordeta y callada, de ojos ladinos y voz adolorada, que se le había insinuado y que le dio un hijo cada año y le tomó el pelo. Cuando se hizo cargo del negocio, Frank ya se había vuelto insensible a la carne y sentía por ella una especie de desprecio que lo llevaba a desatender sus responsabilidades. Bebía, y era frecuente encontrarlo en la taberna, charlando, como si entendiera de todo, cuando en realidad no era más que un bocazas.

De las hijas, Alice, la mayor, se casó con un minero y vivió una tormentosa temporada en Ilkeston, antes de trasladarse a Yorkshire con su numerosa prole. Effie, la pequeña, se quedó en la granja.

Tom, el menor de los hijos, era mucho más joven que sus hermanos, y en realidad se había criado en compañía de Alice y Effie. Era el favorito de su madre, que, movida por el entusiasmo, decidió enviarlo a la escuela secundaria de Derby a la edad de doce años. El chico no quería ir, y su padre habría terminado por ceder, pero la señora Brangwen se empeñó de todo corazón. Su figura esbelta, agradable y severa, con faldas hasta los pies, era para entonces el centro de decisiones de la casa, y, cuando tomaba una decisión, cosa que no era frecuente, la familia se plegaba a sus

deseos.

Así, Tom fue a la escuela a regañadientes y desde el principio quedó claro que se habían equivocado. Creía que su madre tenía razón al ordenar su ingreso en la escuela, pero sabía que si tenía razón era exclusivamente porque era incapaz de ver su carácter. Mientras que él, con esa honda e instintiva presciencia de los niños, sabía lo que iba a ocurrirle en la escuela, la imagen tan deplorable que los demás tendrían de él. Sin embargo, aceptó el castigo como un hecho inevitable, como si fuera culpable de su propia naturaleza, como si hubiera algo malo en él y su madre estuviera en lo cierto. De haber podido ser lo que quisiera, habría sido lo que su madre, con cariño pero ilusoriamente, esperaba que fuese. Habría sido listo y capaz de convertirse en un caballero. Ésas eran las aspiraciones de su madre para él, y por tanto a él le parecían las aspiraciones propias de cualquier chico. Pero es imposible hacer un bolso de seda con una oreja de cerdo, tal como Tom le dijo a su madre desde muy pronto, refiriéndose a sí mismo, con gran vergüenza y pena para ella.

Una vez en la escuela, libró un violento combate contra su incapacidad física para el estudio. Se sentaba como si estuviera atenazado, y cobraba un aspecto pálido y fantasmagórico con el esfuerzo para concentrarse en el libro y asimilar lo que tenía que aprender. Pero era inútil. A lo sumo conseguía vencer su repugnancia inicial y entrar en materia como un suicida, pero no llegaba mucho más allá. No podía aprender por más que se empeñase. Lisa y llanamente, su cerebro no funcionaba.

En el aspecto emocional estaba más desarrollado, era sensible al entorno, bruto tal vez, pero al mismo tiempo delicado, muy delicado. Por eso tenía una opinión muy modesta de sí mismo. Era consciente de sus limitaciones. Sabía que tenía un cerebro desesperantemente lento e inútil. Por eso era humilde.

Sin embargo, sus sentimientos eran más selectivos que los de la mayoría de los chicos, y esto lo desorientaba. Tenía una sensualidad más desarrollada, un instinto más refinado que sus compañeros. Él los odiaba por su estupidez mecánica, y a cambio sufría su desprecio cruel. Pero, cuando se trataba de asuntos mentales, Tom se encontraba en desventaja. Estaba a merced de los demás. Era un idiota. No tenía capacidad para refutar siquiera el argumento más absurdo, y así se veía en la obligación de aceptar cosas en las que no creía en absoluto. Y, una vez las había aceptado, ya no sabía si creerlas o no; en general creía que sí.

Tom quería a cualquier persona que lo iluminara a través de los sentimientos. La emoción lo delataba cuando el profesor de literatura leía, de un modo muy conmovedor, el *Ulises* de Tennyson o la *Oda al viento del oeste* de Shelley. Entreabría los labios, y un brillo tenso, casi doloroso, velaba sus ojos. Y el profesor continuaba la lectura, encendido al percatarse de su poder sobre el muchacho. Esta experiencia emocionaba a Tom Brangwen mucho más de lo que quepa imaginar: casi la temía, tan profunda era para él. Ahora bien, cuando casi en secreto y con vergüenza, se decidía a coger el libro y empezaba a leer «Oh, fiero viento del oeste, aliento del otoño», el mero hecho de ver las palabras impresas le causaba una

repugnancia que cobraba la forma de picor en la piel, la sangre le afloraba a las mejillas y una explosiva sensación de incompetencia y rabia colmaba su corazón. Tiraba el libro al suelo, lo pisaba y se iba al campo de cricket. Odiaba los libros como si fueran sus enemigos. Los odiaba más de lo que nunca había odiado a nadie.

Era incapaz de dominar su atención voluntariamente. No tenía hábitos fijos por los que guiarse, nada a lo que agarrarse, ningún punto de apoyo. No había en su personalidad nada tangible para él, nada conocido que pudiera aplicar al aprendizaje. No sabía por dónde empezar. Cuando tenía que entender algo deliberadamente o aprender algo deliberadamente, la impotencia se apoderaba de él.

Tenía cierto instinto para las matemáticas, pero cuando el instinto le fallaba quedaba tan desvalido como un idiota. Y así, nunca estaba seguro de sentir el suelo que pisaba, no se encontraba cómodo en ninguna parte. Su perdición definitiva resultó ser una incapacidad total para prestar atención a cualquier asunto que no fuese acompañado de alguna indicación. Si tenía que escribir una redacción formal sobre el Ejército, al menos aprendía a repetir los pocos datos que conocía: «Uno puede alistarse en el ejército a los dieciocho años. Hay que medir más de 1,72 m». Pero en todo momento tenía la íntima convicción de que esto era un truco y de que los lugares comunes que escribía eran más que despreciables. Entonces se ponía muy colorado, se le retorcían las tripas de vergüenza, tachaba lo que había escrito, hacía un esfuerzo agónico por pensar en algo que se acercara de verdad al estilo de la composición, fracasaba, se llenaba de rabia y de humillación, soltaba la pluma y antes se hubiera dejado descuartizar que tratar de escribir una sola palabra más.

Pronto se acostumbró a la escuela, y la escuela se acostumbró a él, catalogándolo de zoquete redomado, aunque respetándolo por su carácter honrado y generoso. Únicamente un personaje rígido y dominante, el profesor de latín, amedrentaba a Tom y hacía que sus ojos azules ardieran de ira y vergüenza. Hubo una escena aterradora, un día en que el chico le abrió la cabeza al profesor con una esquirra de pizarra, pero después las cosas volvieron a ser como antes. Aun cuando el profesor gozaba de muy pocas simpatías, Brangwen se echaba a temblar cuando recordaba esta hazaña, e incluso mucho tiempo después, siendo ya un hombre hecho y derecho, le horrorizaba recordarla.

Se alegró de dejar el colegio. No había sido una experiencia desagradable, había disfrutado de la compañía de otros muchachos, o al menos eso creyó, y el tiempo había pasado muy deprisa, en constante actividad. Aun así, siempre supo que ocupaba una posición ignominiosa en aquel entorno de aprendizaje. En todo momento fue consciente de su fracaso, de su incapacidad, aunque era demasiado sano y optimista para sentirse desgraciado, estaba demasiado vivo. Su ánimo, sin embargo, se sentía desgraciado hasta el extremo de la desesperanza.

Sentía afecto por un compañero que era cordial y listo, físicamente frágil, un chico tísico. Hubo entre ambos una amistad casi clásica, como la David y Jonatán, en la que Brangwen era Jonatán, el servidor, aunque nunca llegó a sentirse un igual con

respecto a su amigo, que lo superaba en inteligencia y lo dejaba muy atrás, avergonzado. Así, a pesar de que los amigos se distanciaron inmediatamente después de dejar el colegio, Brangwen siempre recordaría, siempre conservaría como una suerte de luz, al amigo que había sido una experiencia tan grata de recordar.

Tom se alegró de volver a la granja, donde otra vez pudo ser quien era. «Tengo un nabo por cabeza, déjame en barbecho», le decía a su desesperada madre, tan pobre era la opinión que tenía de sí mismo. Sin embargo, desempeñaba con agrado su trabajo en la granja y disfrutaba del ejercicio físico y el olor de la tierra, de tener juventud, vigor y humor, y también ingenio cómico, de tener la voluntad y la facultad de olvidar sus defectos, consciente de que a veces tenía arrebatos violentos, aunque en general se llevaba bien con todos y con todo.

Cuando cumplió los diecisiete años, su padre se cayó de un almiar y se desnucó. La madre, el hijo y la hija siguieron viviendo en la granja y, recibiendo de vez en cuando la visita de Frank, el escandaloso, quejoso y envidioso carnicero, que estaba enfadado con el mundo y convencido de que siempre recibía menos de lo que merecía. Frank la tenía especialmente tomada con Tom, a quien llamaba bebé cascarrabias, y éste a su vez respondía con violencia a los ataques de odio del hermano, poniéndose colorado y mirándolo fijamente con sus ojos azules. Effie se ponía de parte de Tom y en contra de Frank. Pero, cuando Alfred venía de Nottingham, disminuido y con los carrillos colgando, a pesar de que hablaba muy poco y trataba a la familia con cierto desdén, Effie y su madre se aliaban con él y le hacían sombra a Tom. A él le sacaba de quicio que las mujeres convirtieran a su hermano mayor en una especie de héroe, por la sencilla razón de que no vivía en casa y era diseñador de encajes y casi un caballero. Pero Alfred era una especie de Prometeo encadenado, y por eso las mujeres lo querían. Con el tiempo, Tom llegaría a entender mejor a su hermano.

Al ser el hijo menor, Tom se sintió en cierto modo importante cuando quedó a cargo de la granja. No tenía más que dieciocho años, pero era muy capaz de hacer todo lo que hacía su padre. Y su madre, como es natural, continuó siendo el centro de la casa.

El joven se volvió cada vez más espabilado y despierto, y parecía entusiasmado con todos los momentos de la vida. Trabajaba, montaba a caballo e iba al mercado en su carreta; sabía vivir sin necesidad de compañía, de vez en cuando se achispaba un poco y jugaba a los bolos o frecuentaba los pequeños teatros ambulantes. Una vez se emborrachó en una taberna y subió a las habitaciones con una prostituta que lo había seducido. Tenía diecinueve años.

Esta experiencia fue como un mazazo para él. En la estrecha intimidad de la cocina de la granja, la mujer ocupaba un lugar supremo. El hombre la respetaba en la casa, en todos los aspectos de la vida doméstica, en todos los aspectos de la moral y la conducta. La mujer era el símbolo de una existencia superior, que abarcaba la religión, el amor y la moral. El hombre depositaba su conciencia en manos de ella,

diciéndole: «Sé el guardián de mi conciencia, sé el ángel que custodia en el umbral mis idas y venidas». Y la mujer cumplía con este deber que se le confiaba, y el hombre se apoyaba implícitamente en ella, recibía sus elogios o sus reproches con satisfacción o con rabia, se rebelaba y montaba en cólera, pero nunca, siquiera por un instante, se liberaba espiritualmente de esta prerrogativa femenina. Su estabilidad dependía de la mujer. Sin ella, se sentiría como una brizna de paja arrastrada por el viento a su antojo. La mujer era el ancla y la seguridad, era la mano restrictiva de Dios, a veces profundamente aborrecible.

Pero, a sus diecinueve años, cuando Tom Brangwen, un joven fresco como una planta, con sus raíces en su madre y su hermana, comprendió que se había acostado con una prostituta en una taberna, se quedó muy impresionado. Para él, hasta entonces, existía solamente un tipo de mujer: su madre y su hermana.

Y ¿ahora? No sabía a qué atenerse. Sintió un ligero asombro, una punzada de rabia, de decepción, un primer sabor a ceniza y a miedo frío de que esto fuera todo cuanto le esperaba, de que sus relaciones con las mujeres se vieran reducidas a aquella nada; tuvo una leve sensación de vergüenza ante la prostituta, de temor a que ella lo despreciara por su torpeza, sintió por ella una repugnancia fría, además de temor; por un momento, se quedó paralizado de horror al pensar que podía haberle contagiado alguna enfermedad y, sobre este tumulto de emociones, vino a posarse la mano tranquilizadora del sentido común, a decirle que nada de esto tenía demasiada importancia, mientras no contrajera ninguna enfermedad. Así, pronto recobró la tranquilidad, y lo cierto es que no le dio demasiada importancia.

Sin embargo, la experiencia le había impresionado y había introducido cierta desconfianza en su corazón, además de acentuar su temor a lo que llevaba dentro. Sin embargo, en cuestión de unos días había recuperado su talante alegre y despreocupado, sus ojos azules volvían a ser tan claros y francos como de costumbre, su cara igual de saludable y su apetito igual de bueno.

Al menos en apariencia. En realidad había perdido parte de su confianza boyante, y la duda vino a entorpecer su relación con el mundo.

Y por algún tiempo se volvió más callado, más consciente cuando bebía, menos inclinado a la compañía de los demás. La decepción de este primer contacto carnal con una mujer fortaleció su deseo innato de encontrar en las mujeres la encarnación de sus potentes aunque difusos instintos religiosos y le dejó además un mal sabor de boca. Tenía algo que perder y temía perderlo, aun cuando ni siquiera estuviera seguro de que ese algo le perteneciera. Si bien este primer escarceo no tuvo demasiada importancia, el asunto del amor era, en lo más hondo, lo más importante y aterrador del mundo para Tom.

El deseo sexual comenzó a atormentarlo y su imaginación volvía una y otra vez sobre escenas de lujuria. Pero lo que en verdad le impedía volver a estar con una ramera, más allá de los naturales escrúpulos y por encima de éstos, era el recuerdo de lo triste que había sido la experiencia. Había sido pura nada, un contacto tan baboso y

funcional que la sola idea de exponerse de nuevo al peligro lo llenaba de vergüenza.

Libraba instintivamente un feroz combate por conservar su perfecta alegría innata. Tenía vitalidad en abundancia por naturaleza, además de humor y una sensación de suficiencia y euforia que le daban soltura. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, todo tendía a causarle tensión. Había en sus ojos un brillo forzado, y un leve frunce en sus cejas. Su humor bullicioso cedió el testigo a atormentados silencios, y los días se sucedían en un estado de inquietud.

No sabía con exactitud que se hubiera operado ningún cambio en él; en general se sentía lleno de resentimiento y de rabia soterrada. Lo que sí sabía es que pensaba continuamente en las mujeres, o en una mujer, día sí, día no, y esto lo enfurecía. No podía liberarse, y estaba avergonzado. Tuvo un par de novias, con las que confiaba en llegar a algo enseguida. Pero, cuando encontraba a una buena chica, se descubría incapaz de impulsar la relación tal como deseaba. La propia presencia de la muchacha se lo impedía. No podía pensar en ella de esta manera, no podía pensar en su desnudez real. Era una chica, a él le gustaba, pero la sola idea de desnudarla le inspiraba un profundo temor. Sabía que, en lo tocante a esta cuestión de la desnudez, ni él existía para ella ni ella para él. Por otro lado, si estaba con una chica más descarada y la relación evolucionaba deprisa, se sentía profundamente ofendido a todas horas, y no sabía si alejarse lo antes posible o quedarse con ella por pura necesidad inflamada. Una vez más aprendió la lección: si se quedaba con ella terminaba despreciando la mediocridad. No se despreciaba a sí mismo y tampoco despreciaba a la muchacha. Despreciaba el resultado concreto de la experiencia: lo despreciaba profunda y amargamente.

Cuando Tom tenía veintitrés años, falleció su madre, y el joven se quedó solo en casa con su hermana Effie. La muerte de su madre fue otro golpe que llegó de la oscuridad. No lograba entenderlo y sabía que era inútil intentarlo. Había que aceptar estos golpes que llegan sin previo aviso y dejan una herida incurable, que duele cada vez que se roza. Empezó a temer que todo estaba contra él. Había querido mucho a su madre.

A raíz de la muerte de su madre, Effie y Tom tenían unas peleas tremendas. Eran muy importantes el uno para el otro, pero estaban los dos sometidos a una tensión extraña y sobrenatural. Tom pasaba el mayor tiempo posible fuera de casa. Tenía su rincón especial en El León Rojo, en Cossethay, hasta el punto de que su presencia junto al fuego se volvió habitual: la figura de un joven saludable, rubio, de extremidades fuertes, con la cabeza inclinada hacia atrás, casi siempre callado, pero alerta y atento, muy cordial en su manera de saludar a los conocidos, tímido con los extraños. Coqueteaba con todas las mujeres, las tenía a todas encandiladas, y se mostraba muy atento a la conversación de los hombres, muy respetuoso.

La bebida le hacía ponerse enseguida colorado, y una expresión insegura y cohibida, casi de perplejidad, asomaba en sus ojos azules. Cuando volvía a casa en aquel estado de confusión, achispado, su hermana lo odiaba y le insultaba, y él perdía

la cabeza, se dejaba llevar por la rabia y se ponía como una fiera.

Volvió a estar con una chica de la calle. Un día de Pentecostés salió de excursión con otros dos muchachos, a caballo. Fueron a Matlock y de allí a Bakewell. Matlock empezaba a convertirse por aquel entonces en un lugar famoso por sus bellezas, al que acudía la gente de Manchester y de los pueblos de Staffordshire. En el hotel donde comieron los jóvenes había dos muchachas, con las que entablaron amistad.

La señorita que intentó ganarse el favor de Tom Brangwen, que entonces ya había cumplido veinticuatro años, era una joven atractiva y temeraria que esa tarde estaba desatendida por el hombre que la había comprado. Vio a Brangwen y le gustó, como les sucedía a todas las mujeres, por su carácter afable y generoso y su sensibilidad innata. También vio que tendría que enseñárselo todo, pero estaba animada, insatisfecha y se había vuelto pícara, así que se atrevía a cualquier cosa. Sería un sencillo entremés para recuperar su orgullo.

Era una chica atractiva, de buenos pechos, pelo oscuro y ojos azules, una chica de risa fácil, con la piel sonrosada por el sol y la costumbre de pasarse la mano por la cara sonriente de una manera muy graciosa y natural.

Brangwen estaba fascinado. La trataba con su irritante cortesía, excitado, aunque muy inseguro, presa de un miedo cerval a ser demasiado atrevido, avergonzado por la posibilidad de parecer un pazguato, loco de deseo, si bien el respeto instintivo que le inspiraban las mujeres no le permitía hacer ningún acercamiento definitivo, y al mismo tiempo sabía que su actitud era absurda y estaba ruborizado de confusión. Ella, por su parte, se volvía por momentos más dura y descarada conforme él se mostraba más confundido, y parecía divertirse con sus avances.

—¿A qué hora tienes que volver? —preguntó ella.

—No soy puntilloso —dijo Tom.

La conversación se interrumpió una vez más en este punto.

Los compañeros de Brangwen ya se marchaban.

—¿Vienes, Tom —preguntaron—, o prefieres quedarte?

—Voy —contestó, levantándose de mala gana, invadido por una molesta sensación de desencanto y futilidad.

Al cruzarse su mirada con la de la muchacha, casi provocadora, Tom tembló por falta de costumbre.

—¿Quieres ver mi yegua? —dijo entonces, con su sincera amabilidad característica, sacudida ahora por la inquietud.

—Sí, me gustaría mucho —contestó ella, levantándose.

Y lo siguió hasta la calle, fijándose en sus hombros más bien caídos y en sus pantalones de montar. Los jóvenes sacaron los caballos del establo.

—¿Sabes montar? —preguntó Brangwen.

—Me gustaría... No lo he probado nunca —dijo la muchacha.

—Pues ven a probarlo —contestó él.

Y la cogió en brazos para sentarla en la silla, poniéndose colorado, mientras ella

se reía.

–Me voy a caer... No es una silla de mujer –gritó ella.

–Sujétate bien –dijo Tom, y la llevó de la brida hasta cruzar las verjas del hotel.

La chica iba muy insegura, agarrándose con todas sus fuerzas. Tom le puso una mano en la cintura para sostenerla. Se acercó a ella y la sujetó como si la abrazara. Temblaba de deseo mientras iba andando a su lado a grandes zancadas.

El caballo se acercó a la orilla del río.

–¿Quieres sentarte a horcajadas? –preguntó Tom.

–Sí que quiero –dijo ella.

Por aquel entonces se llevaban las faldas hasta los pies. La chica consiguió ponerse a horcajadas con bastante dignidad, haciendo mucho alarde de su preocupación por cubrirse las bonitas piernas.

–Así se va mucho mejor –dijo, mirando a Tom desde la silla.

–Desde luego que sí –contestó él, con la sensación de que se derretía hasta la médula de los huesos, por cómo lo había mirado ella–. No entiendo por qué obligan a las mujeres a sentarse de lado y torcidas.

–¿Nos vamos, entonces? Parece que has encontrado apaño ahí –dijeron los compañeros de Brangwen desde la carretera.

Tom se puso rojo de rabia.

–Sí... No os preocupéis –contestó.

–¿Hasta cuándo piensas quedarte? –preguntaron.

–No mucho más de las navidades –dijo Tom.

Y la chica soltó una carcajada cristalina.

–Muy bien. ¡Adiós! –gritaron sus amigos.

Y se alejaron a medio galope, dejando a Tom muy ruborizado y tratando de aparentar normalidad con la muchacha. Pero enseguida había regresado al hotel y dejado el caballo al cuidado de un mozo de cuadra, y se había ido al bosque con la muchacha, sin saber muy bien dónde estaba ni lo que hacía. Tenía el corazón desbocado y la sensación de estar viviendo una aventura fabulosa. Estaba loco de deseo.

Poco después rebosaba placer. ¡Dios! ¡Esto sí que había estado bien! Pasó toda la tarde con la muchacha, y quería quedarse a pasar también la noche, pero ella dijo que era imposible, que su hombre no tardaría en regresar, y tenía que estar con él. Y le dijo a Brangwen que no se le ocurriera contar que habían estado juntos.

Dicho esto le ofreció una sonrisa íntima, que dejó a Tom desconcertado y satisfecho.

No conseguía separarse de ella, a pesar de que había prometido no entrometerse en su vida. Se quedó a pasar la noche en el hotel y vio al otro hombre a la hora de cenar: bajito, de mediana edad, barba entrecana y rasgos singulares, como un simio, aunque interesante y casi guapo a su manera. Brangwen adivinó que era extranjero. Lo acompañaba otro individuo, inglés, duro y seco. Se sentaron los cuatro a la mesa:

dos hombres y dos mujeres. Brangwen no les quitaba ojo.

Vio que el extranjero trataba a las mujeres con desdeñosa cortesía, como si fueran animales agradables. La chica de Brangwen fingía tener modales finos, pero su voz la delataba. Quería recuperar a su hombre. A los postres, el extranjero volvió la cabeza y paseó tranquilamente la mirada por el salón, como quien se encuentra ocioso. La fría inteligencia animal de aquel rostro maravilló a Brangwen. Los ojos castaños eran redondos, con la pupila grande, como los de un simio, y la expresión igual de serena, consciente de la otra persona, pero sin dirigirse a ella en absoluto. Los ojos del desconocido se posaron en Brangwen, que se maravilló del rostro avejentado que lo observaba abiertamente sin necesidad de conocerlo de nada. Las cejas que enmarcaban los ojos redondos, perspicaces pero indiferentes, eran bastante altas y estaban enmarcadas por pequeñas arrugas, como las de un simio. Era un rostro viejo, eterno.

El desconocido se comportaba en todo momento como un perfecto caballero, como un aristócrata. Brangwen lo estudiaba con fascinación. La muchacha empezó a recoger las migas del mantel, inquieta, ruborizada y enfadada.

Más tarde, cuando Brangwen estaba sentado en el vestíbulo del hotel, afectado, perdido y sin saber qué hacer, el extranjero se le acercó con una sonrisa y unos modales exquisitos y le ofreció un cigarrillo.

–¿Le apetece fumar? –dijo.

Brangwen nunca fumaba cigarrillos, pero aceptó el que se le ofrecía, sosteniéndolo con torpeza entre los dedos gruesos de una manera lamentable y poniéndose muy colorado. Miró luego con sus cálidos ojos azules a los ojos casi sardónicos y entornados del extranjero. Éste se sentó al lado de Tom, y hablaron principalmente de caballos.

A Brangwen le encantaba la exquisita elegancia del extranjero, su actitud reservada y discreta y su seguridad eterna y simiesca. Hablaron de caballos, de Derbyshire y del trabajo de la granja. El extranjero se mostraba sumamente cordial con Brangwen, que estaba emocionado y se sentía transportado al conocer personalmente a aquel extraño individuo de mediana edad y piel marchita. La conversación era agradable, aunque esto no tenía demasiada importancia. La elegancia de los modales y el refinamiento del trato lo eran todo.

Pasaron un buen rato charlando, Brangwen se ruborizaba como una jovencita cuando el extranjero no entendía sus expresiones. Después se dieron las buenas noches y se estrecharon la mano. El hombre se inclinó de nuevo y repitió su despedida.

–Buenas noches, y *bon voyage*.

Dicho esto se dirigió a las escaleras.

Brangwen subió a su habitación y, acostado en la cama, contempló las estrellas de la noche de verano, con todo su ser atrapado en un remolino. ¿Qué era todo aquello? Había una vida completamente distinta de la que él conocía. ¿Cuántas cosas había en

el mundo que escapaban a su conocimiento? ¿Qué era eso que había tocado? ¿Qué era él bajo esta nueva influencia? ¿Qué significaba todo? ¿Dónde estaba la vida: en lo que conocía o completamente fuera de él?

Se quedó dormido y se marchó por la mañana antes de que ninguno de los huéspedes se hubiera despertado. Evitó volver a verlos.

Sus pensamientos eran pura agitación. La chica y el extranjero. No sabía cómo se llamaba ninguno de los dos. Sin embargo, ambos habían prendido fuego a la casa de su naturaleza, y ahora él se consumiría y se vería sin cobijo. De las dos experiencias, quizá el encuentro con el extranjero fuese la más significativa. Aunque la muchacha... No había llegado a ninguna conclusión sobre ella.

No sabía a qué atenerse. Tenía que dejar las cosas como estaban, sin más. Le costaba asimilar las experiencias.

La consecuencia de aquel encuentro inesperado fue que Tom soñaba día y noche, ensimismado, con una mujer voluptuosa y un desconocido menudo y marchito de ilustre abolengo. En cuanto su atención quedaba libre, en cuanto se despedía de sus compañeros, empezaba a imaginar una intimidad con gente de textura refinada y modales sutiles, como el extranjero de Matlock, y esta sutil intimidad siempre iba acompañada de la satisfacción de una mujer voluptuosa.

Vivía absorto en el interés y en la apariencia real de sus sueños. Había en sus ojos un brillo singular, y andaba con la cabeza alta, colmado del exquisito placer de la sutileza y la elegancia, atormentado de deseo por aquella muchacha.

El resplandor se fue apagando poco a poco, y la fría materia de su vida de siempre volvió a perfilarse una vez más. Tom lo lamentó. ¿Se había dejado engañar por un espejismo? Se resistía al mísero recinto de la realidad, se quedaba a sus puertas con la obstinación de un toro, negándose a entrar de nuevo en el conocido redil de su existencia.

Bebía más de lo acostumbrado para conservar el resplandor, que pese a todo se difuminaba sin remedio.

Quería casarse, sentar la cabeza, resolver el dilema en el que se encontraba. Pero ¿cómo? Se sentía incapaz de moverse. Había visto a un animalillo prisionero en una trampa para pájaros y la escena le había causado la misma impresión que una pesadilla. Empezaba a volverse loco de ira e impotencia.

Necesitaba algo a lo que aferrarse para salir de donde estaba, pero no había nada. Se fijaba insistentemente en las muchachas, buscando alguna con la que casarse, pero ninguna despertaba su deseo. Y sabía que la idea de vivir entre personas como el extranjero era absurda.

Aun así soñaba con esta idea, se aferraba a sus sueños y despreciaba la realidad de Cossethay y de Ilkeston. Se sentaba tercamente en su rincón de El León Rojo, a fumar y a murmurar, y de vez en cuando levantaba su jarra de cerveza sin decir nada, como un pobre peón de granja a los ojos de todos, según se decía a sí mismo.

Luego una rabia y un desasosiego como una fiebre se apoderaron de él. Quería

irse muy lejos... Sin esperar ni un segundo. Soñaba con lugares desconocidos, aunque por alguna razón no lograba comunicarse con ellos. Además, sus raíces en la granja Marsh, en su casa y sus tierras, eran muy hondas.

Poco después se casó su hermana Effie, y Tom se quedó solo en la granja con Tilly, la criada bizca que llevaba quince años con la familia. Tom tenía la sensación de que las cosas se acercaban a su final. Siempre se había opuesto firmemente a la acción de la burda irrealidad que amenazaba con absorberlo. Pero había llegado el momento de actuar.

Era prudente por naturaleza. De disposición sensible y emocional, las náuseas no le permitían beber en exceso.

Pero, animado por una ira estéril, con la mayor determinación y aparente buen humor, empezó a beber con intención de emborracharse. «Maldita sea –se decía–. Tienes que hacer algo, lo que sea. No puedes atar el caballo a la sombra en el poste de una verja. Si tienes piernas, en algún momento tendrás que levantarte.»

Así se levantó, fue a Ilkeston, ocupó su lugar con bastante torpeza entre la animada pandilla de jóvenes, invitó a varias rondas a todos los presentes y descubrió que era capaz de sobrellevar la situación bastante bien. Le pareció que todos los demás compartían sus preferencias, que todo era glorioso, todo era perfecto. Si alguien, alarmado, le avisaba de que le estaba ardiendo el bolsillo, él se limitaba a poner una sonrisa radiante y, con aire feliz, colorado, decía: «No passa naada. No passa naada. No passa naada. Da igual. Da igual». Y se reía con ganas, y le indignaba que a los demás les pareciera poco natural que le ardiera el bolsillo: era la cosa más natural del mundo y lo que más alegría le daba. Y ¿qué?

Volvió a casa hablando consigo mismo y con la luna, que estaba muy alta y se veía muy pequeña, tambaleándose cuando los rayos iluminaban los charcos a su pies, exclamando: «¡Qué narices!», y dedicando luego a la luna una risotada confiada, asegurándole que se sentía de maravilla, sí, señor.

Por la mañana se levantó, pensó en lo que había hecho y, por primera vez en su vida, supo lo que era estar irritable de verdad, amargado y de un humor de perros. Después de ladrarle y de gruñirle a Tilly, decidió estar solo, por pura vergüenza. Y, mientras contemplaba los campos del color de la ceniza y los caminos embarrados, se preguntó qué diablos podía hacer para quitarse de encima aquella insoportable sensación de malestar y repugnancia física, y comprendió que era la consecuencia de su gloriosa velada.

Su estómago no quería volver a probar el brandy. Echó a andar obstinadamente con el terrier campo a través, mirándolo todo con amargura.

Esa noche volvió a su rincón de El León Rojo, moderado y digno. Se sentó y esperó con terquedad el desarrollo de los acontecimientos.

¿Creía o no creía que su lugar estaba en aquel mundo que formaban Cossethay e Ilkeston? Allí no había nada que él deseara. Sin embargo, ¿sería capaz de marcharse algún día? ¿Tenía dentro de sí algo que pudiera sacarlo de allí? O ¿era un zoquete y

un niño mimado, sin la hombría suficiente para ser como los demás jóvenes de su edad, que bebían como cubas, iban con ramerás de vez en cuando sin cuestionarse nada, y con eso se daban por satisfechos?

Así de terco siguió una temporada, hasta que la tensión empezó a ser inaguantable. A todas horas una conciencia ardiente y acumulada se instalaba en su pecho, tenía las muñecas hinchadas y temblorosas, la cabeza llena de imágenes de lujuria, los ojos inyectados en sangre. Luchaba encarnizadamente consigo mismo, para ser normal. No buscaba a ninguna mujer. Simplemente seguía adelante como si fuera normal, hasta que no tenía más remedio que hacer algo o darse cabezazos contra la pared.

Entonces iba deliberadamente a Ilkeston, en silencio, absorto, derrotado. Bebía para emborracharse. Tragaba brandy y más brandy, hasta que se ponía pálido y le ardían los ojos. Y ni siquiera entonces conseguía liberarse. Se iba a dormir en un estado de ebria inconsciencia, se despertaba a las cuatro de la mañana y seguía bebiendo. Entonces se liberaba. La tensión se relajaba poco a poco. Empezaba a sentirse bien. Los remaches de su silencio se aflojaban, y se soltaba a hablar y a balbucir. Se sentía feliz y en comunión con todo el mundo, unido con toda la carne por un ardiente lazo de sangre. Así, cuando llevaba tres días bebiendo sin parar, por fin lograba calcinar la juventud que había en su sangre, alcanzar esa eufórica sensación de ser uno con el mundo que es la culminación de los más intensos deseos de la juventud. Pero esta satisfacción la alcanzaba a costa de anular su individualidad, de la que dependía su hombría para protegerse y progresar.

De esta manera se convirtió en un bebedor intermitente, con fases como ésta, en las que pasaba tres o cuatro días sin parar de beber brandy, borracho a todas horas. No pensaba en lo que hacía. Un hondo resentimiento ardía dentro de él. Se mostraba distante con todas las mujeres, hostil.

A los veintiocho años, cuando era un hombre fornido, de brazos y piernas fuertes, pelo rubio, piel lozana y unos ojos azules que miraban fijamente al frente, regresaba un día de Cossethay con una carga de semillas traídas de Nottingham. Estaba a punto de entrar en una de sus fases de embriaguez intermitente y no apartaba la vista del camino, vigilante y absorto al mismo tiempo, viéndolo todo y consciente de nada, replegado en sí mismo. Era el principio del año.

Iba andando con paso seguro al lado del caballo, la carga entrechocaba al desplazarse cuando el descenso se volvió más abrupto. El camino hacía una curva un poco más adelante, por debajo de un talud y de unos matorrales que no se veían hasta que uno se encontraba a pocos metros.

Mientras tomaba la curva despacio, en la parte más empinada de la pendiente, con el caballo tambaleándose entre los ejes, vio que una mujer se acercaba. Pero en aquel momento estaba pensando en el caballo.

Poco después se volvió a mirarla. Vestía de negro, una capa larga y negra y un sombrero negro, y su apariencia era menuda y ligera. Andaba deprisa, con la mirada

perdida y la cabeza echada hacia delante. Fue esta curiosa manera de moverse, ensimismada y fugaz, como invisible para todo el mundo, lo primero que llamó la atención de Tom.

La mujer había oído el carro, y levantó la mirada. Tenía la tez pálida y clara, las cejas densas y oscuras y la boca grande, apretada de una manera extraña. Tom vio su rostro perfectamente, como si una luz se encendiera de pronto para iluminar a la mujer. Lo vio con la mayor claridad y al instante salió de su ensimismamiento, lleno de agitación.

–Es ella –dijo sin querer. Al ver que el carro se acercaba, salpicando el barro fino, la mujer se apartó hacia el terraplén. Después, mientras seguía andando al lado del caballo, los ojos de Tom se cruzaron con los de ella. Tom apartó la vista rápidamente, echó la cabeza atrás con un estremecimiento de dolorosa alegría. No soportaba pensar en nada.

La mujer volvió la cabeza en el último momento. Tom vio su sombrerito, su silueta con la capa negra, su movimiento al andar. Y un segundo más tarde la mujer había desaparecido detrás de la curva.

Había pasado de largo. Tom volvió a sentirse como si se encontrara en un mundo lejano, no en Cossethay, en un mundo lejano, la frágil realidad. Continuó adelante, silencioso, intranquilo, enrarecido. No soportaba pensar, hablar o hacer cualquier ruido o cualquier señal, alterar su movimiento fijo. Apenas soportaba recordar las facciones de la mujer. Siguió su camino sumido en el conocimiento de ella, en ese otro mundo que se encontraba más allá de la realidad.

La sensación de que ambos habían dado muestras de reconocerse se apoderó de él como una locura, como un tormento. ¿Cómo podía estar seguro? ¿Qué confirmación tenía? La duda era comparable a una sensación de espacio infinito, una nada, aniquiladora. Guardó en su pecho la voluntad de la certeza. Se habían reconocido mutuamente.

Pasó los días siguientes en el mismo estado. Y una vez más, como la niebla, todo empezó a disolverse, y entre los jirones se colaba el mundo corriente y anodino. Era muy amable con los hombres y las bestias, pero temía que una vez más lo asaltara la cruel desilusión.

Unos días después, cuando estaba sentado de espaldas al fuego, después de cenar, vio pasar a la mujer. Quería asegurarse de que ella lo conocía, de que era consciente. Quería que ella se dijera que había algo entre los dos. Así, se levantó lleno de inquietud y la vio alejarse por el camino. Llamó a Tilly.

–¿Quién puede ser? –preguntó.

Tilly, la criada bizca de cuarenta años, que lo adoraba, se acercó corriendo a la ventana. Se alegraba siempre que él le hacía una pregunta. Asomó la cabeza entre los visillos, y su moño pequeño y tenso cobró una triste relevancia en la cabeza negra, al estirar el cuello a un lado y a otro.

–Pero si... –levantó la cabeza y escudriñó el camino con sus ojos castaños y

desviados—. Ya sabe quién es... Es de la vicaría... Ya lo sabe.

—¡Qué voy a saber, mujer! —protestó él.

Tilly se puso colorada, dejó de estirar la cabeza y lo miró, bizqueando, con un gesto duro, casi de reproche.

—Claro que lo sabe... Es la nueva ama de llaves.

—¿Ah, sí? Y ¿qué?

—¿Cómo que y qué? —replicó la indignada Tilly.

—Pues que es una mujer, ¿no? Que sea o no sea ama de llaves da igual. ¡Es más que eso! ¿Quién es? ¿Tiene un nombre?

—Si lo tiene, yo no lo sé —contestó Tilly, que no se dejaba arredrar por el chico, aunque ya fuese un hombre.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tom en un tono más amable.

—Le aseguro que no lo sé —repitió Tilly, muy digna.

—Y ¿eso es todo lo que sabes? ¿Que es el ama de llaves de la vicaría?

—Puede que haya oído su nombre, pero no podría acordarme en la vida.

—¡Qué de tonterías y de misterios tienes en la mollera! ¿Para qué quieres tú una cabeza?

—Para lo mismo que los demás —replicó Tilly, a quien nada gustaba tanto como aquellas discusiones en las que él la ponía de vuelta y media.

Hubo una pausa.

—No creo que nadie pueda guardarlo en la cabeza —continuó la criada, vacilante.

—¿Guardar qué?

—Pues su nombre.

—Y eso ¿por qué?

—Porque es extranjero, de no sé dónde.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Es lo único que sé.

—Y ¿de dónde crees que es?

—No lo sé. Dicen que es polaca. Yo no lo sé —se apresuró a añadir la criada, sabiendo que él la atacaría.

—¿Conque polaca? Y ¿cómo sabes tú que es polaca? ¿Quién se ha inventado ese cuento?

—Eso dicen... Yo no lo sé...

—¿Quién lo dice?

—La señora Bentley... Dice que es polaca... Polaca o algo parecido.

Tilly temía estar metiéndose en un lío cada vez peor.

—¿Quién dice que es polaca?

—Todo el mundo.

—Y ¿cómo ha llegado a estos rincones?

—No lo sé. Ha venido con una niña.

—¿Con una niña?

–De tres o cuatro años, con la cabeza como una bola de pelo rizado.

–¿Negro?

–Blanco... Más rubio imposible, y todo rizado.

–Entonces, ¿hay un padre?

–No que yo sepa. No lo sé.

–¿Qué la ha traído por aquí?

–No sabría decirle. Hasta que se lo pregunte al vicario.

–¿Es su hija la niña?

–Eso creo... Eso dicen.

–¿Quién te ha hablado de ella?

–Pues Lizzie... El lunes... La vimos pasar.

–¿Cómo no ibais a estar vosotras dándole a la lengua si pasa algo!

Brangwen se quedó pensativo. Esa noche subió a Cossethay y fue a El León Rojo, en parte con la intención de enterarse de algo más.

Era la viuda de un médico polaco, le dijeron. Su marido, un refugiado, había muerto en Londres. Hablaba de una manera un poco extraña, pero se la entendía bien. Tenía una niña que se llamaba Anna. Lensky era el apellido de la mujer. La señora Lensky.

Brangwen tuvo la sensación de que la irrealidad se asentaba por fin. Sintió también una extraña certeza sobre aquella mujer, como si le estuviera destinada. Y le agradó profundamente que fuera extranjera.

Se había producido un cambio inesperado para él en la tierra, como si de repente hubiera surgido una nueva creación en la que él tenía una existencia real. Las cosas antes eran inhóspitas, irreales, yermas, inútiles. Ahora eran realidades tangibles.

Apenas se atrevía a pensar en la mujer. Estaba asustado. Sin embargo, a todas horas era consciente de su presencia cercana, vivía en ella, aunque no se atrevía a conocerla, ni siquiera a familiarizarse mentalmente con ella.

Un día se cruzó con ella en la carretera, cuando iba paseando con su niña. Era una niña con la cara como el capullo de una flor de manzano, los ojos muy oscuros y el pelo rubio y brillante, como un vilano de cardo hecho de fabulosos tirabuzones llameantes. La pequeña se agarró celosamente a las faldas de su madre al ver que Tom la miraba, y lo miró a su vez con unos ojos negros cargados de resentimiento. Pero la madre volvió a mirarlo una vez más con expresión casi ausente, y fue precisamente esta mirada vacía lo que prendió la chispa en Tom Brangwen. Tenía los ojos grandes, entre castaños y grises, con las pupilas muy oscuras, insondables. Brangwen sintió que una pequeña llama se propagaba por debajo de su piel, como si le ardieran las venas en la superficie. Y siguió su camino sin darse cuenta.

Supo que se acercaba su destino. El mundo se sometía a su transformación. No hizo ningún movimiento: lo que tuviera que ser sería.

Cuando su hermana Effie fue a pasar una semana en la granja Marsh, Tom por una vez la acompañó a la iglesia. En el diminuto recinto, con su escasa docena de

bancos, se sentó no demasiado lejos de la extranjera, que irradiaba refinamiento y una intensa emoción en su manera de sentarse, con la cabeza alta. Era extranjera, de tierras lejanas, y al mismo tiempo tan íntima. Era una presencia llegada de lejos, que él sentía muy cerca de su alma. En realidad no estaba ahí, viviendo aquella vida aparente que componía sus días. Su lugar estaba en otra parte. Tom lo sentía profundamente, como algo tangible y natural. Pero una punzaba de temor por su propia vida, que se limitaba a Cossethay, lo llenó de dolor y de dudas.

Las cejas densas y oscuras de la extranjera casi se encontraban por encima de la nariz irregular, y su boca era grande y carnosa. Pero su rostro parecía elevado a otro mundo: no al cielo ni a la muerte, sino a algún lugar en el que seguía viviendo, aun cuando su cuerpo ya no estuviera en él.

La niña, a su lado, lo observaba todo con sus grandes ojos negros. Tenía una expresión extraña y un punto desafiante, con la boquita roja apretada. Parecía que guardara celosamente algo, que estuviera siempre en guardia y a la defensiva. Cruzó su mirada con la de Brangwen, cercana, ausente, íntima, y una vibrante hostilidad, casi como una llamarada de dolor, se manifestó en aquellos grandes ojos oscuros y conscientes de todo.

El anciano clérigo continuaba su perorata, que Cossethay escuchaba con la indiferencia de costumbre. Y ahí estaba la mujer extranjera con su tierra extranjera viva y presente en ella, inviolada, y la extraña niña, también extranjera, que guardaba celosamente algo.

Terminado el servicio, Brangwen salió de la iglesia como aturdido, en otro mundo. Iba al lado de su hermana, detrás de la mujer y de la niña, cuando ésta de repente se soltó de la mano de su madre y, con un movimiento muy rápido, casi invisible, se agachó para coger algo muy cerca de los pies de Brangwen. Tenía unos dedos finos y ágiles, que sin embargo no acertaban a coger el botón rojo.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Brangwen.

Y también él se agachó para buscarlo. Pero la niña ya había cogido el botón, y se incorporó con él en la mano cerrada, dirigiendo a Brangwen una mirada fulminante, como si le prohibiera reparar siquiera en su existencia. Y, dejándolo enmudecido, se fue corriendo.

—Mamá... —Y se alejó por el camino.

La madre había presenciado la escena impasible, mirando no a su hija sino a Brangwen. Él era consciente de que ella lo observaba, aislada aunque dominante para él en su existencia extranjera.

Sin saber qué hacer, Tom se volvió a su hermana. Pero aquellos ojos grandes y grises, casi ausentes y al mismo tiempo tan conmovedores, se apoderaron de él sin remedio.

—Mamá, puedo quedarme este botón, ¿verdad? —sonó la voz de la niña, orgullosa y cristalina—. Mamá... —Por lo visto no paraba de llamar a su madre, para recordarle que estaba a su lado—. Mamá... —Y ya no supo cómo seguir, ahora que su madre

había contestado: «Sí, hija». Pero, con vivo ingenio, la niña encontró otra excusa, y preguntó—: ¿Qué son esos nombres de gente?

Brangwen oyó la respuesta distraída:

—No lo sé, cariño.

Brangwen iba por la calle como si no viviera dentro de sí sino en otra parte.

—¿Quién era? —preguntó Effie.

—No lo sé —contestó Tom, sin saber lo que decía.

—Es una niña muy rara —dijo Effie, en un tono casi de censura—. Parece que estuviera embrujada.

—Embrujada... ¿Cómo que embrujada? —repitió Tom.

—Ya lo has visto. La madre es normal, tengo que reconocerlo... Pero la niña no parece suya. Debe de tener unos treinta y cinco años.

Pero Tom no prestaba atención. Su hermana continuó.

—Ya has encontrado mujer —dijo Effie—. Deberías casarte con ella. —Pero Tom seguía sin prestar atención. Las cosas eran como eran.

Otro día, cuando estaba tomando el té, a solas, en la cocina, llamaron a la puerta principal. El golpe lo sobresaltó como un mal augurio. Nadie llamaba nunca a la puerta principal. Se levantó y empezó a retirar los cerrojos y a girar la enorme llave. Abrió la puerta, y en el umbral estaba la extranjera.

—¿Puede darme una libra de mantequilla? —preguntó, con la curiosa indiferencia de quien habla en otro idioma.

Brangwen trató de concentrarse en la pregunta. Ella lo miraba con gesto interrogante. Pero ¿qué había detrás de la pregunta, en la postura inmóvil de la mujer, que tanto le afectaba?

Se hizo a un lado, y ella entró sin dudarle, como si la puerta se hubiera abierto para recibirla. Esto sorprendió a Tom. Todo el mundo tenía la costumbre de esperar en la puerta hasta que él los invitaba a entrar. La mujer lo siguió a la cocina.

El servicio del té estaba dispuesto en la mesa de madera restregada, el fuego encendido, y un perro acostado junto al hogar, que al ver a la mujer se levantó y se acercó a ella. La extranjera estaba callada, a unos pasos de la puerta.

—Tilly —llamó Brangwen—. ¿Tenemos mantequilla?

La extranjera seguía callada como el silencio, con su capa negra.

—¿Qué? —llegó la voz chillona a lo lejos.

Brangwen repitió la pregunta.

—Tenemos lo que hay en la mesa —respondió la voz chillona de Tilly desde la lechería.

Brangwen echó un vistazo a la mesa. Había un buen trozo de mantequilla en un plato, casi una libra. Era un trozo redondo, troquelado con bellotas y hojas de roble.

—¿No puedes venir cuando se te necesita? —gritó Tom.

—¿Qué es lo que quiere? —protestó Tilly, asomando por la otra puerta con gesto interrogante.

Vio a la extranjera y la miró con los ojos bizcos, pero no dijo nada.

–¿No tenemos mantequilla? –preguntó Brangwen una vez más, con impaciencia, como si su pregunta bastara para que la mantequilla apareciese por arte de magia.

–Ya le he dicho que tenemos lo que hay en la mesa –contestó Tilly impaciente por no ser capaz de crear mantequilla a las órdenes de Tom–. No tenemos más.

Hubo un silencio.

La mujer extranjera habló entonces, con el estilo claramente distinto e imparcial de quien tiene que pensar primero lo que va a decir.

–En ese caso, muchas gracias. Siento haberle molestado.

No entendía aquella total falta de modales y estaba algo desconcertada. La cortesía habría dado a la situación un cariz completamente impersonal, mientras que lo que allí había era cuestión de voluntades sumidas en un mar de confusión. Brangwen se ruborizó al ver que ella se expresaba con tanta cortesía. Sin embargo, no dejó que se retirara.

–Busca algo y envuelve eso para ella –le ordenó a Tilly, mirando la mantequilla que estaba encima de la mesa.

Y dicho esto cogió un cuchillo para cortar la parte de la mantequilla que se había tocado. Su manera de hablar, ese «para ella», caló despacio en la extranjera y molestó a Tilly.

–El vicario tiene un trato con los Brown para comprarles la mantequilla –dijo la incontenible criada–. Mañana a primera hora batiremos más.

–Sí. –Un sí largo, con acento extranjero–. Sí –dijo la polaca–. He ido a casa de la señora Brown, pero no les quedaba.

Tilly tuvo que embridar la lengua al darse cuenta de que reventaba de ganas de decir que, según la etiqueta de la gente que compraba mantequilla, eso de llamar a una puerta y pedir una libra de mantequilla como último recurso, cuando a los demás se les ha terminado, no eran maneras. Si les compras a los Brown les compras a los Brown, y no recurras a mi mantequilla cuando a los Brown no les queda.

Brangwen entendió perfectamente este discurso silencioso de Tilly. La polaca no. Y, como quería mantequilla para el vicario, y Tilly iba a batir a la mañana siguiente, siguió esperando.

–Dale un buen trozo –vociferó Brangwen después de que el silencio se hubiera diluido. Y Tilly desapareció por la puerta interior.

–Me temo que no debería haber venido así –dijo la extranjera, mirando a Tom con aire interrogante, como pidiendo que le explicara cuál era la costumbre habitual.

Tom estaba desconcertado.

–Y eso ¿por qué? –dijo él, que intentaba ser amable y solo era protector.

–¿Usted...? –empezó a decir ella con intención. Pero no estaba segura del terreno que pisaba, y ahí concluyó la conversación. Sus ojos no dejaban de mirar a Brangwen en ningún momento, porque no podía decir nada con palabras.

Estaban frente a frente. El perro se apartó de la mujer y se acercó a Tom. Él se

agachó para acariciarlo.

–¿Cómo está su hija? –preguntó.

–Sí, gracias, está muy bien –fue la respuesta. Una mera fórmula de cortesía en una lengua extranjera.

–Siéntese –dijo Tom.

Ella se sentó en una silla, y sus brazos delgados asomaron entre los pliegues de la capa para descansar en el regazo.

–No está usted acostumbrada a esto –dijo él, que seguía pisando la alfombrilla del hogar, de espaldas al fuego, sin chaqueta, mirando a la mujer con curiosidad y sin disimulo. Le agradaba la seguridad con que ella se conducía, le inspiraba y le daba una extraña sensación de libertad. Le parecía casi brutal sentirse tan dueño y señor de sí mismo y de la situación.

Los ojos de ella se detuvieron en Brangwen unos instantes, interrogantes, mientras reflexionaba sobre el sentido de las palabras que él acababa de pronunciar.

–No –dijo, comprendiendo al fin–. No... Se me hace raro.

–¿Lo encuentra usted tirando a toscos?

–¿Cómo? –Lo miró, para que repitiera la pregunta.

–Nuestras costumbres le parecen toscas.

–Sí... Sí, ya entiendo. Sí, es distinto, es raro. Pero he vivido en Yorkshire...

–Ah, bueno, en ese caso, aquí no somos peores.

Ella lo miró como si no llegara a entenderlo. Aquel estilo protector, aquella seguridad y aquella intimidación la desconcertaban. ¿Qué se proponía? Si era como ella, ¿por qué se comportaba con tan poco formalismo?

–No... –contestó, vagamente, sin dejar de observarlo.

Pensó que era impertinente, ingenuo, zafio, que no tenía prácticamente nada que ver con ella. Sin embargo, era atractivo, con su pelo rubio y sus ojos azules rebosantes de energía, y un cuerpo sano que parecía querer equipararse a ella. Lo miraba sin pestañear. Le costaba entender a aquel hombre, cálido, zafio y confiado, seguro del terreno que pisaba, como si no conociera la incertidumbre. ¿De dónde le venía aquella estabilidad tan singular?

No estaba segura. Se hacía preguntas. Tomó nota de cómo era el espacio en el que él vivía. Detectaba en el ambiente una estrecha intimidad que le resultaba fascinante, casi aterradora. Los muebles eran antiguos y familiares como personas ancianas, y todo parecía tan afín a él, tan estrechamente ligado a su existencia, que la mujer se sintió incómoda.

–¿Hace mucho tiempo que vive usted en esta casa? ¿Sí? –preguntó.

–Siempre he vivido aquí.

–Sí... Pero su gente... ¿Su familia?

–Llevamos aquí más de doscientos años.

Ella no apartaba los ojos de él, muy abiertos, a la vez que intentaba comprenderlo. Él tenía la sensación de existir únicamente para ella.

–¿Es suya... la casa... la granja?

–Sí.

La miró a los ojos, y sus miradas se cruzaron. Ella se impacientó. No lo conocía. Era un desconocido, no tenían nada que ver el uno con el otro. Y, sin embargo, su manera de mirarla le causaba inquietud y ganas de conocerlo. Su seguridad y su franqueza llamaban la atención.

–¿Vive usted solo?

–Sí... Si a esto lo llama solo.

Ella no comprendió. Le pareció un comentario extraño. ¿Qué había querido decir?

Y, cada vez que sus ojos, después de observarlo un rato, se encontraban inevitablemente con los de él, la mujer notaba un calor que golpeaba su conciencia. Estaba muy quieta, en conflicto. ¿Quién era aquel desconocido, al mismo tiempo tan cercano? ¿Qué le estaba ocurriendo? Aquellos ojos jóvenes, cálidos y vivarachos, parecían dar por sentado su derecho sobre ella, su derecho a hablar con ella, a ofrecerle su protección. Pero ¿cómo? ¿Qué manera de hablarle! Eran unos ojos llenos de luz, de certeza y confianza, que no esperaban a recibir permiso o señal alguna.

Tilly volvió con una hoja grande y los encontró a los dos callados. Tom se vio obligado a decir algo, ahora que había vuelto la criada.

–¿Cuántos años tiene su hija? –preguntó.

–Cuatro años.

–Entonces, ¿no hace mucho que murió su padre?

–Ella tenía un año cuando murió.

–¿Tres años?

–Sí, hace tres años que murió... Sí.

Respondió a estas preguntas en voz muy baja, casi ensimismada, y volvió a mirarlo, con una expresión juvenil, virginal. Tom se quedó paralizado: no podía acercarse a ella pero tampoco alejarse. Había en la presencia de la extranjera algo que le dolía hasta el extremo de causarle rigidez. Vio que un brillo de asombro infantil iluminaba los ojos de la desconocida.

Tilly le dio la mantequilla. La mujer se levantó.

–Muchas gracias –dijo–. ¿Cuánto es?

–Se la regalamos al vicario –dijo Tom–. Para no tener que ir a la iglesia.

–Más le valdría ir a la iglesia y cobrar la mantequilla –terció Tilly, afirmando su derecho sobre él.

–¿No podías callarte, verdad? –contestó él.

–¿Cuánto es, por favor? –le preguntó la polaca a Tilly.

Brangwen se interpuso para decir que no.

–En ese caso, muchas gracias –dijo ella.

–Venga algún día con su hija, para que vea las gallinas y los caballos –dijo Tom–. Si es que le gustan.

–Sí, le gustará –respondió la extranjera.

Y se fue. Brangwen se quedó apabullado cuando ella desapareció. Ni siquiera veía a Tilly, que lo observaba con inquietud, necesitada de reconocimiento. No podía pensar en nada. Sentía que acababa de establecer una relación invisible con la extranjera.

Estaba aturdido: el centro de su conciencia se había desplazado. En su pecho, o en sus entrañas, en alguna parte de su cuerpo, había comenzado una actividad nueva, como si en su interior ardiera una luz intensa, que lo cegaba y le impedía reparar en nada que no fuera esta transfiguración que ardía entre uno y otro, que los unía como una fuerza secreta.

Desde que ella estuvo en su casa, se internó en una niebla, casi no veía las cosas que tocaba. Se dejó llevar, apático, en un estado de metamorfosis. Se sometió a lo que le estaba ocurriendo, se desprendió de su voluntad, sufrió la pérdida de sí mismo, aletargado y al borde del éxtasis, como un ser que evoluciona para renacer.

La extranjera vino dos veces con la niña a la granja, pero el sosiego se había instalado entre ellos, y parecían encontrarse bajo la influencia de una pasividad y una calma profundas, de una especie de letargo que impedía cualquier cambio. Él casi no se fijaba en la niña, aunque se ganó su confianza con su buen humor natural, incluso su cariño, por subirla al caballo y darle maíz para que lo echara a las gallinas.

Una vez encontró en el camino a la madre y a la hija y las llevó en el carro desde Ilkeston. La niña se acurrucó contra él, como si buscara su amor, mientras la madre iba muy quieta en el asiento. Parecían envueltos en una especie de vaguedad, como si una suave neblina los cubriera a todos y un silencio pusiera freno a la voluntad de ambos. Lo único que vio Tom de la mujer fueron sus manos, sin guantes, que descansaban en su regazo, y se fijó en que aún llevaba la alianza matrimonial. Aquel anillo lo excluía: era un círculo cerrado. Y también abarcaba la vida de ella, la protegía de manera que él no pudiera formar parte de esa vida. Pero, a pesar de todo, estaban ella y él, y tenían que encontrarse.

Cuando la ayudó a bajar del carro, casi levantándola en brazos, se sintió con cierto derecho a cogerla entre sus manos. Ella seguía perteneciendo a ese otro hombre que había muerto, pero él también tenía que cuidar de ella. Estaba demasiado viva para verse abandonada.

Esta vaguedad de la mujer, en la que Brangwen se perdía, lo llenaba a veces de rabia y enfado, aunque de momento se dominaba. Ella no mostraba ninguna respuesta, ninguna existencia delante de él, y aunque esto lo desconcertaba y lo enfurecía, lo soportó por algún tiempo. Hasta que la inquietud acumulada por la indiferencia con que ella lo trataba derivó por momentos en furia, destructiva, y Tom quiso huir, escapar de aquella mujer.

Tom seguía en este mismo estado cuando, un día, la extranjera pasó por la granja con su hija. Tom se plantó delante de ella, fuerte y firme en su rebeldía, y, aunque no dijo nada, ella se sintió atrapada por aquella rabia y aquella impaciencia profundas, y una vez más fue como si una sacudida la sacara de su letargo. Una vez más, un rápido

impulso de huida estremeció su corazón, miró al desconocido, que no era un caballero y aun así insistía en entrar en su vida, y sintió que el dolor de un nacimiento tensaba sus venas, dándoles una forma nueva. Tendría que empezar desde cero, encontrar un nuevo ser, una nueva forma para responder a aquella figura insistente y ciega que se rebelaba contra ella.

Un escalofrío, el malestar de un nacimiento, sacudieron a la mujer, y la llama alcanzó a Brangwen y se alojó debajo de su piel. Ella deseaba aquella nueva vida que venía de él, con él, pero necesitaba protegerse, porque significaba su destrucción.

Mientras Brangwen recorría sus tierras en solitario o atendía a las ovejas en la época del parto, los hechos y las cosas materiales de la vida diaria se esfumaban, dejando claramente a la vista el núcleo de sus propósitos. Y en estos momentos comprendía que se casaría con ella y que ella sería su vida.

Poco a poco, incluso sin verla, llegó a conocerla. Le habría gustado pensar en ella como un ser que buscaba su protección, como una niña huérfana. Pero eso le estaba vedado. Tenía que borrar esta agradable imagen de la situación. Ella podía rechazarlo. Además, la temía.

Y en las largas noches de febrero, mientras parían las ovejas y Brangwen contemplaba desde su refugio el parpadeo de las estrellas, comprendió que no era dueño de sí. Tuvo que reconocer que no era nada más que un individuo fragmentado e incompleto. Veía las estrellas, surcando el oscuro cielo, todas sus huestes avanzaban en una especie de eterno viaje. Y ahí estaba él, pequeño y sumiso a este orden superior.

Si la mujer no se acercaba, se vería obligado a seguir siendo una nada. Era una experiencia muy dura. Sin embargo, después de que ella se mostrara reiteradamente indiferente, después de haber comprobado tantas veces que él no existía para ella, después de endurecerse y tratar de huir, de decirse que estaba muy bien solo, que era un hombre y que podía arreglárselas sin necesidad de nadie, en la humillante inmensidad de la noche estrellada, se vio forzado a reconocer y aceptar que sin ella no era nada.

Sin ella no era nada. Con ella sería real. Si en aquel momento ella estuviera caminando por la hierba helada, cerca del refugio, entre los balidos lastimeros de las ovejas y los corderos, su presencia le proporcionaría plenitud y perfección. Y, si así tenía que ser, ¡ella tendría que acercarse! Así tenía que ser... Estaba escrito.

Pasó mucho tiempo debatiendo si pedirle definitivamente que se casara con él. Y comprendió que, si se lo pedía, ella tenía que aceptar. Estaba obligada, no podía ser de otra manera.

Se enteró de algunas cosas más sobre la extranjera. Era pobre, estaba completamente sola y lo había pasado muy mal en Londres, tanto antes como después de la muerte de su marido. En Polonia, sin embargo, era una joven de buena familia, hija de un terrateniente.

Todos estos detalles no eran más que palabras para Brangwen: la prueba de su

superioridad de nacimiento, la prueba de que su marido había sido un médico brillante, la prueba de que él era inferior a ella casi en cualquier aspecto. Aquella mujer estaba unida a él por una realidad interna, una lógica del alma.

Un atardecer de marzo, cuando el viento rugía, llegó el momento de pedírselo. Estaba sentado delante del fuego, con las manos tendidas sobre las llamas. Y, contemplándolas, casi sin pensarlo, supo lo que iba a hacer esa noche.

—¿Tengo una camisa limpia? —le preguntó a Tilly.

—Ya sabe que siempre tiene camisas limpias.

—Pues... tráeme la blanca.

Tilly le llevó una de las camisas de lino que Tom había heredado de su padre y arrimó la prenda al fuego. Sentía un amor mudo y doloroso por aquel joven, inclinado delante de las llamas, con las manos en las rodillas, quieto y distraído, ajeno a su presencia. De un tiempo a esta parte, se había apoderado de la criada una temblorosa tendencia a llorar cada vez que hacía algo para él y él estaba presente. Sus manos temblaron ahora al poner la camisa encima del guardafuegos. Él había dejado de gritarle y de gastar bromas. El profundo silencio de la casa estremecía a Tilly.

Brangwen fue a lavarse. Sintió como si extrañas explosiones de conciencia se elevaran de las profundidades de su silencio para estallar lo mismo que burbujas.

—Tengo que hacerlo —dijo, agachándose para coger la camisa—. Tengo que hacerlo, así que ya está bien de excusas. —Y, mientras se peinaba delante del espejo que había en la pared, se contestó superficialmente—: Esa mujer no es ni muda ni tonta. No se chupa el dedo. Tiene derecho a dar lo que le parezca y a rechazar a quien se le antoje.

Esta veta de sentido común lo llevó un poco más lejos.

—¿Quería algo? —preguntó Tilly, que apareció de pronto al oír sus murmuraciones. Tom se estaba peinando la barba rubia. Sus ojos parecían serenos y no se alteraron.

—Sí —contestó—. ¿Dónde has puesto las tijeras?

Tilly se las dio y se quedó mirando cómo, con el mentón hacia adelante, Tom se recortaba la barba.

—Tenga cuidado, no vaya a dejarse como si estuviera en un concurso de esquileo —dijo con preocupación. Él se sopló los pelillos rizados que se le habían pegado a los labios.

Se puso ropa limpia de arriba abajo, dobló la usada con cuidado y escogió su mejor chaqueta. Ya preparado, cuando caía el crepúsculo gris, salió al jardín y cortó unos narcisos. El viento rugía en los manzanos, sacudiendo con furia las flores amarillas, e incluso oyó el fino susurro de los brotes cuando se agachó para cortar los tallos quebradizos.

—¿Qué haces? —le preguntó un amigo con el que se encontró cuando salía por la cancela del jardín.

—Voy de cortejo —dijo Brangwen.

Y Tilly, en un estado de gran agitación y nerviosismo, dejó que el viento la vapuleara en los campos hasta que llegó a la verja grande para ver desde allí cómo

Brangwen se alejaba.

Mientras el viento rugía entre los matorrales, Tom subió la cuesta y siguió su camino hasta la vicaría, intentando proteger el ramo de narcisos en un costado. No pensaba en nada: solo sabía que soplaba el viento.

Anocheecía, y los árboles pelados repicaban y silbaban. Sabía que el vicario estaría en su estudio y la mujer polaca con su hija en la cocina, una estancia confortable. Cuando el crepúsculo era más oscuro, Brangwen cruzó la puerta del jardín y recorrió el sendero, donde el viento había doblado algunos narcisos y destrozado los azafranes de primavera, que habían perdido su color y estaban pálidos y deshilachados.

Un rayo de luz iluminaba los arbustos desde la ventana de la cocina. Brangwen empezó a dudar. ¿Cómo iba a pedirselo? Miró por la ventana y la vio sentada en la mecedora con la niña, ya en camisón, en sus rodillas. La indómita cabeza rubia se inclinaba hacia el calor del fuego, y éste se reflejaba en las mejillas encendidas y en la piel clara de la niña, que parecía reflexionar como un adulto. La madre tenía una expresión sombría e inmóvil, y Brangwen, con un escalofrío, comprendió que estaba muy lejos de allí, en su vida anterior. El pelo de la niña brillaba como el hilo de vidrio y una luz interior parecía iluminar sus rasgos como si fueran de cera. El viento rugía. Madre e hija estaban muy quietas, calladas: la niña miraba el fuego con expresión ausente, la madre el vacío. La pequeña estaba casi dormida. Únicamente su voluntad le permitía seguir con los ojos abiertos.

Vio que la niña movía la cabeza de repente, asustada cuando el viento azotó la casa, y movía los labios finos. La madre empezó a balancearse, y se oyó el leve crujido de la mecedora. Poco después, el murmullo grave y monótono de una canción en un idioma extranjero llegó a los oídos de Brangwen. Luego, pareció que una fuerte ráfaga de viento se llevara a la madre a la vez que dilataba los ojos negros de la niña. Brangwen volvió la vista a las nubes, que se concentraban con alarmante velocidad en el cielo oscuro.

A continuación resonó la voz aguda de la niña, quejumbrosa pero autoritaria:

–No cantes eso, mamá. No me gusta.

La canción se apagó.

–Tienes que irte a la cama –dijo la madre.

Brangwen vio que la niña se pegaba a su madre y protestaba, y que la madre parecía ausente e inmovible a los angustiosos intentos de su hija para no separarse de ella. La pequeña Anna lanzó entonces su amenaza:

–Quiero que me cuentes un cuento.

Sopló el viento, empezó el cuento y la niña se acurrucó en el regazo de su madre, mientras Brangwen seguía esperando junto a la ventana, con el alma en vilo, contemplando el oleaje enfurecido de los árboles y la oscuridad creciente. Tenía que seguir su destino y, sin embargo, se había detenido en el umbral.

La niña estaba encogida y quieta, hecha un ovillo contra su madre, sin pestañear, con los ojos oscuros casi ocultos por la mata de pelo suave, como un animal

enroscado y dormido con los ojos abiertos. La madre parecía velada por una sombra, y daba la impresión de que el cuento se narraba por sí solo. Brangwen seguía en la puerta, viendo caer la noche. No era consciente del paso del tiempo. La mano en la que llevaba los narcisos se le había quedado entumecida y fría.

El cuento terminó y la madre se levantó con la niña agarrada a su cuello. Tenía que ser muy fuerte para llevar en brazos con tanta facilidad a una niña tan grande. Anna se agarraba con fuerza al cuello de su madre. La cara bonita y extraña asomaba por encima del hombro de la madre, dormida pero con los ojos abiertos, grandes y oscuros, dispuestos a resistir y a pelear contra algo desconocido.

Cuando la madre y la hija se retiraron, Brangwen se movió por primera vez y dirigió una mirada a la noche. Ojalá fuera todo verdaderamente tan hermoso y familiar como le parecía en estos contados momentos de liberación. Lo mismo que la niña, sentía una extraña tensión, un sufrimiento, una especie de destino.

La madre bajó poco después y empezó a doblar la ropa de su hija. Brangwen llamó a la puerta. La señora Lensky abrió extrañada, algo asustada, como una extranjera, inquieta.

–Buenas noches –dijo él–. Pasaré solo un momento.

Ella mudó rápidamente de expresión, no estaba preparada. Lo miró de arriba abajo, a la luz de la ventana, con los narcisos en la mano y la oscuridad a sus espaldas. Vestido de negro, no lo había reconocido, y casi tuvo miedo.

Pero él ya estaba cruzando el umbral y cerrando la puerta. Ella dio media vuelta, sobresaltada por esta invasión de la noche. Brangwen se quitó el sombrero y se acercó a ella. Se detuvo a la luz de la lámpara, vestido de negro, con el sombrero en una mano y las flores amarillas en la otra. Ella estaba a unos pasos, a merced de él, fuera de sí. No lo conocía: solamente sabía que era un hombre y que venía a por ella. No acertaba a ver nada más que aquella figura oscura que tenía allí delante, y el puño que sostenía las flores. No le veía la cara ni los ojos vivos.

Él la observaba, sin conocerla, consciente de su presencia solo interiormente.

–He venido para hablar con usted –dijo, acercándose a la mesa y dejando en ella el sombrero y las flores, que se esparcieron y quedaron amontonadas de cualquier manera. Ella se estremeció ante este paso inesperado. No tenía ni voluntad ni existencia. El viento retumbaba en la chimenea, y Brangwen esperaba. Ahora que tenía las manos libres, apretó los puños.

Era consciente de que ella estaba a su lado, desconocida, asustada, pero ligada a él.

–He venido –dijo, en un tono sorprendentemente tranquilo y práctico– para pedirle que se case conmigo. Está usted libre, ¿verdad?

Hubo un largo silencio, mientras Brangwen la miraba con un extraño gesto impersonal en sus ojos azules, buscando una respuesta a la verdad en los ojos de ella. Intentaba sacarle la verdad, y ella, como hipnotizada, tuvo que responder por fin:

–Sí. Estoy libre para casarme.

Los ojos de Brangwen cobraron entonces una expresión menos impersonal, como si estudiara a la extranjera, como si intentara sacarle la verdad. Dejaron de moverse, era intensos, eternos, como si no fueran a cambiar nunca. Parecía que la atravesaban y la partían en dos. Ella tembló, sintiéndose creada, privada de voluntad, y se rindió a él en un deseo común.

–¿Me quieres? –preguntó.

Brangwen palideció y dijo:

–Sí.

La incertidumbre y el silencio se palpaban en el ambiente.

–No –dijo ella, sin saber lo que decía–. No, no sé.

Brangwen notó que su tensión interior estallaba, aflojó los puños, no podía moverse. Se quedó mirándola, indefenso y vagamente hundido. De pronto, ella se había vuelto irreal. Entonces la vio acercarse de una manera directa aunque extraña, como privada de movimiento, empujada por una corriente repentina. Ella apoyó una mano en su chaqueta.

–Sí, quiero –dijo, en un tono impersonal, mirándolo con unos ojos grandes e inocentes, recién abiertos, abiertos ahora con una verdad suprema. Brangwen se puso blanco y no se movió, pero ella había apresado sus ojos, y estaba sufriendo. Lo miraba con unos ojos grandes, recién abiertos, casi como una niña y, con un movimiento peculiar, que fue para él un auténtico suplicio, acercó despacio la cara y el pecho, con la lenta insinuación de un beso que provocó una explosión en el cerebro de Brangwen mientras la oscuridad lo envolvía unos instantes.

La tenía entre sus brazos y, completamente anulado, la besó. Experimentó una angustia y un estremecimiento absolutos al despegarse de sí mismo. La sentía pequeña, ligera y entregada en sus brazos, como una niña, pero, al mismo tiempo, la insinuación del abrazo carnal, del abrazo infinito, era tan profunda que no podía soportarlo, no podía resistirlo.

Volvió la cabeza en busca de una silla y, sin dejar de abrazarla, se sentó, con ella pegada a su pecho. Entonces, por espacio de unos segundos, se quedó profundamente dormido, dormido y herméticamente encerrado en el sueño más oscuro, en el más completo y radical olvido.

Poco a poco salió de aquel estado, sin dejar de sentir en ningún momento la cercanía de ella, que, tan callada como él, se entregaba al mismo olvido, a la misma oscuridad fecunda.

Regresó poco a poco, recién creado, como si emergiera de una gestación, de un renacimiento, en el útero de la oscuridad. Todo era etéreo y leve, nuevo como una mañana, fresco como un comienzo. Como un amanecer, todo se colmó de dicha y de frescura. Y ella se quedó completamente inmóvil junto a Brangwen, como si sintiera lo mismo que él.

Al cabo de un rato lo miró, con los ojos grandes y jóvenes resplandecientes de luz. Y él se inclinó y la besó en los labios. Y el amanecer estalló dentro de ellos, una

luz nueva los atravesó, una sensación que superaba todo lo imaginable, tan gozosa como una extinción, un pecado. De repente, él quiso abrazarla con fuerza.

Porque la luz que iluminaba a la mujer comenzaba a apagarse poco a poco y, aún en los brazos de él, hundió la cabeza en su pecho y se quedó muy quieta, con la cabeza hundida, algo cansada, borrada por el cansancio. Y había en su cansancio cierta negación.

–Está la niña –dijo, al cabo de aquel largo silencio.

Él no entendió qué quería decir. Desde hacía un buen rato no oía nada. Entonces tomó conciencia del rugido del viento, como si se hubiera reanudado en ese preciso instante.

–Sí –contestó, sin comprender. Y sintió una contracción del corazón, breve y dolorosa, una leve tensión de las cejas. Algo que quería atrapar y no podía.

–¿La querrás? –preguntó ella.

La misma contracción rápida, el mismo dolor, lo asaltaron de nuevo.

–Ya la quiero –dijo.

Ella seguía quieta, pegada a él, recibiendo el calor de su cuerpo sin darse cuenta. Era para él sumamente tranquilizador sentirla tan cerca, absorbiendo su calor a la vez que le entregaba su peso y su extraña confianza. Pero ¿dónde estaba ella y por qué parecía tan ausente? Brangwen no salía de su asombro. No la conocía.

–Pero soy mucho mayor que tú –dijo ella.

–¿Cuántos años tienes?

–Tengo treinta y cuatro.

–Yo tengo veintiocho –dijo él.

–Son seis años.

Parecía extrañamente preocupada, pero también complacida en cierto modo. Él seguía escuchando, mudo de asombro. Era increíble que ella le prestara tan poca atención, a pesar de que estaba sentada en sus rodillas y él la levantaba con su respiración, sintiendo su peso, su existencia, y esto le infundía una plenitud absoluta y un poder inviolable. No quería molestarla. Ni siquiera la conocía. Era muy extraño sentir su peso, abandonada en su regazo. Estaba callado de puro placer. Se sentía físicamente fuerte al desplazarla con su respiración. Esa extraña e inviolable plenitud de ambos hizo que Brangwen se sintiera tan seguro y poderoso como si fuera Dios. Divertido, se preguntó qué diría el vicario si lo supiera.

–No tendrás que quedarte aquí mucho más tiempo como ama de llaves –dijo.

–Esto también me gusta –contestó ella–. Después de haber estado en tantos sitios, aquí estoy muy bien.

Él volvió a guardar silencio al recibir esta respuesta. Estaba tan cerca de él, y al mismo tiempo le respondía desde tan lejos. Pero no le preocupaba.

–¿Cómo era tu casa, cuando eras pequeña? –preguntó.

–Mi padre era terrateniente. Vivíamos cerca de un río.

Esto no le aclaraba gran cosa a Brangwen. Todo seguía siendo igual de difuso.

Sin embargo, le daba igual, mientras ella siguiera estando tan cerca.

–Yo también soy terrateniente... aunque pequeño –dijo.

–Sí –asintió ella.

Brangwen no se atrevía a moverse. Seguía abrazándola, y ella seguía inmóvil y abandonada a la respiración de él, que pasó mucho tiempo sin hacer un solo movimiento. Por fin, con suavidad, tímidamente, posó una mano en el brazo redondeado de la mujer, en territorio desconocido. Ella se acercó un poco más. Una llama abrasadora lamió el vientre y el pecho de Brangwen.

Pero era demasiado pronto. Ella se levantó y se acercó a un aparador para sacar un paño. Había en sus movimientos un aire sereno y profesional. Había sido enfermera, junto a su marido, tanto en Varsovia como en la rebelión posterior. Empezó a preparar una bandeja, como ajena a la presencia de Brangwen. Él se irguió en el asiento, incapaz de soportar la más mínima contradicción en ella, que iba de un lado a otro con aire inescrutable.

Seguía sin moverse del sitio, desconcertado y sorprendido, cuando ella volvió a su lado y lo miró con sus grandes ojos grises, que casi sonrieron iluminados por un leve resplandor. Pero su boca, fea y bonita a un tiempo, seguía inmutable y triste. Brangwen se asustó.

Sus ojos, tensos y alterados por la extrañeza, temblaron ligeramente delante de ella y, aunque notó que estaba temblando, se levantó como si obedeciera una orden y, como si la obedeciera a ella, se inclinó para besar la boca grande y triste, que se dejó besar sin inmutarse. Lo asaltó un profundo temor. Una vez más no había logrado alcanzarla.

Ella se apartó. Aunque la cocina estaba desordenada, Brangwen la encontraba preciosa, en el desorden de la madre y la hija. Había en aquella mujer una lejanía formidable, y al mismo tiempo la sentía tan cerca que se le encogía el corazón. Siguió a la espera, con el alma en vilo.

Volvió con él, que seguía en la cocina con los ojos muy brillantes y llenos de desconcierto, el gesto tenso y vivo, el pelo alborotado. Se acercó a su cuerpo concentrado y vestido de negro, y apoyó una mano en su brazo. Él no se inmutó. La negrura del recuerdo combatía con la pasión en los ojos de ella, primitivos y eléctricos en lo más hondo, que lo rechazaban a la vez que lo absorbían. Pero se mantuvo firme. Respiraba con dificultad y estaba sudando por la cabeza y la frente.

–¿Quieres casarte conmigo? –preguntó ella, despacio, todavía insegura.

Él tuvo miedo de no ser capaz de hablar. Tomó aire con fuerza.

–Quiero –contestó.

Y una vez más, sumiéndolo en la agonía, ella posó una mano en su brazo, se inclinó ligeramente y, con una extraña y primitiva insinuación del abrazo carnal, le ofreció su boca. Era una boca fea y bonita a un tiempo, y él no pudo soportarlo. Posó sus labios en los de ella y, muy despacio, muy despacio, la respuesta empezó a llegar, cobrando fuerza y pasión, hasta que Brangwen tuvo la sensación de que ella gritaba,

y no pudo resistir más. Se apartó, blanco, sin aire. Solamente en sus ojos azules quedaba algo de sí mismo. Y en los ojos de ella había una pequeña sonrisa en la superficie de un vacío negro.

Ella se apartó de nuevo. Y él quiso marcharse. Era insoportable. No podía resistir más. Tenía que irse. Sin embargo, estaba indeciso. Pero ella se había apartado.

Con una leve punzada de angustia, de rechazo, se decidió por fin.

–Volveré mañana para hablar con el vicario –anunció, cogiendo su sombrero.

Ella lo miró, con unos ojos inexpresivos y llenos de oscuridad. Él no encontraba ninguna respuesta.

–Bastará con eso, ¿verdad? –preguntó.

–Sí –contestó ella, como un simple eco, sin cuerpo ni significado.

–Buenas noches –dijo Brangwen.

–Buenas noches.

Así la dejó, inexpresiva y vacía. Poco después, ella siguió preparando la bandeja para el vicario. Como necesitaba despejar la mesa, dejó los narcisos encima del aparador, sin fijarse en ellos. La frescura de las flores, al rozar su mano, persistió sin embargo hasta un buen rato después.

Eran dos desconocidos, siempre lo serían, y por esta razón la pasión era para Brangwen una tortura insufrible. ¡Tanta intimidad en el abrazo y tan completamente extraños en el contacto! Era insoportable. No soportaba estar cerca de ella y saber hasta qué punto eran extraños el uno para el otro, saber cuán profundamente desconocidos eran. Se adentró en el viento. Se habían abierto grandes claros en el cielo y en ellos brillaba la luna. A veces, alta, brillante y líquida, se deslizaba por un espacio vacío para refugiarse detrás de las nubes con los bordes eléctricos, de un color marrón tornasolado, componiendo una mancha de nube y de sombra. Luego, en algún lugar de la noche estallaba de nuevo un resplandor, como el vapor. Y el cielo era un hervidero de actividad y rasgaduras, un inmenso desorden de oscuridad y formas fugaces, de vapores de luz deshilachados y un gran halo circular de color pardo, y, de pronto, el terror de una luna que asomaba unos segundos, brillante y líquida, y hería los ojos antes de sumergirse otra vez en una nube.

Capítulo II

Viven en la granja Marsh

Lydia Lensky era hija de un terrateniente polaco que, endeudado hasta las cejas con los judíos, se casó con una alemana de fortuna y murió justo antes de la gran insurrección^[1]. Siendo muy joven, Lydia se casó con Paul Lensky, un intelectual que había estudiado en Berlín y regresó a Varsovia convertido en un patriota. La madre de Lydia se casó en segundas nupcias con un comerciante alemán y abandonó el país.

Al casarse con el joven doctor, Lydia Lensky se volvió patriota como él, además de mujer emancipada. Eran pobres, pero muy vanidosos. Ella aprendió enfermería como emblema de su emancipación. Representaban en Polonia el nuevo movimiento que acababa de surgir en Rusia, aunque eran muy patriotas y al mismo tiempo muy «europeos».

Tuvieron dos hijos. Y entonces estalló la revolución. Paul Lensky, apasionado y lleno de palabras, recorría la ciudad incitando a sus compatriotas. Las calles de Varsovia se abarrotaron de hombres airados, llegados de la Pequeña Polonia, que marchaban dispuestos a acabar con todos los moscovitas. Así entraron en el sur de Rusia, y era frecuente que seis insurgentes a caballo irrumpieran en una aldea judía, blandiendo espadas y palabras, para señalar su intención de matar a todo moscovita vivo.

También Lensky era una especie de ogro. Lydia, atemperada por su sangre alemana y sus distintos orígenes, se vio anulada, arrastrada por las vehementes proclamas de su marido y su enardecido patriotismo. Paul era en verdad un hombre valiente, pero no había valentía comparable a la potencia de sus palabras. Trabajaba con ahínco, hasta que solo en sus ojos quedaba un rastro de vida. Lydia, como drogada, lo seguía igual que una sombra, igual que un eco, siempre a su servicio. A veces llevaba con ella a sus dos hijos, a veces iba sin ellos.

A su regreso de una de estas escapadas, encontró a sus dos hijos muertos de difteria. Su marido lloró sin esconderse, en presencia de todo el mundo. Pero la guerra seguía su curso, y Paul pronto volvió a su trabajo. Un velo de oscuridad envolvió el ánimo de Lydia. Se movía como una sombra, silenciada, presa de un pánico extraño y hondo, y anhelaba encontrar la satisfacción en el terror, entrar en un convento, satisfacer sus instintos de terror al servicio de una religión tenebrosa. Pero no pudo.

Después huyeron a Londres. Lensky, el hombre menudo y delgado, tenía para entonces la vida entera atrapada en la resistencia y nunca más conoció la tranquilidad. Vivía instalado en una especie de irritabilidad insana, irascible y altivo en grado sumo, y quisquilloso hasta el extremo de que su presencia como médico auxiliar en

uno de los hospitales pronto se volvió imposible. Lydia y Paul eran casi una pareja de mendigos. No obstante, él conservaba una excelente opinión de sí mismo, como si viviera en una alucinación absoluta, en la que se veía majestuoso y rebosante de vitalidad. Protegía celosamente a su mujer de su humillante posición, defendía su territorio como si blandiera una espada, y esto llenaba de asombro a los ingleses. Tenía un poder absoluto sobre Lydia, como si la hipnotizara. Ella se mostraba pasiva, abatida, siempre en la sombra.

Paul Lensky se estaba consumiendo. Cuando nació la niña, él no era más que un manojo de huesos y una idea fija. Lydia lo veía morir, lo atendía y atendía a la pequeña, pero en realidad estaba ajena a todo. La oscuridad se había adueñado de ella, como un remordimiento, o como el recuerdo de la oscura, salvaje y mística cabalgada del terror, de la muerte, de la sombra de la venganza.

Sintió alivio cuando murió su marido. Ya no lo tendría siempre encima, a todas horas.

Inglaterra, un país extranjero y comedido, casaba bien con el estado de ánimo de Lydia. Ya conocía un poco el idioma antes de su llegada, y tenía un don parecido al de un loro que le permitió aprenderlo con bastante facilidad. Pero no sabía nada de los ingleses ni de su modo de vida. A decir verdad, los ingleses no existían para ella, que parecía deambular en el Submundo, donde las sombras se concentran visiblemente, pero no guardan ninguna relación con uno. Veía a los ingleses como un anfitrión poderoso, frío y ligeramente hostil, y se sentía aislada entre ellos.

Los ingleses, por su parte, la trataban con mucho respeto, y la Iglesia comprendió que Lydia no quería nada de ella. Vivía sin pasión, como una sombra, a veces torturada por el amor a su hija. Su marido agonizante, con los ojos atormentados y el gesto tenso, era para ella una visión, no una realidad. En una de sus visiones lo enterraba y lo apartaba de ella. La visión cesó entonces, Lydia se tranquilizó, y el tiempo transcurrió gris, sin color, como un largo viaje en el que, inconsciente, viera desplegarse el paisaje a su lado. Cuando acunaba a su hija de noche, a veces se sumergía en una canción de cuna polaca, o hablaba consigo misma en su lengua materna. Aparte de estos momentos, jamás pensaba en Polonia ni en el mundo al que había pertenecido. Ese mundo era como una mancha gigantesca que acechaba en su oscuridad. En la actividad superficial de la vida era completamente inglesa. Incluso pensaba en inglés. Sin embargo, sus largos momentos de abstracción en el vacío y en la oscuridad eran polacos.

Así vivió algún tiempo. Luego, con leve inquietud, aprendió a despertar parcialmente a la vida en las calles de Londres. Tomó conciencia de que había algo a su alrededor, muy diferente, tomó conciencia de que estaba en un lugar extraño. Y después la enviaron al campo. Fue entonces cuando regresaron a su memoria recuerdos de su casa, cuando era niña, de la casa grande rodeada de tierra y de los campesinos del lugar.

La enviaron a Yorkshire, a atender a un rector en su rectoría, a la orilla del mar.

Ésta fue la primera sacudida del caleidoscopio que puso ante sus ojos una imagen, obligándola a verla. Los campos abiertos y los páramos le herían el cerebro. La herían sin remedio. Pero al mismo tiempo se le imponían como una presencia viva, despertaban en ella cierta fuerza de su infancia pasada, tenían cierta relación con ella.

Ahora veía el verde, el plateado y el azul de su entorno. Y había una extraña insistencia en la luz que llegaba del mar, a la que forzosamente tenía que prestar atención. Las prímulas brillaban por todas partes, por millares, y Lydia se inclinaba ante esta inquietante influencia que se extendía a sus pies, incluso cogía alguna flor, recordando vagamente, gracias al nuevo color de la vida, lo que había sido en otro tiempo. A cualquier hora del día, cuando se sentaba junto a la ventana del piso de arriba, la luz llegaba del mar, constantemente, constantemente, sin rechazo, hasta que sentía como si la luz se la llevara, y el murmullo del mar la adormecía, sumiéndola en un estado de relajación parecido al sueño. Su conciencia automática cedía entonces ligeramente, y Lydia a veces se quedaba paralizada por una dolorosa visión fugaz de su hija viva que le producía un dolor indecible. Su alma despertaba y prestaba atención.

Era muy extraño el brillo continuo del mar revelado en el cielo, muy cálido y dulce el cementerio, en un rincón de la montaña, que recibía el sol y lo apresaba como se apresa una abeja entre las palmas de las manos cuando ya está aturdida. Hierba gris, líquenes y una pequeña iglesia, copos de nieve entre las briznas toscas y un puñado de sol increíblemente tibio.

Su ánimo estaba intranquilo. Cuando oía el rumor del arroyo a lo lejos, al pie de los árboles, se sobresaltaba y se preguntaba qué podía ser. En sus paseos encontraba campanillas que brillaban como una presencia, entre los árboles.

Llegó el verano, y una maraña de campanillas cubrió los páramos como el agua las rodadas de los caminos, y el brezo se volvió rosa bajo los cielos, despertando al mundo entero. Y Lydia estaba intranquila. Pasaba entre los matorrales de los barrancos encogida por su presencia y se adentraba entre los brezales como si se zambullera en un torbellino casi doloroso. Acariciaba con los dedos los dedos de su hija, aferrados a los suyos, oía su vocecita angustiada, como si intentara obligarla a hablar, destrozada.

Y de nuevo se encogía y regresaba a su oscuridad, y allí se quedaba temporalmente borrada, alejada y a salvo de la vida. Pero llegó el otoño con el leve resplandor rojizo de los petirrojos cantores, el invierno oscureció los páramos, y Lydia volvió a la vida de una manera casi salvaje, exigiendo que se le devolviera su existencia, exigiendo que todo volviera a ser como había sido cuando era una niña, en su casa, en el campo, bajo el cielo. La nieve cubrió buena parte del paisaje, los postes del telégrafo recorrían la tierra blanca a grandes zancadas, lejos del cielo lúgubre. Y el deseo despertó de nuevo en ella, indómito, exigiendo que aquel lugar fuese Polonia, su juventud, que todo volviera a pertenecerle.

Pero aquí no había trineos ni campanillas, no veía acercarse a los campesinos

como gente nueva, con sus pellizas de oveja y sus rostros saludables, lozanos y vivarachos, que parecían renacer y cobraban viveza cuando la nieve iluminaba la tierra. La vida de su juventud no regresaba a ella, no regresaba. Combatió con cierta angustia, y una vez más volvió a cobijarse en la oscuridad del convento, entre cuyas paredes se desataban la furia de Satanás y todos los diablos, y un Cristo blanco colgaba en la cruz de la victoria.

Desde la habitación del enfermo veía volar los remolinos de nieve, como copos de sombras apresuradas en alguna misión decisiva a través de un mar inalterable y plomizo, más allá de la blancura definitiva de la costa recortada y las rocas negras, parcialmente sumergidas y salpicadas de nieve. Al alcance de la mano, sin embargo, la nieve suave cubría los árboles como brotes jóvenes. Únicamente la voz del vicario agonizante sonaba temblorosa y gris a sus espaldas.

Cuando empezó a nevar, él ya estaba muerto. Estaba muerto. Pero, con una extraña templanza, la mujer que había regresado a la vida observaba los copos de nieve en las puntas de las briznas de hierba, blancos y suspendidos en el viento, que no se los llevaba. Veía revolotear y cabecear las flores blancas y cerradas, ancladas por un hilo a la hierba verde grisácea, nunca arrastradas sin embargo por el viento, nunca a la deriva.

Al levantarse, por la mañana, el blanco amanecer golpeaba el mundo con ráfagas de luz que llegaban del levante como una pequeña tormenta de nieve que cobraba fuerza y violencia por momentos, hasta que el rosa y el dorado hicieron acto de presencia, y el mar se iluminó bajo los cielos. Lydia estaba impasible e indiferente. Pero había salido del recinto de la oscuridad.

De nuevo atravesó un espacio de sombra y la familiaridad del culto al terror, y en esta temporada se mudó, sin darse cuenta, a Cossethay. Allí, al principio, no había nada: solo una nada gris. Hasta que un día se fijó en la luz del jazmín amarillo y después en la mañana y en el atardecer, en el canto incesante de los tordos entre los arbustos, y su corazón, azotado, no tuvo más remedio que alzar la voz para competir y responder. Pequeñas melodías acudieron a su memoria. Se sentía llena de desasosiego, casi de angustia. Se resistió, sabiéndose derrotada, y de temer la oscuridad pasó a temer la luz. Se refugiaba en casa siempre que podía. Ansiaba sobre todo la paz de su denso letargo anterior. No soportaba salir, tomar conciencia. Los primeros espasmos de este nuevo alumbramiento fueron tan dolorosos que Lydia llegó a pensar que no podría resistirlo. Prefería quedarse al margen de la vida, desgarrada, mutilada en este nacimiento, al que no lograría sobrevivir. No tenía la fuerza necesaria para nacer en aquel momento, en Inglaterra, un país tan extraño, bajo aquel cielo tan hostil. Sabía que moriría como una flor prematura, sin color ni perfume, que brota cruelmente al final del invierno, y quería proteger su mínima chispa de vida.

Pero entonces llegó un día de sol, cargado de la fragancia de los matcabras, un día en el que las abejas tropezaban con los narcisos amarillos, y Lydia se olvidó de

todo, se sintió como si fuera otra persona, como si no fuera ella, una persona nueva, bastante satisfecha. Se sabía, sin embargo, frágil, y eso la asustaba. El vicario roció los narcisos con harina de guisantes, para que las abejas se dieran un festín, y Lydia se rió mucho. Después llegó la noche, con brillantes estrellas a las que Lydia conocía desde hacía mucho tiempo, desde su infancia, y en la intensidad con que parpadeaban reconoció que eran las victoriosas.

No podía ni estar despierta ni dormir. Atrapada entre el pasado y el futuro, como una flor que empieza a asomar en la tierra y descubre que tiene una piedra encima, se descubría indefensa.

El desconcierto y la indefensión no la abandonaban, se sentía rodeada por grandes masas en movimiento que acabarían por aplastarla. Y no había escapatoria: salvo en su antiguo letargo, en la fría oscuridad que luchaba por conservar. Pero el vicario le enseñó un nido en un arbusto, cerca de la puerta trasera. Lo primero que vio Lydia fue a la madre sentada en el nido, con las alas desplegadas, guardando celosamente su secreto. Las alas, tensas, ávidas, que protegían los huevos, se movían de una manera insoportable. Se acordó de ellas a la mañana siguiente, al oír su zumbido cuando se levantaba, y pensó: «¿Por qué no habré muerto allí, por qué me trajeron a este país?».

Veía a la gente que la rodeaba como presencias acechantes, no como personas. Le costaba mucho adaptarse. En Polonia, los campesinos, la gente, eran para ella lo mismo que el ganado, eran su ganado, objetos de su propiedad y a su servicio. ¿Dónde estaba aquella gente? Ahora que empezaba a despertar se encontraba perdida.

Sin embargo, había sentido la presencia de Brangwen casi como si la hubiera rozado. Había experimentado un cosquilleo en todo el cuerpo cuando se encontró con él en la carretera. Y después de los momentos que pasó con él en la cocina de la granja, la voz del cuerpo de Lydia había cobrado fuerza e insistencia. No tardó en desearlo. Era el hombre que más se había acercado a ella para invitarla a despertar.

Pero siempre, entre un momento y otro, Lydia volvía a sumirse en su antigua inconsciencia, en su indiferencia, y en la intención de salvarse de seguir viviendo, hasta que una mañana se despertaba y notaba el latido de la sangre, y sentía que se abría como una flor en su vaina, al sol, insistente y poderosa en sus exigencias.

Tenía que conocer mejor a Brangwen, y su instinto se centró plenamente en él: únicamente en él. Su primer impulso fue de intenso rechazo, porque no era un hombre de su clase, pero un instinto ciego la impulsaba a tomarlo, aceptarlo y entregarse a él. Esto le daba seguridad. Lydia sentía las raíces de la seguridad de Brangwen, y su vitalidad. Además, era joven y sano. Le agradaban la firmeza y la vivacidad de sus ojos azules lo mismo que le agradaba la mañana. Él era muy joven.

Luego, otra vez volvía a sucumbir al letargo y la indiferencia. Pero este estado era por fuerza transitorio. La tibieza fluía por todo su cuerpo, y Lydia sentía entonces que se abría, se desplegaba y pedía, como una flor que se despliega plenamente bajo el sol, mientras los pajarillos diminutos entreabren el pico para recibir, para recibir. Y, desplegada, se acercaba a él, directamente a él. Y él se acercaba, despacio, temeroso,

frenado por un temor difuso e impulsado por un deseo más grande que él.

Cuando Lydia se desplegaba y se acercaba a él, todas las cosas que habían sido y que eran desaparecían para ella, y se sentía nueva como una flor que abre su vaina y resiste en pie, siempre preparada, a la espera, receptiva. Brangwen no lograba entenderlo. Se obligó, por incomprensión, a seguir el honroso camino del cortejo y la licencia matrimonial de acuerdo con las convenciones sociales. Después de que él se presentara en la vicaría para pedir su mano, Lydia pasó unos días atrapada en este hechizo, abierta y receptiva para él, ante él. El deseo creció en Brangwen hasta alcanzar cotas de caos. Habló con el vicario, y se publicaron las amonestaciones. Hecho esto, Brangwen se puso a esperar.

Lydia seguía atenta y expectante por instinto en presencia de Brangwen, desplegada y preparada para recibirlo. Él estaba paralizado, por miedo de sí mismo y por su concepto del honor con que debía tratarla. Así, continuó en un estado de caos.

Y, pasados unos días, ella volvió a cerrarse poco a poco, a alejarse de él, a repliegarse, impermeable y ajena. Brangwen experimentó entonces una desesperación infinita y negra, consciente de lo que había perdido. Tuvo la sensación de que lo había perdido para siempre, y comprendió lo que era haber estado en comunicación con ella y verse de nuevo abandonado. Angustiado, con el corazón como una piedra, se ocupaba de sus tareas como si no estuviera vivo.

Poco a poco se desesperaba, perdía la capacidad de comprender y se apoderaba de él un sentimiento de rebeldía sin límite. Incapaz de expresarse, prisionero de una pasión violenta, lúgubre, muda, Brangwen casi llegaba a odiar a Lydia, hasta que ella tomaba conciencia de él gradualmente, conciencia de ella con respecto a él, y entonces su sangre volvía a despertar a la vida, y otra vez empezaba a abrirse para Brangwen, y de nuevo fluía hacia él. Él esperaba hasta que el hechizo los envolvía nuevamente, hasta que quedaban unidos en el interior de una llama que estallaba con impaciencia. Y, una vez más, él se sentía desconcertado, como si lo ataran con unas cuerdas verdaderas, y no podía acercarse a ella. Era ella quien se acercaba entonces, le desabrochaba el chaleco y la camisa y posaba una mano en su pecho, porque necesitaba conocerlo. Porque le parecía una crueldad abrirse y ofrecerse a él sin saber lo que él era, sin saber siquiera que estaba allí. Lydia se entregaba al momento, pero Brangwen no podía, y no llegaba a tomarla.

Así, él vivió en vilo, como si únicamente la mitad de sus facultades funcionaran, hasta el día de la boda. Lydia no lo entendía. Pero la distracción volvió a apoderarse de ella a medida que corrían los días. Brangwen no lograba establecer un vínculo definitivo con ella. Y ella, de momento, dejó que se alejara.

Él sufría mucho con la idea del matrimonio, de la intimidad y la desnudez del matrimonio. Apenas conocía a Lydia. Eran dos extraños, dos desconocidos. Y no podían hablar. Cuando ella hablaba, de Polonia o de su vida anterior, todo parecía muy raro y apenas conseguía comunicarle nada. Y, cuando él la miraba, un exceso de reverencia y miedo a lo desconocido transformaba la naturaleza de su deseo en algo

parecido a la veneración que la alejaba a ella de su deseo, lo acobardaba.

Lydia no lo sabía, no lo entendía. Se habían mirado y se habían aceptado. Así había sido, y por tanto no había nada que evitar: su vínculo era definitivo.

En la boda, Brangwen tenía una expresión tensa y ausente. Quería beber para olvidarse de sus pronósticos y sus cavilaciones, para vivir el momento en libertad. Pero no podía. La incertidumbre le atenazaba cada vez más el corazón. Las bromas, la jovialidad, la alegría y las indirectas de los invitados no hacían sino invitarlo a replegarse. No oía. Estaba obsesionado por la inminencia de la unión, no podía liberarse.

Lydia estaba callada, con una sonrisa fija y extraña. No tenía miedo. Había aceptado a Brangwen, quería quedarse con él y ahora pertenecía completamente al instante. No existían el futuro ni el pasado: solo esto, su instante. Casi no se fijaba en él, a pesar de que estaba sentada a su lado, en la cabecera de la mesa. Él estaba muy cerca y su unión era inminente. ¡Qué más!

Cuando llegó el momento de que los invitados se retiraran, un brillo suave iluminaba el semblante sombrío de Lydia, había orgullo en la inclinación de su cabeza y tenía dilatados los ojos grises y claros, de una manera que impedía a los hombres mirarla y parecía fascinar a las mujeres, ponerlas a su servicio. Estaba espléndida mientras se despedía, con una sonrisa de orgullo y gratitud en la boca grande y fea, la voz suave y rica en tonalidades extranjeras. Los ojos dilatados, ajenos a todos y cada uno de los invitados que se iban retirando. Tenía una actitud refinada y fascinante, aunque ajena a quien daba la mano.

Y Brangwen estaba a su lado, estrechando cordialmente la mano a los amigos, recibiendo su respeto con agradecimiento, satisfecho de su atención. Pero su corazón estaba atormentado, y ni siquiera se esforzaba en sonreír. El momento del juicio y la aceptación, su Getsemaní y su Entrada Triunfal en un solo ser, habían llegado.

Eran muchas las cosas de Lydia que Brangwen desconocía. Cuando se acercaba a ella, se sentía en un territorio desconocido y profundamente doloroso. ¿Cómo abarcarlo y explorarlo? ¿Cómo rodear con sus brazos toda aquella oscuridad, estrecharla contra su pecho y entregarse a ella? ¿Qué no le ocurriría? Si seguía en aquel estado de agitación jamás lo conseguiría. Y ¡entregarse, desnudo, voluntariamente, a un poder desconocido! ¿Cómo podía tener un hombre la fortaleza necesaria para tomar a aquella mujer, abrazarla y hacerla suya, con la certeza de conquistar aquella aterradora presencia desconocida junto a su pecho? ¿Qué era entonces ella, qué era eso a lo que también él debía entregarse, abrazar y abarcar al mismo tiempo?

Brangwen iba a ser su marido. Así se había acordado. Y lo deseaba más de lo que deseaba la vida o cualquier otra cosa. Lydia estaba a su lado, con su vestido de seda, mirándolo con una expresión extraña, y Brangwen sintió cierto terror, cierto horror, porque ella era extraña e inminente y él no tenía elección. No soportaba encontrarse con los ojos de Lydia, enmarcados por aquellas cejas densas y extrañas.

–¿Es tarde? –preguntó ella.

Brangwen miró el reloj.

–No... Las once y media –dijo. Y puso un pretexto cualquiera para ir a la cocina, dejándola sola, rodeada de vasos y desorden.

Tilly estaba sentada junto al fuego, con la cabeza entre las manos. Se sobresaltó al oír que entraba Brangwen.

–¿Por qué no te has ido a la cama? –preguntó él.

–He pensado que tenía que quedarme a cerrar y a recoger –contestó.

La agitación de Tilly dejó a Brangwen sin palabras. Le dio alguna orden sin importancia y volvió, más tranquilo, casi avergonzado, con su mujer. Lydia lo observó unos instantes, mientras él se acercaba sin mirarla.

–¿Verdad que vas a ser bueno conmigo? –preguntó.

Parecía pequeña, infantil y terrible, con una expresión amplia y extraña en los ojos. A Brangwen le dio un vuelco el corazón y, presa de una agonía de amor y deseo, se acercó a ella y la cogió entre sus brazos.

–Quiero serlo –dijo, acercándola cada vez más contra su pecho. Lydia se sintió tranquilizada por la fuerza con que él la abrazaba, y se quedó muy quieta, relajada en sus brazos, fundiéndose con él. Y Brangwen se liberó del pasado y del futuro, reducido a aquel instante con ella. Era el momento de tomarla, de estar con ella, y no existía nada más: estaban unidos en un abrazo elemental, más allá de su mutua extrañeza superficial. Pero, a la mañana siguiente, Brangwen volvía a sentirse inquieto. Lydia seguía siendo extraña y desconocida para él. Con la única salvedad de que, además de temor, Brangwen sentía orgullo, confianza en sí mismo como compañero de aquella mujer. Y ella, olvidándose de todo en este nuevo regreso a la vida, irradiaba fuerza y alegría, tanta que él se estremecía al tocarla.

El matrimonio supuso un cambio muy notable para Brangwen. Las cosas se volvieron distantes, insignificantes, conforme iba conociendo la poderosa fuente de la que brotaba su vida, conforme abría los ojos a un universo nuevo y se asombraba al tomar conciencia de su trivialidad anterior. Una nueva y serena relación se revelaba para él en todo cuanto veía, en el ganado y en el trigo joven, arremolinado por el viento.

Y, cada vez que volvía a casa, entraba derecho, expectante, como un hombre que se dirige a una fuente de satisfacción profunda y desconocida. A la hora de cenar, asomaba por la puerta y se detenía un instante en el umbral para ver si Lydia estaba en la cocina. La veía poniendo los platos en la mesa de madera, blanca de tanto haberse fregado. Lydia tenía los brazos esbeltos, el cuerpo esbelto, y llevaba una falda hasta los pies. Tenía la cabeza bien modelada, y el pelo oscuro, recogido con una cinta. En cierto modo era en aquella cabeza, intensa y bien modelada, donde para Brangwen se revelaba su mujer. Cuando la veía moverse, tan tapada, con su falda larga y su pequeño delantal de seda, el pelo negro y suave separado por una raya al centro, la cabeza de Lydia se revelaba para él en toda su belleza intrínseca y sutil, y

comprendía que aquélla era su mujer, conocía su esencia, y podía poseerla. Así parecía vivir unido a Lydia, unido a lo desconocido, lo incontable e incalculable.

Conscientemente no se fijaban mucho el uno en el otro.

–Hoy llego temprano –decía él.

–Sí –contestaba ella.

Brangwen saludaba a los perros, o a la niña, si estaba por allí. La pequeña Anna jugaba por la granja y a todas horas venía corriendo para contarle algo a su madre, agarrarse a sus faldas, con la intención de hacerse notar, tal vez buscando una caricia, y luego se olvidaba y desaparecía otra vez.

En estos momentos, mientras hablaba con la niña, o con el perro entre sus rodillas, Brangwen se fijaba en su mujer, en el corpiño ceñido y oscuro y en el ligero pañuelo de encaje anudado en el pecho que le cubría los hombros, cuando Lydia se ponía de puntillas para coger algo del aparador, en un rincón. Con la intensidad de una puñalada sentía Brangwen que ella le pertenecía y él a ella. Se daba cuenta de que vivía a través de ella. ¿Le pertenecía él a ella? ¿Estaba ella con él para siempre? O ¿podía marcharse? En realidad ella no era suya, ni su matrimonio era real. Lydia podía marcharse, Brangwen no se veía como dueño, marido o padre de sus hijos. Lydia era de otro lugar. Podía desaparecer en cualquier momento. Y Brangwen se sentía constantemente arrastrado hacia ella, iba tras ella, presa de un deseo cada vez más violento, cada vez más insatisfecho. Una fuerza lo impulsaba siempre a volver a casa, con independencia de adonde quisieran llevarlo sus pasos, siempre hacia Lydia, aunque nunca lograba alcanzarla del todo, nunca lograba encontrarse plenamente satisfecho, nunca se sentía en paz, porque ella podía marcharse.

Por las noches estaba contento. Cuando había terminado sus quehaceres, entraba en casa, se lavaba y, después de que la niña se hubiera acostado, podía sentarse al lado del fuego con su cerveza y su pipa larga y blanca entre los dedos, consciente de Lydia, sentada enfrente, que bordaba o hablaba con él, y entonces Brangwen se sentía seguro de su mujer, hasta la mañana siguiente. Lydia era curiosamente independiente, y hablaba poco. De vez en cuando levantaba la cabeza, y en sus ojos grises brillaba aquella luz extraña que nada tenía que ver con él ni con aquel lugar, y le contaba algo de su vida. En esos momentos parecía que regresaba a su pasado, generalmente a la infancia o a la adolescencia, al lado de su padre. Muy rara vez hablaba de su primer marido, pero a veces, con los ojos muy brillantes, volvía a su país y le hablaba a Brangwen de aquellos tiempos tumultuosos, del viaje a París con su padre, le contaba las atrocidades que cometieron los campesinos cuando una oleada de autodestrucción y fervor religioso arrasó el país.

Levantaba la cabeza y decía:

–Primero construyeron el ferrocarril de un extremo a otro del país, y luego una línea más corta, de vía estrecha, que llegaba a unos ciento sesenta kilómetros de nuestra ciudad. Cuando yo era pequeña, Gisla, mi institutriz alemana, estaba muy impresionada y no quería contármelo, pero oí lo que decían los criados. Me acuerdo

de lo que dijo Pierre, el cochero. Y mi padre, y algunos de sus amigos, terratenientes como él, habían comprado una vagoneta, una vagoneta entera.

–Un vagón –corrigió Brangwen.

Lydia se rió para sus adentros.

–Sé que fue un gran escándalo: sí. Un vagón entero para ir con chicas, ¿sabes?, con sus *filles* desnudas: llenaban el vagón de chicas y así hacían el viaje hasta nuestro pueblo. Atravesaban las aldeas de los judíos, y era un gran escándalo. ¿Te lo imaginas? ¡Por todo el país! Y a mi madre no le hacía ninguna gracia. Gisla me dijo: «Madame no debe enterarse de que tú has oído estas cosas»...

»Mi madre lloraba a menudo, y tenía ganas de pegar a mi padre, de pegarle sin rodeos. Cuando lloró porque mi padre había vendido el bosque, porque quería tener dinero contante y sonante en el bolsillo para ir a Varsovia o a París o a Kíev, y le recordó que tenía que cumplir su palabra, que no podía vender el bosque, él le contesto: “Ya lo sé, ya lo sé, ya me lo has dicho muchas veces. Dime algo nuevo. Ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé”... Pero ¿te puedes creer que yo lo quería, a pesar de que estaba ahí, en la puerta, diciendo: “Ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé”? Mi madre no podía hacer nada para hacerle cambiar, por más que pusiera todo su empeño. Podía cambiarlo todo, menos a él. A él no podía cambiarlo...

Brangwen no lo entendía. Se imaginaba un vagón de ganado lleno de chicas desnudas que iban de ninguna parte a ninguna parte, y a Lydia riendo al ver cómo su padre contraía enormes deudas y decía: «Ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé», y a los judíos corriendo por las calles, vociferando en yidish: «No hagas eso, no hagas eso, no hagas eso», y degollados por campesinos enloquecidos –a los que su mujer llamaba «ganado»–, mientras Lydia lo observaba todo con interés, incluso divertida: a los tutores y las institutrices, y París, y un convento. Eran demasiadas cosas para él. Y ahí estaba ella, contándole estas historias, no a él, sino al vacío, arrogándose una curiosa superioridad sobre su marido, creando una distancia entre ellos, un ser extraño, de otro lugar y ajeno a la vida de Brangwen, que hablaba sin ton ni son, se reía de él cuando se mostraba impresionado o atónito, sin censurar nada, lo sumía en la confusión y convertía el mundo entero en un caos, completamente desprovisto de orden o estabilidad. Después, cuando se iban a la cama, él sabía que no tenía nada que hacer con ella. Lydia había regresado a su niñez, era una campesina, una sierva, una criada, una amante, una amada, una sombra, una nada. Tendido en la cama y mudo de asombro, Brangwen contemplaba el dormitorio que tan bien conocía, preguntándose si de verdad estaban ahí la ventana, la cómoda con sus cajones, o si todo era una simple fantasía. Y poco a poco fue acumulando una violenta ira contra Lydia. Pero era tan grande su asombro, y tanta la distancia que aún los separaba, y ella un objeto tan sorprendente para él, tan cargado de misterio, que no tomó represalias contra ella. Se limitó a quedarse quieto, con los ojos muy abiertos por la ira, callado, sin comprender, aunque sin cejar en su hostilidad.

Y así continuó, iracundo y alejado de Lydia, sin cambios aparentes en su actitud,

pero animado en lo más hondo por una poderosa fuerza antagónica contra su mujer. Con el tiempo, Lydia tomó conciencia de la situación, y la sacaba de quicio ver que Brangwen era una fuerza independiente. Se instaló en una suerte de reclusión sombría, en una curiosa comunión con fuerzas misteriosas, en una suerte de trance místico y oscuro que estuvo a punto de enloquecer a Brangwen y a la niña. Él pasaba días enteros en tensión, enfrentado a su mujer, resistiéndose, tenso y con ganas de destruirla tal como era. Y de repente, sin que nada lo explicara, el vínculo entre ellos se restablecía. Brangwen lo notaba mientras trabajaba en los campos. La tensión, el nudo, estallaban, y la vertiginosa corriente fluía con tremendo y majestuoso ímpetu, al extremo de que se creía capaz de partir los árboles, cuando pasaba a su lado, y de crear el mundo de nuevo.

Cuando llegaba a casa, ninguno de ellos hacía señal alguna. Él esperaba y esperaba hasta que ella quisiera acercarse. Y, en la espera, sus extremidades se le antojaban fuertes y espléndidas, sus manos le parecían siervos apasionados, se sentía importante, dotado de un poder formidable, rebosante de vida y de sangre urgente y poderosa.

Seguro que ella terminaba acercándose a él. Entonces él ardía de deseo y se perdía. Se miraban, con una risa profunda en las profundidades de los ojos, y él se disponía a tomarla de nuevo, por completo, loco por deleitarse en las inagotables riquezas de aquella mujer, por enterrarse en sus profundidades y emprender una exploración inagotable, y Lydia se deleitaba de cómo se deleitaba él en ella y, arrojando a un lado todos sus secretos, se zambullía en lo que también era un secreto para ella, temblando de temor, en una agonía de placer sin límites.

¿Qué más daba quiénes fueran, si se conocían o no el uno al otro?

El momento se esfumaba una vez más, y entre ellos se interponían la ruptura, la rabia, el sufrimiento y el desgarramiento para ella, y el destierro, el ímprobo esfuerzo en el molino de los esclavos para él. Sin embargo, daba lo mismo. Habían disfrutado de su momento, las campanas volverían a repicar para anunciarlo, y estaban preparados para cuando regresara, preparados para reanudar la partida en el punto en que la habían dejado, en el filo de la oscuridad exterior, cuando los secretos que guarda la mujer son la presa a la que el hombre se empeña en dar caza, cuando los secretos de la mujer son la aventura del hombre, y ambos se entregan a la aventura.

Lydia estaba embarazada, y una vez más el silencio y la distancia vinieron a separarlos. Ella no quería nada de Brangwen, ni sus secretos ni su cacería: lo destituyó, lo desterró. Él bullía de ira contra la mujer menuda de la boca fea que no quería saber nada de él. A veces, desataba su rabia contra Lydia, pero ella no lloraba. Se revolvía contra él, como un tigre, y los dos peleaban.

Brangwen tenía que aprender a dominarse una vez más, y lo aborrecía, tanto como la aborrecía a ella por no estar presente para él. En estos momentos se iba, a cualquier parte.

Sin embargo, un instinto de gratitud, sumado a la certeza de que Lydia volvería a

acogerlo, de que más adelante estaría disponible para él, impedía a Brangwen alejarse demasiado. Tenía la prudencia de no ir demasiado lejos. Sabía que Lydia podía llegar a olvidarlo por completo, alejarse de él cada vez más, hasta perderse por completo. Brangwen tenía la suficiente sensatez, la premonición suficiente para percatarse de esto y obrar en consecuencia. Porque no quería perderla: no quería que ella se alejara.

Brangwen le decía a Lydia que era fría, egoísta, que solo pensaba en sí misma, que era una extranjera con mal carácter, a quien en el fondo nada interesaba, una mujer sin verdaderos sentimientos en lo más hondo de su ser, sin verdadera bondad. Se enfurecía y acumulaba reproches en los que había algo de verdad, pero cierta elegancia interior le impedía extralimitarse. Sabía, y por esto temblaba de ira y de odio, que Lydia era todas aquellas cosas tan ruines, que era completamente despreciable y ruin. Pero Brangwen tenía en el fondo cierta elegancia, y su elegancia le decía que, por encima de todo, no quería perder a Lydia, que no iba a perderla.

Así, seguía tratándola con cierto respeto, y conservaba parte del vínculo. Salía más a menudo, iba a El León Rojo para huir de la locura que se apoderaba de él cuando estaba al lado de su mujer y ella no le pertenecía, cuando ella se mostraba tan ausente como una mujer cualquiera. No soportaba quedarse en casa, por eso iba a El León Rojo. Y a veces se emborrachaba. De todos modos conservaba la medida, y jamás perdía su derecho sobre algunas de las cosas que los unían.

Una expresión atormentada se insinuaba en sus ojos, como si algo le acechara a todas horas. Dirigía una mirada intensa y rápida, incapaz de estar sentado sin hacer nada. Tenía que salir, buscar compañía, entregarse al exterior. No había otra escapatoria para él, no podía hacer el esfuerzo de entregarse, no sabía cómo.

A medida que transcurrían los meses de embarazo, Lydia dejó a Brangwen cada vez más solo, le prestaba cada vez menos atención, hasta el punto de anular su existencia. Él se sentía atado, atado y sin poder moverse, y empezaba a volverse loco, a punto de perder los estribos. Porque Lydia se mostraba educada y tranquila, como si él no existiera, como quien se muestra educado y tranquilo con un criado.

Pese a todo, ella estaba radiante con el embarazo, y era él quien tenía que rendirse. Se sentaba enfrente de Brangwen, a coser, con su aspecto de extranjera inescrutable e indiferente, y él necesitaba que ella lo reconociera, que tomara conciencia de él. Era insoportable que su mujer lo borrara de aquel modo.

Pero una fuerza superior retenía a Brangwen, le impedía el movimiento, y se iba de casa en busca de alivio. O buscaba la simpatía y el cariño de la pequeña Anna, apelaba a la niña con todo su ser. Pronto fueron como amantes, el padre y la hija.

Y es que Brangwen tenía miedo de su mujer. Cuando la veía sentada, la cabeza inclinada, silenciosa, trabajando o leyendo, perdida en un silencio indescriptible que pesaba en su corazón como una rueda de molino, Lydia se transformaba en la piedra superior del molino, que lo aplastaba, lo trituraba, como a veces se tiende un cielo plomizo sobre la tierra.

Sabía, sin embargo, que no podía apartarla de la densa oscuridad con la que ella

se fundía. No debía obligarla a ofrecerle su reconocimiento o a ponerse de acuerdo con él. Sería desastroso, impío. Y, de esta manera, por más que Tom rabiara, siempre tenía que refrenarse. Aun así, le temblaban las muñecas y parecía furioso, como si fueran a estallarle las manos.

Cuando, en noviembre, las hojas de los árboles empezaron a chocar contra los postigos, resonando como un látigo, Brangwen se sobresaltó y una llama parpadeó en sus ojos. El perro miró a Brangwen, que agachó la cabeza junto al fuego. Pero Lydia se había asustado. Él se dio cuenta de que su mujer estaba escuchando.

–Suenan como una carraca –dijo Brangwen.

–¿Qué? –preguntó ella.

–Las hojas.

Ella volvió a sumirse en su lejanía. Las extrañas hojas que golpeaban contra la madera, empujadas por el viento, parecían más cercanas que su mujer. La tensión en la sala se volvió asfixiante, al extremo de que a Brangwen le costaba mover la cabeza. Tenía todos los nervios, todas las venas, todos los músculos en tensión. Se sentía como un arco roto que dispara desastrosamente, privado de sostén. Y, como Lydia no respondía, él disparaba contra la nada. No obstante, se refrenaba y se abstenía de estrellarse contra la nada, de quedar hecho trizas por pura tensión, por pura resistencia.

Los últimos meses del embarazo los pasó abrumado, en un estado de expectación que nunca se agotaba. Lydia también estaba deprimida y a veces lloraba. Necesitaba mucha vida para empezar de nuevo, después de tanto como había perdido. Y a veces lloraba. Él se ponía rígido, con la sensación de que iba a estallarle el corazón. Y es que ella no lo quería, ni siquiera quería que le recordaran su presencia. Cuando él veía que su mujer empezaba a hacer pucheros, sabía que tenía que alejarse y dejarla intacta, sola. Porque en estos momentos volvía sobre Lydia la pena antigua y honda, la antigua pérdida, el dolor de su vida anterior, el marido muerto, los hijos muertos. Eran cosas sagradas para ella, y él no debía profanarlas en el intento de ofrecerle su consuelo. Si Lydia necesitaba algo, ya se lo pediría. Y él, con el corazón en un puño, guardaba las distancias.

Tenía que soportar que los ojos de Lydia se llenaran de lágrimas, que las lágrimas resbalaran por aquel rostro casi inmóvil, que solo a veces se contraía en un puchero, que se deslizaran hasta su pecho, quieto, casi inmóvil. No se oía nada, más que cuando Lydia, con un ademán extraño, como sonámbula, cogía el pañuelo para secarse las lágrimas y sonarse la nariz y seguía llorando sin hacer ruido. Brangwen sabía que cualquier ofrecimiento de consuelo que pudiera hacerle era para ella aún menos que inútil, detestable, que le crispaba los nervios. Lydia necesitaba llorar. Pero él se volvía loco. La escena le escaldaba el corazón, le hería el cerebro, y se iba de casa.

La principal fuente de consuelo para Brangwen era Anna. La niña se había mostrado en un principio distante y reservada. Un día estaba cariñosa con él y al día

siguiente había vuelto a su actitud inicial de desprecio, fría, indiferente y lejana.

La mañana que siguió a la boda, Brangwen comprendió que vivir con Anna no iba a ser fácil. Se despertó sobresaltado, cuando rayaba el alba, al oír una vocecita al otro lado de la puerta que llamaba en tono lastimero:

–¡Mamá!

Brangwen se levantó y abrió la puerta. Anna, en camisón, se había escapado de la cama y lo miraba fijamente con unos ojos redondos y hostiles, el pelo rubio como una maraña de lana suave. El hombre y la niña se hicieron frente.

–Quiero a mi mamá –dijo Anna, acentuando celosamente el «mi».

–Pues ven –contestó él, amablemente.

–¿Dónde está mi mamá?

–Está aquí... Pasa.

Los ojos de Anna, que miraban sin pestañear al hombre de la barba y el pelo alborotados, no se alteraron. La madre la llamó en voz baja. Y los piececitos inquietos entraron en el dormitorio.

–¡Mamá!

–Ven, cariño.

Los piececitos descalzos se acercaron muy deprisa.

–No sabía dónde estabas –dijo la voz lastimera.

La madre tendió los brazos. La niña se detuvo junto a la cama, que era alta. Brangwen levantó en brazos a la niña diminuta, con un «arriba, florecita», y volvió a ocupar su lugar en la cama.

–¡Mamá! –gritó la niña, como angustiada.

–¿Qué, ratita?

Anna se acurrucó en los brazos de su madre, aferrándose a ella con fuerza, como si quisiera borrar la presencia del hombre. Brangwen esperó sin moverse. La inquietud se prolongó un buen rato.

Después, Anna volvió la cabeza bruscamente, como si creyera que él se había marchado, y lo vio tendido boca arriba, con la mirada fija en el techo. Con un gesto hostil en los ojos negros, engastados en sus facciones delicadas, Anna se aferró con fuerza a su madre, asustada. Él se quedó un rato quieto, sin saber qué decir. Tenía una expresión de amor, serena y bondadosa, y sus ojos irradiaban un brillo suave. Miró a Anna sin mover apenas la cabeza, sonriendo con la mirada.

–¿Te acabas de despertar? –preguntó.

–Vete –dijo la niña, moviendo la cabeza muy deprisa, como una víbora.

–No –contestó Brangwen–. Yo no me voy. Te puedes ir tú.

–Vete –fue la orden tajante.

–Hay sitio para ti –dijo él.

–No puedes echar a tu padre de su cama, pajarito –dijo Lydia, con voz cariñosa. Triste e impotente, la niña fulminó a Brangwen con la mirada.

–Hay sitio también para ti –insistió él–. Es una cama bien grande.

Anna lo miró con la misma expresión furibunda, sin contestar, y volvió la cabeza para aferrarse a su madre. No estaba dispuesta a consentirlo.

Ese día le preguntó a su madre varias veces:

–¿Cuándo nos vamos a casa, mamá?

–Estamos en casa, cariño. Ahora vivimos aquí. Ésta es nuestra casa y vivimos aquí con tu padre.

Anna se vio obligada a aceptar la situación, pero seguía en contra del hombre. Cuando cayó la noche, preguntó:

–¿Dónde vas a dormir, mamá?

–Ahora duermo con tu padre.

Y, cuando llegó Brangwen, la niña le dijo, con furia y voz temblorosa:

–¿Por qué duermes con mi madre? Mi madre duerme conmigo.

–Ven tú también a dormir con nosotros –contestó Brangwen.

–¡Mamá! –gritó Anna, apelando a su madre para que se enfrentara a él.

–Tengo que tener un marido, cariño. Todas las mujeres tienen que tener marido.

–Y ¿verdad que a ti te gusta tener un padre además de una madre? –dijo Brangwen.

Anna lo fulminó con la mirada. Pareció que meditaba.

–No –gritó con furia, al fin–. No, no quiero.

Y empezó a hacer pucheros, despacio, y luego rompió a llorar amargamente. Brangwen se quedó mirando a la niña con tristeza, pero no había manera de evitarlo.

Con el tiempo, Anna se fue tranquilizando. Brangwen la trataba con sencillez, hablaba con ella, la llevaba a ver a los animales, le traía pollitos en la gorra, la llevaba a recoger los huevos, le permitía darle pan duro al caballo. Ella lo acompañaba de buen grado y aceptaba todo cuanto él tenía que ofrecer, pero aun así seguía mostrándose neutral.

Anna era una niña incomprensiblemente celosa de su madre, siempre estaba angustiada y preocupada por ella. Cuando Brangwen y Lydia se iban a Nottingham, Anna se quedaba correteando, bastante contenta, o al menos libre de preocupación por el momento. Después, cuando llegaba la tarde, no paraba de repetir: «Quiero a mi mamá, quiero a mi mamá», y acompañaba sus palabras de un amargo y patético sollozo que no tardaba en arrancar también sollozos en el blando corazón de Tilly.

De todos modos, la niña trataba generalmente a su madre con rencor y frialdad, y era muy crítica con ella.

«No me gusta que hagas eso, mamá», decía. O: «No me gusta que digas eso». Anna era un problema enorme para Brangwen y para todos los que vivían en la granja Marsh. Por lo general, sin embargo, la niña estaba activa, jugando tranquilamente por la granja, y solo de vez en cuando aparecía por casa para asegurarse de que su madre seguía ahí. Nunca parecía feliz, pero tenía una inteligencia aguda y ágil, era introvertida, variable y estaba llena de imaginación. Tilly decía que Anna estaba embrujada, pero esto tenía poca importancia, mientras la niña no llorase. Había en el

llanto de Anna algo desgarrador, y su angustia infantil parecía profunda y eterna, como si abarcara todas las edades.

Sus compañeros de juegos eran los animales de la granja: hablaba con ellos, les contaba los cuentos que su madre le contaba a ella, los aconsejaba y los corregía.

Brangwen la encontró un día en la cancela que llevaba a los prados y al estanque de los patos, asomada entre los barrotes y gritando a los majestuosos gansos blancos, que formaban una curva, posados en el suelo:

–No podéis chillar a la gente cuando quiere entrar. Eso no se hace.

Las aves grandes y bamboleantes observaron la carita enardecida y el vellón de pelo suave que asomaba entre los barrotes, y estiraron el cuello antes de marcharse con su graznido quisquilloso y gutural, balanceando como barcos el cuerpo hermoso y blanco, en fila india, al otro lado de la verja.

–Sois malos, sois malos –gritó Anna, con lágrimas de consternación y desconcierto, dando un pisotón con su zapatilla.

–¿Por qué, qué han hecho? –preguntó Brangwen.

–No me dejan entrar –contestó, volviendo la carita alterada.

–Sí que te dejan. Puedes entrar cuando quieras –dijo, abriendo la cancela.

Anna parecía indecisa, y miró al grupo de gansos blanco-azulados, monumentales bajo el cielo frío y gris.

–Pasa –dijo Brangwen.

La niña dio unos pasos con valentía, pero se sobresaltó ostensiblemente cuando los gansos lanzaron su graznido burlón. Se quedó perpleja. Los gansos se alejaron en fila, con la cabeza alta bajo el cielo bajo y gris.

–No te conocen –dijo Brangwen–. Tendrías que decirles cómo te llamas.

–Me gritan. Son malos –contestó ella muy deprisa.

–Creen que no vives aquí –dijo él.

Poco después, Brangwen vio a la niña en la cancela, gritando con voz imperiosa y chillona:

–Me llamo Anna, Anna Lensky, y vivo aquí, porque el señor Brangwen ahora es mi papá. Lo es... Sí, lo es. Y vivo aquí.

Esto agradó mucho a Brangwen. Y, poco a poco, sin darse cuenta, la niña se fue aferrando a él en sus momentos de desolación infantil, cuando se sentía perdida y era reconfortante acercarse a algo grande y cálido, enterrar su pequeño ser en la existencia grande e ilimitada de Brangwen. Él la cuidaba instintivamente y procuraba prestarle atención y estar disponible para ella.

Anna era difícil para los afectos. A Tilly la trataba esencialmente con desprecio infantil, casi con disgusto, por lo servil que era la pobre mujer. No dejaba que la criada la atendiera, que se ocupara de sus necesidades íntimas, al menos por mucho tiempo. La trataba como si fuera de una raza inferior, y esto a Brangwen no le gustaba.

–¿Por qué no eres cariñosa con Tilly? –le preguntaba.

–Porque... porque... porque me mira con los ojos torcidos.

Más tarde, Anna aceptó a Tilly como parte de la casa, nunca como una persona.

Las primeras semanas, los ojos negros de la niña estaban siempre en guardia. Brangwen, hombre de buen humor, aunque impaciente, malcriado por Tilly, tenía arranques de mal genio. Cuando alteraba a todo el mundo con su impaciencia escandalosa, la niña le dirigía una mirada furibunda, con sus intensos ojos negros, y nunca dejaba de estirar la cabeza a la velocidad de una serpiente y de decirle:

–Vete.

–No pienso irme a ninguna parte –gritaba él, enfadado al final–. Vete tú... corre... ale... andando. –Y señalaba la puerta.

La niña se apartaba de él, blanca de terror. Luego, cuando veía que se había tranquilizado, Anna se armaba de valor.

–Nosotras no vivimos contigo –le soltaba, estirando la cabecita–. Eres... eres... eres un bomaclo.

–¿Un qué? –vociferaba él.

Aunque con voz temblorosa, Anna repetía:

–Un bomaclo.

–Ya, y tú una comacla.

La niña se quedaba pensativa. Y reanudaba el ataque, estirando la cabeza.

–No lo soy.

–¿No eres qué?

–Una comacla.

–Yo tampoco soy un bomaclo.

Brangwen estaba muy enfadado.

Otras veces, Anna decía:

–Mi madre no vive aquí.

–¿Ah, sí?

–Yo quiero que se vaya.

–Así tocaremos a más –contestaba Brangwen, lacónicamente.

De esta manera se fueron acercando el uno al otro. Brangwen la llevaba con él cuando salía con el carro. Dejaba el caballo listo en la cancela y entraba alborotando en la casa, que parecía pacífica y silenciosa hasta que él hacía su aparición, despertándolo todo.

–Vamos, Topsy^[2], corre a por tu sombrero.

La niña se estiraba, indignada por esta forma de dirigirse a ella.

–No puedo ponerme el sombrero yo sola –dijo, con altivez.

–Todavía no eres un hombre de verdad –contestó Brangwen, atándole con dedos torpes las cintas del sombrero por debajo de la barbilla.

Anna levantó la cabeza para mirarlo. Sus labios finos y muy rojos se movieron mientras él se peleaba con las cintas.

–Dices muchas... tonterías –sentenció, repitiendo una de las frases típicas de él.

–Esa cara está pidiendo a gritos un buen fregado –dijo él, y, sacando un pañuelo grande y rojo, que olía a tabaco fuerte, empezó a limpiarle la boca.

–¿Me está esperando Kitty? –preguntó la niña.

–Sí –dijo Brangwen–. Vamos a terminar de limpiarte la cara... Así, como los gatos.

Ella se dejó hacer con gracia. Luego, cuando él la soltó, empezó a saltar a la pata coja.

–Ven aquí, conejito saltarín –dijo Brangwen.

Anna volvió para ponerse el abrigo, sin poder estarse quieta, y por fin se marcharon. Se sentó en el carro muy cerca de Brangwen, pegada a él y muy erguida, notando cómo chocaba contra ella el cuerpo grande de él, muy contenta. Le encantaba el balanceo del carro, que lanzaba el cuerpo grande y vivo de Brangwen contra el suyo. Se reía, con risa chillona, y sus ojos negros se iluminaban.

Era una niña extraña, dura a la vez que entusiasta y de buen corazón. Si su madre se ponía enferma, se pasaba horas y horas dando vueltas por el dormitorio, de puntillas, haciendo de enfermera, y cumplía su cometido con diligencia y esmero. Otros días, si su madre estaba triste, la niña se plantaba delante de ella, con las piernas separadas, echando chispas, equilibrándose con los cantos de las zapatillas. Se reía al ver cómo se retorcían los ansarinos entre las manos de Tilly cuando ésta les llenaba el buche de comida, con ayuda de un pincho: se reía con inquietud. Era autoritaria y dura con los animales, no les tenía ningún cariño, y correteaba entre ellos como una dueña cruel.

Llegó el verano y el tiempo de la cosecha del heno, y Anna correteaba por todas partes como un duende diminuto. La niña inspiraba en Tilly más admiración que afecto.

Anna tenía un vínculo angustiado con su madre. Si la señora Brangwen se encontraba bien, la niña jugaba tranquilamente y parecía muy poco atenta a su madre. Pero quedó atrás también la cosecha del maíz, fue avanzando el otoño, y la madre, al entrar en los últimos meses de su embarazo, se mostraba indiferente y extraña. Brangwen empezó a poner mala cara, y la dañina inquietud del principio, la susceptibilidad recalcitrante, volvió a apoderarse de Anna. Cuando salía a los campos con su padre, en vez de jugar tranquilamente, no paraba de decir:

–Quiero irme a casa.

–¿A casa? Pero ¡si acabamos de llegar!

–Quiero irme a casa.

–¿Por qué? ¿Qué te pasa?

–Quiero a mi mamá.

–¡Tu mamá! Tu mamá no quiere nada contigo.

–Quiero irme a casa.

Y al momento estaba llorando.

–¿Sabes volver sola? –decía Brangwen.

Y vigilaba a la niña, que en silencio, concentrada, se deslizaba entre los setos con paso firme y ansioso, hasta que la veía cruzar la cancela. Poco después, Anna se encontraba a dos campos de distancia, sin aflojar el paso, rápida y pequeña. Y un velo parecía enturbiar la expresión del hombre cuando volvía a arar los rastros.

El año siguió su curso, los setos se cubrieron de bayas rojas que centelleaban entre las ramitas desnudas, grandes bandadas de petirrojos surcaban el cielo, veloces, como un surtidor que brotara de los campos en barbecho, los grajos, negros, descendían aleteando hasta posarse en la tierra fría, de la que Brangwen arrancaba los nabos, y una densa capa de barro se arremolinaba en los caminos. Después se almacenaban los nabos, y el trabajo aflojaba.

La casa estaba silenciosa y oscura. La niña iba de un lado a otro, inquieta, y de vez en cuando se oía su voz sobresaltada y lastimera:

—¡Mamá!

Lydia parecía indolente, cansada, retraída. Brangwen seguía ocupándose de sus tareas al aire libre.

Por la noche, cuando iba a ordeñar a las vacas, Anna salía corriendo detrás de él. En el ambiente acogedor del establo, con las puertas cerradas, caldeado por la luz de los faroles que colgaban del techo por encima de los cuernos ramificados de las vacas, la niña se quedaba quieta, viendo cómo las manos de Brangwen exprimían rítmicamente las mamas de las plácidas bestias, contemplando la espuma y el chorrito de leche saltarina, viendo cómo, a veces, las manos frotaban despacio, con delicadeza, una ubre colgante. Se hacían compañía mutuamente, pero a distancia, y rara vez hablaban.

Con la llegada de los días más oscuros del año, Anna se volvió quejosa, suspiraba como si sintiera una opresión en el pecho y corría de un lado a otro sin encontrar consuelo. Brangwen hacía sus labores con pesadumbre, con un peso en el corazón como el de la tierra empapada.

La noche de invierno caía muy temprano y, antes de tomar el té, se encendía en casa la lámpara, se cerraban los postigos, y encerrados a cal y canto se reunían todos en la cocina, intranquilos y tensos. Lydia se acostaba temprano y Anna se quedaba jugando en el suelo, al lado de su cama. Brangwen se sentaba a fumar en la sala de estar vacía, apenas consciente siquiera de su propia tristeza. Y muchas veces salía, para librarse de este sentimiento.

Pasaron las navidades, y los días lluviosos y fríos de enero se sucedieron con monotonía, acompañados de algún que otro destello de cielo azul cuando Brangwen salía de casa y la mañana parecía de cristal, por cómo repicaban todos los ruidos, y eran muchos los pájaros que de pronto aparecían en los matorrales. En estos momentos se sentía pletórico a pesar de todo: si su mujer era una persona extraña y triste, si anhelaba su cercanía, todo esto le daba igual cuando el aire resonaba con tanta nitidez y el cielo parecía de cristal, como una campana, y la tierra estaba endurecida. Esos días trabajaba y se sentía feliz, había brillo en sus ojos y color en

sus mejillas. Y tenía unas inmensas ganas de vivir.

Los pájaros picoteaban afanosamente por todas partes, los caballos estaban despiertos y alerta, las ramas de los árboles, desnudas, se desplegaban como un hombre que bosteza, rebosantes de una energía tensa, erizadas de ramitas que se clavaban en la luz clara. Brangwen se sentía vivo y lleno de pasión por todas las cosas. Y, si su mujer estaba embarazada, distanciada de él, extinguida, allá ella: a él que lo dejaran en paz. Las cosas serían como tuvieran que ser. Mientras tanto, Brangwen oía el sonoro cacareo de un gallo a lo lejos, veía la pálida cáscara de la luna, borrada en un cielo azul.

Gritaba a los caballos y se sentía feliz. Si, camino de Ilkeston, se encontraba con una joven lozana que iba al pueblo a hacer sus compras, la saludaba, tiraba de las riendas del caballo y la llevaba en el carro. Se alegraba de tenerla a su lado, le brillaban los ojos, y su voz, risueña, sus bromas cordiales, daban a la inclinación de la cabeza de la muchacha una apariencia más hermosa y le aceleraban el pulso sanguíneo. El momento era estimulante para ambos, y la mañana espléndida.

¿Qué importancia tenía que, en lo más hondo de su corazón, estuviera preocupado y dolido? Estas emociones estaban en lo más hondo, y allí debían quedarse. El sufrimiento de su mujer, el parto: bueno, así eran las cosas. Su mujer sufría, pero él estaba al aire libre, lleno de vida, y sería absurdo, indecente, poner mala cara y empeñarse en sufrir. Aquella mañana estaba contento, camino del pueblo, con los cascos del caballo repicando en la tierra endurecida. Sí, estaba contento, aunque la mitad del mundo estuviera llorando en el funeral de la otra mitad. Y sentada a su lado iba una muchacha alegre. Y la Mujer era inmortal, pasara lo que pasara, aunque otros se acercasen a la muerte. Ya vendría el sufrimiento cuando fuera imposible resistirse.

El atardecer llegó poco después, muy hermoso, con un resplandor primero rosado, que más tarde dio paso al violeta y el lavanda mezclado con verde turquesa al norte y al sur del cielo, mientras al este colgaba una luna grande y amarilla, preñada y radiante. Era magnífico pasear entre aquel cielo crepuscular a un lado y la luna al otro, por un camino flanqueado de acebos negros que parecían perforar el fondo rosa y lavanda, bajo el parpadeo de un millar de estrellas. Pero esto era el final del viaje.

Enseguida regresaba el dolor, y Brangwen sentía el corazón y los pies como piedras, su cerebro muerto, su vida detenida.

Una tarde empezaron los dolores del parto: acostaron a Lydia y avisaron a la partera. Cayó la noche, y ya habían cerrado los postigos cuando Brangwen entró a tomar una rebanada de pan y a preparar el té en el hervidor de peltre, mientras Anna, temblorosa y callada, jugaba con sus cuentas de cristal y la casa parecía desierta o expuesta a la noche invernal, como si no tuviera paredes.

De vez en cuando, en algún rincón de la casa, vibrando a través de todas las cosas, resonaba el gemido penetrante de una parturienta. Brangwen, en la planta baja, se sentía dividido. En lo más profundo de su ser estaba con Lydia, unido a ella, sufriendo. Pero la corteza de su cuerpo se asemejaba a la voz de las lechuzas que

revoloteaban por la granja cuando él era pequeño. Regresó a su primera juventud, cuando era un muchacho obsesionado por el canto de las lechuzas y despertaba a su hermano para hablar con alguien. Y sus pensamientos lo llevaron a estas aves de aspecto digno y solemne, a su vuelo tan suave y sus amplias alas. Y después a los ejemplares que había matado su hermano con la escopeta, esponjosos, del color del polvo, como montones de muerta suavidad, con la absurda expresión de estar dormidos. Era algo muy extraño, una lechuza muerta.

Se llevó la taza a los labios y observó a la niña, que seguía jugando con las cuentas de cristal. Pero las lechuzas y el ambiente de su niñez, con sus hermanos y hermanas, ocupaban sus pensamientos. Por lo demás, en lo esencial, estaba junto a su mujer, dando a luz al hijo engendrado de su unión carnal. Él y ella, una misma carne de la que por fuerza tenía que brotar la vida. Aunque el desgarró no estaba en el cuerpo de Brangwen, sí era de su cuerpo. Era Lydia quien recibía los golpes, pero él se estremecía de la cabeza a los pies, hasta la última fibra. Era ella quien tenía que partirse por la mitad para alumbrar la vida, y sin embargo los dos seguían siendo una sola carne; y sin embargo, en lo más profundo, se producía un trasvase de vida, de él a ella; y sin embargo él seguía siendo la roca intacta que sostiene en brazos a la roca rota, y la carne de ambos una roca de la que manaba la vida, de la mujer, vapuleada y desgarrada, ante la que Brangwen temblaba y se rendía.

Subió a ver a Lydia. Cuando se acercó a la cama, ella le habló en polaco.

—¿Te duele mucho? —preguntó.

Ella lo miró y ¡ah, cuánto cansancio se reflejaba en su expresión!: cansancio por el esfuerzo de entender otro idioma, de oírlo a él, de atenderlo, de descubrir quién era el desconocido de la barba rubia que estaba a su lado, observándola. Algo sabía de él, de sus ojos. Pero no lo comprendía. Cerró los párpados.

Él dio media vuelta, blanco como el papel.

—No está sufriendo demasiado —dijo la partera.

Brangwen comprendió que su presencia agobiaba a su mujer y decidió retirarse.

Anna lo miró, asustada.

—Quiero a mi mamá —dijo con voz temblorosa.

—Sí, pero tu mamá ahora no se encuentra bien —dijo él, en voz baja, sin prestar atención.

La niña lo miró con ojos perdidos y asustados.

—¿Le duele la cabeza?

—No... Está dando a luz.

La niña miró a un lado y a otro. Brangwen no se fijaba en ella. Anna volvía a sentirse sola y aterrorizada.

—Quiero a mi mamá —dijo, con pánico en la voz.

—Dile a Tilly que te ponga el camisón —dijo él—. Estás cansada.

Hubo otro silencio. Y de nuevo se oyeron los gritos del parto.

—Quiero a mi mamá —repitió la niña mecánicamente, con un gesto de dolor, presa

del pánico, aislada y perdida en una desolación atroz.

Tilly se acercó, con el corazón encogido.

–Ven y déjame que te desvista, corderito –le dijo con voz suave–. Mañana por la mañana tendrás a tu mamá, chiquitina; no te preocupes, ángel mío.

Pero Anna seguía de pie en el sofá, de espaldas a la pared.

–Quiero a mi mamá –gritó, con la carita temblorosa y lagrimones de profunda angustia infantil.

–Tu mamá no está bien, corderito mío. Esta noche no se encuentra bien, pero mañana estará mejor. No llores, no llores, amor. Ella no quiere que llores, cariño, no quiere.

Tilly cogió a la niña suavemente de la falda. Anna la apartó de un manotazo y tuvo un pequeño ataque de histeria:

–No, tú no. Quiero a mi mamá –repitió, temblando y con la cara llena de lágrimas y de pena.

–Vamos, deja que Tilly te desvista. Deja que Tilly te desvista, anda, que ella te quiere mucho. No te pongas terca esta noche. Mamá está mala y no quiere que llores.

La niña sollozaba con aire distraído, incapaz de escuchar.

–Quiero a mi mamá –lloriqueó.

–Cuando te hayas puesto el camisón subiremos a ver a tu mamá... Cuando te hayas puesto el camisón, cariño, cuando dejes que Tilly te desvista, cuando parezcas una florecita con tu camisoncito, amor mío. Vamos, no llores, no llores...

Brangwen estaba sentado, rígido. Notaba una tensión creciente en el cerebro. Cruzó la habitación, solo consciente de aquel llanto enloquecedor.

–No hagas ruido –dijo.

Y un nuevo temor sacudió a la niña al oír la voz de Brangwen. Siguió llorando mecánicamente, con los ojos muy atentos a pesar de las lágrimas, aterrorizados, alerta a lo que pudiera ocurrir.

–Quiero... a... mi mamá –insistió la voz trémula, llorosa y ciega.

Un escalofrío de hartazgo estremeció a Brangwen. No soportaba aquella sinrazón, profunda y persistente, aquella ceguera enloquecedora de la voz y del llanto.

–Tienes que ponerte el camisón –dijo, con un deje de ira en la voz tranquila.

Y tendió una mano para coger a la niña. Notó que el cuerpo de Anna se contraía en un sollozo convulsivo. Pero él también estaba ciego y tenía un propósito, y su estado de irritación lo empujaba a actuar mecánicamente. Empezó a desatar el delantal de Anna, que intentó zafarse, pero no pudo. El cuerpo pequeño estaba atrapado mientras Brangwen forcejeaba con los botones y las cintas, sin pensar en nada, concentrado en su objetivo, ajeno a todo lo que no fuera la ira de la niña. Anna tenía todo el cuerpo en tensión, se resistía mientras él le quitaba el vestido y las enaguas, desnudando los brazos blancos. La niña seguía rígida, dominada, violada, pero Brangwen siguió con su tarea. Y Anna no paraba de lloriquear.

–Quiero a mi mamá –dijo, con voz ahogada.

Brangwen guardaba silencio, sin prestarle atención. A estas alturas la niña ya no era capaz de entender nada, se había convertido en un objeto mecánico con un propósito fijo. Lloró, entre convulsiones, sin parar de repetir el mismo grito.

–¡Ay, madre! –exclamó Tilly, que empezaba a perder la paciencia.

Despacio, torpe, cegado, con obstinación, Brangwen terminó de quitar a la niña todas las prendas hasta que la dejó desnuda, encima del sofá.

–¿Dónde está su camisón? –preguntó.

Tilly fue a buscarlo y Brangwen se lo puso a Anna, que no estaba dispuesta a colaborar. Brangwen tuvo que sujetarla para meterle los brazos en las mangas. La niña seguía emperrada, se resistía, entre convulsiones, y era imposible que dejara de llorar y repetir la misma cantinela. Brangwen le levantó primero un pie y luego el otro para ponerle los calcetines y las zapatillas. Anna estaba lista.

–¿Quieres beber algo? –le ofreció Brangwen.

Anna no cambió de actitud. Indiferente, sin prestar atención, no se movió del sofá, donde seguía de pie, sola, con los puños apretados y ligeramente levantados, la cara bañada en lágrimas, alzada y ciega. Y entre el llanto y los sollozos, una vez más lloriqueó con voz entrecortada:

–Quiero... a... mi... mamá.

–¿Quieres beber algo? –repitió él.

No hubo respuesta. Brangwen sujetó el cuerpo rígido y rebelde de Anna. Se estremeció de ira al sentir la ciega rigidez entre sus manos. De buena gana habría roto aquel cuerpo.

Sentó a la niña en sus rodillas y volvió a instalarse al lado del fuego, con la humedad y los sollozos en su oído, y la niña rígida, sin ceder ni a él ni a nada, ajena.

El enfado de Brangwen crecía por momentos. ¿Qué más daba todo? ¿Qué más daba que la madre hablase en polaco, que gritara mientras paría, que la niña llorara y se hubiera vuelto rígida de tanto resistirse? ¿Por qué tomárselo a pecho? Que gritara la madre mientras paría, y que llorase y se resistiera la niña, si eso era lo que querían. ¿Qué necesidad tenía él de pelearse, de resistir? Más valía dejar las cosas tal como estaban. Dejar que la madre y la hija fueran como eran, ya que insistían en ser así.

Y se quedó aturdido, sin presentar batalla. Anna seguía llorando, los minutos se sucedían, y una especie de letargo se apoderó de él.

Pasó un buen rato antes de que volviera en sí y se ocupara de la niña. Le impresionó la carita mojada y ciega. Aturdido todavía, le apartó el pelo mojado. Como una estatua viviente de dolor, la cara ciega seguía llorando.

–Vamos –dijo Brangwen–. No es para tanto. No es para tanto, Anna, mi niña. A ver, ¿por qué lloras tanto? Vamos, para ya. Te vas a poner mala. Te voy a secar la cara y no quiero que vuelvas a mojarte. No llores más, ¿eh? Es mejor que no llores. No llores... No es para tanto. Vamos, calla, calla... Ya basta.

La voz de Brangwen era extraña, distante y serena. Miró a la niña, que para entonces estaba fuera de sí. Brangwen quería que dejase de llorar, que todo se

detuviera, que todo se volviera natural.

–Ven –dijo, levantándose–. Vamos a dar la cena a los animales.

Cogió un chal, envolvió con él a la niña, y fue a la cocina a por el farol.

–¿No irá a sacar a la niña, tal como está la noche? –dijo Tilly.

–Sí, así se tranquilizará.

Estaba lloviendo. La niña se tranquilizó de golpe, sorprendida, al sentir la lluvia en la cara, la oscuridad.

–Vamos a dar de comer a las vacas antes de que se vayan a la cama –iba diciendo Brangwen, que llevaba a Anna en brazos, apretada contra su pecho y segura.

Un hilillo de agua caía en una barrica, las gotas de lluvia chisporroteaban en el chal que envolvía a la niña, y la luz del farol oscilaba, iluminando el empedrado mojado y el pie de un muro igualmente mojado. Por lo demás, todo era negra oscuridad: una oscuridad que se respiraba.

Brangwen abrió la mitad superior e inferior de la puerta, y entraron en el establo alto y seco, que despedía un olor tibio a pesar de que dentro hacía fresco. Colgó el farol de un clavo y cerró la puerta. Estaban en otro mundo. La luz iluminaba suavemente el establo de madera, las paredes encaladas y el gran montón de heno; los objetos proyectaban sus sombras grandes, y una escalera subía al arco oscuro del pajar. Fuera se encontraba la lluvia, y, dentro, la quietud suavemente iluminada y la serenidad del establo.

Con la niña en un brazo, Brangwen se sentó a preparar la comida de las vacas, llenó un cazo con heno cortado, levadura de cerveza en grano y un poco de harina. La niña, muda de asombro, observaba sus movimientos. Un nuevo ser nació dentro de ella, adaptado a las nuevas condiciones. A veces, un pequeño espasmo, como el reflujo del temporal de llanto, sacudía su cuerpo menudo. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de asombro, tristes. Estaba callada, muy quieta.

Como en sueños, con el corazón hundido en lo más profundo y la superficie de su ser quieta, muy quieta, Brangwen se incorporó en equilibrio, con el cazo en una mano y la niña en el otro brazo. Los flecos sedosos del chal se mecieron suavemente, y algunos granos de levadura y algunas briznas de heno salpicaron el suelo. Brangwen echó a andar por un pasillo en penumbra, por detrás de los pesebres, donde los cuernos de las vacas asomaban en la oscuridad. La niña se encogió y él tensó el cuerpo en equilibrio, apoyando el cazo en el filo del pesebre e inclinándolo para ir dando un poco de comida a una vaca y otro poco a la siguiente. Se oía un arrastrar de cadenas cuando las vacas levantaban o agachaban la cabeza bruscamente, seguido de un murmullo satisfecho y tranquilizador, de un rumor prolongado, mientras la vaca masticaba en silencio.

Hubo que hacer varias veces el mismo recorrido. El choque rítmico de la pala resonaba en todo el establo, y él echaba a andar, tieso, guardando el equilibrio entre los dos pesos, con la cara de la niña asomada entre los pliegues del chal. Cuando Brangwen volvió a agacharse, Anna sacó un brazo y se abrazó a su cuello, suave y

cálidamente, para facilitarle la tarea.

Cuando terminó de alimentar a todas las vacas, se sentó en un cajón, para atender a la niña.

—¿Ahora se irán a dormir las vacas? —preguntó Anna, con el aliento entrecortado.

—Sí.

—¿Primero se lo comerán todo?

—Sí. Escúchalas.

Y se quedaron quietos, atentos a la masticación y la respiración de las vacas, que comían en los establos, al fondo del pajar. El farol colgado en la pared daba una luz estable y suave. Fuera, todo estaba en silencio bajo la lluvia. Brangwen posó la mirada en los sedosos pliegues del chal con estampado de cachemira. Aquel chal le recordaba a su madre, que se lo ponía para ir a la iglesia. Brangwen regresó a los tiempos en que era un niño, irresponsable y seguro en su hogar.

Estaban muy callados. Los pensamientos de Brangwen, en una especie de trance, se volvían más vagos por momentos. Tenía a la niña abrazada. Un leve temblor, como el eco de sus sollozos, recorrió las extremidades de Anna. Se apretó contra él. Después se relajó poco a poco y los párpados empezaron a cerrarse sobre los ojos vigilantes y oscuros. Cuando se sumió en un sueño profundo, Brangwen se quedó con la mente en blanco.

Al volver en sí, como si despertara, tuvo la sensación de estar envuelto en una quietud eterna. ¿A qué estaban atentos sus oídos? Parecía atento a un sonido muy lejano, de más allá de la vida. Se acordó de su mujer. Tenía que volver con ella. Anna estaba dormida, con los párpados sin cerrar del todo, dejando entrever la fina película de las pupilas negras. ¿Por qué no cerraba los ojos? La boca también estaba entreabierta.

Brangwen se levantó despacio y volvió a casa.

—¿Se ha dormido? —susurró Tilly.

Él asintió. La criada se acercó a mirar a la niña, envuelta en el chal, con las mejillas calientes y rojas y un cerco de blancura, de palidez, alrededor de los ojos.

—¡Gracias a Dios! —susurró Tilly, moviendo la cabeza.

Brangwen se quitó las botas y subió las escaleras con Anna en brazos. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de la angustia que le atenazaba el corazón, por su mujer. Pero no se alteró. La casa estaba en silencio y únicamente se oía el viento que soplaba en el exterior y el goteo del agua en las barricas que recogían la lluvia. Una rendija de luz asomaba por debajo de la puerta de su mujer.

Metió a la niña en la cama tal como estaba, envuelta en el chal, porque las sábanas seguramente estarían frías. De pronto lo asaltó el temor de que Anna no pudiera mover los brazos, y decidió quitarle el chal. Los ojos negros se abrieron y se posaron un instante en él, ausentes, antes de cerrarse de nuevo. Brangwen arropó a la pequeña. Un último y leve estremecimiento de llanto sacudió la respiración de Anna.

Aquella era la habitación de Brangwen antes de casarse. Le resultaba familiar.

Evocaba los tiempos en los que era un hombre joven, intacto.

Se quedó como hipnotizado. Los puños de la niña asomaban por encima del borde del chal. Podía decirle a su mujer que su hija estaba dormida. Aunque para eso tenía que ir hasta el otro rellano. Se sobresaltó. Oyó las voces de las lechuzas... los gemidos de la mujer. ¡Qué ruido tan extraño! ¡No era humano! Al menos no lo era para un hombre.

Bajó a la habitación de Lydia y entró sin hacer ruido. La vio acostada, quieta, con los ojos cerrados, pálida y cansada. Le dio un vuelco el corazón y temió que estuviera muerta. Pero sabía perfectamente que no lo estaba. Se fijó en los mechones de pelo suelto alrededor de las sienes, en la boca cerrada, con una especie de mueca de sufrimiento. Le pareció hermosa... pero no era humana. La imagen de Lydia, tendida, le inspiraba temor. ¿Qué tenía que ver con él? Era un ser ajeno.

Algo lo impulsó a rozar los dedos de su mujer, aferrados a la sábana. Los ojos de Lydia, entre pardos y grises, se abrieron y lo miraron. No conocía a Brangwen en su verdadero ser. Pero sí lo conocía como hombre. Lo miró como mira una mujer que está pariendo al hombre que la ha fecundado, con una mirada impersonal, en aquel momento extremo, de mujer a hombre. Sus ojos volvieron a cerrarse. Una inmensa y abrasadora paz inundó a Brangwen, que sintió cómo ardían su corazón y sus entrañas, y se zambulló en el infinito.

Cuando volvieron los dolores, desgarrando a Lydia, él se apartó, incapaz de presenciarlo. Pero su corazón torturado estaba en paz, sus entrañas contentas. Bajó las escaleras y salió al patio, volvió el rostro a la lluvia y notó cómo lo golpeaba la oscuridad, invisible y constante.

El azote invisible y veloz de la noche silenció a Brangwen, que se sintió superado. Entró en casa humildemente. Ahí estaba el mundo infinito, eterno, inmutable, además del mundo de la vida.

Capítulo III

La niñez de Anna Lensky

Tom Brangwen nunca llegó a querer a su hijo tanto como a su hijastra Anna. Cuando le anunciaron que era un niño, se estremeció de alegría. Le agradó la confirmación de su paternidad. Se sintió satisfecho al saber que tenía un hijo, pero no se mostró demasiado expresivo con el niño en sí. Era su padre, y con eso le bastaba.

Se alegraba de que su mujer fuera la madre de su hijo. Lydia estaba serena y algo apagada, como si la hubieran trasplantado de su suelo. Parecía que en el parto hubiera perdido el vínculo con su antiguo ser. A partir de entonces se volvió definitivamente inglesa, se convirtió de verdad en la señora Brangwen. Su vitalidad, sin embargo, había menguado.

Seguía siendo, para Brangwen, inconmensurablemente bella. Seguía siendo apasionada y tenía un carácter fogoso. Pero la llama no era fuerte ni constante. Aunque le brillaban los ojos y se le iluminaba la expresión para su marido, parecía una flor abierta en la sombra, que no soporta la exposición a plena luz. Quería mucho a su hijo, pero también en este sentimiento había cierta penumbra, una leve ausencia, un leve velo de sombra incluso en su amor materno. Cuando Brangwen la veía amamantando al recién nacido, feliz, absorta, un dolor le recorría todo el cuerpo como una llama tenue al comprender que tenía que dominarse, que no podía acercarse a ella. Quería recuperar el intenso y mortal intercambio de amor y pasión que habían vivido en sus comienzos, una y otra vez, cuando su unión alcanzó una intensidad máxima. Ésta era ahora la experiencia más importante para Brangwen, y la deseaba, siempre, con un anhelo exento de remordimientos.

Lydia volvió a acercarse, con esa manera de ofrecerle la boca que a él al principio casi le había llevado a enloquecer de pasión subyugadora. Volvió a acercarse, y él, con el corazón delirante de placer, la aceptó. Y todo volvió a ser casi como antes.

Tal vez fuera exactamente igual que antes. En todo caso, permitió a Brangwen conocer la plenitud, y en él arraigó un conocimiento eterno.

Sin embargo, todo terminó antes de que él lo deseara. Ella estaba agotada, no podía recibir nada más, mientras que él aún no se había saciado y quería continuar. Pero no podía ser.

Así, Brangwen tuvo que aprender la amarga lección, serenarse y conformarse con menos de lo que deseaba. Porque Lydia era para Brangwen la mujer, con mayúsculas, mientras que todas las demás mujeres eran sus sombras. Lydia le había colmado de satisfacción. Y él quería que todo continuara. Pero no podía ser. Aunque rabiaba y en el ardor y la amargura de su moderación llegaba a odiarla en lo más hondo del alma, porque ella no lo deseaba, a pesar de sus arranques de ira, de que bebía y hacía

escenas desagradables, era consciente de la inutilidad de su rebeldía. No era, tuvo que aprenderlo, que Lydia no lo deseara lo suficiente, tanto como él exigía que lo deseara. Era que no podía. Lydia solo podía desearlo a su manera y en la medida de sus fuerzas. Había agotado buena parte de su vida antes de que él la descubriera tal como era: la mujer capaz de aceptarlo y darle plenitud. Lydia lo había aceptado y le había dado plenitud. Y seguiría a su lado, pero a su ritmo y a su manera. Él tenía que dominarse y acompasarse a ella.

Brangwen quería dar a Lydia todo su amor, toda su pasión, toda su energía esencial. Pero no podía ser. Necesitaba encontrar otras cosas que no fueran ella, en las que centrar su vida. Lydia estaba muy unida a su hijo, impenetrable. Y Brangwen tenía celos del niño.

Pero él la quería, y el tiempo terminó por dar cierto rumbo a la complicada corriente de la vida, a fin de que ni se estancara ni se desbordara, causando sufrimiento. Así, Brangwen convirtió a Anna en el centro de su amor. Poco a poco, una parte de su corriente vital se desvió hacia la niña, aliviando el caudal principal que confluía con su mujer. Además, él buscaba la compañía de otros hombres, y de vez en cuando bebía en exceso.

Después de que naciera el niño, Anna dejó de manifestar aquella ansiedad por su madre. Ver a la madre con el recién nacido, encantada, serena y segura, causó al principio cierta confusión en ella, después se fue indignando por momentos, hasta que su vida encontró su propio eje y dejó de esforzarse y descoyuntarse para sostener a su madre. Se volvió más infantil, más normal, se descargó de preocupaciones que no era capaz de comprender. La carga de la madre, la satisfacción de la madre, se habían desplazado de lugar y ya no eran responsabilidad suya. La niña se liberó progresivamente y se convirtió en una personita independiente, despistada y cariñosa, instalada en su propio centro.

Por propio impulso, pasó a querer a Brangwen más que a nadie, o a quererlo de una manera más evidente. Lo cierto es que ambos habían construido una pequeña vida en común, compartían actividad. A Brangwen le divertía, por las noches, enseñar a la niña a contar, o decirle las letras. Recordaba para ella todas las rimas y canciones infantiles que dormían olvidadas en algún rincón de su memoria.

Al principio, a Anna le parecían tonterías. Pero él se reía y ella se reía, y con el tiempo terminaron por hacerle muchísima gracia. Creía que el rey Cole era Brangwen, que Tilly era Mother Hubbard, y su madre la vieja que vivía en un zapato. Disfrutaba de lo lindo con estas tonterías, le causaban un verdadero frenesí de placer, después de los años que había pasado escuchando los tristes cuentos populares que le contaba su madre, cuentos que llenaban su ánimo de inquietud y perplejidad.

Compartía con su padre una suerte de desasosiego, una enorme despreocupación elegida que se deleitaba en lo ridículo. A él le encantaba que la niña levantara la voz, que gritara y que su risa sonara desafiante. El niño tenía la piel oscura y el pelo oscuro, como su madre, y los ojos de color avellana. Brangwen lo llamaba mirlo.

–Mira –gritaba Brangwen, cuando el niño empezaba a lloriquear para que lo sacaran de la cuna–, ya está el mirlo trinando.

–El mirlo está cantando –gritaba Anna, entusiasmada–. El mirlo está cantando.

–Cuando se abrió el pastel –gritaba Brangwen, con su ronca voz de bajo, acercándose a la cuna– el pájaro empezó a cantar.

–¿No era un plato delicado con el que obsequiar a un rey? –gritaba Anna. Y sus ojos chispeaban de alegría al pronunciar estas crípticas palabras, buscando la aprobación de Brangwen. Él se sentaba, con el niño en brazos, y decía en voz alta:

–Canta, muchachito, canta.

El niño empezaba a berrear y Anna gritaba con todas sus fuerzas, al tiempo que bailaba de alegría:

Canta una canción de seis peniques,
manojito de flores,
¡venga! ¡Venga!

De repente se quedaba callada, volvía a mirar a Brangwen con ojos chispeantes y gritaba, entusiasmada:

–Lo he dicho mal. Lo he dicho mal.

–¡Señores! –exclamaba Tilly–. ¡Qué escándalo!

Brangwen tranquilizaba al niño y Anna seguía bailando, loca de contento. Le encantaban estos momentos de alboroto desenfrenado con su padre. A Tilly la sacaban de quicio. A la señora Brangwen no la molestaban.

Anna no mostraba demasiado interés por los demás niños. Los dominaba, los trataba como si fueran extremadamente infantiles e ineptos, los veía como inferiores y no como iguales. Por eso generalmente estaba sola, correteando por la granja y entreteniendo con su presencia a los braceros, a Tilly y a la otra criada más joven, sin dejar de dar vueltas como un remolino.

Le encantaba ir con Brangwen en el carro. Sentada en el pescante y a toda velocidad, su pasión por destacar y dominar se veía satisfecha. Se comportaba con la arrogancia de un pequeño salvaje. Su padre le parecía un hombre importante, y ella iba a su lado, en lo alto del carro. Pasaban con brío a la altura de las copas de los arbustos en flor, supervisando la actividad de los campos. Cuando alguien los saludaba a voces, al pie del camino, y Brangwen devolvía el saludo con tono jovial, no tardaba en oírse la estridente vocecilla de la niña, seguida de su risa como un cloqueo, y entonces Anna miraba a su padre con los ojos chispeantes y los dos estallaban en carcajadas. Pronto se convirtió en costumbre que el caminante cantara: «¿Cómo estás, Tom? ¡Hola, señorita!». O: «¡Buenos días, Tom! ¡Buenos días, nena!». O también: «¡Estáis un poco chiflados, vosotros dos!». O: «¡Qué pinta tan rara tenéis!».

Anna respondía, con su padre: «¿Cómo estás, John? ¡Buenos días, William! Sí.

Vamos a Derby», chillando con todas sus fuerzas. Aunque a veces en respuesta a un: «¡Estáis un poco chiflados, vosotros dos!», contestaba: «¡Sí que lo estamos!», y todos se reían. No le gustaba la gente que saludaba a Brangwen y se olvidaba de ella.

Iba con su padre a la taberna, cuando él tenía que pasar por allí, y se sentaba a su lado en el salón, mientras Brangwen se tomaba su cerveza o su brandy. Las dueñas de la taberna la colmaban de atenciones, de esa manera servil que es propia de las patronas.

–Y bien, señorita, ¿cómo te llamas?

–Anna Brangwen –contestaba la niña al punto, con altanería.

–¡No me digas! Y ¿te gusta ir en el carro con tu padre?

–Sí –decía Anna, algo huraña y aburrida por estas inanidades.

Tenía una forma muy particular de despreciar las preguntas inanes de los adultos, como si dijera: «No te me acerques».

–¡Hay que ver cómo se las gasta, la pequeñina! –le decía la patrona a Brangwen.

–Sí –contestaba él, sin propiciar nuevos comentarios sobre la niña.

A esto seguía el ofrecimiento de una galleta o un pastelito, que Anna aceptaba como un derecho natural.

–¿Qué quiere decir cómo me las gasto? –preguntaba la niña después.

–Quiere decir que eres una pájara de mucho cuidado.

Anna dudaba. No lo entendía. Al momento se reía de cualquier cosa absurda que veía.

Pronto, Brangwen empezó a llevarla al mercado todas las semanas.

–Puedo ir, ¿verdad? –preguntaba la niña todos los sábados, o los jueves por la mañana, cuando él se ponía elegante, con su traje de hacendado señorial. Y a él se le nublaba el gesto cuando tenía que negárselo.

Por eso, Brangwen siempre terminaba por vencer sus recelos y la sentaba a su lado. Iban a Nottingham y paraban en El Cisne Negro. Hasta ahí todo iba bien. Después él quería dejarla en la hostería, pero al ver la cara que ponía Anna, sabía que era imposible. Entonces se armaba de valor y se iba a la feria de ganado con la niña de la mano.

Ella lo miraba todo, fascinada, revoloteando a su lado en silencio. Pero, cuando llegaban al mercado, Anna se asustaba al ver a tantos hombres juntos, con sus botas recias cubiertas de mugre y sus polainas de cuero. El suelo estaba repugnante, lleno de boñigas. Y le asustaba el ganado en los rediles, tantos cuernos amontonados en un recinto tan pequeño, y la locura de los hombres y los gritos de los arrieros. Además, se daba cuenta de que a su padre le daba apuro ir con ella, de que se sentía incómodo.

Brangwen le compró un pastelito en la barraca de los refrescos y la sentó en una silla. Un hombre lo saludó.

–Buenos días, Tom. ¿Es tuya? –dijo el granjero barbudo, señalando a Anna con la cabeza.

–Sí –contestó Brangwen con desdén.

–No sabía que tuvieras una chica tan mayor.

–No, es de mi mujer.

–¡Ah, claro! –Y el hombre miró a Anna como si fuera una ternera. Ella lo fulminó con sus ojos negros.

Brangwen dejó a la niña en la barraca, al cuidado del camarero, mientras iba a la subasta de los becerros. Ganaderos, carniceros, arrieros, hombres sucios y zafios de los que Anna se apartaba instintivamente, y se quedaba quieta en la silla, mirándose los pies. Entonces los hombres empezaban a beber y a desfogarse sin freno. Para Anna todo era grande y violento.

–¿De quién es esa niña? –preguntaban al camarero.

–De Tom Brangwen.

La niña se sentía abandonada y no apartaba los ojos de la puerta, deseando que volviera su padre. Su padre no llegaba. Entraban muchos, muchos hombres, pero ninguno era él, y Anna seguía sentada como una sombra. Sabía que no podía llorar en un sitio como aquél. Todos los hombres la miraban con gesto interrogante y Anna cerraba los ojos. Una sensación de aislamiento, profunda y gélida, se apoderaba de ella. Su padre no volvía. Y ella seguía esperando, congelada, inmóvil.

Cuando la niña ya no pensaba en nada y había perdido la noción del tiempo, su padre llegaba por fin, y Anna se levantaba para recibirlo como si él regresara de la tumba. Había vendido su ternera lo más deprisa posible, pero aún tenía algunos negocios que hacer, y regresó con la niña al maremágnun de la feria.

Por fin dieron media vuelta y cruzaron la salida. Brangwen siempre iba saludando a alguien, siempre se paraba a intercambiar algún chismorreó sobre las tierras, el ganado, los caballos y otros asuntos que Anna no entendía, rodeada de porquería y de olores, perdida entre las piernas y las botazas de los hombres. Y siempre oía la misma pregunta:

–¿De quién es la niña, entonces? No sabía que tuvieras una niña de esta edad.

–Es de mi mujer.

Así, Anna tomó conciencia de que era una derivación de su madre, y al final también de su desarraigo.

Por fin se marcharon y fueron a una antigua casa de comidas, pequeña y oscura, en la puerta de Bridlesmith, donde tomaron sopa de rabo de toro y carne con patatas y col. Otros hombres, otras personas, entraban a comer en el local oscuro y abovedado. Anna lo miraba todo con los ojos muy abiertos, muda de asombro.

Después fueron al mercado de abastos, donde se negociaba el maíz, y finalmente de compras. Brangwen le compró a Anna un cuento en un tenderete ambulante. Le encantaba comprar cosas, cosas raras que él creía que podían ser útiles. Luego fueron a El Cisne Negro, donde la niña se tomó un vaso de leche y él una copa de brandy, y por fin engancharon el caballo al carro y enfilaron la carretera de Derby.

Anna estaba agotada con tantas novedades y tantas sorpresas. Pero al día siguiente, cuando recordaba la experiencia, se ponía a saltar a la pata coja,

balanceando la pierna el aire como tenía por costumbre, y no paraba de contar lo que le había pasado, lo que había visto. La emoción le duraba la semana entera, y el sábado siguiente tenía muchas ganas de repetir.

La niña se convirtió en un personaje muy familiar en la feria de ganado, mientras esperaba a su padre en la cantina. Pero lo que más le gustaba de todo era ir a Derby, donde Brangwen tenía más amigos. Le gustaba el aire familiar de esta ciudad más pequeña, la proximidad del río, el ambiente desconocido que, al ser mucho más íntimo, no le inspiraba temor. Le gustaban el mercado de abastos y sus vendedoras ancianas. Le gustaba la Hostería de George, donde siempre paraba su padre. El dueño era un viejo amigo de Brangwen y trataba muy bien a la niña. Muchos días, Anna se sentaba en una salita muy acogedora a hablar con el patrón, el señor Wigginton, que era un hombre gordo y pelirrojo. Y, cuando todos los ganaderos se juntaban allí para comer, a las doce, se sentía como una pequeña heroína.

Al principio, se limitaba a bufar o mirar con rabia a aquellos hombres extraños, de habla tosca, pero todos eran muy joviales. La niña era una pequeña rareza, con su pelo rubio, ensortijado como el hilo de vidrio, que enmarcaba como una aureola de fuego su rostro comparable a la flor del manzano, y también sus ojos negros. A los hombres les gustaban las rarezas, Anna despertaba su interés.

Se enfadó mucho cuando Marriott, un ganadero de Ambergate, la llamó gatita polaca.

–Es que eres una gatita polaca –dijo.

–No lo soy –protestó ella.

–Sí lo eres. Así es como contesta una gatita polaca.

Anna se quedó pensativa.

–Pues tú... tú eres... –empezó a decir.

–¿Qué soy?

Anna lo miró de arriba abajo.

–Eres un patizambo.

Y era cierto. Hubo una carcajada general. A todos les encantaba el carácter indomable de la pequeña.

–Sí –asintió Marriott–. Eso solo se atreve a decirlo una gatita polaca.

–Porque soy una gatita polaca –contestó Anna, furiosa.

Y con esto arrancó una nueva carcajada general.

A todos les encantaba chincar a la niña.

–Dime, señorita –le dijo Braithwaite–, ¿a cómo está la lana de cordero?

Y le dio un tironcito de uno de sus bucles claros y brillantes.

–No es lana de cordero –contestó Anna, indignada, recuperando su ofendido bucle.

–Pues ¿qué es entonces?

–Es pelo.

–¡Pelo! Y ¿dónde se cría esa clase de pelo?

–¿Dónde se cría? –repetía la niña, imitando el dialecto de la zona, vencida por la curiosidad.

En lugar de responder, Braithwaite lanzó un grito de alegría, pues el trofeo consistía en lograr que la niña imitara el habla dialectal.

Anna tenía un enemigo, un hombre al que llamaban Nut-Nat o Nat-Nut, corto de alcances, con los pies torcidos hacia dentro, que parecía arrastrarse y sacudía los hombros cada vez que daba un paso. El pobre diablo vendía nueces en los bares donde lo conocían. Le faltaba el paladar, y todo el mundo se reía de cómo hablaba.

La primera vez que pasó por el George, Anna, con los ojos muy abiertos, después de que Nut-Nat se hubiera marchado, preguntó:

–¿Por qué hace eso al andar?

–No puede evitarlo, cariño. Él es así.

Se quedó pensativa y al momento se le escapó una risita nerviosa. Después, pensándolo mejor, se sonrojó y exclamó:

–Es un hombre horrible.

–No, no es horrible. No puede evitarlo, por más que lo intente.

Pero, cuando el pobre Nat aparecía de nuevo, con su peculiar balanceo, Anna se escabullía. Tampoco se comía las nueces que le compraban los hombres. Y, cuando los ganaderos se jugaban las nueces al dominó, la niña se enfadaba.

–Son nueces de un hombre sucio –protestaba.

Así, empezó el pobre Nat a inspirar repugnancia, y poco después acabó en el asilo de indigentes.

Brangwen abrigaba el secreto deseo de hacer de Anna una señorita. Su hermano Alfred, que vivía en Nottingham, había protagonizado un escándalo al convertirse en el amante de una mujer educada, toda una señora, viuda de un médico. Alfred Brangwen visitaba muy a menudo a la viuda, en calidad de amigo, en su casa de campo de Derbyshire, abandonando un par de días a su mujer y a sus hijos, aunque después volvía con ellos. Y nadie se atrevía a rechistar, porque era un hombre muy tozudo e insistía en que entre la viuda y él no había nada más que una amistad.

Un día, Brangwen se encontró con su hermano en la estación.

–¿Adónde vas? –preguntó el hermano menor.

–Voy a Wirksworth –dijo Alfred.

–Me han dicho que tienes amistades por esos pagos.

–Así es.

–Tendré que echar un vistazo cuando pase por ahí.

–Como gustes.

Tom Brangwen sentía mucha curiosidad por esta mujer, y así, cuando volvió a pasar por Wirksworth, preguntó por la casa de la viuda.

Y se encontró con una casita preciosa, en la ladera de una colina muy empinada, justo encima del pueblo amontonado en el fondo de la cuenca, camino de las antiguas canteras, al otro lado del valle. La señora Forbes estaba en el jardín. Era una mujer

alta, de pelo blanco. Se acercó por el sendero, quitándose los guantes de jardinería y dejando las podaderas. Era otoño. Llevaba un sombrero de ala ancha.

Brangwen se puso como la grana, y no sabía qué decir.

–Se me ha ocurrido pasar a saludar –dijo–, sabiendo que es usted amiga de mi hermano. Tenía que venir a Wirksworth.

Ella reconoció al instante que Tom era un Brangwen.

–¿Quiere usted pasar? Mi padre está descansando.

Lo llevó a una sala, abarrotada de libros, con un piano y un atril para el violín. Y conversaron, ella con sencillez y naturalidad. Era una mujer que irradiaba dignidad. Brangwen nunca había estado en una pieza como aquélla, y su ambiente abierto y espacioso le recordó la cima de una montaña.

–¿Le gusta leer a mi hermano? –preguntó.

–Algunas cosas. Ha leído a Herbert Spencer. Y también hemos leído a veces a Browning.

Brangwen no cabía en sí de admiración, de una admiración profunda, emocionante, casi reverencial. Miró a la viuda con ojos vivos cuando ésta dijo: «Hemos leído». Y por fin, buscando con la mirada, acertó a decir:

–No sabía que nuestro Alfred tuviera estas inclinaciones.

–Es un hombre muy poco corriente.

Tom Brangwen miró a la señora Forbes con asombro. Era evidente que ella tenía una idea inédita de su hermano, era evidente que lo apreciaba. Volvió a mirarla. Aparentaba alrededor de cuarenta años y era una mujer franca, algo dura, extraña y singular. Tom no estaba enamorado de ella. Había algo escalofriante en aquella mujer. Sin embargo, sentía una admiración sin límites.

A la hora del té, Brangwen conoció al padre de la viuda, un inválido al que había que ayudar a desplazarse, aunque de aspecto lozano y bien parecido, con el pelo blanco como la nieve, los ojos azules como el agua y una actitud distinguida, ingenua, que también era nueva y desconocida para Brangwen: tan suave, tan alegre, tan inocente.

¡Su hermano era el amante de aquella mujer! Todo era increíble. Brangwen volvió a casa despreciándose por su vida mediocre. Era un patán, zafio, lerdo, estaba atascado en el fango. Deseó más que nunca escalar los muros de aquel mundo refinado e ideal.

Tom disfrutaba de una buena posición. Ganaba casi tanto como Alfred, que en conjunto seguramente no superaba las seiscientas libras anuales. Él ingresaba alrededor de cuatrocientas, pero podía ganar más. Sus inversiones mejoraban de día en día. ¿Por qué no hacía algo? Su mujer también era una señora.

Pero, cuando volvió a la granja Marsh, comprendió que todo estaba perfectamente establecido, que ese otro modo de vida se encontraba fuera de su alcance y, por primera vez, lamentó su éxito con la granja. Se sentía prisionero, instalado en una vida segura, simple y rutinaria. Habría podido arriesgar y llegar más lejos. No era

capaz de leer a Browning ni a Herbert Spencer y no tenía acceso a un salón como el de la señora Forbes. Esa otra vida se encontraba fuera de su alcance.

Después se dijo que no deseaba esa otra vida. El entusiasmo de la visita se fue atenuando. Al día siguiente volvía a ser el mismo de siempre y, cuando pensaba en la viuda, veía en ella y en su casa algo que le disgustaba, algo frío, algo extraño, como si la señora Forbes no fuera una mujer, sino un ser inhumano que consumía vida humana con propósitos fríos y aniquiladores.

Esa noche jugó con Anna y después se sentó con su mujer. Lydia estaba cosiendo. Tom estaba muy callado, fumando, alterado. Era consciente de la figura tranquila de su mujer, con la cabeza tranquila y oscura inclinada sobre su labor. Había demasiada tranquilidad para él. Demasiada paz. Quería hacer pedazos las paredes y dejar que entrase la noche, para que Lydia dejara de estar allí en su sitio, tan segura y tan serena. Quería que el ambiente no fuera tan asfixiante, tan cargado. Su mujer estaba muy lejos de él, encerrada en su propio mundo, serena, segura, inadvertida, ajena. Se sentía paralizado por ella.

Brangwen se levantó para salir. No podía seguir sentado un minuto más. Necesitaba salir de aquel hechizo femenino opresivo y paralizante.

Lydia levantó la cabeza y lo miró.

—¿Vas a salir? —preguntó.

Brangwen bajó la mirada y se encontró con los ojos de su mujer. Eran más oscuros que la oscuridad y ofrecían un espacio más profundo. Sentía que se alejaba de ella, a la defensiva, pero Lydia lo seguía y lo encontraba.

—Voy a subir un rato a Cossethay —dijo.

Lydia seguía observándolo.

—¿Por qué te vas? —preguntó.

Brangwen notó que se le aceleraba el pulso, y se sentó, despacio.

—Por nada en particular —contestó, y empezó a llenar su pipa, mecánicamente.

—¿Por qué te vas tan a menudo? —dijo Lydia.

—Porque tú no me quieres —contestó él.

—Eres tú quien ya no quiere estar conmigo.

Estas palabras sobresaltaron a Brangwen. ¿Cómo sabía ella esta verdad? Él creía que era su secreto.

—Sí —dijo.

—Quieres algo más —dijo Lydia.

Brangwen no contestó. ¿Quería eso?, se preguntó.

—No deberías necesitar tanta atención —continuó ella—. Ya no eres un niño.

—No soy quejoso —dijo él. Pero sabía que sí lo era.

—No te basta con lo que tienes —dijo ella.

—¿No me basta?

—No te basta conmigo. Pero ¿hasta qué punto me conoces? ¿Qué haces para que yo te quiera?

Brangwen se quedó atónito.

–Nunca he dicho que no me bastara contigo –respondió–. No sabía que quisieras quererme. ¿Qué quieres?

–Ya no haces nada para que las cosas vayan bien entre nosotros, no pones interés. No haces nada para que te quiera.

–Tú tampoco haces nada para que te quiera... ¿Lo sabes?

Hubo un silencio. Eran dos desconocidos.

–¿Te gustaría tener otra mujer? –preguntó ella.

Brangwen se quedó boquiabierto, no sabía dónde estaba. ¿Cómo podía ella, su mujer, decir algo así? Pero ahí la tenía, pequeña, desconocida y aislada. De repente, Brangwen cayó en la cuenta de que Lydia no se consideraba su mujer, al margen de que así lo hubieran acordado. No tenía la sensación de haberse casado con él. De todos modos, estaba dispuesta a consentir que él pudiera querer a otra. Una brecha, un vacío, se abrió a sus pies.

–No –contestó, despacio–. ¿A qué otra mujer voy a querer?

–Como tu hermano –dijo Lydia.

Brangwen se quedó callado unos momentos, avergonzado también.

–¿Qué pasa con ella? No me gustó esa mujer.

–Sí, te gustó –insistió Lydia.

Brangwen miró a su mujer, maravillado de que pudiera decirle con tanta crueldad lo que él guardaba en su corazón. Estaba indignado. ¿Con qué derecho le decía estas cosas? Era su mujer, ¿con qué derecho le hablaba de ese modo, como si fuera un desconocido?

–No me gustó. No quiero a ninguna mujer.

–Sí, te gustaría ser como Alfred.

Brangwen guardó silencio, enfadado y frustrado. Estaba atónito. Le había hablado a Lydia de su visita a Wirksworth, pero muy por encima, sin ningún interés, o eso creía.

Lydia, con el rostro extraño y velado vuelto hacia él, lo observaba con aire inescrutable, moldeándolo. Brangwen empezaba a rebelarse. Lydia volvía a ser lo desconocido que le hacía frente activamente. ¿Debía permitirselo? Se resistía involuntariamente.

–¿Por qué quieres encontrar una mujer que sea para ti más que yo? –dijo Lydia.

Una tormenta se desató en el pecho de Brangwen.

–No quiero –dijo.

–Claro que quieres –repitió ella–. ¿Por qué lo niegas?

De pronto, como un fogonazo, Brangwen comprendió que Lydia tal vez se sintiera sola, aislada, insegura. Siempre había tenido la sensación de que ella lo excluía, plenamente segura, satisfecha, absoluta. ¿Le faltaba algo?

–¿Por qué no estás satisfecho conmigo?... Yo no estoy satisfecha contigo. Paul se acercaba a mí y me tomaba como un hombre. Tú me dejas sola, o te me acercas como

al ganado, deprisa, para olvidarme otra vez... Para poder olvidarme otra vez.

–¿Qué es lo que tengo que recordar de ti? –preguntó él.

–Quiero que sepas que hay alguien a tu lado, además de ti mismo.

–¿Es que no lo sé?

–Te me acercas como si nada, como si yo no existiera. Cuando Paul se me acercaba, yo era algo para él... Era una mujer. Para ti no soy nada... Soy como el ganado... O nada...

–Me haces sentir como si no fuera nada –dijo él.

Se quedaron callados. Lydia seguía mirándolo. Tom no podía moverse, su espíritu era un hervidero de caos. Ella retomó su labor. Pero su imagen, inclinada delante de él, atenazaba a Brangwen y no le permitía existir. Lydia era un objeto extraño, dominante y hostil. Aunque no del todo hostil. Al sentarse, Brangwen notó que tenía las piernas fuertes y duras, que tenía fuerza.

Lydia siguió un buen rato callada, cosiendo. Brangwen era plenamente consciente de la forma redonda de su cabeza, muy íntima, atractiva. Lydia levantó la cabeza y suspiró. Brangwen sintió que le ardía la sangre, y la voz de su mujer prendió en él como una llama.

–Ven aquí –dijo, insegura.

Por unos momentos, Brangwen no se movió. Después se incorporó, despacio, y pasó por delante de la chimenea. Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad casi mortal, o de consentimiento. Se detuvo delante de ella y la miró fijamente. La expresión de su mujer volvía a ser luminosa, sus ojos brillaban de nuevo como una carcajada sobrecogedora. Sobrecogía a Brangwen esta capacidad de Lydia para transfigurarse. No era capaz de mirarla, le ardía el corazón.

–¡Mi amor! –dijo Lydia.

Y lo abrazó, tal como lo tenía ahora, de pie, delante de ella, le rodeó los muslos con los brazos y lo estrechó contra su pecho. Y las manos de Lydia parecieron revelar a Brangwen el molde de su propia desnudez, se sintió intensamente deseable. No soportaba mirarla.

–¡Cariño! –dijo ella. Brangwen vio que le hablaba en otro idioma. El temor era como un éxtasis para su corazón. Bajó los ojos. Lydia estaba resplandeciente, sus ojos rebosantes de luz, aterradora. Brangwen sufría, consciente de la coacción que su mujer ejercía sobre él. Lydia era el terror a lo desconocido. Se inclinó, sufriendo, incapaz de dejarse llevar, incapaz de permitírsele, pero arrastrado, impulsado. Ella se había transfigurado, estaba maravillosa, inalcanzable. Él quería acercarse. Pero ni siquiera era capaz de besarla. Era él mismo, un ser aparte. Lo más fácil habría sido besarle los pies. Sin embargo, se avergonzaba de la escena, sería una humillación. Lydia esperaba que él fuera hasta ella; no que se inclinara como un siervo. Quería su participación activa, no su sumisión.

Lo tocó con los dedos. Y fue para él una tortura verse obligado a entregarse activamente a ella, ser parte de ella, verse obligado a recibir a ese otro ser que era

distinto de él, para abarcarlo y conocerlo. Había algo que le impedía rendirse a ella, que se resistía a relajarse ante ella, que se oponía a fundirse con ella, aun cuando lo deseara más que nada. Tenía miedo, quería salvarse.

Hubo unos momentos de quietud. Luego, poco a poco, la tensión, la resistencia de Brangwen se atenuó, y se dejó llevar hacia su mujer. Lydia estaba muy lejos, era lo inalcanzable. Pero Brangwen soltó sus amarras, cedió y conoció la fuerza subterránea del deseo de encontrarse con ella, de estar con ella, de fundirse con ella, de perderse para encontrarla, de encontrarse en ella. Empezó a aproximarse, a acercarse.

Latían en su sangre oleadas de deseo. Quería llegar a ella, encontrarla. Ella estaba ahí, si es que él era capaz de alcanzarla. La realidad de aquella presencia lejana lo absorbía completamente. Ciego y destrozado, siguió avanzando, acercándose poco a poco, para recibir su propia consumación, para ser recibido en la oscuridad que lo devoraría y le revelaría a sí mismo. Si de verdad lograba adentrarse en el núcleo abrasador de la oscuridad, si de verdad podía ser destruido, arder hasta consumirse y prender en su consumación, sería sublime, sublime.

Estar juntos en este momento, al cabo de dos años de matrimonio, fue para ambos mucho más maravilloso de lo que lo había sido nunca. Fue la entrada en un nuevo círculo de la existencia, fue el bautismo a una vida nueva, fue la confirmación absoluta. Se adentraron por un extraño terreno de conocimiento, la revelación iluminaba sus pasos. Dondequiera que fueran, bien estaba: el mundo resonaba a su alrededor, revelándose. Seguían su camino despreocupados y contentos. Todo se perdía y todo se encontraba. Descubrían un mundo nuevo, a la espera de ser explorado.

Habían cruzado el umbral de un espacio más amplio, rebotante de movimiento, no exento de límites, restricciones y esfuerzo, pero también de libertad absoluta. Lydia era el umbral de Brangwen, y Brangwen el de Lydia. Por fin habían abierto las puertas de par en par, el uno para el otro, y se habían detenido en el umbral, frente a frente, iluminadas intensamente sus facciones por una cascada de luz a sus espaldas, en una experiencia de transfiguración, de ensalzamiento, de iniciación.

Y, en todo momento, la luz de la transfiguración ardía en sus corazones. Él siguió su camino, como antes, y ella el suyo: para el resto del mundo no se produjo ningún cambio aparente. Ellos, sin embargo, quedaron eternamente fascinados por esta transfiguración.

Brangwen no conocía a su mujer un poco mejor, de una manera más exacta, ahora que la conocía completamente. Polonia, el primer marido de Lydia, la guerra: Brangwen no entendía mejor ninguna de estas cosas. No entendía su carácter extranjero, mitad alemán, mitad polaco, ni su lengua extranjera. Sin embargo, conocía a Lydia, conocía lo que ella significaba sin necesidad de entenderlo. Lo que Lydia pudiera decir, cómo hablara, eran gestos ciegos. En su fuero interno, ella andaba con paso firme y claro, y Brangwen la conocía, la saludaba, estaba a su lado. ¿Qué era la memoria, a fin de cuentas, sino una lista de posibilidades que nunca

llegaban a materializarse? ¿Qué era Paul Lensky para ella sino una posibilidad no materializada, cuya realidad y materialización recaían sobre él? ¿Qué importancia tenía que Anna Lensky fuera hija de Lydia y de Paul? Dios era el padre y la madre de la niña, había pasado entre el matrimonio sin darse a conocer plenamente para ellos.

Ahora, Dios se manifestaba ante Tom y a Lydia Brangwen, porque estaban unidos. Cuando sus manos se entrelazaron por fin, la casa quedó completa y el Señor instaló en ella Su morada. Y la pareja estaba feliz.

Los días transcurrían igual que antes. Brangwen se iba a hacer su trabajo, mientras Lydia cuidaba de su hijo y atendía algunas tareas de la granja. No pensaban el uno en el otro. ¿Para qué? Pero, cuando ella lo tocaba, él la reconocía al instante, sabía que estaba con él, a su lado, que era la puerta de entrada y la salida, que se encontraba más allá, y que él había emprendido un viaje al más allá a través de ella. ¿Adónde? ¿Qué más daba? Brangwen siempre respondía. Cuando Lydia llamaba, él respondía y cuando él pedía algo, ella respondía de inmediato, o a la larga.

El espíritu de Anna encontró la paz junto a sus padres. Los miraba y, al verlos tranquilos, se sentía segura y libre. Jugaba con confianza entre el pilar de fuego y el pilar de nubes, sintiendo la seguridad a su derecha y la seguridad a su izquierda. Ya no se sentía obligada a sostener con su poder infantil el extremo del arco roto. Su padre y su madre se encontraban ahora en la inmensidad de los cielos, y ella, la niña, era libre de jugar en el espacio inferior, intermedio.

Capítulo IV

La juventud de Anna Brangwen

Cuando Anna tenía nueve años, Brangwen la envió a la escuela de Cossethay. Y allá fue la niña, brincando y danzando, con su despreocupación característica, haciendo casi siempre lo que se le antojaba y desconcertando a la señorita Coates, una mujer entrada en años, con su actitud irreverente y su falta de respeto. Anna no hacía más que reírse de la señorita Coates, a la que apreciaba y trataba con una deslumbrante condescendencia infantil.

Era una niña tímida y rebelde a la vez. Manifestaba un curioso desprecio por la gente normal, una superioridad indulgente. Era muy tímida y sufría horrores cuando la gente le mostraba antipatía. Por otro lado, le interesaba muy poco el resto del mundo, aparte de su madre, a quien seguía profesando adoración y rencor, y de su padre, a quien quería y trataba con condescendencia, a pesar de que dependía de los dos. Estas dos personas, su madre y su padre, ejercían un dominio absoluto sobre ella. Sin embargo, estaba a salvo de los demás, y adoptaba en general una actitud benevolente con todos. Aun así, no toleraba la fealdad, la intromisión o la arrogancia. Era una niña orgullosa y enigmática como un tigre, e igual de altiva. Aunque era capaz de hacer favores, no los aceptaba de nadie que no fuera su madre o su padre. Detestaba a la gente que se le acercaba demasiado. Como animal salvaje, quería guardar las distancias. Desconfiaba de la intimidad.

En Cossethay y en Ilkeston siempre fue una extranjera. Tenía muchos conocidos, pero ningún amigo. Muy pocas personas de su entorno eran importantes para ella. Las veía como partes de un rebaño, indistinguibles unas de otras. No se tomaba a la gente demasiado en serio.

Tenía dos hermanos, Tom, de pelo oscuro, pequeño y volátil, al que se sentía íntimamente unida, pero con quien jamás se mezclaba, y Fred, rubio y responsable, al que adoraba, pero al que no consideraba un ser independiente y verdadero. Anna era el centro de su propio universo, tanto que apenas se fijaba en nada más.

La primera persona que la impresionó como un ser vivo y auténtico, al que respetaba por tener una existencia concreta, fue el barón Skrebensky, amigo de su madre. Era como Lydia un exiliado polaco que se ordenó sacerdote y había recibido del señor Gladstone un modesto beneficio eclesiástico en Yorkshire.

Cuando Anna tenía alrededor de diez años, fue con su madre a pasar unos días en casa del barón. Skrebensky era muy infeliz en su vicaría de ladrillo rojo. Regentaba una parroquia rural y recibía unos emolumentos de algo más de doscientas libras anuales, pero tenía a su cargo una parroquia muy extensa que abarcaba diversas poblaciones mineras, y sus feligreses eran gente recién llegada, tosca y pagana. El

barón llegó al norte de Inglaterra esperando respeto de la gente común, porque era un aristócrata. Y allí lo recibieron con aspereza, casi con crueldad. Sin embargo, él nunca llegó a entenderlo. Seguía siendo un fogoso aristócrata. Y, así, tuvo que aprender a evitar a sus feligreses.

Anna estaba muy impresionada por el barón. Era un hombre menudo, de facciones duras y bastante arrugadas, con los ojos azules, muy hundidos y brillantes. Su mujer era alta y delgada, de noble ascendencia polaca, con un orgullo desmesurado. Skrebensky seguía hablando un inglés muy torpe, porque vivía muy unido a su mujer y, como se sentían abandonados en este país inhóspito y extraño, entre ellos siempre hablaban en polaco. Al barón le disgustaba la naturalidad y la soltura con que Lydia Brangwen hablaba en inglés, y aún más le disgustaba que su hija no hablara polaco.

A Anna le encantaba observarlo. Le gustaba la vicaría grande, nueva y laberíntica, desolada y austera, en su colina. Le parecía un lugar desprotegido, imponente y lóbrego, en comparación con la granja Marsh. Skrebensky hablaba sin parar, en polaco, con la señora Brangwen; gesticulaba enardecidamente con las manos, sus ojos azules brillaban como el fuego. Y Anna detectaba un significado especial en sus ademanes vivos y exaltados. Algo dentro de ella respondía a la extravagancia y la exuberancia del barón. Le parecía un ser maravilloso. Se mostraba cohibida con él, le gustaba que se dirigiese a ella. A su lado tenía una sensación de libertad.

Aunque nunca acertó a decir cómo llegó a enterarse, Anna sabía que el barón era caballero de la Orden de Malta. Nunca recordaba si había visto su estrella o su cruz de la orden, pero esta imagen estallaba en su memoria como un relámpago, como un símbolo. El caso es que el barón representaba para la niña el mundo real, donde se movían reyes, señores y príncipes que cumplían con su espléndida vida, mientras reinas, damas y princesas preservaban la noble orden de caballería.

Reconoció al barón Skrebensky como individuo auténtico, y él sentía cierto respeto por ella. Cuando dejó de verlo, la imagen del barón se oscureció y se transformó en un recuerdo. Sin embargo, su recuerdo siguió siempre vivo para ella.

Anna se convirtió en una muchacha alta y desgarbada. Tenía los mismos ojos oscuros y vivos, pero se habían vuelto indiferentes, habían perdido su expresión vigilante y hostil. Su pelo salvaje y ensortijado ahora era castaño, pesaba más, y lo llevaba recogido en una coleta. La mandaron a una escuela de señoritas de Nottingham, y pasó esta época concentrada en convertirse en una señorita. Tenía inteligencia de sobra, pero no le interesaba aprender. Al principio, las niñas del colegio le parecieron muy elegantes, maravillosas, y quería ser como ellas. No tardó en llevarse una desilusión fulminante: la humillaban, la sacaban de quicio, eran ruines y mezquinas. En comparación con el ambiente relajado y generoso de su casa, donde las cosas pequeñas no tenían importancia, Anna se sentía siempre incómoda en el mundo exterior, que en cualquier momento podía romperse y atacarla.

Cambió muy deprisa. Desconfiaba de sí misma, desconfiaba del mundo exterior.

No quería salir, no quería salir al mundo, no quería seguir adelante.

—¿Qué más me dan a mí todas esas chicas? —le decía a su padre con desprecio—. No son nadie.

El problema era que las chicas no aceptaban a Anna tal como era. Tenía que ser como ellas, y lo demás no valía. Anna estaba desconcertada, seducida, y por algún tiempo se volvió como ellas, pero enseguida se sintió asqueada y las odiaba con todas sus fuerzas.

—¿Por qué no invitas a casa a alguna de tus amigas? —le decía su padre.

—No quiero que vengan —protestaba ella.

—Y ¿por qué no?

—Son de oropel —dijo, empleando una de las raras expresiones de su madre.

—De oropel o de oro. Son unas chicas muy simpáticas.

Pero Anna no daba su brazo a torcer. Se acobardaba de un modo extraño ante la gente normal y corriente, y sobre todo ante las señoritas de su tiempo. Se sentía incómoda en compañía de la gente, y no la quería. Nunca sabía si la culpa era suya o de los demás. En cierto modo respetaba a estas personas, y la continua desilusión la volvía loca. Quería respetarlas. Aun así, pensaba que había gente maravillosa, a la que no conocía. Sin embargo, con las personas conocidas se sentía siempre limitada, maniatada por pequeñas falsedades que la sacaban de sus casillas. Prefería quedarse en casa y evitar al resto del mundo, como si fuera ilusorio.

Y es que, en la granja Marsh, la vida tenía efectivamente una libertad y una amplitud especiales. Allí no existía ninguna preocupación por el dinero, prioridades mezquinas o interés por lo que pensarán los demás, pues tanto Brangwen como su mujer eran insensibles a los juicios que pudieran venir de fuera. Vivían completamente aislados.

Por eso Anna solo se encontraba a gusto en casa, donde el sentido común y la excelente relación entre sus padres ofrecían un grado de libertad superior al que encontraba fuera. ¿Dónde, fuera de la granja, podía encontrar esa dignidad tolerante con que se había criado? Sus padres no prestaban atención a las críticas ni se dejaban rebajar por nadie. Tenía la sensación de que la gente que conocía la envidiaba por el mero hecho de existir. Y también de que la menospreciaban. Anna no estaba en absoluto dispuesta a relacionarse con gente así. Dependía de su madre y de su padre. Y al mismo tiempo, quería salir de allí.

En la escuela, o en el mundo, normalmente se sentía culpable, normalmente se sentía obligada a escabullirse, avergonzada. Nunca estaba segura, en su fuero interno, de si era ella quien se equivocaba o eran los demás. No hacía sus deberes: bueno, no veía ninguna razón para hacerlos cuando no le apetecía. ¿Acaso había alguna razón oculta por la que tuviera que hacerlos forzosamente? ¿Eran aquellas personas, las profesoras, representantes de algún derecho místico, de algún Bien Supremo? Por lo visto, ellas pensaban que sí. Pero Anna por nada del mundo llegaba a entender que una mujer pudiera intimidarla o insultarla por no aprenderse de memoria treinta

líneas de *Como gustéis*. Al fin y al cabo, ¿qué importancia tenía saberlas o no saberlas? Nada podía convencer a Anna de que esto tuviera la más mínima importancia. Interiormente, despreciaba el burdo espíritu de sacrificio de las profesoras. Así, siempre estaba enemistada con la autoridad. De tanto oírlo, casi llegó a convencerse de que era mala, intrínsecamente inferior. Y, cuando hacía lo que se esperaba de ella, siempre tenía que escabullirse, avergonzada. Se rebeló. Nunca llegó a creer sinceramente que fuese mala. En lo más hondo de su alma, despreciaba a los demás, porque se quejaban y se escandalizaban de cualquier nimiedad. Los despreciaba y quería vengarse de ellos. Los odiaba si tenían poder sobre ella.

No obstante, Anna tenía un ideal: el de una mujer elegante, libre y orgullosa, eximida de aquellos vínculos ruines, que existía al margen de consideraciones mezquinas. Anna encontraba este ideal de mujer en los cuadros: Alexandra, la princesa de Gales, era uno de sus modelos. La princesa era una dama altiva y majestuosa, indiferente a cualquier deseo nimio y ruin, pensaba Anna, en lo más hondo. Empezó a llevar el pelo recogido en un moño alto, a ponerse un sombrerito inclinado y a vestir a la moda, con faldas de muchos pliegues y un elegante abrigo entallado.

Su padre estaba encantado. Anna tenía un porte orgulloso, demasiado displicente por naturaleza y ajena a las convenciones para el gusto de Ilkeston, donde de buena gana le habrían bajado los humos. Pero Brangwen no lo habría permitido jamás. Que Anna quería ser majestuosa, pues que lo fuera. Se interponía como una roca entre su hija y el mundo.

Al estilo de su familia, Tom Brangwen se convirtió en un hombre robusto y atractivo. Sus ojos azules irradiaban luz, centelleantes y sensibles, y sus modales eran enérgicos, aunque cordiales y cálidos. Sus vecinos lo respetaban porque era capaz de vivir su vida sin preocuparse de los demás. Habrían salido corriendo para hacer cualquier cosa por él. Brangwen no les tenía demasiada consideración, pero era generoso, y ellos se aprovechaban de su buena voluntad. A pesar de que le gustaba la gente, siempre se quedaba en segundo plano.

La señora Brangwen seguía viviendo a su manera, con sus propios recursos. Tenía a su marido, a sus dos hijos y a Anna, que marcaban su horizonte como estacas. Los demás estaban fuera. Dentro de su propio mundo, su vida transcurría como un sueño para Lydia, todo se deslizaba, y ella vivía inmersa en esta cadencia, activa y siempre satisfecha, concentrada. Apenas reparaba en el mundo exterior. Lo que estaba fuera estaba fuera, no existía. Le traía sin cuidado que sus hijos se pelearan, siempre y cuando no lo hicieran en su presencia. Pero, si los veía pelear, se enfadaba mucho, y los chicos la temían. La traía sin cuidado que rompieran la ventanilla de un vagón de tren o vendieran sus relojes para divertirse en la Feria de los Gansos. Brangwen a veces se enfadaba por estas cosas. Para la madre eran insignificantes.

Eran detalles curiosos los que ofendían a Lydia. Montaba en cólera si los chicos merodeaban por el matadero, se disgustaba cuando venían con malas notas del

colegio. No tenía importancia de cuántos pecados se acusara a sus hijos, con tal de que no fueran seres estúpidos o inferiores. Si veía que se dejaban insultar, los despreciaba. Y únicamente cierta *gaucherie*, cierta torpeza en Anna, exasperaba a su madre. Ciertas formas de torpeza, de vulgaridad, prendían en los ojos de Lydia Brangwen una rabia peculiar. Por lo demás estaba contenta, indiferente.

En la persecución de su espléndido ideal femenino, Anna se convirtió en una altiva señorita de dieciséis años, atormentada por los defectos de su familia. Era muy sensible con su padre. Si notaba que había bebido, aunque a Brangwen la bebida apenas le afectaba, no podía tolerarlo. Se ponía colorado cuando bebía, se le hinchaban las venas de las sienes, había en sus ojos un centelleo de caballero galante y pendenciero, se volvía jovialmente autoritario y burlón. Y Anna se ponía como una furia. Cuando oía sus burlas, enérgicas, rugientes, escandalosas, se llenaba de rencor. Recriminaba a su padre en cuanto lo veía entrar por la puerta.

–Vaya pinta tienes, todo colorado –gritaba.

–Peor sería si estuviera verde –decía él.

–Emborrachándote en Ilkeston.

–Y ¿qué tiene de malo Il'son?

Anna se marchaba, indignada. Su padre la miraba con unos ojos divertidos, chispeantes, aunque le entristecía el desprecio de su hija.

Eran una familia singular, con sus propias leyes, separada del mundo, aislada, una pequeña república delimitada por fronteras invisibles. La madre vivía completamente ajena a Ilkeston y Cossethay, a cualquier exigencia del exterior, era muy reservada con los desconocidos, sumamente cortés, incluso encantadora. Eso sí, en cuanto la visita en cuestión se marchaba, se reía y la despreciaba, no existía para ella. Todo había sido un juego. Seguía siendo una extranjera, insegura del terreno que pisaba. Con sus hijos y su marido, en la granja, era dueña y señora de un pequeño territorio autónomo en el que nada faltaba.

Tenía algunas creencias remotas, nunca definidas. La habían educado en el catolicismo. Había acudido a la Iglesia de Inglaterra en busca de protección. La liturgia le era indiferente. Sin embargo, tenía cierta religión fundamental. Parecía venerar a Dios como un Misterio, sin buscar en absoluto una definición de lo que era Dios.

Y, en lo más hondo de su ser, la sensación sutil del Gran Absoluto en el que residía su existencia era muy poderosa. El dogma inglés nunca caló en su espíritu: el idioma era completamente extraño para ella. En todas estas cosas detectaba al gran Separador que sostenía la vida en Sus manos, refulgente, inminente, aterrador, el Gran Misterio, completamente inefable.

Lydia brillaba y refulgía en presencia del Misterio, a Quien conocía con todos sus sentidos, resplandecía ante extrañas supersticiones místicas que jamás encontraban la manera de expresarse en la lengua inglesa, jamás alcanzaban el pensamiento en inglés. Pero así vivía ella, inmersa en unas creencias poderosas y sensuales que

abarcaban a su familia y delimitaban su destino.

A esto había reducido Lydia a su marido. Brangwen existía con ella completamente ajeno a los valores genéricos del mundo. Las costumbres de Lydia, incluso la línea de sus cejas, eran para él símbolos y señales. Aquí, en la granja, con ella, Brangwen vivía el misterio de la vida, de la muerte y de la creación, extraños y profundos momentos de éxtasis y satisfacciones imposibles de comunicar, de las que el resto del mundo nada sabía; y esto los convertía a los dos en seres aparte, respetados en el pueblecito inglés, porque además tenían una buena posición económica.

Pero Anna solo se encontraba segura a medias en aquel entorno de conocimiento irreflexivo de su madre. Tenía un rosario de madreperla que había sido de su verdadero padre. Nunca supo qué significaba aquel rosario para ella. Sin embargo, la sarta de plata y luz de luna le infundía una extraña pasión cuando sostenía el rosario entre los dedos. En el colegio aprendió algo de latín, aprendió el *Ave Maria* y el *Pater Noster*, aprendió a rezar el rosario. Pero no le servía de nada. *Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus et benedictus fructus ventris tui Jesus. Ave Maria, Sancta Maria, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae, Amen.*

Había algo que no encajaba. Estas palabras, una vez traducidas, no tenían el mismo significado que el rosario de color pálido. Detectaba en ellas una incongruencia, una falsedad. La sacaba de quicio decir: *Dominus tecum* o *benedicta tu in mulieribus*. Le encantaba el misticismo que encerraban palabras como *Ave Maria, Sancta Maria* y se emocionaba al decir *benedictus fructus ventris tui Jeus y nunc et in hora mortis nostrae*. De todas formas, nada le parecía completamente real. Había algo que no era convincente.

Evitaba el rosario, porque, a pesar de la extraña pasión que le inspiraba, solamente significaba cosas que no eran demasiado significativas. Lo rechazó. Rechazaba por instinto todas estas cosas. Evitaba por instinto pensar, lo evitaba, para salvarse.

Tenía diecisiete años y era una muchacha susceptible, vital y de un humor muy cambiante: se ruborizaba con facilidad y siempre estaba inquieta, insegura. Por una u otra razón, acudía más a su padre y por momentos odiaba a su madre, la actitud de su madre, ausente y curiosamente insidiosa, la profunda seguridad y la confianza de su madre, su extraña satisfacción, incluso su triunfo, la manera en que su madre se reía de las cosas, el silencio con que su madre hacía caso omiso de las vejaciones y, por encima de todo, el poder victorioso de su madre ponían a Anna los nervios de punta.

Se volvió imprevisible y brusca. Era frecuente verla delante de una ventana, mirando como si quisiera huir. A veces salía de casa, se mezclaba con la gente, pero siempre volvía enfadada, como disminuida, empequeñecida, casi humillada.

Había en casa de los Brangwen una especie de intensidad y de silencio oscuro, un ambiente en el que la pasión urdía sus conclusiones inevitables. Había en la casa

cierta opulencia, un profundo intercambio no verbal en comparación con el cual todo lo demás parecía insulso y decepcionante. Brangwen podía sentarse en silencio, a fumar en su butaca, su madre podía ir de un lado a otro de esa manera tan insidiosa y callada, y la sensación de ambas presencias era muy poderosa, tonificante. La relación se establecía sin palabras, intensa y cerrada.

Anna no estaba cómoda. Quería irse de allí. Sin embargo, fuera a donde fuera, la asaltaba la misma sensación opresiva, como si se encogiera, se empequeñeciera. Y volvía a casa inmediatamente.

En casa se ponía furiosa y alteraba el sólido orden establecido. A veces, su madre la trataba con una rabia feroz, destructiva, en la que no había ni piedad ni consideración. Anna se acobardaba, asustada, y buscaba a su padre.

Brangwen seguía prestando atención a la palabra hablada, estéril para la madre ajena a todo. A veces, Anna hablaba con su padre. Intentaba hablar de la gente, quería entender qué significaba. Pero él parecía inquieto. No le gustaba que lo forzaran a tomar conciencia de las cosas. Si escuchaba a su hija era únicamente por consideración. Y el ambiente se enardecía, se crispaba. El gato se levantaba, se estiraba y desaparecía, intranquilo. La señora Brangwen estaba callada y parecía una presencia siniestra. Anna no soportaba su manera de señalar los defectos, sus críticas, la expresión de su descontento. Se daba cuenta de que incluso su padre se rebelaba contra ella. Brangwen estaba unido a su mujer por un vínculo intenso y oscuro, una poderosa intimidad que existía sin palabras, desaforada, que seguía su propio curso y se volvía salvaje cuando se alteraba, cuando se desvelaba.

De todos modos, Brangwen no estaba cómodo con Anna, todos en la casa se sentían continuamente molestos con ella. Sus exigencias eran insufribles, desconcertantes. Trataba a sus padres con hostilidad, a pesar de que vivía totalmente unida a ellos, sometida a su hechizo.

Fueron muchas las maneras de huir que Anna intentó. Empezó a ir a la iglesia asiduamente. Pero el lenguaje de la iglesia no tenía ningún significado para ella: parecía falso. Aborrecía que las cosas tuvieran que expresarse, formularse con palabras. Aunque albergaba sentimientos religiosos, éstos eran apasionados y cambiantes. En labios del sacerdote, todo sonaba falso, indecente. Intentaba leer. Y una vez más, el tedio y la sensación de falsedad de la palabra la disuadían. Se iba a pasar unos días con las amigas. Al principio, le parecía fabuloso, pero pronto la invadía el aburrimiento interior, y todo le parecía pura nada. Además, siempre se sentía empequeñecida, como si nunca, nunca, consiguiera alcanzar su propia estatura y seguir el ritmo de su zancada.

Sus pensamientos regresaban con frecuencia a la cámara de tortura de cierto obispo de Francia, donde la víctima no podía ni ponerse en pie ni estirarse, jamás. No es que viera ninguna relación entre su vida y esta cámara, pero a menudo pensaba con asombro en cómo se había construido esa celda, y sentía el horror de la falta de espacio como si fuera real.

Anna no tenía más que dieciocho años cuando llegó una carta de Alfred Brangwen, desde Nottingham, en la que anunciaba que su hijo William se iba a vivir Ilkeston, donde le habían ofrecido un puesto de dibujante, poco más que de aprendiz, en una fábrica de encajes. Tenía veinte años, y su padre esperaba que los Brangwen de la granja Marsh fueran amables con él.

Tom Brangwen contestó de inmediato, ofreciendo al joven un hogar en la granja. Aunque el ofrecimiento se declinó, los Brangwen de Nottingham manifestaron su gratitud.

Nunca había habido demasiado afecto entre los Brangwen de Nottingham y los de la granja Marsh. De hecho, la mujer de Alfred había heredado tres mil libras y, como tenía razones para estar descontenta con su marido, trataba con mucha altivez a todos los Brangwen. Sentía, no obstante, cierta estima por la señora de Tom, como ella llamaba a la polaca, y decía que al menos era una señora.

Anna Brangwen recibió con cierta ilusión la noticia de la llegada de su primo Will a Ilkeston. Conocía a muchos jóvenes, pero nunca le parecían reales. Había visto en tal muchacho galante una nariz que le gustaba, en otro un bigote agradable, en el de más allá una forma de vestir atractiva, en éste un flequillo ridículo y en aquél una cómica manera de hablar. Los hombres jóvenes eran para ella objeto de diversión y motivo de leve asombro, más que seres reales.

El único hombre al que conocía era su padre y, como Brangwen era más bien grandote, imponente, una especie de Divinidad, su figura abarcaba para Anna al conjunto de los hombres, y los demás eran simplemente superfluos.

Anna se acordaba de su primo Will. Vestía como los chicos de la ciudad, era delgado y tenía una cabeza peculiar, negra como la tinta, con el pelo lacio y sedoso. Era una cabeza peculiar. A Anna le recordaba algo que no llegaba a identificar: un animal, un animal misterioso que vivía en la oscuridad, debajo de las hojas, y, aunque jamás salía de su escondite llevaba una vida activa, intensa y veloz. Siempre que pensaba en él se acordaba de la cabeza negra, imponente, ciega. Y lo tenía por un muchacho extraño.

Se presentó en la granja un domingo por la mañana: alto y delgado, con expresión alegre y una curiosa seguridad en sí mismo, a pesar de su timidez, una indiferencia innata a lo que pudieran ser los demás, mientras él fuese quien era.

Cuando apareció Anna, vestida de domingo, preparada para ir a la iglesia, William se levantó y la saludó con formalismo, estrechándole la mano. Tenía mejores modales que ella. Anna se sonrojó. Se fijó en que su primo lucía un bigote negro, fino y suave como una pluma, que agrandaba su boca. Le pareció repulsivo. Le recordaba el pelaje sedoso y fino de un animal. Y detectó algo extraño en aquel muchacho.

La voz de William alcanzaba un registro bastante agudo y tenía una escala intermedia muy sonora. Era una voz rara. Anna no entendía por qué hablaba de esa manera. Sin embargo, William se comportaba con naturalidad en la sala de estar de la granja. Tenía algo de la tosquedad y la seguridad innata de los Brangwen, y parecía

sentirse como en su propia casa.

Anna estaba muy molesta por el trato íntimo y cariñoso que su padre daba al joven. Se mostraba amable con él y se hacía a un lado para que el chico pudiera destacar. Esto a Anna la descompuso.

–Papá –dijo bruscamente–, dame mi paga.

–¿Qué paga? –preguntó Brangwen.

–No seas ridículo –exclamó Anna, acalorándose.

–No –insistió su padre–, ¿qué paga es ésa?

–Ya lo sabes, es el primer domingo del mes.

Anna estaba desconcertada. ¿Por qué le hacía eso, por qué la ponía en evidencia delante de aquel desconocido?

–Quiero mi paga –repitió, haciéndose valer.

–Qué cosas tiene esta chica –dijo Brangwen con indiferencia, mirando a Anna antes de volverse a su sobrino.

Anna dio un paso al frente y metió la mano en el bolsillo de los pantalones de su padre. Brangwen siguió fumando, sin inmutarse, sin ofrecer resistencia, hablando con su sobrino. Anna rebuscó en el bolsillo y sacó un monedero de cuero. Tenía las mejillas encendidas, los ojos chispeantes. Brangwen parpadeó. William parecía avergonzado. Anna se sentó, con sus mejores galas, y vació el monedero en su regazo. Había monedas de oro y de plata. El joven no pudo evitar observarla. Estaba inclinada sobre el montón de monedas, separándolas con los dedos.

–Quiero medio soberano –dijo Anna, levantando la cabeza, con los ojos oscuros encendidos de brillo. Sus ojos se encontraron con los de su primo, del color de la avellana, que la miraban fijamente. Anna se sobresaltó. Se le escapó una risa breve y se volvió a su padre–. Quiero medio soberano, papá –dijo.

–Sí, dedos largos –contestó su padre–. Coge lo que te corresponde.

–¿Vienes, Anna? –preguntó su hermano desde la puerta.

Anna se enfrió al instante, recuperó la normalidad y se olvidó de su padre y de su primo.

–Sí, ya voy –contestó, cogiendo seis peniques del montón de monedas y volviendo a guardar las demás en el monedero, que dejó encima de la mesa.

–Dámelo –dijo su padre.

Anna le metió el monedero en el bolsillo apresuradamente y se marchó.

–¿No vas con ellos, muchacho? –dijo Brangwen a su sobrino.

Will se levantó con aire indeciso. Tenía unos ojos dorados, rápidos y penetrantes, como los de un pájaro, como los de un halcón, que no se asustaban de nada.

–Vuestro primo Will va con vosotros –dijo Brangwen.

Anna miró de nuevo al desconocido. Tuvo la sensación de que su primo quería que se fijara en él. Merodeaba alrededor de su conciencia, preparado para entrar. Anna no quería mirarlo, le inspiraba hostilidad.

Esperó sin decir nada. Will cogió su sombrero y se acercó a Anna. Era verano.

Fred estaba cogiendo un ramillete de curry en flor de una mata que crecía en la esquina de la casa, para adornar su chaqueta. Anna no se fijó. Su primo la seguía, inmediatamente detrás.

Llegaron a la carretera. Anna tenía una sensación extraña, se sentía insegura. De pronto vio la flor de curry en el ojal de su hermano.

–¡Ay, nuestro Fred! –exclamó–. No vayas con eso a la iglesia.

Fred miró con aire protector la flor rosa que adornaba su pecho.

–A mí me gusta –dijo.

–Pues seguro que eres el único –replicó Anna. Y se volvió a su primo–. ¿A ti te gusta ese olor? –preguntó.

William iba a su lado, alto y tosco, aunque seguro de sí. Su actitud alteraba a Anna.

–No puedo decir si me gusta o no –respondió William.

–Trae aquí, Fred, no puedes entrar en la iglesia con ese olor –le dijo al niño, que era su paje.

Su hermano, rubio y pequeño, le dio la flor dócilmente. Anna la olisqueó y, sin decir palabra, se la pasó a su primo, para que emitiera un juicio. William olió la lánguida flor con curiosidad.

–Es un olor raro –dijo.

De pronto, Anna se echó a reír. La expresión de todos se iluminó al instante y Fred siguió su camino con paso risueño.

Repicaban las campanas, y los tres primos iban andando por el campo estival con su ropa de domingo. Anna estaba muy guapa, con un vestido de seda a rayas marrones y blancas, ceñido en las mangas y en el talle, y recogido por detrás en un plisado muy elegante. Will Brangwen, muy bien vestido, parecía un caballero andante.

William llevaba el ramillete de curry colgando entre los dedos, y nadie decía nada. El sol resplandecía como si regara los ranúnculos en la orilla del río, el perejil loco espumeaba en los campos, alto y orgulloso entre la multitud de flores que flotaban en la verdosa penumbra de los prados.

Llegaron a la iglesia. Fred encabezó la marcha hasta el banco, seguido de su primo y de su hermana. Anna se sentía importante y especial. De alguna manera, aquel joven la descubría para los demás. William se apartó para cederle el paso y se sentó a continuación al lado de Anna. Era una sensación curiosa, estar sentada al lado de él.

La luz entraba a raudales por la alta vidriera. Iluminaba la madera oscura del banco, la piedra, el pasillo erosionado, la columna que se encontraba a la espalda de su primo, y las manos de éste, que reposaban en sus rodillas. Anna estaba envuelta en la luz de la vidriera, en la luz y en la sombra luminosa, con el ánimo radiante. Era consciente, sin saberlo, de las manos y las rodillas inmóviles de William. Algo desconocido había entrado en su mundo, algo completamente extraño y distinto de

cuanto conocía.

Sentía una rara euforia. Se encontraba en un resplandeciente mundo de irrealidad, un mundo delicioso. Había en sus ojos un brillo nuevo, como la risa. Era consciente de que una extraña influencia se adentraba en ella, y esta influencia le agradaba. Era una influencia difusa, enriquecedora, desconocida hasta el momento. No pensaba en su primo. Sin embargo, se sobresaltaba cada vez que él movía las manos.

Le habría gustado que William no pronunciara con una voz tan clara las fórmulas de la liturgia. La distraía de su indefinido disfrute. ¿Por qué se imponía él de aquella manera, haciéndose notar? Era de mal gusto. Aun así, Anna siguió contenta hasta que llegó el momento del himno. William se levantó a su lado para cantar, y a Anna le gustó. Pero entonces, a la primera palabra, la voz de William resonó con potencia, inundándolo todo. Anna empezó a reírse disimuladamente, con el misal en la mano. William siguió cantando sin titubear. Su voz subía y bajaba, siguiendo su propio curso. Anna no podía evitarlo, le daba risa. En los momentos de mayor silencio, se reía por dentro a carcajadas. Hasta que no pudo resistir más, y la risa se apoderó de ella, la sacudió definitivamente, llenándole los ojos de lágrimas. Estaba sorprendida y fascinada. El himno proseguía y ella no paraba de reírse. Inclino la cabeza sobre el misal, desconcertada y roja como la grana, pero aun así se estremecía de risa. Fingió que tosía, fingió que tenía algo atascado en la garganta. Fred la miraba con sus ojos azules claros. Anna empezaba a sobreponerse. Y, de repente, una ligadura de la voz poderosa y ciega que sonaba a su lado volvió a desencadenar una ráfaga de risa incontrolable.

Anna se arrodilló para rezar, reprochándose severamente su actitud. Pero, incluso arrodillada, pequeñas oleadas de risa seguían recorriendo todo su cuerpo.

Por fin logró tranquilizarse y se sentó, con expresión remilgada y pura, blanca, sonrosada y fría como una rosa de invierno, las manos enfundadas en seda y recogidas en el regazo, los ojos oscuros y la mirada perdida, abstraída en una especie de ensoñación, ajena a todo.

El sermón continuó vagamente, en un flujo rebosante de paz. William sacó su pañuelo. Parecía completamente absorto, dejándose llevar por la corriente del sermón. Se llevó el pañuelo a la cara. Y entonces, algo cayó encima de sus rodillas. ¡La flor de curry! Se quedó observándola, pasmado. Anna soltó una risita. Todo el mundo la oyó. Era un suplicio. William había cogido la flor mustia, la tenía en el puño y había vuelto a levantar la cabeza, con la misma concentración de antes. Otra risita de Anna. Fred le dio un codazo, recriminándola. Su primo estaba muy quieto. Aunque no lo miraba, Anna sabía que se había puesto colorado. Lo notaba. La mano de William, con la flor en el puño, estaba muy quieta, fingiendo normalidad. Otra sacudida frenética en el pecho de Anna, y una risa sofocada. Se dobló, sacudida por la risa. ¡Maldita la gracia! Fred no paraba de darle codazos. Y Anna se los devolvía con todas sus fuerzas. Otro espasmo de risa maliciosa se apoderó de ella. Intentó tragársela con un carraspeo. El carraspeo se transformó en un grito ahogado que

resonó en toda la iglesia. Anna quería morirse. Y la mano cerrada de William empezó a buscar el bolsillo. Mientras Anna esperaba, intrigada y tensa, la risa volvió a sacudirla, porque sabía que su primo estaba hurgando en el bolsillo para guardar la flor.

Al final, Anna se quedó débil, agotada y profundamente abatida. Un abatimiento vacío y estremecedor se apoderó de ella. No soportaba la presencia de los demás. Puso un gesto muy altivo. Ya no prestaba atención a su primo.

Cuando llegó el momento de la colecta, con el último himno, su primo volvió a cantar con voz sonora. Y a Anna le hizo gracia. A pesar del vergonzoso espectáculo que había dado, seguía haciéndole gracia. Lo escuchaba, divertida, como hechizada. Le pusieron la bolsa delante, y su moneda de seis peniques se perdió entre los pliegues del guante. En su precipitación por atraparla, la moneda cayó al suelo, rebotó con un tintineo y terminó en el banco siguiente. A Anna se le escapó una risita. No podía evitarlo. Y se rió sin tapujos, de una manera escandalosa.

—¿De qué te reías, Anna? —le preguntó Fred cuando salieron de la iglesia.

—Ah, no podía aguantarme —dijo, con su despreocupación característica, medio burlona—. No sé por qué, la manera de cantar del primo Will me ha dado risa.

—¿Por qué te ha dado risa mi manera de cantar? —preguntó Will.

—Cantabas a pleno pulmón.

No se miraron, pero los dos volvieron a reírse, y los dos se sonrojaron.

—¿Por qué te ha dado ese ataque de risa, Anna? —preguntó Tom, el hermano mayor, cuando se sentaron a la mesa a la hora de comer, con una expresión de alegría en sus ojos del color de la avellana—. Todo el mundo te estaba mirando. —Tom estaba en la galería, con el coro.

Anna era consciente de que Will la observaba con los ojos radiantes, esperando que dijese algo.

—Por cómo cantaba el primo Will —dijo.

Y a esto, su primo Will soltó una risa ahogada, enseñando de pronto unos dientes pequeños y uniformes, bastante afilados, y cerrando rápidamente la boca.

—¿De verdad tiene una voz tan especial? —preguntó Brangwen.

—No es eso —dijo Anna—. Solo que me entró la risa... No sé por qué.

Y, una vez más, una oleada de risa recorrió toda la mesa. Will Brangwen, adelantando el rostro enigmático y con ojos danzarines, dijo:

—Canto en el coro de San Nicolás.

—Ah, entonces ¿vas a la iglesia? —preguntó Brangwen.

—Mi madre sí va... Mi padre no —contestó el joven.

Eran las pequeñas cosas, los movimientos de Will, las graciosas tonalidades de su voz, lo que más llamaban la atención de Anna. Los comentarios normales que hacía su primo le parecían absurdos en comparación. Las cosas que decía su padre parecían neutras y sin sentido.

Pasaron la tarde en el salón, que olía a geranios, charlando y comiendo cerezas.

Animaron a Will Brangwen a que contase algo. Y enseguida empezó a explayarse.

Le interesaban las iglesias, la arquitectura religiosa. La influencia de Ruskin le había despertado el gusto por las formas medievales. Su conversación era deslavazada, no se expresaba demasiado bien. De todos modos, oyéndolo hablar de una y otra iglesia, de naves, coros, presbiterios y cruceros, de mamparas ornamentadas y pilas bautismales, de tallas a la hachuela, molduras y tracerías, siempre con la íntima pasión de las cosas concretas, de los lugares concretos, fue calando en el corazón de Anna el silencio elocuente de las iglesias, el misterio, la poderosa trascendencia de la piedra doblegada, la tenue penumbra de colores en la que algo surgía vagamente, adentrándose en la oscuridad: la alta y deliciosa estructura de la mística celosía y, al fondo, al fondo de todo, el altar. Era una experiencia muy real. Anna se dejó llevar. Y tuvo la sensación de que una iglesia inmensa y mística abarcaba la tierra, una iglesia reservada en su penumbra, hechizada por una Presencia desconocida.

Casi le dolió, al mirar por la ventana, ver las lilas descollantes bajo el sol intenso. ¿O era la vidriera?

William habló del gótico, del Renacimiento y del gótico perpendicular, del gótico inglés temprano y del normando. Anna se deleitaba en estos nombres.

—¿Habéis estado en Southwell? —preguntó William—. Una vez estuve allí, a las doce del mediodía, almorzando en la iglesia. Y las campanas tocaron un himno.

—Sí, es una catedral muy bonita la de Southwell, tan recia. Con esos arcos redondos y recios, muy bajos, apoyados en gruesas columnas. Es grandioso el trazado de los arcos.

—También tiene un coro... Muy bonito. Pero a mí me gusta la nave central... Y el pórtico norte...

William estuvo entusiasmado y envanecido aquella tarde. Una llama prendía a su alrededor y volvía su experiencia intensa y brillante, ardientemente real.

Su tío lo escuchaba parpadeando, casi emocionado. Su tía adelantaba la cabeza con gesto enigmático, casi emocionada, aunque poseída por un conocimiento distinto. Anna lo acompañaba.

William volvió a su casa de noche con paso rápido, los ojos centelleantes y el semblante enigmático resplandeciente, como si regresara de un encuentro apasionado y vital.

El resplandor seguía iluminándolo por dentro, el fuego ardía, su corazón estaba encendido como un sol. Había disfrutado con su vida desconocida y consigo mismo. Y estaba dispuesto a regresar a la granja Marsh.

Sin saberlo, Anna deseaba volver a ver a su primo. Se había fugado en él. Había transgredido los límites de su experiencia en él: William era un agujero en la pared y, al otro lado, el sol refulgía sobre un mundo remoto.

William volvió. De vez cuando, no con frecuencia, pero de vez en cuando, y con su conversación surgía de nuevo aquella realidad extraña y lejana que se lo llevaba

todo por delante. A veces hablaba de su padre, al que odiaba con un odio ardiente, rayano en el amor; de su madre, a quien amaba con un amor intenso y rayano en el odio, o en la rebeldía. Sus frases eran torpes, no se expresaba demasiado bien. De todos modos tenía aquella voz maravillosa y vibrante que resonaba en el alma de Anna, transportándola al interior de sus sentimientos. A veces, la voz de William se enardecía, cobraba un tono declamatorio, a veces tenía una sonoridad extraña, gangosa, casi felina, a veces vacilaba, desconcertada, a veces se interrumpía con una risa. Anna estaba prendada de él. Le fascinaba la llama que recorría su cuerpo mientras escuchaba a su primo. Y su madre y su padre se convirtieron en dos seres alejados de su vida.

Por espacio de algunas semanas, William visitó la granja con cierta frecuencia, y todos lo recibían con alegría. Se sentaba con ellos, con una expresión enigmática y resplandeciente, entusiasmado y con un toque de desdén en la boca grande, ligeramente burlona y torcida, los ojos siempre brillantes como los de un pájaro, desprovistos de profundidad. Era inalcanzable, pensaba Brangwen con fastidio. Era como un gato socarrón que se acercaba cuando se le antojaba, sin que la otra persona se diera cuenta.

Al principio, William siempre miraba primero a Brangwen cuando hablaba, y después a su tía, buscando su aprobación, que apreciaba más que la de su tío; y después a Anna, porque en ella encontraba lo que quería, algo que no tenían los mayores.

Así, los jóvenes dejaron de ser el séquito de los mayores y empezaron a distanciarse y a establecer un reino independiente. A veces Tom Brangwen se exasperaba. Su sobrino lo sacaba de sus casillas. Le parecía un muchacho demasiado especial, demasiado reservado. Tenía un carácter entusiasta, sí, pero demasiado abstraído, como si fuera cosa aparte, como un gato. Un gato podía quedarse tranquilamente tumbado en la alfombra de la chimenea mientras su dueño o su dueña se retorcían de agonía a un metro de distancia. Los asuntos de los demás le traían sin cuidado. Y lo mismo le ocurría a William, que en realidad no se interesaba por nada más que por sus instintos.

Brangwen estaba molesto. A pesar de todo, apreciaba y respetaba a su sobrino. La señora Brangwen estaba molesta con Anna, que había cambiado de la noche a la mañana bajo la influencia de William. Apreciaba al muchacho: no era un extraño. Pero no le hacía gracia ver a su hija tan embelesada con él.

Así, los jóvenes se alejaron poco a poco, huían de los mayores con la intención de crear algo nuevo por sí mismos. William trabajaba en el jardín para ganarse el favor de su tío. Hablaba de iglesias para ganarse el favor de su tía. Seguía a Anna como una sombra: como una larga, insistente e inquebrantable sombra negra, iba detrás de su prima. A Brangwen lo sacaba de quicio. Le causaba una irritación desmedida la sonrisa radiante, la sonrisa felina de su sobrino, como él la llamaba.

Y Anna hacía gala de una reserva y una independencia inéditas. De un día para

otro empezó a actuar con independencia de sus padres, a vivir al margen de ellos. Su madre tenía arrebatos de ira.

El cortejo siguió su curso de todos modos. Anna buscaba excusas para ir de compras a Ilkeston, a última hora de la tarde, y siempre volvía con la cabeza de William asomando por detrás de su hombro, ligeramente rezagado, como el diablo de Lincoln^[3], según decía Brangwen enfadado, aunque también con satisfacción.

Para su asombro, Will Brangwen se encontraba en un estado de pasión electrificante. Para su asombro, una noche se había parado en la cancela, cuando volvían de Ilkeston, y había besado a Anna, cerrándole el paso, la había besado y había sentido como si le asestaran un golpe en la oscuridad. Y, cuando entraron en la granja, le fastidió profundamente al escrutinio al que lo sometieron sus tíos con la mirada. ¿Qué derecho tenían? ¿Por qué los miraban de ese modo? ¿Que se quitaran de en medio o que mirasen a otra parte!

Y William volvió a casa con las estrellas del cielo girando ferozmente en la oscuridad como un torbellino y con el corazón enardecido, insistente, pero enardecido, como si tropezara con un obstáculo. Tenía ganas de destrozar algo.

Anna estaba hechizada. Y qué intranquilos estaban sus padres cuando la veían ir de un lado a otro sin reparar en nada, sin reparar en ellos, hechizada, como si fuera invisible para ellos. Era invisible para ellos. La situación los volvía locos. Sin embargo, no tenían más remedio que acatarla. Anna pasó una temporada oscurecida y absorta.

También sobre William recalaron las tinieblas de la oscuridad. Parecía escondido en una oscuridad tensa, eléctrica, en la que su espíritu, su vida desplegaban una poderosa actividad, aunque sin su concurso o su atención. Su conciencia se había oscurecido. Trabajaba de prisa, mecánicamente, y era capaz de crear piezas hermosas.

Su trabajo favorito era la talla en madera. Lo primero que hizo para Anna fue un sello para estampar la mantequilla. Talló la imagen de un ave mitológica, de un fénix, parecido a un águila, que alzaba el vuelo con las alas desplegadas simétricamente desde un precioso círculo de llamas que se elevaban del borde de un cuenco.

Anna no apreció en absoluto este regalo la noche en que William se lo hizo. Pero a la mañana siguiente, cuando terminaron de hacer la mantequilla, cogió el sello para utilizarlo en lugar del antiguo, una imagen de bellotas y hojas de roble. Experimentó una curiosa emoción al ver el resultado. Le pareció extraña, la tosca figura del ave modelada en el hueco con forma de cuenco, el curioso temblor de las llamas, densas, que se deslizaban hacia el fondo desde el borde liso. Estampó otro bloque de mantequilla. Fue extraño levantar el sello y ver cómo el pájaro con pico de águila alzaba su pecho hacia ella. Le fascinaba crear el ave una y otra vez. Y, cada vez que la veía, le parecía un objeto nuevo que cobraba vida. Cada bloque de mantequilla se convertía en un extraño emblema vital.

Se lo enseñó a sus padres.

–Es precioso –dijo su madre, y un tenue brillo iluminó sus rasgos.

–¡Precioso! –exclamó su padre, desconcertado e inquieto–. ¿Qué pájaro dice que es?

Y ésta fue la pregunta que hicieron los clientes a largo de las semanas siguientes.

–¿Cómo se llama ese pájaro que habéis puesto en la mantequilla?

Esa noche, cuando vino William, Anna lo llevó a la lechería para enseñárselo.

–¿Te gusta? –preguntó él, con aquella voz poderosa y vibrante que siempre parecía extraña, que resonaba en los rincones oscuros de Anna.

Anna y William rara vez se tocaban. Les gustaba estar solos, cerca el uno del otro, pero aun así seguía habiendo entre ellos cierta distancia.

En el fresco recinto de la lechería, la luz de una vela iluminaba las superficies blancas de los cántaros rebosantes de nata. William volvió la cabeza bruscamente. ¡Qué espacio tan fresco y remoto, tan remoto! Sus labios dibujaron una sonrisa pequeña y tensa. Anna estaba a su lado, con la cabeza inclinada, mirando a otra parte. William quería acercarse a ella. La había besado una vez. Volvió a posar la mirada en los bloques de mantequilla redondos, donde el ave emblemática levantaba su pecho entre las sombras de la llama de la vela. ¿Por qué no se atrevía? El pecho de Anna estaba cerca de William, que tenía la cabeza levantada como un águila. Anna no se movió. De repente, con un movimiento increíblemente rápido y delicado, William abrazó a Anna y la acercó a su cuerpo. Fue una acción rápida y limpia, como un pájaro que se abate en picado, cada vez más cerca.

La besó en el cuello. Anna volvió la cabeza y lo miró, con fuego en sus ojos oscuros. En los ojos de William había una expresión dura y brillante, un propósito violento, como en los ojos de un halcón. Anna sintió que su primo se adentraba volando en el espacio oscuro de sus llamas, como una marca a fuego, como un halcón resplandeciente.

Se habían mirado el uno al otro y se habían visto como extraños el uno al otro, pero cerca, muy cerca, como un halcón que se cierne, se abate y cae en una llamarada de oscuridad. Anna cogió la vela, y volvieron a la cocina.

Así siguieron una temporada, siempre juntos, pero tocándose muy rara vez, sin besarse casi nunca. Después empezaron a rozarse los labios con frecuencia, apenas una señal. Sin embargo, en los ojos de Anna comenzaba a despertar un fuego constante, a menudo se paraba de repente, como si quisiera recordar algo o descubrir algo.

Y la expresión de William se volvió misteriosa, concentrada. Tardaba en darse cuenta de lo que le decían.

Una tarde de agosto en que llovía, William se presentó en la granja. Llevaba la chaqueta abotonada hasta arriba y el cuello levantado, y traía la cara mojada. Y, al verlo aparecer bajo la lluvia fresca, tan esbelto y seguro, Anna quedó cegada de amor. William se sentó y estuvo hablando con sus tíos de cosas sin importancia, mientras a Anna le bullía la sangre de angustia. Quería tocarlo, solamente tocarlo.

Había en el rostro radiante y plateado de Anna una expresión extraña y distraída

que enfureció a su padre, un secreto en los ojos oscuros de la muchacha. Pero Anna miró a su primo. Y William vio en sus ojos una llamarada que le hizo temblar por un instante.

Anna fue a la despensa en busca de un farol. Su padre la observó cuando volvía.

–Ven conmigo, Will –dijo Anna–. Quiero ver si he puesto bien el ladrillo en el hueco por donde entra la rata.

–No hace falta –contestó su padre.

Anna no hizo caso. William se vio entre la espada y la pared. Tom Brangwen se había puesto colorado y no dejaba de mirarlos con sus ojos azules. Anna estaba en la puerta, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás, como indicando a su primo que la siguiera. William se levantó, a su manera silenciosa y segura, y se fue con Anna. A Brangwen se le hincharon las venas en la frente.

Llovía. La luz del farol se reflejaba en el sendero de adoquines, alrededor de la fachada. Anna llegó a una pequeña escalera de mano y subió por ella. William le pasó el farol y la siguió. Arriba, en el gallinero, las gallinas estaban sentadas en sus perchas como fardos gordos, con las crestas rojas resplandecientes como el fuego. Los ojos brillantes y fijos. Hubo ásperos cacareos de protesta cuando una de las gallinas cambió de sitio. El gallo los miraba atentamente, con las plumas del cuello amarillas y relucientes como el cristal. Anna sorteó la porquería del suelo. William se agazapó, observándola. La luz tenía una coloración suave bajo la techumbre de tejas rojas. Anna se agachó en un rincón. Otra gallina saltó de su percha con mucho alboroto.

Anna volvió, agachándose por debajo de las perchas. William la esperaba en la puerta. De pronto, ella lo abrazó, se aferró a él, se apretó contra su cuerpo y, llorando, susurrando, gimoteando, dijo:

–Will, te quiero. Te quiero, Will, te quiero.

Su voz sonó como si se desgarrara por dentro.

Él no parecía demasiado sorprendido. La abrazó, y sus huesos se fundieron. Apoyó la espalda en la pared. La puerta del gallinero estaba abierta. Fuera, la lluvia caía, inclinada, con suave premura, acerada y misteriosa, emergiendo del abismo de la oscuridad. Abrazados y juntos, parecían mecerse con amplias oscilaciones, aferrados el uno al otro en la oscuridad. Al otro lado de la puerta del gallinero, más allá de donde estaban ellos, y a sus pies, se encontraba la oscuridad, con un velo de lluvia en movimiento.

–Te quiero, Will, te quiero –gimió Anna–. Te quiero, Will.

Él la abrazaba como si fueran uno, y no decía nada.

Tom Brangwen, en casa, esperó un rato. Después se levantó y salió al patio. Cruzó el patio. Vio el haz extraño y neblinoso que salía por la puerta del gallinero. Apenas reparó en que era la luz del farol difuminada por la lluvia. Siguió adelante hasta que la luz lo iluminó tenuemente. Entonces levantó la vista y vio a los jóvenes abrazados, él de espaldas a la pared, con la cabeza hundida en la cabeza de ella. Los

veía borrosos entre la lluvia, aunque iluminados. Ellos se creían completamente enterrados en la noche. Pero Tom Brangwen incluso veía la sequedad del gallinero iluminado, y las sombras y los bultos de las gallinas en sus perchas, arriba, en la noche, sombras extrañas proyectadas por el farol apoyado en el suelo.

Y una ira negra y lúgubre pugnó en el corazón del padre con la pena de sentirse borrado. Anna no era consciente de lo que estaba haciendo. Se estaba traicionando. Era una niña, nada más que una niña. No era consciente de hasta qué punto se estaba perdiendo. Y Brangwen sintió una pena negra y feroz. ¿Era ya un hombre viejo y había llegado la hora de entregar a su hija en matrimonio? ¿Era viejo? No era viejo. Era más joven que el descarado muchacho que tenía a su hija entre sus brazos. ¿Quién conocía a Anna: él, o aquel muchacho de mentalidad ciega? ¿A quién pertenecía Anna, sino a él?

Volvió a acordarse de la niña a la que una noche llevó al establo, mientras su mujer daba a luz a su hijo Tom. Recordaba el peso suave de la niña en el brazo, abrazada al cuello. Ahora, ella le decía que estaba acabado. Ahora se alejaba de él y lo rechazaba, lo dejaba sumido en una vacuidad insoportable, un vacío que no podía resistir. Casi la odiaba. ¿Cómo se atrevía a decir que era viejo? Echó a andar bajo la lluvia, sudando de dolor, de terror por ser viejo, de angustia por tener que renunciar a lo que era la vida para él.

Will Brangwen volvió a casa sin despedirse de su tío. Andaba como en trance, con la cara ardiente vuelta a la lluvia. «Te quiero, Will, te quiero.» Las palabras se repetían interminablemente. El velo se había rasgado para exponerlo, desnudo, al espacio infinito, y William se estremeció. Las paredes lo habían expulsado, ofreciéndole un inmenso espacio para caminar. ¿Adónde, en la oscuridad de aquel espacio infinito, se dirigía ciegamente? ¿Dónde, al final de toda aquella oscuridad, se encontraba Dios Todopoderoso, misteriosamente sentado, impulsándolo? «Te quiero, Will, te quiero.» Temblaba de temor cada vez que las palabras resonaban en su corazón. Y no se atrevía a pensar en el rostro de Anna, en el brillo de sus ojos y en su expresión extraña, transfigurada. La mano del Todopoderoso Oculto, resplandeciente de luz, había surgido en la oscuridad y lo atenazaba. Y él seguía su camino subyugado, temeroso, con el corazón encogido y arrasado por el fuego de aquella mano.

Pasaron los días, y corrieron en silencio, con los pies almohadillados por la oscuridad. William iba a ver a Anna, pero de nuevo había entre ambos cierto reparo. Tom Brangwen estaba de un humor sombrío, con sus ojos azules apagados. Anna estaba extraña en su entrega. Sus facciones, de un color delicado, se habían vuelto mudas, enmudecidas y dolorosas. Su madre bajaba la cabeza y seguía inmersa en su propio mundo oscuro, que otra vez estaba preñado de plenitud.

Will Brangwen trabajaba en sus tallas de madera. Era una pasión, una pasión para él, sostener el cincel con pulso firme. En verdad la pasión de su espíritu ennoblecía los suaves mordiscos del acero. Estaba tallando, como siempre había querido, la

Creación de Eva. Era un panel en bajorrelieve, para una iglesia. Adán yacía dormido, como si sufriera, y Dios, una figura grande y tenue, se cernía sobre él, extendiendo Su mano desvelada; una Eva pequeña, vívida, desnuda, emergía como una llama de la mano de Dios en el costado desgarrado de Adán.

En este momento, Will Brangwen estaba trabajando en su Eva, una silueta delgada, intensa, inmadura. Con temblorosa pasión, leve como una bocanada de aire, inclinaba el cincel en el vientre de Eva, en su vientre duro, inmaduro y menudo. Su figura pequeña y rígida, de líneas bien definidas, parecía sumida en la agonía, la tortura y el éxtasis de su creación. William temblaba al tocarla. No había terminado ninguna de las tres figuras. Había un pájaro en una rama, desplegando las alas para alzar el vuelo, acechado por una serpiente enroscada. El panel aún no estaba terminado. Will tembló de pasión, capaz de crear por fin el cuerpo nuevo y bien definido de su Eva.

En los lados, en los extremos, en cada uno de los extremos, dos ángeles ocultaban el rostro entre sus alas. Eran como árboles. William iba camino de la granja, en el crepúsculo, y tenía la sensación de que los ángeles con el rostro oculto estaban detrás de él. La oscuridad eran sus sombras y sus rostros ocultos. Al cruzar el puente del canal, el atardecer refulgía con sus colores más intensos, el cielo tenía una tonalidad azul oscura, las estrellas centelleaban a lo lejos, muy remotas, suspendidas por encima de los edificios apelotonados de la granja, cada vez más oscuros, por encima del polvo de cristal que salpicaba los contornos del firmamento.

Anna esperaba a William como el resplandor de la luz, como si el rostro de su primo estuviera escondido. Y él no se atrevía a levantar la cabeza para mirarla.

Llegó el tiempo de la cosecha del maíz. Un día salieron a pasear por las dependencias de la granja cuando ya empezaba a caer la noche. Una luna grande y dorada colgaba en el horizonte gris, los árboles acechaban, altos, lejanos en el atardecer, expectantes. Anna y Will andaban en silencio a lo largo del seto, donde los carros habían dejado rodadas oscuras en la hierba. Salieron por una puerta a un campo amplio y abierto, un espacio en el que la luz todavía era intensa y parecía desplegarse ante sus ojos. En la sombra de la cerca, las gavillas de maíz yacían en el suelo, donde las habían dejado los jornaleros, muchas gavillas como cuerpos postrados que formaban una masa sombría; otras se alzaban vagamente, como barcos entre la bruma del atardecer y la luz de la luna, más lejos.

No querían regresar, pero ¿adónde se dirigían? ¿A la luna? Y es que estaban aislados, solos.

—Vamos a amontonar unas gavillas —dijo Anna.

Quería quedarse allí, en el campo amplio y abierto.

Se acercaron entre los rastros hasta donde terminaban las largas hileras de gavillas puestas en pie. Esa zona del campo parecía habitada por seres extraños, con las gavillas erguidas. Lo demás era espacio vacío y gavillas postradas.

El aire era canoso y plateado. Anna paseó la mirada alrededor del campo. Los

árboles se erguían vagamente en la distancia, como heraldos que aguardaran la señal de acercarse. En aquel espacio de vago cristal, su corazón parecía repicar como una campana. Anna temía que alguien pudiera oír sus latidos.

–Tú recoge esta hilera –le dijo a Will. Y ella dio unos pasos, se agachó en la siguiente hilera de gavillas acostadas, arañándose las manos con los penachos del maíz, levantando el fardo con las dos manos para cargar con todo su peso hasta el espacio despejado, donde soltó bruscamente las dos gavillas, que cayeron juntas con un golpe leve y seco. Los fardos quedaron apoyados el uno en el otro. Will regresaba, en la tenue penumbra del atardecer, con sus gavillas en los brazos. Anna lo esperó. El joven soltó sus gavillas con un golpe seco y leve al lado de las suyas. Las gavillas se tambalearon. Will entrelazó las crestas del maíz, que silbaron como una fuente. Levantó la mirada y se echó a reír.

Anna se alejó entonces hacia la luna, que parecía desnudar su alma con su fulgor cada vez que la miraba. Will siguió su camino por el difuso vacío del campo contrario, obedientemente.

Se agachaban, recogían las crestas húmedas y suaves del maíz, levantaban los fardos y regresaban. Ella siempre llegaba primero. Soltaba sus gavillas para construir un almiar con las demás. La silueta oscura de Will se acercaba entre los rastrojos, con su cargamento a cuestas. Anna daba media vuelta y únicamente oía el penetrante silbido del maíz al mezclarse. Anna se desplazaba entre la luna y la silueta oscura de Will.

Cogió otras dos gavillas y echó a andar mientras él incorporaba la espalda doblada sobre la tierra. Su silueta emergió a escasa distancia. Anna dejó sus dos gavillas para levantar otro haz de mieses. Los dos parecían inseguros. A ella le temblaban las manos. Sin embargo, se detuvo un momento a contemplar la luna, que desnudó su pecho, y sintió como si tuviera el pecho jadeante y rebosante de luz de luna. Él tuvo que levantar las gavillas de Anna, que se habían caído. Trabajaba en silencio. Se dejaba llevar por el ritmo de la tarea, mientras ella se aproximaba.

Así siguieron, yendo y viniendo, marcando un ritmo al que sus pies y sus cuerpos se acompañaban. Anna se agachaba, levantaba el fardo de gavillas, miraba la penumbra, donde estaba Will, y regresaba con su carga entre los rastrojos. Dudaba, soltaba las gavillas, oía el rumor y el siseo de las crestas al rozarse, mientras él se acercaba, y regresaba de nuevo. Y ahí estaba la luna, refulgente, desnudando su pecho una vez más, impulsándola en aquel flujo y reflujo, como una ola.

Will seguía un ritmo constante, absorto en su tarea, abriéndose camino de un lado a otro entre la franja despojada de rastrojos, como la lanzadera de un telar, entretejiendo la larga hilera de gavillas que jalonaban el campo, acercándose cada vez más a los árboles sombríos, ensartando su gavillas con las de Anna.

Antes de que él llegara ella ya se había marchado. Cuando él llegaba, ella se alejaba y, cuando él se alejaba, ella llegaba. ¿Es que no iban a coincidir nunca? Poco a poco, la voluntad grave y profunda que resonaba en Will alcanzó a Anna con su

vibración, buscando su concordancia, pidiéndole que se acercara a él progresivamente, hasta encontrarse, hasta encontrarse como las susurrantes gavillas.

La tarea proseguía. La luna se volvió más brillante, más clara, y el maíz resplandecía. Will se puso en cuclillas delante de los fardos postrados, se oyó un siseo al levantar las gavillas de la tierra, vio un rastro de cuerpos pesados frente a él, un destello de luz de luna iluminó sus ojos. Poco después dejaba el maíz en la gavera. Y Anna se acercaba.

Will la esperó mientras recolocaba las gavillas. Anna llegó, pero se detuvo y esperó a que él se hubiera alejado. Will la vio en la sombra, como una columna oscura, y le dijo algo, y ella contestó. Anna vio la pregunta, como un destello de luna, en los ojos de Will. Pero un espacio los separaba, y Will siguió su camino. Se dejaban llevar por el ritmo de la tarea.

¿Por qué siempre había un espacio entre ellos, por qué estaban separados? ¿Por qué Anna parecía detenerse a la luz de la luna y esperaba, apartada de él? ¿Qué lo retenía a él lejos de ella? La voluntad de Will resonaba como un tambor persistente, oscuro, que ahogaba todo lo demás.

Había en el ritmo con que Will ejecutaba su trabajo un pulso y un propósito bien definidos. Se agachaba, levantaba el peso, cargaba con él hacia donde estaba Anna, y lo depositaba como dentro de ella, bajo aquel espacio iluminado por la luna. Y regresaba a por más. Con creciente cercanía, levantaba las gavillas y volvía balanceándose al centro del campo, a grandes zancadas, atrayendo progresivamente a Anna, y así continuaba haciendo su parte y acercándose a ella, adelantándola. No había nada más que este ir y venir a la luz de la luna, fascinado, este balanceo en el silencio, señalado únicamente por el rumor de las gavillas, y silencio, y otro rumor de gavillas. Y el rumor de las gavillas de Will era cada vez más rápido, se acompañaba a las de Anna, y el rumor de las gavillas de Anna regresaba con monotonía, inmutable, y el rumor de las gavillas de Will resonaba cada vez más cerca.

Por fin se encontraron junto al haz de mieses, frente a frente, con las gavillas en los brazos. Will parecía de plata a la luz de la luna, con una expresión enigmática que asustó a Anna. Anna lo esperó.

–Deja tus gavillas –dijo.

–No, te toca a ti –contestó él.

Su voz sonó insistente y gangosa.

Anna apoyó las gavillas en el montón puesto en pie. Will vio brillar las manos de ella entre una lluvia de granos. Entonces soltó su carga y tembló al cogerla en sus brazos. La había adelantado, y le correspondía el privilegio de besarla. La sintió dulce y fresca en el aire de la noche, impregnada por la dulce fragancia del cereal. Y todo el ritmo que Will había concentrado en su tarea estalló entonces en sus besos, y en sus besos continuó persiguiendo a Anna, pero ella seguía sin dejarse alcanzar por completo. ¡Qué maravillosa le pareció a Will la nariz de Anna a la luz de la luna! ¡Toda la luz de la luna derramada sobre ella, y toda la oscuridad dentro de ella! Toda

la noche en los brazos de Will, oscuridad y resplandor, ¡todo le pertenecía! Toda la noche era suya en aquel momento, para desplegarla, para aventurarse en ella, todo un misterio en el que adentrarse, todo un descubrimiento por hacer.

Temblando con una poderosa sensación de victoria, el corazón de Will era tan blanco como una estrella mientras se acercaba progresivamente con sus besos.

–¡Mi amor! –dijo ella, en voz baja, desde lejos.

La voz de Anna parecía llamarlo desde muy lejos, bajo la luna, a él que estaba ajeno a todo. Will se quedó quieto, temblando, a la escucha.

–Mi amor –volvió a sonar la voz baja y quejumbrosa, como un pájaro invisible en la noche.

Will tenía miedo. Su corazón empezó a temblar y estalló. Estaba paralizado.

–Anna –dijo, como si respondiera desde otro lugar, inseguro.

–Mi amor.

Y él se acercó a ella, y ella a él.

–Anna –dijo, fascinado, en un doloroso nacimiento de amor.

–Mi amor –dijo ella, con creciente éxtasis.

Y se besaron en la boca, extasiados y sorprendidos, con besos largos y verdaderos. Los besos se prolongaron, a la luz de la luna. Will volvió a besarla, y Anna a besarlo a él. Y otra vez se besaron al unísono. Hasta que a Will le ocurrió algo por dentro y se sintió extraño. La deseaba. La deseaba irresistiblemente. Anna era algo nuevo. Estaban juntos, abrazados, suspendidos en la noche. Y Will vio que todo su ser temblaba de asombro, como si recibiera un golpe. La deseaba, y quería decírselo. Pero la impresión era inmensa. Por primera vez se daba cuenta. Temblaba de iniciación y desconocimiento, no sabía qué hacer. La abrazó con más ternura, con ternura, con mucha más ternura. El conflicto quedó atrás. Y se sintió contento, sin aliento, casi al borde del llanto. Sabía que la deseaba. Algo se había grabado para siempre en él. Sintió que era suyo, de Anna. Y estaba muy contento, y temeroso. No sabía qué hacer, y así siguieron quietos en el campo abierto, iluminado por la luna. A través del pelo de Anna, Will contempló la luna, que parecía flotar, brillante y líquida.

Anna suspiró, como si despertara. Volvió a besar a Will. Después se separó de él y lo cogió de la mano. A él le dolió que ella se apartara de su pecho. Le dolió y le desilusionó. ¿Por qué se apartaba de él? De todos modos, lo había cogido de la mano.

–Quiero irme a casa –dijo ella, mirándolo de una manera que él no supo entender.

Will se agarró a la mano de Anna. Estaba aturdido y no podía moverse, no sabía cómo moverse. Ella tiró de él.

Él la siguió, indefenso, cogido de su mano. Anna tenía la cabeza agachada. De pronto, la respuesta natural se formuló espontáneamente en los pensamientos de Will.

–Nos casaremos, Anna –dijo.

Ella no contestó.

–Nos casaremos, Anna, ¿verdad que sí?

Anna se detuvo en el campo y volvió a besarlo, agarrándose a él

apasionadamente, de una manera que Will no comprendía. No lo entendía. Pero en aquel momento todo lo fiaba al matrimonio. Ésa era la respuesta, el horizonte establecido. La deseaba, quería casarse con ella, quería tenerla completamente, sería suya para siempre. Y esperaba conseguirlo, estaba decidido. A pesar de todo, siempre había entre ellos una leve tensión irascible.

Habló con sus tíos esa misma noche.

–Tío –dijo–, Anna y yo hemos pensado casarnos.

–¡Ah! –contestó Brangwen.

–Pero ¿cómo? Tú no tienes dinero –dijo la madre de Anna.

Will se puso pálido. Estas palabras le parecieron abominables. Pero era como un guijarro fulgurante, resplandeciente, una piedra resplandeciente e inmutable. No pensaba. Desde su silla, envuelto en la dureza de su fulgor, no dijo nada.

–¿Se lo has dicho a tu madre? –preguntó Brangwen.

–No... Se lo diré el sábado.

–¿Vas a verla?

–Sí.

Hubo un largo silencio.

–Y ¿con qué piensas casarte... con tu libra a la semana?

Otra vez el joven se puso pálido, como herido en lo más hondo.

–No lo sé –dijo, mirando a su tío con aquellos ojos brillantes, inhumanos, como los de un halcón.

Brangwen bullía de odio.

–Hay que saberlo –dijo.

–Ya tendré dinero más adelante –contestó su sobrino–. Pediré algo prestado y lo devolveré más adelante.

–¡Ah! Y ¿a qué vienen esas prisas tan desesperadas? Anna es una chica de dieciocho años y tú un chico de veinte. Ni siquiera sois mayores de edad para hacer lo que os plazca.

Will Brangwen agachó la cabeza y miró a su tío con ojos rápidos, brillantes, desconfiados, como un halcón enjaulado.

–¿Qué más da los años que ella tenga, o los que tenga yo? –dijo–. ¿Qué diferencia hay entre lo que soy ahora y lo que seré a los treinta?

–Esperemos que haya una gran diferencia.

–Pero no tienes experiencia... No tienes experiencia y no tienes dinero. ¿Por qué quieres casarte, sin experiencia y sin dinero? –preguntó su tía.

–¿Qué experiencia necesito, tía? –fue la respuesta de Will.

Y, de no haber sido porque en aquel momento el corazón de Tom Brangwen estaba encogido de rabia, intacto y duro como una piedra preciosa, le habría dado la razón a su sobrino.

Will Brangwen volvió a casa extraño y sin inmutarse. Tenía la sensación de que no podía alterar su decisión, su voluntad era firme. Tendrían que destruirlo para

hacerle cambiar de opinión. Y no podrían. No tenía dinero. Pero ya lo conseguiría, donde fuera, eso daba igual. Pasó muchas horas despierto en la cama, endurecido y desvelado, sin pensar, mientras en su espíritu cristalizaba una forma todavía más inalterable. Después se quedó profundamente dormido.

Parecía que su espíritu se hubiera transformado en un cristal duro. Podía temblar, estremecerse y sufrir, pero no alterarse.

La mañana siguiente, presa de una rabia inhumana, Tom Brangwen habló con su hija.

—¿Qué eso de que queréis casaros? —preguntó.

Anna miró a su padre, palideció ligeramente, y sus ojos oscuros cobraron al instante la expresión sorprendida y hostil del animal salvaje que se defiende, pero que tiembla de sensibilidad.

—Quiero —dijo, sin conciencia.

La rabia de Brangwen arreció. Habría querido romper a su hija en pedazos.

—Quieres... Quieres... Y ¿para qué? —replicó con desdén.

La antigua angustia infantil, la ceguera que a nadie reconocía, el palpitante antagonismo de una criatura salvaje, desesperada, indefensa, se apoderaron de Anna.

—Quiero porque quiero —gritó, con la misma voz estridente e histérica de cuando era pequeña—. Tú no eres mi padre... Mi padre está muerto... Tú no eres mi padre.

Anna seguía siendo una desconocida. No reconocía a Brangwen. La fría hoja del acero se clavó muy dentro de su alma. Lo separó de ella.

—Y ¿qué si no lo soy? —contestó.

Pero no podía resistirlo. La había querido tanto, había sido su «padre... Su papá».

Brangwen pasó varios días anonado. Su mujer no sabía a qué atenerse. No entendía la situación. Solo pensaba que un matrimonio sin dinero y posición era imposible.

Había un silencio aterrador en la casa. Anna se dejaba ver lo menos posible. Pasaba muchas horas a solas.

Will Brangwen volvió de Nottingham, donde tuvo que soportar escenas ridículas. También él estaba pálido y demacrado, pero no había cambiado de opinión. Su tío lo odiaba. Odiaba su juventud, que era inhumana y obstinada. Pese a todo, una noche, Tom entregó a su sobrino los ahorros que había ido guardando para Anna Lensky. Ascendían a dos mil quinientas libras. Will miró a su tío. Era una buena parte del capital de la granja Marsh lo que se le entregaba. Sin embargo, esto sirvió únicamente para que Will se mostrara aún más frío y firme en su decisión. Estaba absorto, era puramente voluntad inquebrantable. Will le dio el dinero a Anna.

Ella se pasó un día entero llorando a lágrima viva. Y de noche, cuando oyó que su madre se acostaba, bajó con sigilo y cruzó el pasillo. Encontró a su padre sumido en un silencio denso, monumental. Brangwen volvió la cabeza despacio.

—Papá —sollozó Anna desde la puerta, y corrió hacia él, sollozando como si fuera a estallarle el corazón—. Papá... papá... papá...

Se acuclilló en la alfombrilla de la chimenea, abrazándolo y apoyando la cabeza en sus rodillas. ¡Qué grande y reconfortante era su cuerpo! Sin embargo, había algo que le dolía en el alma, de un modo insoportable. Lloraba casi con histeria.

Brangwen guardaba silencio, con una mano en el hombro de Anna. Seguía abatido. No era su padre. Anna había roto esta imagen tan querida para él. ¿Quién era, entonces? Un hombre separado de los demás que ya no espera nada la vida. Estaba aislado de Anna. Entre ambos se interponía una generación, él era viejo, se había consumido en el fuego de la vida. En su hoguera había un montón de cenizas, de cenizas frías. Estaba hundido en la frialdad de los años y el aislamiento. Tenía a su mujer. Y se culpaba, se despreciaba, por aferrarse a Anna de esta manera, por querer que ella le perteneciera.

La niña que se aferraba a él quería a su niño-marido, como era natural. Y de él, de Brangwen, necesitaba ayuda para equipar su vida como es debido. Pero no quería amor. ¿Por qué tenía que haber amor entre ellos, entre el hombre fornido, de mediana edad y aquella niña? ¿Cómo podía haber entre ellos algo que no fuera la simple voluntad humana de ayudarse mutuamente? Él era su guardián, nada más. El corazón de Brangwen se había vuelto de hielo, su semblante inexpresivo y frío. Anna no conseguía emocionarlo más que a una estatua.

Volvió despacio a la cama y siguió llorando. De todos modos, iba a casarse con Will, y entonces no tendría que preocuparse de nada. Brangwen se acostó con el corazón endurecido y frío, y se maldijo. Miró a su mujer. Seguía siendo su mujer. El pelo oscuro de Lydia estaba entreverado de gris, sus facciones todavía eran hermosas, a pesar de los años. Acaba de cumplir cincuenta. ¡Con cuánta emoción la contemplaba! Y Brangwen quiso cortarse un trozo de corazón, que era incontinente y seguía exigiendo compartir la levedad de la juventud. Cuánto se odiaba.

Su mujer era tan conmovedora, tan necesaria. Seguía siendo joven e inocente, aún conservaba cierta frescura juvenil. Sin embargo, Lydia ya no quería saber nada del combate, de la batalla, del control, mientras que él, en su incontinencia, seguía deseándolo. Ella era de lo más natural, mientras que él era despreciable y antinatural, incapaz de ceder terreno. ¡Qué aterradora, esta ansia de la edad madura que se interponía en el camino de la vida, como un demonio gigantesco!

¿Qué le faltaba a su vida, por qué, en su alma voraz, no estaba satisfecho? Había tenido aquel amigo en la escuela, a su madre, a su mujer y a Anna. ¿Qué había hecho? A su amigo le había fallado, y había sido un hijo mediocre; sin embargo, había alcanzado la satisfacción junto a su mujer, y eso debería bastarle. Se despreciaba al verse en aquel estado por Anna. A pesar de todo, no estaba satisfecho. Darse cuenta era un suplicio.

¿Era su vida nada? ¿Es que no tenía nada que ofrecer, no tenía su trabajo? Su trabajo no contaba para él, era un trabajo que podía hacer cualquiera. ¿Qué había conocido, aparte del largo abrazo conyugal con su mujer? Era curioso que su vida se limitara a esto. Al menos era algo, era eterno. Así se lo diría a cualquiera, y se sentiría

orgullosa. Estaba acostada, abrazando a su mujer, y ella seguía siendo su plenitud, como siempre lo había sido. Y esto era lo fundamental. Sí, y se sentía orgullosa.

Aun así, en su fuero interno persistía la amargura, había allí un Tom Brangwen insatisfecho y atormentado porque una muchacha no sentía nada por él. Tom quería a sus hijos... También los tenía a ellos. Sin embargo, quería también esa otra vida con la muchacha, la vida creativa. Sí, y se avergonzaba. Se pisoteó, para aniquilarse.

¡Qué hastío! No había paz, ¡por más que uno envejeciera! Uno nunca estaba contento, nunca era decente, nunca dueño de sí. Parecía como si hubiera depositado en Anna todas sus esperanzas.

Anna pronto volvió a sumergirse en su amor por Will Brangwen. Él había fijado la fecha de la boda para el sábado anterior a Navidad. Y esperaba a Anna, con su intensidad característica y sin hacer preguntas. La deseaba, era suya, vivió con el alma en vilo hasta el momento señalado. El día de la boda, el 23 de diciembre, se convirtió para él en un absoluto. En eso vivía.

No contaba los días. De todos modos, como un hombre que emprende un viaje en barco, estuvo en suspenso hasta el momento de llegar a puerto.

Trabajaba en sus tallas, trabajaba en la fábrica, iba a ver a Anna: todo era una modalidad de espera, sin pensar ni hacer preguntas.

Ella estaba mucho más viva. Quería disfrutar del cortejo. Él parecía ir y venir como el viento, sin preguntar por qué o adónde. Pero ella quería disfrutar de su presencia. Will era para Anna el núcleo de la vida, y tocarlo la dicha absoluta. Anna era para Will la esencia de la vida: existía tanto si estaba tallando, en sus habitaciones de Ilkeston, como cuando ella lo miraba, en la cocina de la granja Marsh. En lo más profundo de su ser, Will la conocía. Sin embargo, parecía privado de sus facultades externas. No la veía con los ojos, no la oía con su voz.

Aun así, temblaba, a veces llegaba a sumirse en una especie de desvanecimiento cuando la tenía entre sus brazos. A veces se quedaban abrazados en el establo, en silencio. En estos momentos, la dicha se volvía insoportable para ella, era insoportable sentir que lo poseía. Y es que sentía el cuerpo de Will tan intenso, tan maravilloso, que no existía en el mundo de Anna ninguna otra realidad. No había nada en su mundo más que el cuerpo vivo y tenso del hombre, y aparte muchos otros hombres velados, todos ellos irreales. En Will, Anna tocaba el centro de la realidad. Y estaban juntos, los dos, en el corazón del secreto. ¡Cómo se aferraba ella a él, a aquel cuerpo que era el centro de toda la existencia! De la roca de su forma manaba la propia fuente de la vida.

Para Will, por su parte, Anna era una llama que lo consumía. La llama ascendía por sus extremidades, lo envolvía hasta consumirlo, hasta que su existencia se reducía al inconsciente y oscuro tránsito de la llama que brotaba de ella.

A veces, en la oscuridad tosía una vaca. Se oía, en la oscuridad, el leve rumor que hacían las vacas al rumiar. Y todo parecía fluir alrededor de ellos, como fluye la sangre caliente por la matriz, envolviendo al feto.

A veces, cuando hacía frío, se quedaban quietos como amantes en los establos, en aquel ambiente tibio y con un fuerte olor a amoníaco. Y en el curso de estas oscuras vigili­as, él aprendió a conocerla, sus cuerpos pegados se acercaban cada vez más, los besos eran cada vez más envolventes y se acoplaban de un modo más sutil. Por eso, cuando, en la densa oscuridad, un caballo se levantaba bruscamente, con un ruido seco y atronador, los dos escuchaban como una sola persona, sabían como una sola persona, eran conscientes del caballo.

Tom Brangwen alquiló para la pareja una casita de campo en Cossethay, por un período de veintiún años. Los ojos de Will se iluminaron al verla. Era una casa contigua a la iglesia, con tejos oscuros, árboles muy negros y viejos, en un costado, y un jardín de césped delante de la fachada principal; una casita de ladrillo rojo, cuadrada, con el techo bajo, de pizarra, y las ventanas bajas. Tenía un espacio alargado que hacía las veces de lavadero y lechería, una cocina amplia, con el suelo de baldosas, y una salita de estar de techos bajos, separada de la cocina por un escalón. Las vigas estaban encaladas y había alacenas en rincones extraños. Desde las ventanas se veía el jardín, con la procesión de los tejos negros a un lado y, en los otros dos lados, una tapia roja cubierta de hiedra, que separaba el jardín de la carretera principal y el cementerio. La iglesia, antigua y pequeña, con su modesto chapitel en la torre cuadrada, parecía dirigir su mirada a las ventanas de la casita.

—No necesitaremos un reloj —dijo Will Brangwen, contemplando la esfera blanca en la torre vecina.

Detrás de la casa había un huerto que lindaba con el prado, un establo con espacio para dos vacas, las cochineras y el gallinero. Will Brangwen estaba muy feliz. A Anna le alegraba imaginarse como dueña y señora de su propia casa.

Tom Brangwen se había convertido en su hada madrina. Solo estaba contento cuando compraba algo. Will, a quien interesaban todo tipo de trabajos en madera, empezó a buscar muebles para la casa. Le permitieron comprar mesas y sillas redondas, además de cómodas, piezas muy sencillas, aunque muy acordes con su casa de campo.

Con un propósito más personal, Tom Brangwen buscaba lo que él llamaba cosas prácticas para Anna. Un día aparecía con un juego de cazuelas modernas, con una lámpara de techo muy especial, a pesar de lo bajos que eran los techos, con ingeniosos artilugios para picar carne, triturar patatas o batir huevos.

Anna recibía con mucho interés todo lo que él compraba, aunque no siempre le gustara. Algunos de aquellos aparatos, que a él le parecían tan ingeniosos, a ella le causaban dudas. Sin embargo, siempre estaba en guardia, los días de mercado, siempre esperaba a su padre muy intrigada. Él volvía cuando ya empezaba a oscurecer, con las lámparas de cobre encendidas en el carro. Y Anna salía corriendo a la verja mientras Brangwen, oscuro y corpulento en lo alto del carro, se inclinaba sobre los paquetes.

—Hay que ver cómo corres, por amor interesado —resonaba la voz de Brangwen en

la oscuridad. Pero se ilusionaba de todos modos. Y Anna, cogiendo uno de los faroles del carro, se asomaba a husmear entre el batiburrillo de bultos, apartando el aceite o las herramientas que había comprado para él.

Cogió un par de fuelles pequeños y recios, los analizó mentalmente y sacó otro paquete con incertidumbre. Era un mango largo, envuelto en el centro con un trozo de papel marrón, como un chaleco.

—¿Qué es esto? —preguntó, atizando el envoltorio.

Brangwen se agachó para mirarla. Anna se arrimó al farol, junto al caballo, y se quedó inclinada sobre el objeto, con el pelo como el bronce, el delantal blanco y alegre. Toqueteó el papel impacientemente. Sacó del envoltorio un rodillo pequeño, con limpios cilindros de goma. Lo examinó con aire crítico, sin saber cómo funcionaba.

Miró a Brangwen, que estaba en la sombra, más allá de la luz.

—¿Cómo funciona? —preguntó.

—Es para sacar la pulpa de los nabos —contestó él.

Anna lo miró. Su tono de voz le había molestado.

—No seas tonto. Es un escurridor para la ropa. Pero ¿cómo se sujeta?

—Va atornillado a un lado de la tina.

Brangwen se acercó para enseñárselo.

—¡Ah, sí! —gritó Anna, dando uno de esos saltitos, como seguía haciendo cuando se ponía contenta.

Y, sin pensar en nada más, volvió corriendo a casa y dejó a Brangwen solo, desenganchando el caballo. Cuando su padre entró en el lavadero, encontró a Anna, con el rodillo acoplado a la tina giratoria, dando vueltas a la manivela, como extasiada, y a Tilly a su lado, exclamando:

—¡Qué chisme tan elegante! Con eso no te deslomarás. Es lo último de lo último, sí, señor.

Y Anna giraba la manivela con placer de dominio. Después le dejó a Tilly que lo probara.

—Casi va solo —dijo Tilly, venga a dar vueltas a la manivela—. Se te secará la ropa en un periquete.

Capítulo V

La boda en la granja Marsh

Hacía un precioso día de sol para la boda, la tierra embarrada pero el cielo claro. Tenían tres coches de caballos y dos carruajes grandes, cerrados. Todos se arremolinaron en el salón, muy ilusionados. Anna seguía en su habitación. Su padre no paraba de dar sorbitos de brandy. Estaba muy apuesto, con su levita negra y sus pantalones grises. Hablaba con voz animada, aunque nerviosa. Lydia bajó con un vestido de seda gris oscuro, con encajes, y una pluma azul de pavo real en el tocado. Tenía un cuerpo menudo, muy seguro y rotundo. Brangwen dio gracias de que su mujer estuviera a su lado, para sostenerlo entre tanta gente.

¡Los carruajes! La señora Brangwen de Nottingham, con brocado de seda, está en el umbral, diciendo quién debe ir con quién. Hay mucho alboroto. La puerta principal está abierta y los invitados van bajando por el sendero del jardín, mientras los que todavía esperan se asoman a mirar por la ventana, y la pequeña multitud concentrada en la cancela se agolpa y crece. ¡Qué pinta tan rara tienen todos, tan bien vestidos al sol del invierno! Se alejan de allí... Y ¡a otra cosa! La sala empieza a despejarse. Anna baja, ruborizada y muy cohibida, para exhibirse con su vestido de seda blanca y su velo. Su suegra la examina con aire crítico, le extiende la cola blanca, le arregla los pliegues del velo y se queda tranquila.

Desde la ventana anuncian a voces que el coche del novio acaba de pasar.

—¿Dónde está tu sombrero, papá, y tus guantes? —grita la novia, pisoteando con su zapatilla blanca, con los ojos centelleantes bajo el velo.

Brangwen busca el sombrero con la mirada, está despeinado. Todos se han ido, menos la novia y su padre. Brangwen está listo, arredrado y con la cara muy colorada. Tilly espera en el porche, nerviosa, para abrir la puerta. Una dama de honor se acerca a Anna, que pregunta:

—¿Estoy bien?

Está dispuesta. Se domina y parece una reina. Con un gesto de la mano, le ordena bruscamente a su padre:

—¡Ven aquí!

Brangwen obedece. Anna posa una mano en el brazo de su padre y, sosteniendo su ramo como un aspensor, dando un paso con mucha gracia, solo un poco impaciente con su padre, porque está tan colorado, pasa despacio por delante de la atolondrada Tilly y baja por el sendero. Desde la verja gritan a voz en cuello, y Anna, flotando, en su espumosa blancura, sube despacio al carruaje.

Su padre se fija en el tobillo y el pie fino apoyado en el escalón: un pie de niña. Se le encoge el corazón de ternura. Pero Anna está en éxtasis consigo misma,

consciente del maravilloso espectáculo que ofrece. Hace el trayecto radiante de dicha, porque todo es maravilloso. Contempla su ramo con interés: rosas blancas y lirios del valle, nardos y culantrillos... Suntuosos, como una cascada.

Brangwen, desconcertado ante tanta extrañeza, con el corazón encogido de emoción, era incapaz de pensar en nada.

Ya habían decorado la iglesia para la Navidad, oscura, con ramas de acebo, fría, nevada con flores blancas. Brangwen hizo el recorrido hasta el altar distraído. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que él se casó? No estaba seguro de si iba a casarse en este momento, de por qué estaba allí. Lo asaltaba la vaga e inquieta impresión de que tenía que hacer algo. Vio el sombrero de su mujer y le extrañó que no estuviera a su lado.

Se detuvieron delante del altar. Brangwen posó la mirada en la vidriera oriental, que refulgía intensamente, con un brillo púrpura azulado: había un resplandor azul intenso, con una nota de color carmesí, y florecillas amarillas, entrelazadas en guirnaldas de sombra, en una densa telaraña de oscuridad. Todo ardía, resplandeciente, en su negra telaraña.

—¿Quién entrega a esta mujer para casarla con este hombre?

Brangwen notó que alguien lo tocaba. Se sobresaltó. Las palabras seguían resonando en su memoria, alejándose.

—Yo —se apresuró a decir.

Anna bajó la cabeza y sonrió por debajo del velo. ¡Qué ridículo estaba su padre!

Con la mirada perdida en la ardiente vidriera azul, detrás del altar, Brangwen pensaba vagamente, con dolor, si alguna vez sería viejo, si alguna vez llegaría a sentir que había llegado a alguna parte, si llegaría a sentirse asentado. Estaba en la iglesia, en la boda de Anna. Bueno, ¿con qué derecho se sentía responsable, como un padre? Seguía siendo tan inseguro e inestable como cuando se casó. ¡Su mujer y él! Con una punzada de angustia comprendió que eran los dos un par de incertidumbres. Él era un hombre de cuarenta y cinco años. ¡Cuarenta y cinco! Dentro de cinco años cumpliría cincuenta. Luego sesenta... Luego setenta... Y después todo habría terminado. ¡Dios mío! ¡Y seguía siendo tan inseguro!

¿Cómo se hacía uno viejo... cómo cobraba confianza? Deseó sentirse más viejo. Bueno, ¿qué diferencia había, mientras se sintiera maduro o completo, entre cómo era en este momento y cómo era el día de su propia boda? Podía estar casándose otra vez... Con su mujer. Se sintió diminuto, una figura pequeña, erguida en el centro de una llanura rodeada por un cielo inmenso y rugiente: él y su mujer, dos figuras pequeñas, erguidas, que atravesaban esta llanura bajo el rugido y el resplandor del cielo. ¿Cuándo llegaba uno al final? ¿En qué dirección terminaba todo? No había final, nada terminaba, no había nada más que aquel espacio inmenso y rugiente. ¿Es que uno nunca envejecía, nunca moría? Ahí estaba la clave. Experimentó una euforia extraña, torturada. Seguiría adelante con su mujer, como niños que acampan en las llanuras. ¿Qué había de cierto, además del cielo infinito? El cielo, sin embargo, era

completamente cierto, ilimitado.

El majestuoso resplandor azulado ardía y jugaba entre la maraña de oscuridad, ante sus ojos, infatigable, suntuoso y espléndido. ¡Qué suntuosa y espléndida era su propia vida, roja, incandescente, resplandeciente y juguetera en las oscuras telarañas de su cuerpo! Y su mujer ¡cómo brillaba y ardía, oscurecida, dentro de sus propias telarañas! ¡Todo estaba siempre inacabado e informe!

El órgano resonó con fuerza. El grupo desfiló hacia la sacristía. Había un libro garabateado, con borrones... Y la muchacha levantó su velo con vanidad y posó afectadamente la mano en que lucía su llamativa alianza nupcial, para estampar su nombre, orgullosa de su vano espectáculo.

«Anna Theresa Lensky.»

«Anna Theresa Lensky...» ¡Qué chiquilla tan vana, pícara e independiente era! El novio, muy esbelto, con su levita negra y sus pantalones grises, solemne como un gato solemne y joven, escribía, muy serio:

«William Brangwen».

Esto parecía más natural.

–Ven a firmar, papá –gritó con descaro la imperiosa Anna.

«Thomas Brangwen... Mano torpe», se dijo Brangwen para sus adentros, mientras estampaba su firma.

A continuación, su hermano, un hombre grande y de piel cetrina, con grandes patillas, escribió:

«Alfred Brangwen».

–¿Cuántos Brangwen faltan? –preguntó el padrino, avergonzado por la excesiva repetición de su apellido.

Cuando salieron al sol y Tom Brangwen vio la escarcha canosa y azul entre la hierba, al pie de las lápidas, y encima los acebos, con su centelleo escarlata, mientras repicaban las campanas y los tejos tendían sus ramas negras, inmóviles, recortadas, todo le pareció una visión.

La comitiva nupcial cruzó el cementerio hasta los peldaños del muro, subió y bajó por el otro lado. ¡Ah, blanca novia vanidosa como un pavo real, encaramada al muro y tendiendo su mano al novio, al otro lado, para que la ayudase a bajar! La vanidad de sus pies blancos, finos, que pisaban con remilgo, y su cuello arqueado. Y la impúdica majestuosidad con que parecía excluirlos a todos, a los demás, padres e invitados a la boda, cuando echó a andar del brazo de su joven marido.

En la casita de campo se habían encendido las chimeneas, había docenas de vasos en la mesa, y guirnalda de acebo y muérdago. Los invitados se arremolinaron, y Tom Brangwen se puso parrandero y empezó a servir bebidas. Todo el mundo tenía que beber. Las campanas repicaban a lo lejos, contra las ventanas.

–Levantad los vasos en alto –gritó el padrino desde el salón–, levantad los vasos en alto y bebed por la casa y el hogar... Por la casa y el hogar, y que lo disfruten.

–Que lo disfruten día y noche –gritó Frank Brangwen, a viva voz.

–Que lo disfruten a brazo partido –gritó Alfred Brangwen, el saturnino.

–Llenad los vasos otra vez –gritó Tom Brangwen.

–Por la casa y el hogar, y que lo disfruten.

La cofradía respondió con un grito desigual.

–Cama y bendición, y que lo disfruten –gritó Frank Brangwen.

El coro respondió como una ola.

–A zascandilear y a disfrutar –gritó el saturnino Alfred Brangwen, y los hombres rugieron esta vez con vigor, y las mujeres replicaron: «¡Habrased visto!».

Había una nota de escándalo en el ambiente.

Los invitados se marcharon entonces en los coches, a toda velocidad, para volver a la granja Marsh, donde se ofreció un banquete de lo más selecto que duró una hora y media. La novia y el novio, en la cabecera de la mesa, parecían muy remilgados y radiantes, callados, mientras los invitados no paraban de alborotar.

Los hombres de la familia Brangwen mezclaron el té con brandy, y ya empezaban a volverse ingobernables. Alfred, el saturnino, tenía los ojos encendidos, no veía nada, y enseñaba los dientes cada vez que se reía, de una manera extraña y agresiva. Su mujer lo fulminaba con la mirada, estirando la cabeza como una serpiente. Él estaba ajeno a todo. Frank Brangwen, el carnicero, arrebatado, colorado y apuesto, respondía a sus dos hermanos con un rugido. Tom Brangwen, a su manera tenaz, por fin se dejaba llevar.

Los tres hermanos dominaban la fiesta. Tom Brangwen quería pronunciar un discurso. Por primera vez en su vida, tenía la obligación de expresarse verbalmente.

–El matrimonio –empezó a decir, con los ojos chispeantes, pero a la vez muy profundos, porque estaba completamente serio y sumamente divertido al mismo tiempo–; el matrimonio –continuó, hablando despacio y a boca llena, a la manera característica de los Brangwen– es lo que hemos inventado para...

–Dejadle hablar –dijo Alfred Brangwen, despacio y en un tono inescrutable–, dejadle hablar. –Su mujer le dirigió una mirada de indignación.

–Que un hombre –prosiguió Tom Brangwen– disfrute de ser un hombre: porque ¿para qué se creó al hombre, sino para que disfrute?

–Eso es una gran verdad –asintió Frank, rubicundo.

–Y de la misma manera –continuó Tom Brangwen–, la mujer disfruta de ser mujer: al menos eso suponemos...

–Ah, no os preocupéis... –contestó la mujer de un ganadero.

–Podéis apostar la vida a que solo lo suponen –terció la mujer de Frank.

–Ahora bien –continuó Tom Brangwen–, para ser hombre, el hombre toma a una mujer...

–Sí, eso hace –replicó enérgicamente una mujer.

–Y para ser mujer, la mujer toma a un hombre... –continuó Tom Brangwen.

–Ya está todo dicho, hombres –canturreó una voz femenina.

–Para eso contamos con el matrimonio –continuó Tom Brangwen.

–Esperad, esperad –dijo Alfred Brangwen–. No vayamos a quedarnos sin fuelle.

Y volvieron a llenar los vasos en un silencio sepulcral. La novia, el novio, dos niños, seguían atentos y resplandecientes, en la cabecera de la mesa, absortos.

–No hay matrimonio en el cielo –continuó Tom Brangwen–, pero en la tierra hay matrimonio.

–Ésa es la diferencia entre una cosa y otra –se burló Alfred Brangwen.

–Alfred –dijo Tom Brangwen–, reserva tus comentarios para el final, y entonces te los agradeceremos. Hay muchas cosas en la tierra, aparte del matrimonio. Podemos hablar de ganar dinero o de salvar almas. Uno puede salvar el alma siete veces seguidas, y amasar una fortuna, pero el alma se reconcome y se reconcome y se reconcome, y dice que le falta algo. En el cielo no hay matrimonio. Pero en la tierra hay matrimonio; si no lo hubiera, el cielo se caería, y el cielo no tiene fondo.

–¡Qué cosas! –dijo la mujer de Frank.

–Continúa, Thomas –dijo Alfred, en tono sardónico.

–Si tenemos que ser ángeles –continuó Tom Brangwen, arengando a todos los presentes– y si entre los ángeles no hay hombres ni mujeres, entonces, me parece a mí que una pareja casada es lo que crea un ángel.

–Es el brandy –dijo Alfred Brangwen con hastío.

–Porque –dijo Tom Brangwen, y todos estaban atentos al acertijo– un ángel no puede ser menos que un ser humano. Y si fuera únicamente el alma de un hombre, pero sin el hombre, entonces sería menos que un ser humano.

–Definitivamente –dijo Alfred.

Y una carcajada recorrió la mesa. Pero Tom Brangwen estaba inspirado.

–Un ángel tiene que ser más que un ser humano –continuó–. Por eso digo que un ángel es el alma del hombre y de la mujer, unidos, que se alzan unidos en el Juicio Final, como un ángel...

–Para alabar al Señor –dijo Frank.

–Para alabar al Señor –repitió Tom.

–Y ¿qué pasa con las mujeres que sobran? –se burló Alfred. Los invitados empezaban a ponerse incómodos.

–Eso no lo sé. ¿Cómo voy a saber si alguien sobra el día del Juicio Final? Eso da igual. Lo que digo es que cuando el alma de un hombre y el alma de una mujer se unen... eso crea un ángel.

–Yo no entiendo de almas. Yo solo sé que uno más uno son tres, a veces –dijo Frank, aguantando la risa.

–Cuerpos y almas son lo mismo –dijo Tom.

–Y ¿qué pasa con tu mujer, que ya había estado casada antes de que tú la conocieras? –preguntó Alfred, porque el discurso lo estaba sacando de quicio.

–Eso no lo sé. Si tengo que convertirme en ángel, será con mi alma casada, no con mi alma soltera. No será con el alma que tenía cuando era un muchacho, porque entonces no tenía un alma capaz de crear un ángel.

–Yo siempre me acuerdo –dijo la mujer de Frank– de cuando nuestro Harold se puso malo y no hacía más que ver un ángel detrás del espejo. «Mira, mamá –decía–, hay un ángel.» «No hay ningún ángel, cielo mío», le decía yo, y él erre que erre. Hasta tuve que quitar el espejo del tocador, pero lo mismo le daba. Seguía diciendo que estaba ahí. Os prometo que me llevé un buen susto. Creí que lo había perdido.

–Yo me acuerdo –dijo otro hombre, el marido de la hermana de Tom– de que mi madre me dio una buena tunda una vez, por decir que tenía un ángel dentro de la nariz. Me vio metiéndome el dedo, y me dijo: «¿Por qué te metes el dedo en la nariz...? Estate quieto». «Es que tengo un ángel dentro», contesté, y me cogió por banda y me dio un buen repaso. Pero así fue. Nosotros los llamábamos ángeles-vilanos, como esos que van volando por ahí. Y a mí se me había metido uno en la nariz, no sé cómo.

–Es increíble las cosas que se les meten a los niños en la nariz –dijo la mujer de Frank–. Me acuerdo de nuestra Hemmie, que se metió en la nariz una de esas campanillas, esas flores que llaman «velas», y ¡la que lió! Yo la vi con las campanillas pegadas a la nariz, pero no se me pasó por la cabeza que iba a ser tan idiota como para metérselas. Tenía ocho años o algo más. ¡Madre mía! Tuvimos que sacarle la flor con una aguja de ganchillo y qué sé yo...

La inspiración empezaba a abandonar a Tom Brangwen. Se olvidó de todo, y enseguida estaba alborotando y desgañitándose con los demás. Llegó a la puerta un grupo cantando villancicos. Los invitaron a entrar en la casa abarrotada. Llevaban dos violines y un flautín. En el salón, tocaron villancicos, y todos los presentes cantaron a pleno pulmón. Únicamente la novia y el novio seguían sentados, con una mirada brillante y extraña, radiantes, sin cantar apenas, o limitándose a mover los labios.

Se fueron los músicos y llegaron los comediantes. Hubo grandes aplausos, exclamaciones y muestras de entusiasmo mientras se escenificaba la antigua obra del misterio de san Jorge, en la que todos los hombres presentes habían actuado de niños, con mucho jaleo y muchos golpes de palos y escurridores.

–¡Caray! Una vez me dio un ataque, cuando hacía de Belcebú –dijo Tom Brangwen, con los ojos humedecidos de risa–. Me quedé vacío como una cáscara de huevo. Pero os puedo asegurar, ahora que me acuerdo, que el papel de Johnny Roger con san Jorge lo bordé, eso sí.

Estaba muerto de risa. Volvieron a llamar a la puerta. Se hizo un silencio.

–Es el cochero –dijo alguien desde la entrada.

–Que pase –vociferó Tom Brangwen.

Y entró un hombre colorado y sonriente.

–Ahora, vosotros dos, preparaos para ir a la feria de las sábanas –gritó Tom Brangwen–. A sembrar una margarita. Pero como no os vayáis a la velocidad del rayo no os iréis nunca y dormiréis separados.

Anna se levantó sin decir nada y fue a cambiarse de vestido. Will Brangwen quería salir, pero Tilly apareció con su sombrero y su abrigo y le ayudó a ponérselos.

–Bien, buena suerte, hijo mío –gritó su padre.

–Cuando tengas el tocino en el fuego, deja que chisporrotee –le aconsejó su tío Frank.

–Despacito y buena letra, despacito y buena letra –protestó su tía, la mujer de Frank.

–Tú, tranquilo –dijo su tío político–. No vayas a embestir como un toro contra una verja.

–Dejadlo en paz –dijo Tom Brangwen con irritación–. No le deis tantos consejos. Es su boda, no la vuestra.

–No necesita tantas señales –dijo su padre–. Hay caminos por los que a un hombre lo tienen que guiar y hay caminos que hasta un bizzo puede recorrer con un ojo cerrado. Por este camino no se pierde ni un ciego ni un bizzo ni un tullido. Y él no es nada de eso, gracias a Dios.

–No estés tan seguro de tus poderes –dijo la mujer de Frank–. Más de uno no pasa de la mitad del camino, ni es capaz de salvarse aunque viva eternamente.

–Y eso ¿cómo lo sabes? –preguntó Alfred.

–A algunos se les nota en la cara –replicó Lizzie, su cuñada.

Will estaba en el centro, oyendo lo que decían solo a medias, con una leve sonrisa. Parecía tenso y distraído. Estas cosas, como cualquier otra, apenas lo rozaban.

Anna bajó con su vestido de calle, muy esquiva. Besó a todo el mundo, a los hombres y a las mujeres, mientras Will les estrechaba la mano, besaba a su madre, que rompió a llorar, y todos se acercaron al coche en tropel.

La pareja ya estaba en el coche mientras los demás seguían voceando las últimas órdenes.

–En marcha –gritó Tom Brangwen.

El coche se puso en marcha. Y todos se quedaron mirando hasta que las luces empezaron a menguar bajo los fresnos. Después, se tranquilizaron y entraron en casa.

–Encontrarán tres buenos fuegos encendidos –dijo Tom Brangwen, mirando su reloj–. Le pedí a Emma que los encendiera a las nueve y que echara el cerrojo. Son solo las nueve y media. Encontrarán tres fuegos encendidos, y también las lámparas, y Emma habrá calentado la cama con el brasero. Así que creo que todo irá bien.

Estaban todos mucho más callados. Hablaron de los recién casados.

–Anna no quiere tener criada –dijo Tom Brangwen–. La casa no es grande, y dice que la tendría siempre delante de las narices. Emma los ayudará en lo que le pidan, pero vivirán solos.

–Es lo mejor –dijo Lizzie–. Así es uno más libre.

Hablaban despacio. Brangwen miró su reloj.

–Vamos a cantarles un villancico –dijo–. Seguro que encontramos a los violinistas en El Gallo y el Petirrojo.

–Sí, vamos –dijo Frank.

Alfred se levantó en silencio. El cuñado y uno de los hermanos de Will también se levantaron.

Salieron los cinco de la casa. La noche estaba centelleante de estrellas. Sirio refulgía como una señal a un lado del monte; Orión, majestuosa y espléndida, colgaba sobre la ladera.

Tom iba al lado de su hermano Alfred. Los tacones de los hombres resonaban en la tierra.

–Hace una noche muy bonita –dijo Tom.

–Sí –asintió Alfred.

–Se está muy bien fuera.

–Sí.

Los hermanos iban juntos, unidos por el sólido vínculo de la sangre. Tom siempre se sentía el menor al lado de Alfred.

–Hace mucho tiempo que te fuiste de casa –dijo.

–Sí –respondió Alfred–. Creía que me estaba volviendo viejo, pero no. Son las cosas que uno tiene las que se gastan, no uno.

–¿Por qué? ¿Qué es lo que se ha gastado?

–La mayoría de la gente con la que me relaciono... que se relaciona conmigo. Todos se rinden. Uno tiene que seguir adelante solo, aunque vaya camino de la perdición. No se encuentra con nadie en el camino, ni siquiera en ése.

Tom Brangwen sopesó las palabras de su hermano.

–Puede que tú nunca te hayas rendido –dijo.

–No, nunca –respondió Alfred, con orgullo.

Y Tom tuvo la sensación de que su hermano mayor lo despreciaba un poco. Estaba dolido.

–Cada cual tiene su propio camino –dijo, con obstinación–. Solo un perro no lo tiene. Y los que no son capaces de tomar lo que dan y dar lo que toman, éstos tienen que ir por su cuenta, o buscar un perro que los acompañe.

–No necesitan un perro –contestó su hermano.

Y, una vez más, Tom Brangwen se sintió un don nadie, pensó que su hermano era superior. Bueno, si lo era, pues lo era. Y, si era más elegante andar por la vida solo, pues lo era: él no quería, a pesar de todo.

Atravesaron el campo, donde un viento suave y cortante envolvía el pie del monte, a la luz de las estrellas. Llegaron a los escalones de la cerca de piedra y al costado de la casa de Anna. Las luces estaban apagadas, y solamente en los postigos de las habitaciones de la planta principal y en un dormitorio del piso de arriba parpadeaba el resplandor del fuego.

–Mejor los dejamos en paz –dijo Alfred.

–No, no –dijo Tom–. Vamos a cantarles un villancico, por última vez.

Y, en cuestión de un cuarto de hora, once hombres en silencio y bastante achispados saltaron la cerca y entraron en el jardín, por la parte de los tejos, para

acercarse a las ventanas con los postigos iluminados por el leve resplandor del fuego. Un sonido estridente de dos violines y un flautín rasgó el aire helado.

«En los prados, donde moran los rebaños.» Un estruendo de voces masculinas rompió a cantar con desigual armonía.

Anna Brangwen se había sobresaltado al oír la música. Tenía miedo.

–Es la vigilia –susurró Will.

Anna seguía tensa, con el corazón palpitante, poseído de un intenso y extraño temor. Estallaron entonces las voces de los hombres, bastante desafinadas. Anna escuchaba en tensión.

–Es papá –dijo en voz baja.

Se quedaron callados, atentos.

–Y mi padre –añadió Will.

Anna escuchaba, quieta. Sin embargo, se sentía segura. Volvió a la cama, a los brazos de Will. Él la abrazó con fuerza, besándola. El villancico peregrinaba por el jardín, los hombres cantaban lo mejor que podían, ajenos a todo bajo el hechizo de los violines y la melodía. El fuego resplandecía en la oscuridad del dormitorio. Anna oía a su padre, que cantaba con ganas.

–¿Verdad que son bobos? –susurró.

Y se acercaron, se acercaron el uno al otro, latían sus corazones el uno para el otro. Y, a pesar de que el villancico seguía su curso, ellos dejaron de oírlo.

Capítulo VI

Anna Victrix

Will Brangwen tenía una semana de vacaciones después de la boda, y los recién casados disfrutaron de su luna de miel a manos llenas, juntos y solos en su casita de campo.

Y, a medida que pasaban los días, Will se sentía como si el cielo se hubiera derrumbado y él estuviera sentado con Anna entre las ruinas, en un mundo nuevo en el que todos los demás habían quedado sepultados y del que ellos eran los felices supervivientes para disfrutar de todo a su antojo. Al principio no podía desprenderse de una culpable sensación de libertinaje. ¿No había ningún deber exterior, llamándolo, sin que él acudiera?

Todo era perfecto de noche, cuando las puertas se cerraban con llave y la oscuridad los envolvía a los dos. Entonces eran los únicos habitantes de la tierra visible, mientras todo lo demás estaba inundado. Y, como estaban solos en el mundo, abandonados a su propia ley, podían disfrutar, dilapidar y derrochar como dioses inconscientes.

Por la mañana, sin embargo, cuando se oía el traqueteo de los carros y los gritos de los niños en el camino, cuando pasaban los buhoneros voceando sus mercancías y el reloj de la iglesia daba las once sin que ellos se hubieran levantado, ni siquiera para desayunar, Will no podía dejar de sentirse culpable, como si estuviera infringiendo la ley: avergonzado de no haberse levantado todavía y estar haciendo algo.

—¿Haciendo qué? —preguntaba Anna—. ¿Qué hay que hacer? Lo único que harás será holgazanear.

Aun así, holgazanear seguía siendo una actividad respetable. Uno al menos estaba en relación con el mundo cuando holgazaneaba. Pero quedándose tan quieto, tan en paz, mientras la luz del día entraba tenuemente por los postigos, uno estaba amputado del mundo, encerrado en tácita negación del mundo. Y Will estaba inquieto.

Sin embargo, ¡era tan dulce y delicioso quedarse en la cama, hablando con ella de cualquier cosa! Era más dulce que la luz del sol, y menos evanescente. Casi le crispaba los nervios el repique insistente del reloj de la iglesia: parecía que no mediara espacio entre las horas, apenas un instante, dorado y sereno, mientras Anna le dibujaba los rasgos con las puntas de los dedos, totalmente despreocupada y feliz, de una manera que a él le encantaba.

Aun así, Will se sentía extraño y desconocido. De golpe, todo cuanto existía se había esfumado, perdido. Un día era un hombre soltero, que vivía en el mundo, y al día siguiente estaba con Anna, tan lejos del mundo como si estuvieran enterrados, lo mismo que una semilla en la oscuridad. De golpe, como una castaña que se desprende

de su erizo, se sentía desnudo y refulgente en un terreno blando y fecundo, liberado de la dura corteza del conocimiento y la experiencia del mundo. Fuera yacía, desechada, la experiencia del mundo. La oía en los gritos de los buhoneros, en el ruido de los carros y en las voces de los niños. Y era como la dura corteza del mundo desechada. Dentro, en la blandura y la quietud del dormitorio, se encontraba el núcleo desnudo que palpitaba en silenciosa actividad, absorto en lo real.

Dentro del dormitorio había un inmenso equilibrio, un centro de eternidad viva. Únicamente fuera, lejos, en los límites, persistían el ruido y la distracción. Aquí, en el centro, la enorme rueda estaba quieta, centrada en sí misma. Aquí reinaba una quietud flotante, perfecta y ajena al tiempo, infatigable, inmutable, que nunca se agotaba.

Acostados y juntos, plenos y fuera del alcance del tiempo o del cambio, se sentían en el mismo centro del lento giro del espacio y la veloz agitación de la vida, dentro, muy dentro de todo, en el centro donde el resplandor es absoluto y el ser eterno, y el silencio se abstrae en una plegaria: en el núcleo estable de todos los movimientos, en el sueño eterno de todas las vigilias. Aquí se descubrían, y yacían quietos, abrazados, porque en su propio instante habitaban en el corazón de la eternidad, mientras el tiempo rugía, muy lejos, eternamente lejos, en los límites.

Luego, poco a poco, empezaron a abandonar el centro supremo y transitaron sucesivamente por los círculos de la alabanza, la dicha y el contento, hasta que emergieron al ruido y la fricción. Pero sus corazones habían ardido, se habían templado como el metal en aquella realidad interior, y su alegría era inalterable.

Poco a poco, fueron despertando, y los ruidos del mundo se volvieron más reales. Comprendieron la llamada del exterior y respondieron a ella. Contaban los toques de la campana. Y, cuando contaban el mediodía, comprendían que era mediodía, en el mundo, y también para ellos.

Anna notó que tenía hambre. Tenía cada vez más hambre, desde hacía una eternidad. De todos modos, el hambre todavía no era suficientemente real para despertarla. Muy lejos, oía decir: «Me muero de hambre». Pero seguía tumbada, quieta, aislada, en paz, y las palabras no llegaban a pronunciarse. Seguía mediando un espacio.

Después, con mucha calma, casi ligeramente sorprendida, regresó al presente y se oyó decir:

–Me muero de hambre.

–Yo también –dijo Wil tranquilamente, como si no tuviera la más mínima importancia. Y una vez más se zambulleron en la quietud tibia y dorada. Los minutos fluían, abandonados, al otro lado de la ventana.

Anna se impacientó de pronto.

–Cariño, me muero de hambre.

Fue casi doloroso para Will que lo interpelara de esta manera.

–Nos levantaremos –dijo, sin moverse.

Anna volvió a hundir la cabeza en el pecho de Will, y se quedaron quietos, dejando pasar el tiempo. Consciente solo a medias, Will oyó que el reloj daba la hora. Anna no llegó a oírlo.

–Levántate –dijo por fin– y tráeme algo de comer.

–Sí –contestó él, abrazándola, y Anna apoyó la cabeza en su pecho. Parecían algo desconcertados al ver que no podían moverse. El rumor de los minutos arreciaba en la ventana.

–Deja que me levante –dijo él.

Anna apartó la cabeza, a regañadientes. Como si se escindiera sutilmente, Will salió de la cama y empezó a vestirse. Ella le tendió una mano.

–Qué guapo eres –dijo. Y él volvió a la cama unos momentos.

Por fin se puso algo de ropa y, dirigiendo a Anna una mirada rápida, salió del dormitorio. Ella siguió tendida, transportada de nuevo a una paz más pálida y clara. Como un espíritu, oía los ruidos de Will en el piso de abajo, como si ya no perteneciera al mundo material.

Era la una y media. Will contempló la cocina silenciosa, intacta desde la noche anterior, en penumbra con los postigos cerrados. Y corrió a abrir los postigos, para que la gente supiera que no seguían en la cama. Bueno, estaba en su casa: ¿qué más daba? Cargó la chimenea de leña rápidamente y encendió el fuego. Estaba eufórico, como un explorador en una isla sin descubrir. El fuego empezó a arder, y acercó el hervidor. ¡Qué feliz era! ¡Qué tranquila y aislada estaba la casa! No había en el mundo nadie más que él y ella.

Cuando abrió la puerta y, a medio vestir, asomó la cabeza, se sintió sin embargo furtivo y culpable. El mundo seguía existiendo, a pesar de todo. Y él se había sentido tan seguro como si su casa fuera el arca en mitad del diluvio y todo lo demás estuviera inundado. El mundo seguía existiendo, y era por la tarde. La mañana se había esfumado, el día envejecía. ¿Dónde estaba la mañana luminosa y fresca? Se sintió culpable. ¿Se había marchado la mañana, mientras él se quedaba en la cama, con los postigos cerrados? ¿La había dejado marchar sin prestar atención?

Observó de nuevo la tarde fría y gris. Y él ¡tan tranquilo, cálido y radiante! Había dos ramitos de jazmín amarillo en el plato que cubría la jarra de la leche. No sabía quién podía haber dejado aquella señal. Cogió la jarra y cerró la puerta rápidamente. Que siguieran su curso el día y la luz, que se alejaran con sigilo. Le traía sin cuidado. ¿Qué importancia tenía para él un día más o menos? Que cayera en el olvido, intacto, si quería, el rumbo de la luz del día.

–Alguien ha venido y se ha encontrado la puerta cerrada –dijo, cuando volvió al dormitorio con la bandeja. Le dio a Anna los dos ramitos de jazmín. Ella se echó a reír y se incorporó en la cama, ensartando las flores en la pechera del camisón, como una niña. El pelo castaño, alborotado y salvaje, como una aureola, enmarcaba sus facciones tenuemente iluminadas. Los ojos oscuros miraron la bandeja con avidez.

–¡Qué bueno! –dijo, olisqueando el aire fresco–. Qué bien que hayas preparado

tanta cantidad. –Y cogió el plato con manos ávidas–. Vuelve a la cama, corre... Hace frío. –Y se frotó las manos enérgicamente.

Will se quitó la poca ropa que se había puesto y se sentó en la cama, al lado de Anna.

–Pareces una leona, con la melena revuelta y la nariz hundida en la comida –dijo.

Anna soltó una carcajada cristalina y se tomó el desayuno muy contenta.

La mañana se esfumó sigilosamente, también la tarde avanzaba a paso seguro, y Will la dejaba marchar. ¡El luminoso tránsito del día había pasado inadvertido! Había en esta forma de actuar algo poco viril, algo herético. No conseguía reconciliarse con la situación. Tenía la sensación de que tenía que levantarse, salir inmediatamente a la luz del día y trabajar o agotar su energía al aire libre, para recuperar lo que quedaba del día.

Sin embargo, no salió. Bueno, tanto da que lo cuelguen a uno por oveja que por cordero. Si había perdido un día de su vida, perdido estaba. Renunciaba. No tenía intención de llevar la cuenta de sus pérdidas. A Anna no le preocupaba. No le preocupaba en absoluto. Entonces, ¿por qué iba a preocuparse él? ¿Acaso tenía que irle a la zaga en despreocupación e independencia? Anna era sublime en su indiferencia. Will quería ser como ella.

Anna se tomaba sus responsabilidades a la ligera. Si derramaba el té en la almohada, la frotaba con un pañuelo, sin darle importancia, y le daba la vuelta. Él se habría sentido culpable. Ella no. Y a Will esto le gustaba. Le gustaba muchísimo la poca importancia que ella daba a estos detalles.

Cuando terminó de desayunar, Anna se limpió la boca apresuradamente con el pañuelo, satisfecha y feliz, y volvió a acomodarse en las almohadas, con los dedos en el pelo de Will, extraño como el pelaje de un animal.

Empezaba a caer la tarde, y la luz, solo a medias viva, se volvía lívida. Will escondió la cara en el pecho de Anna.

–No me gusta el atardecer –dijo.

–A mí me encanta –contestó ella.

Will escondió la cara en el pecho de Anna, que era cálido como la luz del sol. Parecía que encerrara en su pecho la luz del sol. El latido de su corazón era para Will como la luz del sol. Había dentro de Anna un día más real que el propio día: tan cálido, estable y reconfortante. Escondió la cara en el pecho de Anna mientras caía el crepúsculo y ella, tendida, miraba por la ventana con aquellos ojos oscuros e invisibles, como si deambulara en el vacío, libre de ataduras. El vacío le ofrecía espacio y libertad.

Para Will, concentrado en los latidos del corazón de Anna, todo era muy apacible, muy cálido y muy cercano, como la pleamar a mediodía. Se alegraba de sentir este mediodía cálido y pleno. Le hacía madurar y al mismo tiempo se llevaba su responsabilidad, parte de su conciencia.

Se levantaron cuando ya era noche cerrada. Anna se recogió el pelo

atropelladamente en un moño y se vistió en un abrir y cerrar de ojos. Bajaron a la sala, encendieron el fuego y se sentaron en silencio, sin decir más de una o dos palabras de vez en cuando.

Esperaban a Tom Brangwen. Ana recogió los platos y la habitación en un vuelo, adoptando una personalidad distinta, y volvió a sentarse. Will estaba pensando en su talla de Eva. Disfrutaba tallando mentalmente, deteniéndose en cada rasgo, en cada línea. ¡Cuánto le gustaba! Cuando retomara su panel de la Creación, terminaría su Eva, tierna y chispeante. Seguía sin estar satisfecho con el resultado. El Señor se empeñaba en dar vida a la mujer con la silenciosa pasión del Creador, mientras que Adán estaba tenso, como atrapado en un sueño de inmortalidad, y Eva tenía una forma difusa, poco definida, como si el Creador librara una batalla con Su propia alma por la mujer. Aun así, Eva era radiante.

–¿En qué piensas? –preguntó Anna.

A Will le costaba hablar de estas cosas. Se avergonzaba cuando intentaba expresar sus sentimientos más íntimos.

–Pensaba que mi Eva es demasiado intensa, demasiado vital.

–¿Por qué?

–No sé. Debería ser más... –hizo un gesto de infinita ternura.

Hubo un silencio, no exento de deleite. No podía decir nada más. ¿Por qué no podía decir nada más? Anna notó un calambre de desconsolada tristeza. Pero no tenía importancia. Se acercó a él.

Llegó Tom Brangwen y los encontró radiantes, como una flor abierta. Pasó un rato muy agradable con ellos. Allí donde estuviera la fragancia del amor, todo el que se acercara tenía la obligación de respirarla. Parecían despiertos y rebosantes de vida, iluminados por la luz del otro mundo, como si fuera toda una experiencia para ellos que alguien más pudiera existir.

Sin embargo, Will Brangwen estaba inquieto, con su mentalidad metódica y convencional, por el rumbo inexorable que habían establecido. Lo que uno tenía que hacer era levantarse por la mañana, lavarse y comportarse como un ser decente y social. Ellos, al contrario, se quedaban en la cama hasta que caía la noche y entonces se levantaban. Anna nunca se lavaba la cara, y ahí estaba, hablando con su padre tan contenta y descarada como una margarita abierta al rocío. Otras veces, Anna se levantaba a las diez y volvía a acostarse alegremente a las tres o a las cuatro y media, desnudaba a Will a plena luz del día, y todo lo hacía a la ligera, ajena a los reparos de su marido. Will le dejaba hacer con él lo que quisiera y parecía irradiar un extraño placer. Le permitía que dispusiera de él a su capricho. En manos de Anna se sentía transportado de felicidad. Entonces se derribaban sus recelos, sus máximas, sus normas, sus pequeñas creencias, Anna las desperdigaba como una diestra jugadora de bolos. Will los veía desperdigarse con profundo asombro y deleite.

Se quedaba quieto, atento y sonriente, maravillado de cómo sus Tablas de la Ley rodaban ladera abajo, rebotando y haciéndose añicos, desterradas para siempre. Era

muy cierto, como decía la gente, que un hombre no nacía hasta que se casaba. ¡Qué cambio tan formidable!

Will examinaba la corteza del mundo: casas, fábricas, tranvías, la corteza desechada; la gente corría de un lado a otro, la actividad no se interrumpía, todo en la superficie desechada. Un terremoto lo había arrasado todo. Era como si la superficie del mundo se hubiera rasgado: Ilkeston, las calles, la iglesia, la gente, el trabajo, las normas del día, todo seguía intacto y, al mismo tiempo, todo estaba desgarrado y sumergido en la irrealidad, dejando al descubierto el interior, la realidad: el propio yo, extraños sentimientos, pasiones, anhelos, creencias y aspiraciones, se volvían de golpe presentes, revelados; los inmutables cimientos se fundían en una roca con la mujer amada. Era desconcertante. ¡Las cosas no son lo que parecen! De pequeño, Will pensaba que una mujer era una mujer únicamente porque llevaba faldas y enaguas. Y ahora, ¡quién lo iba a decir!, el mundo entero podía despojarse de sus vestiduras, las prendas podían abandonarse, intactas, y uno se encontraba en un mundo nuevo, en una tierra nueva, desnudo en un universo desnudo y nuevo. Era demasiado desconcertante y milagroso.

Así que ¡esto era el matrimonio! Lo viejo había perdido toda su importancia. Uno se levantaba a las cuatro de la tarde, tomaba un caldo a la hora del té y preparaba tofe a media noche. Uno podía vestirse o no vestirse. Will seguía sin estar seguro de que esta manera de vivir no fuera vergonzosa. Aun así, era un descubrimiento ver que uno podía liberarse de sus obligaciones por completo. Lo único importante era que tenía que amar a Anna y ella tenía que amarlo a él, y que tenían que vivir encendidos el uno para el otro, como el Señor, en dos zarzas en llamas que jamás se consumían. Y así vivían por el momento.

Anna no veía tantos obstáculos como Will, y así alcanzó la plenitud antes que él y estuvo dispuesta a disfrutar del mundo exterior antes que él. Anna quería ofrecer un té. A Will se le cayó el alma a los pies: él quería seguir, seguir tal como estaban. Quería olvidarse del mundo exterior, declararlo definitivamente terminado. Le angustiaba profundamente el deseo de que ella se quedara con él donde estaban, en aquel universo atemporal de pecho inmortal y extremidades libres y perfectas, proclamando que el viejo orden exterior había concluido. El nuevo orden había nacido para siempre, la vida viva palpaba en el núcleo brillante y en la acción, sin corteza ni envoltorio ni mentira exterior. Pero no, no podía retenerla. Anna quería recuperar el mundo muerto, quería salir de nuevo al exterior. Iba a ofrecer un té. Will estaba asustado, furioso y triste. Temía perder todo lo que acababa de descubrir: como el muchacho del cuento, que era rey por un día y el resto del año plebeyo apaleado, como Cenicienta la noche del baile. Will estaba huraño. Pero Anna, despreocupada, empezó con los preparativos de su reunión. Will sentía un temor profundo, estaba preocupado, le repugnaban la huera ilusión y la alegría de Anna. Lo que hacía Anna ¿no era renunciar a la realidad, la única realidad, a cambio de lo huero y sin valor? ¿No se despojaba alegremente de su corona, para convertirse en un

personaje artificial, al recibir a otras mujeres artificiales y ofrecerles un té? ¿Por qué lo hacía, cuando podía seguir siendo perfecta con él, y conservarlo a él perfecto, en el territorio del vínculo íntimo? Will se sentía abandonado, su felicidad destruida, obligado a aceptar la muerte huera y vulgar de la existencia exterior. En lo más hondo de su ser arraigaron el miedo y la inquietud. Anna se entregó a un frenesí de limpieza doméstica, alejándose de él mientras retiraba los muebles para barrer la casa. Will no se separaba de ella, muy abatido. Quería que ella regresara. El miedo y las ganas de que Anna se quedara con él, además de la vergüenza de sentirse tan dependiente de ella, desataron su ira. Empezaba a perder la cabeza. Otra vez el milagro iba a esfumarse. Todo el amor, el nuevo orden, tan espléndido, iba a desaparecer: Anna iba a despreciarlo todo por las cosas externas. Estaba dispuesta a aceptar de nuevo el mundo exterior, a desechar el fruto vivo y quedarse con la corteza visible. Will empezó a odiar esta inclinación en Anna. Daba vueltas por la casa, sumido en un estado de indefensión por el miedo al abandono, casi de imbecilidad.

Y Anna, con las faldas recogidas, volaba de un lado a otro, absorta en sus tareas.

–Sacude la alfombra, ya que no estás haciendo nada –dijo.

Y, ardiendo de rencor, Will fue a sacudir la alfombra. Anna estaba alegremente ajena a él. Will volvió a rondarla.

–¿Es que no puedes hacer algo? –dijo ella, con impaciencia, como si hablara con un niño–. ¿Por qué no sigues con tu talla?

–¿Dónde? –preguntó él, con violento dolor.

–Donde sea.

¡Cuánto enfurecieron a Will estas palabras!

–O vete a dar un paseo –continuó Anna–. Ve a la granja. No te quedes dando vueltas por ahí como un fantasma.

Will se estremeció de ira. Se fue a leer. Jamás se había sentido su espíritu tan herido y tan muerto.

Pero enseguida tuvo que volver con ella. Esa manera de rondarla, de querer que estuviera con él, su inutilidad, sus manos ociosas, sacaban a Anna de quicio. Se enfrentó a él, ciega, destructiva, y Will se volvió loco, cargado de una furia negra y eléctrica. Una oscura tormenta se desencadenó en su interior, brillaron de maldad sus ojos negros, y se volvió diabólico en su espíritu humillado.

Siguieron a esto dos días negros y atroces, Anna instalada en una hostilidad angustiada, y Will con la sensación de encontrarse en un universo subterráneo, negro y violento, temblando sus puños de ira asesina. Y Anna se rebeló contra él. Su marido le parecía un ser oscuro, casi maligno, que la perseguía, la acechaba, la asfixiaba. Habría dado cualquier cosa por librarse de él.

–Necesitas hacer algo –dijo–. Tendrías que trabajar. ¿No puedes hacer algo?

Y el ánimo de Will se volvió todavía más negro. Alcanzó un estado completo, la oscuridad de su alma era absoluta. Todo había desaparecido: él seguía intacto en su voluntad tensa y negra. Dejó de fijarse en Anna. Su mujer no existía. El alma de Will,

apasionada y oscura, se había replegado en sí misma, y ahora, encerrado y enroscado en un núcleo de odio, él existía en su propio poder. Había en sus facciones una palidez desagradable y rara, sin ninguna expresión. Anna se estremecía en su presencia. Le daba miedo. Le parecía que la voluntad de su marido combatía contra ella.

Estaba acobardada. Fue a la granja Marsh y entró de nuevo en la inmunidad del amor de sus padres. Will se quedó en Yew Cottage, iracundo, encerrado, con el ánimo muerto. Era incapaz de trabajar en su talla. Trabajó en el jardín mecánicamente, ciego, como un topo.

De vuelta a casa, mientras subía la cuesta, contemplando el pueblo tenue y azulado en la ladera, el corazón de Anna se tranquilizó y se colmó de anhelo. No quería pelearse con Will nunca más. Quería amor: sí, amor. Aligeró el paso. Quería estar a su lado. Su corazón empezó a tensarse de anhelo.

Will había arreglado el jardín, cortado la turba y colocado piedras en el sendero. Era un hombre mañoso y capaz.

–¡Qué bonito lo has dejado! –dijo Anna, acercándose con vacilación por el sendero.

Pero Will no le hizo caso, no oía nada. Tenía el cerebro petrificado y muerto.

–¿Verdad que lo has dejado muy bonito? –repitió ella, en tono lastimero.

Will la miró con aquel rostro inmutable, inexpresivo, y aquellos ojos que nada veían, y Anna se asustó, se mareó y se quedó cegada. Will dio media vuelta. Anna vio que la figura esbelta de su marido se inclinaba para buscar algo a tientas. Y le pareció repulsiva. Entró en casa.

Mientras se quitaba el sombrero, en el dormitorio, rompió a llorar amargamente, con un resquicio de su angustioso desconsuelo infantil. Se sentó y se quedó muy quieta, llorando. No quería que él la viese llorar. Tenía miedo de los movimientos de Will, perversos y bruscos, de su cabeza ligeramente caída, rígida, cruelmente al acecho. Tenía miedo de él. Sentía que laceraba su sensibilidad femenina. Sentía que la hería en la matriz, que se deleitaba torturándola.

Will entró en casa. El ruido de sus pasos, con las botas de faena, aterró a Anna: era un ruido duro, maligno, cruel. Tenía miedo de que subiera. Pero Will no subió. Anna esperó, asustada. Will salió de casa.

Will la hería en sus partes más vulnerables. Allí donde ella se había entregado a él, en su parte más tierna y femenina, él parecía lacerarla y profanarla. Se apretó la matriz, angustiada, con las mejillas cubiertas de lágrimas. Y ¿por qué, por qué? ¿Por qué él era así?

De repente se secó las lágrimas. Tenía que preparar el té. Bajó y puso la mesa. Cuando todo estaba listo, llamó a Will.

–He preparado el té, Will, ¿vienes?

Anna oyó las lágrimas en su propia voz, y otra vez rompió a llorar. Sin contestar, Will continuó con su trabajo. Anna esperó unos minutos, angustiada. El miedo se

había apoderado de ella, estaba aterrorizada, como una niña, pero no podía volver a casa con su padre: estaba prisionera del poder de aquel hombre que la había tomado.

Volvió a entrar, para que él no la viese llorando. Se sentó a la mesa. Will pasó al fregadero. Anna se estremeció al oír sus movimientos. ¡Qué manera tan horrible de bombear el agua, tan desquiciante, tan cruel! ¡Era odioso oírlo! Y ¡cuánto la odiaba él! ¡Como si la apaleara con su odio! Otra vez le entraron ganas de llorar.

Apareció Will, con la expresión de una máscara, sin vida, rígida, inmutable. Se sentó a tomar el té, acercando la cabeza a la taza de una manera muy desagradable. Tenía las manos enrojecidas por el agua fría, y restos de tierra en las uñas. Siguió tomando su té.

Era esta insensibilidad, esta manera de negarla, lo que Anna no soportaba, algo arcilloso y repugnante. Will estaba absorto, sin conciencia de nada. ¡Qué antinatural, sentarse al lado de un ser absorto, como una fuerza antagónica e instalada en la negación! Nada podía alcanzar a Will: él únicamente era capaz de asimilar las cosas dentro de su propio ser.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Anna. Algo sobresaltó a Will, que la miró con aquellos ojos cargados de odio, duros, brillantes, duros e imperturbables como un ave de presa.

—¿Por qué lloras? —preguntó con aspereza.

Anna se estremeció hasta las entrañas. No podía dejar de llorar.

—¿Por qué lloras? —repitió él, en el mismo tono. Pero el silencio se prolongó, solo interrumpido por los sollozos de Anna.

Había en los ojos de Will un brillo maligno, de deseo perverso. Anna se asustó y se volvió ciega. Se sentía como un pájaro abatido. Y se estremeció de impotencia. Ella pertenecía a un orden distinto al de su marido, estaba completamente indefensa ante él. Frente a una influencia tan poderosa, se sentía desvalida, estaba derrotada.

Will se levantó y salió de casa, poseído de aquel espíritu maligno que lo torturaba, lo atormentaba y pugnaba en su interior. Sin embargo, mientras trabajaba en el jardín, envuelto en el crepúsculo cada vez más denso, esta emoción lo abandonó. De pronto vio que Anna estaba herida. Hasta entonces siempre la había visto victoriosa. De pronto, su corazón se desgarró de compasión por ella. No soportaba sus lágrimas... No lo soportaba. Quiso acercarse a ella y bañarla con la sangre de su corazón. Quiso dárselo todo, su sangre, su vida, hasta la última gota, derramarlo todo sobre ella. Sintió el anhelo, el deseo intenso de ofrecerse a ella, plenamente.

Aparecieron las primeras estrellas y llegó la noche. Anna no había encendido la lámpara. El corazón de Will ardía de pena y dolor. Temblaba por acercarse a ella.

Y por fin se decidió, vacilante, con una magnífica ofrenda. La dureza lo había abandonado, su cuerpo estaba sensible, ligeramente tembloroso. Tenía una sensibilidad especial en las manos, que se encogieron al cerrar la puerta. Echó el cerrojo casi con ternura.

En la cocina no había nada más que el resplandor del fuego, y Will no vio a Anna.

Tembló de miedo, pensando que quizá se hubiera marchado... Y él no supiera adónde. Encogido de temor, cruzó la sala hasta el pie de la escalera.

–Anna –llamó.

No hubo respuesta. Subió las escaleras, temeroso de la casa vacía... Del horrible vacío que enloquecía su corazón. Abrió la puerta del dormitorio y, en lo más hondo, como un fogonazo, tuvo la certeza de que Anna se había marchado, de que estaba solo.

Entonces la vio en la cama, acostada, muy quieta y apenas distinguible, de espaldas a él. Se acercó y posó una mano en el hombro de su mujer, muy despacio, indeciso, con inmenso temor y ofrecimiento. Ella no se movió. Él siguió esperando. Le dolía la mano apoyada en el hombro de Anna, como si ella lo rechazara. Y se quedó aturdido de dolor.

–Anna –dijo.

Pero ella seguía sin moverse, como un animal acurrucado y ajeno a todo. Una extraña y dolorosa agonía sacudió el corazón de Will. Luego, un movimiento del hombro de Anna le indicó que ella estaba llorando, encogida, para que él no se diera cuenta. Esperó. La tensión no cedía... Quizá no estuviera llorando. Anna se relajó de pronto, estremecida por un sollozo. Will ardió en lo más vivo, de amor y sufrimiento por ella. Arrodillándose en la cama con cuidado, para no rozarla con las botas manchadas de tierra, abrazó a su mujer con intención de consolarla. Los sollozos se concentraron, Anna empezó a sollozar amargamente. Pero no estaba con él. Seguía muy lejos de él.

Will la estrechó contra su pecho mientras ella sollozaba, alejada de él, y todo su cuerpo vibró en contacto con el cuerpo de ella.

–No llores... No llores –dijo, con una extraña sencillez. Sentía el corazón sereno y encogido por una especie de inocencia amorosa, por fin.

Anna seguía sollozando, ajena a él, ajena al abrazo. Will tenía los labios secos.

–No llores, mi amor –dijo, de la misma manera distraída. Le ardía como una antorcha el corazón en el pecho, con sufrimiento. No soportaba la desolación de aquel llanto. Habría querido consolarla con su sangre. Oyó las campanadas del reloj de la iglesia, como si lo tocaran, y esperó con inquietud a que dejaran de sonar. Todo volvió a quedar en silencio—. Mi amor –dijo, inclinándose para rozar con los labios las mejillas húmedas de Anna. Tenía miedo de tocarla. ¡Qué húmedas estaban sus mejillas! Will tembló, mientras la abrazaba. La amaba hasta el extremo de sentir que el corazón y las venas iban a estallarle, para inundarla con su sangre caliente y curativa. Sabía que su sangre la curaría y reconfortaría.

Anna empezaba a tranquilizarse. Dio gracias a Dios misericordioso de estar tranquilizándose por fin. Will tenía una sensación muy extraña en la cabeza, como si le ardiera. De todos modos, seguía estrechando a Anna con brazos temblorosos. Sentía que la envolvía con la fuerza de su sangre.

Y, por fin, ella se fue acercando a él, anidando en él. El fuego prendió en las

extremidades y el cuerpo de Will, que estallaron en llamas. Anna se aferró a él, fiel a su cuerpo. Las llamas arrasaron a Will, que la abrazaba con la fuerza del fuego. ¡Ah, si ella lo besara! Acercó la boca a su boca. Y su boca, húmeda y suave, lo recibió. Will sintió que le estallaban las venas de angustia y agradecimiento, que su corazón deliraba de gratitud y podía derramarse eternamente sobre ella.

Cuando se recobraron, la noche era muy oscura. Habían pasado dos horas. Estaban tumbados, quietos, con el cuerpo cálido y débil, como un recién nacido, juntos. Y había un silencio comparable a lo que no ha nacido. Solamente en lo más hondo, Will lloraba de felicidad, después del dolor. No comprendía, había cedido, se había entregado. No había comprensión. Solamente cabían la aceptación y el sometimiento, y el trémulo milagro de la consumación.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, había nevado. Extrañó a Will la singular palidez del aire, y su resonancia desacostumbrada. La nieve cubría la hierba y el alféizar de la ventana, se había acumulado en las ramas negras y recortadas de los tejos y posado en las lápidas del cementerio.

Pronto empezó a nevar de nuevo, y ellos seguían encerrados en casa. Will estaba contento, sentía que eran inmunes en un velo de silencio, no había mundo ni tiempo.

Siguió nevando varios días. El domingo fueron a la iglesia. Dejaron un rastro de pisadas en el jardín y Will estampó la huella de una mano en el muro de piedra al saltarlo. Sus pisadas se dibujaron en la nieve a lo largo de cementerio. Habían pasado tres días, inmunes en un amor perfecto.

Había muy poca gente en la iglesia, y Anna se alegró. No le interesaba demasiado la iglesia. Nunca había cuestionado sus creencias, iba con regularidad a la misa de la mañana, por pura costumbre. Sin embargo, había dejado de ir con ilusión. Hoy, por el contrario, con la extrañeza de la nieve, tras la perfecta consumación de su amor, volvía a sentirse ilusionada y expectante. Estaba serena en el mundo eterno.

Después de ir al instituto, cuando quería ser una señorita, Anna quiso hacer realidad cierto ideal misterioso, siempre escuchaba el sermón con mucha atención, en busca de señales. Por algún tiempo le bastó con esto. El vicario le indicaba la manera de ser buena en tal o cual cosa. Anna salía de la iglesia con la sensación de que su fin más elevado era cumplir estos mandamientos.

Pero enseguida empezó a aburrirse. Pronto perdió el interés en ser buena. Su espíritu buscaba algo, algo que no era simplemente ser buena y esforzarse todo lo posible. No, ella quería algo distinto: algo que no fuera una obligación impuesta. Todo parecía pura cuestión de obligación social, el impulso no surgía de sí misma. Le hablaban de su alma, pero por alguna razón nunca lograban despertar su alma o la participación de su alma. Por el momento, su alma seguía sin intervenir en absoluto.

Así, aunque le tenía cariño al vicario, el señor Loverseed, y la iglesia de Cossethay le inspiraba una especie de sentimiento protector, aunque siempre quería colaborar y defenderla, en realidad la iglesia contaba muy poco en la vida de Anna.

Pero no es que no notara cierta insatisfacción. Cuando su marido se exaltaba

pensando en las iglesias, Anna se volvía hostil con su Iglesia concreta, la odiaba por no satisfacer ninguna de sus aspiraciones. La Iglesia le decía que fuera buena: muy bien, ella no tenía intención de contradecir sus dictados. La Iglesia le hablaba de su alma, y del bienestar de la humanidad, como si la salvación de su alma residiera en la ejecución de determinados actos que generaban bienestar para la humanidad. Muy bien, ella lo escuchaba todo y estaba segura de que era verdad. La salvación de su alma residía en su contribución al bienestar de la humanidad. Estupendo: así tenía que ser.

Sin embargo, ese día ocupó su lugar en la iglesia con gesto conmovido y patético. ¿Era eso lo que había venido a escuchar: cómo, si hacía tal o cual cosa, salvaría su alma? No refutaba nada. Pero su expresión de padecimiento desvelaba la falsedad. Anna quería oír otra cosa, era otra cosa lo que le pedía a la Iglesia.

Ahora bien, ¿quién era ella para exigir nada? Y ¿qué estaba haciendo con sus deseos insatisfechos? Se avergonzó. Pasó por alto y olvidó en la medida de lo posible sus anhelos más íntimos. La enfurecían. Quería ser como los demás, decentes y satisfechos.

Will la sacaba de quicio más que nunca. La iglesia ejercía sobre su marido una atracción irresistible. Escuchaba el sermón, esa parte del servicio que para Anna era la Iglesia, sin más atención que un ángel o una bestia fabulosa. Lisa y llanamente, Will hacía caso omiso del sermón o del significado del servicio. Había en él algo denso, oscuro, viscoso, poderoso, que a ella la exasperaba hasta un punto que no podía expresar. Las enseñanzas de la Iglesia en sí mismas nada significaban para Will. «Y perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...» eran palabras que, sencillamente, a él no lo alcanzaban. Tenían para él el efecto de un ruido cualquiera. Will no quería entender las cosas. Y, cuando estaba en la iglesia, le traían sin cuidado tanto sus deudas como las deudas del prójimo. Esta preocupación, Will la dejaba para los días laborables. Cuando estaba en la iglesia se olvidaba de su vida cotidiana. Eso era cosa de los días laborables. En cuanto al bienestar de la humanidad, sencillamente no era consciente de su existencia: aparte de los días laborables, cuando en general se mostraba amable con los demás. En la iglesia, Will buscaba una emoción oscura y sin nombre, la emoción de los grandes misterios de la pasión.

No le interesaba la idea que tenía de sí mismo o de Anna, y ¡ay, cuánto le fastidiaba esto a ella! Will no prestaba atención al sermón, no prestaba atención a la grandeza de la humanidad, no reconocía la importancia inmediata de la humanidad. No se interesaba por sí mismo como ser humano. Ni su vida de dibujante ni su vida entre los hombres tenían para él una importancia vital. Todas estas cosas eran una mera nota al margen del texto. La verdad residía en su vínculo con Anna y en su vínculo con la Iglesia, su verdadero yo residía en su oscura experiencia emocional de lo Infinito, de lo Absoluto. Sus sentimientos por la Iglesia estaban en las grandes y misteriosas mayúsculas iluminadas en el texto.

A Anna la desquiciaba sin medida. Ella no era capaz de encontrar en la Iglesia la misma satisfacción que él. La idea que tenía de su alma estaba intrínsecamente unida a la idea de su propio ser. De hecho, su alma y su propio ser eran lo mismo para ella. Will, por el contrario, simplemente parecía ajeno a la existencia de su propio ser, casi hasta el punto de negarlo. Tenía un espíritu: un espíritu oscuro e inhumano al que nada interesaba la humanidad. Así lo imaginaba Anna. Y en la penumbra y el misterio de la iglesia, el alma de Will vivía y corría en libertad, como una extraña criatura subterránea, abstraído.

Will le parecía muy extraño a Anna, y, cuando se imbuía de este espíritu eclesiástico, cuando se concebía a sí mismo como un alma, parecía que huía de ella para correr en libertad. En cierto modo, Anna envidiaba esa oscura libertad y ese júbilo del alma, ese ser desconocido que había en su marido. Lo encontraba fascinante. Después lo odiaba. Y después despreciaba a Will y quería destruir esta parte de él.

Aquella mañana de nieve, viéndolo a su lado, con una expresión entre luminosa y oscura, ajeno a ella, tuvo la sensación de que Will trasladaba a recónditos y secretos lugares su amor por ella. Con una expresión embelesada y misteriosa, casi de placer, su marido no apartaba la vista de una pequeña vidriera. Anna se fijó en el cristal de color rubí, velado por la sombra en la parte inferior, donde se amontonaba la nieve, y en la imagen amarilla y familiar del cordero que sostenía el pendón, ligeramente oscurecido ahora, pero dotado de una extraña luminosidad en el recinto opaco de la iglesia, vivo.

Siempre le había gustado esta ventana roja y amarilla. El cordero, alelado y con mucha afectación, levantaba una de las patas delanteras, y en la pezuña sostenía, inseguro, un banderín con una cruz roja. Era un cordero de color amarillo muy pálido, con sombras verdosas. A Anna le gustaba desde que era pequeña, le inspiraba el mismo sentimiento que los corderitos de lana con las patas verdes que compraban los niños en la feria todos los años. Siempre le habían gustado estos juguetes, y el cordero de la iglesia le hacía la misma gracia y le inspiraba la misma simpatía infantil. También la inquietaba un poco. Nunca estaba segura de que aquel cordero con su banderín no quisiera ser algo más de lo que aparentaba. Por eso, en parte le inspiraba desconfianza, lo miraba con cierto recelo.

En aquel momento, concentrado de una manera muy curiosa, con el ceño fruncido y una levísima tensión de éxtasis en sus facciones, Will transmitía la desagradable sensación de comunicarse con el cordero de la ventana. Un asombro frío se apoderó de Anna: estaba perpleja. Veía a Will inmóvil, atemporal, con aquella tensión leve y luminosa en sus facciones. ¿Qué hacía? ¿Qué relación tenía con el cordero de la vidriera?

De repente, el cordero con su banderín irradió para Anna un resplandor imperioso. De repente, Anna tuvo una poderosa experiencia mística, la fuerza de la tradición se adueñó de ella, se sintió transportada a otro mundo. Y la experiencia le

pareció repugnante, se resistió.

Al instante, la imagen de la vidriera volvía a ser la de un cordero alelado. Y Anna sintió un odio violento y oscuro por su marido. ¿Qué hacía Will, radiante, transportado, con el alma rebosante de plenitud?

Hizo un movimiento brusco para darle un codazo, fingiendo que se le había caído un guante, buscó a tientas entre los pies de él.

Will volvió en sí, profundamente aturdido, indefenso. Cualquiera, menos ella, se habría compadecido de él. Anna quería despedazarlo. Will no entendía qué pasaba, qué había hecho.

Cuando se sentaron a comer, en casa, Will estaba desconcertado por la actitud fría y hostil de su mujer. Anna no sabía por qué estaba tan enfadada. Pero estaba que echaba chispas.

–¿Por qué nunca prestas atención al sermón? –le preguntó, hirviendo de rabia e inquietud.

–Sí que presto atención.

–No, no te enteras de nada.

Will se encerró en sí mismo, para deleitarse en sus sensaciones. Había en él algo críptico, como si tuviera un refugio subterráneo. Anna no soportaba estar en casa con su marido cuando se sumía en aquel estado.

Después de comer, Will se retiró a la salita, en el mismo estado de abstracción, que era como un peso insufrible para Anna. Luego se acercó a la estantería y se puso a hojear unos libros que ella apenas había mirado por encima.

Se enfrascó en un estudio sobre la iluminación de los misales antiguos y después en un volumen de pintura eclesiástica: arte italiano, inglés, francés y alemán. A los dieciséis años, había descubierto una librería católica en la que encontraba estas rarezas.

Pasaba las hojas, absorto, absorto en la contemplación, sin pensar en nada. Parecía que tuviera los ojos en el pecho, diría Anna más adelante.

Anna se acercó a mirar los libros con él. En cierto modo la fascinaban. Estaba desconcertada, interesada, y al mismo tiempo se resistía.

Cuando llegaron a las imágenes de la *Pietà*, Anna estalló definitivamente.

–Me parecen repugnantes –exclamó.

–¿Qué? –dijo Will, sorprendido, distraído.

–Esos cuerpos heridos que posan para ser venerados.

–Simbolizan los sacramentos, el Pan –dijo él, despacio.

–¡No me digas! –gritó Anna–. Entonces es peor todavía. No quiero ver tu herida en el pecho ni comer tu cuerpo muerto, aunque me lo ofrezcas. ¿Es que no te das cuenta de lo horroroso que es?

–No soy yo, es Cristo.

–Pues ¡claro que eres tú! Y es horroroso regodearse en el propio cuerpo muerto y creer que lo tomamos a través del Sacramento.

–Hay que interpretar lo que significa.

–Significa que uno ofrece su cuerpo humano para que lo apuñalen y lo maten y luego lo veneren... ¿Qué otra cosa significa?

Se quedaron callados. Will se encolerizó y se volvió distante.

–Y me parece que ese cordero de la iglesia –dijo Anna– es la cosa más ridícula de toda la parroquia...

Se mofó, con una carcajada.

–Puede que lo sea, para quienes no ven nada en él –dijo Will–. Ya sabes que es el símbolo de Cristo, de Su inocencia y Su sacrificio.

–Significados aparte, es un cordero –contestó Anna–. Y a mí me gustan demasiado los corderos para tratarlos como si tuvieran que significar algo. Y ese banderín, como un adorno para el árbol de Navidad... No...

Y soltó otra carcajada de burla.

–Eso lo dices porque no entiendes nada –dijo él con violencia, con aspereza–. Ríete de lo que entiendes, no de lo que no entiendes.

–¿Qué es lo que no entiendo?

–El significado de las cosas.

–Y ¿qué significa eso?

Will parecía reacio a contestar. No era fácil para él.

–¿Qué significa? –insistió ella.

–Significa el triunfo de la Resurrección.

Anna vaciló, confundida. Se asustó. ¿Qué eran todas aquellas cosas? Sintió que algo oscuro y poderoso se desplegaba ante sus ojos. ¿No era maravilloso, al fin y al cabo?

No... Se negaba a aceptarlo.

–Al margen de lo que pretenda significar, no es más que un absurdo cordero de juguete con una banderita de árbol de Navidad en la pezuña... Y si pretende significar otra cosa debería tener otro aspecto.

Will sintió una furia desmedida contra su mujer. En parte se avergonzaba de su amor por estas cosas, ocultaba la pasión que le inspiraban. Se avergonzaba del éxtasis que podían llegar a producirle estos símbolos. Y, por unos momentos, odió al cordero y las pinturas de escenas místicas de la eucaristía, con un odio ceniciento y feroz. Su fuego se había extinguido. Anna lo había apagado, arrojándole un cubo de agua fría. La situación era humillante para Will, tenía un regusto a ceniza en la boca. Se marchó, invadido por una cólera fría como un cadáver, y dejó a su mujer sola. La odiaba. Echó a andar por la nieve blanca, bajo un cielo de plomo.

Y Anna volvió a llorar, reviviendo con amargura la tristeza de otros días. Sin embargo, en su fuero interno estaba más tranquila... Sí, mucho más tranquila.

Estaba dispuesta a hacer las paces con su marido cuando él volvió a casa. Will estaba hosco y lúgubre, aunque aplacado. Anna había roto algo dentro de él. Y se alegró de desterrar por fin de su alma todos sus símbolos, de que Anna le hiciera el

amor. Le encantó que ella apoyara la cabeza en sus rodillas y, aunque él no se lo había pedido, aunque no lo deseaba, le encantó que lo abrazara y le hiciera el amor descaradamente, sin que él se lo hiciera a ella. Sentía que la sangre volvía a correr con fuerza por sus extremidades.

Y Anna estaba fascinada por la mirada intensa y distante de los ojos de Will cuando se posaban en ella: intensa, muy distante, no cercana, no con ella. Y quería que estos ojos se acercaran a ella. Quería que se encontraran con los suyos, que la reconocieran. Pero no se encontraron. Seguían siendo intensos, lejanos, orgullosos, como los de un halcón, inocentes e inhumanos como los de un halcón. Entonces, Anna lo amó, lo acarició y lo hostigó como a un halcón, hasta que él respondió con ardor, inmediato, pero sin ternura. Se acercó a ella con violencia y dureza, como un halcón, para abatirla y tomarla. Se había despojado de su misticismo: Anna era su blanco y su objetivo, su presa. Y ella se entregó, y él quedó satisfecho, o saciado al fin.

Pero inmediatamente después, Anna empezó a vengarse. Ella también era un halcón. Imitar la voz lastimera del chorlito, ponerse quejumbrosa, era para ella parte del juego. Cuando Will, satisfecho, se abandonó con una orgullosa e insolente sacudida del cuerpo y dejó caer la cabeza casi con desprecio, ajeno a su mujer, ignorando su existencia después de haberse colmado de ella y haber obtenido su satisfacción, el espíritu de Anna se rebeló con furia, sus alas se volvieron de acero, y atacó a su marido. Cuando él se sentó en su percha de ave, mirando intensamente a un lado y a otro, con solitario orgullo, con un orgullo distinguido y fiero, Anna se abatió sobre él y lo derribó violentamente, aguijoneó su dignidad masculina en lo más hondo, espoleó su orgullo imperturbable, hasta que él enloqueció de ira, sus ojos del color de la avellana ardieron fieramente, viendo por fin a Anna, la miraron lanzando llamaradas de rabia y la reconocieron como enemigo.

Muy bien, Anna era el enemigo, muy bien. Él la acechaba, ella lo vigilaba. Cuando él atacaba, ella devolvía el golpe.

Will se enfadó mucho con Anna porque había dejado sus herramientas a la intemperie, para que se oxidaran.

–Pues no las dejes tú tiradas en cualquier parte –contestó ella.

–Las dejaré donde quiera –gritó él.

–Entonces yo las tiraré donde quiera.

Se fulminaron mutuamente con la mirada, él con su furia concentrada en las manos, ella con una fogosa sensación de victoria en el alma. Estaban muy bien igualados. Librarían el combate.

Anna quería coser. En cuanto terminó de recoger las cosas del té, sacó la costura, y Will montó en cólera. No soportaba el ruido de la tela, que Anna desgarraba vivamente, casi con placer. Y el motor de la máquina de coser terminó por ponerlo frenético.

–¿Es que no vas a dejar de hacer ruido? –vociferó–. ¿No puedes coser de día?

Ella levantó la vista bruscamente, con hostilidad.

—No, no puedo coser de día, tengo otras cosas que hacer. Además, me gusta coser, y tú no me lo vas a impedir.

Dicho esto siguió con sus arreglos, sus retoques y sus puntadas, y los nervios de Will saltaron de rabia al oír el tableteo y el zumbido de la máquina.

Pero Anna estaba disfrutando, se sentía triunfante y feliz mientras la aguja ejecutaba su extática danza en la costura, dibujando una línea en la tela con sus puñaladas enérgicas, irresistibles. Era ella quien hacía zumbir la máquina. Ella quien la detenía imperiosamente, con dedos dominantes, diestros y ágiles.

Que su marido estuviera sentado detrás de ella, tenso y lleno de rabia impotente, servía únicamente para dar a la energía de Anna un vívido temblor. Siguió con su costura. Por fin Will se fue a la cama, hecho una furia, y se quedó muy tenso, lejos de ella. Y ella le dio la espalda. Y por la mañana no intercambiaron nada más que fríos formalismos.

Y, cuando Will volvió a casa esa noche, ablandado e incendiado de amor por Anna, cuando estaba dispuesto a reconocer que había obrado mal, y esperaba que ella sintiera lo mismo, encontró a su mujer sentada a la máquina de coser y la casa inmersa en la tortura de la tela, sin que Anna se hubiera tomado siquiera la molestia de poner el hervidor al fuego.

Anna se sobresaltó, fingiendo preocupación.

—¿Tan tarde es? —exclamó.

Pero la expresión de Will se había tensado de ira. Entró en la sala de estar, dio media vuelta y salió de casa. A Anna se le cayó el alma a los pies. Empezó a preparar el té para su marido a toda prisa.

Will echó a andar por la carretera de Ilkeston, con el corazón cegado. Cuando estaba en aquel estado nunca pensaba. Un cerrojo bloqueaba las puertas de su cerebro y lo dejaba encerrado dentro, como un prisionero. Volvió a Ilkeston y se tomó una cerveza. ¿Qué iba a hacer? No quería ver a nadie.

Decidió ir a Nottingham, su pueblo natal. Fue a la estación y cogió un tren. Cuando llegó a Nottingham seguía sin tener adónde ir. De todos modos, era más agradable pasear por estas calles familiares. Andaba con una agitación desmedida, como un enajenado. Al cabo de un rato, entró en una librería y encontró un libro sobre la catedral de Bamberg. ¡Qué gran hallazgo! ¡Esto era importante para él! Buscó un restaurante tranquilo para hojear su tesoro. Se fue animando, con verdaderos escalofríos de felicidad, mientras contemplaba las imágenes. Por fin había encontrado algo en aquellas tallas. Lo invadió una profunda satisfacción espiritual. ¡No iba buscando nada y, sin embargo, lo había encontrado! Estaba arrebatado de plenitud. Eran las mejores tallas, las mejores esculturas que había visto jamás. Tenía el libro abierto en las manos, como una puerta. El mundo, ahí fuera, era simplemente un recinto cerrado, una habitación. Pero él se alejaba. Se deleitó en las maravillosas esculturas femeninas. Un universo fascinante y exquisitamente forjado cristalizaba a

su alrededor mientras contemplaba una vez más las coronas, las trenzas, los rostros de mujer.

Lo que más le gustaba de todo era el texto incomprendible, en alemán. Prefería las cosas que no entendía con la inteligencia. Le fascinaba lo desconocido y lo incognoscible. Estudió minuciosamente las imágenes. ¡Eran esculturas de madera! *Holz...* Creía que esta palabra significaba madera. ¡Esculturas de madera para modelar su espíritu! Un millón de veces se llenó de gozo. ¡Qué desconocido era el mundo, cómo se revelaba para su espíritu! ¡Qué magnífica y apasionante era su vida, al alcance de su mano! Se adueñaba del mundo a través de la catedral de Bamberg. Y celebró su fuerza victoriosa, su vida y su verdad, abrazando las inmensas riquezas que estaba heredando.

Sin embargo, era hora de volver a casa. Tenía que coger el tren. Sentía un dolor constante en lo más hondo de su ser, pero precisamente porque era constante, podía olvidarse de él. Cogió un tren a Ilkelston.

Eran las diez cuando subía la cuesta de Cossethay, renqueando con su ejemplar de la catedral de Bamberg. Hasta entonces no había pensado en Anna, al menos no con claridad. El dedo oscuro que presionaba la herida lo dominaba irreflexivamente.

Anna había empezado a sentirse culpable cuando su marido se fue de casa. Se apresuró a preparar el té, con la esperanza de que volviera pronto. Hizo unas tostadas y puso la mesa. Pero Will no volvía. Lloró, de humillación y desengaño. ¿Por qué se había marchado? ¿Por qué no regresaba? ¿Por qué estaban enzarzados en aquella batalla? Ella lo quería... Lo quería... ¿Por qué no era él más amable con ella, más cariñoso?

Esperó con angustia... Luego, su ánimo se endureció. Will desapareció de sus pensamientos. Pensó, indignada, qué derecho tenía a inmiscuirse en que ella cosiera. Indignada, se negó a reconocerle el derecho a inmiscuirse en cualquiera de sus asuntos. No estaba dispuesta a consentirlo. ¿No era ella la misma de siempre, y él el extraño?

A pesar de todo, sintió un estremecimiento de temor. Y ¿si él la abandonaba? Eso la destrozaría. Nunca sabía a qué atenerse con Will. No le gustaba que fuera tan inseguro, tan inestable. Y ¿si la abandonaba? Siguió sentada, conjurando miedos y sufrimiento, hasta que rompió a llorar con verdadera lástima de sí misma. No sabía qué hacer si su marido la abandonaba, o si se volvía contra ella. Solo de pensarlo le daban escalofríos, se sentía desamparada y se volvía insensible. Y contra él, el desconocido, el extraño que querría arrogarse la autoridad, resistió firmemente atrincherada. ¿No era ella la misma de siempre? ¿Cómo podía alguien que no era de su especie abusar de la autoridad? Se sabía inmutable, inalterable, no se temía a sí misma. Solamente temía lo que no fuera ella. Todo aquel mundo inmenso, estruendoso y extraño, que no era ella misma, se agolpó, se acercó y se adentró en Anna, cobrando la forma de su marido. Y Will disponía de un buen arsenal, podía atacar desde numerosos flancos.

Cuando llegó a la puerta, Will se inflamó de compasión y de ternura, al verla tan perdida, abandonada y joven. Anna lo miró, temerosa. Y le sorprendió ver a su marido tan radiante, sus movimientos limpios y hermosos, como si se hubiera aclarado. Y sintió un doloroso estremecimiento de temor, y de vergüenza de sí misma.

Cada uno esperaba que fuera el otro el primero en hablar.

—¿Quieres comer algo? —preguntó ella.

—Yo mismo lo prepararé —contestó él, que no quería que Anna lo sirviera.

Pero Anna le llevó la comida. Y a Will le gustó que ella lo atendiera. Volvía a sentirse como un señor poderoso.

—He ido a Nottingham —dijo, en voz baja.

—¿A ver a tu madre? —preguntó ella, con un arranque de desprecio.

—No, no he ido a casa.

—¿A quién has ido a ver, entonces?

—No he ido a ver a nadie.

—Entonces, ¿por qué has ido a Nottingham?

—He ido porque me apetecía.

Will empezaba a enfadarse, al ver que Anna volvía a atacarlo cuando él se sentía tan despejado y radiante.

—Y ¿a quién has visto?

—No he visto a nadie.

—¿A nadie?

—No. ¿A quién tenía que ver?

—¿No has visto a ningún conocido?

—No, no he visto a nadie —contestó él, con irritación.

Anna lo creyó, y su ánimo se enfrió.

—He comprado un libro —dijo Will, pasándole el volumen propiciatorio.

Anna miró las ilustraciones con aire distraído. Eran hermosas, aquellas mujeres puras, con sus túnicas plisadas. Su corazón se enfrió un poco más. ¿Qué significaban para él estas imágenes?

Will esperaba. Anna le devolvió el libro.

—¿Verdad que son preciosas? —dijo él, con voz entusiasmada y alegre.

A Anna le hirvió la sangre, pero no levantó la cabeza.

—Sí —contestó. A su pesar, se sentía atraída por él. Era raro, atractivo, ejercía cierto poder sobre ella.

Will se acercó a su mujer y la acarició con delicadeza. El corazón de Anna latió con una pasión salvaje, con una pasión salvaje y desenfrenada. Sin embargo, seguía resistiéndose. Siempre tropezaba con lo desconocido, siempre lo desconocido, y se aferró ferozmente a su propio ser. Pero la fuerza de la ola la arrastró poco a poco.

Una vez más se amaron hasta transportarse, con pasión, plenamente.

—¿Verdad que ha sido mejor que nunca? —preguntó ella, radiante como una flor

recién abierta, con lágrimas como el rocío.

Will la estrechó contra su cuerpo. Estaba raro y distraído.

–Cada vez es más maravilloso –aseguró ella, con una voz alegre e infantil, recordando su temor, que aún no había superado del todo.

Y así siguieron día tras día, pasando del amor al conflicto. Un día parecía que todo estaba hecho añicos, la vida destrozada, en ruinas, desolada, aniquilada. Al día siguiente todo volvía a ser maravilloso, simplemente maravilloso. Un día, Anna creía que la mera presencia de Will iba a volverla loca, le repugnaba el ruido que hacía al beber. Al día siguiente, sus andares le parecían adorables, se deleitaba en sus movimientos: Will era el sol, la luna y las estrellas al mismo tiempo.

Sin embargo, esta falta de estabilidad terminó por inquietar a Anna. Cuando regresaban las horas perfectas, su corazón no olvidaba que serían efímeras. Estaba intranquila. La seguridad, la seguridad, la seguridad interior, la confianza en la eternidad del amor: eso era lo que ella quería. Y no lo alcanzaba. Sabía que Will tampoco lo había alcanzado.

A pesar de todo, el mundo era maravilloso, y Anna pasaba la mayor parte del tiempo perdida en esta maravilla. Incluso su sufrimiento era maravilloso para ella.

Anna podía ser muy feliz. Y quería ser feliz. Se disgustaba mucho cuando su marido le hacía sufrir. En esos momentos era capaz de matarlo y desterrarlo. Muchos días, Anna anhelaba la hora en que Will se iba a trabajar. Entonces, la corriente de su vida, que él represaba como un dique, se desbordaba, y Anna se sentía libre. Libre y colmada de placer. Todo la deleitaba. Cogía la alfombra y salía al jardín a sacudirla. Los campos estaban cubiertos por parches de nieve, el aire era ligero. Oía graznar a los patos en el estanque, los veía zambullirse y navegar como si zarparan para invadir el mundo. Observaba los recios caballos, uno de ellos con la panza trasquilada, como si llevara un chaleco y unas medias de pelaje marrón, los veía besarse en la mañana ventosa junto al muro del cementerio. Todo le parecía delicioso, ahora que Will no estaba, al desaparecer su presencia aislante y entorpecedora, el mundo era enteramente suyo, establecía un vínculo con ella.

Se sentía activa y alegre. Nada le gustaba tanto como tender la ropa cuando el viento embestía con toda su potencia desde la cima redondeada del monte, arrancándole de las manos las prendas húmedas y haciendo aletear las que ya había colgado. Se reía, forcejeaba y se enfadaba. Pero disfrutaba de sus días solitarios.

Cuando Will volvía a casa por la noche, Anna fruncía el ceño, impelida por alguna de sus interminables disputas. Lo veía en el umbral, y su estado de ánimo cambiaba al instante. Se volvía de acero. La risa y el entusiasmo del día la abandonaban. Se agarrotaba.

Libraban una batalla desconocida, inconsciente. A pesar de todo, estaban enamorados, conservaban la pasión. Pero la pasión se consumía en la batalla. Y el combate, hondo, encarnizado, sin nombre, seguía su curso. Todo su entorno irradiaba un intenso resplandor, el mundo se había despojado de sus vestiduras y presentaba su

desnudez aterradora, flamante, primordial.

Llegaba el domingo, y Will ejercía su extraño hechizo sobre Anna. A ella en parte le encantaba. Empezaba a parecerse más a él. Los demás días de la semana, había un fulgor en el cielo y en los campos, la iglesia parecía susurrar sin pausa a las casitas a lo largo de la mañana. Los domingos, sin embargo, cuando Will se quedaba en casa, una penumbra tensa, de vivos colores, parecía velar la faz de la tierra, la iglesia parecía velarse de sombra, ensancharse, se transformaba para Anna en un universo, encendido de fulgor azul y rubí, vibrante de veneración. Y, cuando se abrían las puertas de la iglesia y Anna salía al mundo exterior, era un mundo recién creado, y se adentraba en la resurrección del mundo, su corazón latía al recordar la oscuridad y la Pasión.

Si, como hacían a menudo los domingos, iban a tomar el té a la granja Marsh, Anna recuperaba un mundo más liviano, un mundo que jamás había conocido la penumbra, las vidrieras y el éxtasis de los cánticos. Su marido se borraba, y Anna volvía a estar con su padre, que era todo frescor y libertad, todo luz del día. William, con su intensidad y su oscuridad, se borraba por completo. Anna lo abandonaba, lo olvidaba, se entregaba a su padre.

Sin embargo, cuando volvía a casa con su marido, lo cogía del brazo con cierto recelo, ligeramente avergonzada, suplicando con su mano que no se rebelara contra ella, que no la rechazara. Pero él estaba confuso. Parecía ciego, como si no estuviera a su lado.

Anna se asustaba entonces. Lo quería. Cuando Will se mostraba ajeno a ella, casi llegaba a enloquecer de pánico. A tal extremo se había vuelto vulnerable y se sentía indefensa. Estaba íntimamente unida a él. Todo se había vuelto íntimo para Anna, todo lo conocía y todo era para ella cercano y hermoso, como presencias acechantes. Y ¿si todas estas cosas se volvieran de nuevo duras y distantes, si se alejaran de ella, hostiles y diferenciadas, y así, después de haberlas conocido, se viera privada de ellas?

Esta idea la asustaba. Su marido era siempre el misterio al que ella se entregaba. Se sentía como una flor tentada a florecer, sin escapatoria posible. Su desnudez estaba en poder de Will. Y ¿quién era él, qué era él? Un elemento ciego, una fuerza ciega, sin conocimiento. Anna necesitaba protegerse.

Luego, Will volvía a estar presente para Anna, y ella se tranquilizaba temporalmente. Sin embargo, con el paso del tiempo, comprendió con creciente claridad que él no iba a cambiar, que era un ser oscuro, un extraño para ella. Había creído que Will era su vivo reflejo. Con el paso de las semanas y los meses, comprendió que era una fuerza oscura y antagónica, que eran opuestos, no complementarios.

Él no cambió, persistió en su aislamiento, como si esperara que ella formara parte de él, que fuera una extensión de su voluntad. Anna era consciente de los intentos de Will por ganar poder sobre ella, sin conocerla. ¿Qué quería? ¿Se proponía

intimidarla?

¿Qué quería ella? Se respondió que quería ser feliz, ser natural, como la luz del sol y el día atareado. Y, en lo más hondo, quería ser oscura, antinatural. A veces, cuando Will parecía la misma oscuridad que la envolvía y asfixiaba, Anna casi se rebelaba de terror, y lo atacaba. Lo atacaba y lo hacía sangrar, y él se volvía perverso, necesitaba destruirla. Y se enzarzaban en un combate cruento.

Anna empezaba a temblar. Él intentaba imponerse. Y ella se estremecía. Quería abandonarlo, dejarlo como una presa a la intemperie, para que los impuros perros de la oscuridad lo devorasen. Will tenía que derrotarla y forzarla a quedarse con él. Y ella luchaba por seguir siendo libre.

Seguían sus caminos separados, ensombrecidos y ensangrentados, con la sensación de que el mundo se encontraba muy lejos, incapaz de ofrecer ayuda. Hasta que ella empezó a hartarse. A partir de cierto momento, se volvió impasible, se alejó completamente de su marido. Will siempre estaba dispuesto a descargar su rabia asesina contra Anna. Ella se levantaba anímicamente y lo abandonaba, seguía su propio camino. De todos modos, a pesar de aquella despreocupación aparente, que colmaba de negrura y antagonismo el espíritu de Will, Anna temblaba como si se estuviera desangrando.

Y, una vez más, el amor puro regresaba como los rayos del sol, y en esos momentos Anna era para Will como una flor abierta a la luz, tan hermosa, tan radiante, tan profundamente amada que a duras penas podía resistirlo. En esos momentos, como si su espíritu contara con seis alas de dicha, se quedaba absorto, en actitud de devoción, con la sensación de que el resplandor del Todopoderoso latía en su pecho, envolviéndolo en una enhiesta llama de alabanza en la que palpitaba el pulso de la creación.

Y, una vez más, Will volvía a ser para Anna la temible llama del poder. A veces, cuando él aparecía en la puerta, con una expresión resplandeciente, Anna lo veía como una Anunciación, y el corazón le daba un vuelco. Lo observaba, en trance. Will tenía un temperamento oscuro y ardiente al que Anna se resistía, atemorizada. Estaba sometida a su marido como si fuera el Ángel de la Presencia. Lo esperaba, escuchaba su voluntad y temblaba a su servicio.

Entonces, todo cambiaba. Entonces, Will quería a su mujer por lo infantil y extraña que era para él, por el milagro de su espíritu, que era distinto del suyo y lo volvía genuino cuando intentaba ser falso. Y Anna quería a su marido por su manera de sentarse tranquilamente en una silla, o su manera de entrar por una puerta, con expresión franca y ávida. Le encantaba la voz resonante y ansiosa de Will, y el halo de misterio que lo envolvía, su absoluta sencillez.

Sin embargo, ninguno de los dos estaba satisfecho. Will tenía la sensación de que su mujer no lo respetaba. Anna lo respetaba únicamente cuando él se relacionaba con ella. Lo que Will pudiera ser, al margen de ella, no le interesaba. No le interesaba lo que él representaba en sí mismo. Es verdad que él no sabía qué representaba. Fuera lo

que fuese, Anna en realidad no lo apreciaba. No rendía tributo ni al trabajo de su marido como dibujante de encajes ni a su papel de ganador del pan. Que Will fuera a la fábrica y trabajara todos los días no le hacía merecedor de ningún respeto o consideración por parte de Anna, y él lo sabía. Al contrario, ella lo despreciaba por esto. Y él casi la quería por esto, aunque al principio lo hiriese como un insulto.

Más grave fue que Anna pronto empezara a combatir los sentimientos más profundos de Will. Lo que él pensara de la vida, de la sociedad y de la especie humana no tenía demasiada importancia para ella: era tan recto que llegaba a ser insignificante. Y, una vez más, Will se sintió desollado. Anna emitía sus juicios sin tener en cuenta la opinión de Will. Aun así, a la larga, él terminaba por aceptar los juicios de su mujer, descubriéndolos como si fueran propios. El problema de fondo no era éste. La honda raíz de su mutua hostilidad residía en que Anna se burlara de su alma. Aunque Will era poco elocuente y torpe en lo intelectual, se aferraba con pasión a ciertas cosas. Sentía fascinación por la Iglesia. Si Anna intentaba arrebatárle lo que *creía*, pronto se desataba en ambos una ira ciega.

¿Creía él que el agua se convirtió en vino en Caná? Ella lo llevaba al terreno de los hechos históricos: toda esa agua de lluvia, fíjate, ¿puede convertirse en mosto, en vino? Por un instante, Will conseguía ver con los ojos claros de la inteligencia y decía que no, su mente lúcida respondía momentáneamente a la explicación de Anna, apartando cualquier otra idea. Al instante, su espíritu se rebelaba de furia, y el odio empezaba a gestarse ante esta violación de su ser. Para él era cierto. Su inteligencia volvía a extinguirse inmediatamente, su sangre ganaba la partida. En su sangre y en sus huesos, anhelaba la escena de las bodas, el agua que, al derramarse de los cántaros, se transformaba en vino tinto. Y Cristo le decía a Su madre: «¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora». Y luego: «Su madre dijo a los que servían: “Haced todo lo que os dijere”».

A Will le encantaba este pasaje, lo sentía en los huesos y en la sangre, le fascinaba, no podía olvidarlo. Pero Anna lo forzaba a olvidarlo. No soportaba estos vínculos ciegos de su marido.

El agua, el agua natural, ¿podía, por arte de magia, convertirse en vino, separarse de su naturaleza y adoptar otra naturaleza a su capricho? De eso nada, Will sabía que eso no era verdad.

Anna volvía a ser la niña vibrante y hostil, aborrecible, que llevaba las cosas a la destrucción. Will se quedaba mudo y muerto. Su propio ser le revelaba el engaño. Sabía que era cierto: el vino era vino, el agua era agua, eternamente; el agua no se había transformado en vino. El milagro no era un hecho real. Tenía la sensación de que Anna lo estaba destruyendo. Se iba de casa, abatido y destrozado, sangrando por el alma. Notaba el sabor de la muerte. Porque su vida se fundaba en estos conceptos que nunca había cuestionado.

Anna, desconsolada una vez más como cuando era niña, se retiraba a llorar. Le daba lo mismo, le daba lo mismo que el agua se hubiera convertido en vino o no.

¿Por qué no le dejaba creerlo, si él quería? Sin embargo, sabía que había ganado. Y una desolación gris como las cenizas se apoderaba de ella.

Pasaba una temporada triste y gris. Después, la vida comenzaba a regresar. Will no era nada si no lo incitaban. Volvió a pensar en el capítulo de san Juan. Sintió una puñalada dolorosa: «Mas tú has reservado el buen vino hasta ahora». «¡El mejor vino!» Y su corazón respondió con anhelo, triunfante, aun cuando la certeza de la mentira le roía el corazón como una rata. ¿Qué era más fuerte: el dolor de la negación o el deseo de afirmación? Will tenía un espíritu terco, y obedeció a su deseo. De todos modos, nunca más volvería a afirmar que los milagros eran ciertos.

Muy bien, no era verdad, el agua no se había transformado en vino. El agua no se había transformado en vino. Pese a todo, él seguiría viviendo en lo más hondo de su ser como si el agua se hubiera transformado en vino. Para la verdad de los hechos, no era cierto. Para su alma, lo era.

–Me trae sin cuidado si se transformó en vino o no –dijo–. Yo lo acepto tal como es.

–Y ¿cómo es? –se apresuró a preguntar Anna, esperanzada.

–Es la Biblia.

Esta respuesta desesperó a Anna, y despreció a su marido. No es que ella cuestionara activamente la Biblia, pero él la empujaba al desdén.

En realidad, a Will no le interesaba la Biblia, la palabra escrita. Aun cuando no pudiera complacer a Anna, ella sabía perfectamente que había en él algo auténtico. No era dogmático. No creía en realidad que el agua se hubiera transformado en vino. No quería presentarlo como un hecho. Sin embargo, su actitud estaba exenta de crítica. Era puramente subjetiva. Will tomaba lo que había de valor en la Palabra Escrita, lo incorporaba a su espíritu. Dejaba dormir su inteligencia.

Y Anna se enfrentaba a él, implacable, porque él dejaba dormir su inteligencia. Lo que era humano, lo que era propio de la humanidad, Will no lo ejercitaba. Se preocupaba solo de sí mismo. No era cristiano. Por encima de todo, Cristo había proclamado la fraternidad entre los hombres.

Casi en contra de su voluntad, Anna se aferraba al culto del conocimiento humano. El hombre tenía que morir corporalmente, pero en su conocimiento era inmortal. Ésta era su creencia no formulada, en algún rincón oscuro. Creía en la omnipotencia de la razón.

Will, al contrario, ciego como un animal subterráneo, ignoraba completamente el raciocinio y perseguía los deseos de su alma oscura, abriendo túneles con el hocico. Anna sentía a menudo que se ahogaba. Y se rebelaba contra él.

Entonces, consciente de su ceguera, Will reanudaba el fiero combate, desquiciado de temor sensual. Hacía tonterías. Reivindicaba sus derechos, se arrogaba la anticuada posición de señor de la casa.

–Tienes la obligación de hacer lo que yo quiera –gritaba.

–¡Idiota! –contestaba ella–. ¡Idiota!

–Te voy a enseñar quién manda aquí –gritaba él.

–¡Idiota! –contestaba ella–. ¡Idiota! Mi padre podría cargar su pipa con doce hombres como tú y aplastarlos con un dedo. ¡Cómo si no supiera lo idiota que eres!

Will se daba cuenta de que era un idiota, y tenía la sensación de que lo desollaban. Aun así, intentaba llevar el timón de su vida dual. Se reafirmaba en su puesto de capitán de la nave. Y a Anna el capitán y la nave le producían únicamente aburrimiento. Will quería ser el imponente comandante de uno de los innumerables buques domésticos que integraban la gran flota de la sociedad. A Anna le parecía una ridícula armada de tinajas zarandeadas inútilmente. No creía en eso. Se burlaba de él como señor de la casa, como señor de su vida dual. Y Will enloquecía de ira y vergüenza. Reconocía, avergonzado, que su padre había sido un hombre sin necesidad de arrogarse ninguna autoridad.

Había errado el rumbo, y deseaba con todas sus fuerzas renunciar a la expedición. El oleaje y la vergüenza eran muy poderosos. Entonces cedía. Había renunciado a la idea de ser el señor de la casa.

De todas las maneras, quería algo, alguna modalidad de dominio. Siempre, sin tardanza, a raíz de uno de estos ataques despiadados y ruines, volvía a ponerse en pie y, con espíritu terco, firme en su capacidad de empezar de nuevo, se instalaba una vez más en su orgullo masculino para alimentar la oculta pasión de su espíritu.

Todo empezaba bien, pero siempre terminaba en la misma guerra, hasta que los dos estaban a punto de perder el juicio. Will decía que Anna no lo respetaba. Anna se reía y lo despreciaba. A ella le bastaba con que él la quisiera.

–¿Qué es lo que tengo que respetar? –preguntaba.

Pero Will nunca contestaba lo que Anna quería oír. Y, por más que se estrujaba el cerebro, era incapaz de entender a su marido.

–¿Por qué no sigues con tu talla? –dijo Anna–. ¿Por qué no terminas tu Adán y Eva?

A Anna le traían sin cuidado su Adán y Eva, y Will nunca reanudaba su trabajo. Anna se burlaba de Eva.

–Parece una marioneta –dijo–. ¿Por qué es tan pequeña? Has hecho a Adán tan grande como a Dios, y a Eva como una muñeca.

»Es una indecencia decir que la mujer se creó del cuerpo del hombre –continuaba–, cuando todo hombre ha nacido de una mujer. ¡Qué indecentes son los hombres, qué arrogantes!

Un día, rabioso, tras un intento fallido de reanudar su talla, con una sensación de ardor y náuseas, Will destrozó el panel y lo arrojó al fuego. Anna no lo sabía. A raíz de esto, pasó unos días muy callado y sojuzgado.

–¿Dónde está la talla de Adán y Eva? –preguntó Anna.

–Quemada.

Anna lo miró.

–Pero era tu talla.

–La he quemado.

–¿Cuándo?

Anna no lo creía.

–El viernes por la noche.

–¿Cuando fui a la granja?

–Sí.

Anna no dijo nada más.

Luego, cuando Will se marchó a trabajar, Anna se pasó el día entero llorando, muy arrepentida. Así, una nueva y frágil llama de amor prendió en los rescoldos de este último dolor.

De pronto cayó en la cuenta de que estaba embarazada. Sintió que su alma se estremecía de asombro e ilusión. Deseaba un hijo. No es que le gustaran especialmente los niños de cuna, pero todas las cosas jóvenes despertaban su ternura. Aun así, quería tener hijos. Y había en su corazón cierta hambre por unirse a su marido, a través de un hijo.

Quería un hijo. Le pareció que un hijo lo sería todo. Quería contárselo a Will. Pero se trataba de un asunto íntimo y estremecedor, y él estaba en aquel momento duro y distante. Se retiró a llorar. Qué hermosa oportunidad desperdiciada, como si la escarcha mordiera los brotes de uno de los momentos más bellos de su vida. Daba vueltas, temblorosa y abrumada, guardando su secreto, queriendo tocar a Will, sí, con mucha delicadeza, y ver cómo acogía la noticia el rostro enigmático y sensible de su marido. Esperó y esperó a que él volviera a mostrarse amable y tranquilo. Pero Will siempre estaba brusco y la intimidaba.

Así, los brotes se marchitaron por falta de confianza y Anna se quedó helada. Fue a la granja Marsh.

–Bueno –dijo su padre, notando nada más verla que algo le pasaba–. Y ¿ahora qué te pasa?

Las lágrimas se desbordaron con el roce del cariño.

–Nada.

–¿Es que no congeniáis? –preguntó Brangwen.

–Es muy terco –dijo Anna con voz temblorosa. Pero ella también era muy obstinada.

–Bueno, yo conozco a una que es igual –contestó su padre.

Anna se quedó callada.

–No os amarguéis la vida por tonterías –dijo Brangwen.

–Él no se amarga.

–Me apuesto la vida a que le haces sufrir como un perro. Eso se te da de perlas.

–Yo no hago nada para hacerle sufrir –replicó Anna.

–No, claro que no. Eres dulce como la miel.

Anna se rió un poco.

–No creas que quiero sufrir –protestó–. No quiero.

–Eso estamos más que dispuestos a creerlo –contestó Brangwen–. Pero seguro que no te esfuerzas por hacerle brincar de alegría como un pez en un estanque.

Estas palabras dieron que pensar a Anna. Le sorprendió mucho darse cuenta de que no se esforzaba por hacer brincar de alegría a su marido como un pez en un estanque.

Entonces llegó su madre, y se sentaron a tomar el té mientras hablaban de asuntos sin importancia.

–Recuerda, hija –dijo Lydia–, que las cosas no están esperando que tú alargues la mano para tomarlas o dejarlas. No esperes eso. Lo que cuenta entre dos personas es el amor, y el amor no eres tú ni es él. Es una tercera cosa que tenéis que crear entre los dos. No esperes que las cosas sean exactamente como tú quieres.

–Ja... No lo espero. Aunque lo hiciera, no tardaría en darme cuenta de mi error. Te aseguro que cada vez que alargo la mano para coger algo, me la muerden.

–En ese caso ten cuidado de dónde pones la mano –dijo Brangwen.

Anna se indignó al ver que sus padres se tomaban la tragedia de su vida conyugal con tanta ecuanimidad.

–Tú quieres a ese chico –dijo su padre, arrugando la frente con desesperación–. Eso es lo único que cuenta.

–Sí, lo quiero, pero no se lo merece –gritó Anna–. Quiero decirle... Llevo días esperando para decirle... –empezó a temblarle la cara, y no aguantó las lágrimas. Sus padres la miraban sin decir nada. Anna no terminó la frase.

–¿Decirle qué? –preguntó Brangwen.

–Que vamos a tener un hijo –sollozó–. Y él no me ha permitido decírselo, nunca, nunca, ni una sola vez. Cada vez que me he acercado, se ha portado conmigo de un modo horroroso, y yo quería decírselo, quería decírselo. Pero él no me deja... Es muy cruel conmigo.

Sollozó como si fuera a estallarle el corazón. Su madre se acercó a consolarla, la abrazó y la estrechó contra su pecho. Su padre siguió sentado, con el ceño fruncido y mucho más pálido de lo normal. Tenía el corazón a punto de estallar de odio a su sobrino.

Así, una vez concluido el relato entre sollozos, administrado el consuelo y terminado el té, cuando todos recuperaron un poco la calma, nadie esperaba de buen grado la llegada de Will Brangwen.

Mandaron a Tilly que estuviera atenta. Los que estaban sentados a la mesa oyeron su voz estridente.

–Entra, Will. Anna está aquí.

El joven entró pasados unos momentos.

–¿Te quedas aquí? –preguntó a su mujer, con su voz dura y áspera.

Parecía un cuchillo destructor. Anna se estremeció y se le saltaron las lágrimas.

–Siéntate –dijo Tom Brangwen–, no tengas tanta prisa.

Will Brangwen se sentó. Detectaba algo raro en el ambiente. Tenía el ceño

fruncido, pero sus ojos conservaban su mirada incisiva, intensa y penetrante, como si solo alcanzara a ver a lo lejos, un rasgo que le daba hermosura y que tanto molestaba a Anna.

«¿Por qué me niega siempre? –se preguntó–. ¿Por qué no soy nada para él?»

Y Tom Brangwen, con los ojos azules y el ánimo caldeado, se sentó enfrente de su sobrino.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte? –preguntó el joven a su mujer.

–No mucho –dijo ella.

–Toma un té, muchacho –dijo Tom Brangwen–. ¿Es que quieres irte nada más llegar?

Hablaron de cosas triviales. El sol entraba a raudales por la puerta abierta, reflejándose en el suelo. Una gallina gris se acercó muy deprisa por el pasillo, picoteando, con la luz reflejada en la cresta y el buche, que lanzaban una llama dorada aquí y allá mientras el ave correteaba, como un fantasma gris.

Anna le lanzó unos trozos de pan, y una llamarada infantil ardió en su pecho. Tuvo la sensación de que de pronto regresaban a su memoria recuerdos olvidados, ardientes, lejanos.

–¿Dónde nació, madre? –preguntó.

–En Londres.

–Y ¿mi padre...? –Hablaba de él como si no fuera más que un nombre extraño: nunca conseguía establecer un vínculo con él–. ¿Era moreno?

–Tenía el pelo castaño oscuro, los ojos oscuros y la tez clara. Se quedó calvo, bastante calvo, cuando era muy joven –contestó su madre, como si contara un cuento, una antigua leyenda.

–¿Era atractivo?

–Sí... Era muy atractivo... Pequeño. Nunca he visto ningún inglés que se le pareciera.

–¿Por qué?

–Era... –Lydia Brangwen hizo un movimiento rápido con las manos–. Tenía una figura muy viva, cambiante... Nunca estaba quieto. Era muy inestable... Como un arroyo.

De repente, Will lo vio todo claro: Anna también era como un arroyo. Y al instante volvió a enamorarse de ella.

Tom Brangwen estaba asustado. Se llenaba de temor, de temor a lo desconocido, cuando oía a su mujer y a su hija hablar de sus difuntos como si se tratara de extraños a los que habían conocido solamente de paso y de los que pronto se habían despedido.

El silencio y la individualidad se posaron en todos los corazones. Eran seres separados con destinos separados. ¿Por qué sus manos reclamaban violentamente al otro?

Los jóvenes volvieron a casa mientras una luna fina y clara se instalaba en el

atardecer primaveral. Los penachos de los árboles se erguían en el aire, la iglesia se levantaba en lo alto del monte y una sombra azul oscura velaba la tierra.

Anna posó levemente la mano en el brazo de Will, como si estuviera muy lejos. Y, desde muy lejos, Will sintió el roce de su mujer. Caminaban, de la mano, por horizontes opuestos, rozándose en el atardecer. Los zorzales cantaban en el crepúsculo azul oscuro.

–Creo que vamos a tener un hijo, Will –dijo Anna, desde muy lejos.

Él se estremeció, y sus dedos se cerraron sobre los de Anna.

–¿Crees? –preguntó, con el corazón palpitante–. ¿No lo sabes?

–Sí, lo sé.

Continuaron sin decir nada más, caminando por horizontes opuestos, atravesando de la mano el espacio intermedio, como dos seres separados. Y Will temblaba, como azotado por un viento racheado y fuerte que soplaba desde lo invisible. Tenía miedo. Tenía miedo a saber que estaba solo. Y es que Anna parecía haber alcanzado la plenitud, aislada y suficiente, en su mitad del mundo. Will no soportaba sentirse aislado. ¿Por qué no podía ser siempre uno con ella? Era él quien le había dado a su hijo. ¿Por qué no podía estar ella con él, ser una con él? ¿Por qué tenía que verse en este aislamiento, por qué no podía ella estar con él, cerca, más cerca, ser una con él? Tenía que ser una con él.

Notó que los dedos de Anna se cerraban sobre los suyos. Anna no sabía qué pensaba él. El resplandor de la luz en su corazón era demasiado hermoso y cegador, irradiaba de lo concebido en su útero. Caminaba, rebosante de gloria, y allí estaban los zorzales, los trenes del valle, los ruidos de la ciudad, tenues y distantes, eran su *Magnificat*.

Pero Will combatía en silencio. Sentía alzarse ante él un muro de oscuridad impenetrable que le cerraba el paso, lo asfixiaba y lo enloquecía. Quería que Anna viniera a él, para completarlo, que se pusiera delante de él para que sus ojos no vieran la oscuridad desnuda. Nada quería sino que ella viniera a completarlo. Porque estaba lastrado por la horrible conciencia de su propia limitación. Se sentía como un ser incompleto, informe todavía en la oscuridad, y deseaba que ella viniera a liberarlo definitivamente.

Pero Anna era un ser pleno, y avergonzaba a Will esta conciencia de su necesidad, esta indefensa necesidad de ella. Su necesidad y su vergüenza de la necesidad pesaban sobre él como la locura. Sin embargo, Anna estaba dulce y tranquila, en actitud de reverencia ante su embarazo, y porque aquel hijo era de él.

Estaba feliz como un chorro de sol. Amaba a su marido, como una presencia, como un estado del que dar gracias. Aunque solo fuera momentáneamente, su necesidad se veía satisfecha, y ahora no quería nada más que coger a su marido de la mano de pura felicidad, sin pensar en nada, solo estar contenta.

Entre las carpetas de ilustraciones de Will figuraba una copia barata de *La entrada de los bienaventurados en el Paraíso*, de Fra Angelico. Este cuadro colmaba

a Anna de dicha. La manera tan hermosa e inocente en que los bienaventurados, cogidos de la mano, se acercaban al resplandor, la auténtica, tan auténtica melodía de los ángeles, le hacían llorar de felicidad. Las flores por doquier, los rayos de luz, las manos unidas, le parecían casi insoportables, demasiado inocentes.

Uno tras otro llegaban los días radiantes y cruzaban las puertas del Paraíso, un día tras otro, Anna se adentraba en el fulgor. El hijo que llevaba en su vientre la hacía resplandecer como un rayo de sol; y qué hermosa era la luz del sol en su perezoso deambular por el mundo, las candelillas que colgaban de los arbustos, al final del jardín, con su aureola temblorosa y flotante, los leves penachos de humo como llamas que estallaban en los tejos negros igual que un pájaro posado en sus ramas. Un día, la tierra se cubrió de jacintos silvestres al pie de los setos, luego centellearon las prímulas como un maná, dorado y evanescente, en las praderas. Anna estaba sumida en un letargo y una belleza suntuosos. ¡Qué feliz estaba, qué maravilloso era vivir!: haberse conocido a sí misma, haber conocido a su marido, la pasión del amor y de la concepción, y saber que todas estas cosas vivían, esperaban y ardían alrededor, como un terrible fuego purificador que ella había atravesado para alcanzar la paz de este resplandor dorado, en la que se encontraba embarazada, inocente, enamorada de su marido y con la multitud de los ángeles cogidos de la mano. Levantó el cuello a la brisa que venía de los campos y tuvo la sensación de que ésta la trataba como una hermana cariñosa, y bebió la brisa en la fragancia de las prímulas y las flores del manzano.

Y, entretejida con su felicidad, una sombra negra, hostil, salvaje como un animal de presa, merodeaba y se perdía de vista, y como jirones de telarañas que el viento colgaba ante sus ojos, había una amenaza para ella.

Anna tenía miedo cuando Will volvía a casa de noche. De momento, su temor nunca hablaba, la sombra nunca la atacaba. Will estaba amable, dócil, reservado. Acariciaba a su mujer con delicadeza, y ella adoraba aquellas manos. Sin embargo, sentía un espasmo, seco como el dolor, consciente de la oscuridad y de ese otro mundo silencioso, en la suave envoltura de las manos de su marido.

El verano transcurría silencioso como un milagro, y Anna pasaba la mayor parte del tiempo sola. No se interrumpió el largo y delicioso letargo, las rosas del jardín se deshojaron, arrasadas por un chaparrón, el otoño sucedió al verano, y el día largo, dorado, inició su declive. Las nubes carmesíes ardían al oeste y, al caer la noche, todo el cielo parecía desprender vapor y gases, y la luna, muy alta por encima de los veloces vapores, era blanca y opaca, la noche inquieta. De repente asomaba en una ventana limpia del cielo, mirando desde las alturas, como cautiva. Y Anna no dormía. Su marido irradiaba una tensión oscura y extraña.

Anna comprendió que Will intentaba imponer su voluntad, que quería algo, acostado a su lado, oscuro y tenso. Y su alma suspiraba de cansancio.

Todo era difuso y exquisito, y él quería despertarla a la realidad dura y hostil. Anna se alejaba y se resistía. Will seguía sin decir nada. Sin embargo, Anna sentía su

poder sobre ella, insistente, hasta que tomó conciencia de la tensión y lloró para ahuyentar su agotamiento. Will la estaba forzando, la estaba forzando. Y ella ¡deseaba tanto la alegría, la vaguedad y la inocencia de su embarazo! No quería el amor de su marido, amargo y corrosivo, no quería que este amor se derramara sobre ella, que la quemara. ¿Por qué tenía que aceptarlo? ¿Por qué, ay, por qué Will no estaba contento, tranquilo?

Anna pasaba muchas horas sentada junto a la ventana, los días que Will más la empujaba con la negra coacción de su voluntad, y veía caer la lluvia sobre los tejos. No estaba triste, solamente nostálgica, pálida. El hijo que llevaba en su vientre le daba una calidez perpetua. Y se sentía segura. La presión que se ejercía sobre ella era exterior, en su alma no había fisuras.

De todos modos, su corazón seguía encogido, tenso, angustiado. No estaba a salvo, siempre estaba en peligro, siempre atacada. Anhelaba la plenitud de la paz y la dicha. ¡Qué anhelo tan poderoso... tan poderoso!

Sabía, remotamente, que Will nunca estaba satisfecho, que siempre intentaba imponerle algo. Ah, ¡cuánto deseaba ella triunfar con su marido, a su manera! Will estaba a su lado, era inevitable. Anna también vivía dentro de él. Y ¡cuánto deseaba estar en paz con él, en paz! Lo amaba. Le daría amor, amor puro. Con una curiosa expresión de éxtasis, aquella noche esperó que él volviera a casa.

Cuando Will llegó por fin, Anna se levantó, con las manos rebosantes de amor, como de flores, radiante, inocente. Un oscuro espasmo contrajo las facciones de Will. Mientras ella lo miraba, radiante como una flor de amor inocente, la expresión de él se oscureció por momentos, se volvió tensa, la crueldad se concentró en sus cejas, apartó la vista, de manera que solo se veía la parte blanca de sus ojos. Anna esperó, tocándolo con las manos. Pero el cuerpo de Will derramaba en las manos de Anna la fuerza implacable y corrosiva de su pasión, destrozando su plenitud interior. Anna se asustó. Se levantó del suelo, donde se había arrodillado, y se alejó de él, para protegerse. Y fue muy doloroso para ella.

También para Will fue un suplicio. Veía resplandecer el amor, como una flor, en el semblante de Anna, pero su corazón estaba negro, no quería el amor de su mujer. No quería la inocencia de la flor. Estaba insatisfecho. La ira y la tormenta de insatisfacción lo torturaban sin tregua. ¿Por qué Anna no le daba satisfacción? Él se la había dado. Ella estaba satisfecha, en paz, inocente en el umbral de su propio paraíso.

Y él estaba insatisfecho, incompleto, sufría profundamente, y esperaba, seguía esperando. Ella tenía la obligación de satisfacerlo: que lo hiciera. Que no se acercara con las manos rebosantes de amor inocente como flores. Él tiraría esas flores al suelo y las pisotearía hasta hacerlas pedazos. Destrozaría la dicha inocente y florida de Anna. ¿No tenía derecho a que ella le diera satisfacción, no ardía su corazón de deseo, su alma incompleta de negro tormento? Tenía que alcanzar la plenitud, igual que ella la había alcanzado. Él le había dado a Anna su plenitud. Ahora le tocaba a

ella dar un paso y cumplir con su parte.

Will era cruel con Anna. Y, al mismo tiempo, siempre estaba avergonzado. Y cuando se avergonzaba, se volvía aún más cruel. Porque se avergonzaba de no alcanzar la plenitud sin ella. No era capaz. Ella no le hacía caso. Estaba encadenado y sumido en la oscuridad del tormento.

Anna le suplicaba que volviera a su trabajo, a su talla. Pero había demasiada negrura en el espíritu de Will. Había destruido su panel de Adán y Eva. No podía empezar de nuevo, mucho menos ahora, en aquel estado.

No había liberación definitiva para Anna mientras Will no se liberara de sí mismo. Extraña y amorfa, se sentía obligada a seguir adelante a pesar de los pesares, como una nube radiante y cálida empujada por un vendaval. Se sentía tan rica, en su cálida vaguedad, que su alma gritaba a su marido, porque la acosaba y quería destruirla.

Aun así, Anna seguía teniendo momentos exaltados, renacimientos de su antigua exaltación. Sentada junto a la ventana de su dormitorio, mientras contemplaba la lluvia constante, su espíritu se encontraba muy lejos.

Se sentaba con un orgullo y un placer singular. Allí donde no había nadie con quien compartir su júbilo, donde el alma insatisfecha se vería forzada a danzar y jugar, una bailaba en presencia de lo Desconocido.

De pronto comprendió que eso era lo que quería. Con el vientre hinchado, bailó en el dormitorio, a solas, levantando su cuerpo y sus manos a lo Desconocido, al Creador invisible a Quien pertenecía.

No quería que nadie lo supiera. Bailó en secreto, y su alma se colmaba de dicha. Bailó en secreto, en presencia del Creador, se desnudó y bailó, orgullosa de su preñez.

Cuando terminó su danza, se quedó muy sorprendida. Se acobardó, temerosa. ¿A qué se había entregado? Casi quería contárselo a su marido. Pero él la acobardaba.

Seguía su camino, siempre sola. Le gustaba la historia de David, que bailó ante el Señor y se despojó de sus vestiduras, exultante. ¿Por qué tenía que desnudarse en presencia de Mical, una mujer corriente? David se desnudó en presencia del Señor^[4].

«Tú vienes a mí con espada y lanza y escudo; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos [...]. Porque de Jehová es la guerra, y él os entregará en nuestras manos»^[5].

Estas palabras resonaban en el corazón de Anna. Iba de un lado a otro llena de orgullo. Y era su batalla la de su propio Señor, con ella desterraba a su marido.

En días como éstos parecía ajena a Will. ¿Quién era él para volverse contra ella? No, ni siquiera era el filisteo, el gigante. Era como Saúl, proclamando su propio reinado. Anna se rió en lo más hondo. ¿Quién era él para proclamar su reinado? Se rió en lo más hondo, con orgullo.

Y tenía que bailar de exultación, lejos de él. Porque él estaba en casa, ella tenía que bailar en presencia de su Creador para verse exonerada del hombre. Un sábado

por la tarde, Anna encendió el fuego en su dormitorio y una vez más se desnudó para bailar, levantado las rodillas y las manos, con lento y rítmico júbilo. Will estaba en casa, y esto enardecía el orgullo de Anna. Quería bailar hasta anular completamente a su marido, bailar para el Señor invisible. Se sentía elevada por encima de su marido, en presencia del Señor.

Oyó que Will subía las escaleras y se estremeció. Se quedó quieta, con el resplandor del fuego en los tobillos y los pies, desnuda en la penumbra de la tarde avanzada, recogiendo el pelo. Will se quedó de piedra. Se detuvo en el umbral de la puerta, con el ceño oscuro y fruncido.

—¿Qué haces? —preguntó, con voz crispada—. Te vas a resfriar.

Y Anna levantó las manos y volvió a bailar, para anularlo, con la luz reflejada en las rodillas, alejándose con movimientos lentos y delicados hasta el otro lado del dormitorio, surcando la luz del fuego. Will seguía en la puerta, con la negrura de una sombra, contemplando a su mujer, transfigurado. Y Anna, con movimientos lentos y pesados, se balanceaba adelante y atrás, como una mazorca rebosante de maíz, pálida en el crepúsculo, abriéndose paso entre la luz del fuego, bailando hasta que Will dejara de existir, entregándose en su danza al Señor, al júbilo.

Will la observó unos momentos, y sintió que le ardía el alma. Se retiró, no podía mirarla, le dolían los ojos. Las extremidades delicadas de Anna se elevaban cada vez más, sacudía la melena con furia, y su vientre grande, extraño, aterrador, se elevaba al Señor. Con gesto embelesado y hermoso, bailaba exultante ante el Señor, y no conocía hombre alguno.

Mientras miraba a su mujer, Will tuvo la impresión de estar ardiendo en la hoguera. Como si lo quemaran vivo. La extrañeza y la fuerza de Anna, absorta en su danza, lo consumían, lo abrasaban, no alcanzaba a comprenderlo. Esperó, arrasado. Después, sus ojos se volvieron ciegos a ella, dejó de verla. Y entre el velo cegador que los separaba, dijo, con voz chirriante:

—¿Por qué haces eso?

—Vete —contestó ella—. Déjame bailar en paz.

—Eso no es bailar —contestó él ásperamente—. ¿Por qué quieres hacer eso?

—No lo hago para ti. Vete.

¡En aquel vientre extraño y levantado, estaba su hijo!, pensó Will. ¿No tenía derecho a estar ahí? Sentía que su presencia era una violación. Sin embargo, tenía derecho a estar ahí. Fue a sentarse en la cama.

Anna dejó de bailar y le hizo frente, levantando de nuevo los brazos esbeltos, entrelazados en su pelo. Su desnudez la hería, enfrentada a él.

—Puedo hacer lo que quiera en mi dormitorio —gritó—. ¿Por qué me lo impides?

Se cubrió con una bata y se acuclilló delante del fuego. Will estaba más tranquilo ahora que ella se había vestido. Esta visión de Anna atormentaría a Will todos los días de su vida: era un ser desconocido y exaltado que no tenía ninguna relación con él.

A raíz de esto, fue como si una puerta se cerrara en la cabeza de Will. Su frente se cerró y se volvió impenetrable. Sus ojos dejaron de ver, sus manos se inmovilizaron. Su voluntad se agazapó como una bestia, escondida en la oscuridad, pero siempre poderosa, siempre activa.

Al principio, Anna siguió bastante contenta, con él cerrado a su lado. Con el tiempo, sin embargo, sucumbió al hechizo de su marido. La fuerza oscura y ardiente de Will, el poder de la fiera oculta y firme en su voluntad de destruir al animal que corre en libertad, como el tigre que acecha en la oscuridad de la espesura fuerza sin tregua la caída y la muerte de las frágiles criaturas que beben por la mañana a la orilla del río, poco a poco causaron efecto en Anna. Aunque Will continuaba agazapado en la oscuridad, sin moverse, Anna sabía que la esperaba. Era consciente de cómo la cercaba y la abatía con su voluntad, aun cuando se mostraba silencioso y oscuro.

Anna se dio cuenta de que Will coartaba sus movimientos. Progresivamente, comprendió que su marido la estaba doblegando, la doblegaba, la acosaba con su peso, la acorralaba como el leopardo a una res, hasta agotarla y abatirla.

Progresivamente, Anna comprendió que su vida, su libertad, sucumbían bajo el peso silencioso de aquella fuerza física. Will la quería en su poder. Quería devorarla a su antojo, poseerla. Y a la larga comprendió que incluso el sueño era una prolongación del dolor, del cansancio, del agotamiento, porque la voluntad de su marido la atenazaba, tendido a su lado, de noche.

Lo comprendió todo, y así llegó a una pausa de importancia capital, una pausa en su veloz carrera, una interrupción de su vida, en la que se encontró perdida.

Entonces se rebeló violentamente y se enfrentó a él. No podía hacerle eso: era una monstruosidad. ¿Qué espantoso dominio quería ejercer sobre su cuerpo? ¿Por qué quería arrastrarla y aniquilar su espíritu? ¿Por qué quería negar su espíritu? ¿Por qué la negaba espiritualmente, la consideraba únicamente un cuerpo? Y ¿quién era él para reclamar su esqueleto?

Una oscuridad inmensa y atroz: eso representaba Will para ella.

—¿Qué estás haciendo conmigo? —gritó—. ¿Qué brutalidad me estás haciendo? Me agobias, no me dejas dormir, no me dejas vivir. En cada instante de tu vida me estás haciendo algo, algo horroroso, que me destruye. Hay algo horroroso dentro de ti, algo oscuro y atroz en tu voluntad. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres hacer conmigo?

La sangre de Will se volvió negra, poderosa y corrosiva al oír estas palabras. Un odio negro y ciego se apoderó de él. Estaba en un infierno muy negro, del que no podía escapar.

Odió a su mujer por lo que había dicho. ¿Es que él no se lo daba todo, no era ella todo para él? Y la vergüenza ardió en su pecho como un fuego implacable, porque ella lo era todo para él, no tenía nada más que a ella. ¡Pensar cómo lo hostigaba ella, pensar que no podía escapar! El fuego se volvió negro en sus venas. Y es que, por más que lo intentara, nunca podría escapar. Ella lo era todo para él, era su vida y su prolongación. Dependía de ella. Privado de ella, se derrumbaría como una casa

despojada de sus cimientos.

Y Anna lo odió por esta dependencia tan absoluta. Le parecía repugnante. Quería apartarlo, alejarlo. Era horrible esta manera de desgarrarla, como un leopardo que la hubiera atrapado y no la soltara.

Will dejaba pasar los días sumido en una negrura de rabia, vergüenza y frustración. ¡Cuánto se torturaba, para lograr alejarse de ella! Pero no podía. Anna era la roca en la que se asentaba, rodeado de aguas bravas y profundas, y él no sabía nadar. Tenía que asentarse en ella, tenía que depender de ella.

¿Qué tenía él en la vida, aparte de Anna? Nada. Lo demás era un diluvio inmenso y poderoso. Lo abrumaba el terror a la noche del diluvio, del diluvio incontenible que era su visión de la vida sin ella. Se aferraba a ella con violencia y vileza.

Y Anna lo derrotaba, lo derrotaba. ¿Adónde podía aferrarse, como un náufrago en un mar oscuro que pierde su único asidero? Quería abandonarla, quería ser capaz de abandonarla. Por el bien de su alma, por el bien de su hombría, tenía que ser capaz de abandonarla.

Pero ¿por qué? Anna era el Arca, y el resto del mundo estaba anegado. Lo único tangible, lo único seguro, era la mujer. Solo podía abandonarla por otra mujer. Y ¿dónde estaba la otra mujer, quién era la otra mujer? Además, volvería a encontrarse en el mismo estado. Otra mujer sería una mujer, la situación sería la misma.

¿Por qué lo era ella todo, lo absoluto, por qué tenía que vivir únicamente a través de ella, por qué tenía que hundirse si se separaba de ella? ¿Por qué se aferraba desesperadamente a Anna, como si en ello le fuera la vida?

La única manera de dejarla era morir. La única manera de dejarla definitivamente era morir. Su alma, enfurecida y oscura, lo sabía. Pero él no quería morir.

¿Por qué no podía dejarla? ¿Por qué no podía lanzarse a las aguas ocultas y vivir o morir, fuera lo que fuera? No podía, no podía. Supongamos que se marchara, muy lejos, y que encontrara trabajo y alojamiento. Podía volver a ser el mismo de antes.

Sin embargo, sabía que no podía. Una mujer, necesitaba una mujer. Y, cuando la conseguía, necesitaba liberarse de ella. Se encontraría en la misma situación. Porque no podía liberarse de ella.

¿Cómo se sostiene un hombre, sin un terreno firme en el que apoyarse? ¿Puede un hombre caminar sobre las aguas toda la vida, y llamar a esto sostenerse? Mejor rendirse y ahogarse de una vez por todas.

Y ¿en qué podía apoyarse sino en una mujer? ¿Era él como el hombre de los mares, incapaz de avanzar sin el sostén de otra vida? ¿Era impotente, un tullido, un deficiente, un fragmento?

Todo era una tortura negra, delirante, vergonzosa, un frenesí de temor, un frenesí de deseo, una ola de vergüenza en retirada.

¿De qué tenía miedo? ¿Por qué la vida, sin Anna, le parecía un maremágnum aterrador, un combate contra la corriente sin sentido, insondable y oscura? ¿Por qué, si Anna lo abandonaba, aunque no fuera más que una semana, se sentía como un

demente aferrado al borde de la realidad, resbalando sin remedio, sin remedio, hasta caer en la corriente de la irrealidad que lo ahogaría. Lo desquiciaba este horroroso deslizamiento en la irrealidad, su alma gritaba de terror y agonía.

Sin embargo, su mujer lo empujaba, lo alejaba de ella, le rompía los dedos con los que él se aferraba a ella, insistente, implacable. Will quería piedad. Y, a veces, por un momento, ella se compadecía. Pero siempre volvía a las andadas, lo empujaba a las aguas profundas, a la locura y la agonía de la incertidumbre.

Anna se convirtió en una furia para Will, no le prestaba la más mínima atención. Sus ojos irradiaban un odio incommovible y frío. En esos momentos Will sentía que por fin iba a morir de miedo. Que ella lo empujaría a las profundidades.

Anna dejó de dormir con Will. Dijo que él le destrozaba el sueño. Y con esto se desataron para Will el frenesí y la locura del miedo y el sufrimiento. Ella lo rechazaba. Él se alejaba como un demonio acobardado y acechante, maquinando su astuta venganza, ideando la manera de hacerle daño. Pero ella lo rechazaba. En los momentos de mayor sufrimiento, Anna le parecía a Will inconcebible, un monstruo, el principio de la crueldad.

Aunque a veces cediera a la compasión, se había vuelto dura y fría como una joya. Tenía que apartarlo de ella, tenía que dormir sola. Preparó una cama para Will en la habitación pequeña.

Y él se acostaba, fustigado, fustigado en el alma casi hasta morir, pero inamovible. Agonizaba de sufrimiento, arrojado a la irrealidad, como un hombre lanzado por la borda y obligado a nadar hasta ahogarse, porque no hay asidero, no hay nada más que un mar ancho y embravecido.

Will apenas conciliaba ese sueño superficial del fino velo que cubre el pensamiento. Eso no era dormir. Estaba despierto y no lo estaba. No podía estar solo. Necesitaba abrazar a Anna. No soportaba el vacío en su pecho y su vientre, donde antes estaba ella. No podía soportarlo. Se sentía flotar en el espacio, aferrado a su voluntad. Si relajaba su voluntad, caería, caería en el espacio infinito, en el pozo sin fondo, nunca terminaría de caer, despojado de voluntad, indefenso, inexistente, caería hasta la extinción, caería hasta que el fuego del rozamiento lo hubiera calcinado, como cae una estrella, y después, nada, nada, absolutamente nada.

Se despertaba, irreal y gris, por la mañana. Y Anna parecía otra vez cariñosa, como si en parte quisiera hacer las paces.

–He dormido bien –decía, con su alegría ligeramente falsa–. ¿Y tú?

–Muy bien.

No estaba dispuesto a decir la verdad.

Pasó tres o cuatro noches en esta duermevela, sin que su voluntad se alterara ni un ápice, tenso aún, concentrado en agarrarse. Luego, como renacida y libre de ser cariñosa con él, engañada por el silencio y la aparente aquiescencia de su marido, también movida por la compasión, Anna volvió a aceptarlo.

Noche tras noche, a pesar de la vergüenza, Will esperaba atormentado la hora de

acostarse, para ver si Anna lo rechazaba. Y noche tras noche, cuando ella, con su falsa alegría, le daba las buenas noches, Will sentía que tenía que matarla o matarse. Entonces, ella pedía su beso, tan lastimera, tan hermosa. Y él la besaba, aunque su corazón era un témpano de hielo.

A veces salía. Una noche pasó un buen rato en el pórtico de la iglesia antes de acostarse. Era una noche oscura y ventosa. Sentado en el pórtico de la iglesia encontró un refugio, cierta seguridad. Pero empezaba a hacer frío, y tenía que irse a la cama.

Así llegó la noche en que Anna lo abrazó y lo besó con ternura.

–¿Te quedas conmigo esta noche? –dijo.

Y él se quedó sin reparos. Sin embargo, su voluntad no se alteró. Seguía empeñado en aferrarse a ella.

Y así, ella no tardó en volver a decirle que necesitaba estar sola.

–No quiero echarte. Quiero dormir contigo. Pero es que no puedo dormir, no me dejas dormir.

La sangre de Will se volvió negra.

–¿Qué quieres decir? Es una mentira descomunal. ¡Que no te dejas dormir...!

–No, no me dejas. Duermo estupendamente cuando estoy sola. Y cuando estoy contigo no puedo dormir. Me haces algo, me cargas la cabeza. Y necesito dormir, ahora que el niño está cerca.

–No es cosa mía –contestó él–. Es cosa tuya.

Eran aterradores estos combates nocturnos, cuando el mundo entero dormía y ellos estaban solos, solos en el mundo, ahuyentándose mutuamente. La situación era difícilmente soportable.

Will se acostaba solo. Y por fin, tras una fase gris, lívida y fantasmal, se tranquilizaba, algo cedía dentro de él. Se dejaba llevar, sin preocuparse de lo que pudiera pasarle. Se volvía ajeno y remoto para sí mismo, para ella, para todo el mundo. Todo se volvía difuso, como si estuviera anegado. Y era un alivio infinito ahogarse, un alivio, un alivio inmenso.

Dejaría de insistir, dejaría de imponerse. No volvería a imponerse sobre ella. Se dejaría llevar, tranquilamente, se deslizaría, y lo que tuviera que pasar pasaría.

A pesar de todo, seguía queriéndola, siempre, siempre la quería. Se sentía profundamente desolado, como un niño, indefenso. Como un niño dependía de su madre, su vida dependía de Anna. Will lo sabía, y sabía que a duras penas podía evitarlo.

Sin embargo, tenía que ser capaz de estar solo. Tenía que ser capaz de acostarse al lado del vacío, dejarse llevar. Tenía que ser capaz de abandonarse a la corriente y hundirse o vivir, lo que fuera. Y es que por fin reconoció sus limitaciones, y la limitación de sus fuerzas. Tenía que ceder.

Se instalaron en una especie de sosiego, de languidez. Al menos la mitad de la guerra había concluido. Anna a veces lloraba, con el corazón encogido. Aun así, en

todo momento sentía la calidez de la vida en su vientre.

Volvieron a ser amigos, amigos nuevos, aplacados. Pero la languidez no los abandonaba. Volvieron a dormir en la misma cama, muy tranquilos y separados, no juntos como antes. Y Anna al principio quiso recuperar la intimidad con su marido. Pero él estaba muy callado, no quería intimidad. Aunque en su fuero interno estaba contento, de momento no estaba vivo.

Podía dormir con ella y dejarla tranquila. Ahora podía estar solo. Acababa de aprender lo que significaba ser capaz de estar solo. Se sentía sereno y en paz. Anna le había dado una libertad nueva, más profunda. El mundo podía ser un maremágnum de incertidumbre, pero él por fin sabía quién era. Se había adentrado en su propia existencia. Había nacido por segunda vez, había nacido por fin para sí mismo, del inmenso organismo de la humanidad. Por fin tenía una identidad propia, existía por sí solo, aun cuando no estuviera del todo solo. Antes, únicamente existía en relación con otro ser. Ahora tenía un yo absoluto, además de un yo relativo.

De todos modos, era un yo muy torpe, débil e indefenso, un niño que apenas gateaba. Will estaba muy tranquilo y, en cierto modo, sumiso. Por fin tenía un yo inalterable, libre, separado, independiente.

Anna experimentó un gran alivio, se había liberado de él. Le había ayudado a encontrarse. A veces lloraba, de cansancio y desesperación. Pero Will era un marido. Y en el hijo que estaba a punto de nacer, Anna parecía olvidarse de todo. Se sentía adormecida y tibia. Se entregó a una larga reflexión, difusa, cálida, vaga, no quería salir de su vaguedad. Y también se apoyaba en él.

A veces, Anna se acercaba a su marido con una luz extraña en la mirada, penetrante, patética, como si suplicara algo. Will la miraba y no entendía. Le parecía bellísima, una visión, y tenía la sensación de que de su pecho emanaran rayos de luz para su mujer, como un fulgor. Existía para ella, todo para ella. Anna lo abrazaba y lo besaba en el pecho, lo besaba, se arrodillaba delante de él, casi con devoción, la mujer que esperaba la hora de dar a luz. Y Will se quedaba quieto, contemplando su pecho, hasta que lo veía como si no le perteneciera, como si lo hubiera dejado allí tendido. De todos modos, al mismo tiempo era consciente de su propio ser, y se veía hermoso y radiante con los besos de Anna. Estaba contento, sentía un dolor luminoso y raro, mientras ella se arrodillaba y le besaba el pecho, absorta en un movimiento lento, casi con devoción.

Will sabía que Anna quería algo, y su corazón tenía muchas ganas de dárselo. Su corazón la anhelaba. Y, cuando ella levantaba la cabeza, radiante y sonrosada como una nubecilla, el corazón de Will seguía anhelándola, y ahora, desde muy lejos, la adoraba. La presencia de Anna era igual que una flor que él adoraba desde lejos, como un extraño.

Pasaron las semanas, se acercaba el momento, y los dos sentían una felicidad dulce y delicada. El alma oscura, insistente y pasional de Will, su poderosa insatisfacción, parecía aquietada, domesticada: el león llevaba dentro al cordero.

Lo cierto es que Anna quería a Will, y quería tenerlo cerca. Para Will, Anna era un objeto precioso y remoto, ahora que esperaba a su hijo. Y ella estaba alegre y extasiada ante la llegada del hijo. Quería que fuera niño. ¡Deseaba intensamente un niño!

Sin embargo, parecía muy joven y frágil. En realidad no era más que una niña. Cuando Will la veía lavarse, al lado del fuego –se lavaba con mucho orgullo–, despertaba en su corazón una ternura infinita por Anna. ¡Qué extremidades tan perfectas: los brazos esbeltos y redondeados, como luces en fuga, y sus piernas tan simples e infantiles, pero tan orgullosas al mismo tiempo! Sí, tenía unas piernas orgullosas, y en ellas descansaba con maravilloso descuido el equilibrio de su vientre pleno, su adorable redondez, y los pechos que empezaban a volverse imponentes. Sobre todo, su cara era como una nube sonrosada y brillante.

¡Qué orgullosa estaba Anna, qué adorable y hermoso era su cuerpo joven! Y le encantaba que Will posara la mano en la plenitud de su vientre maduro, para que también se estremeciera al sentir la agitación y el movimiento. Will se asustaba y se quedaba callado, pero Anna le echaba los brazos al cuello con impúdica y orgullosa alegría.

Empezaron los dolores y, ay, ¡cómo gritaba Anna! Quería que Will se quedara a su lado. Y, cuando cesaban los gritos, Anna miraba a su marido con los ojos llenos de lágrimas, sonriendo entre sollozos.

–No pasa nada –decía.

Fue bastante duro. Pero no llegó a ser insoportable para ella. Incluso en la violencia del dolor, desgarrador, encontraba felicidad. Aunque se desgañitaba y estaba sufriendo, se sentía curiosamente viva y llena de fuerza. Se sentía tan intensamente viva y en manos de una fuerza vital tan poderosa que su sentimiento más profundo era de dicha. Sabía que estaba venciendo, venciendo, siempre venciendo, con cada nueva etapa del dolor se acercaba un poco más a la victoria.

Es probable que Will lo pasara peor que ella. No estaba impresionado ni horrorizado, pero sí atornillado al banco del sufrimiento.

Fue una niña. Por el breve silencio y la expresión de Anna cuando se lo anunciaron, Will vio que estaba decepcionada. Y en su corazón se desató una inmensa y ardiente tormenta de protesta y rencor. En ese mismo instante, Will reclamó a la niña para sí.

Sin embargo, cuando le subió la leche y la recién nacida se agarró a su pecho, un estremecimiento de felicidad desmedida sacudió a Anna.

–¡Me chupa, me chupa, le gusto: ah, le encanta! –exclamó, estrechando a la niña contra su pecho y abarcándola con entusiasmo entre las manos.

En un momento, cuando se acostumbró a su felicidad, miró a su marido con ojos fulgurantes, sin ver, y afirmó:

–Anna Victrix.

Will se retiró, temblando, y se fue a dormir. El dolor había sido para ella la herida

del vencedor, su marca de distinción, estaba orgullosa.

Cuando se recuperó, Anna estaba muy feliz. Llamó a la niña Ursula. Anna y Will pensaron que debían dar a su hija un nombre que gustara íntimamente. La recién nacida tenía la piel rojiza, una piel curiosamente aterciopelada, el pelo del color del bronce y unos ojos entre grises y amarillos, titubeantes, que más tarde se volvieron dorados, como los de su padre. Así, la llamaron Ursula, por el retrato de la santa.

Aunque al principio fue una niña muy delicada, no tardó en fortalecerse, y era inquieta como una anguila. Anna estaba agotada, por la larga lucha diaria con esta energía tan tierna.

Anna veía a su hija como un animalillo, la quería, la adoraba, y estaba feliz. Quería a su marido, le besaba los ojos, la nariz, la boca, y lo elogiaba mucho, le decía que tenía unas piernas y unos brazos preciosos, estaba fascinada por su constitución física.

Y en verdad era Anna Victrix. Will ya no podía combatir contra ella. Se encontraba en un territorio sin explorar, a solas con su mujer. Tuvo ocasión de hacer un viaje a Londres y, a su regreso, se deleitó pensando en la tribu de salvajes desnudos, en una isla, que había construido y creado la impresionante concentración de Oxford Street o Piccadilly. ¿Cómo aquellos salvajes indefensos, que corrían con sus lanzas por la orilla del río, cómo habían llegado a levantar esta gran ciudad que era Londres, la imponente, inmensa y fea superestructura del mundo humano sobre el mundo de la naturaleza? Le parecía una proeza, y le aterraba. El hombre era un ser extraordinario y terrible. Sus obras eran aún más terribles y extraordinarias que el propio hombre, casi monstruosas.

Sin embargo, en la intimidad de su ser, Will Brangwen sentía que el mundo de los hombres era algo externo, ajeno a su vida con Anna. Si la monstruosa superestructura del mundo fuera barrida definitivamente, ciudades, industrias y civilización, si solo quedara la tierra desnuda, con sus plantas y sus aguas, a Will le traería sin cuidado, siempre y cuando él estuviera completo y tuviera a Anna y a su hija, y esta nueva y singular certeza en el alma. Si estuviera desnudo, ya buscaría algo con que vestirse, construiría un refugio y llevaría alimento a su mujer.

Y ¿qué más? ¿Qué más sería necesario? La inmensa concentración de actividad en la que se había embarcado el ser humano nada significaba para él. Will por naturaleza no formaba parte de esta actividad. ¿Para qué vivía, entonces? ¿Solamente para Anna, y por el mero hecho de vivir? ¿Qué quería en esta tierra? ¿Solamente a Anna, y a sus hijos, y su vida con sus hijos y ella? ¿No había nada más?

Will presentía que había algo más, algo que estaba más lejos, que le ofrecía una existencia absoluta. Tenía la sensación de existir en la Eternidad: el Tiempo le traía sin cuidado. ¿Qué había fuera? ¿El mundo fabricado, en el que no creía? ¿Qué debía traerle a Anna del mundo exterior? ¿Nada? ¿Bastaba con lo que tenían? Este conformismo era una fuente de inquietud para Will. Anna no estaba con él. Sin embargo, separado de su mujer, Will apenas creía en sí mismo, aun cuando el infinito

entero estuviera a su lado. Bien podía el mundo escurrirse y caer por el borde del olvido, que él seguiría solo. Pero no estaba seguro de ella. Y él existía también dentro de ella. Por eso se sentía inseguro.

Will rondaba a Anna a todas horas, incapaz de olvidar por completo la incertidumbre difusa y acechante que parecía desafiarlo y que él se negaba a escuchar. Un estremecimiento de temor, casi de culpa, o de insuficiencia, se apoderaba de él cuando oía a su mujer hablar con su hija. Anna estaba delante de la ventana, con la niña de un mes en los brazos, y hablaba con un tierno soniquete musical que él no había oído hasta entonces y que resonaba en su corazón como una llamada lejana, como la voz de otro mundo que lo reclamaba. Se acercaba a ella, escuchaba, y su corazón se levantaba como una ola, se levantaba y se sometía. Después se acobardaba y se distanciaba. Se quedaba paralizado, se resistía, como si no pudiera negarse a sí mismo. Tenía que ser él mismo a toda costa.

–Mira qué tontas esas gorritas azules, preciosa mía –canturreaba Anna, asomando a la niña a la ventana, donde brillaba el jardín blanco y los herrerillos resbalaban en la nieve–: Mira qué tontas esas gorritas azules, vida mía, ¡peleándose con la nieve! Míralas, pajarito: cómo esparcen la nieve con las alas y cómo mueven la cabeza. ¿Verdad que son muy malas? ¡Son muy malas! Mira sus plumas amarillas en la nieve, ¡ahí! ¿Verdad que las echarán de menos cuando tengan frío?

»¿Les decimos que se estén quietas, se lo decimos, pajarito mío? ¡Qué pillinas son, pero qué pillinas! ¡Míralas!

Y su voz se volvía de pronto sonora y temible, a la vez que daba golpes en el cristal:

–Quietas, quietas –gritaba–. ¡Dejad de dar la lata! ¡Quietas!

Gritaba cada vez más y golpeaba el cristal con más fuerza. Su voz sonaba imperiosa y temible.

–¡No seáis insensatas!

»Mira, ya se han ido. ¿Adónde habrán ido esas tontorronas? ¿Qué se dirán las unas a las otras? ¿Qué dirán, corderito mío? Se olvidarán, ¿verdad?, se olvidarán de todo, con sus cabezas huecas y sus gorritas azules.

Un momento después se volvió a su marido, radiante.

–Se estaban peleando, ¡estaban muy enfadadas! –dijo, entusiasmada y maravillada, como si perteneciera al mundo de las aves, como si se identificara con la especie de las aves.

–Sí, seguirán peleándose, son muy tercas esas gorritas azules –asintió Will, contento, como siempre que ella lo miraba con aquel resplandor de otro mundo. Se acercó a su mujer y se fijó en las marcas que habían dejado los pájaros en la nieve al resbalar, en los tejos cargados de nieve, con las ramas blancas y negras. ¿Qué atractivo tenía para él, qué pregunta formulaba la cara radiante de Anna, cuál era el desafío al que debía responder? No lo sabía. Sin embargo, era consciente de su responsabilidad, y esto le agradaba, aunque también le preocupaba, como si tuviera

que apagar su propia luz. Y seguía paralizado.

Anna quería mucho a su hija, la quería muchísimo. Sin embargo, no llegaba a encontrarse plenamente satisfecha. Sentía una leve expectación, como una puerta entornada. Ahí estaba, segura y tranquila en Cossethay. Y, al mismo tiempo, le parecía que en absoluto estuviera en Cossethay. Forzaba la vista, buscando algo remoto. Y ¿qué alcanzaba a ver desde su monte Pisgah^[6], tras haberlo conquistado? Un horizonte resplandeciente y tenue, muy lejano, y un arco iris como un pórtico, una puerta en la sombra, con un remate tenuemente coloreado. ¿Tenía que acercarse hasta allí?

Algo le faltaba, algo no entendía, no lograba alcanzarlo. Había algo más allá de ella. Ahora bien, ¿por qué tenía que emprender este viaje? Se sentía completamente segura en su monte Pisgah.

En invierno, cuando se levantaba al amanecer y, por las ventanas, a levante, veía el fulgor amarillo y anaranjado en la hierba verde y reluciente, el gran peral erguido, oscuro y magnífico como un ídolo, y bajo el peral oscuro, la fina lámina de agua tersa y lisa, bruñida por la luz amarilla, Anna se decía: «Está aquí». Y al atardecer, cuando el sol se ponía con un resplandor rojizo entre los grandes claros de las nubes, volvía a decir: «Está más allá».

Alba y ocaso eran los pies del arco iris, tendido como un puente sobre el día, y Anna atisbaba la esperanza, la promesa. ¿Por qué tenía que ir más lejos?

No obstante, siempre se hacía la misma pregunta. Cuando el sol se ponía, con su violenta prisa invernal, Anna se enfrentaba a la abrasadora proximidad de la cuestión, en la que nunca llegaba a participar plenamente, y aplacaba sus exigencias: «¿Qué estás haciendo, a qué viene tanto alboroto y tanto ardor? ¿Por qué no paras nunca, por qué no nos dejas en paz?».

No acudía a su marido para que la guiase. Will estaba separado de ella, con ella, según los distintos conceptos que Anna tenía de él. Podía coger a su hija, podía arrojarla a aquel horno, y la pequeña echaría a andar entre las brasas ardientes y el rugido incandescente del calor, como atravesaron el fuego los tres testigos con el ángel^[7].

Anna pronto empezó a estar segura de su marido. Conocía su rostro enigmático y la magnitud de su pasión. Conocía su cuerpo esbelto y vigoroso, decía que le pertenecía. Entonces, nada podía negarla. Era una mujer rica que disfrutaba de su riqueza.

Y pronto volvió a quedar embarazada. Esto la colmó de satisfacción y se llevó su descontento. Se olvidó de que había contemplado el ascenso y el curso del sol, espléndido viajero en su camino implacable. Se olvidó de que la luna se había asomado por una ventana de la noche oscura y alta, asintiendo, con un gesto de reconocimiento, indicando que la siguiera. La luna y el sol jamás interrumpían su viaje, pasaban de largo, dejando atrás a la mujer rica que disfrutaba de sus riquezas. También ella se marcharía. Pero no podía irse cuando la llamaran: ahora tenía que

quedarse en casa. Renunciaba, sin lamentarlo, a la aventura de lo desconocido. Estaba criando a sus hijos.

Había otro hijo en camino, y Anna estaba sumida en un estado de difusa alegría. Aunque no fuera la caminante que sale en busca de lo desconocido, aunque hubiera llegado a su destino y estuviera instalada en su casa terminada, como una mujer rica, con las puertas todavía abiertas bajo el pórtico del arco iris, con su umbral reflejado en el paso del sol y de la luna, esos dos grandes viajeros, en su casa resonaba el eco del viaje.

Ella misma era la puerta y el umbral. Otro ser se abría camino dentro de ella, para detenerse ante ella como ante un umbral, buscando con la mirada, entornando los ojos para encontrar su rumbo.

Capítulo VII

La catedral

El primer año de casados, antes de que naciera Ursula, Anna y Will fueron a visitar al amigo de Lydia Brangwen, el barón Skrebensky. El barón había tenido alguna relación con la madre de Anna, y siempre había mostrado por la niña un interés oficioso, ya que era polaca por los cuatro costados.

Cuando Skrebensky tenía alrededor de cuarenta años, su mujer falleció, dejando al barón sumido en un delirio de desconsuelo. Lydia fue a visitarlo, y llevó con ella a su hija. Anna tenía entonces catorce años. No había vuelto a verlo desde entonces. Recordaba al barón como un clérigo menudo y enjuto, que hablaba mucho, gritaba y la aterrorizaba, y a su madre como un ser extraño que consolaba al viudo en una lengua incomprensible.

El barón nunca llegó a dar a Anna su beneplácito sin reservas, porque no hablaba polaco. De todos modos, se consideraba en parte su tutor, por su pasada amistad con Lensky, y le regaló a Anna un joyero ruso, antiguo, muy aparatoso, la última reliquia de valor de su difunta mujer. A raíz de esta visita, Skrebensky desapareció de la vida de los Brangwen, a pesar de que vivía a escasos cincuenta kilómetros.

Tres años más tarde, se recibió en la granja Marsh la noticia de que el barón se había casado con una inglesa joven y de buena familia. Y los Brangwen se quedaron atónitos. Poco después llegó un ejemplar de *La historia de la parroquia de Briswell, escrita por Rudolph, barón Skrebensky, vicario de Briswell*. Era un libro singular, incoherente, que desenterraba hechos muy interesantes. Estaba dedicado a: «Mi esposa, Millicent Maud Pearse, en quien abrazo el generoso espíritu de Inglaterra».

—Si lo único que abraza es el espíritu de Inglaterra —señaló Tom Brangwen—, me parece a mí que el panorama no es nada bueno.

Sin embargo, cuando acompañó a su mujer en una visita formal, Brangwen conoció a la nueva baronesa, una joven ladina, muy menuda, con la piel cremosa, el pelo castaño rojizo y una boca de la que uno no podía apartar la mirada, porque se curvaba continuamente en una carcajada incomprensible y singular, dejando al descubierto unos dientes saltones. Aunque no era guapa, Tom Brangwen se prendó de ella nada más verla. Parecía acurrucada como un gatito en su propio calor, pero era al mismo tiempo irónica y escurridiza, lo que daba cuenta del buen acero de sus garras.

El barón se mostraba casi empalagosamente atento y cortés con su mujer. Ella, casi burlona, pero muy feliz, se dejaba adorar. Era una joven muy especial, tenía la belleza suave, esponjosa y esquiva de un hurón. Tom Brangwen estaba perdido, a merced de aquella muchacha, y ella se reía, un poco entrecortadamente, como tentada de ser cruel. Sometía al barón a diversos y refinados tormentos.

Meses más tarde, cuando la baronesa tuvo un hijo, Skrebensky no cabía en sí de felicidad.

Poco a poco, la joven construyó un círculo de conocidos en la comarca. Era de buena familia, mitad veneciana, educada en Dresde. El vicario polaco alcanzó así una posición social que casi llegó a colmar su orgullo desmedido. De ahí que sorprendiera a los Brangwen la llegada de una invitación para Anna y su joven marido a la vicaría de Briswell. Y es que los Skrebensky eran para entonces gente relativamente rica, puesto que Millicent contaba con su propia fortuna.

Anna se puso sus mejores galas, recuperó sus mejores modales del colegio y llegó con su marido. Will Brangwen, rubicundo, radiante, con sus extremidades esbeltas y su cabeza pequeña, tosco como un pájaro, no cambió en lo más mínimo. La baronesa sonreía, enseñando los dientes. Era una mujer con verdadero encanto, una especie de frialdad alegre, y se reía, entusiasmada, como una comadreja. A Anna le inspiró respeto desde el primer momento, y se puso en guardia, instintivamente atraída por la curiosa seguridad infantil de la baronesa, fascinada, a pesar de que no se fiaba de ella. Skrebensky tenía el pelo completamente blanco, muy erizado. Se había vuelto arrugado y marchito, pero conservaba su carácter insumiso y arrogante. Anna se fijó en su delgadez, en sus piernas pequeñas, delicadas y enjutas y en sus manos enjutas, y se ruborizó. Apreciaba la virilidad del barón, la enjuta suma de los años, su fuego amorfo, su capacidad para la respuesta rotunda y contundente. Era un hombre completamente imparcial, absolutamente objetivo. Ninguna mujer le interesaba. No había confusión posible. De ahí que sus respuestas fueran siempre sutiles y deliberadas.

Era un ser interesante y distinto. Su personalidad fuerte e intrínseca, tallada por los años, había llegado a cobrar una esencia y una franqueza casi letales, crueles, pero parecía tan inquebrantable y seguro de sí, tan diferente en su certeza, que Anna se sintió atraída por él. ¿Prefería este temperamento al calor difuso de su marido, a su ciego ardor juvenil?

Anna creyó que respiraba el aire puro de las alturas, como si acabara de salir de una habitación sofocante. El atípico matrimonio Skrebensky reveló a Anna un elemento desconocido, más libre, en el que cada persona vivía apartada y aislada. ¿No era aquél su elemento natural? ¿No se ahogaba ella con la vida de los Brangwen, tan cerrada?

Entretanto, la joven baronesa, con un resplandor sutil en los ojos redondos y lustrosos de color avellana, jugaba con Will Brangwen. Él no tenía la agilidad suficiente para detectar todos los movimientos de la mujer. No obstante, la miraba fijamente, con ojos inmutables, iluminados. Era un ser extraño para Will. Pero no ejercía ningún poder sobre él. La baronesa se sonrojó y se sintió ofendida. Aun así, no paraba de mirar el rostro vivo y enigmático de Will, con curiosidad, como si lo despreciara. Despreciaba su naturaleza acrítica y exenta de ironía, no encontraba nada interesante en él. Al mismo tiempo, estaba enfadada, como si estuviera celosa. Will la

observaba con el mismo interés y respeto con que contemplaría a un armiño juguetero. Pero sin dejarse envolver. Él pertenecía a una especie diferente. La baronesa era brillo tenue, llamaradas cortantes, mientras que él era un fuego rojo que ardía sin titubear. La baronesa no conseguía sacarle nada. Y así, adoptó un aire de superioridad de clase, mordaz y sutil, que hizo que Will se ruborizara levemente. Se ruborizó, pero no se opuso. Era demasiado distinto.

El niño de los Skrebensky llegó con la niñera. Era un niño nervioso y delgado, muy perspicaz, que desplazaba tranquilamente su interés de una cosa a otra. Desde el primer momento trató a Will Brangwen como a un intruso. Se quedó unos instantes al lado de Anna, la reconoció y desapareció, rápido, observador, sin poder estarse quieto, interesándose fugazmente por todo.

Su padre lo adoraba, y le hablaba en polaco. Era rara la actitud envarada y aristocrática del padre con el niño, su relación distante: la paternidad clásica del uno, la subordinación filial del otro. Padre e hijo jugaban, cada cual en su sitio, muy alejados, como dos seres aparte, de distinto rango, por así decir, más que distintos en su relación. Y la baronesa no paraba de sonreír, siempre sonreía, enseñando los dientes saltones, ejerciendo siempre una atracción y un encanto misteriosos.

Anna cayó en la cuenta de lo distinta que podía haber sido su suerte, lo diferente que era su propio ser. Algo bulló en su alma, se convirtió en otra persona. Su intimidad con su marido se agotó, la curiosa envoltura de la intimidad de Will, tan cálida, tan cercana, tan asfixiante, la sensación de estar siempre ligada a la otra persona, como un lazo de sangre, se anuló por completo. Se rebeló contra la relación tan estrecha que la unía a su marido. Él y ella no eran uno. No estaba dispuesta a consentir que Will la envolviera continuamente en su calor, que envolviera su ánimo y su individualidad hasta fundirla en el calor de él, hasta perder su propio yo independiente. Quería vivir su propia vida. Tenía la sensación de que Will la bañaba como una ola, envolviéndola con su personalidad, con su ardor vital, a tal punto que ya no sabía si era quien era o era un ser distinto, unida a él en un mundo de estrecha intimidad sanguínea que la aislaba y excluía del frescor del exterior.

Anna quería su antiguo yo, intenso, independiente, independiente, activo pero no ensimismado, activo a su manera, quería dar y recibir, no vivir ensimismada. Will, sin embargo, quería este extraño ensimismamiento con Anna, al que ella se resistía. Aun así, en cierto modo, Anna se sentía indefensa frente a Will. Antes de casarse con él había vivido demasiados años arropada por el amor de Tom Brangwen.

De casa de los Skrebensky fueron a visitar la catedral de Lincoln, que Will tanto adoraba y que no estaba lejos. Él le había prometido que visitarían todas las catedrales de Inglaterra, una por una. Empezaron por la de Lincoln, que Will conocía bien.

Will empezó a emocionarse a medida que se acercaba el momento de ponerse en camino. ¿Qué le hacía cambiar tanto? En contraste con la impresión que le habían causado los Skrebensky, Anna estaba casi enfadada. Pero Will iba a lo suyo. Parecía

que las puertas de su pecho se abrieran a la espera de la gran catedral que presidía la ciudad. Su espíritu se adelantaba.

Al avistar la catedral a lo lejos, azul oscura, alta y vigilante en el cielo, a Will le dio un vuelco el corazón. Era una señal de los cielos, era el espíritu que sobrevolaba la tierra como una paloma, como un águila. Miró a su mujer, extasiado y radiante, con la boca abierta en una extraña mueca de éxtasis.

–Ahí la tienes –dijo.

Lo dijo de una manera que molestó a Anna. ¿Ahí la tienes? ¿Qué tenía la catedral, grande, antigua, anticuada, para emocionarlo tanto? Anna empezó a ponerse en guardia.

Subieron la cuesta a buen paso, Will impaciente como el peregrino que por fin llega al santuario. Cuando se acercaron al recinto, con el castillo a un lado y la catedral al otro, le ardieron las venas, se sintió transportado.

Ya habían cruzado las verjas, y el pórtico occidental se desplegaba ante ellos en todo su esplendor ornamental.

–Es un falso pórtico –explicó Will, contemplando la piedra dorada y las torres gemelas, que le producían la misma fascinación. Con leve éxtasis se encontró en el pórtico, en el umbral de lo desconocido. Levantó la mirada a la exquisita revelación de la piedra. Se disponía a entrar en el útero perfecto.

Empujó entonces la puerta, y la grandiosa penumbra, salpicada de pilares, se reveló ante sus ojos, y su alma se estremeció y se elevó de su nido. Dando un salto, su alma echó a volar por la majestuosa iglesia. Su cuerpo estaba inmóvil, absorto en las alturas. Dando un salto, su alma se adentró en la penumbra, en la posesión, titubeó, se dio a la fuga, tembló en el útero, en el silencio y la penumbra de la fecundidad, como la simiente de la procreación en éxtasis.

También Anna estaba maravillada y sobrecogida de asombro. Iba detrás de Will. Aquí la penumbra era la esencia misma de la vida, la oscuridad coloreada era el embrión de toda luz, del día. Aquí rompía el primer amanecer, se hundía el último crepúsculo y la oscuridad inmemorial, de la que emanaba la luz del día y en la que volvía a sumergirse, resonaba, pacífica y profunda, en un silencio inmemorial.

¡Lejos del tiempo, siempre fuera del tiempo! Entre el levante y poniente, entre el amanecer y el crepúsculo, la iglesia yacía en silencio, como una simiente, oscura antes de su germinación, silenciada una vez muerta. Abarcaba el nacimiento y la muerte, la totalidad del ruido y el tránsito posible de la vida, callada, como una inmensa y complicada simiente cuya flor sería la vida radiante, inconcebible, pero cuyo principio y final eran el círculo del silencio. Desplegada con el arco iris, la suntuosa penumbra encerraba la música en el silencio, la luz en la oscuridad, la fecundidad en la muerte, tal como una simiente envuelve la hoja en la hoja y el silencio en la raíz y en la flor, ocultando el secreto de todo entre sus partes, la muerte de la que ha caído, la vida que ha dado, la inmortalidad que entraña, y la muerte que abrazará de nuevo.

Aquí, en la catedral, el «antes» y el «después» se fundían en uno, la unicidad lo contenía todo. Will Brangwen había alcanzado su consumación. La había alcanzado atravesando las puertas del útero, apartando las alas del útero y adentrándose en la luz. La había alcanzado a través de la luz del día y de la sucesión de los días, de la sucesión del conocimiento y la sucesión de la experiencia, rememorando la oscuridad del útero, presintiendo la oscuridad que sucede a la muerte. Y por momentos había abierto las puertas de la catedral de par en par y entrado en el crepúsculo de ambas oscuridades, en la quietud del doble silencio, donde el amanecer era el ocaso, y comienzo y fin eran una misma cosa.

Aquí la piedra saltaba de la llanura de la tierra, cada uno de sus saltos encerraba un deseo múltiple y concentrado, alejado de la tierra horizontal, atravesaba el crepúsculo y el ocaso y pasaba por todas las modalidades del deseo: a través del cambio de rumbo, la desviación ¡ah! al éxtasis, el contacto, al encuentro y la consumación, al encuentro y el abrazo, el abrazo íntimo, la neutralidad, la perfección y el vértigo de la consumación, el éxtasis atemporal. Allí descansó su alma, en el vértice del arco, abrazada al éxtasis atemporal, consumada.

Y no existían ni el tiempo ni la vida ni la muerte, no existía nada más que esta consumación atemporal en la que el empuje de la tierra se encontraba con el empuje de la tierra y el arco se sostenía en la clave de bóveda del éxtasis. Esto era todo, esto eran todas las cosas. Por fin Will tomó conciencia del mundo inferior. Una vez más se recompuso, en tránsito, con todos sus surtidores en tensión y saltando, saltando limpiamente a la oscuridad superior, a la fecundidad y el misterio único, al contacto, al abrazo, a la consumación, al clímax de la eternidad, al vértice del arco.

También Anna estaba sobrecogida, pero más callada que en sintonía con el ambiente. La fascinaba como un mundo que no llegaba a pertenecerle, la molestaban la transfiguración y el éxtasis de su marido. La pasión que Will sentía por la catedral impresionó a Anna en un primer momento, después la enfureció. A fin de cuentas, el cielo estaba fuera, mientras que aquí, en esta casi noche misteriosa, cuando el alma de Will se elevaba con las columnas, no daba un salto a las estrellas y el espacio oscuro y cristalino sino al encuentro y el abrazo con el impulso de piedra que salta, en la penumbra y los secretos de los techos. El abrazo y el apareamiento de los arcos en las alturas, el salto y el empuje de la piedra, componían una inmensa bóveda que impresionaba y silenciaba a Anna.

Sin embargo... Sin embargo, recordó que el cielo abierto no era una bóveda azul ni una cúpula oscura suspendida en el aire, con un sinfín de lámparas centelleantes, sino un espacio en el que las estrellas giraban en libertad, libres por encima del mundo y cada vez más altas.

La catedral también despertó algo en Anna. Pero ella nunca se dejaría atrapar por aquel inmenso tejido de piedra impulsada hasta crear una bóveda inmensa que la encerraba, y más allá de esta bóveda no había nada, nada: era el último límite. Esto era lo que agradaba al espíritu de Will: aquí, aquí está todo, completo, eterno:

movimiento, encuentro, éxtasis, sin la ilusión del tiempo, del tránsito del día y de la noche, nada más que un espacio de perfectas proporciones, abrazo y renovación, y pasión que se alza en grandes olas hasta el altar, la repetición del éxtasis.

También el alma de Anna se vio impulsada hacia el altar, el umbral de la eternidad, con reverencia y temor y alegría. Sin embargo, ella se rezagaba en el tránsito, desconfiaba de la culminación del altar. No estaba dispuesta a dejarse lanzar a las alturas del vuelo apasionado y terminar arrojada en los peldaños del altar como en la orilla de lo desconocido. Había en la catedral una verdad y un gozo inmensos. Pero incluso en el desconcierto y el vértigo de la catedral, Anna reclamaba otro derecho. El altar estaba desnudo, sus luces apagadas. Dios ya no ardía en aquella zarza. Lo que había allí era materia muerta. Anna reclamaba el derecho a una libertad superior, más elevada que la bóveda. Tenía en todo momento la sensación de estar bajo techo.

Así, se fijaba en los detalles, y esto la salvó de lanzarse de cabeza a la corriente de pasión que se adentra de un salto en lo Infinito formando una masa gigantesca, victoriosa e impulsada por su propio curso. Quería salir de aquel movimiento, de aquel salto y aquel avance constantes, y alzar el vuelo como un pájaro desde el mar, con las patas mojadas y entumecidas, elevarse como eleva el pecho un pájaro para impulsarse y dejar atrás el latido y el empuje de un mar que lo arrastra a una conclusión no deseada, alejarse, como un pájaro con las alas desplegadas y, en el espacio abierto, donde está la claridad, alzarse por encima del movimiento sobrecargado y estable, como una mota de polvo suspendida en el aire que revolotea de un lado a otro, observando y respondiendo antes de caer de nuevo, una vez ha elegido o encontrado el rumbo que le permitirá seguir adelante.

Y tuvo la sensación de que necesitaba aferrarse a algo, que sus alas eran demasiado frágiles para elevarse y contrarrestar la fuerza de aquel movimiento. Así, reparó en las caras malignas talladas en la piedra y se detuvo a contemplarlas.

Los rostros ladinos asomaban entre la grandiosa marea de la catedral como quien guarda un secreto. Sabían muy bien estos diablillos que llevaban la contraria a la ilusión humana, que la catedral no era absoluta. Hacían guiños y lanzaban miradas lascivas, insinuando la cantidad de cosas que no tenían cabida en el fabuloso concepto de la iglesia. «Aunque veas aquí muchas cosas, hay un montón que no han incluido», se mofaban los duendes.

Ajenas a la elevación y la fuerza del gran impulso hacia el altar, estas caras tenían voluntad propia, movimiento propio, un conocimiento propio que desafiaba el flujo de la corriente, y se burlaban, victoriosas, de su propia pequeñez.

—¡Mira! —exclamó Anna—. ¡Mira qué caritas tan adorables! Mira ésta.

Will miró de mala gana. Aquélla era la voz de la serpiente en su Edén. Anna señaló una cara regordeta, ladina y maliciosa, tallada en la piedra.

—El hombre que la talló la conocía bien —señaló Anna—. Estoy segura de que era su mujer.

–No es una mujer, es un hombre –contestó Will, cortante.

–¿Tú crees?... ¡No! No es un hombre. Eso no es una cara de hombre.

Había un deje burlón en la voz de Anna. Will se rió un momento y siguió adelante. Anna no fue tras él. Se quedó merodeando alrededor de las tallas. Y él no podía continuar sin ella. La esperó, impaciente por esta interrupción. Anna le estaba aguando su febril relación con la catedral. Will empezó a poner mala cara.

–¡Esto sí que es bueno! –exclamó Anna una vez más–. Aquí está la misma mujer... ¡Mira! ¡Solo que esta vez parece enfadada! ¿No es maravilloso? ¡Mira qué horrible la ha tallado! –se rió de placer–. Seguro que la odiaba. ¡Debía de ser un hombre listo! Mírala... ¿No es estupenda? Parece una mujer de muy mal genio. Seguro que él disfrutó de lo lindo representándola así. Se vengó de ella, ¿verdad?

–Es una cara de hombre, no de mujer... Es un monje... Bien afeitado –dijo Will.

Anna soltó una carcajada que sonó como un ¡bah!

–Te horroriza pensar que el artesano retratará a su mujer en tu catedral, ¿verdad? –se mofó Anna, con un tintineo de risa irreverente. Y se le escapó una maliciosa carcajada de triunfo.

Anna se había liberado de la catedral, incluso había destruido la pasión de su marido. Se alegraba. Will estaba furioso. Por más que lo intentaba, la catedral había perdido todo su encanto para él. Estaba decepcionado. Lo que había sido su absoluto, lo que encerraba la totalidad del cielo y de la tierra, se había vuelto lo mismo que era para su mujer, un montón de materia muerta, modelada... pero muerta, muerta.

Will tenía la boca llena de ceniza y el alma de ira. Odió a Anna por haber destruido una más de sus ilusiones vitales. Pronto se vería privado de todo, sin nada en lo que apoyarse, sin una creencia en la que descansar.

Sin embargo, algo dentro de él respondía ahora al rostro sibilino con mayor profundidad de la que antes había respondido a la exaltación perfecta de su catedral.

Aun así, sentía una desolación y un abandono inmensos, y lo sacaba de quicio que Anna lo despojara de sus amadas realidades. Necesitaba su catedral, necesitaba satisfacer su ciega pasión. Y ya no podía. Algo se había interpuesto.

Volvieron a casa, alterados los dos. Anna sentía en cierto modo un respeto nuevo por las aspiraciones de su marido, mientras que Will sabía que sus catedrales nunca volverían a ser lo mismo para él. Hasta ese día, habían sido absolutas. Ahora las veía agazapadas bajo el cielo, y, aunque aún conservaban el mundo oscuro y misterioso de su realidad interior, era un mundo dentro de otro mundo, un espectáculo menor, mientras que antes habían sido para él un mundo dentro de un caos: una realidad, un orden, un absoluto, dentro de una confusión desprovista de sentido.

Hasta ese día Will había sentido que podía cruzar las grandes puertas y contemplar cómo avanzaba la penumbra hacia el milagro lejano y definitivo del altar, y que, por fin, con las ventanas suspendidas alrededor como tablillas de piedras preciosas que irradiaban su propia gloria, había llegado a su destino. La satisfacción que tanto anhelaba se acercaba por fin al inmenso pórtico de lo Desconocido, toda la

realidad se concentraba aquí, y el altar, al fondo, era el umbral místico que deben trasponer todas las cosas en su camino a la eternidad.

Ahora, decepcionado y triste sin saber por qué, Will comprendió que el umbral no era un umbral. Era demasiado estrecho, era falso. Fuera de la catedral volaba una multitud de espíritus que jamás pasaría por el tamiz de la suntuosa penumbra. Había perdido su absoluto.

Oía cantar a los zorzales en el jardín y detectaba una nota que no tenían las catedrales: una chispa de libertad, de despreocupación y alegría. Camino del trabajo, cruzaba un campo cubierto de dientes de león, bañado de un fulgor amarillo tan suntuoso y fresco al mismo tiempo que se alegraba de estar lejos de su umbría catedral.

Había vida fuera de la iglesia. Eran muchas las cosas que la iglesia no abarcaba. Pensó en Dios, y en la rueda azul del día. Esto era algo grandioso y libre. Pensó en las ruinas de los templos griegos y le pareció que un templo nunca llegaba a ser perfecto hasta que estaba en ruinas y se mezclaba con los vientos, el cielo y la hierba.

Aun así, le seguía encantando la iglesia. Le encantaba, como un símbolo. La iglesia lo atraía por lo que intentaba representar más que por lo que en realidad representaba. Aun así, le encantaba. La iglesia de Cossethay, pegada al muro de su jardín, lo llamaba, le ofrecía una atención cariñosa. Y él iba a hacerse cargo de ella, iba a conservarla. Era un objeto antiguo y sagrado para él. Se ocupó de la piedra y la madera, reparó el órgano, restauró una talla rota, arregló el mobiliario. Más adelante sería también director del coro.

El centro de su existencia se desplazaba, se volvía más superficial. No había sido capaz de convertirse en un ser completo, de encontrar una expresión real. No tenía más remedio que conservar su antigua forma. Pero su espíritu no había llegado a nacer.

Anna, absorta ahora en su hija, dejó que su marido siguiera su propio camino. Renunciaba de buen grado a cualquier incursión en realidades desconocidas. Tenía a su hija, su futuro inmediato y palpable era la niña. Su alma no había dado con la manera de expresarse, su útero sí.

La iglesia que lindaba con su casa se volvió para Will una presencia íntima y querida. La protegía, la cuidaba. Si no lograba encontrar una actividad nueva, sería feliz conservando su antigua y querida veneración. Conocía muy bien esta iglesia encalada y pequeña. En su penumbra volvía a sumergirse en la existencia. Le gustaba hundirse en su silencio como una piedra se hunde en el agua.

Cruzó el jardín de su casa, subió los escalones de la cerca y entró en el silencio y la paz de la iglesia. Al cerrarse la pesada puerta a sus espaldas, sus pisadas resonaron en el pasillo, un leve arrebató de ternura y paz mística resonó en su corazón. De todos modos estaba un poco avergonzado, como un hombre que ha fracasado y una vez más vuelve a buscar su plenitud.

Le encantaba encender las velas del órgano y, a solas, envuelto en el tenue

resplandor, ensayar los himnos y los cánticos del servicio. Los arcos encalados se retiraban en la oscuridad, la reverberación del órgano se extinguía en la inalterable quietud de la iglesia, de la torre llegaban ligeros ruidos fantasmales, y la música se elevaba de nuevo, sonora, victoriosa.

Dejó de preocuparse por su vida. Su voluntad se relajó y se despojó de todo. Lo que había entre él y su mujer era algo grande, aunque no lo fuera todo. Ella había triunfado. Él tenía que esperar y acatar, esperar y acatar. Anna, la niña y él eran uno. El órgano proclamaba la protesta de Will. Su alma yacía en la oscuridad, mientras pulsaba las teclas del órgano.

La niña fue para Anna una plenitud y una dicha absolutas. Sus deseos quedaron en suspenso, su alma rebosaba felicidad. Era una niña bastante delicada, y le costó sacarla adelante. En ningún momento se le ocurrió que pudiera morir. Era una niña delicada, por tanto la madre tenía el deber de fortalecerla. Y Anna se volcó en su tarea, la niña lo era todo. Ocupaba completamente la imaginación de Anna. Era madre. Le bastaba con tocar las tiernas extremidades de su hija, su cuerpecito, oír su voz tierna que gritaba en la quietud. Todo el futuro resonaba en el llanto y el arrullo de la recién nacida: cuidando de su hija, las manos de Anna sostenían los años por venir. La ardiente sensación de plenitud, de futuro germinado en su vientre, la hacía sentirse poderosa y viva. El futuro estaba en sus manos, en las manos de la mujer. Y, antes de que la niña cumpliera diez meses, la madre volvía a estar embarazada. Parecía inmersa en la tormenta fecunda de la existencia, cada instante de su vida era pleno y rebosaba actividad. Se sentía como la tierra, la madre de todas las cosas.

Will se ocupaba de la iglesia, tocaba el órgano, enseñaba a los niños del coro e impartía catequesis a los jóvenes. Estaba muy contento. Los domingos, enseñando a los muchachos, sentía una especie de hambre y anhelo de felicidad. Vivía continuamente ilusionado por la proximidad de un secreto que aún no alcanzaba a comprender.

En casa, Will atendía a su mujer y el pequeño matriarcado. Anna quería a su marido, porque era el padre de sus hijas. Y siempre había sentido por él una pasión física. Así, Will dejó de buscar la superioridad y el dominio espiritual, incluso el respeto de Anna por su vida consciente o pública. Vivía sencillamente sustentado en el amor físico de su mujer. Y atendía al pequeño matriarcado, cuidaba de Ursula y ayudaba en las tareas domésticas, ajeno a su propia importancia y dignidad. Este abandono de sus exigencias, este aislamiento de sus propios intereses, le daban sin embargo una apariencia irreal, insignificante.

Anna no estaba públicamente orgullosa de Will. No obstante, muy pronto aprendió a ser indiferente a la vida pública. Will no era lo que se dice un hombre viril: no bebía ni fumaba ni se arrogaba ninguna importancia. Sin embargo, era su marido, y, precisamente por esta indiferencia a las exigencias de la virilidad, Anna se sentía encumbrada en su propio mundo. Lo amaba físicamente y él la satisfacía. Will siempre estaba solo, como si fuera accesorio. Al principio a ella le molestaba que el

mundo exterior tuviera tan poca importancia para él. Si miraba a su marido con los ojos del mundo, se inclinaba a despreciarlo. Sin embargo, su desprecio se transformó en una suerte de respeto. Lo respetaba, por ser capaz de atenderla de una manera tan sencilla y absoluta. Por encima de todo, le encantaba engendrar a sus hijos. Le encantaba ser la fuente de sus hijos.

No entendía los oscuros y enigmáticos arrebatos de su marido ni su devoción por la iglesia. Era el edificio de la iglesia lo que a él le interesaba; y, al mismo tiempo, su alma era capaz de apasionarse por algo. Limpiaba la piedra, restauraba la madera, reparaba el órgano y conseguía que el canto alcanzara la máxima perfección posible. Su ocupación consistía en conservar intactos el tejido de la iglesia y el rito de la iglesia; tener completamente en sus manos el íntimo y sagrado recinto y dar forma al servicio completo. Había en las facciones de Will y en sus movimientos concentrados cierto brillo de angustia y tensión. Era como un amante que se sabe traicionado, pero que sigue amando, y su amor se vuelve aún más intenso. La Iglesia era falsa, pero él la servía con mayor dedicación.

De día, cumplía con su trabajo sin darse cuenta. No existía. Trabajaba mecánicamente hasta la hora de volver a casa.

Quería muchísimo a su pequeña Ursula, una niña de pelo oscuro, y esperaba el momento en que su hija cobrara conciencia de las cosas. La madre acaparaba a la niña por completo. Sin embargo, el corazón de Will aguardaba en su oscuridad. Ya llegaría su hora.

Con el tiempo, Will aprendió a someterse a Anna. Su mujer le imponía el espíritu de sus leyes, a la vez que le dejaba seguir las suyas al pie de la letra. Anna combatía los diablos que había dentro de Will. Sufría lo indecible con aquellos oscuros arrebatos de su marido, inexplicables e impredecibles, cuando la negrura se apoderaba de él y un viento negro parecía borrar de la existencia todo lo que se relacionara con él. Llegaba a sentir que Will la aniquilaba, a ella y todo lo demás.

Al principio se rebeló contra él. De noche, sumido en aquel estado, Will se arrodillaba para rezar. Anna lo veía, encogido.

—¿Qué haces ahí arrodillado, fingiendo que rezas? —le decía, con aspereza—. ¿Crees que alguien puede rezar con ese humor de perros que tienes ahora mismo?

Él seguía agazapado junto a la cama, sin moverse.

—¡Es horroroso! —insistía ella—. Y ¡es una farsa! ¿Qué finges decir? ¿A quién finges rezar?

Will seguía quieto, bullendo de rabia informe, como si su naturaleza se desintegrara por completo. Vivía sometido a una tensión permanente y, de vez en cuando, se dejaba llevar por estos arrebatos caóticos y oscuros, por el deseo de destrucción. Anna se rebelaba entonces, y se enzarzaban en un combate cruento, mortal. Y después la pasión renacía entre ellos, igual de negra y aterradora.

Poco a poco, no obstante, a medida que aprendía a quererlo mejor, Anna se hizo a un lado, y cuando veía que su marido tenía uno de sus arrebatos, hacía como si no

existiera, lo dejaba felizmente en su mundo, y ella se quedaba en el suyo. Will libraba una negra batalla consigo mismo para volver con su mujer. Y es que por fin había aprendido que viviría en el infierno mientras no volviera con ella. Así, luchaba por someterse a ella, y ella se asustaba al ver su mirada desagradable y tensa. Anna lo cortejaba y lo tomaba. Él se mostraba agradecido por su amor, sumiso.

Will construyó un cobertizo de madera para restaurar los objetos de la iglesia. Así, tenía mucho que hacer: su mujer, sus hijas, la iglesia, la madera, y su trabajo lo ocupaban totalmente. ¡Si no tuviera aquella limitación, aquella oscuridad en la mirada! Al final tuvo que rendirse. Tuvo que someterse a su ineptitud, a la limitación de su personalidad. Incluso tuvo que reconocer su temperamento, negro y violento, y aceptarlo. Pero la situación se fue tranquilizando cuando ella empezó a ser más comprensiva con él.

A veces, cuando estaba sentado, muy quieto, con una expresión luminosa y ausente, Anna veía el sufrimiento de su marido, a pesar de su luminosidad. Will era consciente de cierta limitación personal, de cierta deformidad en su propio ser, de ciertos brotes que no habían madurado, ciertos centros de oscuridad replegada que jamás llegarían a desplegarse y extenderse mientras su cuerpo siguiera con vida. No estaba preparado para la plenitud. Había en él algo que no había conseguido desarrollar y que lo limitaba, una oscuridad interior que no podía desplegar, que jamás se desplegaría dentro de él.

Capítulo VIII

La niña

Desde el primer momento, la niña despertó en su joven padre una emoción intensa y honda que él apenas se atrevía a reconocer, de tan intensa como era, surgida de sus propias tinieblas. Cuando la oía llorar, el pánico se apoderaba de él, consciente de cómo respondía el eco desde las profundidades insondables de su alma. ¿Tenía que conocer estos abismos, peligrosos y acechantes?

Daba vueltas de un lado a otro con la niña en brazos, angustiado por el llanto de su propia carne y su propia sangre. ¡Aquél era el llanto de su propia carne y su propia sangre! Will se enfrentaba con esta voz interior que estallaba sin previo aviso, desde sus abismos.

A veces, de noche, la niña no paraba de llorar, a esa hora en que la noche era más densa y el sueño aplastaba a Will. Y, adormilado, tendía una mano con la intención de posarla en la cara de su hija, para que dejase de llorar. Pero algo detenía su mano: la cualidad inhumana de aquel llanto insoportable y continuo lo obligaba a detenerse. Era un llanto impersonal, desprovisto de causa o de finalidad humana. Sin embargo, resonaba muy dentro de Will, despertaba en su alma la locura. Lo llenaba de terror, le ponía casi frenético.

Aprendió a aceptar estas cosas, a someterse a las atroces fuentes arrasadas de las que manaba su tejido vital. ¡No era lo que creía! Entonces, era lo que era, desconocido, poderoso y oscuro.

Se acostumbró a la niña, aprendió a cogerla en brazos y acunarla. La pequeña tenía una cabecita preciosa y redondeada que emocionaba a Will profundamente. Estaba dispuesto a pelear hasta la última gota de sangre por aquella cabeza exquisita, perfectamente redonda.

Aprendió a conocer las manos y los pies diminutos, los extraños ojos dorados, que no veían, la boca que se abría únicamente para llorar, para mamar o para mostrar una extraña sonrisa, sin dientes. Casi llegó a entender la laxitud de las piernecitas, que al principio le inspiraban cierta aversión. Aquellas piernas tenían una curiosa manera de patlear, tenían su propia ternura.

Una tarde, de repente, vio a esta cosita diminuta y viva, retozando desnuda en las rodillas de su madre, y se puso malo: le pareció completamente indefensa, desamparada y sola; en un mundo de superficies duras y altitudes diversas, estaría desvalida y desnuda en cualquier parte. De todos modos era una niña risueña. En su llanto ciego, aterrador, no se detectaba el terror ciego y lejano de su indefensa desnudez, el terror de estar completamente abandonada y desvalida en todas partes. Will no soportaba oír su llanto. Se le encogía el corazón y se ponía en guardia frente

al universo entero.

No obstante, esperó a que pasara el temor de aquellos días: veía venir la alegría. Veía la orejita preciosa, tierna y fresca de su hija, un mechón de pelo oscuro bruñido como una pelusa de bronce, como polvo de bronce. Y esperó a que la niña fuera suya, a que lo mirase y le respondiera.

Aunque tenía un ser independiente, la niña era su hija. La carne y la sangre de Will vibraban en su presencia. Acercaba a la pequeña a su pecho, con su risa apasionada y estridente. Y ella lo conocía.

Cuando aquellos ojos recién abiertos, recién amanecidos, lo miraban, Will quería que lo percibieran, que lo reconocieran. Entonces se sentía confirmado. La niña lo conocía, y esbozaba para su padre la mueca de una extraña carcajada. Él la acercaba a su pecho y prorrumpía en una carcajada triunfal.

Los ojos dorados de la niña se iluminaban y dilataban progresivamente al contemplar la expresión enigmática y radiante del joven Will. Conocía mejor a su madre, quería más a su madre. Pero el éxtasis más luminoso e intenso era para su padre.

Ursula empezó a fortalecerse y a moverse con energía y libertad, a articular sonidos semejantes a palabras. Había crecido. Reconocía las manos fuertes de su padre y se deleitaba en la fuerza de su abrazo, se reía y hacía gorgoritos cuando él jugaba con ella.

Y el corazón de Will ardía al rojo vivo de pasión por su hija. Ursula no había cumplido los dos años cuando nació la segunda niña. Entonces, Will se adueñó de ella. Era su hija mayor. La quería con todo su corazón.

La recién nacida tenía los ojos azules y oscuros y la piel clara: era más Brangwen, según decía la gente. Y tenía el pelo claro. Se olvidaban de que Anna, cuando era pequeña, tenía el pelo rubio y almidonado como un vellón. Llamaron Gudrun a su segunda hija.

Esta vez, Anna se sentía más fuerte y estaba más tranquila. No le decepcionó que no fuera un niño. Se contentaba con tener leche y poder amamantar a su hija: ¡ah, ah, qué felicidad, esta pequeña vida que succionaba la leche de su cuerpo! ¡Ah, ah, ah, qué felicidad, a medida que la niña se iba fortaleciendo, sentir las manitas agarradas a su pecho, ciega y entusiasmadamente, la boca diminuta que buscaba a la madre con un conocimiento ciego, certero, vital, la paz perfecta cuando el cuerpecito se relajaba y la boca y la garganta succionaban sin tregua, bebiendo la vida de Anna para crear una vida nueva, casi sollozando de intensa alegría al recibir su propia existencia, y el ansia con que se aferraban las manitas cuando el pezón se retiraba, negándose al rechazo! A Anna le bastaba con esto. Pareció sumirse en una especie de éxtasis por su maternidad, el éxtasis de la maternidad lo era todo.

Así, el padre tenía a la niña mayor, a la niña destetada; los ojos dorados y vivos de Ursula, llenos de asombro, eran para él, que había esperado detrás de la madre a que la necesidad lo buscara. La madre sentía la puñalada honda de los celos, pero

seguía absorta en la recién nacida. Era completamente suya, la necesidad de la pequeña dependía enteramente de ella.

Así, Ursula se convirtió en la niña predilecta de su padre. Ella era la florecilla y él era el sol. Will se mostraba paciente, activo e imaginativo para ella. Le enseñaba las cosas más divertidas, la colmaba y despertaba plenamente sus diminutas facultades. La niña respondía con su extravagante risa infantil y su voz alegre.

Ahora que había dos niñas, una mujer vino a ocuparse de las tareas domésticas, y Anna se dedicaba a sus hijas. Dos niñas no representaban demasiado trabajo pero, ahora que tenía a sus hijas, Anna aborrecía cualquier trabajo que no fuera el de cuidarlas.

Cuando Ursula empezó a corretear por todas partes, era una niña ensimismada, inquieta, que siempre se distraía sola y no necesitaba demasiada atención de otras personas. Por la tarde, a eso de las seis, Anna cruzaba el jardín hasta los peldaños de la cerca, pasaba a Ursula al otro lado y le decía: «Ve a buscar a papá». Y Brangwen, que ya estaba subiendo la cuesta, veía a lo lejos, en lo alto del camino, una cosita diminuta, con la cabeza oscura, que trotaba empujada por el viento y, al ver a su padre, echaba a correr cuesta abajo como loca, haciendo aspavientos con los brazos como un molino en miniatura. A Will le daba un vuelco el corazón, y corría con todas sus fuerzas a recibir a su hija, para cogerla, sabiendo que la niña se caería. Ursula seguía corriendo, entusiasmada, volando con los brazos. Y él se alegraba cuando por fin lograba alcanzarla. Un día, la niña se cayó cuando iba volando hacia su padre, con las manos en alto, y él vio cómo de pronto se daba de bruces contra el suelo. Cuando la recogió, Ursula sangraba por la boca. No soportaba recordar esta escena, le entraban ganas de llorar, incluso cuando ya era un anciano y su hija se había vuelto una extraña para él. ¡Cuánto había querido a esa niña! Su corazón se había abrasado de amor cuando era un muchacho recién casado.

Cuando Ursula tenía un par de años más, Will la veía trepar por los peldaños de la cerca, temeraria, con su mandil rojo, balancearse peligrosamente, caer, levantarse y correr hacia él. A veces le gustaba subirse a los hombros de su padre, otras veces prefería ir de su mano; a veces le echaba los brazos al cuello un momento y seguía correteando a sus anchas, en su mundo, mientras él la llamaba a voces. Will seguía siendo un muchacho alto, delgado e inestable, de solo veintidós años.

Fue él quien hizo la cuna de Ursula, su sillita, su taburete, su trona. Era él quien la subía a la mesa o le hacía una muñeca con la pata de un mueble viejo, y la niña lo miraba y decía:

—¡Hazle ojos, papi, hazle ojos!

Y Will hacía unos ojos con su cuchillo.

A Ursula le encantaba adornarse, y su padre le ataba un cordel de algodón en la oreja y colgaba del extremo una cuenta azul, como si fuera un pendiente. Le hizo varios pendientes, con una cuenta roja, una cuenta amarilla o una perlita. Y así, cuando volvía a casa y veía a la niña muy quieta, con una actitud muy estudiada, Will

se daba cuenta y decía:

–Vaya, veo que hoy te has puesto tus mejores pendientes de oro y perlas.

–Sí.

–Supongo que habrás ido a ver a la reina.

–Sí, he ido.

–Ah, y ¿qué te ha dicho?

–Me ha dicho... Me ha dicho... «No te ensucies ese vestido blanco tan bonito.»

Will daba a su hija los mejores bocados de su plato, se los metía en la boca roja y húmeda. Y le dibujaba un pájaro de mermelada en el pan con mantequilla, que Ursula saboreaba con inmenso placer.

La criada se marchaba después de recoger los cacharros de la cena, y la familia se quedaba a solas. Normalmente, Brangwen ayudaba a bañar a las niñas. Tenía largas discusiones con su hija, sentada en sus rodillas, mientras la desnudaba. Y en verdad parecía estar hablando de cuestiones trascendentales con una profunda carga moral. De repente, la niña dejaba de prestar atención, cuando veía una bolita de cristal que había rodado hasta un rincón. Se escabullía, y no tenía ninguna prisa por volver.

–Ven aquí –decía él, esperando.

Pero ella estaba concentrada y no hacía caso.

–Vamos –repetía su padre, con una nota de mando en la voz.

A Ursula se le escapaba una risita entusiasmada, pero fingía que estaba muy concentrada.

–¿Ha oído usted, señora mía?

Y la niña se volvía entonces con una carcajada exultante y fugaz. Will se abalanzaba y la cogía en brazos.

–¿Quién era la que no quería venir? –le decía, balanceándola con sus manos fuertes y haciéndole cosquillas. Y la niña se reía con verdaderas ganas. Le encantaba que su padre la doblegara con su fuerza y su determinación. Era todopoderoso para ella, la torre de la fortaleza que se alzaba hasta perderse de vista en la distancia.

Cuando las niñas se habían acostado, los padres a veces se sentaban a charlar, de cualquier cosa, con desgana. Will apenas leía. Cualquier lectura se volvía para él una realidad abrasadora, otra escena que transcurría al otro lado de su ventana. Anna a veces hojeaba un libro, por estar al corriente de las cosas, pero enseguida se cansaba.

Así, tenían la costumbre de sentarse a charlar de cualquier cosa. Lo que en verdad ocurría entre los dos no podían nombrarlo. Sus palabras eran meros accidentes en el silencio mutuo. Intercambiaban habladorías. Anna no tenía ganas de coser.

Adoptaba una pose encantadora, reflexiva, como si su corazón estuviera iluminado. A veces se volvía a su marido, riéndose, para contarle algún incidente del día. Él se reía, y hablaban un rato, antes de que el silencio vital, físico, volviera a instalarse entre ellos.

Aunque estaba delgada, Anna rebosaba vitalidad y color. Era completamente feliz sin hacer nada, sentada, con una dignidad lánguida y peculiar, tan indiferente que

parecía casi majestuosa, completamente despreocupada, confiada. El vínculo que los unía a los dos, aunque imposible de definir, era muy sólido. No permitía que nadie se les acercara.

Los rasgos de Will jamás cambiaron mientras Anna lo conoció, si acaso se acentuaron. Tenía un rostro rubicundo y enigmático, abstraído, no demasiado humano, con un brillo intenso y fijo. A veces, cuando sus ojos se encontraban con los de su mujer, despedían un flogonazo amarillo que velaba de oscuridad la conciencia de Anna, un flogonazo eléctrico, y una risa tenue, singular, se dibujaba en las facciones de Will. Anna apartaba los ojos lánguidamente y los cerraba a continuación, como hipnotizada. Y los dos se sumergían en la misma oscuridad poderosa. Will era como un gato negro y joven, concentrado, sigiloso, y, al mismo tiempo, su presencia se materializaba poco a poco, furtiva, hasta que su fuerza se apoderaba de Anna. La llamaba, no a ella, sino a algo que había dentro de ella y respondía sutilmente a su llamada, desde la oscuridad de su inconsciencia.

Así seguían unidos en una oscuridad pasional, electrizante, que rondaba eternamente a espaldas del día común, nunca a la luz. A la luz, Will parecía dormido, inconsciente. Anna lo conocía únicamente cuando él se liberaba de la oscuridad y sus ojos dorados y brillantes por fin lograban ver sus intenciones y deseos ocultos. Entonces, se quedaba hechizada, entonces respondía a su llamada penetrante y áspera con un leve estremecimiento en el alma, la oscuridad la despertaba, eléctrica, la envolvía en una sensación desconocida y abrumadora.

A estas alturas se conocían bien: ella era el día, la luz del día, él la sombra, apartada aunque poderosa en la oscuridad y rebosante de una voluptuosidad arrasadora.

Anna aprendió a no temerlo y a no odiarlo, a colmarse de él, a entregarse a su negro poder sensual, que a lo largo del día estaba oculto. Y aquella curiosa manera de mover los ojos, como si cayera en trance, privada de su conciencia ordinaria, se volvió característica en ella cuando se sentía amenazada o confrontada por algo en la vida, en la vida consciente.

Así continuaron, separados a la luz y casados en la densa oscuridad. Él consentía que ella ejerciera la autoridad durante el día, la respetaba por fin inquebrantablemente. Y ella, en la oscuridad, le pertenecía, a su familiaridad íntima, insinuante, hipnótica.

La actividad diaria de Will, su vida pública, eran una especie de sueño. Anna quería ser libre, pertenecer al día. Y él evitaba el día entregándose a su trabajo. Después del té, se iba al cobertizo con sus tareas de carpintería o de talla. Estaba restaurando el púlpito parchado y deteriorado, devolviéndole su forma original.

Le encantaba, sin embargo, tener cerca a su hija, jugando a sus pies. Ursula era un fragmento de luz que en verdad le pertenecía, que jugaba con su oscuridad. Dejaba la puerta del cobertizo entornada. Y, cuando, con un sexto sentido, detectaba una presencia, sabía que era la niña y se sentía satisfecho, se sentía en paz. Cuando estaba

a solas con ella, no quería fijarse en nada, no quería hablar. Quería vivir lejos del pensamiento, con la presencia de la niña revoloteando alrededor.

Siempre estaba callado. La niña empujaba la puerta y lo veía trabajando a la luz de la lámpara, remangado. La ropa le colgaba de cualquier manera, como un mero envoltorio. Por debajo de este envoltorio, el cuerpo de Will estaba concentrado, tenía una fuerza flexible y poderosa, enteramente propia, aislada. Desde muy pequeña, Ursula recordaba el antebrazo de su padre, cubierto de vello fino y negro, y su flexibilidad eléctrica mientras trabajaba en el banco con movimientos rápidos, imperceptibles, siempre emboscado en una especie de silencio.

Ursula se quedaba un momento en la puerta del cobertizo, esperando a que su padre la viera. Él se volvía, arqueando ligeramente las cejas negras y curvadas.

—¡Hola, señorita cotorra!

Y cerraba la puerta cuando la niña entraba. Ursula era feliz en el cobertizo, que olía a madera dulce y resonaba con el ruido del cepillo, el martillo o la sierra, cargado al mismo tiempo del silencio del carpintero. Jugeteaba, concentrada y distraída, entre las virutas y los recortes de madera. Jamás tocaba a su padre: aunque tenía cerca sus pies y sus piernas, nunca lo rozaba.

Le gustaba salir corriendo detrás de su padre cuando él iba a la iglesia de noche. Will quería estar solo, pero la cogía por encima de la cerca de piedra y dejaba que lo acompañase.

Una vez más, Ursula se sentía transportada cuando las puertas de la iglesia se cerraban a sus espaldas y los dos heredaban el recinto grande, pálido y vacío. Observaba con mucha atención mientras su padre encendía las velas del órgano, esperaba mientras él ensayaba sus melodías y luego se iba a corretear por todas partes, jugando como un gatito en la oscuridad, con las pupilas dilatadas. Las cuerdas de las campanas de la torre colgaban vagamente, gemelas, y Ursula siempre quería tocar las borlas esponjosas, rojas y blancas o azules y blancas. Pero no las alcanzaba.

A veces, su madre iba a buscarla. Y la niña se enfadaba. No soportaba la autoridad superficial de su madre. Quería afirmar su independencia.

Su padre, sin embargo, le daba de vez en cuando unos sustos de lo más crueles. La dejaba corretear por la iglesia, husmear entre los taburetes, los libros de salmos y los cojines, como una abeja entre las flores, mientras resonaba el eco del órgano. Pasaron así unas semanas. Hasta que un día, la mujer de la limpieza se hartó y se atrevió a plantar cara a Brangwen, lanzándose contra él como una arpía. Will se encogió, y le entraron ganas de romper el pescuezo de la bestia.

En vez de esto, volvió a casa, hecho una furia, y la pagó con Ursula.

—¿Qué te pasa, mico inaguantable, es que no puedes estar en la iglesia sin destrozarlo todo?

Tenía una voz rasposa y felina, y no veía a la niña. Ursula se escabulló con miedo y angustia infantil. ¿Qué era aquello, qué cosa tan espeluznante era?

Su madre se puso de parte de la niña, con su actitud serena, casi majestuosa.

–¿Qué ha hecho?

–¿Que qué ha hecho? No volverá a entrar en la iglesia a revolverlo, tirarlo y destrozarlo todo.

Anna movió los ojos despacio y bajó los párpados.

–¿Qué ha destrozado?

Will no lo sabía.

–La señora Wilkinson ha venido a quejarse, tiene una lista de todo lo que ha hecho.

Ursula se entristeció al notar el desprecio y la rabia con que su padre hablaba de ella.

–Dile a la señora Wilkinson que venga a verme con esa lista –contestó Anna–. Eso es cosa mía. Lo que te saca de quicio no es lo que haya hecho la niña –continuó–, es que no soportas que esa mujer te levante la voz. Pero no tienes valor para enfrentarte a ella, y vienes aquí con tu rabia.

Brangwen se quedó callado. Ursula se dio cuenta de que su padre había obrado mal. En el mundo exterior, superior, había obrado mal. Y sintió que la envolvía el frío del mundo impersonal. Se dio cuenta de que su madre tenía razón. Aun así, en su fuero interno reclamaba a su padre, quería que él tuviera razón, en su mundo oscuro y sensual. Pero Will estaba fuera de sí, y se fue, con su negrura y su silencio brutal.

La niña correteaba por todas partes, absorta en la vida, tranquila, entretenida. No se fijaba ni en las cosas ni en los cambios ni en las alteraciones. Un día encontraba margaritas entre la hierba, otro día las flores del manzano rociaban la tierra de blanco, y Ursula correteaba entre ellas, de puro placer. Otro día los pájaros picoteaban las cerezas y su padre las sacudía del árbol y las esparcía por todo el jardín, alrededor de la niña. Más tarde, los campos se cubrían de heno.

Ursula no se acordaba de lo que había pasado ni sabía lo que pasaría a continuación, las cosas externas estaban en su sitio todos los días. Ella siempre era la misma, el mundo exterior era accidental. Incluso su madre era para ella accidental: una condición que tenía que soportar.

Únicamente su padre ocupaba una posición permanente en su conciencia infantil. Cuando Will volvía a casa, Ursula recordaba vagamente cómo se había marchado: cuando se iba, sabía vagamente que tenía que esperar a que regresara. Sin embargo, cuando Anna volvía de hacer algún recado, para Ursula simplemente aparecía, no había ningún motivo para relacionarla con una partida previa.

El regreso o la partida del padre eran el único acontecimiento que la niña recordaba. Cuando llegaba Will, algo se despertaba dentro de Ursula, una especie de anhelo. Sabía cuándo su padre estaba alterado, irritable o cansado, y entonces se inquietaba, no podía descansar.

Cuando él estaba en casa, se sentía tranquila y cálida, pletórica como un animal al sol. Cuando él se marchaba, se volvía confusa, olvidadiza. Incluso cuando su padre la reñía, Ursula era más consciente de él que de sí misma. Su padre era su fuerza y su

ser superior.

Ursula tenía tres años cuando nació otra niña. Para entonces, las dos hermanas, Gudrun y Ursula, estaban muy unidas. Gudrun era una niña callada, que pasaba muchas horas jugando sola, absorta en sus fantasías. Tenía el pelo castaño, la piel clara y una placidez muy singular, era una niña casi pasiva. Ahora bien, cuando quería algo, su voluntad era indoblegable. Gudrun siguió a Ursula en todo desde el primer momento. Aun así, era muy suya, y era curioso ver a las dos hermanas juntas. Parecían un par de cachorritos jugando juntos, sin fijarse realmente el uno en el otro. Aunque Gudrun era la favorita de su madre, Anna siempre se entregaba a la vida recién nacida.

La carga de tantas vidas era agotadora para el joven Brangwen. Tenía su trabajo, que sacaba adelante por pura fuerza de voluntad; tenía su inútil pasión por la iglesia; tenía tres hijas. Además, su salud no era buena por aquel entonces, estaba irritable y demacrado, y su presencia en la casa era como una plaga. Cuando se alteraba, le decían que se fuera al cobertizo o a la iglesia.

Llegó a forjarse una curiosa alianza entre Will y la pequeña Ursula. Eran muy conscientes el uno de la otra. Él sabía que la niña siempre estaba de su parte. Sin embargo, ella nada contaba en la conciencia de Will. Siempre estaba disponible para él. No la valoraba. A pesar de todo, su vida dependía de la niña, incluso cuando era muy pequeña, de su apoyo y su aprobación.

Anna seguía sumida en el violento trance de su maternidad, siempre atareada, siempre agobiada, pero siempre instalada en el trance de su maternidad. Parecía existir en su violenta fecundidad, como bañada por el sol del trópico. Tenía la piel luminosa, un brillo fecundo en la mirada, y una melena corta, castaña y suelta. Estaba espléndida. Ninguna responsabilidad, ningún sentido del deber la preocupaban. La vida exterior, la vida social, significaba para ella menos que nada.

A los veintiséis años, cuando Will se vio convertido en padre de cuatro niñas, con una mujer que vivía intrínsecamente ajena a todo, como los lirios del campo, el peso de la responsabilidad lo aplastó y lo arrastró por completo. Fue entonces cuando su hija Ursula puso mayor empeño en estar con él. Incluso a los cuatro años, estaba con su padre cuando él se ponía irritable y gritaba y hacía sufrir a todo el mundo en casa. Ursula sufría al oír los gritos de su padre, pero en cierto modo le parecía que quien gritaba no era él. Quería que su padre dejara de gritar, quería recuperar su vínculo con él. Cuando Will se ponía desagradable, la niña respondía ciegamente a la llamada de cierta necesidad que detectaba en él. Su corazón lo seguía, como si su padre estuviera atado a ella y guardara un amor que no podía ofrecer. Su corazón lo seguía con un amor insistente.

Sin embargo, tenía una vaga conciencia de su pequeñez y su incapacidad, una funesta sensación de que no valía nada. No podía hacer nada, no era suficiente. No lograba ser importante para su padre. Y esta revelación la paralizó desde el principio.

Aun así, seguía a su padre como una aguja temblorosa. Su vida entera estaba

dirigida por su conciencia de él, siempre despierta para él. Y se rebeló contra su madre.

Su padre era el amanecer en el que despertaba su conciencia. Para él, sin embargo, ella podía irse con las demás niñas, Gudrun, Theresa y Catherine, fundirse con las flores, los insectos y los juguetes, sin llegar a tener una existencia independiente, más allá del objeto concreto que la atención de la niña representaba para él. Pero Ursula sentía a su padre demasiado cerca. La fuerza de sus manos y el poder de su pecho la despertaban, casi con dolor, la sacaban de la inconsciencia transitoria de la niñez. Con los ojos muy abiertos, sin ver, despertó antes de aprender a ver. Despertó demasiado pronto. La llamada llegó demasiado pronto para ella, cuando aún era una niña de cuna y su padre la estrechaba contra su pecho, el corazón adormilado de Ursula se despertaba sacudido por la fuerza de ese otro corazón más poderoso, por la manera en que él la apretaba contra su cuerpo, buscando amor y plenitud, pidiendo como pide un imán. Y la respuesta combatía levemente dentro de Ursula, cobraba forma vagamente.

Vestían a las niñas con ropa de campo, resistente. Cuando era pequeña, Ursula correteaba con unos zuecos de madera, un babi azul encima del vestido de lana roja y un chal rojo cruzado en el pecho y anudado en la espalda. Así salía corriendo con su padre al huerto.

Se levantaban temprano. A las seis de la mañana, Will ya estaba cavando la tierra, y a las ocho y media se iba al trabajo. Y Ursula normalmente estaba en el huerto con él, pero no se acercaba.

Un año, por Pascua, ayudó a su padre a enterrar las patatas. Era la primera vez que lo ayudaba. Esta imagen se le quedó grabada como uno de sus primeros recuerdos. Salieron poco después de amanecer. Soplaba un viento frío. Brangwen llevaba los pantalones metidos en las botas, sin abrigo ni chaleco, las mangas de la camisa aleteando al viento, la cara colorada y concentrada, como adormilado. Cuando se ponía a trabajar, Will no oía ni veía. El hombre alto y delgado, que todavía conservaba su aspecto juvenil, con un bigote muy fino, los labios carnosos y el pelo sedoso, alborotado en la frente, trabajaba la tierra, a solas, con la primera luz grisácea del día. Su soledad atraía a la niña como un hechizo.

El viento fresco acariciaba los campos de color verde oscuro. Ursula se acercó corriendo y vio cómo su padre hundía la estaca de sembrar a un lado de la tierra que ya había preparado, cruzaba luego al otro lado de una zancada, y hundía la estaca de nuevo, con el cordel bien tenso entre los terrones. Con un ruido afilado y seco, la pala brillante se acercó entonces a la niña y se clavó en la tierra nueva y tierna.

Brangwen dejó la pala en vertical y se enderezó.

—¿Quieres ayudarme? —dijo.

Ella lo miró, con su gorrito de lana.

—Sí —dijo él—, puedes ayudarme a enterrar las patatas. Mira... Así... ¿Ves esos brotes que asoman? Están demasiado sueltos.

Inclinándose rápidamente, aseguró en la blanda envoltura los brotes de las patatas que yacían tristes y separados en la tierra dura y fría.

Dio a la niña un cestillo y se fue al otro extremo del surco. Ursula lo veía agachado, acercándose poco a poco. Estaba emocionada por la novedad. Enterró una patata y la recolocó a continuación, hasta dejarla bien asentada. Algunos brotes se habían partido, y la niña tenía miedo. La responsabilidad la atenazaba, como si la hubieran atado con una cuerda. No dejaba de mirar con temor el cordel enterrado en el montón de tierra negra. Su padre se acercaba poco a poco, doblado, estaba cada vez más cerca. Ursula se sentía desbordada por la responsabilidad. Enterraba las patatas muy deprisa en la tierra fría.

Brangwen se acercó.

—No las pongas tan juntas —dijo, inclinándose sobre las patatas de la niña, desenterrando algunas y recolocando las demás. Ursula estaba quieta, aterrada por una dolorosa indefensión infantil. Su padre era un ser invisible y seguro, y ella quería hacer lo que le había pedido, pero no podía. Se quedó a su lado, mirando, con su babi azul aleteando al viento y los flecos rojos del chal de lana levantados por las rachas de aire. Brangwen siguió adelante por el surco, implacable, enterrando las patatas en los nítidos cortes de la pala. No se fijaba en Ursula, únicamente en su trabajo. Tenía un mundo propio, ajeno al de su hija.

Y la niña seguía quieta, desvalida, varada en el mundo de Brangwen. Él seguía adelante. Ella sabía que no podía ayudarlo. Sintiéndose desamparada, por fin dio media vuelta y echó a correr por el huerto lo más deprisa que pudo, para alejarse de él, para olvidarse de él y de su actividad.

Brangwen echó de menos la presencia de la niña, su carita, con el chal de lana rojo, el aleteo de su babi azul. Ursula llegó corriendo a un reguero de agua que se abría paso entre la hierba y las piedras. Le encantaba aquel reguero.

Cuando Brangwen se encontró con su hija, le dijo:

—No me has ayudado mucho.

Ursula lo miró sin decir nada. Ya estaba bastante arrepentida y decepcionada de su comportamiento. Sus labios estaban mudos y tristes. Pero él no se dio cuenta, siguió su camino.

Y ella siguió jugando, precisamente porque estaba decepcionada, se entregó a su juego con todo su afán. Le daba miedo cumplir con su tarea, porque no era capaz de hacerlo tan bien como su padre. Era consciente de la brecha que los separaba. Sabía que no tenía ningún poder. La facultad de los adultos para el trabajo consciente era un misterio para ella.

Will aplastaba y destruía su mundo de sensibilidad infantil. Su madre era indulgente y despreocupada. Las niñas pasaban el día entero jugando a sus anchas. Ursula era una niña muy distraída: ¿por qué tenía que acordarse de las cosas? Si veía al otro lado del jardín que el seto se había cubierto de yemas, y quería aquellos brotes diminutos, de color rosa verdoso, para hacer pan y queso y jugar a las meriendas, allá

que iba a cogerlos.

Luego, de pronto, puede que al día siguiente, casi se le escapaba el alma del cuerpo cuando su padre le preguntaba a gritos:

–¿Quién ha estado correteando y pisoteando donde acabo de plantar las semillas? ¡Sé que has sido tú! ¡Siempre incordiando! ¿No puedes andar por otro sitio? ¿Tienes que pisotear mis semillas? Pero es que tú eres así, eso es lo que pasa: solo piensas en hacer lo que te da la gana.

Horrorizaba a Will, en su mundo ordenado, ver las líneas en zig-zag que trazaban las pisadas profundas en la tierra que había trabajado. Ursula se sentía hecha trizas, pisoteada en lo más tierno de su alma. ¿Por qué estaban ahí aquellas pisadas? Ella no quería hacerlas. Se quedaba perpleja de dolor, de vergüenza y de irrealidad.

Su alma, su conciencia, parecieron extinguirse. Se volvió introvertida e insensible, apática, con el alma indiferente y dura. La sensación de su propia irrealidad la endureció como una helada. Nada le interesaba.

Y su expresión, cerrada y altiva, de orgullosa indiferencia, prendía la cólera de su padre. Quería despedazarla.

–Te voy a romper esa cara de terca –decía, apretando los dientes, levantando la mano.

Ella no se inmutaba. Su mirada indiferente, de absoluta indiferencia, como si no existiera nada aparte de sí misma, seguía imperturbable.

Sin embargo, en lo más hondo, los sollozos le desgarraban el alma. Y, cuando su padre la dejaba en paz, Ursula iba a esconderse debajo del sofá de la sala, y se quedaba allí tumbada, atenazada por el mudo y oculto sufrimiento de la niñez.

Cuando salía, gateando, al cabo de una hora, se iba a jugar, muy tensa. Intentaba olvidar. Cortaba el hilo que unía su alma infantil a su memoria, para que el dolor y la humillación no fueran reales. Afirmaba únicamente su propio ser. No había en el mundo nada más que su propio ser. Así, pronto tomó conciencia de la maldad que la acechaba fuera. Y muy pronto aprendió que incluso su adorado padre era parte de esta maldad. Y muy pronto aprendió a endurecer su alma, resistiéndose a todo lo que estaba fuera de ella, y negándolo, endureciéndose en su propio ser.

Jamás se arrepentía de sus actos, jamás perdonaba a quienes la hacían sentirse culpable. Si su padre le decía: «Ursula, ¿por qué has pisoteado el semillero que tanto trabajo me ha dado?», se sentía herida en lo más vivo y habría hecho cualquier cosa por él. Pero vivía continuamente atormentada por la irrealidad del mundo exterior. La tierra era para pisar. ¿Por qué no podía pisar una zona en concreto? ¿Solo porque se llamaba el semillero? Era tierra para pisar. Así razonaba instintivamente. Y, si su padre la regañaba, se endurecía, cortaba todos sus vínculos, vivía en el pequeño universo aislado de su violenta voluntad.

A medida que Ursula cumplía años, cinco, seis, siete, el vínculo que la unía a su padre se iba fortaleciendo. De todos modos, se tensaba continuamente y podía romperse en cualquier momento. Y ella se refugiaba continuamente en la violenta

voluntad del universo aislado de su ser. Brangwen rechinaba los dientes de rabia, porque seguía queriéndola. Ella, sin embargo, consiguió endurecerse en el universo de su propio ser, impenetrable.

A Brangwen le gustaba mucho nadar y, cuando hacía calor, llevaba a Ursula a bañarse en el canal, a un sitio tranquilo, o a un estanque o un lago. Nadaba con la niña en la espalda, y ella se sujetaba con fuerza, notando la potencia del movimiento, tan potente como si pudiera levantar el mundo entero. Más tarde, Will le enseñó a nadar.

Ursula era una niña temeraria cuando su padre la retaba. Y Brangwen tenía un extraño afán por asustarla, para ver cómo reaccionaba. Le preguntaba si se atrevía a saltar desde el puente del canal, subida a su espalda.

Sí, se atrevía. A él le encantaba sentir a la niña desnuda, abrazada a sus hombros. Sus voluntades se enzarzaban en un combate singular. Will subía al parapeto del puente. El agua estaba muy abajo. Sin embargo, la voluntad de la niña se imponía a la del padre. Se clavaba a él.

Will saltaba, con la niña a cuestas. El choque con el agua golpeaba el cuerpo menudo de Ursula, con una especie de inconsciencia. Pero ella no se inmutaba. Y, cuando salían a la superficie, cuando se acercaban a la orilla, cuando se sentaban en la hierba, su padre se reía y decía que lo había hecho muy bien. Y ella lo miraba muda de asombro, con las pupilas dilatadas, oscuramente asombrada por la impresión, pero reservada e insondable, y él se reía casi con un sollozo.

Al momento estaba otra vez agarrada a la espalda de su padre, buceando en las aguas profundas. Estaba acostumbrada, desde que nació, a la desnudez de su padre y a la desnudez de su madre. Padre e hija se sostenían mutuamente y se resarcían mutuamente del extraño golpe que habían recibido. Sin embargo, otras veces, Will saltaba con la niña desde el puente de un modo temerario, casi perverso. Hasta que un día, al saltar, Ursula cayó encima de la cabeza de su padre y estuvo a punto de desnucarlo. Se hundieron en el agua enredados y, por unos momentos, lucharon contra la muerte. Will salvó a la niña, y se sentaron en la orilla, temblando. Pero la negrura de la muerte se adueñó de los ojos de Will, como si la muerte hubiera segado sus vidas, separándolos.

Aun así, no estaban separados. Había entre ellos una curiosa e hiriente intimidad. Cuando llegaba la feria al pueblo, Ursula quería montar en la barca. Will subía con ella y, de pie en el columpio, agarrado a las cadenas, empezaba a impulsarse cada vez más, hasta alcanzar una altura peligrosa. La niña se aferraba al asiento con todas sus fuerzas.

—¿Quieres subir más alto? —preguntaba él. Y ella se reía, con los ojos muy abiertos y dilatados. Volaban por los aires.

—Sí —contestaba Ursula, con la sensación de que iba a convertirse en vapor, a separarse de todo y fundirse. La barca subía hasta lo más alto, caía como una piedra y reanudaba su vertiginoso ascenso.

–¿Más alto? –decía él, mirando por encima del hombro, con una expresión perversa en el rostro hermoso.

Ursula se reía, con los labios blancos.

Y Brangwen impulsaba la barca por el aire, trazando un amplio semicírculo, hasta que el columpio se sacudía y se zarandeaba al alcanzar la horizontal. La niña se sujetaba con todas sus fuerzas, pálida, mirando fijamente a su padre. La gente los veía y empezaba a gritar. La sacudida había estado a punto de derribarlos. Will hizo lo que pudo... Pero todo el mundo le reprochaba su comportamiento. Se sentó y dejó de impulsar el columpio.

Cuando bajó de la barca y oyó los abucheos de la gente, Will se echó a reír. Ursula se aferró a la mano de su padre, pálida y muda. Al rato estaba muy mareada. Brangwen le dio limonada, y la niña bebió un poco.

–No le digas a tu madre que te has mareado –dijo.

No hacía falta que se lo advirtiera. Cuando llegó a casa, Ursula se metió debajo del sofá, como un animalillo enfermo, y no salió de allí en mucho tiempo.

Pero Anna se enteró de la aventura, y se puso como una furia con su marido, lo despreció. Los ojos dorados de Will se iluminaron, en sus labios se dibujó una sonrisa extraña, cruel. Y, al ver el gesto de su padre, por primera vez en su vida, la decepción se apoderó de Ursula, con una sensación aislante y fría. Se acercó a su madre. Su alma había muerto para él. Estaba asqueada.

Pese a todo, se olvidó de lo ocurrido y siguió queriendo a su padre, aunque de una manera más fría. Por aquel entonces, a sus veintiocho años, Will tenía un temperamento extraño y violento, sensual. Empezó a ejercer cierto poder sobre Anna, sobre cualquiera que se relacionara con él.

Tras un largo período de hostilidad, Anna terminó por hacer las paces con su marido. Tenía cuatro hijas. Llevaba siete años absorta en su condición de madre y mujer casada. Will había estado a su lado a lo largo de estos años, sin llegar a invadirla. Luego, poco a poco, pareció que otro ser comenzaba a afirmarse dentro de él. Aunque seguía mostrándose silencioso y aislado, Anna se sentía acosada en todo momento, como si el pecho y el cuerpo de su marido fueran una amenaza, y él se acercaba cada vez más. Poco a poco, Will se volvió indiferente a sus responsabilidades. Hacía exclusivamente lo que se le antojaba.

Empezó a salir con frecuencia. Los sábados iba a Nottingham, siempre solo, al partido de fútbol y al teatro de variedades, y siempre estaba en guardia, alerta. Nunca le había gustado beber. Sin embargo, con sus ojos dorados y duros, que todo lo veían con aquellas pupilas diminutas y negras, observaba a todo el mundo, todo lo que pasaba, y esperaba.

Una noche, en el Empire, se sentó con dos chicas. Se fijó en la que estaba más cerca. Era una chica muy menuda, corriente, con el cutis claro y el labio superior separado de los dientes, de manera que, cuando se distraía, entreabría ligeramente la boca y empujaba los labios hacia fuera con una especie de llamada ciega. Era muy

consciente del hombre que tenía a su lado, y estaba muy quieta, muy quieta. No apartaba la vista del escenario. Tenía las manos apoyadas en las rodillas, en una actitud muy estudiada y quieta.

Una luz se encendió dentro de Will: ¿debía empezar con ella? ¿Debía empezar con ella a vivir esa otra vida prohibida de su deseo? ¿Por qué no? Siempre se había portado bien. Aparte de su mujer, era virgen. Y ¿por qué, si todas las mujeres eran distintas? ¿Por qué, si solo viviría una vez? Quería esa otra vida. Llevaba una vida anodina, no le bastaba. Quería la otra.

La boca abierta de la chica, con los dientes pequeños, desiguales y blancos, lo llamaba. Era una boca abierta y dispuesta. ¡Tan vulnerable! ¿Por qué no podía entrar en aquella boca y disfrutar de sus secretos? El brazo esbelto, apoyado en el regazo tan inmóvil y quieto, era hermoso. La chica era menuda, casi podría abarcarla con las manos. Era menuda, casi como una niña, y guapa. Su aspecto infantil excitaba profundamente a Will. Estaría indefensa en sus manos.

—Éste ha sido el mejor número —dijo, acercándose a ella mientras aplaudía. Se sentía inquebrantable y fuerte, enfrentado al mundo entero. Tenía el alma vigilante y viva, radiante de diversión. Era totalmente independiente. Era él, lo absoluto, el resto del mundo no era más que un objeto obligado a servir a su ser.

La chica se sobresaltó, volvió la cabeza y sus ojos se iluminaron con el destello de una sonrisa casi dolorosa, a la vez que se sonrojaba profundamente.

—Sí, lo ha sido —dijo, sin ningún sentido, y ocultó con los labios los dientes saltones. Dicho esto puso la vista al frente, sin fijarse en nada, solo consciente de que le ardían las mejillas.

Esta reacción despertó una agradable sensación en Will. Sus venas y sus nervios estaban atentos a la muchacha, que era tan joven y palpitante.

—El programa no es tan bueno como el de la semana pasada —dijo.

Y otra vez ella ladeó la cabeza, y sus ojos claros, brillantes, brillantes como una lámina de agua, se llenaron de luz, aterrorizados, pero se iluminaron sin querer, respondiendo con temblor.

—¡Ah! La semana pasada no pude venir.

Will detectó el acento vulgar. Y le gustó. Sabía a qué clase social pertenecía la muchacha. Probablemente era una criada. Le gustó que fuera una chica vulgar.

Y empezó a hablarle del programa de la semana anterior. Ella contestaba al azar, de una manera muy confusa. Tenía las mejillas encendidas. Pero siempre contestaba. Su compañera se mostraba distante, ostensiblemente callada. Will hizo como si no la viese. Toda su atención era para la chica de los ojos brillantes y claros y la boca vulnerable y abierta.

El diálogo prosiguió, al azar y sin sentido por parte de la joven, deliberado y consciente por parte de Will. Era un placer para él esta conversación, una actividad placentera como un juego de destreza y azar. Estaba muy tranquilo y de buen humor, aunque también consciente de su poder. La joven temblaba bajo la presión constante

y cálida de Will, bajo su seguridad.

Se acercaba el final de la función. Los sentidos de Will estaban agudizados, puestos en su propósito. Tenía que conservar el terreno ganado. Siguió a la joven y a su anodina compañera por las escaleras, hasta la calle. Estaba lloviendo.

–¡Qué noche tan horrible! –dijo–. ¿Vienes a tomar algo...? ¿Una taza de café...? Todavía es temprano.

–No creo –contestó la muchacha, con la mirada perdida en la noche.

–Me gustaría mucho –insistió Will, como poniéndose a su disposición.

Hubo una pausa.

–Vamos a Rollins –propuso.

–No... Ahí no.

–¿A Carson, entonces?

Hubo un silencio. La otra chica no se marchaba. El hombre era el centro de atracción.

–¿Tu amiga viene también?

Hubo otro instante de silencio, mientras la compañera sopesaba la situación.

–No, gracias –contestó–. He prometido ir a ver a una amiga.

–¿En otra ocasión? –preguntó Will.

–Sí, gracias –dijo la joven, muy incómoda.

–Buenas noches.

–Nos vemos luego –dijo la chica de Will a su amiga.

–¿Dónde?

–Ya lo sabes, Gertie.

–Muy bien, Jennie.

La amiga desapareció en la oscuridad. Will fue con su chica al salón de té. Hablaron sin parar. Will construía sus frases con el placer puro, casi muscular, de ejercitarse. No apartaba sus ojos de ella, reconociéndola, apreciándola, descubriéndola, gratificándose con ella. Le encontraba diversos encantos: las cejas, con una curva muy singular, le causaban un vivo placer estético. A continuación se fijó en sus ojos brillantes y cristalinos, como una lámina de agua, y creyó conocerlos. Y ahí seguía la boca abierta, expuesta, roja y vulnerable, que Will, de momento, se reservaba para más adelante. La observaba sin tregua, evaluando y considerando con placer su joven ternura. La muchacha en sí, quién fuera o qué fuera, le traía sin cuidado, era completamente ajeno a su condición humana. La joven era exclusivamente el objeto sensual de su atención.

–¿Vamos, entonces? –dijo.

Ella se levantó en silencio, como si actuara sin pensar, con una reacción meramente física. Parecía que Will la atrapaba con su voluntad. Fuera, seguía lloviendo.

–Demos un paseo –propuso él–. No me molesta la lluvia. ¿A ti?

–No, a mí tampoco.

Will estaba en tensión hasta la última fibra, con los cinco sentidos, pero firme y seguro, iluminado, como transportado. Tenía la sensación de andar libremente en su propia oscuridad, no en el mundo de otra persona. Era un mundo puro en sí mismo, desprovisto de toda relación con una conciencia general. No reconocía más autoridad que la de sus sentidos. Todo lo demás era externo, insignificante, y estaba solo con aquella mujer a la que quería absorber, cuyas propiedades quería absorber con sus sentidos. Ella no le interesaba: solo quería vencer su resistencia, tenerla en su poder, disfrutar de ella plena y absolutamente.

Se adentraron por calles oscuras. Will cubría a su acompañante con el paraguas y la abrazaba del talle. Ella andaba como si estuviera inconsciente. Poco a poco, mientras paseaban, él la fue acercando al movimiento de su costado y su cadera. La joven se acoplaba de maravilla. Era estupendo, pasear acoplado con ella. Will sentía una conciencia exquisita de su musculatura. La mano con que agarraba a la muchacha del talle apreciaba su curva, y le parecía a Will una creación nueva, una realidad, un absoluto, la belleza del absoluto viva y tangible. Era como una estrella. Todo su ser estaba absorto en el deleite sensual de esta pequeña y firme curvatura del cuerpo de la joven, que él iluminaba con su mano y con todo su ser.

La llevó al parque, donde la oscuridad era casi total. Vio un rincón entre dos paredes, debajo de una mata de yedra colgante.

–Vamos a quedarnos aquí un momento –dijo.

Cerró el paraguas y siguió a la muchacha hasta el rincón, apartándose de la lluvia. No necesitaba ojos para ver. Quería conocer exclusivamente a través del tacto. La mujer era un trozo de oscuridad palpable. Se encontró con ella en la oscuridad, la abrazó y posó sus manos en aquel cuerpo. Ella estaba inescrutable y callada. Pero Will no quería saber nada de ella, solamente quería descubrirla. Y ¡qué belleza tan absoluta palpaba a través de la ropa!

–Quítate el sombrero –dijo.

En silencio, obediente, ella se quitó el sombrero y se entregó de nuevo a los brazos del hombre. A Will le gustaba aquella muchacha... Le gustaba su roce... Quería conocerla más íntimamente. Dejó que sus dedos buscaran sutilmente la mejilla y el cuello de la mujer. ¡Qué belleza y qué placer tan prodigiosos, en la oscuridad! Sus dedos habían acariciado infinidad de veces la cara y el cuello de Anna de la misma manera. ¡Qué curioso! Era un hombre el que tocaba a Anna y otro hombre el que ahora tocaba a esta muchacha. Le gustaba más su nuevo yo. Se había abandonado enteramente al conocimiento sensual de la mujer, y sentía en todo momento que tocaba la belleza absoluta, inalcanzable para el conocimiento.

Maravilladas y exultantes por sus hallazgos, las manos de Will estrechaban el cuerpo de la mujer con infinita sutileza, la llamaban, la buscaban con un deseo tan exquisito que también ella estaba casi diluida en el absoluto del conocimiento sensual. Con inmenso placer sensual, la joven dobló las rodillas, los muslos, sus entrañas se fundieron. Y esto fue para Will un elemento de belleza adicional.

Sin embargo, se aplicó con paciencia a que ella se tranquilizara, con paciencia, todo su ser se concentró en la sonrisa de placer latente, todo su cuerpo electrizado por la fuerza poderosa y sutil con que reducía a la mujer. Por fin se decidió besarla, y su beso le pareció a ella insidioso, casi una ofensa. Su boca abierta estaba demasiado indefensa y desprotegida. Él lo sabía, y su primer beso fue suave, y tierno, y tranquilizador, muy tranquilizador. De esta manera, la boca suave y desamparada cobró confianza, se volvió casi intrépida y buscó los labios de Will. Él respondió despacio, despacio, con creciente intensidad, hasta que ella no pudo soportar tanta intensidad y tuvo la sensación de que se hundía. Se hundía despacio, mientras la sonrisa de placer latente se tensaba en los labios de Will, seguro de ella. Dejó que toda la fuerza de su deseo aplastara a la mujer hasta anularla. Pero la impresión fue demasiado intensa para ella.

Con un movimiento brusco, horrible, rompió la envoltura que los encerraba a los dos.

—¡No...! ¡No!

Fue un grito horroroso el que salió de sus labios, un grito que no le pertenecía. Una extraña agonía de terror resonó en sus palabras. Algo que no era suyo vibró en su voz. Los nervios de Will se rasgaron como un paño de seda.

—¿Qué pasa? —preguntó, aparentando tranquilidad—. ¿Qué pasa?

Ella volvió a acercarse, aunque temblorosa, reservada esta vez.

Will encontró placer en ese grito. De todos modos, sabía que todo era demasiado repentino para ella. Se mostró más prudente esta vez. Por unos momentos, se limitó a cobijarla. El grito también había abierto una fisura en su voluntad inquebrantable. Quería perseverar, comenzar de nuevo, llegar al punto en que ella se había dejado llevar y conducirse con más cautela y un resultado afortunado. La mujer había ganado por el momento. Pero la batalla aún no había concluido. Aun así, una voz despertaba dentro de Will y lo exhortaba a dejar que ella se fuera... A dejarla marchar con desdén.

La cobijó, la tranquilizó, la acarició y la besó, y una vez más comenzó a acercarse poco a poco. Se recompuso. Aunque no llegara a tomarla, quería que la mujer se tranquilizara, quería aniquilar su resistencia. La besó muy suavemente, con una caricia infinita, como si la acariciara con todo su ser. Pero, cuando estaba al borde del desvanecimiento, a punto de romperse, la mujer emitió un gemido inarticulado, vencido:

—No... ¡Ay!, no.

Una voluptuosidad desmedida fundió las venas de Will. Por un momento casi perdió el control y siguió actuando mecánicamente. Sin embargo, hubo un segundo de interrupción, una pausa fría. No iba a tomarla. La acercó a él para tranquilizarla y acariciarla. Pero el placer puro se había esfumado. La mujer luchaba consigo misma y comprendió que él no iba a tomarla. Y entonces, en el último instante, cuando Will había vuelto a acercarse con sus caricias, despreciando a la mujer con un deseo vivo y

ardiente, a pesar de su frío deseo sensual, ella se separó violentamente.

–No –gritó, esta vez con aspereza, con repulsión, y le asestó un bofetón–. Déjame en paz.

La sangre de Will se paralizó unos momentos. Después, volvió a sonreír interiormente, firme, cruel.

–Pero ¿qué te pasa? –preguntó con suave ironía–. Nadie va a hacerte daño.

–Ya sé lo que quieres de mí –contestó la joven.

–Yo también sé lo que quiero –dijo él–. ¿Qué probabilidades tengo?

–Conmigo no lo vas a conseguir.

–¿Ah, no? Pues entonces, nada. No vale la pena llorar, ¿verdad?

–No –contestó ella, muy desconcertada por la ironía de Brangwen.

–No hay necesidad de que nos enfademos. Podemos despedirnos igualmente con un beso de buenas noches, ¿no?

Ella estaba callada, en la oscuridad.

–O ¿quieres tu sombrero y tu paraguas para volver a casa ahora mismo?

Pero ella seguía callada. Will observaba su silueta oscura, en el límite de la tenue oscuridad, y esperaba.

–Ven a darme las buenas noches como es debido, si es que vamos a dárnoslas –dijo.

Pero la joven no se movía. Will extendió la mano para atraerla de nuevo a la oscuridad.

–Aquí hace menos frío –dijo–. Es mucho más acogedor.

Su deseo no había claudicado. El momento de odio había sido estimulante para él.

–Me voy ya –murmuró ella, cuando él la cogió de la mano.

–Mira lo bien que estás aquí –dijo él, acercándola a la posición de antes, pegada a su cuerpo–. ¿Por qué quieres marcharte?

Y la embriaguez lo invadió gradualmente una vez más, la pasión regresaba. A fin de cuentas, ¿por qué no podía tomarla?

Sin embargo, la mujer no acababa de ceder.

–¿Estás casado? –preguntó entonces.

–¿Eso qué más da?

Ella no respondió.

–Yo no te pregunto si estás casada –dijo Will.

–Sabes perfectamente que no lo estoy –contestó ella, enardecida. ¡Ah, si pudiera alejarse de él, si no necesitara entregarse a él!

Su voluntad se había enfriado al fin, contra él. Había logrado escapar. Sin embargo, lo odiaba más por la huida que por el peligro. ¿Tan frío era el desprecio que inspiraba en él? Y seguía torturada por la atracción que ejercía sobre ella.

–¿Nos vemos la semana que viene... el próximo sábado? –dijo Will, cuando salían del parque.

Ella no contestó.

–Ven conmigo al Empire... Ven con Gertie –insistió.

–Estoy apañada si salgo con un hombre casado –dijo ella.

–No soy menos hombre por estar casado, ¿o sí?

–Salir con un hombre casado es otro cantar –contestó la joven, recurriendo a una frase hecha con la que daba a entender su desilusión.

–Y eso ¿por qué?

Pero ella no quiso sacarlo de dudas. De todos modos, prometió, sin prometerlo, que el próximo sábado por la noche estaría en el sitio acordado.

Will la dejó así. Ni siquiera se acordaba de su nombre. Cogió un tren de vuelta a casa.

Era el último tren, se había hecho muy tarde. No llegó a casa hasta medianoche, pero todo le daba igual. El hombre en que se había convertido no tenía ninguna relación real con su hogar. Anna lo estaba esperando. No se le escapó la extraña expresión de su marido, desprovista de culpa, una especie de sonrisa latente, casi perversa, como liberado de sus ataduras morales.

–¿Dónde has estado? –preguntó, desconcertada, intrigada.

–En el Empire.

–¿Con quién?

–Solo. He vuelto con Tom Cooper.

Anna lo miró, preguntándose qué habría estado haciendo. Que su marido mintiera no le preocupaba.

–Estás muy raro –dijo, dando a sus palabras una inflexión elogiosa.

Él no se inmutó. Se había liberado de su ser humilde y bueno. Se sentó y comió con ganas. No estaba cansado. Se comportaba como si su mujer no estuviera presente.

Para Anna el momento fue crítico. Observaba a su marido con distancia. Will hablaba con ella, apático, porque apenas era consciente de su presencia. ¿Había perdido el interés por ella? ¡Esto era un giro inesperado! A pesar de todo, era muy atractivo. Le gustaba más que el hombre anodino al que conocía, casi anulado, casi sometido. ¡Por fin estaba floreciendo, naciendo a su verdadero ser! Anna se sentía despechada. Muy bien, ¡que floreciera! Le gustaba el cariz que tomaban las cosas. Era un desconocido el que venía a casa. Le bastaba con verlo para darse cuenta de que no podía someterlo como antes. En un instante, se dio por vencida. Sin embargo, sintió una puñalada de ira que insistía en su amado amor de antes, en la intimidad familiar que compartían, y en su propia supremacía establecida. Estuvo a punto de ponerse en pie y luchar por los dos. Pero al mirar a Will, y recordar cómo era su padre, prefirió ser cauta. ¡Las cosas estaban cambiando!

Muy bien, si no podía influir en su marido como antes, se pondría a su altura en la nueva situación. Anna recuperó su hostilidad y su rebeldía. Muy bien. También ella emprendería su propia aventura. Su voz, su actitud, cambiaron: estaba lista para jugar la partida. Algo se liberó dentro de ella. Le gustaba aquel hombre. Le gustaba aquel

desconocido que venía a casa. Lo acogía de muy buen grado, sí. Se alegraba mucho de acoger a un extraño. Estaba harta de su antiguo marido. Respondió con espléndido desafío a la sonrisa latente y cruel de Will. Él esperaba que fuera ella quien se encargara de conservar la fortaleza moral. Pues ¡estaba listo! Ése era un papel aburridísimo. Lo desafió, con una suerte de resplandor, muy luminoso y libre, antagónico. Will la miró, y sus ojos se iluminaron. Ella también estaba en el campo de batalla.

Los sentidos de Will despertaron y se concentraron en su mujer. Ella se rió al verlo tan indiferente y relajado. Él se acercó a ella. Anna ni lo rechazó ni respondió. Envuelta en una especie de resplandor, sublime en su actitud inescrutable, se rió delante de él. También ella podía arrojarlo todo por la borda: el amor, la intimidad, la responsabilidad. ¿Qué significaban para ella sus cuatro hijas en este momento? ¿Qué importancia tenía que aquel hombre fuera el padre de sus cuatro hijas?

Era el macho sensual que buscaba su placer, y ella la hembra dispuesta a recibir el suyo: pero a su manera. Si un hombre podía tener un lance libremente, entonces una mujer también podía. Las normas morales eran para Anna tan poco importantes como para Will. Todo lo ocurrido hasta entonces le traía sin cuidado. Era una mujer distinta, bajo el ejemplo de un desconocido. Él era para ella un desconocido que buscaba satisfacer sus propias aspiraciones. Muy bien. Anna quería ver qué hacía aquel desconocido, qué era.

Se reía y no le dejaba acercarse a ella, a la vez que fingía desinterés. Vio desnudarse a Will como si fuera un extraño. En verdad era un extraño para ella.

Y Will se excitó intensamente, violentamente, incluso antes de tocarla. El animal de Nottingham solo había estado preparando el terreno para este momento. De un plumazo, ambos abandonaron la posición moral, buscando cada cual puro y simple placer.

Su mujer le pareció extraña. Como si fuera una completa desconocida, como si fuera infinita y esencialmente extraña para él, la otra mitad del mundo, la cara oculta de la luna. Anna esperaba que la tocara como si fuera un intruso que había irrumpido en la casa, infinitamente desconocido y deseable para ella. Y él empezó a explorarla. Tuvo un presentimiento de la inmensidad de delicias sensuales desconocidas que ella guardaba. Con una pasión voluptuosa, que le hacía detenerse en cada diminuto fragmento de belleza, arrebatado de placer, Will descubrió a Anna: su belleza, las bellezas independientes y diversas de su cuerpo.

Estaba completamente fuera de sí, y sensualmente transportado por lo que descubría en Anna. Era otro hombre el que se deleitaba con ella. No quedaba entre ellos ternura ni amor, no había nada más que un apetito enloquecedor de descubrimiento sensual y un placer insaciable, desmedido, en las bellezas sensuales del cuerpo de ella. Y ella era un filón, un filón de bellezas absolutas que a él lo volvía loco. ¡Qué festín tan formidable para un solo hombre!

Pasó un tiempo volcado en el descubrimiento sensual con su mujer. Era un duelo:

sin amor, sin palabras, sin besos siquiera, pura percepción enloquecedora de la belleza consumada, absoluta para el tacto. Quería tocarla, descubrirla, quería conocerla desesperadamente. Sin embargo, no debía apresurarse, de lo contrario lo perdería todo. Tenía que disfrutar de estas bellezas una a una. Y las innumerables bellezas de aquel cuerpo, la cantidad de rincones arrebatadores, lo volvían loco de placer y de deseo de conocer más, de tener la fuerza necesaria para conocer más. Porque ahí estaba todo.

De día decía:

–Esta noche voy a explorar ese hoyuelo que tienes debajo del tobillo, donde se cruzan las venas azules. –Y la idea, el deseo, lo envolvían en una densa oscuridad de expectación.

Pasaba el día entero esperando la llegada de la noche, para entregarse al disfrute de alguna de aquellas bellezas absolutamente exquisitas. Pensar en las reservas ocultas de Anna, en las bellezas inexploradas y en el espacio de placer extático que era su cuerpo, a la espera, únicamente a la espera de que él las descubriera, le nublaban el juicio. Estaba obsesionado. Si no descubría y llegaba a conocer estos placeres, tal vez los perdiera para siempre. Lamentaba no tener la energía de un centenar de hombres para disfrutar de ella con cada uno. Lamentaba no ser un gato, para lamerla con una lengua áspera, rasposa y lasciva. Quería revolcarse en ella, enterrarse en su carne, envolverse con su carne.

Y ella, distante, con un brillo peligroso y singular en la mirada, lo aceptaba todo como si lo esperase, y cuando él se quedaba quieto, lo incitaba a continuar, hasta que a veces él estaba dispuesto a morir de pura incapacidad para satisfacerla, de incapacidad para saciarse de ella.

Sus hijas se convirtieron en mera prole para ellos, vivían los dos en la oscuridad de la muerte de sus juegos sensuales. Will tenía por momentos la sensación de que iba a enloquecer de belleza absoluta, de la belleza que percibía en su mujer a través de los sentidos. Era insoportable. Y en todo veía la misma belleza, casi siniestra, aterradora. Sin embargo, en las revelaciones del cuerpo de su mujer a través del contacto con el suyo residía la belleza definitiva, cuyo conocimiento casi conducía a la muerte, y por cuyo conocimiento, sin embargo, estaba dispuesto a someterse a interminables torturas. Lo habría dado todo, todo, para no renunciar a este derecho que abarcaba incluso la planta del pie de su mujer, el punto del que irradiaban los dedos, la pequeña llanura, milagrosamente blanca que recorría los altozanos de los dedos y las recónditas cavidades que los separaban. Prefería morir antes que renunciar a estos placeres.

En esto se había transformado su amor, en una sensualidad violenta y extrema como la muerte. No había entre ellos intimidación consciente ni ternura amorosa. Todo era lujuria y embriaguez de los sentidos, infinita, enloquecedora, una pasión destructora.

Siempre, a lo largo de su vida, Will había tenido un secreto conocimiento de la

belleza absoluta. Siempre había sido como un fetiche para él, algo verdaderamente temible. Porque era inmoral y contrario a la humanidad. De ahí su interés por las formas góticas, que afirman el deseo intacto de la humanidad en sus arcos apuntados, huyendo del rodillo de la belleza absoluta del arco redondeado.

No obstante, se había liberado, y, con infinita violencia sensual, se entregaba en el cuerpo de la mujer a la materialización de esta belleza absoluta, suprema, inmoral. Sentía cómo cobraba vida en el cuerpo de la mujer, al tocarlo. Al tocarlo, al verlo, sabía que estaba ahí. Sin embargo, cuando no podía ver o tocar este espacio perfecto, no era perfecto, no existía. Y él tenía que darle existencia.

De todos modos, seguía inspirándole pánico. Era aterrador, amenazante, incluso peligroso, pero se entregaba a pesar de todo. Era también pura oscuridad. Las vergüenzas del cuerpo se le revelaban ahora con una especie de belleza siniestra, tropical. Los vergonzosos actos de voluptuosidad sensual, naturales y antinaturales, que compartía con la mujer, que entre los dos creaban, tenían una intensa carga de belleza y de placer. Vergüenza, ¿qué era eso? Era parte del placer extremo. Era la parte del placer que el hombre teme normalmente. ¿Por qué temerlo? Las cosas secretas y vergonzosas son las más aterradoramente bellas.

Aceptaron la vergüenza y se fundieron con ella en sus placeres más prohibidos. La vergüenza iba incorporada. Era una semilla de la que florecían la belleza y la satisfacción profunda, fundamental.

Su vida exterior continuaba como de costumbre, mientras que la interior se había revolucionado. Las niñas perdieron importancia para los padres, absortos en su propia existencia.

Y, poco a poco, Brangwen volvió a sentirse libre para ocuparse también de la vida exterior. Esta violenta actividad de su vida íntima liberó a un hombre nuevo dentro de él. Y este hombre nuevo cobró interés por la vida pública, quiso ver qué papel podía desempeñar en ella. Se le ofrecía un campo de acción inédito, una acción para la que ahora estaba capacitado y liberado. Quería participar del conjunto de las metas de la humanidad.

Por aquel entonces, la educación era un asunto del máximo interés. Se implantaron nuevos métodos pedagógicos suecos de formación en oficios manuales y demás. Brangwen acogió con entusiasmo la idea de introducir la formación manual en las escuelas. Por primera vez le interesaba de verdad una cuestión de la vida pública. Por fin, gracias a su profunda actividad sensual, había desarrollado una verdadera personalidad con aspiraciones.

Se hablaba de escuelas nocturnas y clases de artesanía. Will decidió organizar un curso de trabajo en madera en Cossethay, enseñar carpintería, ensamblaje y talla en madera a los chicos del pueblo, dos noches a la semana. Le parecía una ocupación sumamente apetecible. Su salario sería muy modesto, y con él compraría materiales y herramientas. A pesar de todo, estaba muy contento y animado por este nuevo espíritu público.

Empezó con sus clases nocturnas a los treinta años. Para entonces era padre de cinco hijos, el último un niño. Que fuera niño o niña tenía muy poca importancia para él. Sentía por sus hijos un afecto natural y le gustaba que llegaran: niños o niñas. Ursula era a la que más quería. En cierto modo, parecía que su hija estaba detrás de esta nueva aventura de las clases nocturnas.

La casa de los tejos por fin tenía un vínculo con la gran empresa humana. Y con ello cobró un vigor nuevo.

Para Ursula, una niña de ocho años, la magia de la vida aumentó notablemente. Oía las conversaciones, veía cómo la sala parroquial se transformaba en un taller. La sala parroquial era un edificio de piedra alto, parecido a un granero, construido en el segundo jardín de los Brangwen, al otro lado del callejón. Ursula siempre se había sentido atraída por esta construcción tan vieja, varada en su antigüedad. Ahora, sentada en los peldaños de piedra que bajaban del porche al jardín, observaba los preparativos y oía las conversaciones de su padre con el vicario, se enteraba de sus planes. Poco después vino un inspector, un hombre muy raro que se pasó la tarde hablando con su padre. Todo estaba a punto, y doce niños se matricularon en el curso. Era muy emocionante.

Claro que, para Ursula, todo lo que hacía su padre era mágico. Tanto si traía noticias de Ilkeston, como si se iba a la iglesia con su música o sus herramientas una tarde soleada, como si se sentaba los domingos delante del órgano con su sobrepelliz blanca para dirigir al coro con su poderosa voz de tenor, como si estaba en el taller con los chicos, su padre siempre era para ella un centro de magia y de fascinación, en su voz, autoritaria, alegre, lacónica, siempre había una nota singular que estremecía la sangre de la niña, que la hipnotizaba. Parecía como si Ursula corriera entre las sombras de un secreto poderoso y oscuro del que no quería enterarse, de cuya existencia no se atrevía a ser consciente, tan fuerte era el hechizo que ejercía sobre ella y tan intensa la oscuridad con que envolvía su pensamiento.

Capítulo IX

La granja Marsh y la inundación

La relación entre Yew Cottage y la granja Marsh era constante, a pesar de que las dos familias vivían separadas, independientes.

A raíz de la boda de Anna, la granja se convirtió en el hogar de sus dos hermanos, Tom y Fred. Tom era un joven no muy alto, atractivo, con el pelo negro y encrespado, unas pestañas largas y negras y unos ojos suaves, oscuros y diabólicos. Tenía una inteligencia muy viva. Cuando terminó la enseñanza secundaria se marchó a estudiar a Londres. Mostraba un instinto singular para atraer a personas con carácter y energía. Cedía el terreno a la otra persona, pero conservaba su independencia al mismo tiempo. Apenas existía si no era a través de los demás. Cuando estaba solo se sentía inseguro. Cuando estaba con otro hombre, parecía incorporarse al otro y engrandecerlo. Así, algunos lo querían y encontraban en él una especie de cumplimiento de sus aspiraciones. Él escogía con cuidado a estos pocos.

Tenía una inteligencia sutil, rápida y crítica, una mente que era como una balanza. Había algo femenino en estas facultades de Tom.

En Londres había sido el discípulo favorito de un ingeniero, un hombre inteligente y muy popular cuando Tom Brangwen terminó sus estudios. Por mediación de este profesor, el joven conoció a diversos individuos, todos ellos personajes excepcionales. Nunca se hacía valer. Parecía existir únicamente para apreciar y afianzar a los demás. Era como una presencia que nos hace conscientes de nuestro ser. Así, desde muy joven, empezó a relacionarse con algunas de las mentes matemáticas y científicas más brillantes de Londres. Lo aceptaron como a un igual. Callado, perspicaz e impersonal, Tom sabía estar en su sitio y aprendía a valorar a los demás en su justa medida. Se comportaba como un juez. Además, era muy apuesto, de estatura modesta pero muy bien proporcionado, moreno, con un agradable color de piel y siempre perfectamente sano.

Contaba con una generosa asignación de su padre para sus gastos personales y ocupaba además algo parecido a un puesto de ayudante de su jefe. De vez en cuando, el joven aparecía por la granja Marsh, curiosamente atractivo, elegante, reservado, con unos modales sutiles y refinados por naturaleza. Y la granja se transformaba con su presencia.

Fred, el hermano menor, era un Brangwen de esqueleto grande y ojos azules, muy inglés. Era un digno hijo de su padre: ambos, padre e hijo, se sentían a sus anchas el uno con el otro. Fred iba a heredar la granja.

Había entre el hermano mayor y el menor un amor casi apasionado. Tom cuidaba de Fred con la generosidad y la atención conmovedora de una mujer. Fred veía a Tom

como un ser milagroso al que aspiraba a parecerse cuando fuera mayor.

Así, tras la partida de Anna, la granja cobró una tonalidad nueva. Los hermanos eran dos caballeros. Tom tenía un temperamento singular y había llegado lejos; Fred era sensible y aficionado a la lectura, reflexionó primero sobre Ruskin y más tarde se interesó por la literatura agnóstica. Como todos los Brangwen, era muy suyo, aunque sociable y benévolo con los demás, exageradamente respetuoso con todos.

Tenía una amistad bastante incómoda con uno de los hijos de los Hardy, del Hall. A pesar de que las dos familias eran distintas, los jóvenes se trataban tímidamente en pie de igualdad.

Era el joven Tom Brangwen, con sus pestañas oscuras y su hermoso tono de piel, su temperamento inescrutable y tranquilo, su extraño sosiego y su aire de persona entendida, además de su posición en Londres, quien parecía realzar el elemento superior y distintivo de la granja Marsh. Su presencia, impecablemente vestido, sereno y afable, aunque también muy distante con todos, incomodaba a los demás: sus conocidos de Cossethay e Ilkeston lo adscribían a un mundo diferente y remoto.

Tenía con su madre una afinidad especial. El cariño que los unía era mudo y distante, pero radical. Su padre siempre estaba cohibido ante su hijo mayor y lo trataba con cierto respeto. También era Tom quien conservaba el vínculo de la granja Marsh con los Skrebensky, gente muy relevante para entonces en su propia comarca.

Fue así como cambió la tonalidad de la granja Marsh. Tom Brangwen, el padre, se convirtió con los años en un elegante hacendado. Y a esto contribuía su figura: corpulenta y atractiva. Conservaba la misma piel lozana y los mismos ojos azules y luminosos, mientras que la barba y el pelo densos habían cobrado gradualmente una blancura sedosa. Era muy dado a reírse, de una manera muy peculiar, tolerante y terca. Eran tantas las cosas que no entendía que había terminado por adoptar una postura de aceptación indulgente y jovial. Él no era responsable de la estructura de las cosas. Aun así, temía lo desconocido de la vida.

Disfrutaba de una buena posición económica. Tenía a su mujer, un ser distinto de él, pero vitalmente unido a él en alguna parte: ¿quién era él para entender dónde y cómo? Sus dos hijos eran unos caballeros. Eran hombres distintos de él, con una identidad independiente y propia, pero estaban unidos a él. Todo era tan desconcertante como una aventura. Sin embargo, uno conservaba la propia vitalidad en su propia existencia, a pesar de las ramificaciones del tronco.

Así, desconcertado y atractivo, se reía y al mismo tiempo seguía fiel a sí mismo, como si a nada más pudiera entregar su fidelidad. Conservaba casi intactos su asombro y su juventud. Se volvió indolente, desarrolló una tranquilidad pasmosa. Su hijo Fred se ocupaba de las tareas de la granja en su mayor parte, mientras el padre atendía los negocios más importantes. Conducía su calesín y a veces montaba su yegua. Bebía en los hoteles y en las tabernas con los granjeros y propietarios de mejor clase social, se relacionaba con hombres prósperos. Sin embargo, una clase social no era para él mejor que otra.

Su mujer seguía sin relacionarse con nadie, como siempre. La señora Brangwen tenía el pelo entreverado de gris, sus facciones habían envejecido sin perder su expresión. Parecía la misma que cuando llegó a la granja, hacía ya veinticinco años, con la única salvedad de que su salud era ahora más frágil. Su presencia parecía rondar la granja más que vivir en ella. Nunca formaba parte de la vida. Representaba cierto elemento extraño, seguía siendo una extranjera retraída, inmutable e inmune en determinados aspectos, curiosamente refinada en otros. Lydia daba independencia e individualidad a todos los que vivían en la granja Marsh, permitía que la familia se disgregara.

Cuando el joven Tom Brangwen cumplió veintitrés años, hubo entre él y su jefe una ruptura de la que nunca se dio ninguna explicación, y el muchacho se marchó primero a Italia y después a América. Volvió a pasar una temporada en casa y se fue a Alemania, siempre apuesto, elegante, atractivo y con excelente salud, pero en cierto modo ajeno a todo. Había en sus ojos oscuros un sufrimiento profundo que llevaba con la misma naturalidad y la misma gracia que su indumentaria.

Para Ursula, su tío Tom era una figura romántica y seductora. Tenía la gentileza de hacerle regalos preciosos: una caja de dulces caros que jamás se habían visto en Cossethay; o un cepillo para el pelo y un espejo de nácar alargado y fino, pálido, reluciente y exquisito; o un collar de piedras sin tallar, amatistas, ópalos, brillantes y granates. Hablaba varios idiomas con soltura y fluidez, tenía una naturaleza insinuante y refinada. Sin embargo, de una manera imposible de definir, era un extraño. No pertenecía a ninguna parte, a ninguna sociedad.

Anna Brangwen había dejado de cultivar la intimidad con su padre desde que se casó. La abandonó en el momento de contraer matrimonio. Entre ellos se había interpuesto cierta reserva. Y Anna se acercó a partir de entonces más a su madre.

Luego, su padre murió inesperadamente.

Ocurrió una primavera, cuando Ursula tenía alrededor de ocho años y Tom Brangwen se fue al mercado de Nottingham, un sábado por la mañana, diciendo que tal vez volvería tarde, porque había una feria especial y después una reunión a la que tenía que asistir. Su familia comprendió que pensaba divertirse.

La primavera había sido lluviosa y gris. A última hora de la tarde llovía a cántaros. Fred Brangwen, intranquilo, nervioso, decidió no salir, en contra de su costumbre. Se quedó fumando y leyendo, sin poder estarse quieto, sin dejar de oír el chorro de la lluvia al otro lado de la ventana. Se sentía intranquilo y aislado en la noche negra, consciente de sí mismo, consciente de que quería algo más, consciente de que apenas vivía. Tenía la sensación de que a su vida le faltaba la raíz, de que en ninguna parte se encontraba satisfecho. Soñaba con marcharse al extranjero. Pese a todo, sabía por instinto que un cambio de aires no resolvería su problema. Quería un cambio de vida profundo y esencial. Y no sabía cómo hacerlo.

Tilly, que para entonces era muy mayor, llegó diciendo que los trabajadores, cuando fueron a cenar, habían contado que el patio y todo estaba encharcado. Fred

apenas le prestó atención. Sin embargo, no soportaba tanta desolación y tanta lluvia en el mundo. Quería abandonar la granja.

Su madre se había acostado. Por fin, cerró el libro, con la mente en blanco, subió las escaleras embriagado de abatimiento y rabia, y, embriagado de abatimiento y rabia, se sumió en un sueño profundo.

Tilly dejó las zapatillas delante de la chimenea de la cocina y fue a acostarse también, sin echar el cerrojo de la puerta. La granja quedó entonces envuelta por la oscuridad, por la lluvia.

A las once seguía lloviendo. Tom Brangwen se encontraba en el patio del Ángel, en Nottingham, abrochándose el abrigo.

–Bueno –dijo alegremente–. No será la primera vez que me mojo. Vamos allá, Jack, vamos, chico... Mira que eres un bicho raro, chico, con esa panza que hace honor a lo que bebes, si no a lo que comes. Vamos, muchacho, volvamos a casa. ¡Madre mía qué noche de agua! No quedarán volcanes después de tanta lluvia. Dime, Jack, mi querido, esbelto y joven compañero, ¿quién de los dos es Noé? Parece que han reventado los diques. A este paso los patos y las aves acuáticas serán los amos del castillo... Se parece a esa historia de la paloma y la rama de olivo. Levántate, montón de gelatina, levántate: no vamos a quedarnos aquí parados toda la noche, aunque ya te gustaría. ¡Caray, con tanta lluvia cualquiera podría pensar que está borracho! Dime, Jack, ¿tú crees que el agua de lluvia limpia el juicio o se lo lleva por delante?

Y se rió de su ocurrencia.

Siempre se avergonzaba cuando tenía que conducir el calesín después de haber bebido, siempre se disculpaba con el caballo. Se disculpaba en tono burlón. Era consciente de que no podía andar derecho. De todos modos, su voluntad seguía firme y atenta, a pesar del embotamiento.

Subió al coche y salió disparado por las puertas del patio de la taberna. El caballo iba bien, y Brangwen muy tieso, con la lluvia azotándole la cara. Sujetaba las riendas con el cuerpo fornido e inmóvil, como adormilado, con un centro de atención intermitentemente encendido, el resto a oscuras. Concentró la parte activa de su atención en recorrer el camino familiar. Lo conocía perfectamente, lo vigilaba atentamente, con un esfuerzo de la voluntad.

Hablaba en voz alta consigo mismo, sentencioso por su preocupación, como si estuviera sobrio, mientras el caballo galopaba disparado y la lluvia lo fustigaba. Veía la lluvia delante de los faroles del calesín, el brillo tenue de la sombra del cuerpo del animal, los setos oscuros a un lado.

–Esta noche no salen ni los perros –se dijo en voz alta–. Ya va siendo hora de que escampe un poco, digo yo. Pues ¡sí que ha servido de mucho echar diez carros de ceniza en el camino! Como esto siga así van a acabar en el reino de los cielos. Bueno, ya se ocupará nuestro Fred de salir a echar un vistazo. No hay nadie como él para estas cosas. No tengo de qué preocuparme. Por mí como si se van al reino de los cielos y vuelven. Supongo que algún día la corriente la devolvería. Así son las cosas.

La lluvia cae y vuelve al cielo para formar las nubes. Eso dicen. No hay más agua en la tierra de la que hubo en el año cero. Así es, chico, aunque no sé yo si eres capaz de entenderlo. No hay más agua hoy de la que había hace mil años... Y tampoco menos. El agua nunca se agota. No, chico: estará aquí para decirte adiós. Si uno intenta agotarla, el agua se agarra al vapor y se te mete por las narices. Se convierte en nube y cae en forma de lluvia sobre los justos y los injustos. Yo no sé si soy justo o injusto.

Se espabiló, sobresaltado, al meterse el coche en una rodada. Y tomó conciencia de dónde estaba. Llevaba un rato sin darse cuenta de nada.

Por fin llegó a las puertas de la granja, bajó del coche tambaleándose, mareado, y tuvo que sujetarse con fuerza. Hundió el pie en un palmo de agua.

—¡Maldita sea! —protestó—. Maldito diluvio.

Y guió al caballo para cruzar las puertas. Estaba muy borracho, sus movimientos eran ciegos, mecánicos. Todo estaba encharcado.

El paso elevado de la casa y los anexos de la granja soportaban el aguacero, pero había en la noche un curioso rugido que parecía llegar de las tinieblas de su embriaguez. Mareado, ciego, casi inconsciente, entró en casa con sus paquetes, la alfombra y los almohadones del coche, los tiró al suelo y fue a guardar al caballo.

Por fin estaba en casa, como un sonámbulo, esperando únicamente el momento de descansar. Con mucha atención y mucho cuidado, bajó con el caballo al cobertizo de los carros. El animal se acobardó y retrocedió.

—¿Qué pasa? —preguntó, entre hipo e hipo, sin dejar de andar lenta y trabajosamente. Y otra vez volvió a meterse en un charco, mientras el caballo chapoteaba al cruzarlo. La oscuridad era muy densa, solo se veían los faroles del calesín, iluminando una masa de agua ondulante—. Esto es increíble —dijo, cuando llegó al cobertizo, donde había más de un palmo de agua. Pero todo le hacía gracia. Se rió al pensar que en el cobertizo había más de un palmo de agua.

Guardó al caballo, que estaba nervioso. Se rió mientras desenganchaba al animal con los pies rodeados de agua. Se rió porque el caballo estaba inquieto. Pero, bueno, ¿qué te pasa? ¡Unas gotas de agua no te van a hacer daño! En cuanto se vio libre de las correas, el caballo se alejó a toda prisa.

Brangwen colgó los ejes y cogió un farol. Cuando salía del acostumbrado desorden de ejes y ruedas del cobertizo, el agua lo golpeó en las piernas. Se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Qué demonios! —dijo, dirigiendo la mirada al torrente de agua que corría en la noche lluviosa y negra.

Salió al encuentro de la corriente, hundiéndose cada vez más. No cabía en sí de asombro. Tenía que ver de dónde venía tanta agua, a pesar de que empezaba a perder pie. Siguió adelante, hacia el estanque, con paso tembloroso. Lo estaba pasando en grande. Para entonces el agua le llegaba a las rodillas y lo empujaba intensamente. Tropezó y se mareó.

El miedo se apoderó de él. Sosteniendo el farol con todas sus fuerzas, mareado,

miró a un lado y a otro. La corriente le arrastraba los pies, estaba aturdido. No sabía por dónde seguir. El agua se arremolinaba poco a poco, la noche negra se abatía sobre él, en círculos. Se tambaleó, sin saber de dónde venía el ataque, con la cabeza dando vueltas de desesperación. Sabía en lo más hondo que iba a caerse.

Se tambaleó, tropezó con algo que había dentro del agua, y se cayó. Al instante estaba sumergido en el torbellino de la asfixia. Se resistió, sumido en el horror negro de la asfixia, peleó, forcejeó, pero se hundía cada vez más, se hundía sin poder evitarlo. Aun así resistió y luchó por salir de allí, libró un combate indescriptible con la angustia, pero se hundía cada vez más. Algo le dio en la cabeza, una angustia inmensa se apoderó de él y después la negrura lo envolvió por completo.

En la oscuridad profunda, el cuerpo inconsciente se ahogaba, arrastrado por la corriente, el agua lo arrasaba todo, se lo llevaba todo por delante, lo anegaba todo. El ganado se despertó y se levantó, los perros empezaron a aullar. Y la oscuridad negra, como un torbellino, arrastró el cuerpo que se ahogaba sin conciencia, pasivamente.

La señora Brangwen se despertó y oyó los ruidos. Con una prodigiosa agudeza de los sentidos, detectó el remolino de la oscuridad. Se quedó un momento quieta. Luego se acercó a la ventana. Oyó el rugido de la lluvia y la profunda corriente del agua. Supo que su marido estaba fuera.

–Fred –llamó–. ¡Fred!

Lejos de allí, en la noche, se oía el bramido bronco, brutal, de una masa de agua que corría a toda velocidad.

Bajó las escaleras. No entendía que el agua pudiera multiplicarse de aquella manera. Al poner el pie en la cocina, se hundió en un charco de agua. La cocina estaba inundada. ¿De dónde venía tanta agua? No lo entendía.

El agua salía del lavadero. Se acercó, descalza, chapoteando, para ver qué pasaba. El agua entraba a borbotones por la puerta del patio. Se asustó. Algo la empujó de pronto, algo se le enredó en los pies. Era el látigo de montar. Sobre la mesa vio los paquetes, la alfombra y los almohadones del calesín.

Su marido había vuelto a casa.

–¡Tom! –llamó, asustada de su propia voz.

Abrió la puerta. El ruido del agua era atronador. Todo era agua en movimiento, agua rugiente.

–¡Tom! –llamó, desde el umbral de la puerta, en camisón, con una vela en la mano, dirigiendo su voz a la oscuridad y el diluvio–. ¡Tom! ¡Tom!

Y escuchó atentamente. Fred apareció detrás de su madre, en pantalones y camisa.

–¿Dónde está? –preguntó.

Miró la corriente de agua y luego a su madre. La señora Brangwen, con su camisón, parecía pequeña y extraña, como un duende.

–¡Vuelve arriba! –dijo Fred–. Debe de estar en el establo.

–¡To-om! ¡To-om! –gritó la mujer, con una llamada larga, antinatural y penetrante

que heló a su hijo hasta el tuétano. Y, a toda prisa, Fred se puso las botas y el abrigo.

–Vuelve arriba, madre –repitió–. Iré a buscarlo.

–¡To-om! ¡To-om! –resonó el grito estridente, sobrenatural, de la mujer menuda. No se oía nada más que el estruendo del agua, el mugido del ganado inquieto y el largo aullido del perro, como un fragor en la oscuridad.

Fred Brangwen se lanzó a la corriente con un farol. Subida en una silla, en el umbral de la puerta, su madre lo vio alejarse. Todo era agua y más agua que corría a la luz del farol.

–¡To-om! ¡To-om! –resonó en la noche el grito de la madre, largo, antinatural. Y a su hijo se le enfrió el alma.

El cuerpo inconsciente del padre ahogado pasó rodando por delante de la casa, arrastrado hacia la carretera por el agua negra.

Tilly apareció, con una falda encima del camisón. Vio a su señora subida a una silla y agarrada al respaldo, con la puerta abierta, y una vela encendida encima de la mesa.

–¡Dios mío! –exclamó la criada–. El dique ha reventado. El muro se ha venido abajo. ¡Qué vamos a hacer!

La señora Brangwen miraba a su hijo, que iba con el farol por el paso elevado, camino del establo. A continuación vio la silueta oscura de un caballo: después, su hijo colgó el farol dentro del establo, y la luz lo iluminó tenuemente mientras desataba a la yegua. La madre vio la cara suave y resplandeciente del animal que asomaba por la puerta del establo. La inundación no había alcanzado las cuadras. Pero el agua entraba con fuerza en la vivienda.

–El agua sigue subiendo –dijo Tilly–. ¿No ha entrado el señor?

La señora Brangwen no oía nada.

–¿No está ahí? –preguntó, con su voz aterradora y penetrante.

–No –llegó la breve respuesta a través de la oscuridad.

–Ve a bus-carlo.

La voz de su madre estaba a punto de enloquecer a Fred. Volvió chapoteando por el agua, balanceando el farol.

El cuerpo inconsciente y ahogado se alejaba de la casa, arrastrado por la parte más profunda de la corriente. Fred Brangwen se acercó a su madre.

–Iré al cobertizo de los carros –dijo.

–¡To-om, To-oom! –resonó el grito fuerte e inhumano. Y a Fred se le heló la sangre, estaba profundamente furioso. Hizo un esfuerzo por dominar sus venas. ¿Por qué gritaba su madre de ese modo? No soportaba verla, subida en una silla, con el camisón blanco, en la puerta de la casa, horrible, como un duende.

–Ha desenganchado al caballo del calesín, eso significa que está bien –dijo entre dientes, tratando de aparentar normalidad.

Pero, camino del cobertizo, se hundió en treinta centímetros de agua. Oyó el rugido a lo lejos y pensó que el canal se había roto. El nivel del agua seguía

aumentando.

El calesín estaba en el cobertizo, pero de su padre no había ni rastro. Se acercó vadeando hacia el estanque. El agua le llegaba por encima de las rodillas, formaba un remolino y lo arrastraba. Retrocedió.

–¿Está ahí? –llegó el grito enloquecedor de su madre.

–No –fue la tajante respuesta.

–¡To-om, To-o-om! –resonó la voz penetrante, libre, de otro mundo. Era una voz aguda y sobrenatural, casi pura. Fred Brangwen la encontraba abominable. Estaba a punto de volverse loco. La voz resonaba de un modo atroz, casi como un cántico.

El agua entraba a raudales en la casa.

–Más vale que subas a casa de los Beeby y los traigas a él y a Arthur, y dile a la señora Beeby que avise a Wilkinson –le dijo Fred a Tilly.

Obligó a su madre a que subiera al piso de arriba.

–Sé que tu padre se ha ahogado –dijo ella, con curioso abatimiento.

La inundación siguió creciendo a lo largo de la noche, hasta que se llevó el hervidor que estaba en el hornillo. La señora Brangwen se sentó junto a una ventana del piso de arriba. No volvió a gritar. Los hombres estaban ocupados con los cerdos y el ganado. Fueron a buscarla en una barca.

Cuando se acercaba la mañana, por fin dejó de llover: las estrellas asomaron por encima del estruendo y el gorgoteo aterrador del agua. El cielo se volvió pálido a levante, la luz despuntaba poco a poco. En el resplandor rojizo del amanecer, la señora Brangwen contempló el despliegue de las aguas, que se desplazaban con mansedumbre, y los edificios que aún resistían en mitad de la devastación. Los pájaros empezaron a cantar, adormilados, levemente roncós con el albor. La luz cobró intensidad. Más arriba del segundo campo se veía una brecha enorme en el muro de contención del canal.

La señora Brangwen iba de una ventana a otra, contemplando la inundación. Alguien había traído una barca pequeña. La luz cobró fuerza, las aguas perdieron el resplandor rojizo, el día ocupó su lugar. La señora Brangwen iba de delante a atrás de la casa, buscando, concentrada y nerviosa, en la pálida mañana de primavera.

Avistó el abrigo beige de su marido entre las aguas, que empujaban el cuerpo contra el seto del jardín. Llamó a los hombres de la barca. Se alegraba de haberlo encontrado. Lo sacaron del seto. No podían subirlo a la barca. Fred Brangwen se metió en el agua y, con el agua en la cintura, cargó con el cuerpo de su padre hasta el camino. El ahogado tenía briznas de heno, ramitas y residuos en la barba y el pelo. El joven se abrió paso entre las aguas llorando sin lágrimas, como un animal herido. La madre lloraba en la ventana, sin alborotar.

Llegó el médico. Pero el cuerpo estaba muerto. Lo llevaron a Cossethay, a casa de Anna.

Al recibir la noticia, Anna Brangwen echó la cabeza atrás y puso los ojos en blanco, como si algo la atacara y la mordiera en la garganta. Echó la cabeza atrás y su

conciencia se refugió en el sueño. Desde que se casó y fue madre, se había olvidado de la niña que había sido. Ahora, la impresión amenazaba con derribarla y barrer de un plumazo todo aquel intervalo de su vida para convertirla en una joven de dieciocho años que quería a su padre. Así, se resistió y se alejó del impacto, aferrándose a su vida presente.

Cuando trajeron a su casa el cuerpo muerto, con la ropa empapada, chorreando, completamente vestido, tal como había regresado del mercado, pero empapado e inerte, la impresión derribó a Anna por completo. Estaba aterrorizada. Aquel montón enorme, empapado e inerte, había sido para ella la imagen del poder y la fuerza de la vida.

Casi con horror, empezó a quitarle las prendas mojadas, a despojarlo de la absurda indumentaria del ganadero pudiente. Mandaron a los niños a la vicaría y tendieron el cadáver en el suelo de la sala, donde Anna empezó a desnudarlo rápidamente, dejando el reloj de bolsillo y las sortijas de su padre en un montón mojado, encima de la mesa. Su marido y la criada la ayudaron. Limpiaron y asearon el cuerpo, y lo acostaron en la cama.

Tenía un aspecto imponente y sosegado. Estaba completamente sereno en la muerte, y ahora, acostado entre las sábanas, parecía inviolable, inalcanzable. Para Anna representaba la majestuosidad del macho inaccesible, la majestuosidad de la muerte. Se quedó muy quieta mirándolo, sobrecogida, casi contenta.

También Lydia Brangwen, la madre, contempló el cuerpo impresionante e inviolable del hombre muerto. Se puso pálida, al ver la muerte. Su marido estaba más allá del cambio o del conocimiento, absoluto, acostado en las sábanas con el infinito. ¿Qué relación tenía ella con él? Él era una abstracción sublime que se hacía visible por un momento, inviolada, absoluta. Y ¿quién podía reclamarlo, quién podía hablar de él, del ser que se revelaba en el desnudo momento del tránsito de la vida a la muerte? Ni los vivos ni los muertos podían reclamarlo: él era una cosa y la otra, inviolable, inaccesiblemente él solo.

–He compartido la vida contigo, también yo pertenezco a la eternidad –dijo Lydia Brangwen, con el corazón frío, consciente de su propia individualidad.

–No llegué a conocerte en vida. Ahora estás muy lejos de mí, supremo en la muerte –dijo Anna Brangwen, sobrecogida, casi contenta.

Fueron los hijos quienes no pudieron soportarlo. Fred Brangwen daba vueltas, con la cara blanca y rígida y los puños apretados, lleno de odio y de ira por lo que le había ocurrido a su padre, desangrándose también de ganas de recuperarlo, de verlo, de oírlo. No podía resistirlo.

Tom Brangwen no llegó hasta el día del entierro. Se mostró tan sereno y comedido como siempre. Besó a su madre, que estaba muy quieta, con expresión sombría, inescrutable; estrechó la mano de su hermano sin mirarlo a la cara, vio el gran féretro con sus asas negras. Incluso leyó la inscripción de la placa: «Tom Brangwen, de la granja Marsh. Nacido en... Fallecido en...».

Las facciones atractivas y serenas del joven se contrajeron fugazmente en una mueca espantosa y al instante recobraron su serenidad. Trasladaron el féretro a la iglesia, las campanas tocaban a difuntos, los deudos llevaban coronas de flores blancas. La madre, la mujer polaca, con expresión sombría y ausente, iba del brazo de su hijo Tom. El joven estaba tan apuesto como siempre, con una expresión totalmente inmóvil y agradable en cierto modo. Fred iba al lado de Anna, extraña y encantadora, él con el gesto acartonado, rígido, implacable.

Fue más tarde cuando Ursula, mientras correteaba por el jardín entre las matas de grosella, vio a su tío Tom vestido de negro, erguido y elegante, pero con los puños levantados, la cara desencajada, los labios contraídos en una mueca atroz, como un animal torturado, jadeando entrecortadamente, como jadea un perro. Miraba al horizonte abierto, jadeante, se quedaba muy quieto y otra vez volvía a jadear, sin abandonar en ningún momento su expresión de tortura casi bestial, enseñando los dientes, la nariz fruncida, los ojos cegados, sin pestañear.

Ursula se escabulló, aterrorizada. Y, cuando su tío Tom entró en casa, serio y tan callado que su seriedad parecía casi fingida, simulando dolor, la niña observó sus facciones serenas y atractivas y volvió a imaginar su rostro desencajado. Se fijó en que tenía la nariz muy ancha, muy rusa, la piel transparente, recordó que los dientes, por debajo del bigote impecable, eran pequeños, afilados y separados. Lo veía bestial, a pesar de sus modales elegantes, casi depravado. Y estaba asustada. A raíz de esto, nunca se olvidaba de buscar el lado bestial y aterrador de su tío.

Tom dijo «adiós» a su madre y se marchó inmediatamente. Ursula casi tenía miedo de que la besara. Sin embargo, deseaba aquel beso, y también la leve repugnancia.

En el entierro y después del entierro, Will Brangwen se sentía locamente enamorado de su mujer. La muerte lo había sacudido. Pero la muerte y todo lo demás parecían concentrarse dentro de él en una pasión delirante y arrasadora por su mujer. Anna tenía una actitud extraña y cautivadora. Will estaba casi fuera de sí de deseo.

Y ella lo aceptó, parecía dispuesta para él, lo deseaba.

La abuela se quedó unos días en Yew Cottage, mientras se reparaban los daños en la granja. Después regresó a su casa, callada, como si no quisiera nada. Fred se entregó en cuerpo y alma a las obras de reconstrucción. Que su padre hubiera muerto allí le hacía sentir la granja como un lugar más íntimo y más inevitablemente suyo.

Según el dicho, los Brangwen siempre morían de muerte violenta. Para todos ellos, menos para Tom, quizá, era algo casi natural. Aun así, Fred iba de un lado a otro, terco, con el corazón petrificado. Jamás perdonaría a lo Desconocido el asesinato de su padre.

Después de la muerte del padre, la granja estaba muy silenciosa. La señora Brangwen parecía inquieta. Era incapaz de pasar la velada sentada tranquilamente, como antes, y a lo largo del día se levantaba muchas veces, dubitativa, como si tuviera que ir a alguna parte y no supiera exactamente adónde.

Deambulaba por el jardín, con su chaquetita de lana. A menudo salía en el calesín y, sentada al lado de su hijo, contemplaba los campos o las calles del pueblo con una expresión infantil, inocente, asombrada, como si todo fuera extraño para ella.

Las niñas, Ursula, Gudrun y Theresa, pasaban por delante de la granja camino de la escuela. La abuela las llamaba para que entrasen siempre que las veía, les pedía que fueran a cenar con ella. Quería tenerlas cerca.

De sus hijos, casi tenía miedo. Detectaba en ellos la sombra de la pasión, el deseo y el descontento, y no quería volver a ver ninguna de estas cosas. Incluso Fred, con sus ojos azules y su mandíbula prominente, la molestaba. No había paz. Fred quería algo, quería amor, pasión, y no lo encontraba. Pero ¿por qué tenía que molestarla? ¿Por qué se acercaba a ella con su furia, su sufrimiento y sus insatisfacciones? Ella era demasiado mayor.

Tom se mostraba más comedido, reservado. Su cuerpo siempre estaba muy quieto. Sin embargo, inquietaba aún más a la señora Brangwen. En los ojos de Tom, ella veía exclusivamente los abismos negros de su desintegración, y aquellos ojos la miraban de repente, como si ella pudiera salvarlo, como si quisieran revelar sus secretos.

Y ¿cómo podía la vejez salvar a la juventud? La juventud debía buscar la juventud. ¡Siempre la tormenta! ¿Por qué no podía pasar en paz estos años, en la quietud, apartada de la vida? No, el oleaje siempre la golpeaba hasta destrozarla contra las barreras. Siempre se veía atrapada en el hervidero de la rabia y la pasión, interminablemente, interminablemente, eternamente. Y quería alejarse. Quería por fin su inocencia y su paz. No quería que sus hijos continuaran imponiéndole la misma historia brutal de deseo y ofrendas, de rabia de los hombres insatisfechos contra las mujeres, oculta en lo más profundo. Quería estar lejos de todo esto, conocer la paz y la inocencia de los años.

Nunca había sido una mujer muy activa. Ahora pasaba muchos ratos en la cancela del jardín, viendo discurrir el parco mundo. Y le gustaba ver a las niñas, la hacía feliz. Siempre llevaba una manzana o unos caramelos en el bolsillo. Le gustaba que las niñas le sonrieran.

Nunca fue a visitar la tumba de su marido. Hablaba de él con sencillez, como si siguiera vivo. A veces, sus mejillas se llenaban de lágrimas, vencida por la tristeza. Después se recuperaba y volvía a ser la misma de siempre, feliz.

Los días de lluvia los pasaba en la cama. Su dormitorio era su refugio, allí podía quedarse acostada y entregarse a sus meditaciones. De vez en cuando, Fred le leía en voz alta. Pero a ella no le interesaba demasiado. Tenía muchos sueños que soñar, todo un filón sin explotar. Necesitaba tiempo.

Su mejor amiga en esta época era Ursula. La niña y la mujer de sesenta años, pensativa y frágil, parecían comprender el mismo idioma. En Cossethay todo era actividad y pasión, todo lo movían las poleas de la pasión. Ursula tenía entonces cuatro hermanos menores, un enjambre de niños, muchas vidas en continua pugna

unas con otras.

Por eso, para la niña, la paz del dormitorio de su abuela era exquisita. Ursula encontraba aquí un paraíso de silencio, su propia existencia se volvía aquí sencilla y exquisita, como si fuera una flor.

Los sábados siempre iba a la granja, y siempre llevaba una pequeña ofrenda, un pañito hecho con tiras de papel de colores entrelazadas, o un cestito que había tejido en la escuela, o un dibujo de un pájaro con lápices de colores.

Cuando Ursula aparecía en la puerta, Tilly, aunque anciana todavía dueña de su autoridad, estiraba el cuello flaco para ver quién era.

–Ah, ¿eres tú? –decía–. Ya sabía yo que vendrías. ¡Madre mía, qué ramillete tan precioso traes!

Era curioso cómo Tilly conservaba en la granja el espíritu de Tom Brangwen, que estaba muerto. Ursula siempre la relacionaba con su abuelo.

Aquel día la niña había traído un ramillete de clavelinas, blancas, rodeadas de clavelinas rosas. Estaba muy orgullosa, y muy cohibida por su orgullo.

–Tu abuela está en la cama. Límpiase bien los zapatos si vas a subir, y no entres como un torbellino. Pero ¡qué ramillete tan bonito! ¿Lo has hecho tú sola?

Tilly la acompañó a hurtadillas hasta el dormitorio. La niña entró con esa extraña y característica vacilación que había en sus movimientos. Su abuela estaba sentada en la cama, con una chaqueta de lana gris.

Ursula se quedó en silencio, dubitativa, cerca de la cama, con su ramillete en la mano. Sus ojos de niña estaban radiantes. En los ojos grises de su abuela había un brillo similar.

–¡Qué bonito! –dijo su abuela–. ¡Qué bonito te ha quedado! ¡Qué preciosidad de ramillete!

Ursula, resplandeciente, le dio las flores, diciendo:

–Lo he hecho para ti.

–Así los hacían las campesinas en casa –dijo la abuela, acariciando las clavelinas con los dedos y oliéndolas a continuación–. ¡Ramilletes pequeñitos! Y hacían coronas para lucirlas en el pelo, entretejiendo los tallos. Luego se ponían las coronas en la cabeza y se vestían con sus mejores mandiles.

Ursula se imaginó al instante en ese país de cuento de hadas.

–¿Tú también te ponías una corona en la cabeza, abuela?

–De pequeña tenía el pelo dorado, como el de Katie. Entonces me ponía una corona de florecillas azules, ah, tan azules, de esas que salen cuando se funde la nieve. Andrey, el cochero, me traía las primeras.

Hablaban un rato y Tilly traía luego la bandeja del té preparada para dos. Ursula tenía una taza especial para ella en la granja, verde y dorada. Tilly había preparado tostadas con mantequilla y té de berros. Todo era maravilloso y especial. Ursula se tomaba las tostadas con mucha delicadeza y mucho cuidado, a mordisquitos.

–¿Por qué llevas dos alianzas, abuela? ¿Tienes que llevarlas? –preguntaba la niña,

fijándose en las manos marfileñas, cubiertas de venas azules, posadas en la bandeja.

–Porque he tenido dos maridos, hija.

Ursula se quedó pensativa unos momentos.

–Entonces ¿tienes que llevar los dos anillos juntos?

–Sí.

–¿Cuál era el de mi abuelo?

La mujer dudó.

–¿El de tu abuelo al que conocías? Era este anillo, el rojo. El amarillo era el de tu otro abuelo, al que no conociste.

Ursula examinó con mucho interés los dos anillos en el dedo extendido.

–¿Dónde lo compró? –preguntó.

–¿Éste? En Varsovia, creo.

–¿Entonces no conocías a mi abuelo?

–A este abuelo no.

Ursula reflexionaba sobre esta fascinante revelación.

–¿El otro abuelo también tenía la barba blanca?

–No, tenía la barba oscura. Creo que tú has sacado sus cejas.

Ursula se ponía colorada y tímida. Quería acercarse al espejo y mirarse las cejas. Se identificó al instante con su abuelo polaco.

–Y ¿tenía los ojos castaños?

–Sí, oscuros. Era un hombre listo, rápido como un león. Nunca estaba quieto.

Lydia seguía molesta con Lensky. Cuando pensaba en su primer marido, ella siempre era más joven que él, siempre tenía veinte o veinticinco años, y estaba dominada por él. Lensky la incorporó a sus ideales como si Lydia no fuera un ser independiente, como si no fuera nada más que su ayuda de campo, o parte de su equipaje, uno de sus instrumentos quirúrgicos. A Lydia todavía le molestaba. Y él siempre tenía treinta años: murió a los treinta y cuatro. No sintió lástima de él. Era mayor que ella. Sin embargo, seguía doliéndole el recuerdo de aquellos días.

–¿Te gustaba más mi primer abuelo? –preguntó Ursula.

–Me gustaban los dos –dijo su abuela.

Y, pensando, volvió a ser la joven recién casada con Lensky. Él era de buena familia, de mejor familia que ella, que era mitad alemana. Lydia se había criado en un hogar de incierta fortuna. Y Lensky, un intelectual, un inteligente médico y cirujano, la había querido. ¡Cómo lo miraba ella! Recordaba que se sentía transportada las primeras veces que él le dirigió la palabra: el joven importante de barba negra y severa. Parecía maravilloso, toda una autoridad. A diferencia de su propia familia, poco estricta, la gravedad y la confianza de Lensky, su firme autoridad, eran para Lydia casi divinas. Y es que ella nunca había conocido a nadie como él, había vivido siempre en un entorno relajado, desordenado y laxo, en un maremágnum.

–Señorita Lydia, ¿quiere casarse conmigo? –le había dicho, en alemán, con su voz grave, aunque trémula. Ella se asustó de sus ojos oscuros, que no la veían, que la

miraban sin pestañear. Y él se mostró firme, confiado. Lydia estaba entusiasmada, ilusionada, y aceptó. Durante el noviazgo, los besos de Lensky eran un milagro para Lydia. Siempre los recordaba y se maravillaba. Ella nunca quería besarlo. Según sus creencias, el hombre besaba y la mujer examinaba dentro del alma los besos que había recibido.

Nunca llegó a recuperarse del todo de la postración de sus primeros días, o sus primeras noches de matrimonio. Lensky la llevó a Viena, donde estaba completamente aislada, completamente sola en otro mundo, todo, todo era extraño para ella, incluso él era extraño para ella. Más tarde llegó el verdadero matrimonio, conoció la pasión y se convirtió en la esclava de su marido: él era su señor, su señor. Lydia era la novia joven, la esclava que le besaba los pies, consideraba un honor tocar su cuerpo, desatarle los cordones de las botas. Vivió dos años convertida en su esclava, arrodillada a sus pies, abrazada a sus rodillas.

Habían nacido los niños, y él seguía fiel a sus ideales. Ella existía únicamente para sustentarlo. Lydia era para Lensky una de las condiciones básicas o materiales necesarias para conservar su bienestar y perseguir sus ideales de nacionalismo, de libertad o de ciencia.

Sin embargo, poco a poco, a los veintitrés, a los veinticuatro años, Lydia empezó a darse cuenta de que ella también podía tomar en consideración estos ideales. Al aceptar la subordinación de su mujer, Lensky había aniquilado este sentimiento en ella. Fueron dos compañeros de él quienes discutían estas ideas con Lydia, ya que él no estaba dispuesto a hacerlo personalmente. De esta manera, Lydia se adentró en la mentalidad de otros hombres. Entonces, ¡la de su marido no era la única mente masculina! Entonces, ¡ella no era un mero atributo de su marido! Empezó a tomar conciencia de las atenciones de otros hombres. Estaba ilusionada. Se acordaba de los hombres que la habían cortejado en Varsovia, cuando ya estaba casada.

Luego estalló la revolución, y ella también se sintió inspirada. Acompañó a su marido, como enfermera. Él trabajaba como una fiera, agotando su vida. Y ella lo seguía, indefensa. Sin embargo, no creía en él. Estaba demasiado aislado, eran muchas las cosas que desconocía. Dependía excesivamente de sí mismo. Su trabajo, sus ideales... ¿Es que no había nada más?

Entonces murieron sus hijos, y todo se volvió lejano para Lydia. Su marido se volvió lejano. Lo veía, lo veía ponerse blanco al recibir la noticia, y fruncir el ceño a continuación, como si pensara: «¿Por qué se han muerto ahora, cuando no tengo tiempo para llorarlos?».

«No tiene tiempo para llorarlos –se dijo Lydia, en lo más recóndito de su alma arrasada–. No tiene tiempo. ¡Es tan importante lo que hace! ¡Es tan engreído, está medio loco! ¡Para él solo cuenta su actividad revolucionaria! ¡No tiene tiempo de llorar ni de pensar en sus hijos! En realidad, ni siquiera tuvo tiempo de concebirlos.»

Lydia dejó que Lensky siguiera su camino, solo. Sin embargo, volvió a trabajar a su lado en medio del caos. Y del caos huyó con él a Londres.

Para entonces era un hombre roto, frío. No sentía ningún cariño ni por ella ni por nadie. Había fracasado en su misión, y por tanto todo había fracasado. Se volvió rígido, y murió.

Lydia no podía resignarse. Su marido había fracasado, todo había fracasado, pero detrás del fracaso latía la pasión invencible de la vida. El esfuerzo individual podía fracasar, no así el goce humano. Ella pertenecía al goce humano.

Lensky murió y siguió su camino, pero no antes de que naciera otra niña. Y esta pequeña Ursula era su nieta. Lydia se alegraba. Porque seguía respetándolo, a pesar de que se hubiera equivocado.

Ella, Lydia Brangwen, ahora se compadecía de él. Estaba muerto: apenas había vivido. Nunca llegó a conocerla. Había yacido con ella, pero nunca llegó a conocerla. Nunca llegó a aceptar lo que ella podía ofrecerle. Se alejó de ella con las manos vacías. Así, nunca había vivido. Así, había muerto y se había marchado. Sin embargo, había tenido fortaleza y poder.

Lydia casi no podía perdonarle que no hubiera vivido. De no haber sido por Anna, y por esta pequeña Ursula, que tenía sus mismas cejas, no quedaría de él más de lo que queda de una vasija rota arrojada a la basura y apenas recordada.

Tom Brangwen la había servido. Se había acercado a ella y había tomado lo que ella le ofrecía. Había muerto y había seguido su camino entre los difuntos. Pero se había vuelto inmortal a través del conocimiento compartido con ella. Así, Lydia ocupaba su lugar aquí, en la vida, y en la inmortalidad. Porque Tom se había llevado a la muerte su conocimiento de ella para que ella pudiera ocupar su lugar en la muerte. «Hay muchas mansiones en la casa de mi padre»^[8].

Quería a sus dos maridos. Para uno había sido una joven novia desnuda, siempre dispuesta a servirlo. Al otro lo había amado con plenitud, porque era un hombre bueno y le había dado su propio ser, porque la había servido con honor y se había convertido en su hombre, uno con ella.

Lydia había alcanzado la serenidad en esta etapa de la vida, se había encontrado. A lo largo de su primer matrimonio, había existido únicamente a través de su marido, él era la sustancia y ella la sombra que corría a los pies de él. Estaba muy contenta de haberse encontrado. Se lo agradecía a Brangwen. Y salió a su encuentro llena de gratitud, en la muerte.

En su fuero interno, sentía una ternura y una piedad difusas por su primer marido, que había sido su señor. ¡Qué equivocado había muerto! No soportaba pensar que Lensky no hubiera vivido, que nunca hubiera llegado a ser quien verdaderamente era. Y ¡había sido su señor! ¡Qué raro había sido todo! ¿Por qué había sido él su señor? Ahora le parecía un ser muy lejano, completamente ajeno a ella.

—¿Quién de los dos, abuela?

—¿Qué?

—¿Quién te gustaba más?

—Me gustaban los dos. Me casé con el primero cuando era casi una niña. Después

quise a tu abuelo cuando era una mujer. Es diferente.

Se quedaron un rato calladas.

–¿Lloraste cuando murió mi primer abuelo? –preguntó la niña.

Lydia Brangwen se meció en la cama, pensando en voz alta.

–Cuando llegó a Inglaterra, apenas hablaba, estaba demasiado preocupado para fijarse en nadie. Adelgazaba sin parar, hasta que se le hundieron las mejillas y la boca se volvió muy prominente. Dejó de ser atractivo. Yo sabía que no soportaba la derrota, sabía que todo en el mundo estaba perdido. Pero tu madre era una niña muy pequeña, y yo no podía morir.

»Cuando cayó enfermo, me miraba con aquellos ojos negros, como si me odiara, y decía: “Es lo último que faltaba, que te dejara sola en Londres con una niña tan pequeña, para que muráis de hambre”. Yo le decía que no íbamos a morir de hambre. Pero era muy joven y tonta, estaba asustada, y él lo sabía.

»Estaba amargado y no daba su brazo a torcer. Postrado en la cama, se devanaba los sesos para ver qué podía hacer. “No sé qué vais a hacer –decía–. Soy un inútil, un fracasado de principio a fin. Ni siquiera soy capaz de mantener a mi mujer y mi hija.”

»Pero, ya ves, no hacía falta que nos mantuviera. Mi vida continuó, a pesar de que la suya se hubiera detenido, y me casé con tu abuelo.

»Tendría que haberme dado cuenta, tendría que haber sido capaz de decirle: “No te amargues, no vamos a morir porque esto haya salido mal. Tú no eres el principio y el fin”. Pero yo era demasiado joven, él nunca me dejó ser quien era en realidad, yo creía sinceramente que él era el principio y el fin. Lo dejaba todo en sus manos. Pero no todo dependía de él. La vida tenía que continuar y yo tenía que casarme con tu abuelo y tener a tu tío Tom y a tu tío Fred. Nadie puede cargar con tanto peso...

El corazón de la niña latía con fuerza al oír estas vivencias. Aunque no las entendía, le inspiraban sentimientos remotos. Experimentaba una emoción y una alegría profundas al saber que venía de muy lejos, de Polonia, y de aquel hombre imponente de la barba oscura. Sus antecedentes eran singulares, y tuvo la sensación de que el destino la flanqueaba, aterrador.

Casi a diario, Ursula iba a ver a su abuela, y siempre tenían largas conversaciones. Hasta que los dichos y las historias de la abuela, en el silencio absoluto del dormitorio de la granja, se cargaron de significado místico y se convirtieron en una especie de Biblia para la niña.

Y Ursula le hacía a su abuela sus preguntas infantiles más profundas.

–¿Me querrá alguien, abuela?

–Te quiere mucha gente, hija. Todos te queremos.

–Pero, cuando sea mayor, ¿me querrá alguien?

–Sí, te querrá un hombre, hija, porque ésa es tu naturaleza. Y espero que sea alguien que te quiera por lo que eres y no por lo que quiera de ti. Aunque todos tenemos derecho a conseguir lo que queremos.

Estas respuestas asustaban a Ursula. Le daba un vuelco el corazón y no sentía el

suelo debajo de los pies. Se aferraba a su abuela. Allí encontraba paz y seguridad. Allí, en el apacible dormitorio de su abuela, la puerta se abría a un espacio más amplio, al pasado, que al ser tan grande parecía empequeñecer todo lo que abarcaba: amores, nacimientos y muertes, unidades y partes diminutas delimitadas por un horizonte inmenso. Era un gran alivio conocer la importancia diminuta de lo individual dentro del gran pasado.

Capítulo X

El círculo se ensancha

Era una carga enorme para Ursula ser la mayor de la familia. A los once años, tenía que llevar a la escuela a Gudrun, Theresa y Catherine. Su hermano, William, al que siempre llamaban Billy, para no confundirlo con su padre, era un niño de tres años, adorable y muy delicado, y de momento se quedaba en casa. Nació otra niña, y la llamaron Cassandra.

Las niñas fueron por algún tiempo a la escuela de la iglesia, al lado de la granja Marsh. Era la única que tenían cerca, además de muy pequeña, y a la señora Brangwen le daba seguridad mandar allí a las niñas, a pesar de que los chicos del pueblo les ponían motes: a Ursula «Urticaria», a Gudrun «Guardiana», y a Theresa «Tetera».

Gudrun y Ursula iban a la misma clase. Gudrun, la segunda, era una niña larguirucha y soñadora, con la cabeza llena de fantasías, que no quería saber nada de la realidad. La realidad no era lo suyo, ella se entregaba a sus fantasías. Era Ursula quien se interesaba por la realidad. Así, Gudrun dejaba que su hermana mayor se encargara de estas cosas, y confiaba en ella implícitamente, con indiferencia. Ursula sentía una gran ternura por su hermana y compañera de clase.

Era inútil intentar que Gudrun se hiciera responsable. Flotaba como un pez en el mar, perfecta en el ambiente de su diferencia y su propio ser. Las demás existencias le traían sin cuidado. Solamente creía en Ursula y confiaba en Ursula.

La hermana mayor estaba abrumada por su responsabilidad con las pequeñas. Sobre todo por Theresa, una niña fuerte, de ojos desafiantes, que tenía un don especial para la guerra.

–Nuestra Ursula, Billy Pillins me ha tirado del pelo.

–Y ¿tú qué le has dicho?

–No le he dicho nada.

Entonces, las hermanas Brangwen entraban en combate con los Pillins o los Phillips.

–No vuelvas a tirarme del pelo, Billy Pillins –decía Theresa cuando iba con sus hermanas, mirando majestuosamente al niño pelirrojo con la cara cubierta de pecas.

–¿Por qué no? –contestaba Billy Pillins.

–Pues porque no te atreves –decía la agotadora Theresa.

–Ven aquí, Tetera, y ya verás si me atrevo.

Allá que iba Tetera, y al momento Billy Pillins le tiraba de los tirabuzones negros y enroscados como una serpiente. Ella se lanzaba contra él como una furia. Al momento llegaban corriendo Ursula y Gudrun, con la pequeña Katie, y se

enfrentaban con los demás Phillips, Clem y Walter, y con Eddie Anthony. Entonces empezaba la refriega. Las hermanas Brangwen eran grandes y más fuertes que muchos chicos. De no haber sido por los delantales y el pelo largo, habrían cosechado la victoria sin dificultad. Sin embargo, volvían a casa con el pelo arrancado y los delantales rotos. Los hermanos Phillips disfrutaban de lo lindo rompiendo los delantales de las hermanas Brangwen.

Estallaba el escándalo. La señora Brangwen no estaba dispuesta a tolerarlo, de ninguna manera. Afloraban entonces toda su dignidad y su altivez innatas. Y el vicario iba a aleccionar a los niños. «Es una lástima que los niños de Cossethay no traten con mayor caballerosidad a las niñas de Cossethay. Aún digo más, ¿qué clase de niño molesta a una niña, le da patadas, la apalea y le rompe el delantal? Ese niño merece un castigo severo, además del calificativo de “cobarde”, porque ningún niño que no sea un “cobarde”»... Y así sucesivamente.

Con esto, los corazones de los hermanos Pillins se colmaban de furia de perro apaleado y los de las hermanas Brangwen de virtud, especialmente el de Theresa. Y la contienda continuaba, con períodos intermitentes de extraordinaria amistad en los que Ursula era novia de Clem Phillips, Gudrun de Walter, y Theresa de Billy, e incluso la diminuta Katie tenía que ser novia de Eddie Anthony. No había unión más profunda. La pequeña pandilla de los Brangwen y los Phillips buscaba cualquier momento posible para juntarse. Sin embargo, ni Ursula ni Gudrun eran capaces de tener una intimidad real con los hermanos Phillips. Esta alianza y esta mezcla de noviazgos era para ellas una especie de ficción.

Y la señora Brangwen se enfadaba de nuevo.

–Ursula, no voy a consentir que andes zascandileando por ahí con los niños, así que te lo advierto. Para inmediatamente, y las demás pararán.

Ursula no soportaba representar al pequeño clan de las hermanas Brangwen. Nunca podía ser ella misma, no, siempre era Ursula-Gudrun-Theresa-Catherine, y más tarde incluso le endosaron a Billy. Además, ella tampoco quería estar con los Phillips. No le gustaban.

A pesar de todo, la coalición entre las Brangwen y los Phillips podía romperse en cualquier momento, por culpa de la injusta superioridad de las Brangwen. Las Brangwen eran ricas. Tenían libre acceso a la granja Marsh. Los maestros trataban a las niñas casi con respeto, el vicario les hablaba como a iguales. Las hermanas Brangwen presumían mucho y llevaban la cabeza muy alta.

–Tú no eres más que nadie, Urticaria Brangwen, cara fea –decía Clem Phillips, poniéndose muy colorado.

–Soy mejor que tú, para que lo sepas –replicaba Urticaria.

–Eso es lo que tú crees... Con esa cara que tienes... Cara fea, Urticaria –empezaba a burlarse, buscando que los demás se volvieran contra ella.

Y así se reanudaban las hostilidades. ¡Cuánto odiaba Ursula estas burlas! Se volvió fría con los Phillips. Estaba muy orgullosa de su familia. Las hermanas

Brangwen tenían una curiosa dignidad ciega, incluso cierto porte aristocrático. Por alguna combinación de herencia y educación, parecían vivir su propia vida sin reparar en la existencia de los demás. Nunca se le ocurrió a Ursula que otras personas pudieran tener una mala opinión de ella. Estaba convencida de que quien la conocía sabía reconocer su suficiencia y la aceptaba tal como era. Creía que el mundo estaba habitado por personas como ella. Sufría amargamente si se veía impelida a tener una mala opinión de otra persona, y jamás se lo perdonaba.

Esto sacaba de quicio a muchos niños. Se sentían continuamente menospreciados por las hermanas Brangwen, que se empeñaban en aplastarlos, en hacerles sentirse inferiores. Curiosamente, su madre era muy consciente de la situación y siempre estaba dispuesta a permitir que sus hijas ganaran la partida.

Cuando Ursula tenía doce años, y empezaban a afectarle la modesta escuela y la compañía de los niños del pueblo, mezquinos y envidiosos, Anna la mandó con Gudrun a la escuela secundaria de Nottingham. El cambio fue una inmensa liberación para Ursula. Soñaba desesperadamente con escapar de las denigrantes circunstancias de la vida, de los nimios celos, de las nimias diferencias, de las nimias ruindades. Le torturaba que los Phillips fueran más pobres y más ruines que ella, que se valieran de nimios recursos ruines, que se aprovecharan de nimias ventajas. Ella quería ser como ellos, pero no a costa de disminuirse. Quería que Clem Phillips fuera su igual. Sin embargo, por culpa de un destino incomprensible y doloroso, cuando él de verdad estaba con ella, sentía una tensión insoportable en la cabeza. Le entraban ganas de darse golpes en la frente, de huir.

Entonces descubrió que huir era fácil. Podía desligarse completamente de las circunstancias. Podía marcharse a la escuela secundaria, abandonar esa otra escuela miserable, a los profesores mediocres, a los Phillips, a quienes había intentado querer y le habían hecho fracasar, y a quienes no podía perdonar. La gente insignificante le inspiraba un miedo instintivo, como los perros a un ciervo. Porque estaba ciega, no podía evaluar ni apreciar a los demás. Tenía que convencerse de que todo el mundo era igual que ella.

Medía las cosas por el patrón de su familia: su padre y su madre, su abuela, sus tíos. Su querido padre, tan tremendamente simple en su conducta, pero con un alma tan poderosa y oscura, enterrada como una raíz en profundidades innombrables que fascinaban y aterrorizaban a Ursula; su madre, tan curiosamente ajena al dinero, las convenciones y el miedo, completamente indiferente al mundo, afianzada en sí misma, sin ninguna relación; su abuela, que venía de tan lejos y tenía las miras puestas en un horizonte tan amplio: la gente tenía que alcanzar la misma altura para que Ursula pudiera sentirla suya.

Por eso, aunque no tenía más que doce años, se alegró de romper las estrechas fronteras de Cossethay, donde solo vivía gente limitada. Fuera de allí todo era inmensidad y había una multitud de personas auténticas, orgullosas, a las que podría querer.

Para ir al colegio en tren, tenía que salir de casa a las ocho menos cuarto de la mañana, y no volvía hasta las cinco y media. Y se alegraba, porque la casa era pequeña y estaba abarrotada. Era una tormenta de movimiento del que no había escapatoria. Odiaba tener que hacerse cargo de tantas cosas.

La casa era una tormenta de movimiento. Los niños estaban sanos y eran un torbellino, la madre se ocupaba exclusivamente de su bienestar animal. A medida que se iba haciendo mayor, la situación se convirtió para Ursula en una pesadilla. Más adelante, cuando vio una pintura de Rubens en el que aparecía una tormenta de niños desnudos y supo que se llamaba *Fecundidad*, se estremeció y el mundo le pareció aborrecible. Desde pequeña, sabía muy bien lo que significaba vivir en mitad de una tormenta de niños, en el calor y el maremágnum de la fecundidad. Y desde pequeña se puso en contra de su madre, furiosamente en contra de su madre: anhelaba un poco de espiritualidad y majestuosidad.

Cuando hacía mal tiempo, la casa era una locura. Los niños no paraban de entrar y salir, se metían en los charcos debajo de los lúgubres tejos, mojaban las baldosas de piedra de la cocina y la criada refunfuñaba y los reñía. Había un enjambre de niños en el sofá, de niños aporreando el piano en la sala de estar, como si la casa fuera una colmena, de niños revolcándose en la alfombra de la chimenea, pataleando, rompiendo un libro entre dos, de niños endemoniados, ubicuos, que subían a hurtadillas las escaleras para ver dónde estaba su Ursula, que cuchicheaban en las puertas de los dormitorios, se colgaban de los cerrojos y llamaban con voz misteriosa: «¡Ursula! ¡Ursula!», a la niña que se había encerrado a leer. Era imposible. La puerta cerrada estimulaba la sensación de misterio de sus hermanos, y Ursula tenía que abrir para disipar el hechizo. Entonces, todos se colgaban de ella, con los ojos muy abiertos y un montón de preguntas.

La madre se sentía boyante con tanto revuelo.

–Mejor que hagan ruido a que estén enfermos, decía.

Pero las hermanas mayores sufrían amargamente. Ursula entró en escena cuando Andersen y los hermanos Grimm empezaban a dejar paso a los *Idilios del rey*^[9] y las novelas románticas.

Elaine la hermosa, Elaine la adorable,
Elaine el lirio de Astolat,
encerrada en su cámara de la torre oriental,
custodiaba el escudo sagrado de Lancelot.

¡Cuánto le gustaba a Ursula! Se acercaba a la ventana de su dormitorio, con el pelo negro y encrespado sobre los hombros y una expresión de embeleso en su rostro cálido, y dirigía la mirada más allá del cementerio y la pequeña iglesia, que era un castillo con sus almenas, al que Lancelot se acercaba cabalgando en ese preciso instante, la saludaba con la mano, y Ursula veía pasar su capa escarlata por detrás de

los tejos oscuros y atravesar el espacio abierto, mientras ella, ¡ah, ella!, seguía siendo la doncella solitaria aislada en la torre que bruñía el terrible escudo, que tejía para éste una funda con auténtica maestría y esperaba, esperaba, siempre remota, en las alturas.

En ese momento se oyeron pasos ligeros en las escaleras, un suspiro agudo al otro lado de la puerta, y un chasquido del cerrojo, y Billy, muy excitado, susurró:

–Está cerrado... Está cerrado.

Entonces llamaron a la puerta, unas rodillas infantiles patearon la puerta, y una voz infantil, urgente, dijo:

–Ursula... ¿Nuestra Ursula? Eh, ¿nuestra Ursula?

No hubo respuesta.

–¡Ursula! Eh, ¿nuestra Ursula? –gritaban su nombre.

Seguía sin haber respuesta.

–Mamá, no contesta –se oyó un grito–. Está muerta.

–Vete de aquí... No estoy muerta. ¿Qué quieres? –contestó la voz airada de la niña.

–Abre la puerta, nuestra Ursula –dijo la voz quejumbrosa.

Y todo terminaba. Tenía que abrir la puerta. Oyó chirriar el cubo en el piso de abajo, arrastrado por las baldosas de piedra, mientras la criada fregaba el suelo de la cocina. Y los niños entraron en el dormitorio.

–¿Qué estabas haciendo? ¿Por qué has cerrado la puerta?

Más tarde descubrió la llave de la sala parroquial y se refugiaba allí, sentada con sus libros encima de unos sacos. Allí comenzó un sueño nuevo.

Era la única hija de un anciano señor, y tenía poderes mágicos. Los días se sucedían en un trance de silencio, mientras Ursula deambulaba como un fantasma en la callada y antigua mansión, o correteaba por las terrazas dormidas.

La asaltó entonces una pena profunda: tenía el pelo negro. Quería tener el pelo rubio y la piel blanca. Detestaba su melena negra.

Daba igual, se teñiría el pelo cuando fuera mayor, o se lo aclararía con el sol, hasta que se volviera rubio. Entretanto se ponía una cofia blanca de encaje veneciano.

Correteaba en silencio por las terrazas, donde las lagartijas retozaban al sol como piedras preciosas y no se movían cuando la sombra de Ursula caía sobre ellas. En la máxima quietud, oía el tintineo de la fuente y aspiraba la fragancia de las rosas con sus opulentas cabezas colgantes, inmóviles. Así se dejaba llevar por los nostálgicos pies de la belleza, más allá del estanque y de los cisnes, hasta los nobles jardines, donde, bajo las ramas de un imponente roble, descansaba una cierva de pelaje moteado con sus cuatro hermosas patas recogidas, y su cervatillo del color del sol acurrucado a su lado.

Y esta cierva era su amiga. La cierva le hablaba, porque tenía poderes mágicos, le contaba historias, como si le hablara la luz del sol.

Un día se olvidó de echar el pestillo a la puerta de la sala parroquial, porque

siempre estaba distraída y no prestaba atención. Los niños la encontraron. Katie se cortó un dedo y empezó a berrear, mientras Billy destrozaba las preciosas tallas de madera haciendo muescas con un cincel. Se armó un escándalo de aúpa.

A su madre pronto se le pasó el enfado. Ursula volvió a encerrarse en la sala parroquial y creyó que todo había pasado. Al cabo de un rato apareció su padre con las herramientas melladas y el ceño fruncido.

–¿Quién narices ha abierto la puerta? –gritó, iracundo.

–Ha sido Ursula –dijo su madre.

Su padre llevaba un trapo en la mano. Dio media vuelta y le cruzó la cara con la tela. Ursula notó que le ardía la piel y se quedó un momento aturdida. Luego se quedó muy quieta, con el gesto contraído y terco. Pero su corazón estaba en llamas. En contra de su voluntad, las lágrimas empezaron a agolparse, se agolparon en contra de su voluntad.

En contra de su voluntad, se le desencajó la cara, hizo una extraña mueca para tragar, pero no pudo aguantar las lágrimas. Y se fue, desconsolada. Pero su corazón estaba en llamas, furioso, y no se aplacaba. Will Brangwen observó alejarse a su hija y sintió un dolor agradable, una sensación de triunfo y de poder al alcance de la mano, inmediatamente seguido de una profunda lástima.

–No era necesario... Cruzarle la cara a la niña –dijo su madre con frialdad.

–Un aletazo con un trapo no creo que le haga daño –contestó él.

–Ni tampoco le hará ningún bien.

Ursula pasó días, semanas, con el corazón abrasado por el azote. Se sentía cruelmente indefensa. ¿Es que su padre no se daba cuenta de lo indefensa que estaba, tan desprotegida y dolida? Él, más que nadie, debería saberlo. Y la trataba así. Quería herirla en lo más hondo de su sensibilidad, quería tratarla de una manera vergonzosa, mutilarla con sus insultos.

Le ardía de aislamiento el corazón, como la hoguera de un centinela. No lo olvidaba, no lo olvidaba, nunca lo olvidó. Cuando recuperó el cariño por su padre, la simiente de la desconfianza y el desafío seguía ardiendo, insaciable, aunque oculta a la vista. Nunca más volvió a pertenecerle incuestionablemente. Despacio, muy despacio, el fuego de la desconfianza y el desafío siguió ardiendo en ella, hasta consumir el vínculo que lo unía a él.

Pasaba mucho tiempo sola, se entusiasmaba por todo lo que se movía y estaba en actividad. Le encantaban los arroyos. Cada vez que encontraba un reguero de agua era feliz. Parecía como si en espíritu se viera obligada a cantar con él. Podía quedarse horas sentada a la orilla de un arroyo o un riachuelo, en las raíces de los alisos, contemplando la veloz danza del agua sobre las piedras, o entre las hojas de una rama caída. A veces, los pececillos se esfumaban antes de volverse reales, como una alucinación, a veces los aguzanieves correteaban por el borde del agua, a veces otros pajarillos se acercaban a beber. Veía pasar un martín pescador azul, como una flecha... y se ponía muy contenta. El martín pescador era la llave del mundo mágico:

era el testigo del orden de los hechizos.

Pero necesitaba salir de la tupida ilusión de su vida: de la ilusión del padre, cuya vida era una Odisea en un mundo exterior; la ilusión de su abuela, de realidades tan difusas y lejanas que se convertían en símbolos místicos: jóvenes campesinas con coronas de flores azules en el pelo, los trineos y la profundidad del invierno; de su abuelo joven de la barba negra, del matrimonio y la guerra y la muerte; entonces la multitud de ilusiones que en verdad le interesaban la llevaban a convencerse de que en realidad era una princesa polaca, de que vivía hechizada en Inglaterra, y en realidad no era aquella Ursula Brangwen; entonces, la envolvía el espejismo de sus lecturas: tenía que salir de aquella ilusión multicolor que era su vida, tenía que seguir adelante, ir a la escuela secundaria en Nottingham.

Era tímida y sufría mucho. Para empezar, se mordía las uñas y tenía una dolorosa conciencia de sus dedos, se avergonzaba de ellos, se sentía desprotegida. Esta vergüenza la obsesionaba de una manera desmedida. Se torturaba durante horas, pensando que no podía quitarse los guantes: podía decir que se había escaldado las manos, si por casualidad se quitaba los guantes sin darse cuenta.

Y es que iba a heredar su legítimo patrimonio cuando fuera al instituto. Allí, las niñas eran todas unas señoritas. Allí, se encontraría entre espíritus libres, sus compañeras y sus iguales, y todas las cosas mezquinas quedarían atrás. ¡Ay, si fuera capaz de no morderse la uñas! ¡Si no tuviera este defecto! ¡Cuánto deseaba ser perfecta! Sin mancha ni tacha, vivir una vida elevada y noble.

Le dolía que su padre fuera una carta de presentación tan modesta. Seguía siendo tan austero como siempre, como el chico de los recados, iba mal vestido, con ropa informal. Y Ursula quería túnicas y una presentación ceremoniosa para su nueva condición.

Se ilusionó con el colegio. La señorita Grey, la directora, tenía cierta belleza de carácter, plateada y señorial. El edificio escolar había sido la residencia de un caballero. Una amplia extensión de césped, oscuro y sombrío, separaba la construcción de la avenida elegante y oscura. Pero las habitaciones eran espaciosas y agradables, y por detrás daban a los jardines y los arbustos, a los árboles y la ladera de hierba del arboreto, a la ciudad arracimada en la hondonada, con sus tejados, sus cúpulas y sus sombras.

Así, desde la cumbre de la enseñanza, Ursula contemplaba el humo, la confusión y la apasionante actividad fabril de la ciudad. Se sentía feliz. En las alturas del colegio, se imaginaba que el aire era más puro, lejos del humo de la fábrica. Quería aprender latín y griego y francés y matemáticas. Tembló como una postulante cuando escribió por primera vez el alfabeto griego.

Se encontraba en la ladera de un monte nuevo, y aún no había alcanzado la cima. Siempre había en su corazón una avidez maravillosa por escalar y ver qué había al otro lado. Un verbo latino era para ella tierra virgen: detectaba en él un olor nuevo; significaba algo, aunque no lo entendiera. Pero lo asimilaba: era importante. Cuando

aprendió que

$$x^2 - y^2 = (x + y)(x - y)$$

tuvo la sensación de haber captado algo importante, se sintió liberada a un ambiente embriagador, raro y sin condiciones. Y se puso muy contenta cuando escribió en francés: *J'ai donné le pain à mon petit frère*^[10].

En todas estas cosas descubría su corazón un sonido de clarines, estimulante, que la llamaba a lugares perfectos. Nunca se olvidó de su primera gramática francesa, de Longman, con las tapas marrones, ni de su *Via Latina*, con los cantos de las páginas rojos, ni de su libro de álgebra gris. Siempre le parecieron mágicos.

Era rápida, inteligente e instintiva, pero no era «constante». Lo que no comprendía intuitivamente no era capaz de aprenderlo. Y entonces, reaccionaba con una violenta aversión a todas las clases, un desprecio profundo por todas las profesoras y las maestras de escuela, se refugiaba en una fiera arrogancia animal y se volvía insufrible.

Era un animal libre, imbatible, y en sus momentos de rebelión proclamaba que no existía para ella ninguna ley, y tampoco ninguna norma. Ella existía únicamente para sí misma. A esto sucedía un prolongado combate con el mundo, en el que al fin se daba por vencida, una vez completamente agotada su resistencia, y entonces sollozaba con toda su alma, desconsolada; luego recobraba la serenidad, agotada y sin cuerpo, asimilaba el conocimiento que antes se le había negado y seguía su camino más triste y más sabia.

Ursula y Gudrun iban juntas al instituto. Gudrun era una niña tímida y callada, ingobernable, una cosita insignificante que se escondía para no llamar la atención o se hacía un ovillo para refugiarse en su propio mundo. Parecía evitar por instinto cualquier clase de contacto y se empeñaba en seguir su propio camino, persiguiendo la vaga fantasía de que no tenía relación con nadie más.

No era en absoluto inteligente. Creía que Ursula tenía inteligencia de sobra para dos. Si Ursula ya comprendía las cosas, ¿por qué tenía que esforzarse ella? La hermana menor vivía su existencia religiosa y responsable a través de su hermana, por proximidad. Por su parte, era indiferente y concentrada como un animal salvaje, e igual de irresponsable.

Cuando se sentaba al final de la clase, se reía, perezosa, y estaba contenta, decía que por fin se encontraba a salvo. Le traían sin cuidado la decepción de su padre o la punzada de vergüenza de su madre.

—¿Para qué me gasto el dinero en mandarte a Nottingham? —decía su padre, exasperado.

—Bueno, papá, no hace falta que te lo gastes —contestaba ella, tan tranquila—. Por mí puedo quedarme en casa.

Gudrun estaba a gusto en casa, Ursula no. Mientras que fuera se sentía pequeña e incómoda, en casa se encontraba a sus anchas, como un animal en su madriguera. Ursula, al contrario, fuera de casa estaba atenta y entusiasmada, en casa estaba de mala gana, intranquila, no quería ser ella misma, o no podía.

A pesar de todo, el domingo seguía siendo para las dos hermanas el mejor día de la semana. Ursula lo acogía con pasión, por la sensación de seguridad eterna que le proporcionaba. Los demás días de la semana sufría angustiosos temores, percibía fuerzas poderosas que se negaban a reconocerla. La autoridad siempre le inspiraba disgusto y temor. Creía que podía hacer lo que quisiera en todo momento si lograba evitar el enfrentamiento con la Autoridad y los Poderes oficiales. Si se entregaba, sin embargo, estaría perdida, la aniquilarían. Vivía continuamente sometida a esta amenaza.

La extraña sensación de crueldad y fealdad, siempre inminentes, preparadas para atraparla, la intuición del poder hostil de la turba que la acechaba, por ser la excepción, constituía una de las influencias más profundas de su vida. En todas partes, en el colegio, entre amigos, en la calle, en el tren, se sentía instintivamente disminuida, se empequeñecía, fingía ser menos de lo que era, por miedo a que, al aflorar su personalidad oculta, fuera presa del ataque rencoroso y brutal del Ser común y corriente.

Ahora, Ursula se encontraba bastante segura en el colegio. Sabía cuál era su sitio y qué parte de sí misma debía guardar. Aun así, solo era libre los domingos. A los catorce años, empezó a notar un creciente rencor contra ella en su propia casa. Sabía que su presencia era un incordio. De todos modos, los domingos era libre, libre de verdad, libre para ser ella misma, sin miedo ni recelo.

Incluso en los peores momentos, el domingo era un día sagrado. Se despertaba con una inmensa sensación de alivio. No entendía por qué había en su corazón tanta ligereza. Entonces se acordaba: era domingo. Parecía que todo estallaba de contento a su alrededor, experimentaba una libertad inmensa. El mundo entero quedaba abolido por espacio de veinticuatro horas, apartado. No existía nada más que el mundo del domingo.

Le encantaba incluso el alboroto de la casa. Sus hermanos dormían, con suerte, hasta las siete. Normalmente, poco después de las seis, se oía el gorjeo de un pájaro, una voz, un canto ilusionado, anunciaba la creación de un nuevo día, resonaba un tableteo de pies pequeños y rápidos, y los niños se levantaban y llenaban la casa, correteando en camisón, con las piernas sonrosadas y brillantes, la piel limpia y reluciente después del baño del sábado por la noche, el espíritu enaltecido por la higiene corporal.

Cuando la casa empezaba a bullir de niños impetuosos, de niños medio desnudos y limpios, uno de los padres se levantaba, bien la madre, indolente y tranquila, con el pelo denso y oscuro recogido en un moño deslavazado, con un mechón caído por encima de una oreja, o el padre, cálido y cómodo, con el pelo negro alborotado y el

cuello de la camisa sin abrochar.

Entonces, las niñas, que seguían arriba, oían un continuo:

–Pero, bueno, Billy, ¿qué estás haciendo? –en la voz fuerte y vibrante del padre; o la majestuosa réplica de la madre:

–Ya te lo he dicho, Cassie, no te lo voy a consentir.

Era increíble la resonancia que podía llegar a alcanzar la voz del padre, como un gong, sin alterarse en lo más mínimo, y la manera de hablar de la madre, como una reina en audiencia pública, a pesar de que llevaba la blusa de cualquier manera, y el pelo mal recogido, y a pesar del caos que formaban los niños con sus gritos.

Poco a poco se preparaba el desayuno, y las hermanas mayores bajaban al babel de niños medio desnudos que alborotaban por todas partes como si fueran lo contrario de querubines, según decía Gudrun cuando veía aparecer y desaparecer las piernecitas desnudas y los traseros regordetes.

Poco a poco conseguían capturar a los pequeños y cambiarles por fin los camisones por las camisas limpias del domingo. Pero, antes de que la camisa limpia del domingo hubiera pasado por la cabeza sedosa, el cuerpo desnudo se escabullía para revolcarse en la piel de oveja que ofrecía la alfombra de la sala, mientras la madre iba detrás, protestando vivamente, sosteniendo la camisa como un dogal, mientras la voz de bronce del padre estremecía la casa, y la niña o el niño desnudo que se revolcaba en la piel de oveja anunciaba alegremente:

–Me estoy *mañando* en el mar, mamá.

–¿Por qué tengo que ir detrás de ti con la camisa? –decía la madre–. Levántate ahora mismo.

–Me estoy *mañando* en el mar, mamá –repetía el personaje desnudo y retozón.

–Se dice bañar, no *mañar* –contestaba la madre, con su curiosa e indiferente dignidad–. Te estoy esperando aquí con la camisa.

Por fin las camisas estaban en su sitio, los calcetines emparejados, los pantalones abotonados y las enaguas atadas por detrás. La mayor cobardía de la familia se manifestaba en la cuestión de eludir las ligas.

–¿Dónde están tus ligas, Cassie?

–No lo sé.

–Pues ve a buscarlas.

Pero ninguno de los mayores estaba dispuesto a enfrentarse de verdad a la situación. Cuando Cassie había buscado debajo de todos los muebles y se había puesto negra su ropa limpia del domingo, con infinito pesar de todos, las ligas se olvidaban para lavar una vez más la cara y las manos de la niña.

Más tarde, Ursula se indignaba cuando veía a la señorita Cassie entrar en la iglesia, después de la catequesis, con una media caída alrededor del tobillo y una rodilla sucia.

–¡Es una vergüenza! –protestaba Ursula a la hora de comer–. Van a pensar que somos unos cerdos y que los niños nunca se lavan.

–Lo que piensen los demás no tiene importancia –contestaba la madre, majestuosa–. Yo sé que la niña se ha bañado como es debido, y si a mí me basta a todo el mundo debería bastarle. No puede evitar que se le caigan las medias si no lleva las ligas, y no es culpa de la niña que la hayan dejado salir sin una liga.

El problema de las ligas continuó en mayor o menor medida, sin resolverse hasta que todos empezaron a llevar falda o pantalones largos.

Este día de decoro, la familia Brangwen iba a la iglesia por la carretera principal, rodeando el seto del jardín, en lugar de saltar el muro del cementerio. No era una ley impuesta por los padres. Los propios niños se erigían en guardianes de la decencia del *sabbat*, muy celosos y atentos los unos a los otros.

Con el tiempo resultó que, después de ir a la iglesia, la casa se convertía en una especie de santuario donde se respiraba paz, como si un ave extraña se posara en las habitaciones. Dentro solo se permitía la lectura, la narración de cuentos y otras distracciones tranquilas, como dibujar. Fuera de casa, se podía jugar libremente. Si los niños hacían ruido, si gritaban o levantaban la voz, se despertaba en el padre y en las hermanas mayores una especie de ferocidad, y los pequeños se tranquilizaban, por miedo a la excomunión.

Los niños respetaban el *sabbat* de mutuo acuerdo. Si a Ursula, para presumir, le daba por cantar:

*Il était un' bergère
Et ron-ron-ron petit patapon,*

Theresa protestaba sin falta:

–Ésa no es una canción de domingo, nuestra Ursula.

–Qué sabrás tú –contestaba Ursula, superior. Sin embargo, dudaba. Y no llegaba a terminar de cantar la canción.

Y es que, aunque no lo supiera, el domingo era un día muypreciado para ella. Se encontraba en un lugar extraño, indefinido, en el que su espíritu podía entregarse a sus sueños sin ser cuestionado.

El espíritu de Cristo, con túnica blanca, pasaba entre los olivos. Era una visión, no era real. Y Ursula participaba del ser visionario. Una voz en la noche, llamaba: «¡Samuel, Samuel!»^[11]. Y seguía llamando en la noche. Pero no esta noche, ni la noche pasada, sino en la noche insondable del domingo, en el silencio del *sabbat*.

Existía el Pecado, la serpiente, en quien también residía el conocimiento. Existía Judas, con el dinero y el beso.

Pero en la vida real no había pecado. Si Ursula le daba una bofetada a Theresa, incluso en domingo, eso no era pecado, no era eterno. Era portarse mal. Si Billy hacía novillos y no iba a catequesis, era malo, era travieso, pero no era un pecador.

El pecado era absoluto y eterno: la travesura y la maldad eran temporales y relativas. Cuando Billy, que empezaba a aprender la jerga local, llamó a Cassie

«pecadora», todo el mundo se enfadó con él. Pero cuando llegaba a la granja Marsh, brincando como un cachorro de perro raposero, lo bautizaban maliciosamente como «Pecador».

Los Brangwen no aplicaban su religión a sus actos inmediatos. Buscaban en ella lo eterno y lo inmortal, no una lista de normas de comportamiento diario. Por eso eran niños que se portaban mal, testarudos y arrogantes, aunque de sentimientos generosos. Tenían además –cosa intolerable para sus vecinos– un gesto orgulloso que no casaba con la celosa idea del cristiano demócrata. Por eso eran siempre extraordinarios, se salían de lo ordinario.

A Ursula le afectó profundamente su primer contacto con las enseñanzas del Evangelio. La emocionaba especialmente aplicar la salvación a su caso personal. «Jesús murió por mí, sufrió por mí.» Esto la colmaba de orgullo y de emoción, que al instante daban paso a cierto temor. Jesús, con agujeros en las manos y los pies: qué desagradable. El Jesús sombrío de los estigmas: ésa era su propia visión. Pero Jesús, el hombre, que hablaba con los dientes y los labios, que invitaba a la gente a tocar sus llagas, como un campesino que se regodea en sus heridas, le parecía repulsivo. Era enemiga de quienes insistían en la humanidad de Cristo. Si no era nada más que un hombre, que vivía una vida normal y corriente, a ella no le interesaba.

Pero, claro, era la gente estricta y vulgar la que insistía en la humanidad de Cristo. Era la mentalidad vulgar la que no permitía la existencia de nada que estuviera por encima de lo humano, de nada que estuviera más allá de ella misma. Eran las manos sucias y profanadoras de los evangelistas las que querían arrastrar a Jesús a la vida corriente, vestirlo con levita y pantalón, compelerlo a un vulgar equilibrio igualitario. Era el espíritu impúdico de los barrios de la ciudad el que preguntaba: «¿Qué haría Jesús, si estuviera en mi lugar?».

Los Brangwen recelaban de todo esto. La madre era la más reacia, la más indiferente al clamor vulgar. Ella no quería nada que estuviera por encima de lo humano. En realidad nunca llegó a suscribir la pasión mística de su marido.

Sin embargo, Ursula estaba de parte de su padre. Cuando llegó a la adolescencia, a los trece o los catorce años, se rebeló cada vez más contra la indiferencia práctica de su madre. Ursula percibía algo insensible, casi perverso, en la actitud de su madre. ¿Qué interés tenía Anna Brangwen, en estos años, por Dios o por Jesús o por los ángeles? Vivía en el presente inmediato. Seguía teniendo hijos y estaba desbordada con tanta actividad infantil en la familia. Y sentía un rechazo casi instintivo por la actitud servil de su marido con la Iglesia, por el oscuro anhelo con que se sometía a la veneración de un Dios invisible. ¿Qué importancia tenía el Dios no revelado para un hombre joven, con una familia a la que mantener? Que se ciñera a las preocupaciones inmediatas de su vida, en vez de proyectarse hacia lo sublime.

Pero Ursula era completamente partidaria de lo sublime. Estaba siempre en guerra con los niños y el desorden de la vida doméstica. Jesús era otro mundo para ella. No era de este mundo. No se le ponía delante, señalándose las heridas, y le decía:

–Mira, Ursula Brangwen, esto lo he hecho por ti. Ahora, haz lo que te ordenen.

Para ella, Jesús tenía una belleza remota, resplandecía en la distancia, como una luna blanca al atardecer, una luna creciente que hace señas mientras sigue al sol, señas que escapan a nuestro entendimiento. A veces, unas nubes oscuras que estaban muy lejos, pellizcando una franja de atardecer amarillo, en invierno, la hacían acordarse del Calvario, a veces, la luna llena, que asomaba ensangrentada sobre el monte, le inspiraba pavor, al saber que Cristo estaba muerto, clavado y muerto en la Cruz.

Los domingos, este mundo visionario no existía. Ursula oía el silencio prolongado, sabía que se estaba celebrando el matrimonio de la oscuridad y de la luz. En la iglesia, el eco de la Voz no venía de este mundo, como si la propia iglesia fuera una envoltura que aún hablaba la lengua de la creación.

«Viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomáronse mujeres, escogiendo entre todas.

»Y dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne: mas serán sus días ciento y veinte años.

»Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que entraron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos, éstos fueron los valientes que desde la Antigüedad fueron varones de nombre»^[12].

Estas palabras conmovían a Ursula como una llamada de lo lejano. En aquellos días, ¿no la encontrarían hermosa los hijos de Dios, no sería tomada como esposa por alguno de los hijos de Dios? Este sueño la asustaba, porque no lo entendía.

¿Quiénes eran los hijos de Dios? ¿No era Jesús el único Hijo concebido? ¿No era Adán el único hombre creado por Dios? Sin embargo, había hombres no engendrados por Adán. ¿Quiénes eran, y de dónde venían? También ellos tenían que descender de Dios. ¿Tenía Dios una descendencia numerosa, además de Adán y además de Jesús, hijos cuyo origen los hijos de Adán no podían reconocer? Y quizá estos hijos, estos hijos de Dios, no hubieran conocido la expulsión ni la deshonra de la caída.

Estos hijos se acercaban libremente a las hijas de los hombres y veían que eran hermosas, y las tomaban por esposas, para que las mujeres concibieran y alumbraran hombres de nombre. Eso sí que era un destino auténtico. Ella vivía en los días esenciales en que los hijos de Dios se acercaban a las hijas de los hombres.

Ninguna comparación de los mitos iba a destruir su pasión por el conocimiento. Júpiter se había convertido en toro, o en hombre, para amar a una mujer mortal. Y había engendrado en ella un gigante, un héroe.

Muy bien, eso había pasado en Roma. Pero ella no era romana. Ni Júpiter, ni Pan, ni ninguno de aquellos dioses, ni siquiera Baco o Apolo, podían acercarse a ella. Sin embargo, los hijos de Dios que tomaban por esposas a las hijas de los hombres, éstos sí podían tomarla por esposa.

Se aferró a esta secreta esperanza, a esta aspiración. Vivía una doble existencia, una vida en la que los hechos de lo cotidiano lo abarcaban todo, eran legión, y otra en

la que los hechos de lo cotidiano eran sustituidos por la verdad eterna. Deseaba intensamente que los hijos de Dios se acercaran a las hijas de los hombres, y creía más en su deseo y en que éste se haría realidad que en los hechos obvios de la vida. Que un hombre fuera un hombre ni afirmaba que descendiera de Adán ni excluía que pudiera ser uno de los innumerables hijos de Dios olvidados por la historia. Aun así, estaba desconcertada, pero no lo negaba.

De nuevo oyó la Voz: «Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios»^[13].

Aunque se explicaba que el ojo de la aguja era una portezuela para los caminantes que el camello, con su joroba y su carga, no podía atravesar por más que se apretujara: o tal vez, con gran peligro, si era un camello pequeño, consiguiera cruzarla. Porque no se podía excluir completamente a los ricos del reino de Dios, según el profesor de catequesis.

También le agradaba saber que en Oriente se recurría a la hipérbole, para que la gente prestara atención; porque los orientales tienen que ver que una cosa se hincha hasta cubrir todo el cielo, o se empequeñece hasta convertirse en nada, para dejarse impresionar. De inmediato simpatizó con este rasgo de la mentalidad oriental.

De todos modos, las palabras conservaban su significado intacto pese al conocimiento de las puertas o las hipérbolas. Otra cosa era el interés histórico o local o psicológico por las palabras. El valor inexplicable de la frase no cambiaba. ¿Qué relación había entre el ojo de una aguja, un rico y el reino de Dios? ¿Qué clase de ojo de aguja, qué clase de rico, qué clase de reino? ¿Quién sabe? Significa la Palabra Absoluta, y en el mundo relativo su interpretación no puede ser sino parcial.

Ahora bien, ¿había que interpretar la frase al pie de la letra? ¿Era su padre un hombre rico? ¿No podría ir al cielo? O ¿era un hombre solo medio rico? O ¿era un hombre casi pobre? De todos modos, a menos que diera a los pobres todo cuanto tenía, le costaría mucho más llegar al cielo. El ojo de la aguja sería demasiado estrecho para él. Casi deseaba que su padre no tuviera un céntimo. Si uno llegaba hasta el fondo de la cuestión, cualquier hombre que no fuera pobre como el más pobre era un hombre rico.

Ursula tenía sus dudas cuando se imaginaba a su padre regalando su piano y las dos vacas, además del capital que guardaba en el banco, a los trabajadores de la zona, para que ellos, los Brangwen, fueran tan pobres como los Wherry. Y no quería. Se impacientaba.

«Muy bien –pensaba–, tendremos que renunciar a ese cielo, y listo... Por lo menos al del ojo de la aguja.» Y con esto despachaba el problema. Ni por todos los dichos del mundo estaba dispuesta a ser tan pobre como los Wherry... Como los míseros y escuálidos Wherry.

Así, volvía a la aplicación no literal de las escrituras.

Su padre leía muy rara vez, a pesar de que había coleccionado muchos libros de arte, y se sentaba a hojearlos, concentrado de un modo muy curioso, como un niño,

aunque con una pasión que no era infantil. Le encantaban los primeros pintores italianos, especialmente Giotto, Fra Angelico y Filippo Lippi. Se quedaba hechizado con las composiciones majestuosas. ¿Cuántas veces había contemplado la *Disputa del Santísimo Sacramento* de Rafael o *El Juicio Final* de Fra Angelico o las bellísimas y complicadas versiones de la *Adoración de los Magos*? Y siempre, en cada ocasión, alcanzaba progresivamente la plenitud del placer. Esto tenía que ver con toda una concepción mística de la arquitectura, plenamente establecida, que empleaba el cuerpo humano como unidad de referencia. A veces, su padre tenía que entrar corriendo en casa y buscar *El Juicio Final* de Fra Angelico. El camino de sepulturas abiertas, la tierra amontonada al lado, el púdico cielo desplegado en la parte superior, el trayecto al paraíso entre cánticos en un extremo, el vacilante descenso a los infiernos en el otro, colmaban y satisfacían a Will Brangwen. Le daba igual si creía o no en demonios o ángeles. El concepto en su conjunto le causaba la más honda satisfacción, y no necesitaba nada más.

Ursula, acostumbrada a estas pinturas desde muy pequeña, buscaba sus detalles. Adoraba las flores, la luz y los ángeles de Fra Angelico, le gustaban los demonios y disfrutaba con el infierno. Sin embargo, la representación de Dios rodeado de los ángeles en las alturas un buen día le pareció aburrida. La figura del Altísimo la aburría y despertaba su resentimiento. ¿Esto era la culminación y el significado de todas las cosas, esta figura anodina vestida con una túnica? Los ángeles eran adorables y la luz deliciosa. Pero ¿esa manera de rodear a un Dios tan banal!

Aunque estaba decepcionada, de momento no tenía capacidad crítica. De momento había mucho de lo que maravillarse. Llegó el invierno, las ramas de los pinos se partieron con la nieve, las agujas verdes tenían un aspecto suntuoso, esparcidas sobre la tierra. Se veía en la nieve el rastro fascinante de un faisán, estrellado y recto, nítidamente impreso; la huella ovalada de un conejo, con dos agujeros delante y dos detrás; la liebre dejaba surcos más profundos, sesgados, y las dos patas traseras se apoyaban juntas, formando un hoyo más grande; el gato hacía agujeritos pequeños, y los pájaros componían un dibujo semejante a un encaje.

La expectación crecía poco a poco. Se acercaban las navidades. En el cobertizo, de noche, ardía una vela secreta, resonaba un murmullo de voces veladas. Los chicos se preparaban para representar el misterio de *San Jorge y Belcebú*. Dos veces a la semana, a la luz de un farol, el coro ensayaba en la iglesia y aprendía los villancicos antiguos que Brangwen quería oír. Las niñas asistían a estos ensayos. En todas partes había un ambiente de misterio y entusiasmo. Todo el mundo se preparaba para algo.

Se acercaba el momento, y las niñas decoraron la iglesia, entrelazando con dedos fríos en las columnas ramas de acebo, abeto y tejo, hasta que el recinto se imbuyó de un espíritu nuevo, la piedra estalló en hojas suntuosas y oscuras, los arcos echaron sus brotes y en la penumbra mística y tenue florecieron flores frías. Ursula tuvo que trenzar ramas de muérdago para adornar el dintel de la puerta y la mampara, y colgar una paloma de plata de una ramita de tejo, hasta que oscureció, y la iglesia parecía un

bosquecillo.

Los chicos, en el cobertizo, se tizaron la cara de negro para la prueba de vestuario; el pavo, muerto, con las alas moteadas abiertas, colgaba del techo de la lechería. Había llegado el momento de hacer las tartas, sin tardanza.

La expectación iba en aumento. La estrella se alzó en el cielo y los cánticos, los villancicos estaban listos para aclamarla. La estrella era la señal en el cielo. También la tierra tenía que dar una señal. Cuando cayó la tarde, los corazones latían de impaciencia, las manos preparaban regalos. Se escucharon las palabras trémulas y expectantes del servicio religioso, pasó la noche y llegó la mañana, se entregaron y recibieron los regalos, la alegría y la paz aleteaban en todos los corazones, hubo una explosión de villancicos, la Paz del Mundo había amanecido, la lucha había quedado atrás, todas las manos estaban unidas, todos los corazones cantaban.

Sin embargo, este día de Navidad se agrió a medida que avanzaba la tarde y, de noche, se convirtió en un simple día festivo, soso y rancio. La mañana había sido maravillosa pero, por la tarde y al atardecer, el éxtasis se echó a perder como un bocado mordisqueado, como un brote en una falsa primavera. Tristemente, aquella Navidad no era más que una fiesta familiar, una fiesta con dulces y juguetes. ¿Por qué no cambiaban también los mayores su espíritu de siempre para entregarse al éxtasis? ¿Dónde estaba el éxtasis?

¡Con cuánta pasión anhelaban los Brangwen el éxtasis! El padre estaba preocupado, sombrío y triste cuando llegó la noche de Navidad, porque no encontraba pasión, porque el día se había transformado en un día más y los corazones no estaban encendidos. La madre estaba ausente, igual que de costumbre, como si estuviera completamente exiliada de su vida. ¿Dónde estaba el fogoso corazón de la alegría, ahora que lo esperado se había cumplido; dónde estaba la estrella que guió a los Magos, la emoción de un nuevo nacimiento que estremeció la tierra?

Seguía estando en alguna parte, aunque fuera insuficiente y leve. El ciclo de la creación seguía su curso a través del año eclesiástico. Después de Navidad, el éxtasis menguaba y se transformaba poco a poco. A un domingo lo seguía otro domingo, componiendo un exquisito movimiento, una exquisita transformación en el corazón de la familia. El corazón colmado de alegría, que había visto la estrella y la había seguido hasta los íntimos muros de la Natividad, que se había cegado por la intensidad de la luz, sentía ahora cómo la luz se retiraba lentamente, cómo caía una sombra, cómo oscurecía. Empezó a refrescar, el silencio abarcó la tierra y después todo fue oscuridad. El velo del templo se rasgó, los corazones renunciaron al espíritu y se sumieron en el desaliento.

El día de Viernes Santo, todos se movían sin hacer ruido, había una leve palidez en los labios de los niños, que sentían la sombra en su corazón. Lívidos y con una fragancia de muerte, brotaron entonces los lirios de la resurrección, irradiando un resplandor frío hasta que se dispensó el consuelo.

Pero ¿por qué el recuerdo de las heridas y la muerte? Seguro que Dios resucitó

con las manos y los pies curados, sano, fuerte y contento. Seguro que el tránsito de la cruz y la tumba cayó en el olvido. Pero no... siempre el recuerdo de las heridas, siempre el olor del sudario. Qué cosa tan nimia era la Resurrección comparada con la Cruz y la muerte, en este ciclo.

Así vivían los niños el año cristiano, la épica del alma de la humanidad. Año tras año repetían el desconocido drama interior, su corazón nacía y alcanzaba la plenitud, sufrían en la cruz, renunciaban al espíritu y resucitaban de nuevo a innumerables días, descansados, dueños al menos de este ritmo de la eternidad en el transcurso de una vida inconsecuente y desigual.

Sin embargo, el drama empezaba a convertirse en un acto mecánico: el nacimiento en Navidad y la muerte en Viernes Santo. El domingo de Pascua, el drama de la vida casi concluía. Al estar la Resurrección ensombrecida y dominada por la oscuridad de la muerte, la Ascensión apenas se apreciaba, era una mera confirmación de la muerte.

¿Dónde estaban la esperanza y la plenitud? O ¿era todo únicamente inútil vida eterna, una vida incorpórea y pálida? ¡Lástima de pasión del corazón humano, obligado a morir mucho antes que el cuerpo!

Porque de la tumba, después de la pasión y la prueba del sufrimiento, el cuerpo resucitaba desgarrado, frío y sin color. ¿No dijo Cristo: «¡María!», y cuando ella se volvió a Él con las manos tendidas, no se apresuró Él a añadir: «No me toques, porque aún no he subido a mi padre»^[14]?

¿Cómo podían entonces regocijarse las manos o alegrarse el corazón, viéndose rechazados? ¡Lástima de resurrección del cuerpo muerto! ¡Lástima del aspecto titubeante y tembloroso del Cristo resucitado! ¡Lástima de la Ascensión a los cielos, que es una sombra dentro de la muerte, una extinción absoluta!

¡Lástima que el drama acabe tan pronto, que la vida termine a los treinta y tres años, que el alma pase la mitad del año fría y sin historia! ¡Lástima que un Cristo resucitado no tenga lugar entre nosotros! ¡Lástima que la memoria de la pasión del Sufrimiento y la Muerte y la Tumba se alce, victoriosa, sobre la tenue realidad de la Resurrección!

Pero ¿por qué? ¿Por qué no puedo resucitar con mi cuerpo completo y perfecto, rebosante de vida y fuerza? ¿Por qué, cuando María Magdalena dice «Rabuní», no puedo tomarla en mis brazos y besarla y estrecharla contra mi pecho? ¿Por qué está el cuerpo resucitado mortalmente cubierto de repugnantes heridas?

La Resurrección es para la vida, no para la muerte. ¿No veré a quienes han resucitado caminar de nuevo en esta tierra, entre hombres perfectos en cuerpo y alma, completos y contentos en la carne, que viven en la carne, aman en la carne, engendran hijos en la carne y por fin han alcanzado la plenitud, perfectos, sin cicatrices ni marcas, sanos, sin temor a la mala salud? ¿No es éste el período de la madurez y el gozo y la culminación, tras la Resurrección? ¿Quién quedará ensombrecido por la Muerte y la Cruz, tras haber resucitado, y quién temerá la carne

mística y perfecta que pertenece a los cielos?

¿No puedo entonces caminar por este mundo con gozo, resucitado del sufrimiento? ¿No puedo comer felizmente en compañía de mi hermano y, con gozo, besar a mi amada, tras mi resurrección, celebrar con un banquete mi matrimonio en la carne, ocuparme de mis asuntos con ilusión, en la dicha de mis semejantes? ¿Me espera el cielo, impaciente, enconado contra este mundo, y debo apresurarme, o puedo quedarme aquí, intacto y pálido? ¿Se ha vuelto la carne crucificada venenosa para las multitudes de las calles, o es para ellas una alegría y una esperanza tan intensas como la primera flor que brota del humus de la tierra?

Capítulo XI

Primer amor

A medida que Ursula pasaba de la niñez a la primera juventud, las nubes de la responsabilidad personal se concentraron en torno a ella. Tomó conciencia de sí misma, era una entidad independiente en mitad de una oscuridad compacta, tenía que ir a alguna parte, tenía que convertirse en algo. Y estaba asustada, preocupada. ¿Por qué, ay, por qué una tenía que hacerse mayor, por qué tenía que heredar la severa y abrumadora responsabilidad de vivir una vida desconocida? ¿Convertirse en una misma, a partir de la nada y de la masa informe! Pero ¿cómo? ¿Orientarse en la oscuridad sin senda alguna! Pero ¿adónde? ¿Cómo dar siquiera un paso? Y, al mismo tiempo, ¿cómo quedarse quieta? Era un verdadero suplicio heredar la responsabilidad de la propia vida.

La religión, que había sido otro mundo para ella, un delicioso territorio para el juego, en el que vivía, subía a los árboles con el hombre de estatura mediana, caminaba, temblorosa, sobre las aguas del mar como un discípulo, partía el pan en cinco mil raciones, como el Señor, para ofrecer una espléndida merienda a cinco mil personas, se desprendía ahora de la realidad, se convertía en un mito, una ilusión, y, por más que una se empeñara en afirmar su fidelidad a los hechos históricos, una sabía que no era cierta: al menos no lo era para esta vida nuestra de hoy. En los límites de esta vida que conocemos, no era posible alimentar a cinco mil personas. Y Ursula había llegado a convencerse de que lo que no podemos experimentar en la vida diaria no es cierto para uno mismo.

Así, la antigua dualidad de la vida, marcada por el mundo diario de gente, trenes, deberes y calificaciones, y el mundo del domingo de absoluta verdad y misterio viviente, cuando ella caminaba sobre las aguas, cegada por la faz del Señor, siguiendo el pilar de nubes a través del desierto y contemplando la zarza que crepitaba pero no se consumía, esta antigua dualidad que nunca había cuestionado, se rompió de un día para otro. El mundo de los días de la semana había vencido al mundo del domingo. El mundo del domingo no era real, o al menos no tenía vigencia. Y una vivía a través de la actividad.

Solamente contaban los días de la semana. Ella, Ursula Brangwen, tenía que aprender a aceptar la vida de los días de la semana. Su cuerpo tenía que adaptarse a ellos, merecer la estima del mundo. Su alma debía regirse por el valor de los días de la semana, aprendido en consonancia con el conocimiento del mundo.

Muy bien, había que vivir la vida de los días de la semana, una vida de actividad y hazañas. Por lo tanto, era necesario elegir la propia actividad y las propias hazañas. Una era responsable de sus actos ante el mundo.

No, una era más que responsable ante el mundo. Era responsable ante una misma. Aún conservaba un residuo desconcertante y torturador el mundo del domingo, cierta identidad pertinaz de los domingos que insistía en establecer una relación con el mundo visionario que ahora desechaba. ¿Cómo era posible tener una relación con aquello que se negaba? Su tarea, ahora, consistía en aprender a vivir los días de la semana.

La pregunta era ¿cómo actuar? ¿Adónde ir, cómo convertirse en una misma? Ursula no era ella misma, era una mera pregunta formulada solo a medias. ¿Cómo convertirse en una misma, cómo conocer la pregunta y la respuesta de una misma, cuando era meramente un algo-nada informe, que volaba como los vientos del cielo, indefinido, sin expresarse?

Regresó a la visiones, las que le habían hablado de mundos lejanos que corrían por la sangre como las ondas de un viento invisible, oyó una vez más las palabras, negó la visión, porque tenía que ser una persona de los días de la semana, para quien las visiones no eran ciertas, y buscaba exclusivamente en las palabras el significado que atañía a estos días.

Eran palabras pronunciadas por la visión: y las palabras debían tener un significado para los días de la semana, porque las palabras eran cosas de todos los días. Que hablasen ahora: que se expresaran como las cosas de todos los días.

«Vende todo cuanto poseas y dáselo a los pobres»^[15].

¿Quería ella hacer eso? ¿Quería vender su cepillo y su espejo de madreperla, su palmatoria de plata, su colgante, su precioso collar, y vestirse con harapos como los Wherry: los feos y despeinados Wherry, que eran «los pobres» para ella? No quería.

Aquel lunes se encontraba al borde de la desesperación. Porque no quería hacer el bien. No quería hacer lo que decían los Evangelios. No quería ser pobre: pobre de verdad. Le horrorizaba pensarlo: ¡vivir como los Wherry, tan desagradables, de la caridad de los demás!

«Vende cuanto poseas y dáselo a los pobres.»

En la vida real eso no se podía hacer. ¡Qué tristeza y qué desesperanza le causaba!

Tampoco podía una poner la otra mejilla. Theresa le dio una bofetada a Ursula. Ursula, con espíritu de humildad cristiana, guardó silencio y le ofreció la otra mejilla, que Theresa, exasperada por el desafío, también abofeteó. Y Ursula se alejó mansamente, con el corazón hirviendo.

Pero la rabia y una vergüenza honda y estremecedora la torturaban, y no se quedó tranquila hasta que volvió a pelearse con Theresa y casi le arranca la cabeza.

–Así aprenderás –dijo, con pesar.

Y se marchó, contraria al espíritu cristiano, pero limpia.

Había algo sucio y degradante en esta humildad del cristianismo. De la noche a la mañana, Ursula se fue al otro extremo.

«Odio a los Wherry y me gustaría verlos muertos. ¿Por qué nuestro padre nos deja en la estacada, por qué nos obliga a ser pobres e insignificantes? ¿Por qué no es algo más? Si tuviera un padre como es debido, él sería el duque William Brangwen, y yo sería lady Ursula. ¿Por qué tengo que ser pobre y arrastrarme como un gusano? Si tuviera mis derechos, cabalgaría a lomos de un caballo con un vestido verde, y mi mozo de cuerdas vendría detrás de mí. Y pararía en las puertas de las casas de campo para preguntar a la mujer que sale con un niño en los brazos cómo se encuentra su marido, que se ha herido en un pie. Y acariciaría el pelo sedoso del niño, inclinándome desde mi caballo, y le daría a la mujer un chelín, y ordenaría en la mansión que llevaran buenos alimentos a la casa de campo.»

Así cabalgaba, orgullosa. Y a veces, se arrojaba a las llamas para salvar a un niño olvidado, o se zambullía en las compuertas del canal para ayudar a un muchacho atenazado por un calambre; o rescataba a un pequeñín de los cascos de un caballo desbocado: siempre con la imaginación, claro.

Sin embargo, al final regresaba el doloroso anhelo del mundo del domingo. Cuando bajaba de Cossethay por la mañana y veía el pueblo de Ilkeston en su ladera, envuelto en un humo azul y tierno, resonaban en su corazón palabras remotas: «Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, y no quisiste!»^[16].

Y se colmaba de pasión, por Cristo, por cobijarse bajo las alas de la seguridad y el calor. Pero ¿cómo aplicar esto al mundo de todos los días? ¿Qué significaba, sino que Cristo la estrecharía contra su pecho como una madre estrecha a su hijo? Y, ¡ah!, ese Cristo que la estrechaba contra su pecho, en el que ella se perdía. Ah, ¡el pecho del hombre, en el que encontraría refugio y dicha eterna! Temblaba de anhelo y de pasión, con los cinco sentidos.

Sabía, vagamente, que Cristo significaba otra cosa: que, en el mundo de sus visiones, Él hablaba de Jerusalén, de algo que no existía en el mundo de todos los días. No hablaba de casas o de fábricas. Lo que Él albergaba en su corazón no eran propietarios de casas ni obreros fabriles ni gente pobre, sino algo que no tenía cabida en el mundo de todos los días, que no se veía ni tocaba con los ojos y las manos de todos los días.

Sin embargo, ella necesitaba aplicarlo a los días de la semana: lo necesitaba. Porque ahora su vida entera estaba en los días de la semana, estos días lo eran todo. Así, tenía que unir su cuerpo al pecho del hombre, que era fuerte y de huesos grandes, y en el que resonaba el latido del corazón, y que albergaba la calidez de esta vida de la que ella formaba parte, la vida de la sangre que circula.

Así, anhelaba el pecho del Hijo del Hombre, para reposar en él. Y en lo más hondo se avergonzaba, se avergonzaba. Porque, mientras que Cristo hablaba para que

respondiera la Visión, ella respondía desde la realidad de todos los días. Era una traición, un desplazamiento del significado, del mundo visionario al mundo real. Así, se avergonzaba de su éxtasis religioso y temía que alguien pudiera verlo.

A primeros de año, cuando nacían los corderos y se construían refugios de paja, y en la granja de su tío los hombres pasaban la noche en vela, con un farol y un perro, una vez más volvió a inundarla esta intensa confusión entre el mundo visionario y el mundo de todos los días. De nuevo sentía a Jesús en los campos. ¡Cómo levantaba a los corderos en sus brazos! Y ella era el cordero. De nuevo, por las mañanas, cuando iba por el camino, oía el balido de las ovejas, y los corderos se acercaban corriendo, temblorosos y palpitantes de dicha recién nacida. Y los veía inclinarse, buscar la ubre a tientas con el hocico, encontrar las tetas, mientras la madre volvía la cabeza con aire grave y olisqueaba a sus crías. Y los corderos mamaban, vibrantes de dicha, apoyados en las patas largas y finas, estirando el pescuezo, sus cuerpos nuevos estremecidos por la corriente de la sangre cálida, de la leche amorosa.

Ah, ¡qué felicidad, qué felicidad! Le costaba alejarse de allí para ir al colegio. Los pequeños hocicos buscaban la ubre, los cuerpos menudos tan contentos y seguros, las patas negras y finas dobladas, la madre en pie, quieta, entregada a la temblorosa atracción, alejándose luego tranquilamente.

Jesús... el mundo visionario... el mundo real... Todo se enredaba inextricablemente en una confusión de dolor y dicha. La confusión, el enredo, eran casi un suplicio. Jesús, la visión, le hablaba, y ¡ella no era visionaria! Y tenía que aceptar Sus palabras del espíritu y amoldarlas a su propia carnalidad.

Esto le daba vergüenza. La confusión del mundo espiritual con el mundo material que había en su alma la degradaba. Respondía a la llamada del espíritu con la inmediatez del deseo cotidiano.

«Venid a mí, todos los que estáis cansados y cargados, y yo os haré descansar»^[17].

Su respuesta era temporal. Saltaba de anhelo sensual, para responder a Cristo. ¡Ojalá pudiera ir a él y reposar la cabeza en su pecho, para encontrar consuelo, para sentirse apreciada y acariciada como una niña!

En todo momento estaba sumida en un confuso ardor de anhelo religioso. Quería que Jesús la amara deliciosamente, que aceptara su ofrenda sensual, que le diera su respuesta sensual. Pasó semanas gozando con estas reflexiones.

Y en todo momento, por dentro sabía que su juego no era limpio, que aceptaba la pasión de Jesús por su propia satisfacción física. Pero ¡se encontraba en semejante laberinto, semejante maraña! ¿Cómo salir de allí?

Se odiaba, quería pisotearse, destruirse. ¿Cómo ser libre? Odiaba la religión, por prestarse a tanta confusión. Lo maltrataba todo. Quería volverse dura, indiferente, brutalmente insensible a todo lo que no fuera la necesidad inmediata, la satisfacción

inmediata. Anhelar a Jesús exclusivamente para utilizarlo con el fin de halagar su propia sensación de ternura, utilizarlo como un medio para volverse contra sí misma, terminaba por enloquecerla. Entonces no había ni Jesús ni sentimentalismo. Odiaba el sentimentalismo con toda la violencia de la indefensión.

En esta época apareció el joven Skrebensky. Ursula tenía casi dieciséis años, era una muchacha esbelta, ardiente, profundamente recelosa, aunque de vez en cuando se volvía expansiva, sin tapujos, y parecía entregar su alma por completo, cuando en realidad solo estaba ofreciendo, una vez más, una falsa representación externa de su alma. Era sensible en extremo, siempre estaba atormentada, siempre fingiendo una indiferencia cruel para protegerse.

Se había vuelto un incordio para todos, con su espasmódica pasión y su tormento aletargado. Parecía acercarse a la gente llena de anhelo, con el alma en las manos. Pero siempre, en lo más hondo de su ser, había una desconfianza infantil y antagónica. Creía que amaba a todo el mundo y confiaba en todo el mundo. Pero, como no podía amarse ni confiar en sí misma, desconfiaba de todos como una serpiente o un pájaro capturado. Sus arrebatos de asco y odio eran más imperiosos que su impulso de amor.

Así luchaba contra sus oscuros días de confusión, sin alma, incompleta, informe.

Una tarde, estaba estudiando en la sala, con la cabeza hundida entre las manos, cuando oyó voces en la cocina. Al instante, su espíritu excitable salió de su apatía, haciendo un esfuerzo para prestar atención. Parecía agazapado, escondido, al acecho, tenso, ocultando su brillo para no ser visto.

Oía dos voces masculinas desconocidas, una suave y franca, velada de suave franqueza, la otra velada de movilidad y soltura, rápida. Ursula se puso muy tensa, incapaz de concentrarse en sus estudios, perdida. Escuchaba las voces atentamente, sin apenas reparar en lo que decían.

La primera voz era de su tío Tom. Reconoció la ingenua franqueza que ocultaba el descarnado sufrimiento de su alma. ¿De quién era la otra voz, tan natural, pero con un pulso tan inflamado? Esta otra voz parecía exhortarla a acercarse de inmediato.

—Me acuerdo de usted —decía la voz del joven—. Me acuerdo desde la primera vez que la vi, por los ojos oscuros y la piel clara.

La señora Brangwen se rió, cohibida y halagada.

—Tú eras un niño con el pelo rizado —dijo.

—¿Sí? Es verdad. Estaban muy orgullosos de mis tirabuzones.

Y el silencio sucedió a una risa.

—Recuerdo que eras un niño muy educado —dijo el padre de Ursula.

—¡Ah! ¿Les invité a pasar la noche? Siempre invitaba a todo el mundo a pasar la noche. Creo que ponía a prueba la paciencia de mi madre.

Hubo una carcajada general. Ursula se levantó. Tenía que acercarse.

Todos se volvieron al oír el pestillo. Ursula se quedó en el umbral, presa por un momento de una violenta confusión. Iba a ser una joven guapa. Ahora tenía un

atractivo desgarbado, cuando se detuvo un instante, sin saber cómo poner los hombros. Llevaba el pelo recogido por detrás, los ojos dorados brillaban sin fijarse en nada. A su espalda, en la sala, la suave luz de un quinqué iluminaba los libros abiertos.

Un impulso superficial la llevó a su tío Tom, que le dio un beso, la saludó con calidez, alardeando de su íntima posesión de ella a la vez que manifestaba su absoluto distanciamiento.

Pero Ursula quería volverse al desconocido. El joven estaba ligeramente rezagado, a la espera. Era un muchacho de ojos grises, muy claros, que esperaban a ser llamados antes de cobrar cualquier expresión.

Algo en su actitud serena conmovió a Ursula, que prorrumpió en una carcajada confusa, muy agradable, mientras le daba la mano, aguantando la respiración como una niña entusiasmada. La mano de él se cerró sobre la suya, muy firme, muy próxima, el joven se inclinó y sus ojos la observaron con cierto interés. Ursula estaba orgullosa, su espíritu cobró vida.

—No conoces al señor Skrebensky, Ursula —dijo la voz íntima de su tío Tom. Ursula levantó impulsivamente la cabeza para mirar al desconocido, como si con su risa palpitante y excitada quisiera subrayar que lo conocía.

Los ojos del joven se volvieron confusos, cobraron un brillo enardecido, su atención distante se convirtió en disposición para ella. Era un muchacho de veintiún años, delgado, con el pelo castaño y suave peinado hacia atrás a la moda alemana, desde la frente.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —preguntó Ursula.

—Tengo un mes de permiso —contestó él, mirando a Tom Brangwen—. Pero tengo que ir a varios sitios, pasar un tiempo aquí y allá.

El joven despertó en Ursula una intensa sensación del mundo exterior. Se sintió como si estuviera en la cima de una montaña y pudiera sentir vagamente el mundo entero, desplegado a sus pies.

—Un mes de permiso ¿de qué? —preguntó.

—Estoy en el ejército, en el cuerpo de ingenieros.

—¡Ah! —exclamó Ursula, contenta.

—Te estamos distraendo de tus estudios —dijo su tío Tom.

—No, no —se apresuró a contestar.

Skrebensky se echó a reír, inflamable y joven.

—No hace falta que la distraigan —dijo su padre.

Pero esto fue una torpeza. Ursula quería que le dejara decir lo que quisiera.

—¿No te gusta estudiar? —preguntó Skrebensky, volviéndose a ella, formulando la pregunta desde su perspectiva.

—Algunas cosas sí —contestó Ursula—. Me gustan el latín y el francés... Y la gramática.

El joven la observó y todo su ser parecía atento a ella, a continuación negó con la

cabeza.

–A mí no –dijo–. Dicen que todos los cerebros del ejército están en el cuerpo de ingenieros. Creo que por eso me he incorporado... Para arrogarme el mérito de otros cerebros.

Dijo esto en tono socarrón y desilusionado. Y Ursula se puso en guardia. Le interesó. Tanto si tenía cerebro como si no, era un muchacho interesante. Se sentía atraída por su franqueza y su actitud independiente. Fue consciente del empuje de la vida que salía, de él contra ella.

–Yo no creo que los cerebros sean importantes –dijo Ursula.

–Entonces ¿qué es importante? –terció la voz íntima y acariciadora de Tom, con un deje de burla.

Ursula se volvió a él.

–Lo importante es que la gente tenga valor o no –replicó.

–¿Valor para qué? –preguntó su tío.

–Para todo.

Se le escapó a Tom Brangwen una carcajada. La madre y el padre estaban callados, con gesto atento. Skrebensky esperaba. Ursula hablaba para él.

–Todo equivale a nada –se mofó su tío.

Y Ursula le tomó antipatía en ese preciso instante.

–Ella no practica lo que predica –dijo su padre, moviéndose en el asiento y cruzando una pierna sobre la otra–. Tiene valor para poquísimas cosas.

Pero Ursula no respondió. Skrebensky estaba quieto, a la espera. Tenía unas facciones irregulares, casi feas, planas, con la nariz bastante grande. Pero sus ojos eran cristalinos, singularmente claros, el pelo castaño era suave y denso como la seda, y lucía un bigote muy fino. Tenía una piel delicada y una figura esbelta y hermosa. A su lado, su tío Tom parecía hinchado, su padre zafio. Sin embargo, Skrebensky le recordaba a su padre, aunque era más elegante y parecía resplandecer. Y sus facciones eran casi feas.

Parecía sencillamente satisfecho consigo mismo, como si estuviera por encima de cualquier cambio o cualquier duda. Era él mismo. Tenía un aura de fatalismo que fascinaba a Ursula. No hacía ningún esfuerzo por demostrar nada a los demás. Que lo aceptaran tal como era, por su personalidad. Y su personalidad, en su aislamiento, ni se disculpaba ni se justificaba.

Lo cierto es que parecía perfectamente arraigado, fatídicamente incluso: no necesitaba que lo interpretasen para existir, para relacionarse con otra persona.

Este rasgo le pareció a Ursula muy atractivo. Estaba acostumbrada a tratar con gente insegura que se amoldaba a cualquier influencia nueva. Su tío Tom siempre era en mayor o menor medida lo que quisiera la otra persona. Por eso, en realidad nadie conocía al verdadero tío Tom, sino a un fluido, un flujo insuficiente con una apariencia más o menos consistente.

Skrebensky, por el contrario, hiciera lo que hiciera, se delataba plenamente, se

hacía responsable en todo momento de que se delataba. No permitía la más mínima duda sobre su personalidad. Era irrevocable en su aislamiento.

Por eso a Ursula le pareció maravilloso, con una constitución tan exquisita y tan distinta, comedido, suficiente. Esto, se dijo, era un caballero, su naturaleza era como el destino, la naturaleza de un aristócrata.

Y al instante lo atrapó para sus sueños. Ahí estaba uno de los Hijos de Dios que veían a las hijas de los hombres y las consideraban hermosas. Él no era hijo de Adán. Adán era un hombre servil. ¿Acaso no habían expulsado a Adán de su tierra natal, no había sido desde entonces la raza humana como un mendigo en busca de su ser? Pero Anton Skrebensky no sabía mendigar. Era dueño de sí, de eso y nada más. La gente en realidad no podía darle nada ni tomar nada de él. Su alma se sostenía sola.

Vio que su madre y su padre apreciaban al joven. La casa se había transformado. La casa había recibido una Visitación. Un día, tres ángeles llegaron a la puerta de Abraham, lo saludaron y se quedaron a comer con él, y, después de esta visita, la casa de Abraham quedó enriquecida para siempre.

Al día siguiente, Ursula fue a la granja Marsh, donde estaba invitada. Los dos hombres no estaban en casa. Poco después, por la ventana, vio llegar el carro de dos ruedas, del que Skrebensky bajó de un salto. Lo vio incorporarse, saltar, reírse con su tío, que conducía el coche, y acercarse a ella, a la casa. Sus movimientos eran totalmente espontáneos y francos. Estaba aislado en su propio ambiente, claro y exquisito, y tan quieto como si estuviera predestinado.

Esta manera de reposar en su propio destino le daba un aire de indolencia, casi de languidez: no hacía ningún movimiento exagerado. Pareció que se desmadejaba al sentarse, lánguido.

—Llegamos un poco tarde —dijo.

—¿Adónde habéis ido?

—Hemos ido a Derby, a ver a un amigo de mi padre.

—¿A quién?

Era una aventura para Ursula hacer preguntas directas y recibir respuestas sencillas. Sabía que con este hombre podía actuar así.

—Bueno, también es clérigo... Y es mi tutor... Uno de mis tutores.

Ursula sabía que Skrebensky era huérfano.

—¿Dónde está ahora tu casa? —preguntó.

—¿Mi casa? Eso mismo me pregunto yo. Aprecio mucho a mi coronel: el coronel Hepburn. Y luego están mis tías, pero mi verdadero hogar, supongo, es el ejército.

—¿Te gusta estar solo?

Los ojos claros del joven, de un color gris verdoso, se posaron un momento en Ursula y, mientras reflexionaba, dejó de verla.

—Creo que sí —contestó—. Verás, mi padre... Nunca llegó a adaptarse a este país. Quería... No sé qué quería, pero siempre estaba tenso. Y mi madre... Siempre supe que era demasiado buena conmigo. Me daba cuenta de que era demasiado buena

conmigo... ¡Mi madre! Después me fui al colegio muy pronto. Y tengo que reconocer que el mundo exterior siempre me pareció mi hogar natural, más que la vicaría... No sé por qué.

—¿Te sientes como un pájaro arrastrado de su latitud por el viento? —preguntó, empleando una frase que había leído en alguna parte.

—No, no. Lo encuentro todo muy de mi gusto.

Skrebensky ofrecía a Ursula una creciente conciencia de la inmensidad del mundo, una sensación de distancias y grandes masas humanas. Esto la atraía como atrae una fragancia a una abeja desde muy lejos. Pero también le hacía daño.

Era verano, y Ursula llevaba un vestido de algodón. La tercera vez que Skrebensky la vio, Ursula se había puesto un vestido de rayas finas, azules y blancas, con el cuello blanco, y un sombrero grande y blanco. Le sentaba muy bien a su piel dorada y cálida.

—Me gustas más que nunca con ese vestido —dijo, ladeando ligeramente la cabeza para evaluarla con aire apreciativo y crítico.

Ursula se estremeció ante una vida nueva. Por primera vez se enamoró de una visión de sí misma: veía en los ojos de él un agradable reflejo de sí misma. Y tenía que reaccionar a esta situación: tenía que ser hermosa. Sus pensamientos se centraron de inmediato en la ropa, su pasión se concentró en mostrarse hermosa. La familia estaba perpleja de esta repentina transformación de Ursula. Se volvió elegante, elegante de verdad, con vestidos de algodón estampado que se hacía ella misma y sombreros que se plegaban a su imaginación. Se sentía inspirada.

Skrebensky estaba lánguidamente sentado en la mecedora de su abuela, balaceándose despacio, lánguidamente, adelante y atrás, mientras Ursula hablaba con él.

—No eres pobre, ¿verdad?

—¿Pobre de dinero? Tengo una renta de unas quinientas cincuenta libras anuales... Así que tú dirás si soy pobre o rico. En realidad soy bastante pobre.

—Pero ¿ganarás dinero?

—Tendré mi sueldo. Ya lo tengo. Tengo mi comisión. Eso son otras quinientas cincuenta.

—Pero tendrás más.

—No ganaré más de doscientas libras al año en los próximos diez años. Siempre seré pobre, si tengo que vivir de mi sueldo.

—¿Te preocupa?

—¿Ser pobre? Ahora no... No demasiado. Puede que me preocupe más adelante. La gente, los oficiales, me tratan bien. El coronel Hepburn parece que se ha encariñado conmigo. Es un hombre rico, supongo.

Ursula sintió un escalofrío. ¿Estaba dispuesto a venderse, en cierto modo?

—¿Está casado el coronel Hepburn?

—Sí. Tiene dos hijas.

Pero Ursula se había vuelto de repente demasiado orgullosa para preocuparse de si alguna de las hijas del coronel Hepburn quería casarse con él.

Hubo un silencio. Entró Gudrun, y Skrebensky siguió balanceándose lánguidamente en la mecedora.

–Pareces muy perezoso –dijo Gudrun.

–Soy perezoso –contestó él.

–Pareces de trapo.

–Soy de trapo.

–¿No puedes estarte quieto? –dijo Gudrun.

–No... Es el *perpetuum mobile*.

–Parece que no tienes un solo hueso en el cuerpo.

–Así me gusta sentirme.

–Pues no te alabo el gusto.

–Mala suerte para mí.

Y siguió meciéndose.

Gudrun se sentó detrás de él y, cuando Skrebensky se balanceaba hacia atrás, le cogía el pelo entre el índice y el pulgar, para darle un tirón cuando volviera adelante. Él no se fijaba. Solamente se oía el roce de los balancines en el suelo. Sigilosa, como un cangrejo, Gudrun le cogía un mechón de pelo cada vez que él se mecía hacia atrás. Ursula se puso colorada y molesta. Veía cómo el ceño de Skrebensky se iba frunciendo de irritación.

Por fin, sin previo aviso, el joven se levantó de un salto, como un muelle de acero, y se quedó de pie en la alfombra de la chimenea.

–Maldita sea, ¿por qué no puedo balancearme? –dijo, con petulancia, con ferocidad.

A Ursula le encantó esta reacción inesperada, como de acero, que lo sacó de su languidez. Estaba en la alfombra echando chispas, con los ojos encendidos de ira.

Gudrun se rió, con su risa profunda y suave.

–Los hombres no se mecen –dijo.

–Y las niñas no tiran del pelo a los hombres –replicó él.

Gudrun volvió a reírse.

A Ursula le hacía gracia, aunque estaba expectante. Y él sabía que ella lo esperaba. Le ardió la sangre. Tenía que acercarse a ella, responder a su llamada.

Un día la llevó a Derby en el carro de dos ruedas. Skrebensky pertenecía al cuerpo de caballería de zapadores. Comieron en una hostería y pasearon por el mercado, complacidos con todo. Él le compró un ejemplar de *Cumbres borrascosas* en un puesto de libros. Después encontraron una feria ambulante, y Ursula dijo:

–Mi padre me llevaba a la barca.

–¿Te gustaba?

–¡Sí, era divertido!

–¿Te gustaría subir ahora?

–Me encantaría –dijo, aunque tenía miedo. De todos modos, la perspectiva de hacer algo distinto y excitante era demasiado seductora para resistirse.

Skrebensky fue derecho a la taquilla, pagó y ayudó a Ursula a montar en la barca. Parecía ajeno a todo, concentrado únicamente en lo que hacía. Los demás eran indiferentes para él. Ursula habría preferido no subir, pero le daba más vergüenza batirse en retirada que exponerse a la multitud o atreverse a montar. Él, con risa en la mirada, de pie frente a ella, con su figura intensa y repentina, empezó a impulsar el columpio. Ella no tenía miedo, estaba entusiasmada. Las mejillas de Skrebensky cobraron color, sus ojos irradiaban un brillo profundo, y Ursula lo miraba desde el asiento, con el rostro como una flor al sol, tan radiante y atractiva. Así volaron por el aire claro, por el cielo, como disparados por una catapulta, para caer bruscamente a continuación. A Ursula le encantaba. Parecía que el movimiento le encendiera la sangre, se reían, se sentían como llamas.

Después de la barca, subieron al carrusel para tranquilizarse, Skrebensky se contorsionaba, a horcajadas en su trémulo corcel de madera, para acercarse a ella, y en todo momento se mostraba natural, disfrutando. El afán de contravenir las convenciones le hacía ser plenamente él mismo. Mientras daban vueltas en el carrusel, envueltos por una música chirriante, Ursula era consciente de la gente que tenían alrededor, y sentía que Skrebensky y ella cabalgaban, pisoteando despreocupadamente las caras de la multitud, que cabalgaban eternamente, pletóricos, orgullosos, galantes, pisoteando las caras de la multitud que se habían vuelto hacia ellos, que se movían en un plano superior, girando por encima de la masa vulgar.

Cuando tuvieron que bajar del carrusel, Skrebensky se llevó un chasco, se sentía como un gigante bruscamente rebajado a una estatura normal, a merced de la turba.

Salieron de la feria y volvieron al carro. Al pasar por delante de la iglesia, Ursula quiso entrar. Pero resultó que estaba abarrotada de andamios, de piedras caídas y escombros amontonados en el suelo, de trozos de escayola triturados por las pisadas, y plagada de ecos de martillazos y voces profanas.

Quería sumergirse un momento en la penumbra y la paz absolutas, concentrar todo su anhelo, que había regresado irresistiblemente después de su galope temerario sobre las caras de la multitud de la feria. Después del orgullo, quería consuelo, reposo, porque el orgullo y el desprecio eran lo que más la herían.

Y encontró la penumbra inmemorial llena de trozos de escayola desprendida y de polvo de escayola flotando en el aire, de olor a cal vieja, con andamios y escombros por todas partes, trapos en el altar.

–Vamos a sentarnos un momento –dijo.

Se sentaron sin que nadie los viera en el último banco, en la penumbra, y Ursula contempló la actividad desordenada y sucia de los albañiles que ponían ladrillos y daban yeso. Obreros con botas recias trituraban los pasillos y hablaban con acento vulgar:

–Eh, compañero, ¿han llegado las molduras de la esquina?

Una voz tosca gritaba desde el techo de la iglesia. El eco resonaba, desolado.

Skrebensky estaba sentado muy cerca de Ursula. Todo era para ella maravilloso, aunque aterrador, el mundo se desmoronaba, se convertía en ruinas, y ella y él trepaban por los escombros, ilesos, sin ley. Él estaba muy cerca, rozándola, y Ursula era consciente de la influencia que ejercía sobre ella. Pero estaba contenta. Le entusiasmaba sentir esta presión, como si la personalidad de él la exhortara a hacer algo.

Cuando volvieron, en el carro, Skrebensky se sentó cerca de Ursula. Y cuando se balanceaba, con los bandazos del carro, se pegaba a ella de una manera voluptuosa, se pegaba a ella antes de recuperar el equilibrio. Sin hablar, le cogió la mano a hurtadillas y, sin mirar, con la cabeza levantada y atenta al camino, con el alma concentrada, empezó a desabrocharle los botones del guante, a retirarle el guante de la mano, con cuidado, hasta dejar la piel desnuda. Y el trabajo concienzudo de sus dedos, la sutileza instintiva, enloquecieron a Ursula de placer sensual. Era una mano maravillosa, decidida como un ser vivo, la que empujaba y manipulaba con maestría en un mundo subterráneo y oscuro para retirar su guante y desnudar la palma de su mano y sus dedos. Después, esta mano se cerró sobre la suya, tan firme, tan próxima, como si la carne se entretejera, la de él con la de ella. Skrebensky no apartaba la vista de la carretera y las orejas del caballo, conducía sin distraerse, cruzando aldeas, y Ursula iba su lado, radiante, deslumbrada por una luz desconocida. Ninguno de los dos hablaba. En apariencia estaban completamente separados. Pero la carne estaba unida, compacta, en sus manos entrelazadas.

Luego, con una voz extraña, fingiendo despreocupación y superficialidad, Skrebensky dijo:

—Cuando estábamos sentados en la iglesia me he acordado de Ingram.

—¿Quién es Ingram? —preguntó ella.

—Es un compañero de Chatham... Un subalterno... Aunque es un año mayor que yo.

—Y ¿por qué te has acordado de él en la iglesia?

—Bueno... Tenía una novia en Rochester, y siempre se sentaban en un rincón de la catedral a cortejarse.

—¡Qué bonito! —exclamó Ursula, impulsivamente.

No se entendieron bien.

—También tenía sus desventajas —añadió él—. El sacristán montó un escándalo.

—¡Qué vergüenza! ¿Por qué no podían sentarse en una catedral?

—Supongo que a los demás les parece una profanación... Menos a ti, a Ingram y a esa muchacha.

—A mí no me parece una profanación... Yo creo que está bien cortejarse en una catedral —contestó Ursula.

Lo dijo casi con desafío, a su pesar.

Él se quedó callado.

–Y ella ¿era guapa?

–¿Quién, Emily? Sí, era bastante guapa. Era una sombrerera, y no quería que la vieran en la calle con Ingram. La verdad es que fue muy triste, porque el sacristán los espiaba y se enteró de quiénes eran, y montó un escándalo de cuidado. Se enteró todo el mundo.

–Y ¿qué hizo ella?

–Se fue a Londres, a un comercio grande. Ingram todavía sigue yendo a verla.

–¿La quiere?

–Hace ya un año y medio que está con ella.

–Y ¿cómo era ella?

–¿Emily? Era menuda, como una violeta tímida, con unas cejas muy bonitas.

Ursula reflexionó sobre estas palabras. Parecía un verdadero romance del mundo exterior.

–¿Todos los hombres tienen amantes? –preguntó, asombrada de su temeridad. Pero su mano seguía estrechamente unida a la de él, y él seguía conservando la misma expresión imperturbable de calma aparente.

–Siempre están hablando de alguna mujer increíblemente hermosa y emborrachándose para hablar de ella. La mayoría de ellos se van corriendo a Londres en cuanto tienen permiso.

–¿Para qué?

–Para estar con alguna mujer increíblemente hermosa.

–¿Qué clase de mujeres?

–De varias clases. Lo normal es que los nombres de las mujeres cambien con mucha frecuencia. Uno de ellos está completamente obsesionado. Siempre tiene la maleta preparada y, en cuanto está de permiso, se va como un relámpago a la estación y se cambia de ropa en el tren. Le da lo mismo quién esté en el compartimento, se quita la guerrera a toda prisa y hace allí mismo al menos la mitad superior de su aseo.

Ursula se estremeció, desconcertada.

–¿Por qué tiene tanta prisa? –preguntó.

Empezaba a notar un nudo en la garganta.

–Porque está pensando en alguna mujer, supongo.

Ursula se quedó helada, petrificada. Sin embargo, aquel mundo de pasiones sin ley la fascinaba. Le parecía de una temeridad espléndida. Su aventura en la vida comenzaba. Y era espléndida.

Esa tarde se quedó en la granja Marsh hasta después de que oscureciera, y Skrebensky la acompañó a casa. Ursula no podía separarse de él. Y esperaba, esperaba algo más.

En la cálida noche que iba cayendo, entre las sombras nuevas, se sentía en otro mundo, más duro, más hermoso, menos personal. Ahora comenzaría una nueva etapa.

Skrebensky iba cerca de ella y, con la misma maniobra de aproximación silenciosa y deliberada, le pasó un brazo por el talle y, suavemente, muy suavemente,

con malicia, la acercó a él, hasta abarcarla con fuerza. Ursula tuvo la sensación de que se transportaba, de que flotaba, sus pies apenas rozaban el suelo, se apoyaba en la superficie firme y móvil del cuerpo de él, como tendida en su costado, sumida en un vértigo de movimiento delicioso. Y, mientras Ursula se desvanecía, Skrebensky inclinó el rostro sobre ella, y ella apoyó la cabeza en su hombro, notando su aliento cálido en las mejillas. Entonces, suavemente, muy suavemente, ah, con tanta suavidad que creyó que iba a desmayarse, los labios de él rozaron su mejilla, y Ursula se vio arrastrada por una corriente de calor y oscuridad.

Aun así, esperaba, en su desmayo y su deriva, esperaba, como la Bella Durmiente del cuento. Esperaba, y una vez más Skrebensky se acercó, posó los labios cálidos en su mejilla, y los dos rezagaron el paso, se detuvieron y se quedaron quietos, debajo de los árboles, mientras los labios reposaban en las mejillas de Ursula, como una mariposa posada en una flor. Ella se acercó un poco más, apretando su pecho contra el cuerpo de él, y él se movió y la abarcó con los dos brazos, estrechándola.

Y entonces, en la oscuridad, Skrebensky se inclinó sobre la boca de Ursula, muy suavemente, y rozó sus labios con los suyos. Ella estaba asustada, muy quieta en sus brazos, sintiendo aquellos labios en los suyos. Seguía quieta, desvalida. Entonces, aquella boca se acercó un poco más, apretando la boca de Ursula, y una ola arrasadora y caliente se alzó dentro de ella: abrió los labios para él, atrayéndolo en dolorosos y estremecedores remolinos, permitiendo que se acercara cada vez más, sintiendo sus labios como un oleaje, como un oleaje suave, tan suave, pero ¡ah!, irresistible como la poderosa fuerza del oleaje, hasta que, con un grito leve y ciego, se separó de él.

Ursula oyó a su lado la respiración agitada y extraña de Skrebensky. Una sensación tremenda y magnífica, de extrañeza ante él, se apoderó de ella. Sin embargo, esta vez se acobardó ligeramente, se replegó en sí misma. Reanudaron su camino, vacilantes, temblorosos como sombras bajo los fresnos del monte, el mismo camino por el que había pasado su abuelo, con sus narcisos, para hacer su proposición de matrimonio, y el mismo por el que había pasado su madre con su joven marido, tan cerca de él como Ursula ahora de Skrebensky.

Ursula era consciente de las ramas oscuras de los árboles, tendidas en el aire, vestidas de hojas, y de las delicadas frondas de los fresnos, como la cabellera de la noche de verano.

El movimiento de sus cuerpos componía una complicada unidad, muy juntos. Él la abrazaba con fuerza, y tomaron el camino que rodeaba la carretera, para rezagarse. Ursula se sentía flotar, sentía sus pies ligeros como una brisa suave.

Él volvería a besarla, aunque no aquella noche, con el mismo beso profundo. Ursula ahora era consciente, consciente de lo que podía llegar a ser un beso. Y, así, le costaba más acercarse a él.

Se fue a la cama con una intensa sensación de calidad eléctrica, como si el manantial del amanecer borboteara dentro de ella, alimentándola. Y durmió

profundamente, dulcemente, ¡ah!, tan dulcemente. Por la mañana se sentía sana como una espiga de trigo, fragante, firme y plena.

Siguieron amándose, en esta primera etapa de incompreensión y asombro. Ursula no se lo contó a nadie: estaba completamente perdida en su propio mundo.

Una extraña coquetería la llevó, sin embargo a buscar una confidencia espuria. Tenía, en el colegio, una amiga callada, reflexiva y seria que se llamaba Ethel, y a Ethel tenía que confiarle Ursula su amor. Ethel escuchaba absorta, con la cabeza inclinada, sin insinuar nada, mientras Ursula le revelaba su secreto. ¡Qué manera tan deliciosa, dulce y delicada de cortejarla tenía Skrebensky! Ursula hablaba como una amante experimentada.

–¿Tú crees –preguntó– que está mal dejar que un hombre te bese...? Con besos de verdad, no con coquetería.

–Tendría que pensarlo –contestó Ethel–, depende.

–Me besó debajo de los fresnos, en el monte de Cossethay. ¿Tú crees que está mal?

–¿Cuándo?

–El martes por la noche, cuando me acompañaba a casa... Pero con besos de verdad... de verdad. Es oficial del ejército.

–¿Qué hora era? –preguntó la reflexiva Ethel.

–No sé... Alrededor de las nueve y media.

Hubo una pausa.

–Creo que está mal –concluyó Ethel, levantando la cabeza con impaciencia–. No lo conoces.

Habló con un deje de desprecio.

–Sí que lo conozco. Es mitad polaco, y barón además. En Inglaterra eso equivale a lord. Mi abuela era amiga de su padre.

Pero las dos amigas se habían vuelto hostiles. Era como si Ursula quisiera separarse de sus amistades al afirmar su relación con Anton, como ahora lo llamaba.

Skrebensky iba mucho por Cossethay, porque la madre de Ursula le tenía cariño. En su presencia, Anna Brangwen se convertía en una especie de *grande dame*, muy serena, dándole todo por sentado.

–¿No se han acostado los niños? –preguntaba Ursula, petulante, cuando llegaba a casa con el joven.

–Se acostarán dentro de media hora –decía su madre.

–Nunca hay paz –protestaba Ursula.

–Los niños tienen derecho a vivir, Ursula –contestaba su madre.

Y, en este caso, Skrebensky se ponía en contra de Ursula. ¿Por qué tenía que ser tan impaciente?

Pero, claro, pensaba Ursula, él no tenía que soportar eternamente la tiranía de los niños. Skrebensky trataba a la señora Brangwen con mucha cortesía, y ella le correspondía con una hospitalidad sencilla y cordial. Había en la serena actitud que

adoptaba su madre algo que agradaba a Ursula. Parecía imposible aplacar la posición de la señora Brangwen. Nunca estaba por debajo de nadie en una relación social. Entre Will Brangwen y Skrebensky se interponía un silencio infranqueable. A veces, los dos hombres tenían una conversación superficial, pero no había verdadero intercambio. Ursula disfrutaba viendo cómo su padre se replegaba ante el joven.

Estaba orgullosa de la presencia de Skrebensky en su casa. Su indiferencia perezosa y lánguida molestaba a Ursula al mismo tiempo que la hechizaba. Sabía que era la consecuencia de un espíritu de *laissez-aller* combinado con una profunda vitalidad juvenil. Pero la sacaba de sus casillas.

A pesar de todo, estaba orgullosa de él cuando lo veía en su casa, indolente y tenue, atento y cortés con su madre y con ella en todo momento. Era maravilloso contar con su atención. Ursula se sentía valiosa y agrandada, como si fuera el polo de atracción positivo y él el flujo de la corriente. Y, aunque la cortesía y la aquiescencia fueran completamente para su madre, el tenue centelleo de su cuerpo era para ella. Era ella quien lo alimentaba.

Incluso tenía que demostrar su poder.

–Quería enseñarte mi talla de madera –le decía.

–No creo que valga la pena enseñarla –decía su padre.

–¿Quieres verla? –preguntaba Ursula, acercándose a la puerta.

Y él ya se había levantado, aunque a juzgar por su expresión parecía ser de la misma opinión que sus padres.

–Está en el cobertizo –decía ella.

Y él la seguía, con independencia de cuáles fueran sus sentimientos.

En el cobertizo jugaban a los besos, jugaban a los besos de verdad. Era un juego delicioso y emocionante. Ella lo miraba, con una risa incontenible, como si lo retara. Y él aceptaba el reto sin dudar. Enroscaba una mano en el pelo de Ursula, por detrás de su cabeza y acercaba la cara suavemente, con la mano enredada en su pelo, mientras ella se reía con la respiración entrecortada por el desafío, y en los ojos de él brillaban la respuesta y el placer del juego. Y la besaba, afirmando su poder sobre ella, y ella lo besaba, afirmando su propósito de disfrutar de él. Sabían que su juego era arriesgado, temerario y peligroso, que jugaban con fuego, no con amor. Ursula se sentía dominada por una especie de rebeldía contra el mundo entero: lo besaba sencillamente porque quería. Y un diablillo desafiante, una especie de cinismo, un corte en seco a todo lo que fingía servir, contraatacaban dentro de él.

Ella estaba muy hermosa en esos momentos, con los ojos tan abiertos, tan radiante, tan palpitante, tan exquisitamente vulnerable, exponiéndose al peligro de una manera tan conmovedora y maliciosa. Despertaba en él una especie de locura. Como una flor temblorosa y completamente abierta al sol, ella lo tentaba y lo desafiaba, y él aceptaba el desafío, algo se clavaba dentro de él. Y detrás de la risa de Ursula, conmovedora, temeraria, latía el temblor de sus lágrimas. Esto a él lo volvía casi loco, loco de un deseo, de un dolor que no encontraba salida más que en la

posesión del cuerpo de ella.

Así, conmocionados, temerosos, volvían a la cocina con sus padres y disimulaban. Pero se había despertado en ellos algo que ya no podían aplacar. Y ese algo agudizaba y aumentaba sus sentidos, los volvía más intensos y poderosos por dentro. Sin embargo, en el fondo había una dolorosa sensación de fugacidad. Era una magnífica afirmación de su personalidad por parte de ambos: él se afirmaba ante ella, se sentía infinitamente viril y poderoso, infinitamente irresistible; ella se afirmaba ante él, se sabía infinitamente deseable y por tanto infinitamente fuerte. A fin de cuentas, ¿qué podía recibir cualquiera de los dos de tanta pasión aparte de una sensación máxima de su propio ser, en contradicción con el resto de la existencia? Había en esto algo finito y triste, porque el alma humana, en su máxima plenitud, pierde la noción de lo infinito.

De todos modos, ahora que había comenzado, esta pasión debía continuar, la pasión de Ursula por conocer su ser máximo, limitado y tan definido por oposición a él. Podía limitarse y definirse por oposición a él, al hombre, podía alcanzar su ser máximo, femenino, ah, femenino, victorioso por un momento en su exquisita afirmación por oposición al hombre, en supremo antagonismo con el hombre.

La tarde siguiente, cuando apareció Skrebensky, Ursula fue con él a la iglesia. Su padre poco a poco iba acumulando ira contra el joven, su madre se iba endureciendo de ira contra ella. Pero los padres eran tolerantes por naturaleza.

Ursula y Skrebensky cruzaron el cementerio y corrieron a esconderse en la iglesia. No había tanta luz como en el exterior, en la tarde soleada, pero la suave penumbra entre los arcos de piedra era muy dulce. Las ventanas ardían de rubí y azul, ofreciendo unas arras espléndidas a su enramada de piedra secreta.

—Qué sitio tan perfecto para una *rendez-vous* —susurró él, dirigiendo una mirada alrededor.

También ella recorrió con la mirada el recinto familiar. La penumbra y el silencio le produjeron un escalofrío. Pero sus ojos se iluminaron de osadía. Aquí, aquí afirmaría su indomable y precioso ser femenino, aquí. Aquí abriría su flor femenina como una llama, en esta penumbra más vibrante que la luz.

Se quedaron un momento separados, pero enseguida buscaron tercamente el deseado contacto. Ella lo abrazó, se clavó a él, hundiendo las manos en sus hombros, en su espalda, como si lo atravesara, para conocer aquel cuerpo joven y en absoluta tensión. Y era un cuerpo sumamente delicado, duro, pero exquisitamente sometido a su control. Le acercó la boca y se bebió sus besos, se los bebió de lleno.

Y le gustó, le gustó mucho. Se sentía colmada de sus besos, colmada como si hubiera bebido la intensa y resplandeciente luz del sol. Todo su cuerpo resplandecía por dentro, el sol parecía latir en su corazón, en su pecho, tras haberlo bebido tan deliciosamente.

Se apartó de él y lo miró, radiante, exquisitamente hermosa, y satisfecha, pero radiante como una nube iluminada.

A él le dolió verla tan radiante y satisfecha. Ella se rió, ciega a él, rebosante de su propia felicidad, sin dudar por un instante de que él sentía lo mismo que ella. Y, radiante como un ángel, salió con él de la iglesia, como si sus pies fueran dos rayos de luz que caminaran sobre flores.

Él iba a su lado, con el alma tensa, el cuerpo insatisfecho. ¿Estaba dispuesta a derrotarlo fácilmente? Él no había alcanzado la dicha de su propia plenitud, solamente sentía dolor y una rabia confusa.

Estaban en pleno verano y casi había terminado la cosecha del heno. Terminaría el sábado. Pero Skrebensky se marchaba el sábado. No podía quedarse más tiempo.

Sabiendo que se marchaba, se volvió muy tierno y cariñoso, besaba a Ursula tiernamente, con una proximidad tan insidiosa, dulce y suave que era embriagadora para los dos.

El último viernes, fue a esperarla a la salida del colegio y la llevó a tomar el té a la ciudad. Tenía un coche a motor para llevarla a casa.

Fue una ilusión inmensa para Ursula subir en un coche a motor. Él también estaba muy orgulloso de este último *coup*. Vio que el romanticismo de la situación encendía a Ursula como una bengala, que levantaba la cabeza como un caballo joven, relinchando de placer salvaje.

El coche viró bruscamente al tomar una curva, y Ursula salió despedida contra él. El contacto le hizo tomar conciencia de su cuerpo. Con un impulso veloz, buscó su mano y la estrechó con fuerza, tan cerca, tan bien acoplada, como si fueran un par de niños. Pero eran más que un par de niños.

Ursula sentía el viento en la cara, el barro que levantaban las ruedas volaba en una ráfaga suave y agreste, el campo tenía un color verde negruzco, salpicado de plata por el heno aquí y allá, y un brillo plateado en el cielo cubría las frondas de los árboles.

Apretaba la mano de Anton con una conciencia nueva, alterada. Pasaron un rato sin decir nada, cogidos de la mano, radiantes, evitando mirarse.

Y, de vez en cuando, el coche la empujaba contra él. Los dos aguardaban el instante en que el movimiento los unía. Sin embargo, miraban por la ventanilla, mudos.

Ursula veía pasar velozmente el paisaje familiar. Sin embargo, ahora no era un paisaje familiar, era el país de las maravillas. Vio el peñasco de Hemock aislado en la cima del monte. Tenía un aspecto extraño en el húmedo atardecer del verano, remoto, como en una tierra mágica. Los grajos levantaban el vuelo desde los árboles.

¡Ah, si pudiera bajar del coche con él, adentrarse por aquel territorio encantado donde nadie había estado jamás! Entonces serían personajes encantados, se desprenderían de su anodina personalidad de costumbre. ¡Ojalá pudiera deambular por ahí, por la ladera de aquel monte, bajo el tornadizo cielo de plata, donde tantos grajos se fundían como una lluvia de manchas a toda velocidad! ¡Ojalá pudieran pasear entre las franjas de heno húmedas, aspirar el aroma del atardecer y entrar en el

bosque, donde la fragancia de la madreselva era tan dulce en contraste con el olor del aire fresco y una lluvia de gotas caía al rozar una rama, fresca y deliciosa en las mejillas!

Pero estaba con él en el coche, cerca de él, y el viento le azotaba el rostro ávido, le sacudía el pelo. Él se volvió a mirarla, a contemplar sus facciones limpias, como talladas con un cincel, su pelo cincelado por el viento, su nariz delicada, fina y levantada.

Era un suplicio para él contemplar sus facciones fugaces, nítidas y virginales. Quería matarse y arrojar su detestado esqueleto a los pies de Ursula. El deseo de atacarse y entregarse era un suplicio para él.

Ella lo miró entonces. Le pareció que se acercaba, agazapado, con un gesto de dolor entre las cejas. Pero, al verle los ojos iluminados y el rostro radiante, la expresión de Skrebensky se transformó instantáneamente, su risa de siempre, temeraria, resplandeció para ella. Ella le apretó la mano, con inmenso placer, y él se dejó. De repente, Ursula se inclinó y le besó la mano, agachó la cabeza y se llevó su mano a la boca, rindiéndole un generoso homenaje. Y a él le ardió la sangre. A pesar de todo, seguía quieto, sin hacer ningún movimiento.

Ursula se sobresaltó. Estaban llegando a Cossethay. Skrebensky se marchaba. Pero todo era tan mágico, su copa estaba tan rebosante de vino brillante, que sus ojos solo podían resplandecer.

Skrebensky llamó a la puerta y se despidió de Will Brangwen. El coche dio la vuelta junto a los tejos. Ella le dio la mano y le dijo adiós, inocente y comedida como una colegiala. Y, con una expresión luminosa, se quedó mirando cómo se alejaba. Verlo conducir le traía sin cuidado, estaba colmada de su propio éxtasis deslumbrante. No lo veía alejarse, porque estaba llena de luz, y era él quien la irradiaba. Iluminada por aquella asombrosa luz, ¿cómo podía echarlo de menos?

En su dormitorio, lanzó los brazos al aire, dolorida de tanto esplendor. Ah, era su transfiguración, estaba fuera de sí. Quería arrojarse a todo el fulgor oculto del aire. ¡Estaba ahí, estaba ahí! ¡Si pudiera encontrarlo!

Sin embargo, al día siguiente tomó conciencia de que él se había ido. La gloria de Ursula se apagó parcialmente, aunque nunca abandonaba su recuerdo. Era demasiado real. De todos modos, todo había quedado atrás, dejando cierta nostalgia. Un deseo más hondo se apoderó de su alma, una nueva cautela.

Evitaba el roce y las preguntas. Se sentía muy orgullosa, pero muy nueva y muy sensible. Ah, ¡que nadie la tocara!

Su mayor felicidad era estar sola. ¡Qué felicidad, correr por los caminos sin ver las cosas y estando con ellas al mismo tiempo! ¡Qué felicidad estar a solas con las propias riquezas!

Llegaron las vacaciones, y era libre. Pasaba la mayor parte del tiempo sola, acurrucada como una ardilla en un rincón del jardín, tumbada en una hamaca en el bosquecillo, mientras los pájaros se acercaban... se acercaban... tan cerca. Cuando

llovía, se escapaba a la granja Marsh y se escondía en el pajar, con un libro.

Soñaba con él a todas horas, a veces de una manera concreta, pero en los momentos de mayor felicidad solo vagamente. Él era el cálido color de sus sueños, era la sangre caliente que latía dentro de ellos.

Cuando estaba alicaída, pachucha, evocaba su físico, su ropa, el botón con la insignia de su regimiento que le había regalado. O intentaba imaginar cómo sería su vida en el cuartel. O se imaginaba a sí misma tal como él la veía.

El cumpleaños de Skrebensky era en agosto, y Ursula se esforzó mucho para hacerle una tarta. Le parecía de mal gusto hacerle un regalo.

Su correspondencia era escueta, intercambiaban sobre todo postales, con poca frecuencia. Sin embargo, tenía que enviarle una carta con la tarta.

Querido Anton:

El sol ha vuelto a lucir especialmente para tu cumpleaños, creo.

He hecho esta tarta yo misma, y te deseo que pases un día muy feliz. No te la comas si no está buena. Mi madre espera que vengas a vernos cuando estés cerca.

Tu sincera amiga,

Ursula Brangwen

Le aburría escribir cartas, incluso para él. Al fin y al cabo, las palabras escritas en un papel nada tenían que ver con ella o con él.

Llegó el buen tiempo, la máquina segadora funcionaba desde el amanecer hasta la puesta de sol, traqueteando por los campos. Tuvo noticias de Skrebensky; también él estaba de servicio en el campo, en la llanura de Salisbury. Ahora era el segundo teniente de una tropa de campaña. Pronto tendría unos días de permiso e iría a la granja Marsh para asistir a la boda.

Fred Brangwen iba a casarse con una maestra de escuela de Ilkeston, en cuanto terminara la cosecha del maíz.

La tenue luz dorada y azul de un otoño dulce y cálido presencié el final de la cosecha. Para Ursula era como si el mundo hubiera abierto su flor más pura y suave, su flor de achicoria, su azafrán de los prados. El cielo tenía un color dulce y azul, las hojas amarillas en el camino parecían deambular como flores libres, parloteando alrededor de sus pies, componiendo una música intensa, conmovedora, casi insoportable para su corazón. Y la fragancia del otoño era para ella como una locura estival. Huía de los crisantemos abotonados de color rojo púrpura como una ninfa asustada, los amarillos claros desprendían un perfume tan denso que sus pies parecían titubear en una danza ebria.

Entonces se presentó su tío Tom, siempre el Baco cínico del cuadro. Venía dispuesto a disfrutar de una alegre boda, de la comida de la cosecha y de un banquete

nupcial, todo en uno: de la carpa instalada en los terrenos de la granja, de la banda de música para el baile y de la fiesta al aire libre.

Fred se mostraba comedido, pero Tom tenía que estar contento. También Laura, la novia, una muchacha inteligente y guapa, quería disfrutar de un banquete abundante y alegre, al gusto de su sensibilidad educada. Había estudiado en la escuela de magisterio de Salisbury, conocía muchas canciones populares y bailes folklóricos ingleses.

Y comenzaron los preparativos, dirigidos por Tom Brangwen. Se colocó una marquesina en los terrenos de la granja, se dejaron dispuestas dos grandes hogueras. Se contrató a los músicos, se preparó el banquete.

Skrebensky vendría, llegaría por la mañana. Ursula tenía un vestido nuevo, blanco, de crepé suave, y un sombrero blanco. Le gustaba vestir de blanco. Con el pelo negro y la piel dorada y clara, parecía sureña, o más bien tropical, como una criolla. No llevaba ningún otro color.

Ese día temblaba mientras se arreglaba para ir a la boda. Era una de las damas de honor. Skrebensky no llegó hasta la tarde. La boda era a las dos.

Cuando la comitiva nupcial regresaba a la granja Marsh, Skrebensky estaba en la sala. Por la ventana vio a Tom Brangwen, el padrino, subiendo por el jardín, elegantísimo, de chaqué, con camisa y calzas blancas, y a Ursula de su brazo, riendo. Tom Brangwen estaba muy atractivo, con su color de piel femenino, sus ojos oscuros y su bigote muy corto. Había en su aspecto, sin embargo, algo insinuante y tosco, a pesar de su belleza: la nariz era extraña, como el hocico de un animal, con las fosas muy abiertas y anchas, y la cabeza bien moldeada, casi inquietante por su desnudez, con grandes entradas en la frente, se revelaba en toda su suave redondez.

Skrebensky se fijó en el hombre más que en la mujer. Ursula estaba espléndida, con la curiosa animación, distraída y muda, que sentía siempre al lado de su tío Tom, siempre interiormente confusa.

Sin embargo, al encontrarse con Skrebensky todo se esfumó. Ursula solo veía al joven impávido y esbelto que esperaba, inescrutable, como su destino. Parecía inalcanzable, con ese aire relajado y ligeramente equino que le daba un aspecto extranjero y varonil. Pero su rostro era terso, impresionable y suave. Se dieron la mano, y la voz de Ursula sonó como el canto de un pájaro sobresaltado por el amanecer.

—¡Verdad que es bonito tener una boda! —exclamó.

Llevaba confeti de colores en el pelo oscuro.

La confusión volvió a apoderarse de Skrebensky, como si se perdiera y se volviera vago, informe, embrionario. Pero él quería ser duro, varonil, equino. Y la siguió.

Se ofreció un refrigerio, y los invitados se desperdigaron. El banquete sería al atardecer. Ursula echó a andar con Skrebensky por la era hasta los campos, y luego cruzaron el puente hasta un lado del canal.

Dejaban a su paso grandes montones de maíz dorado, un ejército de gansos blancos pasó a un lado, protestando con jactancia. Ursula se sentía ligera como una bola de plumón blanco, Skrebensky flotaba a su lado, indefinido, despojado de su antigua forma, y un ser nuevo, gris, difuso, brotaba como de una yema. Charlaban superficialmente, de nada.

El canal azul ondulaba suavemente entre los setos otoñales, hacia el verdor de una colina. A la izquierda se encontraba la negra agitación de las minas de carbón, el ferrocarril y el pueblo encaramado en su ladera, con la torre de la iglesia en lo más alto. El punto redondo y blanco del reloj de la torre destacaba en la luz del atardecer.

Aquel camino, pensaba Ursula, era el camino de Londres, atravesaba el denodado y seductor bullicio del pueblo. Al otro lado se extendía el atardecer, suave sobre los prados verdes y los alisos retorcidos a la orilla del río, y más allá las pálidas franjas de los rastrojos. Allá el atardecer irradiaba un brillo tenue, e incluso un avefría aleteaba en paz y soledad.

Ursula y Anton Skrebensky paseaban por el caballón del canal. Los frutos silvestres, de color carmín y rojo vivo, asomaban entre las hojas de los matorrales. El resplandor del crepúsculo y el vuelo circular del avefría solitaria, el leve reclamo de los pájaros salía al encuentro del confuso rumor de los pozos mineros, de la oscura y humeante tensión de la ciudad al otro lado, y ellos seguían la franja azul del canal, la cinta de cielo intermedia.

Anton, pensaba Ursula, estaba muy hermoso, con la cara y las manos tostadas por el sol. Le estaba contando que había aprendido a herrar caballos y a seleccionar el ganado más apto para la matanza.

—¿Te gusta ser soldado? —preguntó ella.

—No soy exactamente un soldado.

—Pero solo haces cosas para la guerra.

—Sí.

—¿Te gustaría ir a la guerra?

—Bueno, sería emocionante. Si hubiera una guerra, querría ir.

Invadió a Ursula una sensación difusa y extraña, una sensación de irrealidades poderosas.

—¿Por qué querrías ir?

—Porque estaría haciendo algo, algo auténtico. La vida, tal como es, parece de juguete.

—Pero ¿qué harías si fueras a la guerra?

—Construiría ferrocarriles o puentes, trabajaría como un negro.

—Pero los construirías para que los ejércitos los derribaran, cuando ya no hicieran falta. Eso también parece un juego.

—Si se le puede llamar juego a la guerra.

—¿Qué es?

—El combate es casi lo más serio que existe.

Ursula tuvo una sensación de dura distancia.

–¿Por qué combatir es más serio que cualquier otra cosa? –preguntó.

–O matas o te matan... Y supongo que matar es un asunto bastante serio.

–Pero una vez que has muerto nada tiene importancia –dijo ella.

Él se quedó callado un momento.

–Pero el resultado es importante –dijo–. Es importante si derrotamos o no al Mahdi^[18].

–No lo es para ti... ni tampoco para mí. ¿Qué nos importa a nosotros Jartum?

–Querrás espacio para vivir, y alguien tendrá que ocuparse.

–Pero yo no quiero vivir en el desierto del Sáhara... ¿Tú sí? –replicó ella, llevándole la contraria con una carcajada.

–Yo tampoco... Pero tenemos que ayudar a los que sí quieren.

–¿Por qué?

–¿Qué sería del país si no lo hiciéramos?

–Pero nosotros no somos el país. El país son montones de personas.

–Ellas también podrían decir que no lo son.

–Bueno, si todo el mundo dijera lo mismo, no habría país. De todos modos, yo seguiría siendo la misma –afirmó, con ingenio.

–No serías la misma si no hubiera país.

–¿Por qué no?

–Porque serías presa de cualquiera o de todos.

–¿Cómo?

–Vendrían a quitarte todo lo que tienes.

–Pues no podrían quitarme mucho. Me da igual lo que me quiten. Prefiero que me lleve un ladrón antes que un millonario que me dé todo lo que se pueda comprar.

–Eso lo dices porque eres una romántica.

–Sí, lo soy. Quiero ser romántica. Odio las casas que nunca se mueven del sitio y a la gente que vive en ellas. ¡Es todo tan rígido y tan absurdo! Odio a los soldados, son rígidos y acartonados. ¿Por qué lucháis en realidad?

–Yo lucharía por el país.

–Digas lo que digas, tú no eres el país. ¿Qué harías por ti mismo?

–Soy parte del país y tengo que cumplir mi deber con el país.

–Pero ¿cuando el país no necesitara tus servicios para nada en concreto... cuando no hubiera guerra? ¿Qué harías entonces?

Anton estaba molesto.

–Haría lo mismo que todo el mundo.

–¿Qué?

–Nada. Estaría preparado para cuando se me necesite –contestó, exasperado.

–Tengo la sensación –dijo ella– de que no eres nadie... de que no hay nadie ahí, donde estás. ¿Eres alguien, de verdad? Me parece que no eres nada.

Llegaron a un embarcadero, justo encima de una esclusa. Había amarrada una

barcaza vacía, con la toldilla pintada de amarillo y rojo y la cubierta larga y negra como el carbón. Un hombre flaco y mugriento estaba sentado en un cajón, apoyado en un costado del castillo de popa, al lado de la puerta, fumando y cuidando de un niño de cuna envuelto en un chal harapiento, mientras contemplaba el resplandor del atardecer. Una mujer salió de la cabina muy atareada, lanzó un balde al canal, lo llenó de agua y volvió a entrar con el mismo trajín. Se oían voces infantiles. Una leve columna de humo azul salía de la chimenea, olía a comida guisada.

Ursula, blanca como una polilla, se detuvo a mirar. Skrebensky se paró a su lado. El hombre los vio.

–Buenas tardes –dijo, en un tono entre insolente y curioso.

Tenía la cara mugrienta y unos ojos azules que miraban con descaro.

–Buenas tardes –contestó Ursula, encantada–. ¿Verdad que hace una tarde preciosa?

–Sí, muy bonita –asintió el hombre.

Un bigote rubio y desaliñado enmarcaba los labios rojos, y unos dientes blancos asomaron cuando el hombre sonrió.

–Pero –tartamudeó Ursula, riéndose– sí que lo es. ¿Por qué lo dice como si no lo fuera?

–Para los que tienen hijos que criar no lo es tanto.

–¿Puedo ver cómo es la barca por dentro? –preguntó Ursula.

–Nadie te lo va a impedir. Pasa si quieres.

La barca estaba en la orilla contraria, junto al embarcadero. Se llamaba *Annabel*, y su dueño era J. Ruth de Loughborough. El hombre miraba atentamente a Ursula con ojos centelleantes e intensos. El pelo rubio y ralo le caía por encima de la frente mugrienta. Dos niños sucios se asomaron a ver quién hablaba.

Ursula se fijó en las grandes compuertas de la esclusa. Estaban cerradas, y al otro lado se oía el chorro del agua caer y delizarse en la penumbra. A este lado, el agua brillante llegaba casi hasta el borde de la esclusa. Ursula cruzó con valentía y se acercó a la barca.

Se inclinó desde la orilla y miró a través del cristal de la toldilla iluminada por el resplandor rojizo del fuego, donde vio la silueta velada de una mujer. Quería entrar.

–Te ensuciarás el vestido –le advirtió el hombre.

–Tendré cuidado –dijo–. ¿Puedo entrar?

–Claro, entra si quieres.

Se recogió las faldas, acercó el pie al costado de la barcaza y bajó de un salto, riéndose. Una nubecilla de hollín se levantó a su alrededor.

La mujer se asomó a la puerta. Era regordeta y rubia, joven, con una nariz muy curiosa, pequeña y chata.

–¡Te vas a poner perdida! –gritó, sorprendida y riendo con ligero asombro.

–Quería verlo. ¿No es precioso vivir en una barca? –dijo Ursula.

–No vivo aquí siempre –dijo la mujer alegremente.

–Tiene una salita y una suite de lujo en Loughborough –dijo su marido, con legítimo orgullo.

Ursula entró en la cabina, donde vio un par de cazuelas al fuego y unos platos encima de la mesa. Hacía mucho calor. Salió de nuevo. El hombre le hablaba al chiquitín. Era una cosita de ojos azules y piel lozana, con el pelo sedoso, entre rubio y cobrizo.

–¿Es niño o niña? –preguntó Ursula.

–Es una niña... ¿Verdad que eres una niña? –gritó el hombre a la pequeña, moviendo la cabeza. La carita se frunció, componiendo una sonrisa de lo más extraña y divertida.

–¡Ay! –exclamó Ursula–. ¡Ay, qué linda! ¡Qué bonita cuando se ríe!

–Y más que se reirá –dijo el padre.

–¿Cómo se llama? –preguntó Ursula.

–No tiene nombre, no vale lo suficiente para ponerle nombre –dijo el hombre–. ¿Verdad que no, migajas de nada? –le gritó a la niña.

La pequeña se rió.

–No, estamos tan ocupados que no hemos podido llevarla al registro –dijo la mujer–. Nació aquí, en la barca.

–Pero ¿ya saben cómo van a llamarla? –preguntó Ursula.

–Hemos pensado llamarla Gladys Em'ly –dijo la madre.

–De eso nada –dijo el padre.

–¡Habrás visto! ¿Tú qué quieres? –protestó la madre, perdiendo los estribos.

–Se llamará Annabel, como la barca en la que ha nacido.

–De eso nada, que lo sepas –dijo la madre, con violento desafío.

El hombre sonrió con malicia, divertido.

–Ya lo verás –dijo.

Y, a juzgar por la palpitante exasperación de la mujer, Ursula comprendió que él no se daría por vencido.

–Todos son nombres bonitos –dijo–. Pueden llamarla Gladys Annabel Emily.

–No, eso es muy recargado –contestó el padre.

–¡Ves! –exclamó la mujer–. ¡Es un cabezón!

–Y ella es tan linda, y se ríe, y ni siquiera tiene nombre –dijo Ursula, hablando a la niña con voz suave–. Déjeme cogerla –añadió.

El padre le dejó a la niña, que olía a recién nacida. Tenía unos ojos muy grandes y azules, de porcelana, y se reía de una manera muy curiosa, con una mueca cautivadora. A Ursula le encantaba. Y empezó a arrullarla y a decirle cosas.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó entonces el padre.

–Me llamo Ursula. Ursula Brangwen.

–¡Ursula! –exclamó el hombre, enmudecido.

–Hubo una santa Ursula. Es un nombre muy antiguo –se apresuró a añadir, como justificándose.

–¡Eh, madre! –dijo el hombre.

No hubo respuesta.

–¡Pem! –llamó de nuevo–. ¿Es que no me oyes?

–¿Qué? –respondió la mujer con voz cortante.

–¿Qué te parece «Ursula»? –dijo él, sonriendo.

–¿Qué de qué? –preguntó la mujer, asomando por la puerta, dispuesta para el combate.

–Ursula... Así se llama la muchacha –dijo él amablemente.

La mujer miró a la joven de arriba abajo. Era evidente que le gustaba su figura esbelta y graciosa, su belleza resplandeciente, el efecto de su blanca elegancia y la ternura con que sostenía a la pequeña.

–¿Cómo se escribe eso? –preguntó la madre, cohibida ahora que se había emocionado.

Ursula deletreó su nombre. El hombre miró a la mujer. El rostro de la madre cobró un rubor brillante y confundido, una especie de luminosa timidez.

–¡No es un nombre corriente! –exclamó, entusiasmada, como si viviera una aventura.

–¿Te gusta, entonces? –preguntó él.

–Me gusta más que Annabel –dijo ella con decisión.

–Y a mí me gusta más que Gladys Em’ler –contestó él.

Hubo un silencio. Ursula levantó los ojos.

–¿De verdad van a llamarla Ursula? –preguntó.

–Ursula Ruth –contestó el hombre, con una carcajada vanidosa, complacido como si hubiera hecho un descubrimiento.

Esta vez era Ursula quien estaba confundida.

–Sueno precioso –dijo–. Tengo que regalarle algo. Y no traigo nada de nada.

Se quedó quieta en la cubierta de la barcaza, con su vestido blanco, maravillada. El hombre flaco, que seguía sentado a su lado, la miró como si fuera un ser extraño, como si la muchacha iluminara su expresión. Sus ojos la contemplaban sonriendo, con descaro, pero también con una admiración desmedida.

–¿Puedo regalarle mi collar? –preguntó.

Era el collar de piedras de amatista, topacio, perlas y cristal, ensartadas en una cadenita de oro, que le había regalado su tío Tom. Ursula le tenía mucho cariño. Lo miró con ternura después de quitárselo del cuello.

–¿Es valioso? –preguntó el hombre, con curiosidad.

–Creo que sí.

–Las piedras y las perlas son auténticas: vale tres o cuatro libras –dijo Skrebensky, desde el embarcadero. Ursula se dio cuenta de que a él no le parecía bien.

–Tengo que regalárselo a su hijita... ¿Puedo? –le preguntó al barquero.

El hombre se puso colorado y volvió la vista al atardecer.

–No –dijo–, yo no soy quién para decirlo.

–¿Qué dirían sus padres? –preguntó la mujer desde la puerta, con curiosidad.

–Es mío –dijo Ursula, sosteniendo el collar reluciente delante de la niña. La pequeña tendió los deditos, pero no podía sujetarlo. Ursula le cerró la mano diminuta. La niña tiró de los extremos brillantes de la cadena. Ursula acababa de regalar su collar. Le daba pena. Pero no se arrepentía.

El collar se soltó de los dedos de la niña y cayó formando un pequeño montón en el suelo de la barca, tiznada de hollín. El hombre acercó la mano para recogerlo, con una especie de reverencia cautelosa. Ursula se fijó en los dedos encallecidos y romos que buscaban a tientas el montón de piedras. Tenía la piel del dorso de la mano enrojecida, cubierta de vello rubio, brillante y duro. Era, sin embargo, una mano delgada, sinuosa y hábil, y a Ursula le gustó. El hombre recogió el collar, con mucho cuidado, y sopló para quitarle el hollín a la vez que lo posaba en la palma de su mano. Parecía quieto y atento. Extendió la mano, con el collar brillante en la palma dura y negra.

–Llévatelo –dijo.

Ursula se endureció, con una especie de resplandor.

–No –dijo–. Es de la pequeña Ursula.

Y se acercó a la niña para ponerle el collar en el cuello cálido, tierno y frágil.

Hubo un momento de confusión, luego, el padre se inclinó sobre su hija.

–¿Tú qué dices? –preguntó–. ¿Dices gracias? ¿Dices gracias, Ursula?

–Ahora se llama Ursula –dijo la madre desde la puerta, con una sonrisa ligeramente obsequiosa. Y se acercó a admirar el collar en el cuello de la niña.

–Es Ursula, ¿verdad? –dijo Ursula Brangwen.

El padre la miró, con una expresión íntima, mitad galante, mitad descarada, pero nostálgica. Su alma cautiva amó a la muchacha; pero su alma estaba cautiva, para siempre: él lo sabía.

Ursula quería irse. El hombre desplegó una escala pequeña para que subiera al embarcadero. Ursula besó a la niña, que estaba en brazos de su madre, y dio media vuelta. La madre le dio las gracias efusivamente. El hombre se quedó callado, junto a la escala. Ursula volvió con Skrebensky. Los jóvenes cruzaron la esclusa por encima del agua reluciente. El barquero los vio alejarse.

–¡Me han encantado! –decía Ursula–. ¡Él era tan dulce... tan dulce! Y ¡la niña era una preciosidad!

–¿Dulce? –preguntó Skrebensky–. La mujer ha sido criada, de eso no me cabe la menor duda.

Ursula hizo una mueca de disgusto.

–Pues a mí me ha gustado que él sea tan descarado... Y tan dulce en el fondo.

Apretó el paso, contenta de haber conocido al hombre flaco y mugriento del bigote desaliñado. Le había causado una sensación cálida y agradable. Le había hecho sentir la riqueza de su propia vida. Skrebensky, por el contrario, había creado a

su alrededor una sensación mortecina, de esterilidad, como si el mundo fuera un cúmulo de cenizas.

Apenas hablaron mientras volvían con prisa por llegar al banquete. Skrebensky envidiaba al padre flaco de tres hijos, por su insolencia y su veneración de la mujer en Ursula, una veneración del cuerpo y del alma juntos; el cuerpo y el alma del hombre habían venerado con nostalgia el cuerpo y el espíritu de la muchacha, con un deseo consciente de que su objeto era inalcanzable, pero satisfecho de saber que la perfección existía, satisfecho de disfrutar de un momento de comunión.

¿Por qué él no era capaz de desear a una mujer de la misma manera? ¿Por qué nunca había querido de verdad a una mujer, con todo su ser, nunca la había amado, nunca la había venerado, solo la quería físicamente?

Él la quería únicamente con el cuerpo: que hiciera su alma lo que quisiera. Una especie de llama de deseo físico empezaba a latir en la granja Marsh, alimentada por Tom Brangwen y por la boda de Fred, el reservado, bueno y tenaz ganadero y agricultor, con una muchacha guapa y de cierta educación. Tom Brangwen, con todo su poder secreto, parecía avivar la llama que crecía. La novia se sentía profundamente atraída por Tom, que también ejercía su influencia sobre otra muchacha hermosa, rubia, fresca y ardiente como el mar, una joven que hacía comentarios ingeniosos, él sabía apreciarlos, y ella resplandecía aún más, como una fosforescencia. Y los ojos verdes de la joven parecían acunar un secreto, y sus manos, como la madreperla, parecían luminosas, transparentes, como si el secreto ardiera visiblemente en ellas.

Al final del banquete, mientras se servían los postres, empezó a sonar una música de violines y flautas. Todos los rostros estaban radiantes. Un luminoso entusiasmo presidía el ambiente. Terminados los pequeños discursos, cuando se retiró definitivamente el oporto, se invitó a salir a tomar café a los que quisieran. La noche era templada.

Brillaban las estrellas, la luna aún no había salido. Y a luz de las estrellas ardían dos grandes hogueras, rojas, sin llamas todavía, rodeadas de lamparillas y faroles, la marquesina delante de una de ellas, con sus luces encendidas.

Los jóvenes se desperdigaron en la noche misteriosa. Resonaban las risas y las voces, y se respiraba un aroma a café. Los edificios de la granja acechaban, oscuros, al fondo. Siluetas tenues y oscuras revoloteaban de un lado a otro, mezclándose unas con otras. El fuego rojo refulgía en una falda blanca o sedosa, los farolillos brillaban en las cabezas fugaces de los invitados.

Ursula estaba maravillada. Se sentía transformada. La oscuridad parecía respirar como los flancos de una bestia gigantesca, los almiares de heno acechaban, difusos, numerosos, albergando tras ellos una guarida oscura y fecunda. Oleadas de delirante oscuridad azotaban el alma de Ursula. Quería alejarse. Quería alcanzar las brillantes estrellas, quería correr y traspasar los confines de esta tierra. Estaba loca por irse. Parecía como si un perro tirara con fuerza de la correa, dispuesto a abalanzarse sobre una presa sin nombre, en la oscuridad. Y ella era la presa, y ella era también el perro.

La oscuridad era apasionante y respiraba con una fuerza inmensa, imperceptible. La esperaba para acogerla en su huida. Pero ¿cómo podía empezar... cómo dejarse ir? Tenía que dar un salto de lo conocido a lo desconocido. Sus manos y sus pies latían enloquecidos, sentía una opresión en el pecho, como si estuviera atada.

Empezó la música, y las ataduras comenzaron a aflojarse. Tom Brangwen estaba bailando con la novia, fluido y rápido, como si se encontrara en otro elemento, inaccesible como las criaturas que se desplazan por el agua. Fred Brangwen bailaba con otra pareja. La música llegaba en oleadas. Una tras otra, iba arrastrando a las parejas y sumergiéndolas en las aguas profundas del baile.

–Ven –le dijo Ursula a Skrebensky, poniendo una mano en el brazo de él.

Al sentir el roce de aquella mano en su brazo, la conciencia del joven se derritió. Abrazó a la muchacha, como si quisiera envolverla con la fuerza firme y sutil de su voluntad, y se fundieron en un mismo movimiento, un movimiento dual, bailando sobre la hierba resbaladiza. Iba a ser interminable, este movimiento, iba a continuar eternamente. Eran sus voluntades unidas en un trance de movimiento, dos voluntades unidas en un movimiento, aunque sin fundirse jamás, sin entregarse la una a la otra. Era un entrelazamiento glauco, un delicioso flujo y un combate fluctuante.

Estaban los dos sumidos en un hondo silencio, en un fluido profundo, la energía de la corriente, por debajo de la superficie, les daba una fuerza sin límites. Los bailarines se entrelazaban como las olas con el flujo de la música. Las sombras de las parejas pasaban una y otra vez por delante de la hoguera, los pies silenciosos se adentraban bailando en la oscuridad, era una visión de los abismos del mundo sumergido bajo el gran diluvio.

La oscuridad se mecía, majestuosa, despacio, con un amplio y lento balanceo de la noche, y la música sonaba ligeramente en la superficie, formando una extraña ondulación de éxtasis en la superficie de la danza, mientras por debajo una única corriente poderosa los arrastraba poco a poco al borde del olvido, los llevaba poco a poco al extremo contrario, barriendo los corazones en su vaivén, encogiéndolos de angustia en el momento de alcanzar el límite, cuando el movimiento, tras alcanzar su punto crítico, se invertía y regresaba.

En mitad del oleaje del baile, Ursula se sentía observada por cierto poder. Algo la estaba observando. Una visión poderosa y refulgente la observaba, pero por dentro, traspasándola. Desde una distancia enorme y sin embargo inminente, algo poderoso y abrumador la vigilaba sin cesar. Y mientras seguía bailando con Skrebensky, la intensa observación blanca continuaba, sopesándolo todo en su revelación.

–Ha salido la luna –dijo Anton, cuando cesó la música y se vieron de pronto varados, como restos arrojados por el mar en la costa. Ursula volvió la cabeza y vio una luna grande y blanca que la miraba por encima del monte. Y abrió su pecho a la luna, se dejó penetrar por su luz como una joya transparente. Se quedó quieta, inundada por la luna llena, ofreciéndose a ella. Sus pechos se separaron para dejarle espacio, su cuerpo entero se abrió como una anémona temblorosa, una suave y

dilatada invitación acariciada por la luna. Quería colmarse de luna, quería más, más comunión con la luna, consumación. Pero Skrebensky la cogió de la cintura y se la llevó. Cubrió a Ursula con una capa grande y oscura, y se sentó, cogiéndole la mano, mientras la luz de la luna se extendía sobre el brillo de las hogueras.

Ursula no estaba allí. Pacientemente, se sentó bajo aquel manto, al lado de Skrebensky, cogida de su mano. Pero su ser desnudo estaba muy lejos, latiendo con la luz de la luna, haciendo añicos la luz de la luna con su pecho y su vientre, sus muslos y sus rodillas, en encuentro, en comunión. Casi empezaba a irse en realidad, a despojarse de su envoltura y a huir, lejos de aquella oscura confusión y aquel caos de gente, a la montaña y a la luna. Pero la gente seguía rodeándolos como piedras, como piedras magnéticas, y no podía moverse. Skrebensky la aplastaba como una losa, el peso de su presencia la inmovilizaba. Notaba su carga ciega, persistente, su carga inerte. Él era inerte, y la aplastaba. Suspiró de dolor. ¡Ah, la frescura y la libertad absoluta y el fulgor de la luna! ¡Ah, la fresca libertad de ser ella misma, de hacer enteramente lo que quisiera! Quería irse ya. Se sentía como un metal reluciente aplastado por un imán impuro y oscuro. Él era la escoria, la gente era la escoria. ¡Ojalá pudiera huir a la luz limpia y libre de la luna!

—¿No te gusto esta noche? —dijo él en voz baja, la voz de la sombra por encima del hombro de Ursula.

Ella apretó las manos en la húmeda luz de la luna, como si estuviera loca.

—¿No te gusto esta noche? —repitió la voz suave.

Y Ursula comprendió que, si se volvía a él, moriría. La invadió una rabia desconocida, un violento deseo de destrucción. Sus manos parecían capaces de destruir, destructoras como hojas metálicas.

—Déjame en paz —dijo.

Una oscuridad, una obstinación se apoderó también de él, se sumió en una especie de inercia. Se quedó inerte junto a ella. Ursula se quitó la capa y echó a andar hacia la luna, bañada de plata blanca. Él la siguió de cerca.

Volvió a sonar la música, y continuó el baile. Él se apropió de ella. Latía en el corazón de Ursula una pasión fría, blanca y violenta. Pero él la abrazó y bailó con ella. Siempre presente, como un peso suave, aplastándola, el cuerpo de Skrebensky se apretaba contra ella mientras bailaban. La estrechaba con fuerza, para que ella pudiera sentir su cuerpo, su peso, sentir cómo se hundía, cómo se acomodaba en ella, apoderándose de su vida y su energía, volviéndola inerte como él, y Ursula sentía el peso de aquellas manos en su espalda, en ella. A pesar de todo, su cuerpo seguía invadido por una pasión sojuzgada, fría e indomable. Le gustaba bailar: la tranquilizaba, la sumía en algo parecido a un trance. Pero bailar no era nada más que una especie de espera, una manera de pasar el tiempo que mediaba entre ella y su ser puro. Se entregó a él, le permitió ejercer toda su fuerza sobre ella, aumentar su poder sobre ella hasta aplastarla. Aceptaba toda la fuerza de su poder. Incluso deseaba que la dominara. Se sentía fría e inmóvil como una columna de sal.

Skrebensky concentraba toda su voluntad y toda su tensión para atraerla y doblegarla. Ojalá pudiera doblegarla. Parecía aniquilado. Ursula estaba fría, dura, compacta y resplandeciente como la misma luna, y tan inalcanzable como la luz de la luna, imposible de atrapar o conocer. ¡Ojalá pudiera cercarla con un lazo y doblegarla!

Así bailaron cuatro o cinco bailes, siempre juntos, él con su voluntad cada vez más tensa, el cuerpo más sutil, jugando con ella. Pero seguía sin alcanzarla, Ursula estaba igual de dura y brillante, intacta. Y él tenía que entrelazarse con ella, encerrarla, encerrarla en una urdimbre de sombra, de oscuridad, transformarla en una refulgente criatura de luz encerrada en una urdimbre de sombras, atrapada. Entonces la poseería, gozaría de ella. ¡Cuánto iba a gozar de ella, cuando lograra atraparla!

Por fin, cuando terminó el baile, Ursula echó a andar en vez de sentarse. Anton la cogió del talle, acoplándola al ritmo de su propio paso. Y ella no puso objeciones. Estaba resplandeciente como un rayo de luna, refulgente como una hoja de acero, y él tenía la sensación de agarrar un cuchillo que lo hería. Pero estaba dispuesto a agarrarlo, aunque lo matara.

Se alejaron hacia los almiarés. Con una sensación parecida al terror, Anton vio los montones de maíz recién apilados, relucientes y centelleantes, transfigurados, bañados de plata y presentes bajo el cielo azulado de la noche, que proyectaban sombras oscuras, densas, pero majestuosos y tenuemente presentes. Ursula, refulgente como una tela de araña, parecía arder entre los montones de maíz, erguidos como frías hogueras en el aire azul plateado. Todo era intangible, un fulgor de hogueras centelleantes y frías, como acero blanquecino. Él tenía miedo de la inmensa conflagración de los almiarés de maíz que lo acechaban a la luz de la luna. Su corazón se encogió, empezó a fundirse como una cuenta. Sabía que iba a morir.

Ursula se detuvo unos momentos bajo la arrasadora luminosidad de la luna. Parecía un rayo de luz brillante. Estaba asustada de sí misma. Miró a Anton, su presencia oscurecida, irreal, temblorosa, y un poderoso deseo carnal se apoderó de ella súbitamente, el deseo de apresarlos y desgarrarlos hasta convertirlos en nada. Sentía una fuerza inconmensurable en las manos y los puños, duros y resistentes como hojas de acero. Él aguardaba a su lado, como una sombra que ella quería barrer, destruir como la luz de la luna destruye la oscuridad, aniquilarla, extinguirla. Lo miró, con el rostro inspirado y resplandeciente. Lo incitó.

Y, movido por un impulso irrefrenable, Skrebensky la abrazó y la llevó hacia las sombras. Ursula se sometió: le dejaría intentar lo que pudiera. Le dejaría intentar lo que pudiera. Él se apoyó en un costado del almiar, abrazándola. Un millar de llamas frías y cortantes lo apuñalaron al rozar el maíz. Aun así, siguió abrazándola, obstinado.

Y sus manos temerosas empezaron a recorrer el cuerpo de Ursula, su cuerpo de sal, compacto y brillante. ¡Si pudiera tomarla, cuánto disfrutaría de ella! ¡Si pudiera envolver su cuerpo de sal ardiente, brillante y frío, con el hierro suave de sus manos,

envolverla, apresarla, aplastarla, disfrutaría locamente de ella! Luchaba con sutileza, pero en cuerpo y alma, para encerrarla, para poseerla. Y Ursula seguía ardiendo, brillante y dura como la sal, y mortal. A pesar de todo, obstinado, con la carne abrasada y corroída, como invadido por un veneno cáustico y devorador, él persistía, seguro de que al fin lograría derrotarla. En su frenesí, incluso buscó la boca de Ursula con la suya, aunque esto equivaliera a adentrarse en las fauces de una muerte atroz. Ella se entregó y él se apretó contra ella con todas sus fuerzas, gimiendo en lo más hondo del alma:

–Déjame entrar... Déjame entrar.

Ursula lo atrapó en el beso, lo atenazó con un beso duro, duro, violento, ardiente y corrosivo como la luz de la luna. Como si lo destrozara. Él estaba mareado, intentaba hacer acopio de todas sus fuerzas para seguir besándola, para resistir en el beso.

Pero ella lo había apresado, dura y violenta, fría como la luna y ardiente como una sal abrasadora. Hasta que el hierro cálido y suave de Anton fue cediendo poco a poco, cediendo, y ahí estaba ella, abrasadora, corrosiva, hirviendo en su afán de destruirlo, hirviendo como una sal corrosiva y cruel que a él lo envolvía hasta la última sustancia de su ser, destruyéndolo, destruyéndolo con aquel beso. Y su alma cristalizó en su victoria, y el alma de Anton se disolvió en la agonía de la aniquilación. Así, Ursula retuvo a la víctima consumida, aniquilada. Había vencido: él ya no existía.

Poco a poco, Ursula fue volviendo en sí. Poco a poco, recuperó cierta conciencia del momento. La noche regresó de golpe a su acostumbrada y suave realidad. Poco a poco, comprendió que la noche era corriente y vulgar, que la noche grandiosa, virulenta, trascendente, en realidad no existía. El pánico la invadió gradualmente. ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquella nada que sentía? La nada era Skrebensky. ¿De verdad estaba ahí? ¿Quién era? Estaba callado, no estaba ahí. ¿Qué había ocurrido? Se había vuelto loca. ¿Qué cosa tan horrible la había poseído? Sintió un miedo abrumador de sí misma, un deseo abrumador de que ese otro ser, ardiente y corrosivo, no existiera. Se apoderó de ella un frenético deseo de no recordar jamás lo ocurrido, de no pensar en ello jamás, de no permitirlo jamás, siquiera por un momento. Lo negó con todas sus fuerzas. Con todas sus fuerzas, se apartó de lo ocurrido. Ella era buena, era cariñosa. Tenía un corazón cálido, una sangre oscura, cálida y suave. Posó una mano en el hombro de Anton.

–¿No es precioso? –dijo, con voz suave, persuasiva, acariciadora.

Y empezó a acariciarlo para devolverle la vida. Porque estaba muerto. Y Ursula quería que él nunca supiera, que no fuera consciente de lo que había ocurrido. Lo resucitaría de entre los muertos borrando todo rastro que pudiera recordarle su aniquilación.

Se aplicó con todo su ser normal y cálido, tocándolo, rindiéndole un homenaje de conciencia amorosa. Y, poco a poco, él volvió a ella, transformado en otro hombre.

Ursula era dulce, encantadora y cariñosa. Era su sierva, su esclava, lo adoraba. Y consiguió restablecer su envoltura completamente. Restableció su forma y su figura en su totalidad. Pero el núcleo se había esfumado. Anton se reafirmó en su orgullo, su sangre volvió a circular orgullosa. Pero estaba vacío: como macho diferenciado estaba vacío. El corazón victorioso, ardiente y soberbio del macho intrínseco no volvería a latir jamás. En adelante sería un súbdito, recíproco, nunca volvería a ser algo indomable con un núcleo de fuego soberbio, inextinguible. Ella había extinguido aquel fuego, a él lo había consumido.

Pero Ursula seguía acariciándolo. Tenía que hacerle olvidar lo ocurrido. Ella también lo olvidaría.

–Bésame, Anton, bésame –suplicó.

Él la besó, pero ella sabía que no podía tocarla en lo más hondo. A pesar de que la abrazaba, sus brazos no la alcanzaban. A pesar de que sentía la boca de él en la suya, no se sentía en absoluto atraída por aquella boca.

–Bésame –susurró, con profunda angustia–, bésame.

Y él la besó, porque ella se lo pedía, pero su corazón estaba hueco. Ella aceptaba sus besos aparentemente. Pero su alma estaba vacía y arrasada.

Ursula apartó la vista y vio el delicado brillo de la mazorcas que asomaban por un lado del almiar a la luz de la luna, altivas y majestuosas, y completamente impersonales. Había compartido su orgullo con ellas, había estado donde estaban ellas. Sin embargo, en este mundo cálido y temporal de lo cotidiano, ella era una muchacha amable y buena. Anhelaba afecto y bondad. Quería ser amable y buena.

Volvieron a casa bajo la noche pálida y reluciente, entre sombras, destellos y presencias. Ursula veía perfectamente las flores en las zonas bajas de los matorrales, las gavillas finas y deshilachadas que asomaban, blancas, por encima de los matorrales espinosos.

¡Qué hermoso, qué hermoso era! Pensó, con angustia, qué felicidad tan desbordante sentía esta noche, desde que Anton la había besado. Pero mientras él la llevaba cogida de la cintura, ella se entregaba a la noche brillante y tremenda, a la luna divina y magnífica, blanca e inocente como un novio, a las flores de plata, transformadas, que colmaban las sombras.

Él volvió a besarla, debajo de los tejos de la granja, y ella se lo permitió. En casa, para evitar injerencias de sus padres, subió directamente a su dormitorio, y allí, contemplando el paisaje a la luz de la luna, abrió los brazos con pasión, rebosante de dicha y agonía, ofreciéndose a la clara y elegante presencia de la noche.

Pero estaba herida de tristeza, se había hecho daño, se había magullado al aniquilarlo a él. Cubrió sus pechos jóvenes con sus manos, los escondió de sí misma; y, cubriéndose consigo misma, se acurrucó en la cama para dormir.

A la mañana siguiente, brillaba el sol. Ursula se levantó pletórica, bailando. Skrebensky seguía en la granja Marsh. Vendría a la iglesia. ¡Qué deliciosa, qué increíble era la vida! En la fresca mañana de domingo, salió al jardín, entre los

amarillos y los rojos intensos y vibrantes del otoño, aspiró la fragancia de la tierra y notó el aire vaporoso, los maizales que cubrían los campos eran pálidos e irreales, en todas partes reinaba el profundo silencio de la mañana de domingo, salpicado de ruidos desconocidos. Olía el cuerpo de la tierra, que parecía sacudir su poderoso flanco a sus pies, justo debajo de ella. La poderosa exudación impregnaba el aire azulado, la paz era la paz de una respiración profunda, exhausta, los rojos y amarillos y el brillo blanco de los rastros eran los temblores y el movimiento de los últimos retazos del éxtasis y la clara felicidad de la plenitud.

Las campanas de la iglesia repicaban cuando llegó Anton. Ursula levantó la cabeza con entusiasmo y expectación al verlo entrar. Pero él estaba inquieto y herido en su orgullo. Parecía muy envarado, Ursula se fijó en su traje ceñido.

–¿Verdad que anoche fue precioso? –le susurró.

–Sí –dijo él. Pero tenía una expresión hermética, forzada.

Aquella mañana, Ursula no prestó atención al servicio ni a los cánticos. Veía el resplandor de los colores en las vidrieras, las formas de los fieles. Únicamente echó un vistazo al libro del Génesis, que era su libro favorito de la Biblia.

«Y Dios bendijo a Noé y a sus hijos, y les dijo: Creced, multiplicaos y llenad la tierra. Todos los animales de la tierra os temerán y os respetarán: las aves del cielo, todo lo que se mueve sobre la tierra y todos los peces del mar están en vuestras manos. Todo cuanto se mueve y tiene vida os servirá de alimento. Yo os lo doy, como antes os di las verduras»^[19].

Pero Ursula no se emocionaba esta mañana con el relato bíblico: eso de multiplicarse y poblar la tierra le parecía aburrido. Le parecía un asunto vulgar, como la cría de ganado. El dominio del hombre sobre los animales y los peces a través de la cría de ganado la dejaba completamente fría.

«Vosotros sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y dominadla»^[20].

En su fuero interno, Ursula se burlaba de esta multiplicación que a cada vaca convertía en dos vacas, a cada nabo en dos nabos.

«Dios dijo a Noé y a sus hijos: Yo establezco mi pacto con vosotros, con vuestros descendientes después de vosotros y con todos los seres vivientes que hay entre vosotros, por todas las generaciones futuras. Yo pongo mi arco iris en las nubes, y él será la señal de la alianza entre mí y la tierra. Cuando cubra de nubes la tierra, aparecerá el arco iris, me acordaré de mi alianza con vosotros y con todos los vivientes de la tierra, y las aguas no volverán a ser un diluvio que arrase la carne»^[21].

¿Arrasar la carne? ¿Por qué «la carne» en particular? ¿Quién era ese señor de carne? Al fin y al cabo, ¿qué magnitud tuvo el diluvio? Puede que algunas hadas y algunos faunos se refugiaron en las colinas y en los valles y los bosques más profundos, asustados, pero en su mayoría habían seguido tan contentos, sin enterarse de la inundación, a menos que se enteraran por las ninfas. A Ursula le gustaba pensar que las náyades de Asia Menor se encontraban con las nereidas en la desembocadura de los arroyos, donde el mar rompía contra la corriente dulce y fresca, para dar noticia a sus hermanas del diluvio de Noé. Contarían anécdotas de Noé y su arca. Algunas ninfas relatarían que se habían colgado del costado del arca, para curiosear, y habían oído a Noé, y a Sem y a Cam y a Jafet, sentados bajo el aguacero, diciendo que ellos cuatro se adueñarían de todo y serían los amos de todo, subarrendadores del gran Propietario.

A Ursula le habría gustado ser una ninfa. Se habría reído desde el otro lado de la ventana del arca y le habría lanzado gotas del diluvio a Noé, antes de alejarse en busca de gente menos importante que aquélla, con su Propietario y su Diluvio.

¿Qué era Dios en resumidas cuentas? Si los gusanos que se comían a un perro muerto^[22] no eran más que Dios besando la carroña, entonces ¿qué no era Dios? Estaba harta de este Dios. Estaba cansada de la Ursula Brangwen que se preocupaba por Dios. Fuera lo que fuera Dios, Era, y no había necesidad de preocuparse por él. Decidió que tenía pleno derecho a no preocuparse.

Skrebensky estaba a su lado, atento al sermón, a la voz de la ley y el orden. «Hasta los pelos de tu cabeza están numerados»^[23]. Él no se lo creía. Creía que sus cosas estaban a su entera disposición. Uno podía hacer con sus cosas lo que quisiera, con tal de dejar en paz las cosas de los demás.

Ursula lo acariciaba y lo cortejaba. Sin embargo, él sabía que quería atacarlo y destruir su esencia. Ya no estaba con él, estaba contra él. De todos modos, le agradaba su manera de cortejarlo, de admirarlo absolutamente, en la vida pública.

Ella lo había pillado desprevenido, y eran dos enamorados que vivían un amor juvenil y romántico, casi de fábula. Él le regaló un modesto anillo. Lo metieron en una copa, llenaron la copa de vino del Rin, y Ursula bebió primero, él a continuación. Bebieron hasta que el anillo quedó expuesto en el fondo de la copa. Entonces, ella cogió la sencilla joya y se la colgó de una cinta alrededor del cuello.

Él le pidió una fotografía cuando iba a marcharse. Ursula fue al fotógrafo muy emocionada, con cinco chelines. El resultado fue un retrato insulso y feo, con la boca torcida. Ursula lo examinó con admiración.

Anton únicamente veía el rostro vivo de Ursula. El retrato le hacía daño. Lo guardó, lo recordaba siempre, pero a duras penas soportaba mirarlo. Le dolía en el alma aquel rostro limpio y sin miedo, con un toque de abstracción. Aquella abstracción estaba sin duda muy lejos de él.

Se declaró entonces la guerra con los bóers en Sudáfrica, y todo bullía de excitación. Anton escribió para anunciar que quizá tuviera que ir a África. Y envió

con la carta una caja de bombones.

Ursula estaba ligeramente aturdida por la idea de que él tuviese que ir a la guerra, no sabía a qué atenerse. Era una especie de situación romántica, tan familiar para ella en la ficción que en la vida real no alcanzaba a entenderla. Bajo el manto de júbilo había una especie de desencanto lóbrego, profundo y ceniciento.

De todos modos, escondió los bombones debajo de su cama y se los fue comiendo poco a poco, sola, cuando se acostaba y cuando se levantaba. Se sentía muy culpable y avergonzada pero, lisa y llanamente, no quería compartirlos con nadie.

Aquella caja de bombones se quedaría grabada en su memoria. ¿Por qué los había escondido y se los había comido todos? Y no sabía qué responder. La caja de bombones le parecía extraña, monumental, ahora que estaba vacía. Era una cruz para ella. ¿Cómo entenderlo?

Le inquietaba la idea de la guerra en su conjunto, le inquietaba mucho. Cuando los hombres entraron en combate, tuvo la sensación de que las columnas del universo se agrietaban, de que todo iba a desmoronarse en un pozo sin fondo. Tenía una horrorosa sensación de profundidad sin fondo. Aunque también, claro está, la guerra llevaba acuñada la marca de los amoríos, el honor e incluso la religión. Estaba muy desconcertada.

Skrebensky estaba ocupado, no podía ir a verla. Ursula no le pidió ninguna confirmación, ninguna certeza. Lo que existía entre los dos existía, y ningún reconocimiento iba a alterarlo. Ella lo sabía por instinto, confiaba en la realidad intrínseca.

Aun así, se sentía desesperadamente indefensa. No podía hacer nada. Tenía una vaga idea de las gigantescas fuerzas del mundo que ya empezaban a desplazarse y a colisionar, oscuras, torpes, absurdas, pero colosales, capaces de arrastrarla a una como un montón de polvo. ¡Indefensa, indefensa, girando como el polvo! Y quería rebelarse, enfurecerse, combatir. Pero ¿con qué armas?

¿Bastaban sus manos para enfrentarse a la faz de la tierra, derrotar a las montañas en sus puestos? Aun así, su corazón quería atacar, atacar al mundo entero. Y no contaba con nada más que sus manos.

Pasaron los meses y llegó la Navidad: brotaron las campanillas de invierno. Había en el bosque, cerca de Cossethay, una pequeña hondonada donde los copos de nieve se volvían frenéticos. Le envió a Anton unas cuantas campanillas en una caja, y él respondió con una breve nota de agradecimiento: parecía muy agradecido y nostálgico. Los ojos de Ursula se volvieron infantiles y desconcertados. Desconcertada, se dejaba llevar día tras día, indefensa, arrastrada por los inevitables acontecimientos.

Él cumplía con sus obligaciones, se entregaba a ellas. En lo más hondo de su ser, el alma que albergaba aspiraciones y sinceras esperanzas de plenitud personal estaba muerta, muerta al nacer, como un peso muerto en su matriz. ¿Quién era él, para dar

tanta importancia a sus relaciones personales? ¿Qué importancia tenía un hombre, personalmente? No era más que un ladrillo en el conjunto del gigantesco edificio social, la nación, la humanidad moderna. Sus actos personales eran nimios, totalmente secundarios. Había que defender el edificio completo, sin fisuras, al margen de cualquier consideración personal, porque ninguna consideración personal podía justificar semejante brecha. ¿Qué importancia tenía la intimidad personal? Uno tenía que ocupar su lugar en el conjunto, en el formidable esquema de la minuciosa civilización, nada más. Lo importante era el conjunto, mientras que la unidad, la persona, únicamente tenía importancia en la medida en que representaba el conjunto.

Así, Skrebensky apartó a Ursula de su memoria y siguió su camino, sirviendo lo que debía servir y soportando lo que debía soportar, sin objeciones. En lo tocante a su vida intrínseca y personal, estaba muerto. Y no podía resucitar de entre los muertos. Su alma yacía en la tumba. Su vida residía en el orden establecido de las cosas. Contaba además con sus cinco sentidos. Había que satisfacerlos. En todo lo demás, representaba la idea grandiosa, establecida y concreta de la vida, y en este sentido él era importante e incuestionable.

El bien de la mayoría era lo único que contaba. El mayor bien para todos ellos, colectivamente, era el mayor bien para el individuo. Y así, cada hombre debía entregarse a la misión de sostener el Estado, y trabajar por el bien superior de la mayoría. Quizá uno pudiera introducir mejoras en el Estado, pero siempre con las miras puestas en preservarlo intacto.

Sin embargo, ni siquiera el bien superior de la comunidad le permitiría alcanzar la plenitud vital de su alma. Lo sabía. Aunque no atribuía demasiada importancia al alma individual. Creía que un hombre era importante solo en la medida en que representaba a toda la humanidad.

No veía, no había nacido en él la facultad para verlo, que el bien superior de la comunidad, tal como está organizada, ha dejado de ser el bien superior incluso para el individuo medio. Puesto que la comunidad representa a millones de personas, pensaba, tiene que ser millones de veces más importante que cualquier individuo, pero se olvidaba de que la comunidad es una abstracción de los elementos del conjunto, y no los elementos en sí mismos. Cuando la afirmación del bien abstracto para la comunidad se ha convertido en una fórmula completamente despojada de inspiración o de valor para la inteligencia media, el «bien común» se convierte en un fastidio general que representa el materialismo conservador y vulgar en un plano inferior.

Y por el bien superior de la mayoría se entiende principalmente la prosperidad material de todas las clases sociales. A Skrebensky en realidad no le interesaba su propia prosperidad material. De haberse visto sin un céntimo, bueno, habría buscado soluciones. Entonces, ¿cómo podía alcanzar su bien supremo entregando su vida a cambio de la prosperidad material de los demás? No podía considerar digno de cualquier sacrificio en beneficio de los demás algo que para sí mismo carecía de

importancia. Y lo que era de la máxima importancia para él como individuo... ¡Ah!, decía, no se puede contemplar la comunidad desde este punto de vista. No... no... Sabemos qué quiere la comunidad: quiere algo concreto, quiere buenos salarios, igualdad de oportunidades, buenas condiciones de vida, eso es lo que quiere la comunidad. No quiere sutilezas ni complicaciones. La obligación es muy sencilla: tener en cuenta el bienestar material e inmediato de cada individuo, nada más.

Así Skrebensky se sumió en una especie de parálisis que aterrorizaba progresivamente a Ursula. Se sentía obligada a someterse a algo irremediable. Tenía una profunda sensación de catástrofe inminente. Uno tras otro, los días se volvían inertes con esta sensación de catástrofe. Cayó en un estado morbosos, depresivo, aprensivo. Le angustiaba ver en el cielo el vuelo lento de un grajo. Era una señal de mal augurio. Y su presentimiento llegó a ser tan negro y poderoso que estaba casi extinguida.

Pero ¿eso qué más daba? En el peor de los casos simplemente dejaría de existir. ¿Por qué se preocupaba, qué era lo que temía? No lo sabía. Solo sabía que un temor negro se adueñaba de ella. De noche, las estrellas, grandes y centelleantes, le parecían aterradoras; de día, temía que algo pudiera atacarla en cualquier momento.

Anton escribió en marzo para anunciar que se marchaba una temporada a Sudáfrica, pero antes del viaje podría pasar un día por la granja Marsh.

Como encerrada en un sueño doloroso, Ursula esperaba el momento, ausente, indecisa. No sabía, no lograba entender. Solamente sentía que todos los hilos de su destino se habían tensado, a la espera. A veces lloraba y se decía ciegamente: «Lo quiero tanto, lo quiero tanto».

Llegó Anton. Pero ¿por qué venía? Ursula lo miró, buscando una señal. Él no dio ninguna. Ni siquiera la besó. Se comportó como un simple conocido amable. Ésta era la superficie, pero ¿qué ocultaba? Ella seguía esperándolo, necesitaba alguna señal.

Pasaron todo el día, titubeantes y evitando el contacto, hasta que cayó la tarde. Entonces, riéndose, él dijo que volvería en el plazo de seis meses y les contaría todo, dio la mano a la madre de Ursula y se marchó.

Ursula lo acompañó hasta el camino. Era una noche de viento, los tejos susurraban, silbaban y vibraban. El viento parecía precipitarse entre las chimeneas y el campanario de la iglesia. Todo estaba oscuro.

El viento azotaba la cara de Ursula y hacía que la falda se le enredara en las piernas. Pero era un viento poderoso, túrgido, un instinto que condensaba la fuerza de la vida. Y Ursula tenía la sensación de haber perdido a Skrebensky. No lograba encontrarlo, en la noche intensa y urgente.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—¡Aquí! —contestó la voz incorpórea.

Y, buscando a tientas, ella lo tocó. Un fuego como el relámpago los caló hasta los huesos.

—¿Anton? —dijo Ursula.

–¿Qué?

Ursula lo abrazó en la oscuridad, volvió a sentir su cuerpo contra el suyo.

–No me dejes... Vuelve a mí –dijo.

–Sí –contestó él, estrechándola entre sus brazos.

Pero su virilidad estaba acallada por la certeza de que Ursula no se dejaba hechizar o influir por él. Quería alejarse de ella. Se aferraba a la idea de que al día siguiente se marchaba, de que su vida en realidad estaba en otra parte. Su vida estaba en otra parte... Su vida estaba en otra parte... El centro de su vida no sería para Ursula. Ella era diferente: un abismo los separaba. Eran mundos hostiles.

–¿Volverás a mí? –repitió ella.

–Sí –contestó. Y lo dijo sinceramente. Pero como quien promete acudir a una cita, no como un hombre que regresa a su plenitud.

Así, Ursula lo besó y volvió a casa, perdida. Él siguió hasta la granja, distraído. El contacto con ella le hacía daño y lo amenazaba. Se asustó, quería liberarse del espíritu de Ursula. Porque ella se plantaría delante de él como el ángel delante de Balaam, y lo guiaría campo a través con una espada, apartándolo de su camino.

Al día siguiente, Ursula fue a despedirlo a la estación con su tío Tom. Buscaba a Anton con la mirada, pero él seguía igual de extraño y vacío, muy vacío. Estaba muy reservado. Ella pensó que era eso lo que le hacía parecer vacío.

Ursula tenía una expresión muda y pálida que Skrebensky no quería ver. Parecía que hubiera un motivo de vergüenza en la misma raíz de la vida, una vergüenza fría y mortal para Ursula.

Llamaban la atención en el andén: la muchacha con su capa de piel, su estola y su vestido verde olivo, pálida, tensa de juventud, aislada, inflexible; el joven de aire marcial, con el sombrero aplastado, un abrigo de paño grueso y una bufanda púrpura, muy pálido y reservado, su presencia completamente neutra; Tom Brangwen, con un elegante sombrero hongo calado hasta las cejas oscuras, el rostro sereno y una cálida coloración de la tez, evocaba curiosamente una indiferencia pura: era el público eterno, el coro, el espectador del drama; en su propia vida no había drama de ninguna especie.

El tren estaba a punto de partir. A Ursula le dio un vuelco el corazón, pero la capa de hielo que la envolvía era demasiado gruesa.

–Adiós –dijo, levantando la cabeza, con su peculiar risa radiante, casi cegadora. Cuando él se inclinó para besarla, Ursula no entendió qué hacía. Tendría que haberle dado la mano y marcharse sin más.

–Adiós –repitió.

Él cogió su bolsa de mano y le dio la espalda. Había mucho ajeteo en el andén. Ah, aquél era su vagón. Encontró su asiento.

Los dos hombres se estrecharon la mano cuando sonó el silbato, y Tom Brangwen cerró la puerta.

–Adiós... y buena suerte –dijo Brangwen.

–Gracias... Adiós.

El tren empezó a moverse. Skrebensky estaba en la ventanilla, diciendo adiós, pero sin mirar en realidad a las dos figuras, la de la muchacha y la del hombre de tez cálida, de aspecto casi afeminado. Ursula agitaba su pañuelo. El tren cogió velocidad y se empequeñeció poco a poco. Se alejaba en línea recta. La mota blanca se perdió de vista. El furgón de cola se encogió en la distancia. Ursula seguía en el andén, sintiendo un vacío inmenso a su alrededor. Le temblaban los labios, a su pesar: no quería llorar. Su corazón estaba frío y muerto.

Su tío Tom se había acercado a una máquina para comprar cerillas.

–¿Te apetecen unos caramelos? –preguntó, volviéndose a ella.

Con las mejillas llenas de lágrimas, Ursula hacía extrañas muecas con la boca, para dominarse. Pero su corazón no lloraba: estaba frío y terroso.

–¿Cuáles te apetecen? –insistió su tío.

–Me encantarían unas pastillas de menta –dijo Ursula, con una voz extraña, normal, en contraste con el gesto desencajado. Sin embargo, enseguida recuperó el control y se tranquilizó, se volvió distante.

–Vamos a la ciudad –dijo su tío, y la empujó precipitadamente a un tren. Fueron a tomar café. Mientras contemplaba a la gente que pasaba por la calle, había en el corazón de Ursula una herida inmensa, y en su alma una frialdad imperturbable.

Esta imperturbable frialdad del ánimo se instaló en ella. Era como si una desilusión la hubiese congelado, una incredulidad de hierro. Una parte de ella se había vuelto fría, apática. Era demasiado joven, estaba demasiado desconcertada para entender la situación, incluso para darse cuenta de lo mucho que sufría. Y estaba demasiado herida para someterse.

Pasaba momentos de sufrimiento ciego, en los que amaba a Anton, lo amaba. Pero desde el instante de su partida, Anton se había convertido para Ursula en una visión propia. Volcaba en él todo su tormento, su pasión y su anhelo.

Llevaba un diario, en el que escribía impulsivos pensamientos. Veía la luna en el cielo, se le atenazaba el corazón y se iba a escribir: «Si fuera la luna, sabría dónde caer».

Esta frase era muy importante para ella: en ella puso toda la angustia de su juventud, toda su pasión y su anhelo juvenil. Llamaba a Anton en todas partes, desde lo más hondo de su corazón, sus brazos y sus piernas palpitaban de angustia por él en todas partes, la fuerza que emanaba de su alma parecía viajar hasta él, incesantemente, incesantemente, y lo encontraba en la propia creación de su alma.

Pero ¿quién era él, y dónde existía? Existía únicamente en el deseo de Ursula.

Recibió una postal de él, y la estrechó contra su pecho. En realidad no significaba gran cosa para ella. Al día siguiente la había perdido, y no volvió a acordarse hasta pasados unos días.

Transcurrieron las largas semanas. Continuamente llegaban malas noticias de la guerra. Y Ursula tenía la sensación de que todo, en el mundo exterior, le hacía daño,

todo le hacía daño. Y algo dentro de su alma continuaba frío, apático, inmutable.

Su existencia en esta época era solo parcial, nunca vivía plenamente. Había dentro de ella esa parte fría, muerta. Sin embargo, tenía una sensibilidad a flor de piel. No se soportaba a sí misma. Cuando una anciana sucia, con los ojos enrojecidos, se le acercó en la calle a pedir limosna, Ursula se sobresaltó y se apartó de ella como si fuera un objeto inmundo. Y luego, cuando la anciana le dirigió toda clase de improperios, Ursula parpadeó y sintió en las piernas un temblor doloroso y desquiciado: no se soportaba. Cada vez que pensaba en la anciana de los ojos enrojecidos, una especie de delirio inflamaba su cuerpo y su cerebro, y casi quería quitarse la vida.

Y en este estado, su sexualidad prendió como una enfermedad dentro de ella. Estaba tan sensible y alterada que el mero roce de la lana áspera le rasgaba los nervios.

Capítulo XII

Vergüenza

A Ursula le quedaban solamente dos trimestres en el instituto. Estaba estudiando para su examen de bachillerato. Era un esfuerzo arduo, porque sus facultades se veían muy mermadas cuando perdía su vínculo con la felicidad. Únicamente el empeño y una conciencia de fatalidad inminente la ayudaban a perseverar, aunque con escaso entusiasmo. Sabía que pronto tendría que convertirse en una persona responsable y temía que algo se lo impidiera. El deseo abrumador de independencia absoluta, de absoluta independencia social, de absoluta independencia de cualquier autoridad personal, le permitía seguir monótonamente con sus estudios. Porque sabía que siempre podría pagar el precio de su rescate: con su feminidad. Siempre sería una mujer, y lo que no consiguiera por ser una persona, como el resto de la humanidad, lo conseguiría por ser mujer, distinta del hombre. Percibía su feminidad como una fuente de tesoros ocultos, una reserva con la que pagar en cualquier momento el precio de la libertad.

No obstante, se mostraba comedida y consciente de que éste era el último recurso. Antes debía intentarlo por otros medios. Ahí estaba el misterioso mundo masculino en el que aventurarse, el mundo del trabajo, la responsabilidad y la existencia cotidiana como miembro activo de la comunidad. Le inspiraba una envidia sutil. Ella también quería conquistar este universo masculino.

Y así se aferraba a su tarea, sin rendirse, sin darse por vencida. Algunas cosas le gustaban. Sus asignaturas favoritas eran el inglés, el latín, el francés, las matemáticas y la historia. Cuando por fin aprendió a leer en francés y latín, la sintaxis le pareció aburrida. Lo más tedioso de todo era el pormenorizado estudio de la literatura inglesa. ¿Por qué tenía que acordarse de las cosas que leía? En las matemáticas, en su frialdad absoluta, había algo que la fascinaba, pero la práctica le resultaba tediosa. Ciertos personajes históricos la desconcertaban y la obligaban a reflexionar, pero no soportaba las cuestiones políticas y odiaba a los ministros. Solo muy de vez en cuando llegaba a experimentar una profunda sensación de aprendizaje, de enriquecimiento y amplitud en sus estudios: una tarde, leyendo *Como gustéis*; un día, cuando, al oír con la sangre un pasaje latino, supo cómo latía la sangre en el cuerpo de un romano, y a raíz de este momento creyó conocer a los romanos, por contacto; la divertían los caprichos de la gramática inglesa, le encantaba detectar los movimientos vivos de las palabras y las frases; y las matemáticas, la mera presencia de las letras en el álgebra, encerraban verdadero encanto para ella.

Eran tantos sus sentimientos y tan confusos que su rostro cobró una expresión extraña, de asombro y cierto temor, como si lo desconocido pudiera atacarla en

cualquier momento.

Los pequeños retazos de información dispar despertaban en ella una pasión incomprensible. Cuando supo que las diminutas yemas marrones del otoño contenían, minúsculas y completas, las flores agotadas del verano, que pasarían nueve meses a la espera, diminutas y plegadas, sintió un fogonazo de triunfo y amor.

«No podría morir nunca mientras exista un árbol», sentenciaba, con vehemencia, deteniéndose delante de un gran fresno en actitud de veneración.

Era la gente quien, en cierto modo, representaba para ella una amenaza erguida. Su vida por aquel entonces era amorfa, palpitante, se protegía esencialmente de todo roce. Daba algo a los demás, pero nunca se daba a sí misma, porque no tenía identidad. En presencia de los árboles, los pájaros y el cielo, no tenía miedo ni se avergonzaba. Pero la gente le daba pánico, se avergonzaba de no ser como los demás, firmes, enfáticos, de ser tan solo una sensibilidad indefinida y temblorosa, sin forma ni existencia.

Gudrun era entonces un gran consuelo y un escudo protector para Ursula. Su hermana menor era un animal ágil y feroz que desconfiaba de todo acercamiento y se negaba a compartir la intimidad de sus compañeras de colegio, sus secretos mezquinos y sus celos. No quería saber nada de gatos domesticados, ni bonitos ni feos, porque estaba convencida de que todos eran gatos salvajes, con una desagradable apariencia de mansedumbre de la que no podía fiarse.

Esta actitud era un importante apoyo para Ursula, que se atormentaba de sufrimiento cuando tenía la sensación de resultarle antipática a alguna persona, por más que ella despreciara a esa persona en concreto. ¿Cómo ella, Ursula Brangwen, podía resultarle antipática a alguien? Esta pregunta le daba pánico y no tenía respuesta. Buscaba refugio en la indiferencia de Gudrun, orgullosa y natural.

Resultó que Gudrun tenía talento para el dibujo. Esto vino a solucionar el problema de su desinterés por los estudios. «Dibuja de maravilla», decía la gente.

De la noche a la mañana, Ursula cayó en la cuenta de la extraña atracción que había entre ella y su profesora, la señorita Inger. Era una mujer muy guapa, de veintiocho años y aire intrépido, el prototipo de joven moderna que, precisamente por su independencia, delata su tristeza. Era lista y experta en su trabajo, precisa, rápida y exigente.

A Ursula siempre le había gustado su aspecto claro y resolutivo, pero también elegante. Llevaba la cabeza alta, ligeramente echada hacia atrás, y ella apreciaba cierta nobleza en su manera de recogerse el pelo castaño y liso. Siempre llevaba blusas limpias, bonitas y favorecedoras, y una falda de buen corte. Todo en ella era tan ordenado, revelaba un espíritu tan claro y refinado que daba gusto asistir a sus clases.

Su voz era igual de clara, con una modulación firme y delicada. Sus ojos azules, claros, orgullosos, transmitían la sensación de que era una persona de buen temple, pulcra y de mentalidad inflexible. Al mismo tiempo, irradiaba una angustia infinita,

había algo sumamente conmovedor en sus labios solitarios, orgullosamente cerrados.

Fue a raíz de la partida de Skrebensky cuando surgió entre la profesora y la muchacha esta extraña atracción, seguida de la muda intimidad que a veces une a dos personas aun cuando quizá nunca lleguen a conocerse. Hasta entonces siempre se habían llevado bien en el ambiente normal del aula, presidido en todo momento por la relación formal entre profesora y alumna. Ahora, sin embargo, algo había cambiado. Estaban atentas la una a la otra, casi se olvidaban de todo lo demás. Las clases colmaban de placer a Winifred Inger cuando Ursula estaba presente. Ursula tenía la sensación de que su vida entera comenzaba cuando la señorita Inger entraba en el aula. Entonces, ante la presencia de la querida profesora, a quien la unía una sutil intimidad, Ursula se sentía como si la envolvieran los rayos de un nutritivo sol que derramaba directamente en sus venas su calor embriagador.

En presencia de la señorita Inger, Ursula alcanzaba un estado de dicha suprema; sin embargo, su avidez iba en aumento, siempre en aumento. Cuando volvía a casa, soñaba con la profesora, se perdía en infinitas ensoñaciones de las cosas que ella podía ofrecerle, de lo que podía hacer para ganarse su adoración.

La señorita Inger era licenciada en Filosofía y Letras y había estudiado en Newham. Era hija de un clérigo, una joven de buena familia. Pero Ursula adoraba sobre todo su porte elegante, erguido y atlético y su naturaleza orgullosa e indomable. Winifred Inger era orgullosa y libre como un hombre, a la vez que exquisita como una mujer.

A Ursula le ardía el corazón camino del colegio, por las mañanas. Tan ávido estaba su corazón, tan contentos sus pies de ir a ver a su querida señorita Inger. ¡Ah, qué esbelta y erguida era su espalda, qué fuertes sus entrañas, qué limpias y libres sus extremidades!

Necesitaba desesperadamente saber si la señorita Inger la apreciaba. Hasta el momento no habían intercambiado ninguna señal concreta. Pero seguro, seguro que la señorita Inger también la quería, le tenía cariño, o como mínimo más simpatía que a las demás alumnas. Y Ursula nunca estaba segura. Bien pudiera ser que a la señorita Inger le trajera sin cuidado. A pesar de todo, a pesar de todo, con el corazón incendiado, Ursula presentía que, si pudiera hablar con ella, tocarla, lo sabría a ciencia cierta.

Empezó el trimestre del verano y con él la clase de natación. La señorita Inger iba a ocuparse de la clase de natación. Ursula estaba temblorosa y deslumbrada de pasión. Sus esperanzas pronto se harían realidad. Vería a la señorita Inger en traje de baño.

Llegó el día. En la amplia piscina, el agua centelleaba con un tono verde esmeralda claro, formando una preciosa masa de brillo trémulo en el recinto blancuzco, como el mármol. La luz caía suavemente del techo y la masa de agua pura se desplazaba por debajo como si alguien estuviera buceando.

Temblando, apenas capaz de dominarse, Ursula se desnudó, se puso su traje de

baño ceñido y salió de su cabina. Dos chicas ya estaban en el agua. La profesora no había llegado. Ursula la esperaba. Se abrió una puerta. Apareció la señorita Inger, vestida con una túnica de color rojo oxidado, como una muchacha griega, recogida en la cintura, y un pañuelo de seda rojo en la cabeza. Estaba maravillosa. Tenía las rodillas muy blancas, fuertes y orgullosas, el cuerpo firme como la diosa Diana. Se acercó tranquilamente a un lado de la piscina y, con un movimiento de abandono, se lanzó al agua. Ursula observó unos momentos los hombros blancos, suaves y fuertes, y la facilidad con que se movían los brazos. También ella se lanzó al agua.

Ahora, ¡ah!, ahora nadaba en la misma agua que su querida profesora. Movía sus extremidades con voluptuosidad y nadaba, a solas, deliciosamente, aunque con cierto anhelo insatisfecho. Quería tocar a aquella mujer, tocarla, sentirla.

–Te echo una carrera, Ursula –dijo la voz bien modulada de la señorita Inger.

Ursula se sobresaltó violentamente. Volvió la cabeza y vio que la profesora la miraba con gesto franco. Se sintió reconocida. Riendo, con su característica risa sobresaltada, empezó a dar brazadas. Veía la cabeza de la señorita Inger hacia atrás, el brillo del agua en sus hombros blancos, las patadas borrosas de las piernas fuertes. Y nadaba cegada por la pasión. ¡Ah, la belleza de la carne firme, blanca y fresca! ¡Ah, la maravillosa firmeza de las extremidades! ¡Si pudiera sostenerlas, abrazarlas, estrecharlas entre sus pechos menudos! ¡Ah, si no despreciara tanto su cuerpo delgado y moreno, si ella también fuera valiente y capaz!

Siguió nadando con brío, no quería ganar, solo quería estar cerca de su profesora, nadar con ella en una carrera. Se acercaban al final de la piscina, a la parte más profunda. La señorita Inger tocó el borde, giró en redondo y cogió a Ursula de la cintura, en el agua, abrazándola un momento. Los cuerpos se rozaron y se lanzaron un instante el uno contra el otro, antes de separarse.

–He ganado –dijo la señorita Inger, echándose a reír.

Hubo un instante de incertidumbre. Ursula tenía el corazón desbocado, se sujetó a la barandilla y no podía moverse. Con una expresión radiante, franca, cálida, distendida, se volvió a la profesora como si fuera el mismo sol.

–Adiós –dijo la señorita Inger, y regresó nadando con las demás alumnas, para interesarse por ellas en lo profesional.

Ursula estaba deslumbrada. Aún sentía el roce de aquel cuerpo en el suyo: solo eso, solo eso. El resto de la clase de natación pasó como en un trance. Cuando llegó la hora de salir del agua, la señorita Inger se acercó a Ursula por el borde de la piscina. La túnica fina de color rojo oxidado, pegada al cuerpo, definía sus formas a la perfección, firmes y magníficas, pensó Ursula.

–Me ha gustado la carrera, Ursula –dijo la profesora–. ¿A ti?

Ursula solamente podía reír, con gesto radiante, franco, revelado.

Se habían confesado tácitamente su amor. Sin embargo, aún pasaría algún tiempo antes de hacer nuevos progresos.

Luego, un día que Ursula estaba sola, la profesora se le acercó, le acarició la

mejilla con los dedos y, con cierto esfuerzo, le dijo:

–¿Te gustaría tomar el té conmigo el sábado, Ursula?

Ursula se ruborizó de gratitud.

–Iremos a una cabaña preciosa en el Soar. A veces paso allí los fines de semana.

Ursula estaba fuera de sí. No veía el momento de que llegara el sábado, sus pensamientos ardían como una hoguera. Ojalá fuera sábado, ojalá fuera sábado.

Llegó el sábado, y Ursula se puso en camino. La señorita Inger la esperaba en Sawley, y desde allí fueron andando hasta la cabaña, a unos cinco kilómetros.

Era una cabaña humilde y diminuta, de dos habitaciones, construida en un abrupto acantilado. En el interior todo era exquisito. En una deliciosa intimidad, las jóvenes prepararon el té y conversaron a continuación. Ursula no tenía que volver a casa hasta las diez.

La conversación derivó, como envuelta en un hechizo, en la cuestión del amor. La señorita Inger habló de una amiga que había muerto dando a luz, y de lo mucho que había sufrido; habló también de una prostituta y de alguna de sus propias experiencias con los hombres.

Mientras charlaban en el porche de la cabaña, cayó la tarde, con una lluvia fina y cálida.

–Hace un calor sofocante –dijo la señorita Inger.

A lo lejos vieron pasar un tren, presuroso, con las luces muy tenues en el lento crepúsculo,

–Va a ver tormenta –dijo Ursula.

La tensión eléctrica se concentraba en el ambiente, cayó la oscuridad, quedaron eclipsadas.

–Creo que voy a darme un baño –dijo Winifred Inger desde la oscuridad envuelta en negros nubarrones.

–¿De noche? –preguntó Ursula.

–De noche es mejor que nunca. ¿Vienes?

–Me encantaría.

–No hay ningún peligro, es una finca privada. Será mejor que nos desnudemos en la cabaña antes de bajar, para no mojarnos con la lluvia.

Tímida, tensa, Ursula entró en la cabaña y empezó a quitarse la ropa. La luz de la lámpara era muy tenue y Ursula estaba en la sombra. Winifred Inger se desnudaba al lado de otra silla.

El cuerpo impreciso y desnudo de la profesora se acercó a la muchacha.

–¿Preparada? –preguntó.

–Un momento.

Ursula apenas podía hablar. La mujer desnuda se encontraba a su lado, cerca, callada. Ursula estaba preparada.

Se aventuraron en la oscuridad, con el aire suave de la noche en la piel.

–No veo el camino –dijo Ursula.

–Esta aquí –respondió la voz de Winifred. Y la silueta pálida y temblorosa se acercó a Ursula, cogiéndola de un brazo. Acercó a la muchacha hacia ella mientras bajaban y, al llegar a la orilla, la abrazó y la besó. Luego la cogió en brazos, estrechándola contra su cuerpo, y habló con voz suave.

–Voy a llevarte al agua –dijo.

Ursula estaba inmóvil en los brazos de su profesora, con la frente apoyada en su pecho querido y enloquecedor.

–Voy a meterte en el agua –dijo Winifred.

Pero Ursula entrelazó su cuerpo con el de la otra mujer.

Poco después la lluvia se deslizaba por las extremidades exaltadas y ardientes de las mujeres, sorprendente, deliciosa. Un chaparrón fuerte y helado las sorprendió sin previo aviso. Lo recibieron en pie, con placer. Ursula sentía la lluvia en sus pechos, su vientre y sus extremidades. Tenía frío, y un silencio profundo, insondable, brotó dentro de ella, como si una oscuridad insondable la inundara de nuevo.

Así, el calor se esfumó, Ursula tenía frío, como si acabara de despertar. Regresó corriendo a la cabaña, con la sensación de que era un objeto inexistente y frío, con ganas de marcharse. Necesitaba la luz, la presencia de otras personas, el vínculo externo con los demás. Sobre todo necesitaba perderse en el entorno natural.

Se despidió de su profesora y volvió a casa. En la estación, se alegró de mezclarse con el gentío del sábado por la noche, se alegró de sentarse en el vagón iluminado y lleno de gente. Sin embargo, no quería encontrarse con nadie conocido. No quería hablar con nadie. Estaba sola, inmune.

El movimiento y el bullicio de las luces y la gente no era sino el borde, las orillas de una oscuridad y un vacío interior inmensos. Ursula quería quedarse en la orilla iluminada y bulliciosa, porque sentía en su pecho la realidad vacía del espacio oscuro.

Durante un rato, la señorita Inger, su profesora, dejó de existir: era solo un vacío oscuro, y Ursula se sintió libre como una sombra que camina por un mundo subterráneo de extinción, de olvido. Con una especie de alegría inmóvil e inerte, se alegró de que su profesora se hubiera extinguido, de que hubiera salido de dentro de ella.

A la mañana siguiente, sin embargo, el amor había regresado, ardiente, ardiente. Se acordó del día anterior, y quiso más, siempre más. Quería estar con su profesora. Estar separada de ella era una restricción de la vida. ¿Por qué no podía verla hoy, hoy? ¿Por qué tenía que quedarse en Cossethay, desterrada, mientras Winifred estaba en otra parte? Se sentó y escribió una fogosa y apasionada carta de amor, sin poder evitarlo.

Las dos mujeres se volvieron inseparables. Sus vidas parecieron fundirse de golpe íntimamente en una sola. Ursula iba a las habitaciones de Winifred, y únicamente allí se sentía viva. A Winifred le gustaba mucho el agua, nadar o remar. Pertenecía a varios clubs deportivos. Pasaron muchas tardes deliciosas en una barca, en el río, y siempre era Winifred quien llevaba los remos. Lo cierto es que Winifred parecía

encantada de tener a Ursula a su cargo, de ofrecerle cosas, de llenar y enriquecer su vida.

Así, Ursula maduró muy deprisa en los breves meses que duró esta relación íntima. Winifred tenía una educación científica. Había conocido a muchas personas inteligentes. Quería llevar a Ursula al terreno de sus propias ideas.

Hablaban de religión y se liberaban de sus dogmas, de sus falsedades. Winifred lo humanizaba todo. Poco a poco, Ursula comprendió que la religión que conocía no era más que una envoltura concreta de una aspiración humana. La aspiración era lo real: la envoltura era cuestión de gusto o de necesidad nacional. Los griegos tenían un Apolo desnudo, los cristianos un Cristo de túnica blanca, los budistas un príncipe, los egipcios a su Osiris. Las religiones eran locales y la religión era universal. El cristianismo era una rama local. Hasta el momento no se había producido la asimilación de las religiones locales en una creencia universal.

En la religión convivían las dos grandes cuestiones del miedo y el amor. La cuestión del miedo era casi tan importante como la cuestión del amor. El cristianismo aceptaba la crucifixión para huir del miedo: «Hazme el peor mal y no temeré mal alguno». Pero aquello que se temía no siempre era forzosamente malo, y aquello que se amaba no siempre era forzosamente bueno. El miedo se volverá reverencia, y la reverencia es sumisión en la identificación: el amor se alzarán con la victoria, y la victoria es placer en la identificación.

Hasta ese punto hablaba Ursula de religión, captando la esencia de muchos textos. En filosofía, llegó a la conclusión de que el deseo humano es la medida de toda verdad y todo bien. La verdad no reside más allá de la humanidad sino que es un producto más del pensamiento y la emoción humanas. En realidad no hay nada que temer. La cuestión del miedo en la religión es una vileza que debe dejarse a los antiguos adoradores del poder, a los adoradores de Moloch. No veneramos el poder en nuestras almas iluminadas. El poder ha degenerado en dinero y en estupidez napoleónica.

Ursula no podía dejar de soñar con Moloch. Dios no era para ella bondadoso y amable, ni Cordero ni Paloma. Era el león y el águila. No porque el león y el águila tuvieran poder, sino porque eran criaturas orgullosas y fuertes; tenían cualidades intrínsecas, no eran súbditos pasivos de un pastor, ni animales domésticos de una mujer cariñosa, ni sacrificios de un sacerdote. Estaba harta de corderos dóciles y pasivos y de aburridas palomas. Que el cordero pudiera tenderse al lado del león representaba un gran honor para el cordero, pero el poderoso corazón del león no se vería empuñecido. Ella adoraba la dignidad y la serenidad de los leones.

No creía que los corderos fueran capaces de amar. Los corderos solo podían ser amados. Solo podían tener miedo y temblorosos, someterse al miedo y convertirse en víctimas propiciatorias; o podían someterse al amor y ser amados. En ambos casos eran seres pasivos. Destructivos y furiosos amantes que buscan el clímax del miedo y la victoria cuando el miedo no supera la victoria y la victoria no supera el miedo, no

eran ni corderos ni palomas. Ursula estiraba sus extremidades como un león o un caballo salvaje, su corazón implacable en sus deseos. Sufriría un millar de muertes, pero seguiría siendo el corazón de un león cuando se levantara de la muerte, sería un león más fiero, más seguro, se reconocería a sí misma como un ser distinto y separado del gran universo en conflicto que no era ella.

Winifred Inger también se interesaba por el Movimiento de las Mujeres.

–Los hombres no harán nada más: han perdido la capacidad de actuar –decía la profesora–. Hacen mucho ruido, y hablan mucho, pero en realidad son inanes. Todo lo encajan en una idea inerte y vieja. El amor es para ellos una idea muerta. No se acercan a una mujer para amarla, se acercan a una idea y dicen: «Eres mi idea», y de este modo se abrazan a sí mismos. ¡Como si yo fuera la idea de un hombre! ¡Como si existiera únicamente porque un hombre tiene una idea de mí! Como si fuera a dejarme traicionar por él, prestarle mi cuerpo como instrumento de su idea, ser un mero aparato de su teoría muerta. Pero son demasiado quisquillosos para actuar: son todos impotentes, no pueden tomar a una mujer. Buscan continuamente su propia idea, y eso es lo que toman. Son como serpientes hambrientas que intentan devorarse a sí mismas.

A través de su amiga, Ursula conoció a mujeres y hombres con educación, personas insatisfechas, atrapadas en el círculo de la petulante sociedad provinciana, casi tan mansas en apariencia como su comportamiento exterior, cuando en el fondo estaban rabiosas y enfadadas.

Se vio arrastrada a un universo extraño, como un caos, como el fin del mundo. Era demasiado joven para comprenderlo. Pero aquel germen se inoculó en ella, a través del amor por su profesora.

Llegó el día del examen y terminaron las clases. Comenzaban las largas vacaciones. Winifred Inger se fue a Londres. Ursula se quedó sola en Cossethay. Se sentía profundamente abandonada, una desesperación casi venenosa se apoderó de ella. Era inútil hacer nada o ser nada. No tenía ningún vínculo con los demás. Su destino estaba aislado y muerto. En ninguna parte encontraba nada que no fuera esta negra desintegración. Pero a pesar de la magnitud de la desintegración, seguía siendo la misma. La aterradora esencia de su sufrimiento era que siempre seguía siendo la misma. Nunca podría escapar: no podía dejar de ser quien era.

Seguía apegada a Winifred Inger. Sin embargo, sentía una especie de náusea. Quería a su profesora. Sin embargo, una densa y paralizante sensación de falta de vida empezaba a apoderarse de ella a través del contacto con aquella mujer. Y a veces pensaba que Winifred era desagradable y pegajosa como la arcilla. Sus caderas femeninas eran anchas y terrenales, sus tobillos y sus brazos demasiado gruesos. Ursula quería una intensidad refinada, en lugar de aquella arcilla húmeda y densa que se resquebrajaba, que se resquebraja porque no tiene vida propia.

Winifred seguía queriendo a Ursula. Sentía verdadera pasión por su delicada llama, la colmaba constantemente de atenciones, habría hecho cualquier cosa por ella.

–Ven conmigo a Londres –le suplicó–. Me encargaré de que disfrutes: harás montones de cosas que te encantarán.

–No –dijo Ursula, testaruda y desanimada–. No quiero ir a Londres. Quiero ser yo.

Winifred sabía lo que esto significaba. Sabía que Ursula empezaba a rechazarla. Su llama inagotable y delicada no consentiría seguir mezclándose con la vida pervertida de la joven profesora. Winifred sabía que este momento llegaría tarde o temprano. Pero era demasiado orgullosa. En lo más hondo de su alma había un pozo negro de desesperación. Estaba completamente segura de que Ursula terminaría por abandonarla.

Y esto le parecía el fin de su vida. Pero estaba demasiado desesperada para enfurecerse. Con sabiduría, reservando lo que aún quedaba del amor de Ursula, se marchó a Londres, dejando sola a la querida muchacha.

Y al cabo de dos semanas, las cartas de Ursula volvieron a ser tiernas, amorosas. Su tío Tom la había invitado a pasar una temporada con él. Era el director de una importante mina de carbón en Yorkshire. ¿Quería Winifred acompañarla?

Ursula imaginaba un matrimonio para Winifred. Quería casarla con su tío Tom. Winifred lo sabía. Dijo que iría a Wiggiston. Permitiría que el destino hiciese con ella lo que quisiera, a la vista de que nada quedaba por hacer. Tom Brangwen veía igualmente las intenciones de Ursula. También él había alcanzado el límite de sus deseos. Había hecho todo lo que quería hacer. Todo lo había conducido a la misma muerte y desintegración del espíritu, que ocultaba a los demás con un ánimo completamente tolerante. Nada le interesaba ya en el mundo, ni hombres, ni mujeres, ni Dios, ni la humanidad. Había alcanzado un punto de equilibrio en su anulación. Nada le preocupaba, ni su cuerpo ni su alma. Solamente su propia vida seguía intacta. Solamente conservaba una apariencia de vida sencilla y superficial. Seguía siendo un hombre sano. Estaba. Por tanto tenía que llenar cada momento. Éste había sido siempre su único credo. No era un impulso instintivo: era la consecuencia inevitable de su naturaleza. En la intimidad absoluta de su propia vida, hacía cuanto se le antojaba, sin escrúpulos y sin pararse a pensarlo dos veces. No creía en el bien ni en el mal. Cada momento era como una isla independiente, aislada del tiempo, y virgen, libre de los condicionamientos del tiempo.

Vivía en una casa de ladrillo rojo, grande y nueva, que destacaba entre la homogénea masa de viviendas de ladrillo conocida como Wiggiston. Wiggiston no tenía más que siete años de antigüedad. En su día había sido una aldea de once casas en los lindes de una próspera y saludable región parcialmente agrícola. Más adelante se abrió la importante mina de carbón. Wiggiston surgió en cuestión de un año, una imponente masa de viviendas sonrosadas, de cinco habitaciones, estrechas e irreales, puestas en fila. Las calles casi parecían una visión de fealdad en estado puro: una carretera de macadán entre negra y gris, con pasos elevados de asfalto, encajados entre una monótona sucesión de muro, ventana y puerta, y un canal de ladrillo de

reciente construcción que empezaba en ninguna parte y terminaba en ninguna parte. Todo era amorfo y, al mismo tiempo, todo se repetía hasta el infinito. Solo en alguna que otra ventana de las viviendas se ofrecían a la venta verduras o comestibles.

En el centro había un espacio amorfo, amplio y abierto, a modo de plaza de mercado de tierra negra pisoteada, rodeado por la misma mole de anodinas viviendas en las que el ladrillo rojo ya empezaba a cubrirse de mugre, con pequeñas puertas y ventanas rectangulares repetidas hasta el infinito, una sola taberna grande y chabacana en una esquina y, algo perdido en uno de los lados de la plaza, el ventanal grande y opaco, de color verde oscuro, de la oficina de correos.

El pueblo tenía la extraña desolación de las ruinas. Los mineros, que merodeaban en grupos y cuadrillas o cruzaban a paso lento los puentes, camino del trabajo, no parecían personas vivas sino espectros. La rigidez de las calles vacías, la amorfa esterilidad homogénea del conjunto, insinuaban más la muerte que la vida. No había lugar de encuentro, ni centro, ni arteria, ni formación orgánica. Se propagaba como los nuevos cimientos de una confusión de ladrillo rojo en rápida expansión, como una enfermedad de la piel.

En las afueras, en un pequeño promontorio, se encontraba la casa de ladrillo rojo de Tom Brangwen. La fachada miraba al extremo del pueblo, a la miseria sin sentido de pozos de ceniza y retretes, a las hileras irregulares de los patios traseros de las viviendas, cuya humilde actividad individual se volvía sórdida en su estéril comunión con las demás humildes actividades. Más allá se encontraba la mina, que funcionaba día y noche. Y, rodeándolo todo, el campo, verde, salpicado de aulagas y brezales, surcado por dos arroyos sinuosos, y al fondo los bosques, más oscuros.

El conjunto era sencillamente irreal, sencillamente irreal. Incluso ahora que llevaba dos años allí, Tom Brangwen seguía sin creer que fuera real. Era como un sueño truculento, como un estado de ánimo amorfo, muerto y desagradable que se materializa.

Un coche de motor esperaba a Ursula y Winifred en la estación desangelada, y a lo largo del trayecto tuvieron la sensación de estar atravesando los desangelados comienzos de algo impreciso. El ambiente era un momento de caos perpetuo, persistente, de caos fijo y rígido. Ursula estaba fascinada con la cantidad de hombres que veía: grupos de hombres parados en las calles, cuatro o cinco andando en cuadrilla, con los perros corriendo delante o detrás. Todos vestían decentemente y estaban en su mayoría demacrados. Ursula parecía fascinada por su aspecto desmesuradamente demacrado y sereno. Como seres que han perdido la esperanza, pero que siguen vivos y aún conservan un espíritu apasionado envuelto en un caparazón profundamente huero, pasaban de largo sin propósito, aislados por una singular dignidad. Era como si un caparazón duro y córneo los encerrara a todos.

Impresionada y sorprendida, Ursula se dejó llevar a casa de su tío. Tom Brangwen aún no había vuelto del trabajo. La vivienda estaba bien amueblada, aunque con sencillez. Había eliminado un tabique para convertir toda la fachada principal en una

amplia biblioteca, con una parte dedicada a la ciencia minera. Era una pieza muy agradable, concebida como laboratorio y sala de lectura; no obstante, causaba la misma sensación de actividad mecánica y dura, de actividad mecánica aunque incipiente, y las ventanas miraban a la horrenda abstracción del pueblo, y a los prados verdes y el terreno escabroso un poco más lejos, y a la imponente concepción matemática de la mina al otro lado.

Vieron subir a Tom Brangwen por la avenida en curva. Se estaba volviendo más corpulento, pero con su sombrero hongo gastado y bien calado sobre las cejas, tenía un aspecto viril, atractivo, curiosamente indistinguible de cualquier hombre de acción. Conservaba su buen color de siempre, la piel perfecta de siempre, andaba como un hombre absorto.

Winifred Inger se quedó impresionada cuando Tom Brangwen entró en la biblioteca, con la chaqueta formalmente abotonada, la cabeza calva hasta la coronilla, pero no lustrosa, más bien como un objeto desnudo que uno está acostumbrado a ver cubierto, y los ojos oscuros, líquidos e informes. Parecía agazapado en la sombra, como un ser avergonzado. Su manera de dar la mano era tan suave, y al mismo tiempo tan contundente, que helaba el corazón. Winifred se asustó de él, la repelía y la atraía al mismo tiempo.

Brangwen miró a la joven atlética y de aire intrépido y detectó en ella a un ser afín en su propia y oscura corrupción. Supo a primera vista que eran iguales.

Era un hombre de modales educados, casi extranjeros, y bastante fríos. Conservaba aquella forma peculiar de reírse, arrugando la nariz ancha y enseñando los dientes afilados. La belleza delicada de su piel, casi como la cera, atenuaba su extraña y repelente grosería, la leve sensación de carne putrefacta, la vulgaridad que se revelaba en la barriga y los muslos gruesos.

Winifred captó al instante el aprecio respetuoso, ligeramente servil, ligeramente astuto que sentía por su sobrina, un aprecio que hacía sentirse a Ursula orgullosa y perpleja al mismo tiempo.

—¿Esto es tan horroroso como parece? —preguntó Ursula, con la mirada tensa.

—Es exactamente lo que parece —contestó su tío—. No oculta nada.

—¿Por qué están tan tristes los hombres?

—¿Están tristes? —dijo él.

—Parecen indeciblemente tristes —dijo Ursula, con voz apasionada.

—Yo no lo creo. Simplemente aceptan las cosas como vienen.

—¿Qué es lo que aceptan?

—Esto... Los pozos mineros y todo lo demás.

—¿Por qué no lo cambian? —protestó Ursula con ardor.

—Creen que son ellos los que deben cambiar para adaptarse a los pozos y al ambiente, en lugar de cambiar los pozos y el ambiente para que se adapte a ellos. Es más fácil.

—Y tú estás de acuerdo —exclamó su sobrina, incapaz de soportarlo—. Tú piensas

como ellos: que los seres humanos tienen que adaptarse a toda clase de horrores. Podríamos prescindir de los pozos y asunto resuelto.

Brangwen sonrió, incómodo, con cinismo. Ursula volvió a sentir repugnancia y odio por su tío.

–Yo creo que su vida en realidad no es tan mala –dijo Winifred Inger, situándose por encima de la tragedia propia de Zola.

Brangwen le dirigió su atención distante y cortés.

–Sí, están muy mal. Los pozos son muy profundos, hace mucho calor y en algunos hay humedad. Muchos mueren de tuberculosis. Pero ganan buenos salarios.

–¡Qué horroroso! –dijo Winifred Inger.

–Sí –contestó Brangwen, con tono serio. Era su actitud seria, sólida y reservada lo que hacía de Tom Brangwen un director de mina muy respetado.

La criada entró a preguntar si querían tomar el té.

–Sírvalo en el invernadero, señora Smith –dijo Brangwen.

La joven, rubia y guapa, se retiró.

–¿Está casada y sigue sirviendo? –preguntó Ursula.

–Es viuda. Su marido murió de tuberculosis no hace mucho tiempo –contestó su tío, con una sonrisa siniestra–. Se metió en la cama en casa de su madre, donde viven otras cinco o seis personas, y murió poco a poco. Le pregunté a la señora Smith si su muerte no era una desgracia para ella. Y me dijo: «Bueno, últimamente estaba muy quejoso, nunca estaba satisfecho, nunca estaba tranquilo, siempre estaba nervioso y sin saber qué quería. Así que, en cierto modo, fue un alivio que se muriera... Para él y para todo el mundo». Llevaban solamente dos años casados, y tuvieron un hijo. Le pregunté si no había sido muy feliz. «Ah, sí, señor, al principio estábamos muy contentos, hasta que él se puso malo. Sí, estábamos muy contentos. ¡Sí! Pero, ya ve, una se acostumbra a todo. Mi padre y dos de mis hermanos se fueron igual que él. Una se acostumbra.»

–Es horrible acostumbrarse a eso –dijo Winifred Inger, con un escalofrío.

–Sí –dijo Brangwen, que seguía sonriendo–. Pero ellos son así. Ella no tardará en casarse. Con uno o con otro... Eso da igual. Todos son mineros.

–¿Qué quieres decir con que «todos son mineros»? –preguntó Ursula.

–Que las mujeres piensan igual que nosotros –dijo Brangwen–. Su marido era John Smith, barrenero. Todos lo respetábamos como barrenero, él se respetaba como barrenero, y su mujer era consciente de que él representaba su trabajo. El matrimonio y la vida doméstica es un asunto secundario. Las mujeres lo saben perfectamente, y lo aceptan tal como es. Un hombre u otro, eso es lo de menos. Lo que cuenta es la mina. Todo lo demás es secundario. –Brangwen dirigió la mirada al caos de ladrillo rojo, a la rígida y amorfa confusión de Wiggiston–. Los hombres son dueños de sus pequeñas distracciones secundarias, pero la mina es dueña de todos. Las mujeres se conforman con las sobras. Con las sobras de un hombre o de otro, lo mismo da. La mina se queda con todo lo que de verdad es importante.

–Pasa lo mismo en todas partes –dijo Winifred–. Es la oficina, la tienda o el negocio lo que se adueña del hombre, para la mujer queda lo que el trabajo no puede digerir. ¿Qué es él, en casa? ¿Es un hombre? Es un zoquete, una máquina con piernas, una máquina estropeada.

–Ellos saben que se han vendido –dijo Tom Brangwen–. Ésa es la cuestión. Saben que se han vendido a su trabajo. La mujer puede protestar hasta desgañitarse, pero eso no cambia nada. El hombre se ha vendido a su trabajo. Y las mujeres no protestan. Se conforman con lo que tienen y... *Vogue la galère*^[24].

–¿No son muy estrictas las mujeres de por aquí? –preguntó la señorita Inger.

–No mucho. La señora Smith tiene dos hermanas que han cambiado de marido. Son poco exigentes... Y tampoco les interesa demasiado. Van tirando con las sobras de la mina. No les interesa hasta el punto de ser inmorales: al final todo equivale a lo mismo, tanto da si es moral o inmoral. Todo es cuestión de salarios. El duque más honrado de Inglaterra gana doscientas mil libras al año con estas minas. Él es quien sostiene los principios morales.

Con el alma negra y llena de amargura, Ursula los oía hablar. Incluso en su manera de lamentar la situación había algo morboso. Parecía causarles una satisfacción morbosa. La mina era la gran señora. Ursula miró por la ventana y vio el complejo minero, orgulloso como un demonio, con sus máquinas centelleantes en el cielo, la masa informe y sórdida del pueblo a un lado. El pueblo era el sórdido cúmulo de los asuntos secundarios. La mina era el espectáculo principal, la *raison d'être* de todas las cosas.

¡Qué horroroso! Producía repugnancia y fascinación al mismo tiempo: cuerpos y vidas humanas sometidas a la esclavitud de aquel monstruo simétrico. Producía una especie de vértigo, de satisfacción perversa. Se mareó ligeramente.

Una vez recuperada, experimentó una soledad inmensa en la que se encontraba triste pero libre. Se había alejado. Nunca más daría su conformidad a la gran minería, a la imponente maquinaria que nos ha hecho a todos prisioneros. Se rebeló contra todo este orden, incluso se negó a reconocerle ningún poder. Había que despreciarlo hasta que fuera inane, hasta despejarlo completamente de sentido. Ursula sabía que no tenía ningún sentido. Sin embargo, exigía un enérgico y arduo esfuerzo de la voluntad, viendo la mina delante, conservar la certeza de que no tenía sentido.

Su tío Tom y su profesora formaban parte de la misma horda, censuraban con cinismo la monstruosa situación y al mismo tiempo la acataban, como un hombre que censura a su amante pero está enamorado de ella. Ursula sabía que su tío era consciente de la situación. Pero también sabía que, a pesar de sus críticas y su condena, seguía enamorado de la gigantesca máquina. Sus únicos momentos felices, sus únicos momentos de libertad pura, los vivía al servicio de la máquina. Entonces, y solo entonces, cuando la máquina lo atrapaba, se liberaba del odio que sentía por sí mismo, podía actuar plenamente, sin cinismo ni irrealidad.

La verdadera amante de su tío era la máquina, y la verdadera amante de Winifred

era la máquina. También Winifred veneraba la impura abstracción, los mecanismos de la materia. Ahí, ahí, en la máquina, al servicio de la máquina, se liberaba de las trabas y la degradación de los sentimientos humanos. Ahí, en el monstruoso mecanismo que atrapaba toda la materia, viva o muerta, a su servicio, alcanzaba Winifred su consumación y su armonía perfecta, su inmortalidad.

El corazón de Ursula se llenó de odio. Si pudiera, haría pedazos la máquina. La misión de su espíritu sería hacer pedazos la gigantesca máquina. Si pudiera destrozar la mina y dejar a todos los hombres de Wiggiston sin trabajo, lo haría. Más les valía pasar hambre y escarbar en la tierra en busca de raíces que servir a semejante Moloch.

Odiaba a su tío Tom, odiaba a Winifred Inger. Tomaron el té en el invernadero. Era un espacio agradable, entre unos pocos árboles, al final de un pulcro jardín, en el linde de un prado. Ursula tenía la sensación de que su tío y Winifred se burlaban de ella, de que la rebajaban. Se sentía abatida y desolada. Pero no estaba dispuesta a rendirse.

Tenía que seguir tratando a Winifred con la misma frialdad. Sabía que todo había terminado entre ellas. Veía en su profesora gestos desagradables y vulgares, veía un terrón de arcilla, inerte, carne amorfa, que le recordaba los enormes lagartos prehistóricos. Un día de sol abrasador, su tío Tom entró en casa, acalorado por la caminata. Tenía la cabeza y la frente sudorosas, la mano pegajosa y caliente, asfixiante al tacto. También en él había algo cenagoso: la humedad y la tumescencia viscosas, y el aire salobre y nauseabundo de una ciénaga, donde vida y descomposición son lo mismo.

A Ursula, tan seca y delicada en su ardor, le resultó repugnante. Tuvo la sensación de que incluso sus huesos le suplicaban a Brangwen que no se le acercara.

Ursula maduró en el curso de estas semanas. Pasó dos semanas en Wiggiston, y fueron abominables. Todo era ceniza seca y gris, todo frío, feo y muerto. Pero decidió quedarse. Decidió quedarse también para librarse de Winifred. Winifred y Tom parecían unirse en el odio y la repugnancia que detectaban en Ursula. Se aliaron contra ella.

Con el alma endurecida y gélida, Ursula se dio cuenta de que su profesora se había convertido en la amante de su tío. Y se alegró. Los había querido a los dos. Ahora quería librarse de ellos. Su podredumbre, cenagosa y agri dulce, desprendía para Ursula un olor nauseabundo y malsano. Haría lo que fuera, con tal de salir de aquel ambiente fétido. Se alejaría de los dos para siempre, se alejaría para siempre de su extraño y blando elemento corrompido. Haría lo que fuera, con tal de escapar.

Una noche, Winifred se metió en la cama de Ursula, ardiendo de pasión, la abrazó, la estrechó contra su cuerpo, a pesar de que notaba su reticencia, y le dijo:

—Querida, querida mía... ¿Haría bien en casarme con el señor Brangwen? ¿Haría bien?

La pregunta, pegajosa, densa, turbia, cayó sobre Ursula como un peso

insoporable.

–¿Te lo ha pedido? –preguntó, haciendo acopio de todo su poder de resistencia implacable.

–Me lo ha pedido –dijo Winifred–. ¿Tú quieres que me case con él, Ursula?

–Sí.

Los brazos de Winifred apretaron a Ursula con más fuerza.

–Lo sabía, cielo mío... Y me casaré con él. Tú le tienes cariño, ¿verdad?

–Le he tenido muchísimo cariño, desde que era pequeña.

–Lo sé, lo sé. Veo qué es lo que te gusta de él. Es un hombre que se basta a sí mismo, tiene algo que lo distingue de los demás.

–Sí –dijo Ursula.

–Pero él no es como tú, querida. Ja, no es tan bueno como tú. Incluso hay algo desagradable en él: esos muslos tan gruesos...

Ursula no dijo nada.

–Pero me casaré con él, querida. Será lo mejor. Ahora, dime que me quieres.

Winifred forzó a Ursula a pronunciar una especie de declaración. Sin embargo, la profesora se marchó, suspirando, a llorar en su dormitorio.

Dos días después, Ursula abandonó Wiggiston. La señorita Inger se fue a Nottingham. Se había prometido a Tom Brangwen, y él presumía de su compromiso como si fuera la confirmación de su valía.

Brangwen y Winifred Inger siguieron prometidos tres meses más. Después se casaron. Brangwen había llegado a una edad en que quería hijos. Quería hijos. Ni el matrimonio ni los valores domésticos significaban nada para él. Quería reproducirse. Sabía lo que hacía. Tenía el instinto de una inercia creciente, de un objeto que elige el lugar en el que descansar y abandonarse a la apatía, a la más absoluta y profunda indiferencia. Dejaría que la maquinaria lo transportara: marido, padre, director de mina, cálida arcilla modelada por la actividad recurrente de un día tras otro, por la gigantesca máquina que suministraba el movimiento. En cuanto a Winifred, era una mujer culta, y estaba hecha de la misma pasta que él. Sería una buena compañera. Era su hembra.

Capítulo XIII

El mundo masculino

Ursula regresó a Cossethay para pelearse con su madre. Los días de colegio habían terminado. Había aprobado la reválida del bachillerato. Ahora volvía a casa para enfrentarse al intervalo vacío entre el final de los estudios y un posible matrimonio.

Al principio pensó que este período sería como unas vacaciones permanentes, que se sentiría igual de libre. Su alma estaba sumida en el caos, cegada, atormentada, mutilada. No le quedaban fuerzas para pensar en sí misma. No tenía más remedio que hacer una pausa temporal.

Pero enseguida se rebeló contra su madre. Su madre tenía, por aquel entonces, el don de sacarla de quicio, de volverla loca a todas horas. A pesar de que ya tenía siete hijos, la señora Brangwen volvía a estar embarazada por novena vez. Uno había muerto de difteria a los pocos meses de nacer.

Hasta el embarazo de su madre soliviantaba a Ursula. ¡Qué complaciente era, qué satisfacción tan absoluta le producía la crianza! Anna Brangwen no toleraba la existencia de nada que no fueran las cosas corrientes, físicas e inmediatas. Ursula, enardecida, sufría con toda su angustia juvenil por alcanzar un ideal desconocido, un ideal inasible, incluso imposible de discernir o concebir. Rabiosa, combatía con la oscuridad que se alzaba contra ella. Y parte de aquella oscuridad era su madre. Circunscribirlo todo, como hacía su madre, a la esfera de las consideraciones físicas, y rechazar complacientemente cualquier otra realidad, era una aberración. Nada en absoluto interesaba a la señora Brangwen, aparte de sus hijos, la casa y los chismorreos del vecindario. Y no permitía que nada la rozara, no permitía que nada viviera cerca de ella. Iba de un lado a otro, embarazada, desaliñada, tranquila, con una especie de dignidad laxa, sin prisas, siempre complacida, siempre ocupada con los niños, con la sensación de que así satisfacía las aspiraciones del conjunto de la especie femenina.

Este largo trance de maternidad complaciente hizo que Anna Brangwen siguiera siendo una mujer joven e inmadura. Apenas tenía un día más que cuando nació Gudrun. En todos estos años no había pasado nada para ella, descontando el nacimiento de los niños, no se había interesado por nada que no fueran los cuerpos de sus hijos recién nacidos. En cuanto los niños cobraban conciencia, en cuanto se veían obligados a hacerse cargo de su propia satisfacción, la madre los desterraba. Aun así, seguía reinando en la casa. Will Brangwen continuaba sumido en una especie de fértil letargo de ardor físico, unido a su mujer. Ninguno de los dos era del todo individual, no habían llegado a definirse como seres individuales, tan dominados estaban por el ardor físico de tener hijos y cuidar de su prole.

¡Cuánto exasperaba a Ursula esta situación, cómo se rebelaba contra la vida asfixiante, física y limitada del rebaño doméstico! Serena, plácida, imperturbable como siempre, Anna Brangwen conservaba su dominio a través de la maternidad física.

Había enfrentamientos. Ursula peleaba por las cosas que eran importantes para ella. Quería que los niños fueran menos groseros y menos tiranos, quería tener un espacio propio en la casa. Pero su madre la vencía, la vencía. Con la astucia instintiva de un animal de cría, la señora Brangwen ridiculizaba y despreciaba las pasiones de Ursula, sus opiniones, sus comentarios. Ursula intentó defender, en su propia casa, el derecho de las mujeres a ocupar la misma posición que los hombres en el campo de la acción y el trabajo.

—Sí —decía su madre—, ahí tienes un buen montón de calcetines listos para remendar. Que ése sea tu campo de acción.

A Ursula no le gustaba remendar calcetines, y esta contestación la sacaba de sus casillas. Odiaba a su madre a muerte. Al cabo de unas semanas de forzosa vida doméstica, estaba harta de su familia. La vida cotidiana, la trivialidad, el continuo sinsentido de todo se le hacía insufrible. Vociferaba y despotricaba, corregía y fastidiaba a los niños, daba la espalda con despectivo silencio a su prolífica madre, que la trataba con indiferencia y altivez, como si fuera una niña presuntuosa a la que no hay que tomar en serio.

Su padre a veces intervenía en la disputa. Quería mucho a Ursula, por eso siempre tenía una sensación de vergüenza, casi de traición, cuando ella se rebelaba contra él. Entonces reaccionaba con una ira, una mordacidad y una brutalidad sin límites, y Ursula se quedaba blanca, muda y paralizada. Parecía que se insensibilizaba poco a poco, su alma se volvía dura y fría.

También Will Brangwen se encontraba en una de sus fases de cambio. Al cabo de todos estos años empezaba a vislumbrar una posibilidad de libertad. Llevaba veinte años en su puesto de dibujante, desempeñando un trabajo que no le interesaba, simplemente porque le había tocado en suerte. Ver que sus hijas crecían y rechazaban las costumbres antiguas le hizo liberarse también a él.

Su actividad era incesante. Ciegamente, como una mole, se abrió camino para salir de la tierra que lo cubría, alejándose progresivamente del elemento físico en el que estaba atrapada su vida. Despacio, ciegamente, a tientas, con la iniciativa que aún le quedaba, se fue acercando a la expresión individual y la forma individual.

Por fin, después de veinte años, recuperó su afición por la talla en madera casi en el mismo punto en que había dejado su panel de Adán y Eva cuando cortejaba a su mujer. Pero ahora que tenía el conocimiento y la destreza le faltaba la visión. Era consciente de la puerilidad de sus concepciones juveniles, del mundo irreal que las había alumbrado. Ahora tenía una fuerza inédita en su percepción de la realidad. Se sentía como si fuera real, como si se ocupara de cosas reales. Había trabajado años y años en Cossethay, construyendo el órgano de la iglesia, restaurando la madera,

coibrando conciencia gradualmente de la belleza de las labores sencillas. Ahora quería expresarse de nuevo a través de sus tallas en madera.

Pero no llegaba a dar el paso: siempre estaba demasiado atareado, demasiado inseguro, confundido. En sus titubeos, empezó a estudiar modelado. Descubrió con sorpresa que tenía aptitudes. Modelando en arcilla, en escayola, era capaz de crear piezas hermosas, verdaderamente hermosas. Decidió entonces hacer un busto de Ursula, en alto relieve, a la manera de Donatello. En un primer arranque de pasión, consiguió un hermoso esbozo de sus deseos. Pero seguía sin alcanzar el punto de concentración necesario. Con mal sabor de boca, se dio por vencido. Siguió copiando o haciendo bocetos que seleccionaba de motivos clásicos. Adoraba a Della Robbia y a Donatello tanto como había adorado a Fra Angelico en su juventud. Había en sus creaciones algo de la frescura y la cándida observación de los primeros artistas italianos. Pero eran simples reproducciones.

Alcanzó el límite con el modelado y se pasó a la pintura. Pero probó fortuna con la acuarela como cualquier aficionado. Aunque obtuvo el resultado que esperaba, no le interesaba gran cosa. Después de hacer un par de dibujos de su querida iglesia y representarla con la misma frescura que sus piezas modeladas, aunque tenía un aspecto incongruente con el estilo etéreo de la pintura moderna, por cómo se alzaba el campanario, cómo destacaba y afirmaba su posición a la vez que parecía avergonzada de su falta de sentido, Brangwen desistió una vez más.

Se interesó por la joyería, leyó a Benvenuto Cellini, estudió minuciosamente reproducciones de joyas y empezó a confeccionar colgantes de plata, perlas y pedrería de escaso valor. Sus primeros trabajos, en los albores del descubrimiento, fueron verdaderamente hermosos. Los posteriores eran más imitativos. No obstante, empezando por su mujer, hizo un colgante para cada una de las mujeres de su familia. A continuación hizo anillos y pulseras.

Más tarde se dedicó a trabajar el metal con martillo y cincel. Cuando Ursula terminó sus estudios, Brangwen estaba haciendo un cuenco de plata de una forma preciosa. ¡Cuánto le gustaba! Lo deseaba casi con lujuria.

A lo largo de este período, el único vínculo de Brangwen con el mundo exterior eran sus clases nocturnas en invierno, que le permitían ponerse al corriente de la situación de la docencia. Leyó artículos sobre pedagogía y siguió atentamente la política educativa. Todo lo demás le era completamente indiferente y ajeno: incluso la guerra. El país no existía para él. Vivía en su propio retiro privado, donde no había ni nacionalidad ni solemnes adhesiones.

Ursula leía vagamente las noticias relacionadas con la guerra en Sudáfrica. La entristecían y procuraba enterarse lo menos posible. Pero Skrebensky estaba en África. De vez en cuando enviaba una postal. Sin embargo, Ursula era como un muro ciego para él, sin ventanas ni salida. Ella seguía apegada al Skrebensky de sus recuerdos.

Su amor por Winifred Inger había arrancado su vida de las raíces y de la tierra

donde antes se encontraba Skrebensky, y había trasplantado a Ursula a un suelo árido. Anton ya no era nada más que un recuerdo. A raíz de su separación de Winifred, Ursula revivía este recuerdo con una extraña pasión. Skrebensky era para ella casi el símbolo de su vida real. Tenía la sensación de que a través de él, en él, podía volver a ser la que era antes de enamorarse de Winifred, antes de que esta falta de vida, este despiadado desarraigo, se apoderara de ella. Pero incluso sus recuerdos eran producto de su imaginación.

Soñaba con Anton y con ella tal como eran cuando estaban juntos. No era capaz de soñar con él en evolución, imaginar lo que estaría haciendo en este momento, cómo sería ahora su relación con ella. Alguna vez lloraba al pensar en lo mucho que había sufrido cuando él se marchó: ¡ay, cuánto había sufrido! Se acordaba de lo que había escrito en su diario.

«Si fuera la luna, sabría dónde caer.»

Era un suplicio para Ursula recordar cómo era entonces. Porque lo que recordaba era un ser muerto. Todo había muerto después de Winifred. Ursula había visto el cadáver de su ser enamorado y joven, sabía dónde encontrar su tumba. Y ese ser enamorado y joven por el que ahora lloraba apenas había existido, era una creación de su fantasía.

Muy dentro de ella persistía una desesperación fría, inmutable y permanente. Nadie la amaría ahora: a nadie amaría. El cuerpo del amor había muerto en ella después de Winifred, por dentro era como un cadáver. Viviría, saldría adelante, pero no tendría amantes, nadie volvería a desearla. Tampoco ella deseaba un amante. La vívida y frágil llama del deseo se había apagado para ella. La diminuta y vívida semilla que envolvía el capullo de su ser verdadero, de su amor verdadero, estaba muerta; seguiría creciendo como una planta, haría todo lo posible por producir flores pequeñas, pero su flor principal había muerto antes de nacer, su crecimiento era el traslado de un cadáver de esperanza.

Las tristes semanas se sucedían en la casa minúscula y abarrotada de niños. ¿Qué era su vida? Una nada desintegrada, amorfa y sórdida: Ursula Brangwen, una persona sin importancia ni valor, que vivía en Cossethay, un lugar miserable, en los sórdidos alrededores de Ilkeston. Ursula Brangwen, a sus diecisiete años despreciable y despreciada, ni querida ni necesitada por nadie, y consciente de su propio valor muerto. Era insoportable pensarlo.

A pesar de todo, conservaba su orgullo obstinado. Aunque estuviera deshonrada, aunque fuera un cadáver que jamás sería amado, aunque fuera un tallo con la raíz podrida y tuviera que vivir del alimento que otros le procurasen: no se entregaría a nadie.

Poco a poco tomó conciencia de que no podía seguir en casa tal como estaba, sin espacio ni sentido ni valía. Hasta los colegiales la despreciaban por su inutilidad.

Tenía que hacer algo.

Su padre le aseguraba que ya tenía suficiente que hacer ayudando a su madre. De sus padres nunca recibía nada más que una bofetada. No era una persona práctica. Se le ocurrían ideas descabelladas, escaparse y trabajar como criada, o pedirle a cualquier hombre que la tomara.

Escribió a la directora del instituto, en busca de consejo.

No veo con demasiada claridad qué podrías hacer, Ursula –fue la respuesta–, a menos que estés dispuesta a ser maestra de escuela. Has superado la reválida, y eso te capacita para desempeñar un puesto de maestra auxiliar en cualquier escuela, con un salario de unas cincuenta libras anuales.

No sabes cuánto comprendo tu deseo de hacer algo. Con el tiempo aprenderás que la humanidad es un inmenso organismo del que tú eres un miembro útil, ocuparás tu propio lugar en la importante tarea que la humanidad se propone realizar. Eso te dará una satisfacción y un respeto por ti misma que nada más puede darte.

A Ursula se le cayó el alma a los pies. ¡Qué satisfacción tan fría y lóbrega! Pero su voluntad, fría, aceptó el consejo. Eso era lo que quería.

Tienes un temperamento emocional –seguía la carta–, unas reacciones rápidas y espontáneas. Si aprendieras a ser paciente y disciplinada, no veo ninguna razón para que no puedas ser una buena maestra. Al menos puedes intentarlo. Basta con que trabajes un año o dos como maestra sin título. Luego podrías ir a una escuela de magisterio, donde confío en que consigas graduarte. Te animo y recomiendo encarecidamente que continúes tus estudios con la intención de obtener un título. Eso te ofrecerá una cualificación y una posición en el mundo y te dará mayores oportunidades de elegir tu propio camino.

Me sentiré muy orgullosa de ver que una de mis alumnas se gana su independencia económica, porque eso significa mucho más de lo que parece. Me alegrará mucho saber que una de mis alumnas ha logrado asegurarse los medios para elegir libremente y por su cuenta.

Sonaba todo deprimente y desesperado. Le pareció abominable. Pero el desprecio de su madre y la aspereza de su padre la herían en lo más vivo, sabía que era humillante vivir como un parásito, sentía la espina lacerante del juicio animal de su madre.

Por fin tuvo que contarlo. Dura, callada y encerrada en sí misma, entró una noche en el cobertizo. Oyó los golpes del martillo contra el metal. Su padre levantó la

cabeza al abrirse la puerta. Estaba acalorado y radiante de instinto, como cuando era joven, el bigote negro recortado sobre la boca grande, el pelo negro, fino y tupido como siempre. Pero tenía un aire abstraído, una especie de distancia esencial que lo alejaba de los asuntos humanos. Era un obrero. Vio el gesto inexpresivo y duro de su hija. Una rabia ardiente brotó en su pecho y sus entrañas.

–Y ¿ahora qué pasa? –dijo.

–¿Puedo –contestó ella, sin mirarlo–, puedo irme a trabajar?

–A trabajar ¿para qué?

La voz de su padre sonó severa, firme y vibrante. Ursula no lo soportaba.

–Quiero una vida distinta.

Un arrebato de intensa ira paralizó por un momento la sangre de Brangwen.

–¡Otra vida! –repitió–. ¿Qué otra vida quieres?

Ursula titubeó.

–Algo más que hacer las tareas domésticas y dar vueltas por ahí. Quiero ganar un poco de dinero.

La curiosa brutalidad, la dureza con que pronunció estas palabras y su invencible ferocidad juvenil, ajena a su padre, hicieron que también él se endureciera de rabia.

–Y ¿crees que vas a ganar algo? –preguntó.

–Puedo ser maestra... La reválida me lo permite.

Brangwen quiso mandar al infierno su reválida.

–Y ¿cuánto te permite ganar tu reválida?

–Cincuenta libras anuales.

Él se quedó callado, desarmado.

Siempre había acariciado el secreto orgullo de que sus hijas no tuvieran que buscar trabajo. Entre la herencia de su mujer y lo que él ganaba reunían cuatrocientas libras al año. Más adelante, en caso de necesidad, podrían vivir de los ahorros. No tenía miedo a la vejez. Sus hijas serían mujeres distinguidas.

Cincuenta libras anuales equivalía a una libra a la semana: eso era suficiente para independizarse.

–Y ¿qué clase de maestra crees que serías? Si tienes menos paciencia que un mosquito con tus hermanos y tus hermanas, no quiero ni pensar en una clase llena de niños. Además, creía que no te gustaban los mocosos sucios de los internados.

–No todos son sucios.

–Ya te darás cuenta de que no todos son limpios.

El cobertizo quedó en silencio. La luz de la lámpara se reflejaba en el cuenco de plata fundida que Brangwen tenía delante, en la maza, en el crisol y los cinceles. Estaba quieto, con una expresión rara y felina, casi parecida a una sonrisa. Pero no era una sonrisa.

–¿Puedo intentarlo? –preguntó Ursula.

–Puedes hacer lo que te venga en gana y puedes irte a donde quieras.

Ursula tenía un gesto fijo, inexpresivo e indiferente. A Brangwen le ponía

frenético verla con esa cara. Estaba completamente quieto.

Con frialdad, sin delatar sus sentimientos, Ursula dio media vuelta y salió del cobertizo. Brangwen siguió trabajando, con los nervios de punta. Enseguida tuvo que dejar las herramientas y volver a casa.

Le dio la noticia a su mujer en un tono cargado de amargura, de rabia y desprecio. Hubo un leve altercado, que concluyó cuando la señora Brangwen, con hiriente superioridad e indiferencia, dijo:

–Que lo descubra por sí misma. Ya verás qué pronto se cansa.

Ahí quedó la cuestión. Pero Ursula se consideró libre de actuar. Por unos días no hizo ningún movimiento. No se decidía a dar el paso cruel de buscar trabajo, se acorbardaba, con extrema sensibilidad y timidez, ante las relaciones nuevas y las situaciones nuevas. Una especie de obstinación le dio por fin el impulso necesario. Estaba llena de rencor.

Fue a la Biblioteca Pública de Ilkeston, copió las direcciones de la «Lista de escuelas» y escribió varias cartas de solicitud. Dos días más tarde se levantó temprano para salir al encuentro del cartero. Tal como esperaba, recibió tres sobres grandes.

Le latía dolorosamente el corazón cuando subió con los sobres a su dormitorio. Le temblaban los dedos, apenas se atrevía a mirar los largos formularios oficiales que debía rellenar. Todo le parecía impersonal y cruel. Pero tenía que hacerlo:

Nombre (apellido primero):

Con mano temblorosa escribió: «Brangwen, Ursula».

Edad y fecha de nacimiento:

Se quedó un buen rato pensativa, antes de rellenar esta línea.

Titulación y fecha de examen:

Con cierto orgullo escribió: «Examen de reválida validado en Londres. Junio de 1900».

Experiencia previa:

Se le cayó el alma a los pies mientras escribía: «Ninguna».

Aún quedaban muchas preguntas por responder. Tardó dos horas en rellenar los tres formularios. A continuación tuvo que copiar las recomendaciones de su directora y del párroco.

Por fin había terminado. Había cerrado los tres sobres. Por la tarde fue a Ilkeston, para enviarlos por correo. No dijo ni una palabra a sus padres. Mientras pegaba los sellos y echaba los sobres en el buzón de la oficina de correos central, sintió como si ya estuviera a salvo de su padre y de su madre, como si hubiera establecido un vínculo con el amplio mundo de actividad exterior, con el mundo masculino.

Camino de casa, volvió a soñar como en otro tiempo sus deliciosas fantasías. Una de las solicitudes era para Gillingham, en Kent, otra para Kingston-on-Thames, y otra

para Swanwick, en Derbyshire.

«Gillingham» era un nombre precioso, y Kent era el Jardín de Inglaterra. Y así, en Gillingham, un pueblecito muy, muy antiguo, rodeado de campos de lúpulo, bajo un sol suave, salía una tarde del colegio, buscaba la sombra de los plátanos que bordeaban la verja y torcía por el camino somnoliento hacia la casita donde las flores del maíz asomaban su cabeza azul entre la vieja tapia de madera y los polemonios rebosantes de flores que flanqueaban el camino.

Una señora delicada, con el pelo de plata, se levantaba con sus delicadas manos de marfil cuando Ursula entraba en la sala, y decía:

–¡Ay, querida, no te lo imaginas!

–¿Qué pasa, señora Wetherall?

Frederick había vuelto a casa. Sí, sus pasos viriles resonaban en la escalera, Ursula veía sus botas recias, sus pantalones azules, su figura de uniforme, y después sus facciones, limpias y afiladas como las de un águila, y sus ojos iluminados por el resplandor de mares extraños, ¡ah!, extraños mares que se habían entretejido en su alma, mientras Frederick bajaba a la cocina.

Este sueño, con sus ampliaciones, duró más de un kilómetro y medio. Después, Ursula se trasladó a Kingston-on-Thames.

Kingston-on-Thames era una antigua localidad histórica, justo al sur de Londres. Allí vivía gente digna y de buena cuna que pertenecía a la metrópoli pero amaba la paz. Allí conocía a una maravillosa familia de muchachas que vivían en una antigua mansión de los tiempos de la reina Ana, con jardines de césped que bajaban hasta el río, y, en un ambiente de majestuosa paz, se sentía entre almas gemelas. Las quería a todas como hermanas, compartían con ella sus nobles ideales.

Volvía a sentirse feliz. En sus fantasías, desplegaba sus pobres alas maltrechas y volaba a la pureza del empuje.

Pasaron los días. No hablaba con sus padres. Le devolvieron sus recomendaciones de Gillingham. No la aceptaban... Tampoco en Swanwick. La amargura del rechazo sucedió a la dulzura de la esperanza. Sus brillantes alas volvían a estar en el polvo.

Entonces, inesperadamente, cuando habían transcurrido dos semanas, llegaron noticias de Kingston-on-Thames. Tenía que presentarse el jueves próximo, para una entrevista con el comité. Se le paró el corazón. Estaba segura de conseguir que el comité la aceptara. Ahora que su partida era inminente, Ursula tenía miedo. Le temblaba el corazón de reticencia y temor. Pero su voluntad seguía firme.

Pasó el día confundida, sin querer dar la noticia a su madre, esperando a su padre. La tensión y el miedo la atenazaban. Tenía miedo de ir a Kingston. Sus amables sueños se esfumaron en las garras de la realidad.

Sin embargo, a medida que caía la tarde, la dulzura del sueño regresaba. Kingston-on-Thames: este nombre tenía para ella fuertes resonancias de dignidad. La sombra de la historia y el majestuoso esplendor del progreso envolvieron su ánimo. Los palacios serían antiguos y oscuros, residencia de enigmáticos reyes. Era un lugar

de reyes: Ricardo, Enrique, Wolsey y la reina Isabel. Adivinaba amplios jardines de césped con árboles nobles, y terrazas con sus peldaños acariciados suavemente por el agua, a las que a veces se acercaban los cisnes. Vería la espléndida y majestuosa barca de la reina, deslizándose por el río, la alfombra roja desplegada en las escaleras del embarcadero, a los caballeros calvos, con sus mantos de terciopelo púrpura, agrupados al sol a ambos lados, esperando.

«El dulce Tamésis fluyó suavemente hasta que terminé mi canción...»^[25].

Cayó la tarde, su padre volvió a casa, encendido, alerta y distante como siempre. Era menos real que sus fantasías. Ursula esperó a que su padre terminara de cenar. Se llenaba la boca con bocados grandes y comía inconscientemente, con el abandono de un animal entregado a su comida.

Inmediatamente después, Brangwen se fue a la iglesia. Había ensayo del coro y quería practicar las melodías en el órgano.

El cerrojo del portón chasqueó con fuerza cuando Ursula entró poco después, pero el órgano hacía mucho más ruido, y Brangwen no se dio cuenta. Estaba ensayando el himno. Ursula vio la cabeza de su padre, pequeña y negra como la tinta, su rostro vigilante entre las llamas de las velas, su cuerpo delgado encorvado en el taburete. Tenía una expresión luminosa y concentrada, el movimiento de sus manos parecía extraño y ajeno a él. La reverberación del órgano parecía surgir de las propias columnas de piedra, como la savia que corría por dentro.

Entonces cesó la música, y se hizo el silencio.

—¡Padre! —dijo Ursula.

Él la miró como si fuera una aparición. Ursula estaba entre las sombras de las velas.

—¿Qué pasa esta vez? —dijo, sin regresar a la tierra.

No era fácil hablar con él.

—He recibido una oferta.

—¿Que has recibido qué? —dijo, poco dispuesto a abandonar el estado de ánimo que lo envolvía cuando tocaba el órgano. Cerró la partitura que tenía delante.

—He recibido una oferta de empleo.

Brangwen se volvió a ella, todavía distraído, de mala gana.

—Ah, ¿dónde?

—En Kingston-on-Thames. Tengo que ir el jueves para hacer una entrevista con el comité.

—¿Tienes que ir el jueves?

—Sí —dijo Ursula.

Y le tendió la carta. Él la leyó a la luz de las velas:

Ursula Brangwen, Yew Tree Cottage, Cossethay, Derbyshire.

Estimada, señorita:

Rogamos se presente en las oficinas arriba indicadas el próximo jueves, día 10, a las 11:30 h, para una entrevista con el comité, en relación con su solicitud para ocupar el puesto de maestra auxiliar en el colegio Wellingborouh Green.

A Brangwen le costaba mucho asimilar esta información oficial y lejana en la luminosa quietud de su iglesia y su música.

–Y ¿tienes que venir a molestarme precisamente ahora? –dijo con impaciencia, devolviéndole la carta.

–Tengo que ir el jueves –dijo Ursula.

Su padre se quedó quieto. Luego cogió otra partitura, se oyó una ráfaga de aire, seguida de una nota larga y enfática, como una trompeta, al posarse las manos en el teclado. Ursula dio media vuelta y desapareció.

Brangwen intentó entregarse de nuevo al órgano. Pero no podía. No podía regresar. Sentía como si una cuerda tirase miserablemente de él desde alguna parte.

Así, cuando volvió a casa después del ensayo del coro, tenía una expresión sombría y el corazón negro. De todos modos, no dijo nada hasta que los niños se fueron a la cama. Ursula sabía lo que se avecinaba.

Por fin, su padre preguntó:

–¿Dónde está esa carta?

Ursula se la dio. Su padre se sentó, mirándola. «Rogamos se presente en las oficinas arriba indicadas el próximo jueves...» Era una notificación fría y oficial incluso para Ursula, y no tenía nada que ver con él. ¡Vaya! Su hija existía como un ser social independiente. Podía responder a este aviso sin tener en cuenta a su padre. Él ni siquiera tenía derecho a interferir. Estaba tenso y furioso.

–¿Tenías que hacerlo a escondidas, verdad? –dijo con desprecio. Y a Ursula le dio un vuelco el corazón, el dolor la abrasaba. Supo que era libre: había roto sus lazos con él. Estaba derrotado.

–Dijisteis: «Que lo intente» –contestó, casi disculpándose.

Su padre no la oyó. Seguía mirando la carta.

«Departamento de Educación, Kingston-on-Thames.» Y a continuación, escrito a máquina: «Señorita Ursula Brangwen, Yew Tree Cottage, Cossethay». Era incuestionablemente rotundo y definitivo. Brangwen era consciente de la posición que ahora ocupaba Ursula como destinataria de aquella carta. Lo sentía como un hierro en su alma.

–Muy bien –dijo por fin–. No irás.

Ursula se quedó atónita, no encontraba las palabras para clamar su rebeldía.

–Si crees que vas a irte tan contenta a la otra punta de Londres, estás muy

equivocada.

–¿Por qué no? –protestó, firmemente instalada en su decisión de ir.

–Ahora verás por qué no –dijo él.

Y hubo un silencio, hasta que la señora Brangwen bajó a la sala.

–Mira, Anna –dijo él, tendiéndole la carta a su mujer.

Su madre echó la cabeza hacia atrás al ver la carta escrita a máquina, augurando problemas del mundo exterior. Deslizó los ojos de un modo curioso, como si cerrara su ser sensible y maternal, y cayó en una especie de trance severo, sin sentido. Así, sin sentido, echó un vistazo a la carta, cuidándose muy bien de no asimilarla. Captó el mensaje con su mentalidad cruel y superficial. Su ser sensible estaba cerrado.

–¿Qué es esto? –preguntó.

–Quiere irse y ser maestra en Kingston-on-Thames, por cincuenta libras anuales.

–No me digas.

Su madre habló como si todo fuera una situación hostil que afectara a una desconocida. Dejaría que su hija se marchara, por pura crueldad. Volvería a crecer de nuevo únicamente en el hijo que esperaba. Su hija mayor era un obstáculo en este momento.

–No va a irse tan lejos –dijo su padre.

–Tengo que ir donde me necesitan –protestó Ursula–. Y es un buen sitio.

–¿Qué sabrás tú de eso? –contestó su padre, con aspereza.

–Y da lo mismo que te necesiten o no, si tu padre dice que no, no irás –dijo su madre, sin alterarse.

¡Cuánto la odiaba Ursula!

–Dijisteis que lo intentara –protestó–. Ahora tengo un empleo, y pienso ir.

–No vas a irte tan lejos –dijo su padre.

–¿Por qué no buscas trabajo en Ilkeston, y así puedes vivir en casa? –preguntó Gudrun, que no soportaba las peleas y no entendía que Ursula estuviera tan alterada, pero a la vez tenía que ponerse de parte de su hermana.

–No hay ningún puesto en Ilkeston –protestó Ursula–. Además prefiero irme de aquí.

–Si lo hubieras pedido, habríamos podido encontrar una plaza para ti en Ilkeston. Pero, claro, tenías que demostrar que eres la señorita Todopoderosa y salirte con la tuya –dijo su padre.

–Seguro que te vas ahora mismo –dijo su madre, en un tono muy mordaz–. Y seguro que te encuentras con gente que no tardará en mandarte a paseo. Tienes una opinión demasiado elevada de ti misma, de tu valía.

Había entre la hija y la madre un sentimiento de odio puro. Sobrevino un silencio obstinado. Ursula sabía que tenía que romperlo.

–Bueno, me han escrito, y tengo que ir –dijo.

–¿De dónde piensas sacar el dinero? –preguntó su padre.

–Me lo dará el tío Tom –contestó.

De nuevo se hizo el silencio. Esta vez Ursula se sentía victoriosa.

Por fin, su padre levantó la cabeza. Tenía una expresión concentrada, parecía que necesitara concentrarse para formular su sentencia definitiva.

–No te irás tan lejos –dijo–. Hablaré con el señor Burt para encontrar una plaza aquí. No voy a consentir que vivas sola al otro lado de Londres.

–Pero tengo que ir a Kingston –dijo Ursula–. Me han llamado.

–Podrán arreglarse sin ti –dijo su padre.

Hubo un silencio trémulo, Ursula estaba al borde del llanto.

–Bueno –dijo, en voz baja y tensa–, puedes prohibirme esto, pero no podrás impedir que encuentre una plaza. No pienso quedarme en casa.

–Nadie quiere que te quedes en casa –estalló su padre, poniéndose lívido de ira.

Ursula no dijo nada más. Se había endurecido y sonreía en su propia arrogancia, en su indiferencia antagónica con todos ellos. En momentos como aquél deseaba quitarse la vida. Se marchó cantando:

*C'est la mère Michel qui a perdu son chat
qui cri par la fenêtre qu'est-ce qui le lui rendra...* [26]

Ursula pasó los días siguientes animada y endurecida, cantando para sus adentros, cariñosa con sus hermanos, pero su alma se había vuelto dura y fría con sus padres. No volvió a hablarse del asunto.

La firmeza y el buen ánimo le duraron cuatro días. Después empezaron a resquebrajarse. Así, una noche le dijo a su padre:

–¿Has preguntado lo de mi plaza?

–He hablado con el señor Burt.

–¿Qué ha dicho?

–Mañana se reúne el comité. El viernes me dará la respuesta.

Así, esperó hasta el viernes. Kingston-on-Thames había sido un sueño emocionante. Era consciente de la dura y descarnada realidad. Por eso sabía que su sueño sería fugaz. Porque, según había descubierto, únicamente dentro de los límites de la dura realidad las cosas llegaban a materializarse. No quería ser maestra en Ilkeston, porque lo conocía y lo detestaba. Sin embargo, quería ser libre, y tenía que tomar su libertad donde se presentara.

El viernes, su padre le anunció que había una plaza vacante en el colegio de la calle Brinsley. Casi podían garantizársela directamente, sin necesidad de tramitar la solicitud.

Se le paró el corazón. El colegio de la calle Brinsley se encontraba en un barrio pobre, y ya conocía a los niños vulgares de Ilkeston. Se habían burlado de ella y le habían tirado piedras. De todos modos, como maestra, ocuparía una posición de autoridad. Y todo era desconocido. Estaba ilusionada. Incluso la selva de ladrillo seco y estéril ejercía cierta fascinación sobre ella. Era un lugar tan inhóspito y feo, tan

rematadamente feo, que la ayudaría a purgar en parte su tendencia al sentimentalismo.

Soñó cómo ganarse el cariño de aquellos niños insignificantes y feos. Les daría un trato muy personal. Los maestros siempre eran severos e impersonales. No establecían un vínculo vital. Ella lo volvería todo personal y vital, se entregaría, se entregaría, se entregaría, entregaría hasta la última gota de sus riquezas ocultas a los niños, les haría tan felices que la preferirían a cualquier maestra en el mundo entero.

En navidades, escogería para ellos las tarjetas de felicitación más fascinantes, y organizaría una alegre fiesta en el aula.

El director, el señor Harby, era un hombre bajito y gordo, bastante vulgar, pensó Ursula. Pero ella levantaría ante él la antorcha de la gracia y el refinamiento, y él no tardaría en tenerla en el mejor concepto; sería el resplandeciente sol del colegio, los niños florecerían como briznas de hierba, los demás maestros, como plantas altas y duras, se convertirían en una flor exótica.

Llegó la mañana del lunes. Era finales de septiembre y una llovizna fina envolvía a Ursula como un velo, infundiéndole una sensación de intimidad, un mundo propio. Se encaminó al territorio desconocido. El antiguo se borró completamente. El velo que ocultaba el nuevo mundo se rasgaría. La incertidumbre la atenazaba mientras bajaba la cuesta en la lluvia, con su almuerzo en una bolsa.

A través de la llovizna vio el pueblo, como un monte grande y negro. Tenía que entrar allí. De repente la invadió una sensación de repugnancia y ardiente satisfacción. Pero estaba asustada.

Esperó el tranvía en un extremo del recorrido. Ahí estaban sus comienzos. Atrás quedaba la estación del ferrocarril, donde Theresa había cogido el tren de Nottingham media hora antes; atrás quedaba la pequeña escuela de la iglesia donde había estudiado de niña, cuando su abuela aún vivía. Habían pasado dos años desde la muerte de su abuela. Ahora había en la granja Marsh una extraña, casada con su tío Fred, y un niño de meses. Atrás quedaba Cossethay, y las zarzas estaban repletas de moras maduras.

Mientras esperaba el tranvía, regresó rápidamente a su infancia: su abuelo, tan bromista, con su barba rubia y sus ojos azules y un cuerpo grande y monumental: había muerto ahogado; su abuela, a quien Ursula, según decía a veces, había querido más que a nadie en el mundo; la pequeña escuela de la iglesia, y los hermanos Phillips: uno de ellos era soldado de la Guardia de Corps, otro era minero. Se aferró con pasión al pasado.

Pero mientras soñaba con estas cosas, oyó el chirrido del tranvía al tomar una curva y su traqueteo sordo, antes de verlo aparecer y oír su murmullo más cerca. El vehículo se deslizó con sigilo por los raíles circulares de la terminal y se detuvo, imponente, delante de Ursula. Un grupo de gente oscura y gris bajó por la parte de atrás. El conductor se metió en los charcos, rodeando el poste.

Ursula montó en el húmedo e incómodo tranvía, con el suelo oscuro y mojado, las

ventanillas empañadas, y se sentó, con el alma en vilo. Su nueva vida había comenzado.

Subió otra pasajera, una criada con una chaqueta insípida y mojada. Ursula no soportaba la espera del tranvía. Sonó la campana, hubo una sacudida. El vehículo arrancó con cautela por la calle mojada. La llevaba hacia su nueva vida. Su corazón ardía de dolor y expectación, como si algo la cortara en carne viva.

El tranvía se paraba con mucha frecuencia, con demasiada frecuencia, y subía gente mojada, como envuelta en un manto, que se sentaba, muda y gris, en rígidas hileras, al otro lado, con los paraguas entre las rodillas. Las ventanillas se empañaban por momentos, se volvían opacas. Ursula se sentía atrapada entre aquellos seres muertos, espectrales. No se le ocurrió, sin embargo, que era como ellos. El conductor pasó a picar los billetes. Cada vez que perforaba un billete Ursula sentía una punzada de temor. Pero estaba segura de que su billete era distinto de los demás.

Todos iban al trabajo; ella también iba al trabajo. Su billete era el mismo. Trató de integrarse con aquellas personas. Pero sentía el miedo en las entrañas, un pánico desconocido se apoderó de ella.

En la calle Bath tuvo que bajar y hacer transbordo. Miró cuesta arriba. Le pareció que conducía a la libertad. Se acordó de muchas tardes de sábado que había subido por allí a los comercios. ¡Qué libre y despreocupada era entonces!

Ah, su tranvía bajaba la cuesta con precaución. Ursula temía el trayecto metro a metro. El vehículo se detuvo, y la muchacha subió a toda prisa.

No dejaba de volver la cabeza a uno y otro lado, insegura de la calle. Por fin, con el corazón ardiendo de expectación, temblando, se levantó. El conductor tocó la campana bruscamente.

Echó a andar por una calle estrecha, sórdida y húmeda, vacía. El colegio estaba agazapado detrás de las verjas, en su patio de asfalto negro y reluciente con la lluvia. Era un edificio horroroso y mugriento, con plantas mustias asomadas misteriosamente a las ventanas.

Cruzó el arco del porche en la entrada. El ambiente en general infundía una sensación de amenaza, imitaba la arquitectura religiosa con afán dominante, como un gesto de vulgar autoridad. Vio las marcas de unas pisadas húmedas en las losas del porche. Todo estaba en silencio, desierto, como una prisión vacía a la espera del ruido de los pasos.

Se dirigió a la sala de profesores, escondida como una madriguera en un lúgubre agujero. Llamó tímidamente a la puerta.

—¡Adelante! —dijo una voz masculina, sorprendida, como desde la celda de una prisión. Ursula entró en un cuarto pequeño y oscuro, donde nunca daba el sol. La luz de gas estaba encendida, desnuda y cruda. En la mesa, un hombre delgado, en mangas de camisa, frotaba un papel en una bandeja de gelatina. Miró a Ursula con un rostro alargado y duro, dijo: «Buenos días», reanudó su tarea y sacó el papel de la bandeja, echando un vistazo a las letras impresas en color violeta antes de dejar el

papel ondulado en un montón.

Ursula lo observaba fascinada. A la luz de gas, entre la penumbra y la estrechez, todo parecía irreal.

–Qué mañana tan desapacible –dijo.

–Sí –contestó el hombre–. No hace muy buen tiempo que digamos.

Pero, dentro de esta sala, parecía que ni la mañana ni el clima existían. Era un espacio atemporal. El hombre hablaba con voz atareada, como un eco. Ursula no sabía qué decir. Se quitó el impermeable.

–¿Llego pronto? –preguntó.

El hombre miró un pequeño reloj de pared y luego a Ursula. Tenía unos ojos penetrantes como agujas.

–Y veinticinco –dijo–. Eres la segunda en llegar. Yo he sido el primero.

Ursula se sentó con cautela en el borde de una silla y se fijó en las manos enrojecidas del profesor que frotaban la superficie blanda del papel, se detenían, levantaban una esquina de la lámina, se asomaban a comprobar el resultado y seguían frotando. Había un montón de papeles encima de la mesa, ondulados, blancos y con garabatos.

–¿Tiene que hacer tantos? –preguntó Ursula.

El profesor levantó la vista con brusquedad. Tenía entre treinta y treinta y tres años, era delgado, con la piel verdosa, la nariz larga y las facciones duras. Tenía los ojos azules y afilados como puntas de acero, muy bonitos, pensó Ursula.

–Sesenta y tres –dijo él.

–¡Tantos! –exclamó Ursula, con amabilidad. Entonces cayó en la cuenta–. Pero no son todos para su clase, ¿verdad?

–¿Cómo que no? –contestó el profesor, con una nota agresiva en la voz. Ursula estaba muy asustada por la manera mecánica de no hacerle caso y las respuestas sin rodeos del profesor. La situación era nueva para ella. Nunca la habían tratado de ese modo, como si no valiera nada, como si fuera una máquina.

–Son muchísimas –dijo, comprensiva.

–Tú tendrás que hacer las mismas –dijo él.

Y esto fue lo único que Ursula recibió. Estaba perpleja, no sabía a qué atenerse. Sin embargo, aquel hombre le agradaba. Parecía muy enfadado. Tenía un aire curioso, seco, arisco, que la atraía y la intimidaba al mismo tiempo. Un aire muy frío y contrario a su propia naturaleza.

Se abrió la puerta y apareció una joven bajita, de aspecto neutro, que aparentaba unos veintiocho años.

–¡Ah, Ursula! –exclamó la recién llegada–. ¡Has llegado temprano! ¡Caramba!, te garantizo que no aguantarás. Ésa es la percha del señor Williamson. La tuya es ésta. La que corresponde a las maestras de quinto curso. ¿No vas a quitarte el sombrero?

La señorita Violet Harby retiró el impermeable de Ursula de la percha en la que estaba colgado y lo dejó en otra más pequeña, al final de la hilera. Ya se había soltado

los alfileres del sombrero y los había prendido en el abrigo. Se volvió a Ursula mientras se ahuecaba el pelo rizado, aplastado, de color pardo.

–¡Qué mañana de perros! –exclamó–. ¡De perros! No hay cosa que más odie que un lunes de lluvia. Esa jauría de niños se desata, no sé por qué, y no hay forma humana de que se estén quietos.

Había sacado un delantal negro, envuelto en papel de periódico, y se lo estaba anudando a la cintura.

–Habrás traído un delantal, ¿no? –dijo con voz entrecortada, mirando a Ursula–. Te hará falta. No te imaginas cómo estarás antes de las cuatro y media, entre la tiza, la tinta y los pies sucios de los niños. Bueno, puedo mandar a un chico a casa de mamá a que traiga uno.

–No se moleste –dijo Ursula.

–Sí, sí. Enseguida lo solucionamos –respondió la señorita Harby.

A Ursula se le cayó el alma a los pies. Todo el mundo parecía tan petulante y tan mandón. ¿Cómo iba a llevarse bien con gente tan seca, brusca y mandona? Y la señorita Harby ni siquiera le había dirigido la palabra al otro profesor. Como si no estuviera. Ursula se percató de la falta de respeto y la grosería con que se trataban.

Salió al pasillo con Violet Harby. Ya había algunos niños alborotando en el porche.

–Jim Richards –llamó la señorita Harby, con voz dura y autoritaria. Un niño se acercó, acobardado–. ¿Vas a nuestra casa a hacer un recado? –añadió la maestra, en tono exigente, condescendiente, persuasivo. No esperó la respuesta–. Ve y dile a mamá que te dé un delantal, para la señorita Brangwen, ¿quieres?

El niño murmuró un tímido «Sí, señorita» y dio media vuelta.

–¡Eh! –llamó la señorita Harby–. Ven aquí. ¿Qué tienes que traer? ¿Qué tienes que pedirle a mamá?

–Un delantal –murmuró el niño.

–«Por favor, señora Harby, la señorita Harby dice que me dé otro delantal para la señorita Brangwen, porque ha venido sin él.»

–Sí, señorita –murmuró el niño, con la cabeza gacha, y ya se alejaba. La señorita Harby lo sujetó del hombro.

–¿Qué vas a decir?

–Por favor, señora Harby, la señorita Harby necesita un delantal para la señorita *Brangwin* –murmuró el niño, muy cohibido.

–¡Señorita Brangwen! –corrigió la maestra, riéndose y empujando al niño–. Espera, más vale que te lleves mi paraguas... Un momento.

El niño se equipó con el paraguas de la señorita Harby, de mala gana, y se puso en camino.

–No tardes –gritó la señorita Harby. Y se volvió a Ursula, diciéndole animadamente–: Con ése hay que andarse con ojo, aunque no es mal chico.

–No –asintió Ursula, en voz baja.

Con un chasquido del cerrojo entraron en el aula grande. Ursula la recorrió con la mirada. El silencio oficial, rígido y prolongado, helaba. En el centro había una mampara de cristal, y abrieron sus puertas. El tic-tac de un reloj resonaba en el aula, y la voz de la señorita Harby se sumó al repique para decir:

–Ésta es el aula grande: cursos cuarto, quinto y sexto. Éste es tu sitio... Quinto...

Estaba en la entrada del aula. Había una mesa para la maestra frente a un escuadrón de bancos largos, dos ventanas altas en la pared contraria.

Ursula estaba impresionada y horrorizada. La extraña luz mortecina del aula le cambió el carácter. Lo achacó al día lluvioso. Levantó la vista, porque no soportaba la horrorosa sensación de estar encerrada en un ambiente tan rígido y sofocante, lejos de cualquier sensación del día corriente, y se fijó en que las ventanas eran de cristal estriado y opaco.

¡Estaba en una prisión! Miró las paredes, deslucidas, de color verde claro y chocolate, las grandes ventanas con geranios mustios contra el cristal, la larga hilera de pupitres, dispuestos como un escuadrón, y le entró pánico. Era un mundo nuevo, una vida nueva que la amenazaba. Nerviosa todavía, subió a la tarima donde estaban su mesa y su silla. La silla era alta, y no le llegaban los pies al suelo, tenía que apoyarlos en el travesaño de las patas. Encaramada en las alturas, sin pisar el suelo, ocupó su puesto. ¡Qué extraño, qué extraño era todo! ¡Qué distinto de la neblina de la lluvia que caía en Cossethay! Al pensar en su pueblecito, se estremeció de nostalgia: parecía muy lejano, perdido para ella.

Estaba aquí, en esta realidad dura y descarnada: «realidad». Era extraño llamar a esto realidad, a algo que hasta ese mismo día no conocía y que la llenaba de pavor, hasta el punto de que quería salir de allí. Esto era la realidad... Y Cossethay, su querido, hermoso y familiar Cossethay, casi una parte de ella, era una realidad menor. La prisión del colegio era la realidad. ¡Aquí se sentaría, solemne, como la reina de las maestras! ¡Aquí haría realidad su sueño de ser la profesora querida que daba luz y alegría a sus alumnos! Pero la angulosidad abstracta de los pupitres la intimidaba y hería sus sentimientos. Parpadeó, con la sensación de que había sido muy tonta al hacerse ilusiones. Había depositado sus sentimientos y su generosidad donde nadie quería ni generosidad ni emociones. Y se sintió rechazada, incómoda en aquel ambiente nuevo, fuera de lugar.

Bajó de la tarima y volvió con la señorita Harby a la sala de profesores. Era extraña la sensación de que tenía que cambiar de carácter. No era nadie, no tenía ninguna realidad interior, toda la realidad estaba fuera de ella, y su obligación era adaptarse.

El señor Harby, el director, estaba en la sala de profesores, delante de un gran armario abierto, en el que Ursula vio montones de papel secante rosa, montones de libros flamantes, cajas de tiza y frascos de tinta de colores. Parecía un tesoro escondido.

Era un hombre bajito y corpulento, con una cabeza bien modelada y la mandíbula

muy prominente. A pesar de todo era atractivo, tenía las cejas y la nariz bien dibujadas, y un bigote grande y colgante. Parecía enfrascado en su tarea y no se dio cuenta de que Ursula había entrado. Había algo insultante en su capacidad para seguir tan activo, tan atareado, sin fijarse en los demás.

En un momento de distracción, miró por encima de la mesa y dio los buenos días a Ursula. Sus ojos castaños irradiaban un brillo agradable. Parecía muy masculino, indiscutible, y a Ursula le dieron ganas de empujarlo.

–Te habrás mojado en el camino –le dijo.

–No me molesta, estoy acostumbrada –contestó, con una risita nerviosa.

Pero él ya había dejado de escucharla. Sus palabras sonaron ridículas y confusas. El señor Harby no prestaba atención.

–Tienes que firmar aquí –le dijo, como si fuera una niña–, y anotar a qué hora entras y sales.

Ursula firmó en el horario y se apartó de la mesa. Nadie volvió a fijarse en ella. Se torturaba pensando qué decir, pero era inútil.

–Voy a decirles que entren ya –dijo el señor Harby al profesor delgado, que ordenaba sus papeles rápidamente.

El aludido no dio ninguna muestra de conformidad y siguió a lo suyo. El ambiente era cada vez más tenso. En el último momento, el señor Brunt se puso el abrigo.

–Ve al pabellón de las niñas –dijo el director a Ursula, con una jovialidad pasmosa, insultante, puramente oficial y autoritaria.

Ursula salió al porche, donde estaba la señorita Harby con otra maestra muy joven. La lluvia caía en el patio de asfalto. Un timbre ronco resonó con lúgubre e insistente monotonía. Por fin se calló. Entonces apareció el señor Brunt, con la cabeza descubierta, en la otra puerta del patio, lanzando estridentes ráfagas de silbato con la mirada en la calle lluviosa y gris.

Los niños se acercaron trotando, en grupos y riadas, pasaron corriendo por delante del director y, con gran estruendo de voces y pisadas, cruzaron el patio hasta el porche de los chicos. Las niñas entraban, corriendo y andando, por la otra puerta.

En el porche de Ursula reinaba un gran alboroto de niñas que se quitaban las chaquetas y los sombreros y los colgaban en los percheros erizados de ganchos. Olía a ropa húmeda, había un revuelo de pelo húmedo y sucio, un clamor de voces y de pies.

La masa de niñas seguía creciendo, el barullo en los percheros iba en aumento, las niñas tendían a concentrarse en grupos tumultuosos. Violet Harby empezó a dar palmadas, palmadas más fuertes, a la vez que gritaba con voz estridente: «¡Silencio, niñas, silencio!».

Hubo una pausa. El guirigay se apagó gradualmente sin llegar a aplacarse del todo.

–¿Qué he dicho? –gritó la señorita Harby.

Se hizo un silencio casi absoluto. De vez en cuando, una niña, muy rezagada, entraba en el porche como un torbellino y se quitaba la ropa a toda prisa.

–Las delegadas... a sus puestos –ordenó la señorita Harby con voz estridente.

Por parejas, con sus babis y el pelo largo, las niñas se separaron en el porche.

–Cuarto, quinto y sexto, adelante –gritó la señorita Harby.

El alboroto se fue ordenando poco a poco en tres filas de niñas, formadas en parejas, que se quedaron en el pasillo riéndose por lo bajo. Entre los percheros, otras maestras formaban en fila a los cursos inferiores.

Ursula se colocó junto al grupo de quinto. Las niñas no paraban de sacudir los hombros y el pelo, de darse codazos, retorcerse, mirar, sonreír, cuchichear y bailotear.

Se oyó un silbato agudo, y las de sexto, las mayores, echaron a andar encabezadas por la señorita Harby. Ursula iba a continuación, con su grupo de quinto. Esperaba en un pasillo estrecho, junto a una fila de niñas que intercambiaban risitas y muecas. Quién era ella, no lo sabía.

De repente empezó a oírse un piano, y el grupo de sexto desfiló por el aula haciendo eco. Los chicos habían entrado por otra puerta. El piano seguía interpretando una marcha militar. El grupo de quinto se acercó a la puerta del aula. Al fondo se veía al señor Harby, en su escritorio. El señor Brunt custodiaba la otra puerta del aula. La clase de Ursula se abrió paso. Ursula seguía al lado de las niñas, que miraban a todas partes, con risitas, y se empujaban.

–Vamos –dijo Ursula.

Las niñas se reían con disimulo.

–Vamos –dijo Ursula, porque el piano seguía tocando.

Entraron atropelladamente en el aula. El señor Harby, que parecía absorto en algo, encorvado sobre su mesa, levantó la cabeza y vociferó:

–¡Alto!

Las niñas pararon en seco y el piano dejó de sonar. Los niños, que empezaban a entrar por la otra puerta, retrocedieron. Se oyó la voz áspera y apagada del señor Brunt, seguida del vozarrón del señor Harby, desde más lejos:

–¿Quién ha dicho a las niñas de quinto que entren de esa manera?

Ursula se puso colorada. Sus alumnas la miraban, con risitas acusadoras.

–He sido yo, señor Harby –dijo, con voz clara y apurada. Hubo un silencio. Y el señor Harby rugió a lo lejos:

–Las niñas de quinto, volved al pasillo.

Las niñas miraron a Ursula con gesto acusador, burlón, furtivo. Retrocedieron. Ursula se sintió dolorosamente humillada.

–Adelante... En marcha –dijo el señor Brunt, y las niñas echaron a andar, al compás de las filas de los niños.

Ursula miró a sus alumnos, alrededor de cincuenta niños y niñas puestos en pie, detrás de sus pupitres. Se sintió profundamente inútil. No tenía ni cabida ni existencia. Miró al bloque de niños.

Al otro lado del aula se oyó una rápida ráfaga de preguntas. Se quedó quieta, delante de su clase, sin saber qué hacer. Esperó, dolorosamente. El bloque de niños, cincuenta rostros desconocidos, la observaba con gesto hostil, dispuesto a burlarse a la primera oportunidad. Ursula se sentía torturada por una hoguera de rostros. Y estaba desnuda frente a ellos en todos los sentidos. Los segundos pasaban, como una tortura indescriptiblemente lenta.

Por fin se armó de valor. Oyó que el señor Brunt hacía preguntas de cálculo mental. Acercándose a los alumnos para no tener que levantar la voz demasiado, titubeando, insegura, dijo:

—¿Siete sombreros a dos peniques y medio cada uno?

Los alumnos reaccionaron haciendo una mueca. Ursula estaba colorada, sufriendo. Entonces varias manos se levantaron como espadas, y la maestra pidió la respuesta.

El día pasó increíblemente despacio. Nunca sabía qué hacer, tenía horribles lagunas, momentos en los que sencillamente se quedaba parada delante de los niños; y, cuando empezaba una lección, fiándose de la información de alguna niña descarada, no sabía continuar como es debido. Los alumnos estaban al mando. Los trataba con respeto. Oía continuamente al señor Brunt. Como una máquina, siempre con la misma voz dura, alta e inhumana, el maestro proseguía con sus lecciones ajeno a todo. Y Ursula se sentía acorralada ante aquella inhumana cantidad de niños. No podía escapar. Ahí estaba su grupo de cincuenta niños dispares que dependían de su autoridad, una autoridad que aborrecían y despreciaban. Ursula tenía la sensación de que no podía respirar: iba a ahogarse, todo era completamente inhumano. Eran tantos que dejaban de ser niños. Eran un escuadrón. No podía hablarles como a niños, porque no eran niños individuales, eran un colectivo inhumano.

Llegó la hora de comer y, aturdida, desconcertada, solitaria, Ursula entró en la sala de profesores. Jamás se había sentido tan extraña ante la vida. Parecía como si acabara de desembarcar de un trance horroroso y desconocido en el que todo estaba sumido en el infierno, sometido a un sistema perverso y cruel. Y en realidad no era libre. La tarde que aún tenía por delante se acercaba como un suplicio.

La primera semana transcurrió en una confusión ciega. Ursula no sabía cómo enseñar y tenía la sensación de que no aprendería nunca. El señor Harby pasaba por su clase de vez en cuando, para ver qué estaba haciendo. Se sentía profundamente inútil cuando él se plantaba a su lado, intimidante y bravucón, tan irreal que Ursula se echaba a temblar, se volvía neutra y nula. Él seguía vigilándola de todos modos, con aquella sonrisa receptiva y jovial en la mirada que era una verdadera amenaza. El director no decía nada, la obligaba a seguir con la lección, y Ursula se sentía hueca por dentro, sin alma. Por fin el director se retiraba, y su retirada era como una burla. La clase era suya. Ursula era una simple sustituta titubeante. El señor Harby pegaba y amenazaba a los alumnos, y los niños lo odiaban. Pero era él quien mandaba en el colegio. A pesar de que Ursula trataba a sus alumnos siempre con respeto y

amabilidad, ellos pertenecían al señor Harby, no a ella. Como un oculto mecanismo invencible, el director se reservaba todo el poder. Y los alumnos reconocían su poder. Y lo que contaba en la escuela era el poder y nada más que el poder.

Ursula pronto empezó a tenerle pavor, y en el fondo de su pavor había una simiente de odio, porque lo despreciaba, aunque fuera su jefe. Después se fue adaptando poco a poco. Los demás profesores también lo odiaban y descargaban su odio unos contra otros. Porque el señor Harby era el jefe, de los profesores y de los niños, imponía su autoridad sobre el rebaño como un toro. Daba la impresión de que ésta fuera la única razón de su existencia: ejercer ciegamente su autoridad sobre el colegio. Los maestros eran sus súbditos, tanto como los alumnos. Solo que, como los maestros tenían cierta autoridad, el director los detestaba por instinto.

Ursula no lograba convertirse en su favorita. Se enfrentó firmemente a él desde el principio. También se enfrentó a Violet Harby, a pesar de que no le resultaba antipática. Él, sin embargo, la sacaba de quicio, no había manera de entenderlo, era demasiado fuerte para Ursula. Intentó acercarse como se acerca a un hombre una muchacha inteligente, confiando en recibir cierta cortesía caballeresca. Pero el hecho de que Ursula fuera una muchacha, una mujer, o bien se pasaba por alto o bien era motivo de desprecio. Ursula no sabía qué era ni cómo tenía que ser. Quería ser fiel y responsable consigo misma.

Así, siguió dando sus clases. Trabajó amistad con la maestra de tercero, Maggie Schofield. La señorita Schofield tenía alrededor de veinte años y era una joven callada y distante con los demás profesores. Era muy hermosa, pensativa, y parecía vivir en otro mundo, más amable.

Ursula se llevaba el almuerzo al colegio, y la segunda semana empezó a comer en el aula de la señorita Schofield. El aula de tercero era una sala independiente, con ventanas en los dos lados, que daba al patio de recreo. Era un alivio inmenso encontrar aquel refugio en el ambiente crispado del colegio. Y es que allí había macetas con crisantemos y plantas de colores, y un tarro sembrado de fresas; había agradables imágenes en las paredes, fotograbados de Greuze y la *Edad de la inocencia* de Reynolds, que creaban una sensación de intimidad; así el aula, con sus ventanas, sus pupitres más pequeños y ordenados, sus pinturas y sus flores, agradó a Ursula a primera vista. Aquí por fin encontraba un leve toque personal al que podía responder.

Era lunes. Ursula llevaba una semana en la escuela y empezaba a acostumbrarse al ambiente, aunque por dentro seguía sintiéndose extraña. Le gustaba comer con Maggie. Aquél era el momento luminoso del día. Maggie era fuerte y distante, caminaba con paso lento y seguro por un camino difícil, sin renunciar a sus sueños. Ursula vivía la enseñanza en un estado de incomprensión y aturdimiento.

Sus alumnos salían a mediodía en pelotón, caóticamente. Ursula no era consciente de las huestes enemigas que con su tolerancia superior, su amabilidad y su *laissez-allier* estaba convocando contra ella. Los niños desaparecían, y ella se libraba de ellos,

nada más. Se iba corriendo a la sala de profesores.

El señor Brunt estaba encorvado sobre el hornillo, calentando un budín de arroz. Se incorporó entonces y, muy concentrado, removi6 con un tenedor la cazuela que estaba al fuego. Acto seguido la tap6.

–¿Aún no está listo? –preguntó Ursula alegremente, interrumpiendo su tensa concentración.

Siempre era alegre, risueña y agradable con todos los maestros. Porque se sentía como un cisne entre gansos, de una estirpe superior. Y su orgullo de ser un cisne en el inh6spito colegio aún no se había aplacado.

–Todavía no –dijo el señor Brunt, lac6nico.

–No sé si mi plato estará caliente –dijo ella, inclinándose junto al hornillo. En parte esperaba que él la mirase, pero el señor Brunt no le prestó atención. Ursula tenía hambre y metió el dedo ávidamente en la cazuela, para ver si el guiso de coles de Bruselas con patatas y carne estaba a punto. No lo estaba.

–¿Verdad que es divertido preparar la comida? –dijo.

–No sé –contestó él, extendiendo una servilleta en la esquina de una mesa, sin mirar a Ursula.

–Supongo que vivirá muy lejos para volver a casa.

–Sí –dijo él. Por fin se incorporó y miró a la muchacha. Tenía los ojos más azules, los ojos más penetrantes que Ursula había visto jamás. La miró fijamente, con creciente hostilidad–. Yo en su lugar, señorita Brangwen –dijo, con gesto amenazante–, sería un poco más estricto con los alumnos.

Ursula se asustó.

–¿Sí? –preguntó, con dulzura, aunque aterrorizada–. ¿No soy suficientemente estricta?

–¡Porque –continuó él, sin hacerle caso– la derrotarán si no los mete en vereda inmediatamente! La derrotarán y le causarán problemas, hasta que Harby la despida... Eso es lo que va a pasar... No aguantará usted aquí otras seis semanas... – y se llenó la boca de comida– si no los mete en vereda inmediatamente.

–Ah, pero... –dijo Ursula, con resentimiento, dolida. Estaba completamente aterrorizada.

–Harby no la ayudará. Dejará que siga usted como hasta ahora... Dejará que vaya de mal en peor, hasta que usted se rinda o él la despida. A mí me trae sin cuidado, pero no me haría ninguna gracia tener que ocuparme de la clase que usted deje.

Ursula detectó el tono acusatorio y se sintió condenada. De todos modos, el colegio seguía sin ser para ella una realidad concreta. Lo rehuía. Era una realidad, pero estaba fuera de ella. Y se rebeló contra la descripción que hacía el señor Brunt. Se negó a aceptarlo.

–¿Tan terrible será? –dijo, temblando, muy hermosa, pero con un deje de condescendencia, para no delatar sus temores.

–¿Terrible? –dijo el profesor, volviendo a sus patatas–. No sé lo que es terrible.

–Estoy asustada –dijo Ursula–. Los niños parecen tan...

–¿Qué? –dijo la señorita Harby, que entró justo en ese momento.

–Bueno, el señor Brunt dice que tengo que meter en vereda a mis alumnos –y se rió, incómoda.

–Sí, tienes que poner orden si quieres ser maestra –fue la respuesta trillada, dura y suficiente de la señorita Harby.

Ursula no dijo nada. Se sentía inútil ante ellos.

–Si quiere que la dejen vivir, no tiene más remedio –dijo el señor Brunt.

–Si no sabes poner orden, ¿de qué sirves? –dijo la señorita Harby.

–Y tiene que hacerlo usted sola –añadió el señor Brunt, en el tono implacable de los profetas–. Nadie la ayudará.

–¡Desde luego! –exclamó la señorita Harby–. Hay gente a la que no se puede ayudar. –Y se marchó.

Era horrendo aquel ambiente de hostilidad y desintegración, de voluntades enfrentadas en subordinación antagónica. El señor Brunt, sumiso, asustado, amargado y avergonzado, le daba miedo. Ursula quería salir corriendo. Solamente quería salir de allí, no comprender.

Entonces entró la señorita Schofield, y el ambiente se volvió más apacible. Ursula buscó al punto la confirmación de Maggie. Ella conservaba su personalidad dentro de aquel repugnante sistema de autoridad.

–¿Ha venido el mayor de los Anderson? –preguntó la señorita Schofield al señor Brunt. Y con aire frío, oficial, se pusieron a hablar de cierto problema que afectaba a dos alumnos.

La señorita Schofield cogió su plato marrón, y Ursula la siguió con el suyo en la mano. En la agradable aula de tercero, el mantel estaba puesto y había en la mesa un tarro con dos o tres rosas.

–Qué bonito es esto, qué distinto consigues que sea –dijo Ursula alegremente. Pero estaba asustada. El ambiente del colegio era opresivo.

–El aula grande –dijo Maggie Schofield–. ¡Es una desgracia estar ahí!

También ella hablaba con amargura. También ella vivía en la humillante posición de una servidora superior odiada por el director, por arriba, y por los alumnos, por abajo. Sabía que en cualquier momento podía recibir un ataque de cualquiera de las dos partes, incluso de las dos al mismo tiempo, porque las autoridades escucharían las quejas de los padres, y ambas partes se pondrían en contra de la autoridad espuria de la maestra.

Así, había en Maggie Schofield cierta distancia, dura y amarga, mientras se servía un sabroso plato de alubias doradas y caldo de color marrón.

–Es un guiso vegetariano –dijo–. ¿Quieres probarlo?

–Me encantaría –contestó Ursula.

Su comida parecía desagradable y vulgar al lado de aquel plato sabroso y limpio.

–Nunca he probado la comida vegetariana –dijo–. Pero seguro que está rica.

–En realidad no soy vegetariana –dijo Maggie–. Pero no me gusta traer carne al colegio.

–No –dijo Ursula–. Creo que a mí tampoco.

Y, una vez más, su espíritu respondió a la llamada de un refinamiento desconocido, de una libertad desconocida. Si todas las comidas vegetarianas eran tan buenas como aquélla, renunciaría encantada a la leve impureza de la carne.

–¡Qué bueno! –exclamó.

–Sí –dijo la señorita Schofield, y empezó a explicarle la receta. A continuación hablaron de ellas. Ursula le contó cómo había sido su vida en el instituto, y le habló de su reválida, presumiendo un poco. Se sentía insignificante en aquel ambiente tan feo. Maggie la escuchaba con gesto agradable y pensativo, aunque muy sombrío.

–¿No conseguiste encontrar un colegio mejor que éste? –preguntó al fin.

–No sabía cómo era –dijo Ursula, con reserva.

–¡Ah! –dijo la señorita Schofield, volviendo la cabeza con pesar.

–¿Es tan horroroso como parece? –preguntó Ursula, asustada, frunciendo ligeramente el ceño.

–Lo es –asintió la señorita Schofield con amargura–. ¡Ja! Es odioso.

Y Ursula se desanimó mucho al ver que también Maggie Schofield había caído en la misma trampa mortal.

–La culpa es del señor Harby –dijo Maggie–. Creo que me moriría si tuviera que volver al aula grande... Con las voces del señor Brunt y el señor Harby... ¡Ah!...

Volvió la cabeza, profundamente dolida. Había cosas que no podía soportar.

–¿Tan horrible es de verdad el señor Harby? –preguntó Ursula, adentrándose en su propio temor.

–¡Ése! Es un matón –dijo la señorita Schofield, levantando los tímidos ojos oscuros, que ardieron de tortura y desprecio–. No es malo, si te llevas bien con él y le pides consejo y lo haces todo a su manera... Pero... ¡Todo es tan ruin! Todo se reduce a pelear por los dos flancos... Y esos niños ¡son tan zafios!

Hablaba con dificultad y creciente resentimiento. Saltaba a la vista que había sufrido. Se sentía humillada en lo más hondo. A Ursula le dolía verla así.

–Pero ¿por qué es tan horrendo? –preguntó, con impotencia.

–No se puede hacer nada –dijo Maggie–. Por un lado lo tienes en contra a él, y por otro lado, hace que los niños se vuelvan contra ti. Los niños son tremendos. Hay que decirles todo lo que tienen que hacer. Todo, todo, tiene que salir de ti. Lo poco que aprenden cuesta una barbaridad... Y así es.

Ursula se sintió desfallecer. ¿Por qué tenía que asimilar todas estas cosas, por qué tenía que enseñar por la fuerza a cincuenta niños que no querían aprender, y sentirse continuamente amenazada por la envidia repugnante y vulgar de gente dispuesta a arrojarla a los pies de aquella manada de niños que la veían como una mediocre representante de la autoridad? Le daba pánico su tarea. Veía al señor Brunt, a la señorita Harby, a la señorita Schofield, a todos los maestros, quejarse de la ingrata

tarea de imponer a tantos niños un sistema de disciplina mecánica para reducirlos a todos a un estado de obediencia y atención automáticas, y obligarlos luego a asimilar diversos conocimientos. El primer paso de la enorme tarea consistía en reducir a sesenta niños a un determinado estado de conciencia o existencia. Dicho estado tenía que producirse automáticamente, imponiendo el maestro su propia voluntad y la voluntad del conjunto de la autoridad escolar sobre la voluntad de los niños. La clave estaba en que el director y los maestros tuvieran una misma voluntad de ejercer la autoridad, para dominar la voluntad de los niños. Pero el director era un hombre sectario y corto de miras. Los maestros no se sometían a su voluntad, sus voluntades individuales se negaban a subordinarse. Y así, reinaba en el colegio un estado de anarquía que en última instancia dejaba a juicio de los niños qué tipo de autoridad debía existir.

Había un conjunto de voluntades individuales que luchaban con todas sus fuerzas por imponer su propia autoridad. Por naturaleza, los niños nunca aceptarían sentarse en el aula y someterse al conocimiento. Había que imponerles una voluntad más firme y sabia. Y ellos siempre intentarían rebelarse contra esta autoridad. Por eso el principal problema de un maestro de una clase numerosa consistía en acercar la voluntad de los niños a la suya. Y esto solo se conseguía negando la propia personalidad y sometiéndose a un conjunto de normas, con el fin de alcanzar ciertos resultados cuantificables, de impartir ciertos conocimientos. Ursula, sin embargo, creía que iba a convertirse en la primera maestra sabia, que iba a convertir la tarea en una cuestión personal sin recurrir a la coacción. Creía plenamente en sí misma.

Así, se había metido en un lío monumental. En primer lugar, ofrecía a sus alumnos una relación que ellos, salvo en uno o dos casos, no tenían la sensibilidad suficiente para apreciar, y de este modo los demás quedaban al margen y se volvían contra ella. En segundo lugar, se estaba enfrentando pasivamente a la autoridad incuestionable del señor Harby, y esto la convertía en blanco fácil de los ataques de los demás profesores. Aunque no lo sabía a ciencia cierta, su instinto se lo advertía poco a poco. La torturaba la voz del señor Brunt. Siempre crispada, áspera, llena de odio, pero siempre monótona: la volvía loca, siempre la misma monotonía implacable y dura. Aquel hombre se había convertido en una máquina que funcionaba sin descanso. Sin embargo, el individuo que había en él vivía sometido a una fricción constante. ¡Era horroroso: todo odio! ¿Tenía que ser también ella así? Era consciente de la espantosa exigencia. Tenía que convertirse en lo mismo: olvidarse de su personalidad, convertirse en un instrumento, una abstracción, trabajar con determinados materiales, los alumnos, para alcanzar el objetivo de hacerles aprender equis cosas a diario. Y no podía someterse. No obstante era consciente de que el invencible cerco de hierro la iba encerrando poco a poco. Empezaba a no ver el cielo. A menudo, cuando salía al patio a la hora del recreo y veía un cielo radiante y azul, con sus nubes que cambiaban de forma, le parecía una pura fantasía, parte de un decorado. Su ánimo se había vuelto negro y estaba enredado en la enseñanza, su

personalidad encerrada en una prisión, abolida, sometida a una voluntad perversa y destructiva. ¿Cómo podía el cielo brillar de esa manera? No había cielo, no había aire libre y luminoso. Lo único real era el interior del colegio: duro, concreto, real y maligno.

A pesar de todo, no estaba dispuesta a consentir que el colegio la venciera. Se decía a todas horas: «No es para siempre, terminará». Siempre lograba ver más allá, ver el momento en que lo abandonaba. Los domingos, y en vacaciones, cuando estaba en Cossethay o en los bosques, donde las hayas habían perdido sus hojas, pensaba en el colegio de la iglesia de St. Philip y, con un esfuerzo de la voluntad, se representaba la imagen como un edificio sucio, pequeño y alargado que formaba un pequeño montículo bajo el cielo, mientras los inmensos hayedos se extendían a su alrededor y la tarde era espaciosa y magnífica. Los niños, los profesores, eran objetos insignificantes y remotos, muy remotos. Y ¿qué poder tenían sobre su espíritu libre? No eran nada más que un pensamiento fugaz, mientras paseaba levantando a puntapiés las hojas de las hayas, y ¡se esfumaban! Sin embargo, su voluntad se encontraba en continua tensión frente al colegio.

Profesores y alumnos la perseguían a todas horas. Jamás había sentido tanta pasión por la belleza del entorno. Sentada en el tranvía, por las tardes, el colegio a veces se borraba mientras Ursula contemplaba una espléndida puesta de sol. Y su corazón, incluso sus manos, clamaban por el delicioso resplandor del crepúsculo. Sentía un anhelo desesperado, casi doloroso. Casi llegaba a gritar en voz alta, ante la visión de aquel espléndido atardecer.

Porque estaba atrapada. De poco le valía decirse que el colegio no existía cuando salía de allí corriendo. Existía. Estaba dentro de ella, como un peso oscuro que dominaba sus movimientos. Estaba en el vano orgullo con que se alejaba rápidamente del colegio y de la relación que éste tenía con ella. Era la señorita Brangwen, maestra de quinto curso, la parte más importante de su personalidad se encontraba ahora en su trabajo.

Constantemente acechada, como si una oscuridad envolviera su ánimo y amenazara con abatirse sobre ella en cualquier momento, tenía la sensación de que algo, algo la aplastaba. Se resistía desesperadamente a reconocerse como maestra. Eso era para las Violet Harbys de este mundo. Ella quedaría absuelta de acusaciones. Pero era inútil negarlo.

Una especie de mano vigilante, en su fuero interno, parecía llevarla mecánicamente a la negación. Era incapaz de cumplir su cometido. En ningún momento lograba escapar del peso fatal de la certeza.

Y, así, se sentía inferior a Violet Harby. La señorita Harby era una maestra ejemplar. Sabía poner orden e infligir conocimiento a sus alumnos con notable eficacia. De nada le servía a Ursula decirse que era infinitamente superior a Violet Harby. Sabía que Violet Harby triunfaba allí donde ella fracasaba, en un cometido que era una especie de prueba para Ursula. Sentía un peso constante, un peso que la

aplastaba. Pasó estas primeras semanas tratando de negarlo, diciéndose que seguía siendo libre. Procuraba no sentirse en desventaja frente a la señorita Harby, procuraba conservar su sensación de superioridad. Pero tenía encima un peso enorme, que Violet Harby no podría resistir, y ella tampoco.

A pesar de que no se daba por vencida, no llegaba a ninguna parte. La situación de su clase empeoraba, se sentía cada vez más insegura en la docencia. ¿Debía retirarse y volver a casa? ¿Debía reconocer que se había equivocado de sitio, y dar un paso atrás? Su vida entera estaba a prueba.

Siguió adelante empecinada, ciega, esperando una crisis. El señor Harby ya había empezado a perseguirla. El pánico y el odio que el director inspiraba en Ursula crecían por momentos. Tenía miedo de que la atacara y la destruyera. Empezó a perseguirla, porque era incapaz de hacerse con la clase, porque su clase era el eslabón más débil de la cadena escolar.

Uno de sus delitos era que sus alumnos hacían mucho ruido y molestaban al señor Harby, que daba clases a séptimo en la otra punta del aula. Una mañana, Ursula puso a sus alumnos un ejercicio de redacción y empezó a pasearse entre los pupitres. Algunos niños tenían las orejas y el cuello sucio, olían mal, pero Ursula era capaz de pasarlo por alto. Iba corrigiendo entre las filas de bancos.

–Si decís que «tienen el pelaje marrón», ¿cómo se escribe «pelaje»? –preguntaba.

Había una pausa: los niños siempre se reían antes de responder. Habían empezado a burlarse de su autoridad sin reservas.

–Por favor, señorita: p-e-l-a-j-e –deletreó un chico en voz alta, con un deje burlón.

En ese momento pasaba por ahí el señor Harby.

–¡Levántate, Hill! –gritó.

Todos se sobresaltaron. Ursula miró al niño. Saltaba a la vista que era pobre, y muy ingenioso. Tenía el flequillo tieso, y el resto del pelo pegado a la cabeza flaca. Estaba pálido y demacrado.

–¿Quién te ha dicho que grites? –tronó el señor Harby.

El niño miró arriba y abajo, con aire culpable, cínico y reservado.

–Por favor, señor, estaba respondiendo –contestó, con la misma insolencia humilde.

–¡A mi mesa!

El chico echó a andar por el aula, con la chaqueta grande y negra arrugada y colgando como un pingajo triste, arrastrando las piernas delgadas, llenas de magulladuras en las rodillas, con la pesadez de los indigentes, sin apenas levantar los pies, calzados con unas botas fuertes. Ursula lo vio arrastrarse despacio por el aula. ¡Era uno de sus alumnos! Cuando llegó a la mesa del señor Harby, el niño dirigió una mirada con gesto furtivo a los chicos de séptimo, con una especie de sonrisa astuta y un desprecio doloroso. Luego, abatido, pálido, desaliñado, esperó amenazado por la mesa del director, con una pierna flaca doblada y la rodilla y el pie vueltos hacia fuera, las manos en los bolsillos caídos de su chaqueta de hombre.

Ursula intentó concentrarse en la clase. El niño le inspiraba cierto terror, a la vez que ardía de compasión por él. Tenía ganas de gritar. Era culpable del castigo que iba a recibir. El señor Harby la observaba mientras escribía en la pizarra. A continuación se volvió a los alumnos.

–Dejad las plumas –dijo.

Los alumnos dejaron las plumas y lo miraron.

–Brazos cruzados.

Retiraron los libros y cruzaron los brazos.

Ursula estaba paralizada, no podía reaccionar.

–¿De qué trata la redacción? –preguntó el señor Harby. Todas las manos se levantaron.

–Del... –empezó una voz titubeante, ávida por contestar.

–No os he dicho que respondáis –dijo el señor Harby. Su voz incluso podría resultar agradable, envolvente y melodiosa, de no ser por esa sempiterna amenaza velada. Estaba quieto, con los ojos chispeantes, las cejas negras y densas, mirando a la clase sin pestañear. Había algo fascinante en su actitud, y una vez más Ursula tenía ganas de gritar. Estaba completamente bloqueada, no sabía cómo se sentía.

–Bien, ¿Alice? –dijo el director.

–El conejo –canturreó una voz de niña.

–Un tema muy fácil para quinto curso.

Ursula se sintió avergonzada, incompetente. Había quedado en evidencia delante de sus alumnos. Y la atormentaba que todo fuera tan contradictorio. El señor Harby parecía muy poderoso, muy masculino, con sus cejas negras y su frente amplia, la mandíbula prominente, el bigote grande y largo: ¡tan viril y tan dotado de fuerza y poder masculinos, además de cierta belleza innata y ciega! Podía sentirse atraída por él como hombre. Pero su condición en el colegio era otra, estaba organizando un escándalo por una menudencia como que un niño había hablado sin permiso. Sin embargo, no era un hombre quisquilloso. Parecía animado por un espíritu perverso, empecinado y cruel, prisionero de una tarea demasiado insignificante y nimia para él, que sin embargo desempeñaba con una aquiescencia servil, porque tenía que ganarse la vida. No tenía más dominio de sí que el de esta voluntad absoluta, empecinada y ciega. Conseguía cumplir con su trabajo por pura obligación. Y su trabajo consistía en que los niños aprendieran a escribir correctamente la palabra «prudencia» y en poner una mayúscula después de un punto. Los machaba con estos detalles, rebosante de odio sojuzgado, sojuzgándose hasta volverse loco. Ursula sufría desesperadamente viendo al hombre de figura menuda, atractivo y poderoso que enseñaba a los alumnos. Era muy triste que tuviera que comportarse de este modo. Tenía un espíritu digno, poderoso y tosco. ¿Por qué le preocupaba tanto la redacción sobre «El conejo»? Pero su voluntad lo obligaba a enfrentarse a los alumnos, a insistir en un asunto tan trivial. Se había convertido en un hábito para él ser tan insignificante y tan vulgar, estar tan fuera de lugar. Ursula se percataba de lo vergonzoso de su situación,

de la maldad acumulada que a la larga le hacía arder de rabia perversa, lo transformaba en un ser encadenado, recalcitrante y pertinaz. Era una situación verdaderamente intolerable. La crispación era un suplicio para Ursula. Observó a los niños callados, atentos, como cristalizados en un orden y una forma rígida y neutra. El señor Harby tenía la facultad de cristalizar a los niños, de convertirlos en fragmentos duros, mudos y someterlos a su voluntad: a su voluntad brutal, que los dominaba exclusivamente por la fuerza. También ella tenía que aprender a someterlos a su voluntad: tenía que conseguirlo. Era su obligación, porque así era el colegio. El director había logrado que el orden cristalizara en la clase. Sin embargo, casi causaba horror ver que un hombre tan fuerte y poderoso necesitaba de todo su poder para semejante propósito. Había algo horrendo en su actitud. El brillo extraño y cordial de su mirada era decididamente perverso y desagradable, su sonrisa una tortura. No podía ser imparcial. No podía tener una intención clara y pura, solo podía ejercer su voluntad brutal. No creía en absoluto en la educación que infligía año tras año a sus alumnos. Tenía que intimidar, únicamente intimidar, aunque con ello torturase vergonzosamente su naturaleza íntegra, como una lanza desgarradora. Estaba completamente ciego y fuera de lugar, era repugnante. Ursula no soportaba mirarlo. La situación en su conjunto era un error catastrófico.

Terminada la lección, el señor Harby se retiró. Ursula oyó el silbido y el golpe de la vara al fondo del aula. Se le paró el corazón. No lo soportaba, no, no soportaba que azotaran al niño. Le entraron náuseas. Tenía que salir de aquel colegio, de aquella celda de tortura. Y su odio por el director se volvió definitivo y absoluto. Era una bestia. ¿No le daba vergüenza? Jamás debería habersele permitido perpetuar este acoso atroz y cruel. Hill volvió entonces arrastrando los pies, lloriqueando con aire lastimero. Había en su llanto una desolación que a Ursula casi le rompía el alma. Y es que, al fin y al cabo, si hubiera sabido inculcar disciplina en la clase, esto jamás habría ocurrido, nadie habría llamado a Hill para azotarlo con la vara.

Ursula empezó con la clase de aritmética. Pero estaba distraída. Hill se sentó en el último pupitre, agachado, lloroso, chupándose la mano. Pasó un buen rato. Ursula no se atrevía a acercarse al niño ni hablar con él. Estaba avergonzada. Y no podía perdonarle que fuera un bulto, lloroso, húmedo y gimiente.

Continuó corrigiendo las sumas. Pero los niños eran demasiados. No podía atenderlos a todos. Y Hill seguía presente en su conciencia. Por fin, el niño dejó de llorar y se puso a jugar en silencio, hecho un ovillo, con las manos encima del pupitre. Tenía churretes de lágrimas en las mejillas y una expresión limpia en la mirada, una especie de palidez como el cielo después de la lluvia. No guardaba ningún rencor. Ya se había olvidado de todo y esperaba recuperar la normalidad.

–Sigue con tus ejercicios, Hill –dijo Ursula.

Los niños no se tomaban en serio las operaciones aritméticas, y Ursula lo sabía, hacían trampas. Escribió otra suma en la pizarra. No daba abasto para toda la clase. Volvió al frente para vigilar. Algunos habían terminado. Otros no. ¿Qué debía hacer?

Por fin llegó la hora del recreo. Dio la orden de parar y, bien que mal, consiguió que los niños salieran del aula. Entonces se enfrentó al desordenado montón de cuadernos sin corregir y llenos de tachones, de reglas rotas y plumas mordisqueadas. Y se descompuso de angustia. Estaba cada vez más hundida en la miseria.

Los problemas se perpetuaban día a día. Siempre tenía montones de cuadernos que calificar, infinidad de errores que corregir, una tarea agotadora, que Ursula aborrecía. Y la situación iba de mal en peor. Cuando intentaba dedicarse algún elogio, diciéndose que las redacciones eran más vivas, más interesantes, veía que la caligrafía era cada vez más descuidada, que los cuadernos estaban más sucios e impresentables. Hacía cuanto podía, pero era inútil. No iba a tomárselo en serio. ¿Por qué tenía que hacer eso? ¿Por qué tenía que decirse que era importante, cuando ni siquiera era capaz de enseñar a los niños a escribir con pulcritud? ¿Por qué tenía que culparse?

Llegó el día de paga, y Ursula recibió cuatro libras, dos chelines y un penique. Ese día se sintió muy orgullosa. Nunca había tenido tanto dinero. Y se lo había ganado ella sola. Se sentó en el tranvía acariciando las monedas, temerosa de perderlas. La hacían sentirse reconocida y fuerte. Y, cuando llegó a casa, le dijo a su madre:

–Hoy he cobrado, madre.

–Sí –dijo su madre con frialdad.

Ursula dejó cincuenta chelines encima de la mesa.

–Por mi manutención –dijo.

–Sí –contestó su madre, sin coger el dinero.

Ursula estaba dolida. Pero había pagado sus gastos. Era libre. Pagaba por lo que tenía. Le quedaban treinta y dos chelines. Aunque era derrochadora por naturaleza, no pensaba gastar ni un céntimo, porque no soportaba la idea de esquilmar este yacimiento de oro puro.

Ahora tenía una posición independiente de sus padres. Era algo más que la hija de William y Anna Brangwen. Se había emancipado. Se ganaba la vida. Era un miembro importante de la comunidad trabajadora. Estaba convencida de que con cincuenta chelines al mes pagaba de sobra su manutención. Si su madre recibiera cincuenta chelines al mes por cada uno de sus hijos, contaría con veinte libras mensuales y además no tendría que gastar en ropa. Mejor que bien.

Era independiente de sus padres. Ahora estaba ligada a otras cosas. Ahora, Consejo Educativo era un nombre importante para ella, y tenía la sensación de que Whitehall, tan lejano, era su hogar en última instancia. Sabía qué ministro del gobierno ejercía el control supremo de la Educación, y lo veía como si en cierto modo estuviera relacionado con ella, como lo estaba su padre.

Tenía una personalidad nueva, una responsabilidad nueva. Ya no era solamente Ursula Brangwen, hija de William Brangwen. Era también la maestra de quinto curso de St. Philips. Y ahora todo giraba en torno a su posición de maestra de quinto curso,

nada más. Porque no podía escapar.

Tampoco podía triunfar. Ésta era su desgracia. Pasaban las semanas y no había una Ursula Brangwen libre y feliz. Solamente había una muchacha con este nombre, obsesionada porque no era capaz de hacerse con sus alumnos. Los fines de semana eran días de auténtica pasión, enloquecía al saborear la libertad, el mero hecho de tener la mañana libre, de sentarse con su bordado a dar puntadas de seda de colores, le causaba un placer intenso. Porque ¡la prisión la esperaba en todo momento! Estos días eran simplemente un respiro. Su corazón encadenado lo sabía muy bien. Así, se adueñaba plenamente de las rápidas horas del fin de semana y exprimía hasta la última gota de su dulzura, con leve y cruel desesperación.

No le contaba a nadie la tortura que estaba viviendo. No confiaba, ni a Gudrun ni a sus padres, lo horroroso que se le hacía ser maestra de escuela. Pero, cuando llegaba la noche del domingo y sentía la mañana del lunes a la vuelta de la esquina, se agarrotaba de pánico, consciente una vez más de la tensión y la tortura inminentes.

No se veía capaz de enseñar a aquel montón de brutos en aquel colegio brutal: nunca lo conseguiría, nunca. Sin embargo, si fracasaba, en cierto modo se iría a pique. Se vería obligada a reconocer su derrota a manos del mundo masculino, no podría ocupar un lugar en él, tendría que someterse al señor Harby. Y así continuaría eternamente, sin haber conseguido liberarse del mundo masculino, sin haber alcanzado la libertad del importante mundo del trabajo responsable. Maggie había sabido encontrar su sitio en este mundo, incluso ponerse al mismo nivel que el señor Harby y liberarse de él; y su espíritu deambulaba cada instante por avenidas lejanas y veredas poéticas. Maggie era libre. A pesar de todo, había en su voluntad cierto sometimiento. El señor Harby, el hombre, no sentía ninguna simpatía por la mujer reservada, por Maggie. El señor Harby, el director, respetaba a su maestra, la señorita Schofield.

Ursula, de momento, envidiaba y admiraba a Maggie. Aún tenía que llegar a donde había llegado su compañera. Aún tenía que hacer ese camino. Ocupaba una posición en el territorio del señor Harby y tenía que conservarla. Porque el director empezaba a atacarla sin tregua, a apartarla de su escuela. Ursula no sabía poner orden. Su clase era un desastre, el punto débil del mecanismo escolar. Por eso tenía que marcharse, para que alguien más eficiente ocupara su lugar, alguien capaz de imponer disciplina.

El director, por su parte, se había obsesionado con Ursula y estaba furioso. Solo quería deshacerse de ella. Había llegado al colegio, había ido de mal en peor semana tras semana, era una inútil redomada. El sistema del señor Harby, que equivalía para él a su propia vida, que era el resultado de su movimiento corporal, se encontraba atacado y amenazado desde el momento en que ella se incorporó. Ursula era el peligro que amenazaba con golpearlo y derribarlo físicamente. Y, ciegamente, meticulosamente, movido por un poderoso instinto de hostilidad, concentró todas sus fuerzas en expulsarla.

Ahora, cuando el señor Harby castigaba a algún niño, como castigó a Hill, por una ofensa «personal», redoblaba la dureza del castigo para subrayar que los azotes de propina eran responsabilidad de la incompetente maestra, por permitir estas situaciones. Cuando castigaba por una ofensa contra Ursula, el castigo era más leve, como si las ofensas contra ella no tuvieran importancia. Todos los niños lo sabían y obraban en consecuencia.

De vez en cuando, el señor Harby se abatía sobre los cuadernos como un ave de presa. Pasaba una hora entera recorriendo los pupitres, cogiendo los cuadernos uno por uno, comparando las páginas una por una, mientras Ursula, a su lado, soportaba las observaciones y los errores que él le señalaba delante de los niños. Era cierto que, desde su llegada, los cuadernos de redacción se habían vuelto cada vez más descuidados, desordenados y sucios. El señor Harby señalaba las páginas de la época anterior al régimen de Ursula y a continuación las posteriores, y montaba en cólera. Obligaba a muchos niños a coger sus cuadernos y ponerse delante de la clase. Y, cuando terminaba de examinar a conciencia a los alumnos callados y temblorosos, azotaba de buena gana a los autores de los delitos más graves, a la vista de todos los demás, verdaderamente poseído de rabia y decepción.

—¡Es increíble esta situación en una clase! ¡Es sencillamente vergonzoso! ¡No entiendo cómo habéis podido llegar a esto! Vendré todos los lunes a revisar los cuadernos. Así que no creáis que porque nadie os vigila vais a libraros de desaprender todo lo que habéis aprendido y volver a tercero hasta que no estéis capacitados. Revisaré todos los cuadernos todos los lunes...

Y dicho esto se marchaba echando chispas, con su vara, obligando a Ursula a enfrentarse a los alumnos pálidos y temblorosos: los rostros infantiles como un muro virgen de rencor, miedo y amargura, con el corazón rebosante de rabia y desprecio por Ursula más que por el director, la miraban fijamente con la acusadora expresión inhumana y fría de los niños. Y Ursula apenas acertaba a pronunciar unas palabras mecánicas. Cuando les daba una orden, los niños obedecían con insolencia y brusquedad, como si dijeran: «¿Crees que te obedeceríamos si no fuera por el director?». Ursula mandaba sentarse a los niños llorosos y apaleados, sabiendo que también se burlaban de ella y de su autoridad, que la responsabilizaban, por su debilidad, del castigo recibido. Y era plenamente consciente de la situación, tanto que incluso el horror que le inspiraban el castigo físico y el sufrimiento se transformaba en un dolor más profundo, en un juicio moral peor que cualquier herida.

A lo largo de la semana siguiente revisaría los cuadernos y castigaría los errores. Tomó la decisión con frialdad. Sus deseos personales dejaron de existir al menos por este día. No pondría nada de sí en el colegio. Sería exclusivamente la maestra de quinto curso. Ésa era su obligación. En el colegio, no sería nada más que la maestra de quinto curso. Tenía que olvidarse de Ursula Brangwen.

Así, pálida, encerrada, distante e impersonal por fin, dejó de ver a los niños, cómo bailaban sus ojos, su alma pequeña y extraña a la que no había que atormentar con

cosas como tener buena letra si eran capaces de plasmar sus pensamientos. No veía a los niños, solamente la tarea por hacer. Y, sin perder de vista la tarea, sin fijarse en los niños, apartó cualquier consideración personal para castigar en lugar de simpatizar, comprender y perdonar, para aceptar lo que antes sencillamente no le interesaba. Pero sus intereses ya no tenían cabida.

Era un suplicio, para la muchacha inteligente e impulsiva de diecisiete años, adoptar una actitud distante y formal, sin establecer un vínculo personal con los niños. Por espacio de unos días, después del suplicio del lunes, perseveró y cosechó algunos resultados. Pero aquél no era su estado natural, y poco a poco se fue relajando.

Hasta que llegó otro castigo. No había plumas suficientes para toda la clase. Mandó a un niño a pedírselas al señor Harby. El director vino en persona.

–¿No hay plumas suficientes, señorita Brangwen? –pregunto, con la sonrisa y la calma de la ira desmesurada.

–No, nos faltan seis –contestó Ursula, con las piernas temblorosas.

–¿Cómo es posible? –dijo el señor Harby, en tono amenazante. Acto seguido, mirando a los niños, preguntó–: ¿Cuántos han venido hoy?

–Cincuenta y dos –dijo Ursula, pero él empezó a contar a los niños, sin hacerle caso.

–Cincuenta y dos –dijo–. Y ¿cuántas plumas hay, Staples?

Ursula no dijo nada. El director haría caso omiso de su respuesta, porque había dirigido la pregunta al delegado.

–Qué cosa tan rara –dijo el señor Harby, mirando a los niños silenciosos con una leve mueca de ira. Todos lo miraban asustados, con gesto ausente–. Hace unos días –continuó– había sesenta plumas para esta clase. Ahora hay cuarenta y ocho. ¿Cuánto es sesenta menos cuarenta y ocho, Williams? –La pregunta causó una intriga siniestra. Un niño delgado, con cara de hurón y traje de marinero, se sobresaltó más de lo razonable.

–¡Por favor, señor! –dijo. A continuación hizo una mueca lenta y tímida. No lo sabía. Hubo un silencio tenso. El niño agachó la cabeza. Luego volvió a levantar la vista, con ligera expresión de triunfo y astucia, y contestó–: Doce.

–Te aconsejo que estés más atento –le advirtió el director. El niño se sentó.

–Sesenta menos cuarenta y ocho son doce: o sea que faltan doce plumas. ¿Las ha buscado, Staples?

–Sí, señor.

–Pues vuelva a buscarlas.

La escena se prolongaba. Se encontraron otras dos plumas: faltaban diez. Entonces se desató la tormenta.

–¿Tengo que consentir el robo, además del trabajo sucio y mal hecho y el mal comportamiento? –empezó a decir el director–. No contentos con ser la clase más sucia y de peor comportamiento del colegio, ¿ahora resulta que además sois ladrones?

¡Esto sí que tiene gracia! Las plumas no se diluyen en el aire: las plumas no tienen la costumbre de evaporarse. ¿Dónde están? Porque hay que encontrarlas, y las tienen que encontrar los niños de quinto. Los niños de quinto las han perdido y tienen que encontrarlas.

Ursula escuchaba con el ánimo endurecido y frío. Estaba muy ofendida, casi fuera de sí. Tuvo la tentación de volverse al director y decirle que se olvidara de unas miserables plumas. Pero se calló. No se atrevía.

Todos los días, por la mañana y por la tarde, Ursula contaba las plumas. Aun así seguían desapareciendo. También desaparecían los lapiceros y las gomas de borrar. No dejaba salir a nadie hasta que aparecían. Pero, en cuanto el señor Harby salía del aula, los niños empezaban a saltar y a dar voces, y al final salían corriendo atropelladamente.

La situación empezaba a ser crítica. Ursula no podía decírselo al señor Harby, porque castigaría a los niños, la presentaría a ella como culpable del castigo y los niños se lo harían pagar con burlas y desobediencia. El enfrentamiento entre la profesora y los alumnos era mortal a estas alturas. Cuando les hacía quedarse más tiempo por la tarde, para terminar algún trabajo, les oía decir a sus espaldas:

–Brangwen, Brangwen... Presumida del culo.

Cuando iba a Ilkeston con Gudrun, los sábados por la mañana, les oía gritar:

–Brangwen, Brangwen.

Fingía que no se daba cuenta, pero se ponía colorada cuando se burlaban de ella en plena calle. Ella, Ursula Brangwen de Cossethay, no podía liberarse de la maestra de quinto curso. De nada le servía ir a comprar una cinta para su sombrero. Los niños a los que intentaba enseñar la insultaban.

Y una tarde, cuando llegó al extremo de la ciudad y echó a andar por el campo, le lanzaron piedras. La vergüenza y la rabia la sobrepasaron. Siguió andando, sin hacer caso, fuera de sí. Estaba oscuro, y no veía quiénes eran los que le lanzaban piedras. Tampoco quería saberlo.

Sin embargo, algo cambió dentro de ella. Nunca, jamás, volvería a entregarse a sus alumnos como persona. Nunca más, Ursula Brangwen, la muchacha que era, la persona que era, establecería ninguna relación con aquellos niños. Sería la maestra de quinto curso, trataría a sus alumnos con tanta distancia como si jamás hubiera pisado el colegio St. Philips. Los borraría a todos y se quedaría al margen en lo personal, los trataría exclusivamente como alumnos.

Su expresión se volvió más hermética de día en día, y su alma desollada y desprotegida, de muchacha franca y afectuosa con sus alumnos, se convirtió en una máquina insensible y dura que funcionaba según las reglas de un sistema impuesto.

Al día siguiente apenas veía a los niños. Solamente sentía su determinación y pensaba qué hacer con aquella clase a la que tenía que someter. De nada servía ya apelar a los mejores sentimientos de los niños. Lo captó al vuelo.

Ella, como maestra, tenía que someterlos a todos, como alumnos. Y eso se

disponía a hacer. Renunciaría a todo lo demás. Se había vuelto dura e impersonal, casi se vengaba de sí misma tanto como de los niños, desde que le lanzaron piedras. No quería ser una persona, no quería ser ella misma después de semejante humillación. Haría valer su autoridad, sería exclusivamente una maestra. Estaba decidida. Dispuesta a pelear y dominar.

Para entonces sabía reconocer a sus enemigos en la clase. Odiaba a Williams más que a ninguno. Era algo torpe, aunque no tanto para clasificarlo como retrasado. Leía con fluidez y no le faltaba astucia. Pero no podía estarse quieto. Y tenía obsesión repulsiva por una niña muy sensible, un comportamiento perverso, enfermizo y degenerado. Una vez, en uno de sus arrebatos, le lanzó un tintero a esta niña. En dos ocasiones salió corriendo del aula. Era un personaje muy conocido.

Y se reía a escondidas de su maestra, a veces incluso la rondaba para adularla. Pero con esto solo conseguía que Ursula lo aborreciera todavía más. Era como una sanguijuela.

Ursula le quitó una vara a uno de los niños, y estaba dispuesta a utilizarla cuando la ocasión lo mereciera. Una mañana, en clase de redacción, le dijo a Williams:

–¿Por qué has hecho ese borrón?

–Perdón, señorita, se me ha escapado la pluma –gimoteó el niño, en un tono de burla que empleaba con mucha astucia. Los demás soltaron una carcajada. Porque Williams era todo un actor. Sabía picar con mucha sutileza los sentimientos del público. Animaba a los que estaban de su parte a ridiculizar a la maestra o cualquier otra autoridad que no le inspirara temor. Tenía este singular instinto carcelario.

–Tendrás que quedarte a repetir la página –dijo Ursula.

Esto era impropio de su sentido de la justicia, y el niño se lo tomó a broma. A las doce, la maestra lo sorprendió cuando ya se escabullía.

–Williams, siéntate –dijo.

Y se sentaron los dos, cada uno en su sitio, el niño enfrente de Ursula, en el último pupitre, sin dejar de mirarla con ojos furtivos.

–Por favor, señorita, tengo que hacer un recado –dijo, con descaro.

–Tráeme el cuaderno –contestó Ursula.

El niño se acercó dando golpes a los pupitres con el cuaderno. No había escrito ni una sola línea.

–Vuelve a tu sitio y haz la redacción –dijo Ursula.

Y se sentó con intención de corregir algunos cuadernos. Estaba temblando y enfadada. Y el dichoso niño se pasó una hora entera retorciéndose y riéndose. Al final había escrito cinco líneas.

–Como ya no hay tiempo –dijo Ursula–, terminarás lo que falta esta tarde.

El niño se marchó con insolencia, dando patadas por el pasillo.

Llegó la tarde. Ahí tenía a Williams, mirándola fijamente, y a Ursula le latía con fuerza el corazón, consciente de que entre ellos se había declarado la guerra. Lo vigilaba de cerca.

En clase de geografía, mientras Ursula señalaba el mapa con su vara, el niño no paraba de esconder la cabeza blanquecina debajo del pupitre, para llamar la atención de sus compañeros.

–Williams –dijo Ursula, armándose de valor, porque era imperativo dirigirse a él en aquel momento–, ¿qué estás haciendo?

El niño levantó la cabeza, sonriendo a medias con los ojos irritados. Había algo intrínsecamente obsceno en él. Ursula se asustó.

–Nada –contestó Williams, con sensación de victoria.

–¿Qué estás haciendo? –repitió Ursula, que se ahogaba de tan fuerte como le latía el corazón.

–Nada –contestó el niño, insolente, ofendido, cómico.

–Si tengo que volver a llamarte la atención, irás a ver al señor Harby –dijo Ursula.

Pero Williams era capaz de medirse incluso con el señor Harby. Era un chico insistente, rastrero y escurridizo, aullaba de tal modo cuando recibía unos azotes que el director se enfadaba más con la maestra, por enviarlo, que con el propio niño. Porque del niño estaba más que harto. Williams lo sabía. Se reía sin disimulo.

Ursula volvió al mapa para continuar con la lección de geografía. Pero el germen ya empezaba a propagarse por el aula. El espíritu de Williams los contagiaba a todos. Ursula oyó un revuelo y se echó a temblar por dentro. Si todos se rebelaban contra ella, estaba vez estaría vencida.

–Por favor, señorita –pidió una voz angustiada.

Ursula dio media vuelta. Un alumno por el que Ursula sentía simpatía sostenía con gesto compungido un cuello de celuloide roto. Ursula oyó la queja y se sintió inútil.

–Ven aquí, Wright –dijo.

Estaba temblando de la cabeza a los pies. Un chico grande y hosco, que no era malo pero sí muy difícil, se acercó con paso arrastrado. Ursula siguió con la lección, consciente de que Williams le hacía muecas a Wright y de que Wright se reía a sus espaldas. Estaba asustada. Se volvió de nuevo al mapa. Y estaba asustada.

–Por favor, señorita, Williams... –gritó una voz penetrante, y un chico de la última fila se levantó, con las cejas apretadas en una mueca de dolor, riéndose a medias de su dolor, a medias enfadado de verdad con Williams–. Por favor, señorita, me ha pellizcado –dijo, frotándose la pierna, muy compungido.

–Ven aquí, Williams –dijo Ursula.

El niño con cara de rata y sonrisa pálida no se movió de su asiento.

–Ven aquí –repitió Ursula, esta vez en tono tajante.

–No quiero –dijo el niño, gruñendo como una rata, sonriendo abiertamente.

Algo prendió en el ánimo de Ursula. Con la expresión y la mirada rígidas, cruzó la clase, directa al niño. Williams se acobardó al ver los ojos fulgurantes y fijos de Ursula. Pero no se detuvo, lo cogió de un brazo y lo levantó del asiento. Williams se aferró al pupitre. La batalla había estallado. El instinto de Ursula se volvió de repente

sereno y rápido. Tiró del niño y, entre sus pataleos y forcejeos, lo arrastró hasta el frente del aula. Williams le dio varias patadas, se agarraba a todo lo que encontraba a su paso, pero la maestra perseveró. Toda la clase se había puesto en pie, entusiasmada. Ursula se dio cuenta, pero no dijo nada.

Sabía que, si lo soltaba, el chico saldría corriendo por la puerta. Ya se había escapado una vez. Conque cogió la vara, que estaba encima de su mesa, y lo azotó. Williams se retorció y pataleaba. Ursula le vio la cara, blanca, con los ojos como un pez, petrificados, pero rebosantes de odio y terror. Y sintió un desprecio inmenso, casi insuperable, por aquel bulto espantosamente retorcido. Horrorizada de que pudiera derrotarla, pero muy serena en su fuero interno, siguió azotándolo, mientras el chico se resistía, emitía ruidos inarticulados y le lanzaba rabiosas patadas. Consiguió sujetarlo con una mano y alcanzarlo con la vara de vez en cuando. Williams se retorció como una furia. Pero el dolor de los azotes hizo mella en su violento y rebelde valor de cobarde, caló más hondo, hasta que al fin, con un gemido prolongado que se convirtió en grito, se dio por vencido. Ursula lo soltó, y el chico se abalanzó sobre ella, con los dientes y los ojos centelleantes. Por un instante, un pánico angustioso se apoderó de la maestra: aquello era una bestia salvaje. Entonces lo agarró y le dio con la vara. Varias veces, enloquecido, fuera de sí, Williams se retorció y la embistió para darle una patada. Pero la vara lo aniquiló una vez más, se dejó caer, con un aullido desgarrador, y se quedó en el suelo, aullando como un animal apaleado.

El señor Harby llegó corriendo cuando la actuación estaba a punto de concluir.

—¿Qué pasa? —vociferó.

Ursula tuvo la sensación de que iba a romperse por dentro.

—Le he pegado —dijo, con el pecho a punto de estallar, esforzándose para sacar las palabras con la última gota de aliento. El director se quedó paralizado de rabia, impotente. Ursula miró el bulto retorcido que aullaba en el suelo.

—Levántate —dijo. El bulto retorcido se alejó de ella. Ursula dio un paso al frente. Había reparado un segundo en la presencia del director, pero ya se había olvidado de él—. Levántate —repitió. Y el chico se levantó con un movimiento rápido. Los aullidos se convirtieron en gimoteos enajenados. Estaba fuera de sí—. Ve al radiador y quédate ahí —dijo Ursula.

Mecánicamente, gimoteando, Williams obedeció.

El director parecía privado de facultades para moverse o hablar. Se había puesto amarillo, retorció las manos convulsivamente. Pero Ursula seguía implacable, no muy lejos de él. Nada la afectaba ahora: estaba por encima del señor Harby. Se sentía mortalmente profanada.

El director murmuró unas palabras incomprensibles, dio media vuelta y cruzó el aula hasta el fondo, donde se le oyó vociferar a sus alumnos, desquiciado de rabia.

Williams gimoteaba ciegamente al lado del radiador. Ursula miró a sus alumnos. Cincuenta caras pálidas la observaban y un centenar de ojos la miraban fijamente,

atentos, sin ninguna expresión.

–Sacad los libros de historia –dijo a los encargados.

Se hizo un silencio mortal. Ursula volvió a oír el tic-tac del reloj, y el ruido sordo de los montones de libros que sacaban de un armario. A continuación sonó el aleteo de los libros en los pupitres. Los niños se los pasaban en silencio de mano en mano, trabajando al unísono. Habían dejado de ser una manada, estaban separados y aislados en su silencio.

–Abrid la página 125 y leed el tema –dijo Ursula.

Se oyó el chasquido de los libros al abrirse. Los niños encontraron la página y empezaron a leer, obedientes, agachando la cabeza. Leían mecánicamente.

Presa de un violento temblor, Ursula fue a sentarse. Williams seguía gimoteando. La voz estridente del señor Brunt, el rugido del señor Harby, llegaban amortiguados por la mampara de cristal. Y, de vez en cuando, un par de ojos se apartaban de la lectura y se posaban unos instantes en la maestra, vigilantes, como si hicieran cierto cálculo impersonal antes de volver al libro.

Ursula estaba muy quieta, con la mirada perdida en la clase, sin ver nada. Estaba muy quieta y débil. Tenía la sensación de que no podía levantar la mano de la mesa. Si se quedaba allí sentada eternamente, no podría volver a moverse ni a dar una orden. Eran las cuatro y cuarto. Casi temía el final de las clases, porque se quedaría sola.

Los alumnos empezaban a recuperar la tranquilidad, la tensión se atenuó. Williams seguía llorando. El señor Brunt daba órdenes para terminar la clase. Ursula se levantó.

–Vuelve a tu sitio, Williams –dijo.

El chico cruzó el aula arrastrando los pies, limpiándose la cara con la manga. Mientras se sentaba, miró furtivamente a la maestra, con los ojos todavía más enrojecidos. Parecía una rata apaleada.

Los niños se marcharon por fin. El señor Harby pasó por delante de Ursula a grandes zancadas, sin mirarla y sin decir nada. El señor Brunt se detuvo un momento mientras Ursula cerraba el armario.

–Si castiga también a Clarke y Letts, señorita Brangwen, se acabarán sus problemas –dijo, con una extraña mirada de camaradería en sus ojos azules, apuntando a Ursula con la nariz.

–¿Tengo que hacerlo? –contestó ella, con una risa nerviosa. No quería hablar con nadie.

Cuando iba por la calle, taconeando por la acera de granito, era consciente de que algunos niños la seguían. Algo le golpeó en la mano en la que llevaba el bolso, y le hizo daño. Vio rodar una patata. Le dolía la mano, pero no hizo ninguna señal. Pronto subiría al tranvía.

Se sentía asustada y extraña. Todo lo encontraba extraño y desagradable, como un sueño en el que se veía degradada. Prefería morirse antes que reconocerlo ante nadie.

No se atrevía a mirar la mano hinchada. Algo se había quebrado dentro de ella: había pasado un momento muy duro. Había pagado un precio por escarmentar a Williams.

Demasiado alterada para volver a casa, siguió hasta el centro del pueblo en el tranvía y bajó en la puerta de una tetería. En la trastienda pequeña y oscura, tomó un té con pan y mantequilla. No notaba el sabor de nada. Tomar el té era un acto mecánico, para olvidarse de su existencia. Envuelta en aquel ambiente oscuro y recóndito, no tenía conciencia de nada. Solamente notaba el dorso de la mano, que le dolía.

Cuando por fin se fue a casa, el atardecer teñía el cielo de rojo a poniente. No sabía por qué iba a casa. Allí no tenía nada. En realidad solo tenía que aparentar normalidad. No tenía con quién hablar ni adónde ir. Sin embargo, no le quedaba más remedio que seguir adelante en el atardecer rojo, sola, consciente del horror de la humanidad, que acabaría por destruirla, y contra el que estaba en guerra. Pero así tenía que ser.

Al día siguiente tenía que volver al colegio. Se levantó y fue sin murmurar siquiera para sus adentros. Estaba en manos de un poder más duro, grande y fuerte.

Los niños estaban bastante tranquilos. De todos modos, Ursula sabía que la observaban, preparados para el ataque. Su instinto era consciente del instinto de los alumnos, que la abatirían si daba muestras de debilidad. Conservó la sangre fría y se puso en guardia.

Williams no había ido al colegio. A media mañana, llamaron a la puerta: alguien quería ver al director. El señor Harby salió apresuradamente, enfadado y nervioso. Temía a los padres airados. Pasó unos momentos en el pasillo y volvió a entrar en el aula.

—Sturgess —llamó a uno de los alumnos mayores—. Ocúpate de la clase y apunta el nombre de todo el que hable. Venga conmigo, señorita Brangwen.

Parecía resuelto a cobrarse su venganza.

Ursula lo siguió hasta el patio, donde se encontró con una mujer delgada y pálida, no mal vestida, con un vestido gris y un sombrero violeta.

—He venido por Vernon —dijo la mujer, con acento educado. Su aspecto en conjunto era refinado y limpio, en curiosa contradicción con su actitud ligeramente mendicante y el rechazo físico que inspiraba, como un objeto podrido por dentro. No era ni una señora ni una mujer ordinaria, casada con un obrero, sino un ser aislado de la sociedad. A juzgar por su indumentaria, no era pobre.

Ursula comprendió al instante que era la madre de Williams, y que el chico era Vernon. Recordó que siempre iba limpio y bien vestido, con un traje de marinero. Y que tenía el mismo aspecto peculiar, en parte insano y transparente, como un cadáver.

—No ha podido venir a clase hoy —continuó la mujer, con falsa cortesía—. Ayer volvió a casa muy enfermo, se encontraba muy mal... Creí que iba a tener que avisar al médico. Ya sabe usted que no está bien del corazón.

La mujer miró a Ursula, con ojos pálidos y muertos.

–No –contestó la muchacha–. No lo sabía.

Se quedó paralizada de repugnancia e incertidumbre. El señor Harby, grande y masculino, con su imponente bigote, estaba a su lado, con una leve y desagradable sonrisa en la mirada. La mujer continuó insidiosamente, como si fuera del todo humana:

–Pues sí. Tiene una enfermedad del corazón desde muy pequeño. Por eso a veces falta a clase. Y pegarle está muy mal. Esta mañana estaba muy enfermo... Pasaré a avisar al médico de camino a casa.

–¿Quién está con él ahora? –terció astutamente la voz profunda del director.

–Lo he dejado con la mujer que viene a ayudarme... Ella lo entiende bien. Pero avisaré al médico de camino a casa.

Ursula seguía quieta. Detectaba una vaga amenaza en la situación. Pero la mujer le resultaba tan profundamente extraña que no la comprendía.

–Me ha contado que le han pegado –continuó la mujer–, y, cuando lo desnudé para meterlo en la cama, vi que tenía el cuerpo lleno de marcas. Se las puedo enseñar a cualquier médico.

El señor Harby miró a Ursula para que ella respondiera. Ursula empezaba a comprender. La madre amenazaba con denunciar la agresión contra su hijo, contra ella. Tal vez quisiera dinero.

–Le di unos azotes –dijo–. Me estaba incordiando mucho.

–Siento que la incordiará –contestó la mujer–, pero han debido de darle una paliza vergonzosa. Puedo enseñarle las marcas a cualquier médico. Estoy segura de que eso no está permitido, si llega a saberse.

–No paraba de darme patadas mientras lo castigaba –dijo Ursula, que empezaba a enfadarse al darse cuenta de que en cierto modo se estaba disculpando. El señor Harby observaba la situación con un brillo en la mirada, disfrutando del dilema en que se encontraban las dos mujeres.

–Le aseguro que siento mucho que se haya portado mal –dijo la mujer–. Pero no creo que merezca ese trato. No puedo traerlo al colegio, y lo cierto es que tampoco puedo pagar a un médico. ¿Se permite a los profesores pegar a los niños de esa manera, señor Harby?

El director se negó a contestar. Ursula se despreciaba y despreciaba al señor Harby, con su mirada centelleante, perversa y astuta. La mezquina mujer aguardaba su oportunidad.

Ursula seguía sin responder. Miró el patio asfaltado, por el que volaba un trozo de papel sucio.

–Estoy segura de que no se permite pegar a un niño de esa manera, sobre todo cuando está delicado de salud.

Ursula no dejaba de mirar el patio, como si no oyera. La situación era desesperante, y había dejado de sentir o de existir.

–Sé que Vernon a veces es difícil... Pero creo que esto ha sido excesivo. Tiene

señales por todo el cuerpo.

El señor Harby, firme e impasible, esperaba ahora que la escena terminara cuanto antes, con los ojos chispeantes y ligeramente fruncidos en las comisuras por una sonrisa irónica. Se sentía dueño de la situación.

–Y estaba muy enfermo. Era imposible que hoy viniera al colegio. No podía sostener la cabeza.

Ursula seguía sin responder.

–Comprenderá usted por qué ha faltado –dijo la mujer, volviéndose al señor Harby.

–Sí, claro –dijo el director, con indiferencia y aspereza. Ursula detestaba su triunfalismo masculino. Y aborrecía a la mujer. Lo aborrecía todo.

–Tenga en cuenta, señor, que padece del corazón. Se pone muy enfermo después de una cosa así.

–Sí –dijo el director–, lo tendré en cuenta.

–Sé que es un chico difícil –la mujer ahora se dirigía únicamente al director–, pero si pudieran castigarlo sin pegarle... De verdad está muy delicado.

Ursula empezaba a hartarse. El señor Harby conservaba su aire de autoridad suprema, y la mujer se aferraba a él en busca de su punto sensible.

–Tenía que venir a explicar por qué ha faltado esta mañana, señor. Usted lo comprenderá.

Le tendió la mano. Harby la estrechó y la soltó inmediatamente, sorprendido y enfadado.

–Buenos días –dijo la mujer, tendiendo a Ursula la mano sórdida, enfundada en un guante. No era una mujer mal parecida, tenía unos modales curiosos e insinuantes, muy desagradables, pero efectivos–. Buenos días, señor Harby, y gracias.

La figura del vestido gris y el sombrero violeta se alejaba por el patio del colegio, con paso lento y singular. Ursula sintió una rara compasión por ella, y también repugnancia. Se estremeció. Entró en el colegio.

A la mañana siguiente apareció Williams, más pálido que nunca, muy limpio y bien vestido con su chaqueta de marinero. Miró a Ursula con una media sonrisa: astuto, reservado, dispuesto a hacer lo que ella le ordenara. Algo en su actitud le produjo un escalofrío. No soportaba la idea de haberle puesto las manos encima. El hermano mayor de Williams estaba en la puerta del patio a la hora del recreo, un joven de unos quince años, alto, delgado y pálido. Se levantó el sombrero, casi como un caballero. Pero también él tenía un aire insidioso y reservado.

–¿Quién es? –preguntó Ursula.

–Es el mayor de los Williams –dijo Violet Harby–. Ella vino ayer, ¿verdad?

–Sí.

–No le ha servido de nada... No tiene suficiente carácter para crear problemas.

Ursula temía el escándalo y la brutalidad. Pero al mismo tiempo le inspiraban una vaga fascinación morbosa. ¡Qué sórdido le parecía todo! Sentía lástima de la extraña

mujer de andar lento, y de aquellos niños insidiosos y extraños. Al Williams de su clase le pasaba algo raro. Qué desagradable era todo en general.

La batalla continuó hasta que Ursula se encontraba al límite. Tuvo que someter a otros cuantos niños para dejar bien sentado quién mandaba. Y el señor Harby la odiaba casi tanto como si fuera un hombre. Ahora estaba convencida de que solo una buena tunda aplacaría a los gamberros que se empeñaban en jugar con ella al ratón y al gato. El señor Harby no estaba dispuesto a zurrarlos si podía evitarlo. Porque odiaba a la maestra, a la altiva e insolente señorita que hacía valer su independencia.

—Vamos a ver, Wright, ¿qué has hecho esta vez? —preguntó en tono cordial al alumno de quinto curso al que Ursula había enviado para que él lo castigara. Y el director dejó al chico ahí, sin hacer nada, perdiendo el tiempo.

En vista de esto, Ursula no volvió a recurrir al director y, cuando la sacaban de quicio, cogía la vara y, con la mirada desesperada y perdida, casi brillando de ira gélida, pegaba al niño que se mostraba insolente, en la cabeza, en las orejas y en las manos. Al final todos la temían, Ursula consiguió imponerles disciplina.

Sin embargo, su espíritu había tenido que pagar un precio muy alto. Parecía como si una llama gigantesca hubiera calcinado su tejido sensible. Ella, que se asustaba al pensar en cualquier modalidad de sufrimiento físico, se había visto obligada a combatir y azotar con una vara, despertando su instinto de herir. Y después se había visto obligada a soportar los gimoteos y la desolación de los niños, sometidos por la fuerza.

Y a veces tenía la sensación de que iba a volverse loca. ¿Qué más daba, qué más daba si ensuciaban los cuadernos y no obedecían? Ursula de hecho prefería que desobedecieran todas las normas del colegio antes que verlos apaleados, rotos, reducidos a aquel estado de llanto y desesperación. Prefería mil veces soportar sus insultos y su insolencia a rebajarse y rebajarlos de esta manera. Se arrepentía profundamente de haber perdido la cabeza y haber sometido al niño a palos.

Pero así tenía que ser. No quería hacerlo. Pero tenía que hacerlo. Ah, ¿por qué, por qué se había aliado con este sistema perverso que la forzaba a embrutecerse para sobrevivir? ¿Por qué se había hecho maestra, por qué, por qué?

Los niños la habían forzado a dar palizas. No, no se compadecía de ellos. Había llegado al colegio llena de bondad y amor, y ellos la habían destrozado. Preferían al señor Harby. Muy bien, entonces tendrían que conocerla tan bien como conocían al señor Harby, tenían que someterse a ella para empezar. No estaba dispuesta a consentir que nadie la anulase, de ningún modo, ni los niños ni el señor Harby ni el sistema educativo. No se dejaría aplastar, no la impedirían ser libre. Nadie podría decir de ella que no había estado a la altura de las circunstancias. Lucharía y conservaría su posición también en este ámbito, en el mundo del trabajo y de las convenciones masculinas.

Se aisló entonces de la vida de su niñez, se sumió como una extraña en un mundo nuevo de trabajo y consideración mecánica. Hablaba con Maggie de la vida y las

ideas, a la hora de comer y en sus encuentros ocasionales en un pequeño restaurante. Maggie era una sufragista convencida, confiaba en el voto. Para Ursula el voto nunca había sido real. Había experimentado en lo más hondo la extrañeza y la pasión de la religión y de la vida, que trascendían ampliamente los límites del sistema automático del voto. Sin embargo, su conocimiento orgánico y esencial aún estaba por cobrar forma y encontrar la manera de expresarse.

Para Ursula, como para Maggie, la libertad de las mujeres era una cuestión importante y profunda. Tenía la sensación de que en alguna parte, en algún aspecto, no era libre. Y quería serlo. Se sublevaba. Y es que cuando alcanzara la libertad podría ir a cualquier parte. Ah, ¡ese lugar cualquiera, maravilloso y real que se encontraba fuera de su alcance, ese lugar cualquiera que sentía muy dentro!

Salir al mundo a ganarse la vida suponía un paso decisivo y cruel en el camino de su liberación. De todos modos, disponer de mayor libertad servía únicamente para adquirir una conciencia más profunda de su enorme carencia. Deseaba muchas cosas. Quería leer libros extraordinarios y hermosos, enriquecerse con ellos; quería contemplar cosas hermosas, disfrutar eternamente de ellas; quería conocer a gente importante y libre; y ahí estaba, a todas horas, esa necesidad que no sabía nombrar.

¡Qué difícil le resultaba! ¡Había tantas cosas, tanto por descubrir y superar! Y una nunca sabía adónde iba. Era un combate ciego. Había sufrido amargamente en el colegio St. Philips. Se sentía como un potrillo maltratado por los ejes del carro y privado de su libertad. Y ahora sufría amargamente el suplicio de los ejes. El suplicio, la hiel, la infamia de su desgarró. Lo sentía en el alma. Pero jamás se sometería. A ejes como aquéllos, no se sometería por mucho tiempo. Sin embargo, quería conocerlos. Quería servirlos para poder destruirlos.

Iba a muchos sitios con Maggie, a reuniones de sufragistas en Nottingham, a conciertos, a teatros, a exposiciones de pintura. Ahorró dinero y se compró una bicicleta, y las dos amigas iban pedaleando a Lincoln, a Southwell y a Derbyshire. Tenían una fuente de conversación inagotable. Y era delicioso descubrir y encontrar tantas riquezas.

Ursula nunca le habló a Maggie de Winifred Inger. Eso era una especie de secreto incidental en su vida que no debía revelar a nadie. Ni siquiera pensaba en lo ocurrido. Era la puerta cerrada que no tenía fuerzas para abrir.

Desde que se entregó a la enseñanza, Ursula había empezado a tener una vida nueva y propia. En un plazo de dieciocho meses ingresaría en la universidad. Entonces obtendría un título y tal vez, sí, tal vez, sería una gran mujer y lideraría un movimiento. ¿Quién sabe? De todos modos iría a la universidad en un plazo de dieciocho meses. Ahora lo único que contaba era el trabajo y nada más que el trabajo.

Hasta que llegara el momento de marcharse a la universidad, no tenía más remedio que seguir dando clase en el colegio St. Philips y, aunque siempre estaba destrozada, ahora sabía manejar la situación sin volcar en ella su vida entera. La acataría temporalmente, sabiendo que tenía fecha de caducidad.

La propia docencia llegó a convertirse casi en un acto mecánico. Era una prueba para ella, una prueba ardua y agotadora, siempre antinatural. No obstante, encontraba cierto placer en el olvido absoluto de la enseñanza, tanta tarea, tantos niños que atender, tantas cosas de las que ocuparse, y llegaba a olvidarse de sí misma. Cuando el trabajo se convirtió en rutina, y su espíritu logró quedarse al margen, desarrollarse en otra parte, Ursula estaba casi feliz.

Su verdadera personalidad individual se afianzó y cobró mayor coherencia a lo largo de estos dos años de enseñanza, en combate con los pormenores de su cometido. Sentía el colegio como una prisión. Pero era una prisión en la que su espíritu desenfrenado y caótico se endurecía y conquistaba su independencia. Cuando se sentía bien, cuando no estaba cansada, no aborrecía la enseñanza. Disfrutaba siguiendo el ritmo del trabajo a lo largo de la mañana, aplicándose con todas sus fuerzas para que el mecanismo funcionara como es debido. Era una modalidad de ejercicio extenuante. Y su espíritu podía descansar, disponía del tiempo de letargo necesario para recuperar las fuerzas. Aun así, las horas de enseñanza eran demasiado largas, las tareas demasiado tediosas, y la disciplina del colegio demasiado antinatural para Ursula. Adelgazó mucho y estaba débil.

Por las mañanas, camino del colegio, veía las flores del espino humedecidas, sus semillas rosáceas flotando en un cuenco de rocío. Las alondras entonaban su trémulo canto al nuevo sol, y todo el campo estaba alegre. Era una violación zambullirse en el polvo y la grisura del pueblo.

Se paraba delante de la clase incapaz de entregarse a la actividad de la enseñanza, de transformar su energía, que suspiraba por los campos y la dicha de los comienzos del verano, para dominar a cincuenta niños e inculcarles un poco de aritmética. Estaba algo ausente. No conseguía caer en el olvido. Un tarro con ranúnculos y perejil loco en la repisa de la ventana la transportaba a los prados, donde la exuberancia de la hierba casi sumergía las margaritas y los ramilletes rosados de la flor de cuclillo. Pero lo que veía delante eran las caras de cincuenta niños. Casi parecían enormes margaritas desdibujadas entre la hierba.

Había un brillo en su expresión, una leve irrealidad en su manera de enseñar. No veía a los niños del todo. Combatía entre dos mundos, el suyo propio, de flores y joven verano, y este otro mundo del trabajo. Y entre ella y los alumnos se interponía el destello de su propio sol.

La mañana transcurría con una lejanía y una quietud extrañas. Llegaba la hora de comer y pasaba un rato feliz en compañía de Maggie, con las ventanas abiertas de par en par. Después iban al cementerio de St. Philips, donde había un rincón en sombra debajo de los espinos rojos. Y allí hablaban y leían a Shelley o a Browning, o algún libro sobre «Las mujeres y el trabajo».

Y, otra vez en clase, Ursula seguía existiendo en el rincón en sombra del cementerio, donde los pétalos sonrosados y rojos esparcidos al pie del árbol parecían un manto de conchas diminutas en una playa, y unas veces las campanas redoblaban

con grandilocuencia, y otras veces cantaba un pájaro, mientras la voz de Maggie se entrelazaba dulce y suave.

En días como éstos su espíritu estaba feliz: ah, estaba tan feliz que deseaba coger su alegría y esparcirla a manos llenas. También hacía felices a los niños, les producía un cosquilleo de placer. Pero esta tarde, los niños no eran un grupo de colegiales para ella. Eran flores, pájaros, animalillos despiertos, niños, cualquier cosa. No eran alumnos de quinto curso. No se sentía responsable de ellos. Por una vez, enseñar era un juego. Y si se equivocaban en las sumas... ¿qué más daba? Escogió una lectura agradable. Y, en lugar de datos históricos, les leyó un cuento precioso. Y, en lugar de estudiar gramática, analizaron un texto que no era difícil, porque ya lo habían hecho antes:

Tendrá la agilidad de un cervatillo
que loco de alegría corre por las praderas
o brinca por los montes^[27].

Lo escribía de memoria, porque le gustaba.

Así, la tarde dorada se apagó poco a poco, y Ursula se fue a casa feliz. Había terminado el día en la escuela y era libre para sumergirse en el radiante atardecer de Cossethay. Le encantaba el paseo hasta casa. Pero no venía del colegio. Venía de jugar en el colegio, bajo las flores rojas del espino.

No podía seguir así. Se acercaba el examen trimestral y sus alumnos no estaban preparados. Le exasperaba tener que abandonar su felicidad y aplicarse con todas sus fuerzas para forzar a aquel montón de niños a hacer operaciones aritméticas con ahínco. Ellos no querían trabajar, ella no quería forzarlos. Sin embargo, algo le remordía la conciencia, le decía que no estaba haciendo su trabajo como debía. Se desesperaba y daba rienda suelta a su enfado con los niños. El día se convertía entonces en un combate de odio encarnizado, y Ursula volvía a casa abatida, con la sensación de que le habían arrebatado la tarde dorada, de que estaba encarcelada en una celda oscura y asfixiante, encadenada a la conciencia de haber hecho mal su trabajo.

¿De qué servía que fuera verano, que hasta la tarde, cuando empezaban a vocear las codornices, las alondras elevaran el vuelo a las alturas de la luz para cantar una vez más antes de que cayera la noche? ¿De qué servía todo, si ella no estaba en armonía, si solo tenía presente la carga y la vergüenza de aquel día en el colegio?

Seguía odiando el colegio. Seguía llorando, seguía sin creer en la enseñanza. ¿Por qué tenían que aprender los niños, y por qué tenía ella que enseñarles? Era lo mismo que pulverizar el viento. ¿Qué clase de locura convertía la vida en esto, en el cumplimiento de un deber absurdo y artificial? Era todo falso, todo antinatural. El colegio, las sumas, la gramática, los exámenes trimestrales, los certificados: era todo una nada estéril.

¿Por qué tenía que entregar su lealtad a este mundo y permitir que la dominara hasta el punto de que su mundo de sol cálido y vida en crecimiento, rebosante de savia, se convirtiera en nada? No iba a consentirlo. No iba a ser prisionera del áspero y tiránico mundo masculino. No iba a tomarse el más mínimo interés. ¿Qué más daba que sus alumnos tuvieran malos resultados en los exámenes trimestrales? ¿Para qué? ... ¿Qué más daba?

Sin embargo, cuando llegó la hora y los resultados de su clase fueron malos, Ursula se desanimó mucho, la dicha del verano se esfumó para ella y se sumió en la melancolía. En realidad no podía escapar de aquel sistema del mundo y del trabajo para perderse en los campos, donde era feliz. Tenía que ocupar su sitio en el mundo laboral, ser un miembro reconocido y con plenos derechos. En este momento, eso era más importante para ella que los campos, el sol y la poesía. Y, al mismo tiempo, cada vez era más enemiga de ese mundo.

Era muy difícil, pensaba, en las largas horas de tregua de las vacaciones de verano, ser ella misma, su yo feliz que tanto disfrutaba tendido al sol, jugando, nadando, contento, y al mismo tiempo ser la maestra de escuela que conseguía resultados con sus alumnos. Soñaba con el día en que ya no tuviera que ser maestra. Pero, vagamente, sabía que la responsabilidad la había impregnado para siempre. Y de momento, su principal tarea era el trabajo.

Pasó el otoño, se acercaba el invierno. Y Ursula estaba cada vez más inmersa en el mundo del trabajo y en eso que se llama vida. No alcanzaba a ver su futuro, aunque faltaba poco para su ingreso en la universidad, donde pasaría dos o tres años formándose, sin coste alguno. Ya había presentado su solicitud y tenía una plaza para el curso siguiente.

Así, siguió estudiando para ir bien preparada. Estudiaba francés, latín, inglés, matemáticas y botánica. Iba a clases en Ilkeston, por las tardes. Porque tenía que conquistar aquel mundo, adquirir aquellos conocimientos, conseguir aquella titulación. Y se aplicaba a fondo, movida por una necesidad interior. Prácticamente todo quedaba ahora subordinado a este deseo de ocupar su lugar en el mundo. No se preguntaba cómo sería ese lugar. El deseo la impulsaba ciegamente. Tenía que ocupar su lugar.

Sabía que nunca llegaría ser una maestra extraordinaria. Pero tampoco había fracasado. Lo aborrecía, pero había logrado tomar las riendas.

Maggie dejó el colegio St. Philips cuando encontró un puesto más agradable. Las jóvenes siguieron siendo amigas. Coincidían en las clases nocturnas, estudiaban y se infundían mutuamente ánimo y esperanza. No sabían adónde iban ni lo que querían en definitiva. Pero sabían que querían aprender, conocer y actuar.

Hablaban del amor y el matrimonio, y de la posición de la mujer en el matrimonio. Maggie decía que el amor era la flor de la vida, que florecía inesperadamente, sin atenerse a ninguna ley, y había que cogerla donde se encontrara y disfrutar de su breve duración.

Esto a Ursula no la convencía. Creía que aún seguía enamorada de Anton Skrebensky. Pero no podía perdonarle que no hubiera tenido la fortaleza suficiente para reconocerla. La había rechazado. Entonces ¿por qué lo amaba? ¿Por qué era el amor tan absoluto? No lo creía. Creía que el amor era un medio, no un fin en sí mismo, como parecía pensar Maggie. Y siempre encontraría el camino del amor. Pero ¿adónde llevaba?

–Creo que hay muchos hombres en el mundo a los que una podría amar... No existe el hombre único –decía Ursula.

Pensaba en Skrebensky. Su corazón se había quedado vacío después de conocer a Winifred Inger.

–Pero hay que distinguir entre el amor y la pasión –decía Maggie, y con un deje de desprecio, añadía–: Es muy fácil que un hombre se apasione por una mujer, pero no que la ame.

–Sí –asentía Ursula, con vehemencia y una expresión de dolor, casi con fanatismo–. La pasión no es más que una parte del amor. Y parece tan importante solo porque sabemos que no puede durar. Por eso en la pasión nunca hay felicidad.

Era partidaria acérrima de la alegría, de la felicidad y de lo permanente, en contraste con Maggie, que lo era de la tristeza y de la inevitable fugacidad de las cosas. Ursula sufría horrores en manos de la vida, Maggie siempre estaba sola, siempre alejada, envuelta en una tristeza densa y reflexiva que era casi como la carne para ella. El último invierno de Ursula en el colegio St. Philips, la amistad entre las jóvenes alcanzó su punto culminante. Fue a lo largo de ese invierno cuando Ursula sufrió y disfrutó más intensamente de la tristeza esencial y el aislamiento de Maggie. Maggie disfrutaba y sufría con la batalla que Ursula libraba contra los límites de su vida. Y las muchachas empezaron a alejarse cuando Ursula rompió con esa forma de vida en la que Maggie tenía que seguir encerrada.

Capítulo XIV

El círculo se ensancha

Los Schofield, la familia de Maggie, vivían en la espaciosa vivienda del jardinero de Belcote Hall, que en parte era una granja. La casa grande era demasiado húmeda para vivir en ella, y los Schofield hacían las veces de guardeses, guardabosques, agricultores y ganaderos, todo al mismo tiempo. El padre cuidaba los bosques y se dedicaba a la cría de ganado, el hijo mayor se ocupaba del huerto, en los grandes jardines de la finca, y el segundo de los hijos era granjero y jardinero. Eran una familia numerosa, como los Brangwen de Cossethay.

A Ursula le encantaba pasar temporadas en Belcote, donde los hermanos de Maggie la trataban como a una gran señora. Los dos eran hombres apuestos. El mayor de los hijos tenía veintiséis años. Era el hortelano, no demasiado alto, pero fuerte y de buena constitución, ojos castaños, cálidos y serenos, facciones agradables y bien talladas, moreno, con un bigote largo y rubio del que se tiraba cuando hablaba con ella.

Ursula estaba emocionada por lo atentos que se mostraban los dos hermanos cuando ella se acercaba. Era capaz de hacer que sus ojos se iluminaran y temblaran, que Anthony, el mayor, se retorciera el bigote sin parar. Era consciente de que podía manejarlos casi a su antojo con su risa clara y su conversación. A ellos les encantaban las ideas de Ursula, la miraban sin pestañear cuando hablaba con vehemencia de política o economía. Y ella, mientras hablaba, veía brillar los ojos dorados de Anthony, que la observaban como un sátiro. Él no escuchaba lo que decía, la escuchaba a ella. Y Ursula se entusiasmaba.

Anthony parecía satisfecho como un fauno cuando iba con Ursula a los invernaderos a ver las verduras y otras plantas deliciosas, las prímulas rosas que cabeceaban entre sus hojas, las cinerarias que alardeaban de sus colores, violeta, carmesí y blanco. Ella se interesaba por todo y él se lo explicaba con suma precisión, de una manera curiosa, pedante, que a Ursula le hacía reír. Se interesaba de verdad por lo que hacía Anthony. Y él tenía aquella luz singular en su expresión, como el brillo en los ojos del chivo atado de la sog a las verjas de la granja.

Bajaban juntos al sótano cálido, donde en la oscuridad ya empezaban a brotar los botones amarillos del ruibarbo. Anthony acercaba el farol a la tierra oscura. Y Ursula veía las puntas de los brotes relucientes que asomaban en el tallo grueso y rojo, que empujaban la tierra blanda como la punta de una llama. Él la miraba, y la luz se reflejaba en sus ojos y sus dientes cuando se reía, con un leve relincho musical. Estaba muy atractivo. Y Ursula oía un sonido nuevo, el relincho levemente musical de la risa de Anthony, que se retorció el bigote y tenía en los ojos una mirada

luminosa, fría, firme, una sonrisa arrogante. Había cierta jactancia en su actitud, y Ursula no podía evitar un arranque de consentimiento, una nota de aceptación. Sin embargo, Anthony era muy humilde, su voz como una caricia. Le daba la mano para ayudarla a subir los peldaños de una cerca. Y Ursula se apoyaba en la vitalidad de su firmeza, que temblaba sin quebrarse para sostenerla.

Cobraba conciencia de él como si estuviera hipnotizada. En su estado de discernimiento habitual, no tenía nada que ver con él. Pero la naturalidad tan peculiar con que Anthony entraba en casa, sin hacerse notar, el poder de su mirada fría y centelleante sobre ella, era como un hechizo. En los ojos de Anthony, como en los ojos grises y claros de un chivo, había algo del fuego continuo y duro de la luz de la luna que nada tenía que ver con el día. Ursula se ponía alerta, y al mismo tiempo, su raciocinio se extinguía por completo. Era todo sentidos, únicamente sus sentidos estaban vivos.

Después lo vio el domingo, vestido de domingo, con el propósito de impresionarla. Y a Ursula le pareció ridículo. Se aferró al efecto ridículo de su envarado traje de domingo.

Notaba que Anthony trataba a Maggie con cierta deslealtad. La pobre Maggie se retiraba, como si la hubieran traicionado. Maggie y Anthony eran enemigos por instinto. Ursula se sentía obligada a acercarse a su amiga rebosante de cariño y de una compasión conmovedora. Y Maggie respondía con cierta frialdad. Entonces, la poesía, los libros y el conocimiento pasaban a ocupar el lugar de Anthony, con sus movimientos de chivo y su humor frío y brillante.

Negó mientras Ursula estaba en Belcote. Por la mañana, un manto de nieve cubría los rododendros.

—¿Salimos? —dijo Maggie.

Había perdido en parte su seguridad de líder, y se mostraba ahora dubitativa, algo reservada con su amiga.

Cogieron la llave de la verja y pasearon por los jardines. Era un mundo blanco, con los árboles y los bosques oscuros y erguidos bajo un cielo gélido. Dejaron atrás la casa solariega, cerrada y silenciosa, imprimiendo en la nieve de la avenida las huellas de sus pasos. Al fondo de los jardines, bastante lejos, un hombre cargaba brazadas de heno sobre la nieve. Era una silueta pequeña y oscura, sus movimientos como los de un animal inconsciente.

Ursula y Maggie continuaron explorando hasta un arroyo frío y tintineante que había abierto un pequeño reguero y corría, oscuro, entre la nieve. Vieron brillar los ojos de un petirrojo, lo vieron esconderse, escarlata y gris, entre las frondas del seto, alborotando a un herrerillo azul con sus coquetas rayas. El arroyo se deslizaba, frío, riendo para sus adentros.

Siguieron andando por la hierba nevada hasta el estanque, cubierto por una fina capa de hielo. En la orilla había un árbol grande, con el tronco cubierto de hiedra enroscada, doblado casi en horizontal sobre el estanque. Ursula trepó alegremente y

se sentó entre las frondas de hiedra brillante y las bayas de color apagado. Las hojas de la hiedra eran como lanzas verdes, con nieve en la punta. Debajo se veía el hielo.

Maggie sacó un libro, se sentó en el tronco, más cerca del suelo, y empezó a leer un poema de Coleridge: *Christabel*. Ursula escuchaba a medias. Estaba profundamente emocionada. De pronto vio que Anthony se acercaba por la nieve, con su paso confiado, ligeramente ufano. Tenía la tez de un color pardo y duro que contrastaba vivamente con la nieve, sonreía con una especie de tensa confianza.

–¡Hola! –dijo Ursula.

Una respuesta se dibujó en el rostro de Anthony, que levantó la cabeza con un movimiento brusco.

–¡Hola! ¡Pareces un pájaro ahí arriba!

Y a Ursula se le escapó una carcajada. Reaccionó al peculiar tono aflautado de su voz penetrante.

No pensaba en Anthony, y sin embargo vivía de algún modo conectada con él, en su mundo. Una tarde se encontraron cuando Ursula iba por el sendero y siguieron el camino juntos.

–Todo esto me parece precioso –dijo ella.

–¿De verdad? –preguntó él–. Me alegra que te guste.

Había una curiosa confianza en su voz.

–Sí, me encanta. ¿Qué más se puede pedir, cuando uno vive en un sitio tan bonito y cultiva su huerto? Es como el Jardín del Edén.

–¿Tú crees? –dijo él, riéndose–. Sí... bueno... no está del todo mal –añadió, dubitativo. El pálido brillo de sus ojos se había acentuado, la miraba fijamente, sin pestañear, como un animal. A Ursula le dio un vuelco el corazón. Sabía que iba a proponerle que hiciera lo mismo que él–. ¿Te gustaría quedarte aquí conmigo? –preguntó, con vacilación.

Ursula se estremeció de temor, con la intensa sensación de que había en su ofrecimiento una insinuación libertina.

Habían llegado a las verjas.

–¿Cómo? –preguntó–. No vives solo.

–Podríamos casarnos –dijo él, con el mismo tono extraño, insinuante y velado por un resplandor frío que refrescó el sol y lo transformó en luna. Todo parecía transformado. Las sombras y la luz danzarina de la luna eran reales, y todo eran sensaciones frías, inhumanas, resplandecientes. Comprendió con cierto terror que iba a aceptar su proposición. Que iba a aceptarlo inevitablemente. Anthony extendió la mano para abrir la puerta. Ursula se quedó quieta. Observó la piel de Anthony, tostada, curtida y categórica. Y se sintió profundamente insultada.

–No podría –dijo, sin querer.

Él respondió con la misma risa breve, como un relincho, muy triste y amargo esta vez, y corrió el cerrojo de las verjas. Pero no llegó a abrirlas. Se quedaron unos momentos contemplando el fuego del atardecer, que temblaba entre las ramas violetas

de los árboles. Ursula vio que aquel rostro tostado, curtido, de facciones bien talladas, ardía de rabia, humillación y sometimiento: era un animal que se sabe sometido. Su corazón ardió de asombro y fascinación por lo que Anthony le ofrecía, y también de tristeza y una inconsolable soledad. Su alma era como un niño que llora de noche. Anthony no tenía alma. Ah, y ¿por qué ella sí? Él era más limpio.

Se apartó, se apartó de él y vio en el cielo, a oriente, una extraña coloración rosa, la luna preciosa y amarilla asomaba en el horizonte rosáceo sobre la nieve azulada, cada vez más oscura. ¡Todo era tan hermoso, todo era tan precioso! Anthony no lo veía. Era un todo inseparable de él. Mientras que ella lo veía, y era un todo inseparable de ella. El hecho de verlo los separaba infinitamente.

Continuaron el camino en silencio, siguiendo sus diferentes destinos. Los árboles se oscurecían por momentos, la nieve era apenas penumbra en un mundo irreal. Y, como una sombra, el día desembocaba en un atardecer nevado, levemente luminoso, mientras Ursula hablaba de cualquier cosa para alejar a Anthony y a la vez conservarlo cerca de ella, y él andaba con paso firme. Abrió la cancela del jardín en silencio, cediendo el paso a Ursula, y ella tuvo la sensación de entrar en un jardín secreto, dejando fuera a Anthony.

Al día siguiente, cuando seguía huyendo o tratando de huir de esta sensación de dolor, Maggie le dijo:

–Ursula, yo en tu lugar no intentaría conquistar a Anthony si no lo quieres. No está bien.

–Pero, Maggie, yo no he intentado conquistarlo –exclamó Ursula, consternada y dolida, como si hubiera obrado con vileza.

A pesar de todo, Anthony le gustaba. A lo largo de su vida, periódicamente volvería a acordarse de él y de lo que le había ofrecido. Pero ella era una viajera, era una viajera que recorría el mundo, y él era un ser aislado en la plenitud de sus sentidos.

Ursula no podía evitarlo: era una viajera. Sabía que Anthony no lo era. Y ella, a la larga, definitivamente, tendría que seguir su camino, en busca de la meta que presentía cada vez más cerca.

Ese año terminaba su segundo y último ciclo en el St. Philips. Contaba el paso de los meses, primero octubre, luego noviembre, diciembre, enero. Siempre se cuidaba de descontar un mes, el de las vacaciones de verano. Se veía viajando alrededor de un círculo, ya le faltaba solamente un cuarto para completarlo. Por fin estaba al aire libre, como un pájaro lanzado al cielo, un pájaro que en cierto modo ha aprendido a volar.

Tenía por delante la universidad: aquél era su cielo, desconocido y espacioso. En cuanto llegara a la universidad, habría roto los confines de la vida que conocía hasta entonces. Porque su padre también iba a mudarse. Todos iban a abandonar Cossethay.

Will Brangwen conservaba la misma despreocupación por las circunstancias. Sabía que su trabajo como diseñador de encajes significaba muy poco para él, lo

hacía exclusivamente para ganarse la vida. No sabía qué era lo importante para él. Vivía tan unido a su mujer que su conciencia estaba siempre velada por el ardor físico, y se dejaba llevar de instinto en instinto, a tientas, siempre a tientas.

Cuando le propusieron que solicitara una de las plazas de profesor de oficios manuales que iba a ofrecer la Junta de Educación de Nottingham, fue como si se le abriera un mundo en el que podría alejarse de aquel espacio sofocante y oscuro. Envió su solicitud con confianza y expectación. Tenía una especie de creencia en su destino sobrenatural. El inevitable hastío del trabajo diario le había atrofiado algunos músculos, apagando levemente su rostro rojizo y vigilante. Ahora podría escapar.

Se sentía rebosante de posibilidades, y su mujer no se oponía. Ahora estaba dispuesta a aceptar un cambio. Ella también estaba cansada de Cossethay. La casa era demasiado pequeña para tantos niños, que se hacían mayores, y, ahora que tenía casi cuarenta años, empezaba a despertar del letargo de su maternidad, su energía fluía hacia el exterior. El barullo de tantas vidas en crecimiento la sacaba de su apatía. También ella debía contribuir a la construcción de la vida. Estaba dispuesta a marcharse con toda su prole. Había llegado el momento de trasplantarlos a todos. Porque acababa de tener su último hijo, y pronto empezaría a crecer.

Así, con su peculiar tranquilidad, hacía planes y preparativos con su marido, indiferente al método del cambio, porque el cambio se acercaba: se acercaría igualmente, de un modo o de otro.

La casa era un hervidero. Ursula estaba muy ilusionada. Por fin su padre iba a ser algo en la esfera social. Hasta entonces había sido un número, sin forma ni posición. Ahora sería profesor de Artes y Oficios del condado de Nottingham. Era un puesto importante. Un puesto de prestigio. Sería un especialista en su campo. Y era un hombre poco común. Ursula tenía la sensación de que todos iban a establecerse por fin. Su padre iba a triunfar. ¿A quién más conocía, aparte de a su padre, con esa capacidad para crear cosas tan bonitas con sus propias manos? Desempeñaría con confianza su nuevo trabajo.

Se mudarían. Dejarían la casita de Cossethay, que se les había quedado demasiado pequeña; se irían del pueblo donde todos habían nacido, y donde a todos se les había medido por el mismo rasero. Porque la gente que los conocía como niños que se relacionaban con los demás niños y niñas del lugar nunca había comprendido ni podría comprender que ellos necesitaban criarse en otro ambiente. Habían acogido a «Urticaria Brangwen» como a una más, le habían dado un puesto en su pueblo natal como en una familia. Y los vínculos eran muy sólidos. Pero, ahora que Ursula empezaba a transformarse en algo que en Cossethay jamás se toleraría ni se comprendería, el vínculo que la unía a sus antiguos compañeros comenzaba a ser una atadura.

—Hola, Ursula, ¿qué tal te va? —le decían cuando se encontraban con ella. Y la pregunta exigía que Ursula diera la misma respuesta de siempre con la misma voz de siempre. Algo la forzaba a responder y a pertenecer a la gente que la conocía. Pero

algo también la rechazaba con frialdad. Lo que había sido cierto para ella diez años antes ya no lo era. Y esa otra cosa que ella era, y que tenía que ser forzosamente, ellos no eran capaces de verla ni de aceptarla. Sin embargo lo percibían, sabían que estaba fuera de su alcance, y se lo tomaban como una ofensa. La tachaban de orgullosa y presumida, de sentirse por encima de los demás. De nada le valía fingir, decían, porque ellos sabían cómo era. La conocían desde que nació. Recordaban tal o cual detalle. Y Ursula se avergonzaba, porque era verdad que se sentía diferente de las personas entre las que había vivido. Le dolía no ser capaz de sentirse cómoda con ellos. Y, sin embargo, sin embargo, la cometa puede volar tan alto como uno esté dispuesto a soltar la cuerda. Tira y tira, y uno se alegra al ver que cada vez llega más lejos, a pesar de que todo el mundo lo censure. Cossethay era un estorbo para Ursula, y ella quería irse, ser libre de volar su cometa tan alto como quisiera. Quería irse, ser libre de alcanzar su propia altura.

Por eso, cuando supo que su padre había conseguido aquel puesto, y que la familia iba a mudarse, se sintió como si brincara por la faz de la tierra entonando salmos de alegría. La rancia y opresiva envoltura de Cossethay estaba a punto de abrirse, y ella podría bailar por el cielo azul. Quería bailar y cantar.

Soñaba con su nuevo ambiente, donde trazaría amistad con personas de impresionante cultura y elevados sentimientos, y viviría entre los nobles del lugar, en tránsito hacia una mayor libertad de sentimientos. Soñaba con tener una amiga sencilla, orgullosa y rica que jamás había conocido a gente como el señor Harby, que jamás había hablado con esa nota de temor y desprecio cautivos, como Maggie.

Y, ahora que iba a marcharse, se entregaba con pasión a las cosas que amaba en Cossethay. Paseaba por sus rincones favoritos. Había una finca privada donde los copos de nieve se arremolinaban desenfrenadamente. Caía la tarde y un velo de misterio cubría los prados oscurecidos por el invierno. Vio un roble recién talado en la hondonada del bosque. Las pálidas gotas de las flores brillaban, incontables, bajo los avellanos, y, junto a las astillas de madera dorada diseminadas, asomaban, ajenas a todo, las espadas verde grisáceas de las campanillas de invierno, sus florecillas lánguidas y tranquilas no tenían ninguna consideración.

Ursula cogió unas cuantas con cariño, en estado de éxtasis. Las astillas doradas brillaban, amarillas como el sol, las campanillas de invierno a la luz del crepúsculo eran como las primeras estrellas de la noche. Y Ursula, a solas con ellas, no cabía en sí de felicidad por haber encontrado el camino que conducía a un atardecer tan refulgente, a las íntimas florecillas y las astillas de la madera esparcidas como el sol a la luz del crepúsculo. Se sentó en el tronco talado y pasó un buen rato absorta.

De vuelta a casa, cambió el atardecer violeta del bosque por el camino abierto, donde los charcos alargados relucían como gemas en las rodadas, cercados por la tierra oscura, y el cielo era una alhaja. ¡Ah, qué maravilla! Era casi excesivo. Ursula quería correr y cantar, gritar de puro delirio y emoción, pero por más que corriera, cantara y gritara no podría sacar de su corazón las cosas tan profundas que en él

guardaba, y se quedó quieta, casi triste en su soledad.

Por Pascua volvió unos días a casa de Maggie. Sin embargo, esta vez se mostró cohibida y huidiza. Veía lo insinuante que era Anthony, esa especie de brillo suplicante en sus ojos, tan hermoso. Lo miraba, y volvía a mirarlo, para convertirlo en un ser real. Pero su propio ser estaba en otra parte. Parecía transformada.

Y se concentró en la primavera y en las yemas que se abrían. Había un peral grande, al lado de una cerca, plagado de yemas diminutas, verde grisáceas, a cientos. Se deleitaba contemplándolo, y una revelación atravesaba su alma en lo más profundo. Había un inmenso despliegue detrás de aquella nube de color verde apagado y pálido, tanto empuje, tanto sol que derramar.

Así, las semanas transcurrían como en un trance de gestación. El peral de Cossethay floreció en un rincón del jardín, como la espuma de una ola rompiente. A continuación asomaron poco a poco los jacintos azules, semejantes a una fina lámina de agua al pie de los árboles y los arbustos que fluye sin descanso hasta inundarlo todo como un arroyo de flores celestes y hojas de color verde pálido, mientras los fogosos pajarillos alzaban su vuelo y sus cánticos. Luego, muy deprisa, la tierra se tragó la inundación, y llegó el verano.

Este año no habría vacaciones en la costa. Las vacaciones serían el traslado.

Iban a vivir cerca de Willey Green, un sitio céntrico para Brangwen. Era un pueblecito tranquilo y antiguo en el extremo del populoso distrito minero. Así, sus antiguas y pintorescas casas de campo, rezagadas en sus jardines soleados como una enramada o un edén recóndito en contraste con el crecimiento desordenado del pueblo minero de Beldover, ofrecían a los mineros un agradable paseo los domingos por la mañana, antes de que se abrieran las tabernas.

En Willey Green se encontraba la escuela secundaria en la que Brangwen daría clases dos días a la semana, donde iban a implantarse ciertas enseñanzas innovadoras.

Ursula quería vivir en Willey Green, en la zona más alejada, camino de Southwell y del bosque de Sherwood. Era un sitio precioso y romántico. Ahora bien, salir al mundo significaba salir al mundo. Will Brangwen tenía que convertirse en un hombre moderno.

Con dinero de su mujer, compró una casa de ladrillo bastante grande, en la zona nueva de Beldover. Era una villa construida por la viuda del difunto director de la mina, en una calle lateral, tranquila y moderna, cerca de la iglesia.

Ursula se llevó una decepción mayúscula. En lugar de mudarse a un lugar distinguido, habían llegado a una vivienda nueva, en los suburbios de un pueblo mugriento.

La señora Brangwen estaba contenta. Las habitaciones tenían un tamaño espléndido: una cocina, una sala de estar y un comedor espléndidos, además de un agradable estudio en la planta principal. Todo estaba organizado de maravilla. La viuda no había escatimado en gastos. Era natural de Beldover, y se había propuesto reinar como una reina. El cuarto de baño era plateado y blanco, las escaleras de roble,

las chimeneas enormes, forradas de roble, con ampulosas columnas.

La sensación predominante era de «excelente calidad». Pero a Ursula le desagradaba la reciedumbre y la pomposidad que lo impregnaba todo. Hizo prometer a su padre que rebajaría con el cincel las ampulosas chimeneas de roble, que las dejaría lisas. Tanto engolamiento le resultaba muy desagradable. Su padre era un hombre de líneas sencillas y sobrias. ¿Qué tenía él que ver con tanta ampulosidad?

Se quedaron con bastantes muebles de la viuda. En general eran piezas de buen busto: la gran alfombra Wilton, la amplia mesa redonda, el sofá Chesterfield tapizado en raso brillante, con un estampado de rosas y pájaros. Todo era muy bonito y soleado, con grandes ventanales y vistas al valle profundo.

A fin de cuentas iban a formar parte, como decía uno de sus conocidos, de la *élite* de Beldover. Serían representantes de la cultura. Y, como nadie tenía mayor relevancia social que los médicos, los directores de mina y los farmacéuticos, los Brangwen brillarían con su preciosa *Madonna* de Della Robbia, sus magníficos relieves de Donatello, sus reproducciones de Botticelli. Sí: las grandes fotografías de la *Primavera*, de *Afrodita* y de la *Natividad* en el comedor, donde recibirían a sus visitas, harían enmudecer a la gente de Beldover.

Y, a fin de cuentas, era mejor ser princesa en Beldover que una vulgar aldeana.

Se hicieron numerosos preparativos para el traslado de la familia, que en total sumaban diez. Se preparó la casa de Beldover, se dismanteló la casa de Cossethay. El traslado empezaría en cuanto terminara el trimestre escolar.

Ursula dejó el colegio a finales de julio, cuando empezaban las vacaciones de verano. Era una mañana radiante y soleada, y la libertad se había colado en el colegio este último día. Parecía que las paredes fueran a fundirse. Ya tenían un aspecto impreciso e irreal. Llegó el final de la mañana. Pronto, maestros y alumnos seguirían sus caminos separados. Las verjas de hierro se cerrarían, la condena habría concluido, la prisión habría sido una oscura estación de paso. Los niños se llevaban libros, tinteros y mapas enrollados. Estaban radiantes, contentos y de buen humor. Había mucha prisa por limpiar y borrar las huellas del último trimestre de encarcelamiento. Todos quedarían en libertad. Impaciente, afanosa, Ursula sumó el total de sus clases en el registro. Escribió con orgullo los millares: tantos miles de lecciones impartidas a los niños. Era una cantidad tremenda. Las horas pasaban despacio, con alborotada expectación. Por fin terminó todo. Por última vez, Ursula se puso delante de sus alumnos para rezar una oración y entonar un himno. Y todo terminó.

—Adiós, niños —dijo—. No os olvidaré, y vosotros tampoco debéis olvidarme.

—No, señorita —gritaron los niños a coro, radiantes de alegría.

Se quedó mirándolos, sonriendo, emocionada mientras salían en fila. A continuación dio a sus encargados sus seis peniques del trimestre y también ellos se marcharon. Los armarios estaban cerrados, las pizarras limpias, los tinteros y las batas recogidos. El aula quedó desnuda y vacía. Ursula había triunfado. El colegio ya no era más que una cáscara. Había librado una dura batalla, y en conjunto no había

sido desagradable. Le debía cierta gratitud a aquel colegio áspero y vacío que parecía un monumento o un trofeo. Eran muchas las cosas de su vida que había peleado, ganado y perdido entre aquellas paredes. Siempre guardaría dentro de sí algo de aquel colegio, y éste algo de ella. Era consciente. Y había llegado la hora de despedirse.

En la sala de profesores, todos hablaban con mucha animación de dónde iban a pasar las vacaciones: en la isla de Man, en Llandudno, en Yarmouth. Estaban ilusionados y muy unidos, como compañeros que abandonan un barco.

Llegó el momento de que el señor Harby pronunciara un discurso para Ursula. Estaba muy atractivo, con las sienes plateadas, las cejas negras y su imperturbable firmeza masculina.

–Bien, tenemos que decir adiós a la señorita Brangwen y desearle buena suerte en su futuro. Confío en que volvamos a verla algún día y tengamos noticias de cómo le van las cosas.

–Sí, claro –dijo Ursula, balbuceando, sonrojándose y riendo–. Sí, vendré a verlos.

Pero cayó en la cuenta de que era una fórmula demasiado personal, y se sintió estúpida.

–La señorita Schofield nos ha recomendado estos dos libros –dijo el director, dejando los volúmenes encima de la mesa–. Espero que le gusten.

Ursula, muy tímida, cogió los libros. Uno era un volumen de poesía de Swinburne, el otro de Meredith.

–Me encantarán –dijo–. Muchas gracias... Muchísimas gracias a todos. Es tan...

Empezó a tartamudear y se puso muy colorada mientras pasaba las páginas de los libros, nerviosa, fingiendo que ya empezaba a recrearse en ellos, aunque en realidad no veía nada.

El señor Harby la miraba con ojos chispeantes. Era el único que se sentía a sus anchas, dueño de la situación. Le agradaba entregarle el regalo a Ursula y, por una vez, inspirar buenos sentimientos en sus profesores. En general era muy difícil, todos estaban tensos y resentidos bajo su autoridad.

–Sí –dijo–. Confiábamos en que te gustarían...

La miró un momento, con su característica sonrisa desafiante, y se volvió a su armario.

Ursula estaba muy desconcertada. Abrazó los libros con cariño. Y tuvo la sensación de que quería a todos los profesores, y al señor Harby. Era todo muy confuso.

Por fin salió del colegio. Dirigió una última mirada a los edificios agazapados en el patio de asfalto bajo el sol reluciente, volvió la vista al camino, tan familiar, y le dio la espalda a todo. Algo se tensó en su corazón. Se marchaba, lejos.

–Bueno, buena suerte –le dijo el último de sus compañeros cuando se dieron la mano al final de la calle–. Esperamos que vuelvas algún día.

Lo dijo con ironía. Ursula se echó a reír y se apartó de él. Era libre. Cuando subió al tranvía, a la luz del sol, lo miraba todo con trémulo placer. Dejaba algo que había

sido muy importante para ella. No volvería al colegio a repetir las rutinas familiares. ¡Qué raro! Sentía tristeza mezclada con su exultación, temor, no arrepentimiento. Pero ¡qué exultante estaba aquella mañana!

Temblaba de orgullo y felicidad. Le encantaban los libros. Eran muy valiosos para ella: representaban el fruto y el trofeo de aquellos dos años que, gracias a Dios, habían concluido.

«Para Ursula Brangwen, con nuestros mejores deseos para el futuro y el recuerdo afectuoso de su paso por el colegio St. Philips», había escrito el director, con letra pulcra y clara. Ursula vio la mano que sostenía la pluma con cuidado, los dedos gruesos, con penachos de vello en los nudillos.

Había firmado, todos los profesores habían firmado. A Ursula le gustaba tener todas sus firmas. Sentía que los quería a todos, sus compañeros. Se llevaba del colegio un orgullo que jamás la abandonaría. Ocupaba un lugar como compañera y copartícipe de la labor escolar, sus compañeros estampaban su firma para ella, como una más. Y formaba parte del conjunto de los trabajadores, había puesto su diminuto ladrillo en la estructura que la humanidad estaba construyendo, se había capacitado como albañil.

Llegó el día de la mudanza. Ursula se levantó temprano para embalar los últimos enseres. Llegaron los carros, que les había prestado su tío Fred, en la tregua entre la cosecha del heno y el maíz. Atados los bártulos en el carro, Ursula montó en su bicicleta y se fue a Beldover a toda velocidad.

La casa era suya. Entró en su silencio impoluto. Habían puesto en el comedor una estera gruesa y resistente, muy bonita y luminosa, como los juncos secados por el sol. Las paredes eran de color gris pálido, las puertas de un tono gris más oscuro. Ursula las contempló, admirada, mientras el sol entraba a raudales por las grandes ventanas.

Abrió de par en par puertas y ventanas, para que la casa se llenara de luz. Las flores resplandecían en el pequeño jardín de césped que llegaba hasta la calle, mirando a los campos yermos en los que pronto se construirían nuevas viviendas. Nadie llegaba. Así que salió a pasear por el jardín de atrás, hasta la cerca. Las ocho campanas de la iglesia anunciaron la hora. De todas partes llegaban los ruidos del pueblo.

Por fin, el carro dobló la esquina, con los muebles familiares amontonados sin ningún decoro, su hermano Tom y Theresa a un lado, orgullosos de haber hecho el trayecto andando, más de quince kilómetros desde la terminal del tranvía. Ursula sirvió cerveza, y su hermano bebió ávidamente en la puerta. Llegó otro carro. Will Brangwen apareció en su motocicleta. Se descargaron los bártulos en el jardín hasta los escalones de la entrada, y allí se dejaron amontonados al sol, sin orden ni concierto, de una manera muy extraña e incómoda.

Brangwen era un hombre con el que resultaba muy agradable trabajar, alegre y tranquilo. Ursula disfrutó decidiendo con su padre dónde colocar los muebles principales. Vigilaba con impaciencia la ardua operación de cargarlos escaleras arriba

y hacerlos pasar por la puerta. Cuando terminaron de trasladar los bultos más grandes, los carros se marcharon a hacer otro viaje. Ursula y su padre acabaron de colocar en su sitio las cosas ligeras que seguían en el jardín. Era la hora de comer. Tomaron pan con queso en la cocina.

–Bueno, vamos bien –dijo su padre alegremente.

Llegaron otros dos carros. La tarde transcurrió cargando penosamente con los muebles escaleras arriba. Alrededor de las cinco llegó el último carro, con la señora Brangwen y los niños más pequeños, acompañados por el tío Fred a las riendas. Gudrun había venido andando con Margaret desde la estación. Ya no faltaba nadie.

–¡Listo! –dijo Brangwen mientras su mujer bajaba del carro–. Ya estamos todos.

–Sí –dijo Anna Brangwen, contenta.

Y el fugaz instante de intimidad que envolvió a los padres construyó un hogar en el corazón de los niños, que se amontonaron en torno a ellos, extrañados en aquel ambiente nuevo.

Todo estaba desordenado. Pero encendieron la chimenea en la cocina, colocaron la alfombrilla enfrente, pusieron el hervidor en el fogón y la señora Brangwen empezó a preparar la primera comida cuando ya se ponía el sol. Ursula y Gudrun se mataron a trabajar en los dormitorios, yendo de un lado a otro con velas en la mano. Llegó de la cocina el olorillo de los huevos con jamón y el café, y cenaron con mucho alboroto a la luz de un quinqué. Se apiñaban como si hubieran acampado en un terreno desconocido. Ursula sentía la carga de la responsabilidad de atender a los medianos. Los más pequeños se arrimaban a su madre.

Se hizo de noche, y los niños se fueron a la cama, con ganas de dormir aunque alterados. Pasó un buen rato hasta que dejaron de oírse sus voces. La sensación de aventura era muy intensa.

Al día siguiente, todo el mundo se despertó poco antes del amanecer, y los niños gritaban:

–Al despertarme, no sabía dónde estaba.

Del pueblo llegaban ruidos desconocidos, y el insistente clamor de las grandes campanas, mucho más fuerte y penetrante que en Cossethay. Se asomaron a las ventanas y miraron más allá de las demás casas rojas, al bosque de la colina, al otro lado del valle. Todos tenían una deliciosa sensación de amplitud y libertad, de espacio, luz y aire.

Poco a poco se fueron poniendo a trabajar. Eran una familia desordenada y caótica. Sin embargo, cuando empezaron a poner orden en la casa, ejecutaron la tarea con felicidad y rapidez. A última hora de la tarde todo estaba más o menos organizado.

No tendrían una criada interna, solamente alguien que viniera a echar una mano durante el día. Y de momento no contaban con esta ayuda. Querían vivir a su manera en su propia casa. Sin extraños de por medio.

Capítulo XV

La amargura del éxtasis

Una tormenta de actividad se desató en la casa. Ursula no se fue a la universidad hasta octubre. Y así, con un claro sentido de la responsabilidad, como si tuviera que darse expresión a sí misma en aquella casa, se afanó en colocar, recolocar, seleccionar y organizar.

Podía utilizar las herramientas de su padre, tanto las de madera como las de metal, para clavar cosas y hacer pequeños arreglos. Su madre estaba encantada de encontrarse las cosas hechas. Brangwen estaba intrigado con su hija. Siempre había confiado en ella. Él estaba construyendo un cobertizo en el jardín.

Ursula terminó con sus tareas por el momento. El salón era grande y espacioso. Lo habían decorado con la alfombra Wilton, de la que tan orgullosa estaba la familia, el sofá grande y las sillas tapizadas de raso, el piano, una pequeña escultura de escayola, obra de Brangwen, y poco más. Daba una sensación de amplitud y vacío demasiado intensa para ocuparlo. Sin embargo, les gustaba saber que estaba ahí, amplio y despejado.

Hacían la vida en el comedor. La estera de juncos iluminaba el suelo, reflejando la luz en lo más hondo de su corazón; en el saliente de la ventana había un asiento amplio y soleado, la mesa era tan sólida que no se tambaleaba y las sillas tan resistentes que se podían caer sin sufrir daños. El órgano de Brangwen parecía más pequeño en su rincón, y el viejo aparador cobraba aquí unas dimensiones cómodas y normales. Ésta era la sala de estar de la familia.

Ursula tenía un dormitorio para ella sola. En realidad era el cuarto de la criada, pequeño y espartano. Las ventanas daban al jardín de atrás y a los jardines de otras viviendas, algunos antiguos y muy bonitos, otros llenos de cajas de embalar, y a las fachadas traseras de los comercios de la calle principal o a las elegantes residencias del subdirector o el contable de la mina, enfrente de la capilla.

Aún tenía seis semanas por delante antes de irse a la universidad. Dedicó este intervalo, inquieta, a leer un poco de latín y de botánica, y a repasar intermitentemente un poco de matemáticas. Ingresaría en la universidad para formarse como maestra. Pero, como ya había superado el examen de reválida, iba a cursar una carrera universitaria. Transcurrido el primer año pasaría al ciclo medio de Letras, y dos años más tarde obtendría su licenciatura. De ahí que su caso no fuera el de una maestra al uso. Estudiaría con los alumnos que iban a la universidad a recibir educación pura y no exclusivamente formación profesional. Sería parte de los elegidos.

Por espacio de los tres años siguientes volvería a depender en mayor o menor

medida de sus padres. Su educación era gratuita. El gobierno pagaba todos los gastos de enseñanza y, además, contaría con una beca de unas pocas libras anuales. Con ello costearía el transporte y la ropa. Sus padres solamente tendrían que hacerse cargo de su alimentación. No quería darles demasiados gastos. La familia no disfrutaba de una situación económica holgada. Su padre recibiría un salario de doscientas libras anuales, y buena parte de la herencia de su madre se había gastado en la compra de la casa. De todos modos, era suficiente para arreglarse.

Gudrun se matriculó en la Escuela de Artes y Oficios de Nottingham. Se esforzaba sobre todo en la escultura, para la que tenía un don especial. Le encantaba modelar con arcilla, figuras de niños o animales. Ya había expuesto algunas de sus creaciones en la Muestra de Alumnos del Castillo, y era un personaje distinguido. Se sentía frustrada en la escuela y quería irse a Londres. Pero no había dinero para tanto. Tampoco sus padres le permitirían marcharse tan lejos.

Theresa había dejado el instituto. Era una chica grande, robusta, atrevida, descarada e indiferente a mayores exigencias. Quería quedarse en casa. Los demás iban a la escuela, menos el pequeño. Cuando empezaron las clases, todos se matricularon en la Escuela de Primaria de Willey Green.

Ursula estaba ilusionada con la idea de conocer gente en Beldover. La ilusión no tardó en agotarse. Después de haber tomado el té con el sacerdote, el boticario, los demás boticarios, los tres médicos y el subdirector, ya conocía prácticamente a todo el mundo. A pesar de que lo intentaba, no podía tomarse a la gente demasiado en serio.

Paseaba por el campo, a veces en bicicleta, y, camino del bosque, entre Mansfield, Southwell y Worksop, todo le parecía delicioso. Pero aquellas excursiones eran pura diversión. La verdadera exploración comenzaría en la universidad.

Llegó el momento. Iba a la ciudad a diario, en tren. La quietud del claustro la envolvía poco a poco.

Al principio no estaba decepcionada. El gran edificio de piedra, en una calle tranquila, bordeado de césped y limeros, rezumaba paz: lo sentía remoto como un territorio mágico. Su arquitectura era absurda, según su padre. Sin embargo, era un edificio distinto de todos los demás. Su forma gótica, muy bonita, como de juguete, casi tenía estilo en contraste con la sucia ciudad industrial.

A Ursula le gustaba el vestíbulo, con la imponente chimenea de piedra y los arcos góticos que soportaban la galería superior. En realidad, los arcos eran feos, la talla de la chimenea parecía de cartón, con su decoración heráldica, y resultaba absurda en combinación con el radiador y el soporte para las bicicletas, enfrente, mientras el gran tablón de anuncios, cubierto de papeles temblorosos, privaba a la pared del fondo de toda sensación de retiro o misterio. Por amorfo que fuera, sin embargo, el vestíbulo guardaba reminiscencias de los extraordinarios orígenes monacales de la educación. El espíritu de Ursula se remontaba a los tiempos medievales, cuando los monjes de Dios conservaban el conocimiento de la humanidad y lo impartían a la sombra de la

religión. Con este ánimo entró en la universidad.

La dureza y la vulgaridad de los pasillos y los guardarropas le parecieron hirientes a primera vista. ¿Por qué no eran bonitos? De todos modos, no se atrevía a expresar ninguna crítica. Se encontraba en un terreno sagrado.

Deseaba que todos los estudiantes tuvieran un espíritu puro y noble, que todos hablaran únicamente de las cosas verdaderamente genuinas, que sus semblantes fueran serenos y luminosos como los semblantes de las monjas y los monjes.

Por desgracia, resultó que las chicas parloteaban, se reían y estaban nerviosas, muy bien vestidas y envaradas, y los chicos parecían bufonescos y mezquinos.

A pesar de todo, era una maravilla andar por los pasillos con los libros en la mano, empujar la puerta batiente de cristal y entrar en el aula grande donde iba a impartirse la primera clase. Las ventanas eran grandes y majestuosas, el sinfín de pupitres marrones aguardaba a los estudiantes, la inmensa pizarra, detrás de la tribuna, estaba impoluta.

Ursula se sentó al lado de la ventana, bastante al fondo. Los limeros empezaban a ponerse amarillos, el chico de los recados pasó en silencio por la apacible y soleada calle otoñal. Ahí fuera estaba el mundo, remoto, muy remoto.

Dentro, en el interior de la grande y susurrante caracola marina, que murmuraba sin cesar reminiscencias de los siglos, como si el tiempo se hubiera extinguido, el eco del conocimiento abarcaba el silencio atemporal.

Ursula escuchaba y tomaba notas con alegría, casi en éxtasis, sin criticar en ningún momento lo que llegaba a sus oídos. El profesor, como un altavoz, era un sacerdote. Subido a la tribuna, con su túnica negra, algunas hebras de la susurrante confusión de conocimientos que impregnaba el ambiente parecían distinguirse y entrelazarse con sus palabras mientras él impartía su conferencia.

En un primer momento, Ursula se abstuvo de hacer críticas. No veía a los profesores como hombres, hombres corrientes que comían tocino y se calzaban las botas antes de venir a la universidad. Eran los sacerdotes del conocimiento, con sus túnicas negras, los eternos guardianes de un templo remoto y callado. Eran los iniciados, el principio y el fin del misterio que custodiaban.

Las clases le deparaban un curioso placer. Era un placer escuchar las teorías pedagógicas, era una libertad y una dicha inmensas explorar la propia materia del conocimiento, ver cómo se movía, vivía y tenía un ser propio. ¡Qué felicidad le inspiraba Racine! No sabía por qué. Pero, a medida que se desplegaban los versos del drama, tan certeros, tan bien medidos, Ursula se sentía transportada al reino de la realidad. En latín estaban leyendo a Livio y Horacio. El curioso ambiente de intimidad y chismorreos que reinaba en la clase de latín casaba a la perfección con Horacio. En realidad, Ursula nunca prestaba atención ni a Horacio ni a Livio. Había una falta de rigor absoluta en los cuchicheos del aula. Se esforzaba con ahínco en recuperar su antigua afinidad con el espíritu romano. Sin embargo, el latín se convertía poco a poco en mero chismorreos artificial, en simple cuestión de

verbosidad y de modales.

La clase de matemáticas le daba pavor. El profesor iba demasiado deprisa, y Ursula se desesperaba, se le ponían los nervios de punta. Se esforzaba, cuando estudiaba por su cuenta, en entender la materia.

Luego llegaban las tardes deliciosas y apacibles en el laboratorio de botánica. Eran pocos estudiantes. ¡Cuánto le gustaba a Ursula sentarse en el taburete alto, con su tejido vegetal, su cuchilla y sus instrumentos, y colocar con cuidado las muestras en los cristales, enfocar el microscopio con cuidado y anotar a continuación sus observaciones llena de placer, dibujando con placer en su cuaderno cuando las muestras eran buenas!

Pronto trabó amistad con una compañera, una joven que había vivido en Florencia y llevaba un precioso fular violeta o estampado y un vestido sencillo y oscuro. Se llamaba Dorothy Russell y era hija de un abogado del sur de Inglaterra. Vivía en Nottingham con una tía soltera, y dedicaba su tiempo libre a trabajar como una esclava para la Unión Política y Social de las Mujeres. Era una muchacha callada e intensa, con la piel de marfil y el pelo oscuro, ondulado, sencillo, por debajo de las orejas. Ursula le tenía mucho cariño, aunque le inspiraba cierto temor. Parecía muy adulta y severa consigo misma. Sin embargo, Dorothy no tenía más que veintidós años. Ursula la veía como un ser del destino, una Casandra.

Las dos jóvenes estaban unidas por una amistad implacable y estrecha. Dorothy ponía la misma pasión en todas las cosas, sin ninguna clase de reservas. Se acercaba a Ursula sobre todo en las clases de botánica, porque no sabía dibujar. Ursula hacía unos dibujos increíbles y preciosos de las muestras que observaba al microscopio, y Dorothy intentaba aprender de ella.

Así transcurrió el primer año, en un majestuoso aislamiento de actividad y aprendizaje. La vida universitaria era una batalla agotadora, aunque remota como la paz.

Ursula iba a Nottingham por las mañanas con Gudrun. Las hermanas llamaban la atención en todas partes, esbeltas, fuertes, impacientes y extremadamente sensibles. Gudrun era la más guapa de las dos, con su somnolienta languidez femenina, tan dulce y dotada de un equilibrio interior inalterable. Vestía con sencillez, ropa cómoda y sombreros que le daban una elegancia desenfadada.

Ursula se preocupaba mucho más por su indumentaria, pero era tímida, siempre caía en un pozo de admiración por alguien y trataba de imitar a la otra persona, y así se volvía incongruente sin remedio. Cuando se vestía con fines prácticos siempre tenía buen aspecto. En invierno, con un abrigo y una falda de cuadros, las facciones ávidas y palpitantes enmarcadas por un sombrero de piel negra, parecía recorrer las calles como impulsada por una corriente de intriga, extremadamente receptiva y sensible.

Al final del primer año, Ursula aprobó el examen de ingreso al ciclo medio de Letras y disfrutó de una pausa en su frenética actividad. Se dejó llevar, se relajó por

completo. Agotada por los nervios y descompuesta de inquietud por la preparación del examen, presa de una exaltación que sin embargo le permitía atravesar el momento crítico, se sumió después en una pasividad temblorosa, con la voluntad absolutamente relajada.

La familia fue a pasar un mes en Scarborough. Gudrun y su padre trabajarían en la Escuela de Artes y Oficios de esta ciudad a lo largo del verano, y Ursula tenía que hacerse cargo de sus hermanos menores. Pero en cuanto tenía un momento libre lo pasaba a solas.

Contemplaba el mar brillante. Le parecía hermosísimo. Su corazón se llenaba de lágrimas ardientes.

De muy lejos, del horizonte, se acercaba despacio un anhelo apasionado y todavía por nacer. «Hay tantos amaneceres que aún no se han levantado^[28]». De los confines del mar, sentía que la llamaban todos los amaneceres que aún no se habían levantado, sentía que su alma, todavía por nacer, llamaba a gritos a los amaneceres que aún no se habían levantado.

Se sentaba a contemplar el mar delicado, con su brillo tan hermoso y veloz, y un sollozo estallaba en su pecho, hasta que se mordía los labios y las lágrimas se abrían camino. Y, con cada sollozo, Ursula se reía. ¿Por qué lloraba? No quería llorar. Era todo tan hermoso que la hacía reír. Era todo tan hermoso tan hermoso que la hacía llorar.

Miraba con recelo a su alrededor, confiando en que nadie la viera en aquel estado.

Un día, el mar estaba embravecido. Vio acercarse el agua hasta la costa, vio una ola grande, que corría en secreto, romper contra una roca y estallar en espuma, envolviéndolo todo en una espléndida belleza blanca, y retirarse a continuación, dejando al descubierto la roca negra y chorreante. Y, cuando la ola estallaba en su blancura, ¡lo que estaba haciendo era liberarse!

A veces paseaba por el puerto, se fijaba en los curtidos marineros con sus jerséis azules, apoyados en el malecón, que se reían de la impúdica y elocuente mirada de Ursula.

Había llegado a establecer cierta relación con aquellos marineros. Nunca habló con ellos ni supo nada de su vida. Pero, cuando pasaba a su lado y los veía apoyados en el malecón, había entre ellos cierto vínculo intenso, delicioso y doloroso. El que más le gustaba a Ursula era el joven, de pelo rubio y salado, con flequillo y ojos azules. ¡Parecía tan nuevo, fresco y salobre, tan de otro mundo!

Desde Scarborough, Ursula fue a casa de su tío Tom. Winifred acababa de tener un bebé a finales del verano. Se había vuelto extraña y desconocida para Ursula. Había entre las dos mujeres una reserva impronunciable. Tom Brangwen era un padre atento, un marido muy entregado a la vida doméstica. Sin embargo, había algo espurio en su actitud, y Ursula lo rechazó definitivamente. Había aflorado en Tom Brangwen una parte desagradable y flagrante de su carácter que lo impregnaba todo de sentimentalismo. El hombre de antes, materialista y agnóstico, se había

transformado en un ser humano rebosante de sentimientos, en un anfitrión atento y cordial, un marido generoso, un ciudadano modélico. Y tenía inteligencia suficiente para despertar admiración en todas partes y tratar a su mujer con suficiencia. Ella no lo amaba. Se contentaba con vivir a su lado engañándose a sí misma, se plegaba a sus deseos.

Fue un alivio para Ursula volver a casa. Aún tenía dos apacibles años por delante. Su futuro estaba decidido para los dos próximos años. Regresó a la universidad para preparar su examen final.

Pero este segundo año, la universidad empezó a perder su encanto. Los profesores ya no eran los sacerdotes iniciados en los misterios profundos de la vida y el conocimiento. En realidad, eran hombres mediocres, tan acostumbrados a sus mercancías que habían llegado a olvidar lo que se traían entre manos. ¿Qué era el latín?: un montón de conocimientos áridos. ¿Qué era la clase de latín en su conjunto, sino un baratillo de segunda mano en el que se adquirían objetos curiosos y se aprendía el valor de mercado de los objetos curiosos?: anodinas curiosidades en general. Las curiosidades del latín la aburrían tanto como las curiosidades chinas y japonesas de las tiendas de antigüedades. «Antigüedades»: la propia palabra dejaba su espíritu chafado y muerto.

La vida transcurría al margen de sus estudios, por qué, no lo sabía. Pero lo cierto era que los estudios le parecían una farsa, espurios: espurios arcos góticos, espuria paz, espurio clasicismo latino, espuria dignidad francesa, espuria ingenuidad de Chaucer. La universidad era una almoneda en la que uno adquiría el equipamiento necesario para examinarse. Era un simple elemento accesorio de las fábricas de la ciudad. Esta percepción fue calando progresivamente en su ánimo. Aquello no era un retiro religioso, un espacio de reclusión y conocimiento puro. Era un taller de aprendices en el que se enseñaba a ganar dinero. La propia universidad, un insignificante y precario laboratorio de la fábrica.

Una violenta y desagradable desilusión volvió a adueñarse de ella, la misma oscuridad y el mismo pesimismo implacables, de los que ahora nunca se liberaba, una inexorable percepción del sustrato de fealdad oculto en todas las cosas. Cuando llegaba a la universidad por las tardes, las margaritas cubrían el césped como la espuma, los limeros tendían sus ramas tiernas, soleadas y verdes; y ¡ay, qué angustia causaba la espuma blanca de las margaritas!

Porque se veía obligada a entrar en la universidad, en aquella parodia de taller. A todas horas era una parodia de almacén, una parodia de bodega exclusivamente animada por el afán de riqueza material, completamente inútil. La universidad fingía existir al socaire de la virtud religiosa del conocimiento. Pero la virtud religiosa del conocimiento se había convertido en lacayo del dios del éxito material.

Ursula se sumió en un estado de inercia. Continuaba con sus estudios mecánicamente, por pura costumbre. Pero se le hacía casi imposible. Apenas lograba prestar atención a nada. Por la tarde, en clase de literatura anglosajona, se ponía a

mirar por la ventana, sin oír ni una sola palabra de *Beowulf* o de lo que fuese. Abajo, en la calle, la acera soleada y gris discurría a lo largo de la empalizada. Una mujer con un vestido rosa y una pamelita granate cruzó la calzada, con un perrito blanco correteando a su lado como una mota de luz. La mujer de la pamelita granate llegó a la acera de enfrente con una cadencia singular en su paso, una pequeña sombra la esperaba. Ursula la observaba como hechizada. La mujer de la pamelita granate y el terrier saltarín se perdieron de vista. ¿Adónde iban? ¿Adónde?

¿En qué universo de realidad caminaba la mujer del vestido rosa? ¿En qué almacén de irrealidad muerta se encontraba ella confinada?

¿De qué servía aquel edificio, aquella universidad? ¿De qué servía aprenderse la literatura sajona en orden cronológico para responder las preguntas del examen, en orden cronológico para tener más adelante un valor comercial superior? Estaba harta de servir en aquel templo del comercio interior. Pero ¿había algo más? ¿A esto se reducía la vida? Todo, absolutamente todo, se había degradado al servicio del mismo fin. Todo se subordinaba a la producción de objetos vulgares, al encumbramiento de la vida material.

De un día para otro abandonó el francés. Sacaba matrículas de honor en botánica. Era la única asignatura viva para ella. Se había adentrado en la vida de las plantas. La fascinaban las extrañas leyes del mundo vegetal. Intuía en ellas algo que funcionaba completamente al margen de los propósitos de la humanidad.

La universidad era un templo barato y estéril convertido en el más insignificante y vulgar de los comercios. ¿No había ido ella allí para escuchar el eco del conocimiento, su pulsación desde las fuentes del misterio? ¡Las fuentes del misterio! Y los profesores, con sus togas, ofrecían estériles productos comerciales que llegado el momento del examen podían transformarse en buenos resultados: materiales prefabricados que no valían el dinero que aspiraban a conseguir. Y todo el mundo lo sabía.

Ahora, todas las horas que pasaba en clase, menos los ratos en el laboratorio de botánica, donde el misterio aún conservaba su esplendor, Ursula se sentía degradada, inmersa en una parodia, en un intercambio de baratijas.

Los últimos trimestres siempre estaba enfadada y tensa. Prefería estar fuera y ganarse la vida. Incluso la calle Brinsley y el señor Harby le parecían reales en comparación con este ambiente. La violencia con que había odidado la escuela de Ilkeston no era nada comparada con la estéril degradación de la universidad. Pero tampoco quería volver a la calle Brinsley. Obtendría su licenciatura y daría clases por algún tiempo en algún centro de enseñanza secundaria.

El último año de carrera transcurrió muy despacio. Ursula veía acercarse el momento del examen y la partida. Y notaba el sabor a ceniza de la desilusión. ¿Sería su paso siguiente igual que éste? Siempre un umbral luminoso en la lejanía, y luego, al acercarse, resultaba que el umbral luminoso era la puerta de acceso a otro patio miserable, sucio, activo y muerto. Siempre la cumbre resplandecía bajo el cielo, y

luego, al alcanzarla, únicamente alcanzaba a ver otro valle sórdido rebosante de actividad infame y amorfa.

¡Qué más daba! Cada cumbre era ligeramente distinta de la anterior, cada valle ofrecía algo nuevo. Cossethay y su niñez con su padre; la granja Marsh y la pequeña escuela parroquial pegada a la granja, su abuela y sus tíos; los años de instituto en Nottingham y Anton Skrebensky; Anton Skrebensky y el baile a la luz de la luna, entre las hogueras; después, la época que no podía recordar sin sentirse maldita, Winifred Inger y los meses anteriores a su trabajo como maestra de escuela; los horrores de la calle Brinsley, que dieron paso a una paz relativa; Maggie y el hermano de Maggie, al que seguía sintiendo en las venas cuando evocaba su recuerdo; a continuación la universidad y Dorothy Russell, que ahora estaba en Francia; por fin el paso siguiente, ¡otra vez camino del mundo!

Todo esto ya componía una historia. En cada etapa, Ursula había cambiado radicalmente. Y, al mismo tiempo, seguía siendo Ursula Brangwen. Pero ¿qué significaba Ursula Brangwen? No sabía quién era. Siempre, a todas horas, tenía que escupir la ceniza y la arenilla de la desilusión, de la falsedad. Se tensaba de rechazo, de rechazo. Sus actos parecían siempre negativos.

Su verdadera identidad estaba definitivamente oscurecida y oculta, no podía aflorar. Parecía una semilla enterrada entre cenizas. El mundo en que vivía era como un círculo iluminado por una lámpara. Creía que la zona de luz, iluminada por la conciencia plena de la humanidad, era el mundo entero: que en él se le revelaban todas las cosas. Al mismo tiempo, en la oscuridad, vislumbraba destellos de luz, como los ojos de animales salvajes, refulgentes, penetrantes, fugaces. Y su espíritu, con una tremenda oleada de pánico, únicamente había reconocido la oscuridad exterior. Este círculo de luz interior en el que vivía y se movía, en el que corrían los trenes y las fábricas desarrollaban su producción mecanizada, en el que las plantas y los animales trabajaban a la luz de la ciencia y el conocimiento, parecía de repente como el espacio iluminado por una lámpara de arco, donde las polillas y los niños jugaban en la seguridad de la luz cegadora, sin saber siquiera que pudiera existir la oscuridad, porque ellos no se alejaban de la luz.

Sin embargo, Ursula detectaba el destello del movimiento oscuro en los márgenes, veía brillar los ojos de las bestias salvajes en la oscuridad, observaba la vanidad del fuego de campamento y a los que dormían a su lado; percibía la extraña y absurda vanidad de quienes ocupaban el campamento, que aseguraban: «No hay nada más allá de nuestra luz y nuestro orden», con el rostro siempre vuelto hacia el interior, al tenue fuego de la conciencia iluminadora que abarcaba el sol y las estrellas, y al Creador, y el sistema judicial, ignorando en todo momento la inmensa oscuridad que giraba alrededor, en cuyos límites acechaban formas parcialmente reveladas.

Sí, y nadie se atrevía siquiera a arrojar una brizna de fuego a la oscuridad. Porque todos se burlarían de quien lo hiciera hasta aniquilarlo, le gritarían: «Idiota, canalla

antisocial, ¿por qué vienes a molestarnos con tus terrores? No hay oscuridad. Actuamos, vivimos y encontramos nuestro ser en la luz, y nos es dada la luz eterna del conocimiento, comprendemos y asimilamos el núcleo y el tejido más profundo del conocimiento. Idiota y canalla, ¿cómo te atreves a rebajarnos con la oscuridad?».

Sin embargo, la oscuridad giraba alrededor, con grises siluetas sombrías de bestias salvajes y oscuras siluetas sombrías de ángeles, a quienes la luz dejaba fuera de su cerco, como dejaba fuera a las bestias más comunes de la oscuridad. Y algunos, que habían visto la oscuridad por un instante, sabían que estaba erizada de pelaje de hienas y lobos; y algunos, que habían renunciado a la vanidad de la luz, que habían muerto en su propio engreimiento, veían el brillo en los ojos del lobo y de la hiena, que era el destello de la espada de los ángeles, el destello que invitaba a cruzar el umbral, sabían que los ángeles eran los temibles señores de la oscuridad y de nada servía negarlos, como el destello de los colmillos.

Ursula tenía veinte años cuando se acercaba la Pascua de su último curso universitario y recibió noticias de Skrebensky. El joven había escrito un par de veces desde Sudáfrica, en sus primeros meses de servicio en la guerra, y desde entonces solo muy de tarde en tarde había enviado una postal. Era teniente primero y seguía destinado en África. Hacía más de dos años que Ursula nada sabía de él.

Pensaba en él a menudo. Lo veía como el brillante amanecer dorado y radiante de un largo día ceniciento y gris. Su recuerdo era como las primeras y radiantes horas de la mañana. Y a estas horas sucedía el gris ceniciento y vacío del resto del día. Ah, ¡si Skrebensky le hubiera sido fiel, ella podría haber conocido la luz del sol, en lugar de la penuria, el dolor y la degradación del día echado a perder! Él habría sido su ángel. Tenía en sus manos las llaves de la luz del sol. Aún las conservaba. ¡Podía abrirle las puertas de la libertad y la dicha! No, si le hubiera sido fiel, habría sido el umbral que conducía a su propio ser, al cielo sin límites de la dicha y la honda, inagotable libertad que era el paraíso de su alma. ¡Qué amplitud tan enorme le habría ofrecido!: el espacio ilimitable e infinito de su dicha y de la plenitud eterna de su propio ser.

Ursula únicamente creía en el amor que había sentido por él. Un amor que seguía refulgente e intacto, algo que recordar. Y, cuando el presente le parecía un fracaso, Ursula se decía: «¡Ay, cuánto lo quería!».

Como si con él hubiera muerto la flor principal de su vida.

Y ahora volvía a tener noticias de él. Tenía sobre todo una sensación de dolor. El placer, el goce espontáneo se habían esfumado. Su voluntad se alegró sin embargo. Su voluntad se había adherido a él. Y la antigua emoción de sus sueños se agitó y despertó una vez más. Había regresado el hombre de los labios prodigiosos, capaces de estremecer los confines del espacio con sus besos. ¿Había regresado a ella? Ursula no podía creerlo.

Mi querida Ursula, he vuelto a Inglaterra, donde pasaré unos meses antes de marcharme de nuevo, esta vez a la India. No sé si todavía conservas el

recuerdo de los momentos que pasamos juntos. Yo aún conservo tu retrato. Debes de haber cambiado mucho desde entonces, porque han pasado casi seis años. Yo soy enteramente seis años mayor, he vivido toda una vida desde que te conocí en Cossethay. No sé si te gustaría verme. Estaré en Derby la semana próxima, me acercaría a Nottingham y podríamos tomar el té. ¿Qué te parece? Espero tu respuesta.

Anton Skrebensky

Ursula había recogido la carta en el casillero del vestíbulo de la universidad, y rasgó el sobre mientras iba a la sala de alumnas. Tuvo la sensación de que el mundo se diluía a su alrededor, se encontraba sola, envuelta en un aire limpio.

¿Dónde podía estar sola? Subió corriendo las escaleras y encaminó sus pasos a la biblioteca de consulta. Cogió un libro, se sentó y meditó sobre la carta. Le latía violentamente el corazón, le temblaban las piernas. Como en sueños, oyó el eco de un timbre en el edificio, seguido extrañamente de otro. La primera clase había terminado.

Inmediatamente, cogió un cuaderno y empezó a escribir.

Querido Anton: Sí, todavía conservo el anillo. Me gustaría mucho verte. Puedes venir a la universidad, o podemos quedar en la ciudad, en cualquier parte. ¿Qué te parece? Tu sincera amiga...

Temblando, le pidió un sobre a la bibliotecaria, que era amiga suya. Cerró el sobre, escribió la dirección y salió, sin sombrero, a echar la carta. Al meterla en el buzón, el mundo se transformó en un lugar muy sereno y pálido, sin límites. Regresó dando un paseo a la universidad, a su pálido sueño, semejante al tenue destello del amanecer.

Skrebensky llegó una tarde de la semana siguiente. Día tras día, Ursula se acercaba corriendo al casillero cuando entraba en la universidad por la mañana, y también en los intervalos entre una clase y otra. En varias ocasiones, con dedos furtivos y veloces, había protegido su carta de miradas ajenas, y había echado a correr por el vestíbulo con el papel escondido en la mano. Leía sus cartas en el laboratorio de botánica, donde siempre había un rincón reservado para ella.

Varias cartas, y por fin, Skrebensky venía. Llegaría el viernes por la tarde. Ursula trabajaba con el microscopio en un estado febril, capaz de concentrarse solo a medias, aunque rápida y diligente. Tenía en el portamuestras un tejido especial que había llegado de Londres ese mismo día, y el profesor estaba muy emocionado. Mientras enfocaba la lámpara en su campo de visión y observaba el difuso organismo eucariota envuelto en una luz ilimitada, Ursula evocaba con inquietud una conversación que había tenido días antes con la profesora Frankstone, doctora en física.

–La verdad es que no –había dicho la doctora Frankstone–, no veo por qué razón deberíamos atribuir a la vida un misterio especial... ¿Tú sí? De momento no la comprendemos como comprendemos la electricidad, pero eso no nos permite asegurar que la vida sea algo especial, algo diferente y distinto de todo lo que existe en el universo... ¿Tú crees que sí? ¿No podría ser que la vida consista en un conjunto de reacciones físicas y químicas complejas, de la misma naturaleza que los hechos que la ciencia ya conoce? La verdad es que no veo por qué tenemos que imaginar que existe un orden especial para la vida, y exclusivamente para la vida...

La conversación había terminado con una nota de incertidumbre, de indefinición, de nostalgia. Pero la finalidad, ¿cuál era la finalidad? La electricidad no tenía alma, la luz y el calor no tenían alma. ¿Era ella, pensaba Ursula, una fuerza impersonal o una conjunción de fuerzas, como aquellas otras? Seguía observando al microscopio la sombra unicelular que reposaba en el campo de luz. Estaba viva. La veía moverse: veía la bruma luminosa de su actividad ciliar, veía el destello del núcleo, lo veía deslizarse a través del plano de la luz. ¿Cuál era su voluntad? Si se trataba de una conjunción de fuerzas, físicas y químicas, ¿qué mantenía unidas a estas fuerzas, y con qué finalidad se aliaban?

¿Con qué finalidad se concentraba aquella incalculable actividad física y química en esta mota difusa que se movía a la luz del microscopio? ¿Qué finalidad concentraba y creaba lo que Ursula estaba viendo? ¿Cuál era su intención? ¿Ser en sí misma? ¿Era su finalidad exclusivamente mecánica, limitada a sí misma?

Pretendía ser en sí misma. Pero ¿cómo ser? El mundo cobró de pronto un brillo extraño en sus pensamientos, una luz muy intensa, como el núcleo del organismo que observaba al microscopio. De golpe, se había adentrado en la luz de un conocimiento intensamente luminoso. No llegaba a entenderlo del todo. Solo sabía que no era energía mecánica limitada, ni mero afán de conservación y afirmación propias. Era una consumación, un ser infinito. El ser se fundía con lo infinito. Ser uno mismo constituía una luminosa y suprema victoria de lo infinito.

Ursula estaba absorta en el microscopio, intrigada. Su espíritu estaba concentrado, infinitamente concentrado en este nuevo mundo. En el nuevo mundo, Skrebensky la esperaba, estaría esperándola. Ursula aún no podía salir a recibirlo, porque su espíritu estaba concentrado. Iría muy pronto.

Una quietud, comparable a la extinción, se apoderó de ella. Muy lejos, en los pasillos, oyó que el timbre anunciaba las cinco con estrépito. Tenía que marcharse. Sin embargo, no se movía.

Sus compañeros empezaron a retirar los taburetes y guardar los microscopios. Todo estalló en un tumulto. Veía salir a los estudiantes por la ventana, con libros debajo del brazo, hablando, todos hablando.

La invadió un inmenso deseo de marcharse. Ella también quería salir. Estaba asustada del mundo material y asustada de su propia transfiguración. Quería salir corriendo a buscar a Skrebensky: buscar a la nueva vida, la realidad.

Limpió y guardó de prisa los portamuestras, despejó su espacio en el laboratorio, de prisa, de prisa, de prisa. Quería salir corriendo a buscar a Skrebensky... Darse prisa... Darse prisa. No sabía con qué iba a encontrarse. Pero sería un nuevo comienzo. Tenía que darse prisa.

Recorrió el pasillo con pies veloces, con la cuchilla, los cuadernos y el lápiz en una mano, la bata colgada del brazo. Llevaba la cabeza alta, el rostro tenso de expectación. Pudiera ser que él no viniera.

Lo vio inmediatamente, al salir del pasillo. Lo reconoció al instante. Al mismo tiempo, era un ser extraño. Tenía ese curioso aire retraído e inseguro de los jóvenes de buena familia que tanto asustaba a Ursula. Parecía que quisiera ser invisible. Iba muy bien vestido. Ursula se negó a reconocer el escalofrío que la recorrió, como un rayo de luz glacial. Eso era él, la llave, el núcleo del nuevo mundo.

Skrebensky la vio cruzar el vestíbulo rápidamente, delgada, con una blusa de franela blanca, una falda oscura y algo de la abstracción y el brillo de lo desconocido, y se sobresaltó, emocionado. Otros estudiantes merodeaban por el vestíbulo.

Ursula se echó a reír, cegada y deslumbrada cuando él le estrechó la mano. Tampoco él era capaz de verla.

En un instante, Ursula había desaparecido en el guardarropa. Y una vez más, como cuando ella estudiaba en el instituto, pasearon juntos por la ciudad. Fueron a la misma tetería.

Ursula era consciente de lo mucho que Anton había cambiado. La afinidad seguía presente, la antigua afinidad, pero él había vivido inmerso en un mundo distinto del suyo. Era como si se hubiera declarado una tregua entre ellos, y en esta tregua se hubieran encontrado. Desde el primer momento, vagamente, supo que eran enemigos unidos por una tregua. Cada uno de los movimientos y las palabras de Anton eran ajenos a la existencia de Ursula.

Sin embargo, Ursula seguía fascinada por la delicada textura del rostro de Anton, por su piel. Estaba mucho más moreno, físicamente más fuerte. Se había vuelto un hombre. Ursula pensó que era su masculinidad lo que le daba aquel aire de extrañeza. Cuando no era más que un muchacho, fluido, estaba más cerca de ella. Pensó que un hombre estaba inevitablemente abocado a instalarse en aquella distancia extraña, aquella otredad fría. Hablaba, pero no se dirigía a ella. Ursula intentaba dirigirse a él, pero no lograba alcanzarlo.

Skrebensky parecía completamente equilibrado y seguro, su presencia irradiaba plena confianza. Era un magnífico jinete, y así tenía algo de la seguridad y la determinación sin fisuras propias del hombre que monta a caballo, también algo de su oscuridad animal. Su espíritu, por el contrario, se había vuelto aún más vago y tembloroso. Parecía construido por un conjunto de actos y decisiones habituales. La esencia vulnerable y cambiante del hombre era inaccesible. Ursula nada sabía de ella. Solamente percibía la oscura y densa firmeza de su deseo animal.

Era este deseo mudo lo que había empujado a Skrebensky hasta ella. Ursula

estaba desconcertada, dolida por cierta fijeza incurable que notaba en él, que la aterraba y le causaba una sensación de fría desesperanza. ¿Qué quería él? Sus deseos estaban profundamente enterrados. ¿Por qué no se aceptaba tal como era? ¿Qué quería? Quería algo innombrable. Ursula se encogió de miedo.

Sin embargo, estaba radiante de emoción. En su alma masculina, tenebrosa y subterránea, Skrebensky se arrodillaba ante ella, exponiéndose tenebrosamente. Ursula se estremeció, recorrida por aquella llama tenebrosa. Él aguardaba a sus pies. Estaba indefenso, a su merced. Ursula podía aceptarlo o rechazarlo. Si lo rechazaba, algo moriría dentro de él. Para él era cuestión de vida o muerte. Y sin embargo, todo debía continuar oculto en la oscuridad, la conciencia no podía reconocer nada.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Inglaterra? —preguntó Ursula.

—No estoy seguro... como mucho hasta julio, creo.

Se quedaron callados. Skrebensky estaba en Inglaterra, seis meses. Había entre ellos un intervalo de seis meses. Él seguía a la espera. La antigua rigidez del hierro, como si el mundo estuviera hecho de metal, volvía a atenazar a Ursula. De nada servía emplear la carne y la sangre contra aquel orden de metal forjado.

Su imaginación se adaptó rápidamente a las circunstancias.

—¿Te han destinado a la India? —preguntó.

—Sí, tengo solo seis meses de permiso.

—¿Crees que te gustará?

—Creo que sí... Hay mucha vida social, y muchas actividades... La caza, el polo... Siempre un buen caballo... y mucho trabajo... Trabajo nunca falta.

Skrebensky se apartaba continuamente, se apartaba continuamente de su alma. Ursula lo veía en la India con toda claridad: un miembro de la clase dominante que sometía a una antigua civilización, dueño y señor de una civilización inferior a la suya. Era su elección. Se convertiría de nuevo en un aristócrata, investido de autoridad y obligaciones, por encima del populacho indefenso. Un miembro de la clase dominante, entregado en cuerpo y alma a la materialización y ejecución de una idea superior del Estado. Y en la India tendría mucho que hacer. El país necesitaba la civilización que él representaba: necesitaba sus carreteras y sus puentes, y la ilustración de la que él formaba parte. Se marcharía a la India. Pero aquél no era el camino de Ursula.

De todos modos, lo amaba, amaba su cuerpo, al margen de cuales fueran sus decisiones. Y él parecía querer algo de ella. Esperaba que se decidiera por él. Ursula había tomado esta decisión hacía mucho tiempo, la primera vez que él la besó. Era su amante, aunque eso significara el fin del bien y del mal. Su decisión jamás había flaqueado, aunque su corazón y su alma se hubieran visto obligados a vivir prisioneros y silenciados. Él la esperaba, y ella lo aceptó. Porque había vuelto a ella.

Un resplandor iluminó las facciones de Anton, su piel delicada y suave, sus ojos, grises y dorados, brillaron íntimamente para ella. Se inflamó, prendió en llamas y se volvió espléndido, majestuoso, como un tigre. Ursula apresó su fulgor

resplandeciente y bruñido. Su corazón y su alma se cerraron rápidamente, se ocultaron. Se liberó de ellos. Estaba dispuesta a recibir su satisfacción.

Se sintió orgullosa y erguida, como una flor que exhibe su propia fortaleza. La calidez de Anton la colmaba de fuerza. Su belleza, resplandeciente en contraste con las demás personas, era un motivo de orgullo para Ursula. Parecía una deferencia especial con ella, y le hacía sentir que representaba para él toda la gracia y la flor de la humanidad. No era únicamente Ursula Brangwen. Era la mujer, era la totalidad de la mujer en el orden de la humanidad. Lo abarcaba todo, universal, ¿cómo podía limitarse a la individualidad?

Estaba exultante, no quería separarse de él. Su lugar estaba a su lado. ¿Quién podía alejarla?

Salieron de la tetería.

—¿Te apetece hacer algo? —preguntó él—. ¿Qué podemos hacer?

Era una noche de marzo, oscura y ventosa.

—No hay nada que hacer —dijo ella.

Ésa era la respuesta que Anton quería oír.

—Entonces, demos un paseo... ¿Adónde vamos? —dijo.

—¿Vamos al río? —propuso ella, tímidamente.

Al momento habían subido al tranvía e iban camino del puente Trent. Ursula estaba muy contenta. La idea de pasear por las praderas remotas y oscuras, junto al río caudaloso, era puro éxtasis. El flujo silencioso del agua oscura en la grandeza de la noche agitada le producía una sensación de delirio.

Cruzaron el puente, bajaron, y se alejaron de las luces. En un instante, al abrigo de la oscuridad, Anton la cogió de la mano y siguieron andando en silencio, adentrándose en la noche con paso sutil. La ciudad humeaba a su izquierda, había en el ambiente luces y ruidos extraños, el viento se estrellaba contra los árboles y pasaba por debajo del puente. Andaban cuerpo con cuerpo, en poderosa armonía. Anton la acercaba contra él, la envolvía con una pasión arrasadora, furtiva, sutil, como si tuvieran un acuerdo secreto que encerraba el bien en la oscuridad profunda. La oscuridad profunda era su universo.

—Todo es igual que siempre —dijo Ursula.

Aunque de ninguna manera era como siempre. Sin embargo, Skrebensky estaba en íntima sintonía con ella. Compartían un mismo pensamiento.

—Sabía que volvería —dijo él por fin.

Ursula se estremeció.

—¿Siempre me has querido? —preguntó.

La pregunta, tan directa, abrumó a Skrebensky, le hizo zozobrar por unos momentos. La oscuridad se desplazaba como una masa gigantesca.

—Tenía que volver a tu lado —dijo, como hipnotizado—. Siempre estabas detrás de todas las cosas.

Ursula no contestó, triunfante, como el destino.

–Yo siempre te he querido –dijo entonces.

Una llama oscura saltó dentro de Anton. Tenía que entregarse a ella. Tenía que ofrecerle sus cimientos. La acercó a él y continuaron en silencio.

Ursula se sobresaltó de pronto al oír voces. Llegaban de una cerca, al fondo de los prados oscuros.

–Son enamorados –dijo él en voz baja.

Ursula dirigió una mirada a las siluetas oscuras apoyadas en la cerca, sorprendida de que la oscuridad estuviera habitada.

–Solo los enamorados vienen aquí de noche –añadió él.

Entonces, en voz baja y vibrante, le habló de África, de la extraña oscuridad, del extraño miedo a la sangre.

–La oscuridad en Inglaterra no me asusta –dijo–. Me resulta amable y natural, es mi medio, sobre todo cuando tú estás conmigo. Pero en África es inmensa y líquida, está plagada de terror: no de un miedo concreto, simplemente de miedo. Se respira como el olor de la sangre. Los negros lo saben. Veneran la oscuridad. Casi llega a ser agradable... El miedo... tiene algo sensual.

Ursula volvió a estremecerse. Skrebensky era una voz que brotaba de la oscuridad. Le hablaba en voz baja, de África, transmitiéndole una sensación extraña y sensual: los negros, con su pasión laxa y suave, capaz de envolverla a una como el agua. Poco a poco, Anton le transmitió la oscuridad ardiente y fecunda que albergaba su sangre. Se comportaba con un secretismo extraño. Era preciso abolir el mundo entero. La sacaba de quicio con aquella voz suave, melosa y vibrante. Quería que ella respondiera, que comprendiera. La noche inmensa y túrgida, con todas las moléculas de su materia cargadas de fecundidad, se dilataba con la imparable y secreta urgencia del deseo fecundo, como si fuera a extinguirse. Ursula temblaba, tensa y vibrante, casi con dolor. Y él, poco a poco, dejó de hablarle de África, continuaron en silencio bordeando la oscuridad del imponente río. Ursula sentía las piernas vivas y en tensión, tenía la sensación de que emitían una vibración grave y profunda. Apenas podía sostenerse. La honda vibración de la oscuridad únicamente se sentía, no se oía.

De repente, Ursula se volvió a Anton y lo sujetó con fuerza, como si se hubiera vuelto de acero.

–¿Me quieres? –preguntó, angustiada.

–Sí –contestó él, con una voz como un lamento que no parecía suya–. Sí, te quiero.

Skrebensky parecía la oscuridad viva, Ursula estaba atrapada en el abrazo de la intensa oscuridad. Él la abarcaba suavemente, con una suavidad inexpresable, con la persistente suavidad del destino, la implacable suavidad de la fecundidad. Ursula no paraba de temblar, como una cuerda tensa a punto de partirse. Pero él la abarcaba en todo momento, suave, interminable, la envolvía como la oscuridad, omnipresente como la noche. La besó, y Ursula se estremeció como si la destruyeran, como si la rompieran en pedazos. La vasija iluminada vibró y se quebró dentro de su alma, la luz

se derramó, combatió y se volvió oscura. Ursula era oscuridad pura, despojada de voluntad, con una voluntad únicamente receptiva.

Anton la besaba, con sus besos envolventes y suaves, y ella respondía sin reservas, con el pensamiento y el alma perdidos. La oscuridad se clavaba en la oscuridad, y Ursula se aferraba a él, se adentraba en el suave flujo de sus besos, se hundía, se hundía hasta el manantial y el núcleo de sus besos, que la recorrían, la acariciaban, la cubrían, atravesaban hasta la última fibra de su ser como un arroyo, en una fecundidad oscura, y Ursula se aferró al núcleo de Anton, abriendo sus labios a las profundidades de aquel manantial.

Así se quedaron, envueltos en un beso absoluto y oscuro que los derrotó a los dos, los sometió, los entrelazó en un fecundo núcleo de oscuridad fluida.

Era dicha absoluta, era la constitución nuclear de la oscuridad fecunda. Cuando el recipiente había vibrado hasta hacerse añicos, cuando la luz de la conciencia se había apagado, entonces reinaron la oscuridad y una satisfacción inexpresable.

Disfrutaron de aquel beso absoluto, aceptándolo, dándose a él interminablemente, y aun así no se agotaba. Les temblaban las venas, su sangre corría unida como un arroyo.

Hasta que poco a poco, un letargo, un sopor se apoderó de ellos, un letargo y un surgir del letargo, el despertar de una leve luz de la conciencia. Ursula era consciente de la noche a su alrededor, del chapoteo y la poderosa corriente del agua muy cerca, del rugido y el susurro del viento racheado.

Seguía cerca de Anton, en contacto con él, pero volvía en sí gradualmente. Y sabía que tenía que coger el tren. Sin embargo, no quería apartarse de él.

Por fin despertaron y se pusieron en camino. Dejaron de existir en la oscuridad inmaculada. Vieron los destellos de un puente, el parpadeo de las luces al otro lado del río, el amplio resplandor de la ciudad enfrente y a la derecha.

Sus cuerpos, sin embargo, seguían quietos, oscuros, suaves e incontestables, caminaban ajenos a las luces, arrogantes y en una oscuridad suprema.

«Qué luces tan absurdas –pensó Ursula, en su arrogancia oscura y sensual–. Qué ciudad tan exagerada, artificial y absurda, irradiando sus luces. En realidad no existe. Reposo en la oscuridad ilimitada como el brillo irisado del aceite en el agua oscura, pero ¿qué es?... Nada, nada.»

En el tranvía, en el tren, Ursula tenía la misma sensación. Las luces, el uniforme cívico era un truco, la gente que iba andando o sentada eran meros muñecos. Bajo la pálida y acartonada pretensión de recato y finalidad cívica, la oscura corriente los arrastraba a todos. Eran como barquitos de papel a la deriva. Sin embargo, cada cual era una ola ávida, ciega y oscura que empujaba ciegamente, oscura y con el mismo deseo homogéneo. Y su conversación y su conducta eran una farsa, eran personajes disfrazados. Ursula se acordó del hombre invisible, que era un fragmento de oscuridad solo visible gracias a su ropa.

Pasó las siguientes semanas sumida en la misma suntuosidad oscura, con los ojos

dilatados y brillantes como los de un animal salvaje, una media sonrisa en el rostro enigmáticamente iluminado, una media sonrisa que parecía burlarse de la pretensión de civismo de la vida humana que la rodeaba.

«¿Qué sois, pálidos ciudadanos? –parecía preguntar su rostro, resplandeciente–. Bestias sojuzgadas y vestidas con piel de cordero, oscuridad primigenia falsamente transformada en mecanismo social.»

A todas horas continuaba envuelta en esta subconsciencia sensual, mofándose de la luz fabricada y artificial de los demás.

«Se visten con una identidad individual lo mismo que se ponen un traje –se decía, mirando con burla y desprecio a los hombres rígidos y neutralizados–. Creen que es mejor ser oficinistas o profesores que individuos fértiles y oscuros que existen en la oscuridad latente. ¿Qué crees que eres? –preguntaba su espíritu al profesor que le daba clase–. ¿Qué crees que eres, ahí sentado, con tu toga y tus gafas? Eres un animal al acecho, que huele la sangre, que aguarda en la oscuridad de la jungla, olfateando sus deseos. Eso eres, aunque nadie lo creería, y tú serías el último en admitirlo.»

Su espíritu se burlaba de todas aquellas pretensiones. Ella, por su parte, seguía fingiendo. Se vestía y se arreglaba, asistía a sus clases y tomaba apuntes. Sin embargo, todo lo hacía en un estado de pura burla superficial. Veía los trucos de los demás perfectamente, su dos y dos son cuatro. Era tan lista como ellos. Pero ¡cuidado! ¿Le interesaban a ella estos trucos simiescos del conocimiento, el aprendizaje o el comportamiento cívico? No le interesaban en absoluto.

Tenía a Skrebensky, tenía su oscuridad, su ser vital. Fuera de los muros de la universidad, esa otra oscuridad. Skrebensky esperaba. En el filo de la noche. Estaba vigilante. ¿La quería?

Ursula era libre como un leopardo que lanza su ronco rugido en la noche. Tenía la corriente oscura y poderosa de su propia sangre, tenía el núcleo brillante de la fecundidad, tenía a su compañero, su complemento, su partícipe en la satisfacción. Por tanto, lo tenía todo, nada le faltaba.

Skrebensky se alojó en Nottingham. También él era libre. No conocía a nadie en la ciudad, no tenía que conservar su ser cívico. Era libre. Los tranvías, los mercados, los teatros y los actos públicos le parecían un caleidoscopio roto, observaba como un león o un tigre, acostado, con los ojos entornados, vigilando a la gente que pasaba por delante de su jaula, la irrealidad caleidoscópica de la gente, o como un leopardo acostado, parpadeando, atento a la incomprensible actividad de sus guardianes. Lo despreciaba todo: nada existía. Sus buenos profesores, sus buenos clérigos, sus buenos oradores políticos, sus buenas y honradas mujeres: a todas horas su alma se burlaba de todos ellos. ¡Tantas marionetas de madera y de trapo para la función!

Observaba al ciudadano, un pilar de la sociedad, un modelo, veía las patas tiasas del chivo, casi agarrotadas como la madera en su afán de moverse como una marioneta, veía los pantalones confeccionados para la acción de la marioneta: las piernas de un hombre, pero unas piernas que se han vuelto rígidas y deformadas, feas,

mecánicas.

Se sentía curiosamente feliz ahora, en su soledad. Había en su rostro una sonrisa radiante. Ya no tenía ninguna necesidad de participar en el falso espectáculo de los demás. Había encontrado su llave, había huido de la función, como un animal salvaje que regresa directamente a su selva. Encontró una habitación en un hotel tranquilo, alquiló un caballo para cabalgar por el campo y, a veces, se quedaba a pasar la noche en una aldea y regresaba al día siguiente.

Se sentía rico y abundante. Todo cuanto hacía le proporcionaba un placer voluptuoso, ya fuera montar a caballo, pasear, tumbarse al sol o beber en una taberna. No era de utilidad para nadie, tampoco para las palabras. Se deleitaba en todo, con una profunda sensación de voluptuosa riqueza interior y de la fecundidad de la noche universal en que habitaba. Estaba lejos de la gente, con sus rasgos de marionetas, sus voces de mecanismos de madera.

Porque siempre contaba con sus encuentros con Ursula. Ella faltaba a clase con frecuencia, para salir a pasear con él por las tardes. Otras veces, alquilaban un coche de motor o un carro y se iban al campo, aparcaban el vehículo y se perdían en el bosque. Anton no había tomado a Ursula todavía. Con una economía instintiva y sutil, apuraban hasta el fondo cada beso, cada abrazo, cada uno de los placeres del contacto íntimo, sabiendo, en el subconsciente, que el último placer se aproximaba. Sería el acceso definitivo a las fuentes de la creación.

Ursula lo llevó a pasar un fin de semana en Beldover, con su familia. Le encantaba tenerlo en casa. Era extraño verlo adaptarse al ambiente familiar con su elegancia insidiosa y risueña. Todos lo querían, era uno más de la familia. Sus bromas, su presencia burlesca, cálida y voluptuosa, eran carne y alegría para los Brangwen. Porque en esta casa siempre había un temblor de oscuridad, todos se despojaban de su forma de marioneta cuando entraban en ella, para tumbarse y adormecerse al sol.

Había en todos ellos una sensación de libertad, una corriente de oscuridad soterrada. Sin embargo, aquí, en casa, a Ursula le disgustaba esta oscuridad. La encontraba desagradable. Y sabía que, si su familia se daba cuenta de cuál era su verdadera relación con Skrebensky, sus padres, su padre en particular, se volvería loco de rabia. Y así, sutilmente, Ursula se comportaba como cualquier muchacha cortejada por un hombre. Y era como cualquier muchacha. Interiormente, sin embargo, su antagonismo frente a las imposiciones sociales se había vuelto definitivo y absoluto.

Esperaba cada instante del día el siguiente beso de Skrebensky. Lo recibía con vergüenza y dicha. Esperaba casi conscientemente. También él esperaba, pero de un modo más inconsciente, hasta que llegaba el momento. Cuando llegaba el momento de besarla, sentía un temor aniquilador. Tenía la sensación de que su carne se volvía gris, el cuerpo le pesaba como un cadáver muerto de inanición, no existía cuando el tiempo pasaba sin que pudiera dar cumplimiento a sus deseos.

Por fin, Anton se acercó a Ursula, y su consumación fue sublime. Era una noche muy oscura y densa, y una vez más soplaban el viento. Cogieron el camino de Beldover y bajaron al valle. Habían agotado los besos y el silencio se instaló entre ellos. Se encontraban como al borde de un precipicio, con la inmensa oscuridad a sus pies.

Se apartaron del camino en la oscuridad, con el campo oscuro desplegado bajo el viento, el centelleo de las luces de la estación abajo, el resoplido lejano de un tren en el cambio de agujas, el leve sonido metálico de los vagones arrastrado por el viento, las luces de la periferia de Beldover parpadeando en la negrura de la ladera, al otro lado, el resplandor de los hornos a lo largo de la línea del ferrocarril a la derecha, y sus pasos se volvieron vacilantes. Pronto emergerían de la oscuridad a la luz. Era como retroceder. Era impedir la consumación. Temblorosos, reacios, se detuvieron en el borde de la oscuridad, asomándose a contemplar las luces y la máquina a sus pies. No podían regresar al mundo: no podían.

Así, rezagándose, llegaron a un roble grande, a la orilla del camino. El viento rugía entre las ramas rebosantes de brotes, y el tronco vibraba hasta la última fibra, poderoso, indomable.

–Vamos a sentarnos –dijo Skrebensky.

Y en el rugiente círculo, al pie del árbol, casi invisible todavía, a pesar de que su poderosa presencia les daba la bienvenida, se detuvieron un momento y dirigieron la mirada al parpadeo de las luces en la oscuridad, al otro lado, mientras la mancha de un tren barría el extremo de su campo de visión oscurecido.

Entonces, Skrebensky se volvió y besó a Ursula, y ella esperó a que la tomara. El dolor era el dolor que deseaba, la agonía era la agonía que deseaba. Estaba atrapada, enredada en la potente vibración de la noche. El hombre: ¿qué era? Una vibración poderosa y oscura que la envolvía. Se dejó arrastrar, como por un viento oscuro, lejos, muy lejos, a la prístina oscuridad del paraíso, a la inmortalidad original. Se adentró en los campos oscuros de la inmortalidad.

Cuando se incorporó, se sentía extrañamente libre y fuerte. No estaba avergonzada, ¿por qué iba a estarlo? Anton iba a su lado, el hombre que había estado con ella. Ella lo había acogido, habían estado juntos. Adónde había ido, Ursula no lo sabía. Pero sentía que había recibido una naturaleza nueva. Pertenecía al espacio eterno, inmutable, al que habían saltado juntos.

Su alma se sentía segura y ajena a la opinión del mundo de la luz artificial. Al subir las escaleras del puente que cruzaba las vías y encontrarse con los pasajeros del tren, Ursula tuvo la impresión de pertenecer a otro mundo, pasó al lado de la gente, inmune, separada de todos por una oscuridad absoluta. Cuando entró en el comedor iluminado de su casa, era impermeable a la luz y a la mirada de sus padres. Su ser de la vida cotidiana era el mismo de siempre. Pero ahora tenía otro ser, más fuerte, que conocía la oscuridad.

Esta fortaleza singular y distinta de todo, que existía en la oscuridad y en el

orgullo de la noche, jamás la abandonaba. Nunca se había sentido tan plena. No se imaginaba que nadie, ni siquiera Skrebensky, el joven entre todos los jóvenes del mundo, pudiera tener ninguna relación con su ser permanente. En cuanto a su ser temporal, su ser social, Ursula decidió dejar que se hiciera cargo de sí mismo.

Toda su alma estaba comprometida con Skrebensky: no con el joven entre todos los jóvenes del mundo, sino con el hombre indiferenciado que era. Se sentía plenamente segura de sí, plenamente fuerte, más fuerte que el mundo entero. El mundo no era fuerte: ella era fuerte. El mundo existía exclusivamente en un plano secundario: ella existía en una posición suprema.

Siguió con su rutina de siempre, iba a la universidad con el único propósito de ocultar su oscura y poderosa vida interior. Su verdadero ser, y Skrebensky con ella, era tan poderoso que Ursula podía descansar en esa otra vida aparente. Iba a la universidad por las mañanas y asistía a sus clases, floreciente y remota.

Comía con Skrebensky en su hotel. Pasaba con él todas las tardes, bien en sus habitaciones de la ciudad, bien en el campo. A sus padres les ponía la excusa de que se quedaba a estudiar para los exámenes. Pero no prestaba la más mínima atención a sus estudios.

Estaban felices, absolutos y tranquilos. La realidad de su propio ser consumado prevalecía indiscutiblemente sobre todo lo demás, y así eran libres. A medida que pasaban los días, solo querían más tiempo para ellos. Querían que el tiempo les perteneciera en exclusiva.

Se acercaban las vacaciones de Pascua. Decidieron marcharse, sin más. Daba igual si nunca regresaban. Eran indiferentes a la realidad concreta.

—Supongo que deberíamos casarnos —dijo Anton, con nostalgia. Disfrutaban de una libertad espléndida tal como estaban, en un mundo más profundo. Hacer pública su relación equivalía a ponerla al mismo nivel de las cosas que lo anulaban y de las que por el momento se había disociado completamente. Si se casaba tendría que adoptar su identidad social. Y la idea de adoptar su identidad social le causaba una inmediata sensación de inseguridad y abstracción. Si Ursula fuera su vida social, si fuera parte del estorbo de la realidad muerta, ¿dónde quedaría su vínculo con ella en esa otra vida sumergida? La mujer con la que uno se casaba era casi un símbolo material. Mientras que ahora Skrebensky sentía a Ursula mucho más viva que cualquier circunstancia de la vida convencional, Ursula rechazaba radicalmente la vida convencional, estaban juntos, oscuros, fluidos, infinitamente poderosos, rechazaban rotundamente el todo muerto que los atrapaba.

Vio que Ursula se había quedado pensativa, desconcertada.

—Creo que no quiero casarme contigo —dijo.

Y Skrebensky se sintió muy herido en su orgullo.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Ya pensaremos en eso más adelante, ¿de acuerdo? —dijo ella.

Estaba contrariado, pero la amaba desesperadamente.

–Te has puesto de morros –dijo.

–¿De verdad? –dijo Ursula, y su expresión se iluminó como una llama pura. Pensó que se había librado. Pero él volvió a la carga... No estaba satisfecho.

–¿Por qué? ¿Por qué no quieres casarte conmigo?

–No quiero estar con los demás –dijo Ursula–. Quiero vivir así. Si alguna vez quiero casarme contigo, ya te lo diré.

–Muy bien –contestó él.

En realidad prefería dejar las cosas en un estado indefinido, que fuera ella la que tomara la responsabilidad.

Hablaron de las vacaciones de Pascua. Ursula solo pensaba en disfrutar plenamente.

Se alojaron en un hotel de Piccadilly. Ella se hizo pasar por su mujer. Compraron unas alianzas, por un chelín, en un barrio humilde.

Habían renunciado por completo al mundo corriente y mortal. Estaban poseídos de confianza. Estaban poseídos. Se sentían total e insuperablemente libres, desmedidamente orgullosos, ajenos a los condicionamientos de los mortales.

Eran perfectos, por tanto nada más existía. El mundo era un mundo de siervos a los que despreciaban con cortesía. En todas partes eran una pareja de aristócratas sensuales, cálidos, resplandecientes que observaban con puro orgullo de los sentidos.

Causaban en los demás un efecto extraordinario. El encanto que irradiaba la pareja impregnaba a todos los que tenían alguna relación con ellos, camareros o conocidos ocasionales.

–*Oui monsieur le baron* –respondía Ursula, haciendo una reverencia burlona a su marido.

Y así los trataban como a gente con título. Skrebensky era oficial del cuerpo de ingenieros. Estaban recién casados y muy pronto se irían a la India.

Irradiaban un halo de romanticismo. Ursula llegaba a creer que era una joven casada con un noble en vísperas de su partida a la India. Aquella realidad social era una fantasía deliciosa. En la realidad verdadera eran hombre y mujer, absolutos y ajenos a cualquier clase de limitaciones.

Transcurrían los días, iban a pasar tres semanas juntos, su éxito sería perfecto. No existía más realidad que ellos, el mundo exterior les rendía tributo. Se mostraban despreocupados con el dinero, aunque nunca incurrían en extravagancias. Skrebensky se quedó pasmado al darse cuenta de que había gastado veinte libras en algo menos de una semana, pero lo único que le fastidiaba era tener que ir al banco. Seguía supeditado a la maquinaria del antiguo sistema, pero no al sistema. El dinero sencillamente no existía.

Tampoco existía ninguna de sus antiguas obligaciones. Volvían al hotel, después de ir al teatro, cenaban, se desnudaban y holgazaneaban en bata. Disponían de un dormitorio amplio y una elegante salita de esquina, aislada y muy acogedora. Hacían todas las comidas en sus habitaciones, atendidos por Hans, un joven alemán que los

consideraba maravillosos a los dos. Respondía con diligencia.

Gewiss, Herr Baron... Bitte sehr, Frau Baronin^[29].

Con frecuencia veían teñirse el parque de rosa al amanecer. La torre de la catedral de Westminster emergía envuelta en un resplandor, las farolas de Piccadilly se alejaban junto a los árboles del parque, se volvían pálidas como polillas, y el tráfico de la mañana marcaba los segundos en la calle sombría, que había resplandecido a lo largo de la noche como el metal, al pie de su ventana, adentrándose en la lejanía de la noche, bajo las farolas, y ahora, a la luz del amanecer, se tornaba difusa como la bruma.

Entonces, cuando el rubor de la mañana cobraba más intensidad, abrían las puertas de cristal del vertiginoso balcón, triunfantes como dos ángeles dichosos, y contemplaban el mundo, aún dormido, que no tardaría en despertar a su obediente, estruendoso y lento torbellino de irrealidad.

Pero el aire era frío. Volvían al dormitorio y se daban un baño antes de acostarse, sin cerrar las puertas del cuarto de baño, por lo que el vapor entraba en el dormitorio y empañaba el espejo. Ursula siempre era la primera en meterse en la cama. Observaba a Skrebensky en la bañera, sus movimientos inconscientes y rápidos, el brillo de la luz eléctrica en sus hombros húmedos. Salía de la bañera con el pelo mojado y pegado a la frente, y se quitaba el agua de los ojos. Era esbelto y perfecto para Ursula, un joven de líneas limpias y rectas, sin un gramo de carne superflua. Tenía la piel cubierta de vello castaño, suave, fino y adorable, deliciosamente ruborizado en el cuarto de baño blanco.

Anton veía que Ursula lo observaba desde la almohada con el rostro cálido, iluminado en la penumbra... Pero en realidad no la veía... Aquel rostro siempre estaba presente y era para él como sus propios ojos. Nunca percibía a Ursula como un ser independiente. Ursula era para Anton como sus propios ojos y su propio corazón.

Y se acercaba a la cama para ponerse la camisa de dormir. Acercarse a ella siempre era una aventura apasionante. Ursula lo abrazaba alrededor de las caderas y olfateaba su piel cálida y suave.

–Perfume –decía.

–Jabón –contestaba él.

–Jabón –repetía ella, levantando la vista con los ojos centelleantes. Los dos se reían, siempre estaban riendo.

Enseguida se quedaban profundamente dormidos, dormidos hasta mediodía, abrazados, compartiendo un mismo sueño. Entonces despertaban a la cambiante realidad de su situación. Solo ellos habitaban el mundo de la realidad. Todos los demás vivían en una esfera inferior.

Hacían lo que se les antojaba. Veían a muy poca gente, a Dorothy, con quien se suponía que Ursula estaba pasando las vacaciones, y a un par de amigos de Skrebensky, jóvenes de Oxford, que la llamaban señora Skrebensky con la mayor naturalidad. Trataban a Ursula en verdad con tanto respeto que ésta empezaba a

sentirse emperatriz del universo, del viejo mundo y también del nuevo. Se olvidaba de que vivía una relación que en el viejo mundo estaba prohibida. Tenía la sensación de vivir su relación bajo el hechizo de su propio mundo real. Y así era.

En aquella realidad siempre cambiante transcurrían las semanas. En todo momento eran un mundo desconocido el uno para el otro. Cualquier movimiento que uno hiciera constituía una realidad y una aventura para el otro. No necesitaban emociones externas. Frecuentaban muy poco los teatros, en general se quedaban en su sala de estar de Piccadilly, con las ventanas y la puerta del balcón abiertas de par en par, contemplando el parque o el continuo ir y venir del tráfico.

Y un día, de repente, mientras contemplaba una puesta de sol, Ursula quiso irse. Tenía que irse. Tenía que irse inmediatamente. Y en menos de dos horas estaban en Charing Cross, cogiendo un tren a París. Fue Anton quien propuso París. A Ursula le daba igual adónde fueran. El placer era ponerse en marcha. Y, por unos días, se sintió feliz con la novedad de París.

Después, por alguna razón, necesitó pasar por Ruán de regreso a Londres. Skrebensky recelaba por instinto del deseo de Ursula de pasar por Ruán. Pero ella se empeñó en ir perversamente. Era como si quisiera poner a prueba el efecto que la ciudad ejercería sobre ella.

Por primera vez, en Ruán, Skrebensky experimentó una fría sensación de muerte: no tenía miedo de otras personas, tenía miedo de Ursula. Parecía que lo estaba abandonando. Que iba en busca de algo que no era él. No lo quería. Las viejas calles, la catedral, la paz monumental de la ciudad antigua, la alejaban de él. Ursula se acercaba a la ciudad como algo que hubiera olvidado y sin embargo deseara. Aquello era ahora la realidad: aquella catedral de piedra imponente y dormida que no conocía la fugacidad ni prestaba oídos a ninguna negativa. Era majestuosa en su equilibrio, absoluta en su esplendor.

El espíritu de Ursula empezaba a correr en libertad. Anton no se dio cuenta, ella tampoco. Pero en Ruán, Skrebensky experimentó la primera angustia mortal, la primera sensación de que se encaminaban a la muerte. Y Ursula experimentó el primer anhelo inmenso, inmenso, la inmensa advertencia desesperada, casi comparable a un profundo e inquietante hundimiento en la apatía, en la desesperación.

Volvieron a Londres. Pero aún tenían dos días por delante. Skrebensky empezaba a temblar de pánico ante la partida de Ursula. Ella tenía una especie de funesta conciencia del futuro, y se mostraba serena. Lo que tuviera que ser sería.

Anton siguió mostrándose natural, no perdió su encanto añadido hasta el momento en que Ursula se marchó y él dio la espalda a la iglesia de San Pancracio y subió a un tranvía para ir de Pimlico a la calle Moorgate, en la zona de Angel, un domingo a última hora de la tarde

Entonces un horror frío caló en su ánimo poco a poco. Veía el horror de City Road, era consciente de la fría y fantasmagórica sordidez del tranvía que lo llevaba.

Sentía una esterilidad severa y fría como la ceniza. ¿Dónde estaba el mundo radiante y maravilloso al que él pertenecía legítimamente? ¿Cómo había terminado arrojado en aquel montón de desechos?

Estaba desquiciado. El horror de los edificios de ladrillos, del tranvía, de la gente gris como la ceniza que veía por la calle, lo mareaba y lo cegaba como si estuviera ebrio. Se había vuelto loco. Había vivido con Ursula en un mundo aparte, palpitante y vivo, donde todas las cosas latían con suntuosidad. Y de pronto se encontraba luchando en un mundo de rigidez fría y seca como la ceniza, de muros muertos y tráfico mecánico, de gente que se arrastraba como espectros. La vida se había extinguido. Solo la ceniza se movía, temblaba o se erguía, rígida, y había en el ambiente una actividad horrenda, atronadora, un tableteo comparable al derrumbe de los escombros secos, frío y estéril. Parecía que el sol fuera una fuente de luz artificial que exponía a la vista las cenizas de la ciudad, que las luces, en la noche, fueran el siniestro resplandor de la podredumbre.

Enloquecido, fuera de sí, entró en su club y se sentó con un vaso de whisky, inmóvil, como si se hubiera vuelto de barro. Se sentía igual que un cadáver que conserva la cantidad de vida justa para parecer uno más de esos seres espectrales y sin vida a los que en nuestra lengua muerta llamamos gente. La ausencia de Ursula era para Anton peor que el dolor. Aniquilaba su existencia.

Muerto, pasó de la hora de comer a la hora del té. Tenía las facciones petrificadas, rígidas, sin color, su vida era un movimiento seco y mecánico. A pesar de todo, hasta él contemplaba con leve asombro su tremenda desgracia sobrevenida. ¿Cómo podía estar tan ceniciento y muerto? Escribió una carta a Ursula.

He pensado que deberíamos casarnos pronto. Me subirán el sueldo cuando llegue a la India y podremos arreglarnos sin dificultad. O, si no quieres ir a la India, es muy probable que pudiera quedarme aquí, en Inglaterra. Pero creo que te gustaría la India. Podrías montar a caballo y conocer a todo el mundo. Tal vez, si quieres esperar a terminar tus estudios, podríamos casarnos inmediatamente después. Escribiré a tu padre en cuanto tenga noticias tuyas...

Siguió adelante, prescindiendo de ella. ¡Si pudiera estar con ella! Lo único que quería en este momento era casarse, estar seguro de ella. Pero estaba totalmente desesperado, frío, extinguido, sin vínculo ni emoción.

Tenía la sensación de que su vida había muerto. Su alma se había extinguido. Todo su ser se había vuelto estéril, era un espectro, divorciado de la vida. No tenía plenitud, era una simple forma plana. Día tras día, la locura crecía dentro de él. El horror de no existir lo poseía.

Iba aquí y allá, a todas partes. Pero en todo cuanto hacía se sentía una mera cifra, nada lo llenaba. Iba al teatro: todo resbalaba por la fría superficie de su conciencia, que ahora era lo único que existía, detrás no había nada, no era capaz de sentir nada.

Se limitaba a registrarlo todo mecánicamente, nada más. No tenía ser ni contenido. Lo mismo le ocurría a la gente con quien se relacionaba. Eran meras permutaciones de cantidades conocidas. No había redondez ni plenitud en este mundo en el que ahora habitaba, todo era una construcción mental muerta, sin vida ni ser.

Pasaba mucho tiempo con amigos y compañeros. Entonces se olvidaba de todo. Enmascaraba su aniquilación con todo tipo de actividades, con ellas combatía el horror de su aniquilación.

Solamente era feliz cuando bebía, y bebía sin moderación. En esos momentos se convertía exactamente en lo contrario de lo que había sido. Se convertía en una nube resplandeciente, difusa y cálida que flotaba en un mundo etéreo, difuso y cálido. Se fundía con el todo, de una manera informe y difusa. Todo se diluía en un resplandor rosado, y él era el resplandor, y todo era el resplandor, los demás eran el resplandor, y la sensación era muy agradable, muy agradable. Cantaba canciones, era muy agradable.

Ursula regresó a Beldover firme y encerrada. Quería a Skrebensky, de eso estaba segura. No aceptaría nada más.

Leyó la larga carta en la que él parecía obsesionado con casarse y marcharse a la India, y no le causó ninguna reacción en particular. Pasó por alto sus observaciones sobre el matrimonio. No le llegaban al corazón. En la mayor parte de su carta, daba la sensación de que Anton hablaba sin demasiado sentido.

Ursula respondió en un tono agradable y natural. Rara vez escribía cartas largas.

La India suena de maravilla. Me imagino montada en un camello, balanceándome entre un pasillo de serviles indígenas. Pero no sé si mi padre me dejaría ir. Ya veremos.

Sigo recordando a todas horas los momentos deliciosos que hemos pasado. Pero creo que al final tú no estabas muy contento conmigo, ¿verdad? No estabas contento conmigo cuando nos fuimos de París. ¿Por qué no?

Te quiero muchísimo. Me encanta tu cuerpo. ¡Es tan claro y hermoso! Me alegro de que no vayas por ahí desnudo, porque todas las mujeres se enamorarían de ti. Estoy celosa. ¡Me gusta tanto!

Skrebensky quedó más o menos satisfecho con esta carta. Pero día tras día iba de un lado a otro muerto, sin existir.

No podía volver a Nottingham hasta finales de abril. Entonces convenció a Ursula para pasar un fin de semana en casa de un amigo, cerca de Oxford. Para entonces ya se habían prometido. Skrebensky había escrito a Will Brangwen y todo estaba acordado. Le regaló a Ursula una sortija de esmeraldas de la que ella estaba muy orgullosa.

Su familia la trataba ahora con cierta distancia, como si ya se hubiera marchado. En general todo el mundo la dejaba en paz.

Ursula fue a pasar tres días con Anton en la casa de campo de los alrededores de Oxford. Era un sitio precioso, y estaba muy contenta. Pero lo que recordaba de estos días, sobre todo, era el momento de levantarse por la mañana, cuando Anton ya había vuelto a su dormitorio, a escondidas, después de haber pasado la noche juntos, y ella se sentía de maravilla, a solas, disfrutaba plenamente de su habitación solitaria, abría las cortinas y veía los ciruelos en el jardín, resplandecientes y nevados, deleitándose con la luz del sol, rebosantes de flores bajo un cielo azul. Echaban sus flores, las lanzaban contra los cielos azules, ¡las flores más blancas! ¡Cómo se emocionaba!

Tenía que vestirse a toda prisa y salir a pasear por el jardín, bajo los ciruelos, antes de que nadie se acercara a hablar con ella. Salía a hurtadillas y deambulaba como una reina en un país de ensueño. Las flores cobraban una leve tonalidad plateada cuando miraba el cielo azul desde abajo. Había una suave fragancia en el ambiente, un suave zumbido de abejas, un maravilloso bullicio de felicidad matinal.

Oía la campana del desayuno y volvía a casa.

–¿Dónde estabas? –preguntaban los demás.

–He salido a pasear entre los ciruelos –decía, radiante como una flor–. Están preciosos.

Una sombra de rabia velaba el ánimo de Skrebensky. Ella quería estar sola. Y él se ponía de mal humor.

De noche, cuando salía la luna y las flores brillaban con un aire fantasmagórico, salían juntos para contemplarlas. Ursula veía la luz de la luna reflejada en el semblante de Anton, a su lado, y sus facciones parecían de plata, y sus ojos velados parecían insondables. Estaba enamorada de él. Él estaba muy callado.

Entraban en casa, y Ursula fingía cansancio. Así, pronto se iban a la cama.

–No tardes en venir –le susurraba ella, cuando supuestamente le daba las buenas noches con un beso.

Y él esperaba, tenso, obsesionado, el momento de volver con ella.

Ursula disfrutaba con Anton, se mostraba muy atenta. Le gustaba acariciar con las yemas de los dedos la suave piel de sus costados o la suavidad de su espalda, y él tensaba los músculos, unos músculos fortalecidos por la práctica de la equitación; y Ursula se estremecía de placer y de pasión por aquel cuerpo duro, imposible de tallar, tan liso y suave en sus dedos, aquel cuerpo que se entregaba a ella absolutamente.

Era dueña de aquel cuerpo y disfrutaba de él con el deleite y la indiferencia absoluta de quien se sabe dueño de algo. Anton había empezado a temer el cuerpo de Ursula. La deseaba, la deseaba infinitamente. Pero su deseo estaba ahora sometido a una tensión continua, a una limitación que le impedía disfrutar del delicioso acercamiento y la maravillosa cercanía del abrazo infinito. Tenía miedo. Estaba siempre agarrotado y tenso.

Ursula tenía su examen final a mediados del verano. Insistió en presentarse, a pesar de que los últimos meses había desatendido sus estudios. Anton también quería que consiguiera un título. Pensaba que por fin se sentiría satisfecha. Sin embargo,

albergaba la secreta esperanza de que suspendiera, así estaría más contenta con él.

—¿Dónde prefieres vivir cuando nos casemos: en la India o en Inglaterra? —preguntó.

—Ah, en la India, mucho mejor —decía ella, con una indiferencia que a él le disgustaba.

Una vez, Ursula dijo con vehemencia:

—¡Qué ganas tengo de irme de Inglaterra! ¡Es todo tan anodino, tan mezquino, tan poco espiritual: me repugna la democracia!

A Skrebensky le disgustó que hablara de este modo, no sabía por qué. Por alguna razón, no soportaba estos ataques de Ursula. Sentía como si lo atacara a él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, con hostilidad—. ¿Por qué te repugna la democracia?

—Porque en la democracia es la gente ambiciosa y ruin la que llega a lo más alto, porque solo esa gente está dispuesta a pisotear a quien haga falta para alcanzar esa posición. Solo los pueblos degenerados son democráticos.

—¿Qué quieres entonces, una aristocracia? —dijo Anton, secretamente conmovido. Siempre había tenido la sensación de pertenecer legítimamente a la aristocracia, a la clase dirigente. Pero, cuando Ursula hacía alguna alusión a su clase social, le causaba un placer doloroso y extraño. Tenía la sensación de cometer un delito, de arrogarse una superioridad condenable y vil.

—Sí, quiero una aristocracia —exclamó ella—. Y prefiero mil veces una aristocracia de nacimiento que una aristocracia por dinero. Esa gente solo tiene cerebro para hacer dinero. Porque gobiernan en nombre del dinero.

—Es el pueblo quien elige al gobierno.

—Ya lo sé. Pero ¿qué es el pueblo? Todo son intereses económicos. Me parece abominable que cualquiera pueda ser como yo por el mero hecho de tener el mismo dinero que yo. Yo sé que soy mejor que ellos. Los odio. No son mis iguales. Odio que la igualdad se base en el dinero. Es una igualdad sucia.

Lo miró con ojos fulgurantes, y Skrebensky tuvo la sensación de que quería destruirlo. Lo había atrapado e intentaba despedazarlo. Y se llenó de rabia contra Ursula. Como mínimo pelearía por su existencia con ella. Una resistencia inquebrantable y ciega se apoderó de él.

—A mí no me interesa el dinero —dijo—. Ni siquiera pretendo quedarme con un trozo del pastel. Tengo un estómago demasiado sensible.

—¡No me vengas con ésas! —protestó Ursula, enardecida—. ¡Tienes un estómago exquisito y quieres irte a la India porque allí serás alguien! Irte a la India no es más que una huida.

—¿Por qué una huida? —exclamó él, con enfado y temor.

—Porque crees que los indios son inferiores, y disfrutarás estando cerca de ellos y siendo un gran señor —dijo—. Y te sentirás con derecho a gobernarlos, por su propio bien. ¿Quién eres, para sentirte con ese derecho? ¿Qué legitimidad tiene tu manera de

gobernar? Tu manera de gobernar es repugnante. ¿Para qué gobiernas sino para que todo se vuelva tan muerto y mezquino como esto?

—No me siento legitimado en absoluto —dijo Skrebensky.

—Entonces ¿cómo te sientes? ¿Qué importancia tiene lo que sientas o dejes de sentir?

—¿Tú qué sientes? —preguntó él—. ¿No te sientes legitimada intelectualmente?

—Pues sí, porque te detesto, a ti y todas tus cosas viejas y muertas —exclamó Ursula.

Con estas palabras, pronunciadas sin apenas darse cuenta, pareció derribar la bandera que él seguía izando todavía. Skrebensky se sintió como si le cortaran por las rodillas, un cuerpo inútil. Lo invadió una insoportable sensación de náuseas, como si de verdad le hubieran cortado las piernas y no pudiera moverse, condenado a ser un tronco tullido, dependiente, inútil. Esta indefensión atroz, la sensación de ser un simple cuerpo sin existencia vital, lo enfureció, lo puso fuera de sí.

Ahora, incluso cuando estaba con Ursula, esta muerte de sí mismo se apoderaba de él, y Anton andaba como un cuerpo completamente despojado de existencia individual. En aquel estado, ni veía ni oía ni sentía, solamente el mecanismo de su vida seguía funcionando.

La odiaba, en la medida en que era capaz de odiar estando como estaba. Su astucia le insinuaba infinitas maneras de lograr que Ursula lo apreciara. Porque no lo apreciaba. Se alejó de ella y tampoco le escribió ninguna carta. Coqueteó con otras mujeres, con Gudrun.

Y esto desató la ira de Ursula. Seguía celosa de su cuerpo. Con una rabia desmedida, le reprochó que no tenía la hombría suficiente para satisfacer a una mujer y por eso andaba rondando a otras.

—¿No soy capaz de satisfacerte? —dijo él, y una vez más se puso blanco hasta la médula.

—No —contestó Ursula—. No has vuelto a satisfacerme desde las primeras semanas en Londres. Ahora nunca me satisfaces. ¿De qué me sirve estar contigo...?

Se encogió de hombros y apartó la cabeza con un ademán de desprecio indiferente y frío. Skrebensky sintió que quería matarla.

Cuando Ursula consiguió llevarlo a semejante extremo de locura, cuando vio sus ojos oscuros y desquiciados de dolor, entonces un sufrimiento insoportable se apoderó de su alma, un sufrimiento desmedido e invencible. Y lo amó. ¡Ay, quería amarlo! El deseo de amarlo era más fuerte que la vida o la muerte.

En momentos como éste, cuando Anton se volvía loco al ver cómo Ursula lo destruía, cuando su complacencia quedaba completamente aniquilada, su yo cotidiano hecho añicos, y solo sobrevivía el hombre primitivo, rudimentario, desollado, desquiciado por la tortura, la pasión de Ursula por amarlo se transformaba en amor, lo aceptaba de nuevo, se unían en una pasión arrasadora, y entonces él se sabía capaz de satisfacerla.

Pero la semilla de la muerte lo invadía todo. Después de cada acercamiento, el angustioso deseo de Ursula por Anton, o por eso que nunca recibía de él, se acrecentaba, su amor se volvía desesperado. Después de cada acercamiento, la insana dependencia que él tenía de ella se ahondaba, su esperanza de resistir, firme, hasta tomarla en su propia fortaleza, se debilitaba. Skrebensky se sentía un mero atributo de Ursula.

Llegó el domingo de Pentecostés, justo antes del examen. Ursula tenía unos días de descanso. Dorothy había heredado, y con la herencia compró una casita de campo en Sussex. Los invitó a pasar unos días con ella.

Fueron a la pulcra casita de Dortohy, al pie de las colinas. Ahí podían hacer lo que quisieran. Ursula estaba encaprichada con subir a la cima del monte. La senda blanca se enroscaba en la cumbre redonda. Y tenía que subir.

Veía desde la cumbre el canal de La Mancha, a pocos kilómetros, el mar encrespado y levemente reflejado en el cielo, la isla de Wight como una sombra levantada en la distancia, el río brillante y sinuoso que atravesaba la llanura de colores en dirección al mar, el castillo de Arundel, imponente y sombrío, y, al fondo, los ondulantes acantilados, altos y suaves, componiendo un paisaje alto y suave bajo el cielo, que únicamente reconocían al cielo en su inmenso poder resplandeciente de sol y apenas toleraban que un puñado de matorrales importunaran el abrazo de su imponente cuerpo imbatible y el cambiante cuerpo del cielo.

Abajo veía los pueblos y los bosques de Weald, y el tren en su brava carrera, diminuto y galante, corriendo por los humedales hasta adentrarse en la brecha de los acantilados como si fuera lo más importante del mundo, despidiendo sus vapores blancos, pero siempre diminuto. Diminuto y, sin embargo, su valor lo llevaba de punta a punta de la tierra, hasta que no había rincón al que no llegara. Pero los acantilados, con su majestuosa indiferencia, su cuerpo y sus miembros desnudos al sol, que absorbían la luz solar y el viento marino y la humedad del mar en su piel dorada, con soberbia quietud y serenidad, ¿no eran todavía más maravillosos? El enérgico, patético y ciego coraje del tren que humeaba, diminuto, entre los diferentes planos de colores en su camino hacia el mar difuso, tan veloz y tan enérgico, hacía llorar a Ursula. ¿Adónde iba? Iba a ninguna parte, simplemente iba. Tan ciego, tan sin destino ni propósito, pero ¡con tanta prisa! Se sentó a llorar en una antigua fortificación prehistórica, y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. El tren había horadado la tierra ciegamente, afeándola. Y volvió el rostro a los acantilados, tan poderosos que se desentendían de todo lo que no fuera su abrazo con los cielos eternos, y quiso convertirse en un montículo poderoso y suave bajo el cielo, con el pecho y los miembros desnudos a los vientos y las nubes y los estallidos del sol.

Pero tenía que incorporarse y apartar la vista de aquel punto de apoyo que le ofrecía el sol, para mirar a los lejos, hacia la llanura de colores, con sus pueblecitos, su humo y su energía. ¡Qué corto de miras parecía el tren en su remota carrera, qué aterradores los pueblos tan pequeños, qué mezquina su actividad!

Skrebensky daba vueltas, aturdido, sin saber dónde estaba ni qué estaba haciendo con Ursula. Ella, al parecer, no tenía otra pasión que vagar por los acantilados y, cuando tenía que bajar a la tierra, se entristecía. En las alturas se sentía libre y exultante.

Ursula ya no quería estar con él dentro de una casa. Decía que odiaba las casas, y sobre todo odiaba las camas. Había algo desagradable en la manera en que Anton se metía en su cama.

Quería pasar la noche en los acantilados. En las alturas, con él. Era verano, y los días eran deliciosamente largos. Alrededor de las diez y media, cuando por fin caía la oscuridad azulada, cogieron unas alfombras y subieron por la senda hasta la cima de los acantilados, juntos.

En las alturas, las estrellas eran grandes, la tierra desaparecía en la oscuridad. Ursula era libre en las alturas, con las estrellas. A lo lejos veían diminutas luces amarillas, muy lejanas, en el mar, o en la tierra. Ursula era libre en las alturas, entre las estrellas.

Se quedó completamente desnuda, pidió a Anton que se desnudara, y echaron a correr por la turba suave y sin luna, y recorrieron un buen trecho, casi dos kilómetros desde el punto en que habían dejado la ropa, envueltos en el viento oscuro y suave, completamente desnudos, tan desnudos como los propios acantilados. Ursula corría muy deprisa, con el pelo suelto revoloteando alrededor de los hombros y unas sandalias que se había puesto para la larga carrera hasta el estanque.

Las estrellas estaban quietas en el estanque redondo. Ursula se adentró en el agua poco a poco, cogiendo las estrellas con las manos.

De repente, se sobresaltó y volvió corriendo. Skrebensky estaba con ella, aunque de mala gana. Era una pantalla para los miedos de Ursula. Estaba a su servicio. Ursula lo tomó, lo abrazó, lo estrechó con fuerza, pero sin cerrar los ojos, para ver las estrellas: parecía que estuvieran acostadas con ella y entraran en la insondable oscuridad de su matriz, comprendiéndola por fin. No era Anton lo que estaba dentro de ella.

Amaneció. Se encontraban en un promontorio, una fortificación de la Edad de Piedra, esperando la llegada de la luz. La luz se desplegó sobre la tierra. Pero la tierra estaba oscura. Ursula contemplaba un pálido anillo en el cielo, a lo lejos, contra la tierra oscurecida. La oscuridad se volvió más azul. Del mar llegaba una brisa suave que parecía correr al encuentro de la pálida fisura del amanecer. Y ellos, oscurecidos, en una atalaya de oscuridad, aguardaban el amanecer.

La luz cobró intensidad, derramándose en el zafiro oscuro de la noche transparente. La luz cobró intensidad, se volvió más blanca, y poco después empezó a cobrar una temblorosa coloración rosácea. Una coloración primero rosácea y luego amarilla, de un tono amarillo pálido y recién creado, que palpitaba y se posaba unos momentos en la fuente del anillo del cielo.

El rosa tembloroso y palpitante prendió entonces, se fundió en una efímera llama

roja, mientras el amarillo crecía en grandes oleadas, arrojando desde la fuente en constante crecimiento grandes oleadas de amarillo para derramarlas por el cielo, esparciendo su espuma en la oscuridad, que por momentos se volvía más azul, más pálida, hasta convertir en puro resplandor lo que antes fuera oscuridad.

Empezaba a salir el sol. Hubo un palpitante, poderoso, aterrador desplazamiento líquido de luz fundida. Emergió entonces la propia fuente de luz fundida, revelándose. El sol estaba en el cielo, demasiado intenso para mirarlo.

Y la tierra yacía debajo, apacible y quieta. Solo de vez en cuando cantaba un gallo. Todo, desde las colinas amarillas y lejanas hasta los pinos al pie de los acantilados, cobraba existencia, arrastrado por una corriente de creación dorada y nueva.

Había una quietud tan inexpresable, una promesa tan perfecta en la tierra nítida y bañada de luz dorada que el alma de Ursula se estremeció y rompió a llorar. Skrebensky la miró de pronto. Vio sus mejillas bañadas de lágrimas, los extraños movimientos de su boca.

–¿Qué pasa? –preguntó.

Ella luchó unos momentos para encontrar su voz:

–Es tan hermoso –dijo, contemplando la tierra radiante y espléndida–. Es absolutamente hermoso, perfecto y puro.

También él se daba cuenta de cómo sería Inglaterra en cuestión de unas horas: una masa de actividad extenuante, sórdida y ciega, inútil, cargada de humo sucio y trenes veloces, que buscaba inútilmente, a tientas, en las entrañas de la tierra. Lo invadió un terror atroz.

Miró a Ursula. Tenía la cara cubierta de lágrimas, muy brillante, como transfigurada en la luz refulgente. No era suya la mano que se extendió para enjugar aquellas lágrimas ardientes y brillantes. Se quedó quieto, dominado por una impotencia cruel.

Una tristeza inmensa y desesperada se adueñaba de él poco a poco. De momento seguía combatiéndola, seguía peleando por su propia vida. Se volvió muy callado, ajeno a cuanto lo rodeaba, a la espera, por así decir, de que ella emitiera su veredicto.

Regresaron a Nottingham, llegó para Ursula el día del examen. Tenía que ir a Londres. Pero no se alojó con Anton en un hotel. Se alojó en una casa de huéspedes tranquila y pequeña, cercana al Museo Británico.

Aquellos tranquilos barrios residenciales de Londres causaron una viva impresión en su ánimo. Eran perfectos. Su ánimo parecía prisionero de su quietud. ¿Quién la liberaría?

A última hora de la tarde, después del examen práctico, Skrebensky y Ursula cenaron en la terraza de un hotel a la orilla del río, cerca de Richmond. Era un sitio dorado y precioso, junto al agua amarilla y los toldos de las barcas, a rayas rojas y blancas, con sombras azules al pie de los árboles.

–¿Cuándo nos casaremos? –preguntó él, tranquilamente, con sencillez, como si

fuera simple cuestión de comodidad.

Ursula contemplaba el ir y venir de las embarcaciones de recreo en el río. Skrebensky se fijó en sus facciones doradas, confundidas. Se le hizo un nudo en la garganta.

–No lo sé –dijo ella.

Una pena ardiente atenazó a Skrebensky en la garganta.

–¿Por qué no lo sabes? ¿No quieres casarte?

Ella volvió la cabeza despacio, con gesto desconcertado, un gesto infantil, ausente, porque intentaba pensar. Lo miró, pero no lo veía, porque estaba preocupada. No sabía qué decir.

–Creo que no quiero casarme –dijo, y sus ojos desconcertados, preocupados, inocentes, se posaron un momento en él, antes de alejarse, inquietos.

–¿Quieres decir nunca, o todavía no? –preguntó él.

El nudo de su garganta era cada vez más opresivo, tenía el rostro tenso, como si lo estrangularan.

–Quiero decir nunca –contestó ella, desde alguna personalidad remota que por una vez se expresaba libremente.

Anton la miró un momento con el rostro tenso y estrangulado, sin comprender, luego articuló un sonido extraño. Ursula se asustó, volvió en sí y, horrorizada, vio a Skrebensky. Él movió la cabeza de un modo extraño, contrajo la mandíbula y de nuevo emitió el curioso graznido entrecortado, con el rostro desencajado como un demente, y rompió a llorar, lloraba, ciego y desencajado, como si el mecanismo que le permitía dominarse se hubiera roto de repente.

–Tony... No llores –dijo Ursula, sobrecogida.

La desgarraba verlo en aquel estado. Él intentó levantarse. Pero su llanto era incontrolable, silencioso, tenía los rasgos desencajados como una máscara, retorcidos, y grandes regueros de lágrimas corrían por sus mejillas. Ciegamente, sin perder la horrorosa apariencia de la máscara, buscó a tientas su sombrero para salir de la terraza. Eran las ocho, pero la luz todavía era muy intensa. La gente lo miraba. Muy alterada, con cierta exasperación, Ursula esperó un momento, pagó la cuenta con medio soberano, cogió su chaqueta de seda amarilla y fue en busca de Skrebensky.

Lo vio a lo lejos, con paso ciego y frágil, por el paseo a la orilla del río. La extraña rigidez y la fragilidad de su figura le indicaron que seguía llorando. Se apresuró para alcanzarlo, echó a correr y lo cogió del brazo.

–Tony –exclamó–. ¡No llores! ¿Por qué te pones así? ¿Por qué haces esto? ¡Por favor! No es necesario.

Estas palabras hirieron cruelmente a Skrebensky en su virilidad, lo desfiguraron fríamente. Pero todo era inútil. No conseguía dominar sus gestos. Su rostro, su pecho, lloraban violentamente, casi automáticamente. Su voluntad, su entendimiento le eran completamente ajenos. Lisa y llanamente, no podía parar.

Ursula andaba a su lado, cogida de su brazo, callada de exasperación, de

perplejidad y de dolor. Skrebensky andaba con paso inseguro, como un ciego, porque el llanto le cegaba el entendimiento.

–¿Vamos a casa? ¿Cogemos un taxi? –dijo Ursula.

Skrebensky no podía prestar atención. Muy nerviosa, muy alterada, señaló vagamente un taxi que pasaba despacio. El conductor saludó y se acercó. Ursula abrió la puerta y empujó a Skrebensky para que entrara primero. Llevaba la cabeza alta, los labios apretados, parecía dura, fría y avergonzada. Parpadeó cuando el rostro oscuro y colorado del taxista, inyectado en sangre, se volvió bruscamente a ella, un rostro animal de cejas negras, con un bigote tupido y corto.

–¿Adónde, señora? –preguntó, enseñando los dientes blancos.

Una vez más, por un momento, Ursula se puso nerviosa.

–Al 40 de Rutland Square –dijo.

El taxista se tocó la gorra y arrancó con gesto impasible. Daba la impresión de que hubiera establecido una alianza con Ursula para no mirar a Skrebensky.

Skrebensky iba como si estuviera atrapado en la cabina, sin dejar de contorsionar el gesto, y de vez en cuando movía la cabeza levemente, para ahuyentar el llanto. Nunca movía las manos. Ursula no soportaba mirarlo.

Por fin, cuando logró dominarse un poco, Ursula se volvió a él. Skrebensky estaba mucho más tranquilo. Tenía la cara llena de lágrimas y de vez en cuando contraía el gesto, aunque seguía sin mover las manos. Tenía los ojos muy quietos, como un cielo lavado por la lluvia, rebosantes de una luz tenue, y fijos, casi fantasmagóricos.

Una llama de dolor ardió en las entrañas de Ursula.

–No creía que fuera a hacerte daño –dijo, posando una mano leve y tentativa en el brazo de él–. Lo he dicho sin darme cuenta. En realidad no quería decir nada.

Skrebensky seguía muy quieto, la oía, pero completamente desmadejado, sin sentir nada. Ursula esperaba, mirándolo, como si fuera un ser extraño e incomprensible.

–¿Verdad que no volverás a llorar, Tony?

Y la pregunta hizo estallar a Skrebensky de vergüenza y rabia contra Ursula. Ella se fijó en que tenía el bigote empapado de lágrimas. Sacó un pañuelo y le secó la cara. El taxista les daba la espalda, impasible, consciente pero ajeno. Skrebensky se quedó inmóvil mientras Ursula le secaba la cara suavemente, con cuidado pero con torpeza, no tan bien como se la habría secado él.

El pañuelo era demasiado pequeño. Ya estaba demasiado húmedo. Ursula buscó el pañuelo de Skrebensky en su bolsillo. Con este pañuelo, más grande, le secó la cara cuidadosamente. Skrebensky seguía inmóvil en todo momento. Entonces, Ursula le acercó la mejilla y le dio un beso. Notó su mejilla fría. Le dolía el alma. Vio que los ojos de Anton volvían a llenarse de lágrimas. Como si fuera un niño, volvió a secarle las lágrimas. A estas alturas también ella estaba al borde del llanto. Se mordió el labio inferior.

Se quedó quieta, por miedo a echarse a llorar, cerca de él, cogiéndole cálidamente de la mano con cariño y ternura. El coche seguía su camino y el suave atardecer del verano empezaba a concentrarse. Pasaron un buen rato sin moverse. Solo de vez en cuando, Ursula le apretaba la mano con cariño y aflojaba poco a poco.

Anocheecía. Aparecieron una o dos luces. El taxista se inclinó para encender los faros. Skrebensky se movió entonces por primera vez, acercándose para observar al taxista. En ningún momento perdía su expresión quieta, aclarada, casi infantil, impersonal.

Vieron que el taxista escrutaba el camino a la luz de los faros y fruncía las cejas, con rostro extraño, concentrado y oscuro. Ursula se estremeció. Era un rostro casi animal, de animal rápido, fuerte y cauteloso, plenamente consciente de ellos, que los tenía casi en su poder. Ursula se apretó contra Skrebensky.

—¿Mi amor? —le dijo, en tono interrogante, cuando el coche volvió a coger velocidad.

Él no se movió ni dijo nada. Dejaba que Ursula le cogiera de la mano, dejaba que se acercara en la creciente oscuridad y que besara su mejilla inmóvil. Ya no lloraba... No lloraría más. Volvía a ser plenamente dueño de sí.

—Mi amor —repitió Ursula, tratando de que él le prestara atención.

Pero Skrebensky no podía.

Iba atento a la carretera. Pasaban por delante los jardines de Kensington. Por primera vez, abrió los labios.

—¿Bajamos y entramos en el parque? —dijo.

—Sí —contestó Ursula, en voz baja, insegura.

Al momento, Skrebensky pulsó la palanca del taxímetro. Ursula vio que el taxista, fuerte, corpulento y reservado, inclinaba la cabeza.

—Pare en la esquina de Hyde Park.

El taxista asintió, sin reducir la velocidad.

Se detuvieron. Skrebensky pagó al taxista. Ursula se quedó a un lado. Vio que el taxista saludaba al ver la propina y luego, antes de arrancar, se volvía a mirarla un momento con su expresión de animal poderoso y veloz, con los ojos muy concentrados y los globos oculares centelleantes. Después se perdió entre el tráfico. La había dejado marcharse. Ursula había pasado miedo.

Entraron en el parque. Una banda de música seguía tocando, y todo estaba abarrotado de gente. Escucharon las oleadas de la música y se retiraron a sentarse en un rincón oscuro, muy juntos, cogidos de la mano.

Por fin, como si su voz saliera del silencio, sorprendida, Ursula preguntó:

—¿Qué te ha dolido tanto?

En realidad no lo sabía.

—Que dijeras que nunca te casarías conmigo —contestó Anton, con la sencillez de un niño.

—Pero ¿por qué te ha dolido tanto? No tienes que tomarte tan a pecho todo lo que

digo.

–No sé... No quería ponerme así –dijo él, avergonzado, con humildad.

Ella le apretó la mano con cariño. Estaban muy juntos, viendo pasar a los soldados con sus enamoradas, el parpadeo de miles de luces en el bullicio de la feria, en un extremo del parque.

–No sabía que fuera tan importante para ti –dijo ella, también con humildad.

–Yo tampoco. Me he venido abajo. Pero claro que es importante... Lo más importante del mundo.

Hablaba con una voz apagada y serena que a Ursula le hacía palidecer de miedo en lo más hondo.

–¡Mi amor! –dijo, acercándose a él. Pero lo dijo por miedo, no por amor.

–Es lo más importante del mundo... Es lo que más quiero... Tanto en la vida como en la muerte –dijo Skrebensky, con la misma voz firme y apagada de quien pronuncia una verdad esencial.

–¿Qué es lo que más quieres? –murmuró ella con voz suave.

–A ti... Que estés conmigo.

Y, una vez más, Ursula se asustó. ¿Iba a dejarse conquistar? Se acercó a él, acobardada. Estaban muy quietos, atentos al inmenso y poderoso latido de la ciudad, a los murmullos de los amantes que paseaban, a los pasos de los soldados.

Ursula volvió a estremecerse.

–¿Tienes frío? –preguntó él.

–Un poco.

–Vamos a cenar algo.

Se mostraba tranquilo, resolutivo y distante, muy hermoso. Parecía ejercer un poder extraño y frío sobre Ursula.

Fueron a un restaurante y bebieron *chianti*. Pero Skrebensky no perdía su expresión pálida y lánguida.

–No me dejes esta noche –dijo por fin, mirándola, suplicante. Estaba tan raro, tan impersonal que Ursula tenía miedo.

–Pero en mi pensión... –empezó a decir, insegura.

–Yo se lo explicaré... Saben que estamos prometidos.

Ursula seguía quieta, pálida y muda. Skrebensky esperaba.

–¿Vamos? –dijo al fin.

–¿Adónde?

–A un hotel.

El corazón de Ursula se había vuelto duro. Consintió y se levantó sin decir nada. Pero se sentía fría e irreal. Sin embargo, no podía rechazarlo. Parecía un designio del destino, un destino que ella no deseaba.

Fueron a un hotel italiano cualquiera, y una habitación triste, con una cama grande y limpia, pero triste. En el techo, encima de la cama, habían pintado un ramo de flores enmarcado en un medallón. A Ursula le pareció bonito.

Skrebensky se acercó a ella, se pegó a ella, como acero que no se separa y se clava. La pasión prendió en Ursula, violenta, pero fría. Sin embargo, fue violenta, desmedida y sublime la pasión que esta noche compartieron. Él se quedó dormido con ella en los brazos. No dejó de abrazarla en toda la noche. Ursula estaba pasiva, conforme. Pero no llegó a conciliar un sueño demasiado profundo o real.

Un ruido de agua arrojada a un patio la despertó por la mañana, el sol se filtraba por los visillos de encaje. Pensó que estaba en un país desconocido. Y Skrebensky era un íncubo acostado encima de ella.

Se quedó quieta, pensativa, envuelta en los brazos de Anton, que tenía la cabeza apoyada en su hombro, el cuerpo pegado a su espalda. Seguía dormido.

Mientras contemplaba los rayos del sol que entraban por las persianas, su entorno inmediato volvió a evaporarse.

Se encontraba en otro país, en otro mundo, donde las imposiciones caducas se habían diluido y esfumado, y uno podía actuar con libertad, sin temor a los demás, sin cautela, no a la defensiva, sino sereno, indiferente, a su antojo. Vagamente, iluminada por una luz de plata, deambulaba a sus anchas, sin obstáculos. Los límites del mundo se habían roto. Este mundo de Inglaterra se había esfumado. Oyó una voz abajo, en el patio, que gritaba:

—¡Ah, Giovann... Ah, ah, ah, Giovan...!

Y supo que estaba en un país nuevo, en una vida nueva. Era delicioso estar así, acostada, quieta, con el alma deambulando sencilla y libremente bajo la luz de plata de algún otro mundo natural, más sencillo, más hermoso.

Pero un augurio la acechaba continuamente, a la espera de dominarla. Cobró mayor conciencia de Skrebensky. Notó que se despertaba. Tenía que cambiar su estado de ánimo, alejarse de su propio mundo lejano, volver con él.

Sabía que estaba despierto. Estaba quieto, con una quietud material, no como cuando dormía. De pronto, la abrazó con fuerza, casi convulsamente, y dijo, con cierta timidez:

—¿Has dormido bien?

—Muy bien.

—Yo también.

Hubo una pausa.

—Y ¿me quieres? —preguntó.

Ursula dio media vuelta y lo miró con aire interrogante. Tuvo la sensación de que estaba muy lejos de ella.

—Sí —dijo.

Pero lo dijo por complacerlo y para que él no la acosara. Una extraña brecha de silencio los separaba, y Anton se asustó.

Se levantaron muy tarde y pidieron el desayuno. Ursula quería bajar directamente y salir del hotel, nada más levantarse. A pesar de que se encontraba a gusto en aquella habitación, la inquietaba que la vieran en la sala de abajo.

Un joven italiano, un siciliano moreno y con leves marcas de viruela, con una especie de túnica gris abotonada hasta el cuello, llegó con una bandeja. Tenía una expresión imperturbable, casi africana, impasible, incomprensible.

–Parece que estemos Italia –le dijo Skrebensky al joven, con cordialidad.

Una expresión ausente, casi de temor, veló los rasgos del camarero. No lo entendía.

–Esto parece Italia –explicó Skrebensky.

El italiano esbozó una sonrisa rápida, sin comprender, terminó de disponer la bandeja y se retiró. No entendía: no entendía nada. Salió por la puerta como un animal salvaje parcialmente domesticado. Ursula se estremeció un momento al ver aquella mirada animal, rápida, penetrante y fija.

Skrebensky le parecía muy hermoso esta mañana, con sus facciones suavizadas y rebosantes de sufrimiento y amor, sus movimientos muy tranquilos y suaves. Lo encontraba hermoso, pero una distancia gélida la alejaba de él. Tenía que hacer un esfuerzo constante para soportar la distancia que los separaba. Pero él no se daba cuenta. Esta mañana estaba hermoso y radiante. Ursula admiraba sus gestos, cómo untaba la miel en el panecillo o cómo servía el café.

Terminaron de desayunar y Ursula volvió a acomodarse en las almohadas mientras Anton se aseaba. Lo vio enjabonarse y secarse rápidamente con la toalla. Tenía un cuerpo precioso, sus movimientos eran decididos y rápidos, lo admiraba y lo apreciaba sin reservas. Parecía completado. No despertaba en ella ninguna sensación de fecundidad fructífera. Parecía pleno, terminado. Lo conocía a la perfección, nada en él conducía a lo desconocido. Sentía por él un aprecio muy profundo, casi pasional, pero no había rastro del asombro temeroso, no había rastro del intenso temor, del vínculo con lo desconocido o de la reverencia del amor. Él, sin embargo, no era consciente de nada esta mañana. Su cuerpo estaba tranquilo y pletórico, sus venas rebosantes de satisfacción, se sentía feliz, completado.

Ursula volvió a casa. Esta vez Skrebensky fue con ella. Quería estar a su lado. Quería que se casara con él. Ya era el mes de julio. A primeros de septiembre zarparía rumbo a la India. No soportaba la idea de irse solo. Ursula tenía que acompañarlo. Estaba nervioso, no se separaba de ella.

Ursula terminó sus exámenes finales, su carrera universitaria había concluido. Se encontraba en la disyuntiva de casarse o volver a trabajar. No solicitó ningún puesto. Acordaron que se casarían. La India la tentaba, un país tan, tan extraño. Pero, cuando pensaba en Calcuta, en Bombay, en Simla y en la población europea, la India no encerraba para ella mayor encanto que Nottingham.

Suspendió los exámenes. Había fracasado. No había obtenido su título. Fue un golpe muy duro para ella. Se endureció por dentro.

–No pasa nada –dijo Skrebensky–. ¿Qué más da que seas o no seas licenciada en Letras, según los criterios de la Universidad de Londres? Tienes conocimientos y, cuando te conviertas en la señora Skrebensky un título no significará nada.

Estas palabras, lejos de consolarla, volvieron a Ursula más dura e inflexible. Se rebeló contra su destino. Tenía que elegir entre ser la señora Skrebensky, incluso la baronesa Skrebensky, casada con un teniente del Cuerpo Real de Ingenieros, de Zapadores, como decía Anton, y vivir con la población europea en la India, o ser Ursula Brangwen, solterona y maestra de escuela. Había aprobado el examen del ciclo intermedio de Letras, y estaba capacitada. Ahora probablemente conseguiría un puesto mejor, como auxiliar, en alguna escuela de grado superior, incluso en el Instituto de Willey Green. ¿Qué debía hacer?

Odiaba por encima de todo someterse una vez más a la esclavitud de la enseñanza. Lo aborrecía con toda su alma. Pero cuando pensaba en casarse y vivir con Skrebensky entre la población europea de la India, se ahogaba espiritualmente y se quedaba paralizada. Sentía muy poca ilusión: se veía en un callejón sin salida.

Skrebensky esperaba, ella esperaba, todo el mundo esperaba la decisión. Cuando Anton le hablaba y la trataba como un marido insidioso, Ursula se daba cuenta de lo profundamente atrapado que estaba. Por otro lado, cuando veía a Dorothy y hablaban de la boda, Ursula quería casarse inmediatamente, negar de plano las opiniones de su amiga.

La situación rayaba en el absurdo.

—Pero ¿lo quieres? —dijo Dorothy.

—Ésa no es la cuestión. Lo quiero más que suficiente... En realidad, lo quiero más que a nadie en el mundo. Y nunca volveré a querer a nadie de la misma manera. Hemos saboreado lo mejor el uno del otro. Pero el amor me trae sin cuidado. No tiene ningún valor. No me interesa amar o no amar, si he amado o si no. ¿Qué más da eso?

Y se encogía de hombros, con un desprecio violento y cruel.

Dorothy sopesaba la situación, bastante enfadada y asustada.

—Entonces ¿qué te interesa? —preguntó, exasperada.

—No lo sé —dijo Ursula—. Algo impersonal. El amor... El amor... El amor... ¿Qué significa? ¿De qué sirve? ¡Tanta satisfacción personal! No conduce a ninguna parte.

—No se supone que tenga que conducir a alguna parte, ¿o sí? —replicó Dorothy, con sarcasmo—. Yo creía que únicamente el amor es un fin en sí mismo.

—En ese caso, ¿de qué me sirve? —protestó Ursula—. Como fin en sí mismo podría querer a cien hombres, uno detrás de otro. ¿Por qué iba a pararme en Skrebensky? ¿Por qué no puedo seguir mi camino y querer a todos los hombres que se me antoje, uno detrás de otro, si el amor es un fin en sí mismo? Hay montones de hombres que no son Anton, a los que podría amar... a los que me gustaría amar.

—Entonces es que no lo quieres —dijo Dorothy.

—Sí que lo quiero... Incluso puede que más de lo que podría querer a cualquier otro hombre. Solo que hay muchas cosas que Anton no tiene y que podrían gustarme de otros hombres.

—¿Qué, por ejemplo?

—Eso da igual. Cierta comprensión que tienen algunos hombres, y también la

dignidad, la franqueza, ese algo incuestionable de los trabajadores, y también esa alegría, esa pasión desenfadada que tú ya sabes... Un hombre verdaderamente capaz de dejarse llevar...

Dorothy comprendió que Ursula deseaba algo que Skrebensky no podía ofrecerle.

–La cuestión es ¿qué quieres? –sugirió–. ¿Solo quieres otros hombres?

Ursula se quedó callada. Ése era su propio temor. ¿Era simplemente promiscua?

–Porque, en ese caso –continuó Dorothy–, más vale que te cases con Anton. Lo otro solo puede terminar mal.

Es decir, que, por miedo a sí misma, Ursula iba a casarse con Skrebensky.

Anton estaba muy atareado con los preparativos del viaje a la India. Tenía que despedirse de familiares y arreglar diversos asuntos. Ahora estaba casi seguro de Ursula. Parecía que ella había cedido. Y él volvía a convertirse en un hombre importante y seguro de sí.

Llegó la primera semana de agosto, y Skrebensky iba a pasarla con un grupo de amigos en un bungalow de la costa de Lincolnshire. Jugarían al tenis, al golf, montarían en coche y en barco de motor, invitados por su tía abuela, una señora con muchas pretensiones sociales. Ursula también estaba invitada a pasar la semana con el grupo.

Aceptó de muy mala gana. Estaba más o menos decidido que la boda se celebraría el día 28 de ese mismo mes. Zarparían a la India el 5 de septiembre. Pero, en su subconsciencia, Ursula tenía una sola certeza y era que no iba a emprender aquel viaje.

Anton y ella eran invitados especiales, por la proximidad de la boda, y se alojaban en la vivienda principal. Era una casa grande, con un amplio vestíbulo central, dos gabinetes pequeños y dos pasillos, que llevaban a ocho o nueve dormitorios. El de Skrebensky estaba en uno de los pasillos, el de Ursula en el otro. Se sentían muy perdidos entre tanta gente.

Sin embargo, como eran una pareja de enamorados, les permitían pasar a solas todo el tiempo que quisieran. Ursula tenía una sensación muy extraña entre aquellas personas desconocidas, se sentía incómoda, privada de intimidad. No estaba acostumbrada a grupos tan numerosos y homogéneos. Estaba cohibida.

Se sentía distinta de los demás, unidos por una intimidad dura, natural, superficial, que en apariencia no les costaba ningún esfuerzo. Tenía la sensación de que no destacaba lo suficiente. El ambiente era distendido y poco convencional. A Ursula no le gustaba. En grupo, en sociedad, prefería la formalidad. Tenía la sensación de que no causaba el efecto que esperaba. No tenía grandes cualidades, no era hermosa, no era nada. Incluso ante Skrebensky se sentía poco importante, casi inferior. Él se relacionaba perfectamente con todo el mundo.

Salieron a pasear una noche. Las nubes velaban la luna, arrojando una luz difusa que brillaba de vez en cuando como humo de madreperla. Echaron a andar por la arena estriada y húmeda de la playa, escuchando el largo y lento desplazamiento de

las olas, con un susurro y una blancura fantasmagóricos.

Skrebensky se sentía confiado. La seda suave del vestido de Ursula, una túnica azul hasta los pies, aleteaba y sacudía las piernas de Anton. A Ursula no le hacía gracia. Todo parecía delatarla, y no era capaz de oponer resistencia.

Anton la llevó hasta un rincón entre las dunas, escondido entre los espinos grises y las hierbas grises y brillantes. La abrazó con fuerza, palpando su cuerpo firme, indeciblemente deseable a través del delicado fuego de la seda que envolvía sus piernas. La seda, que se escurría abrasadoramente por la secreta y a la vez revelada firmeza de aquel cuerpo rotundo, que se pegaba a sus muslos, parecía recorrerlo por dentro como el fuego, prender en su cerebro como el azufre. A Ursula le gustaba el fuego eléctrico de la seda en sus piernas en contacto con las manos de Anton, el fuego la envolvía a medida que él se acercaba al descubrimiento. Ursula respondía vibrando como un surtidor de un fluido eléctrico. Sin embargo, no se sentía hermosa. En todo momento, tenía la sensación de no ser hermosa para él, de ser únicamente sensual. Dejó que Anton la tomara, y él pareció volverse loco, loco de pasión sensual. Pero luego, tendida en la arena fría y suave, mientras contemplaba el cielo borroso, levemente iluminado, volvió a sentir la misma frialdad de antes. Anton jadeaba, su satisfacción parecía casi animal. Daba la sensación de que se hubiera cobrado su venganza.

Una leve brisa ondulaba la hierba y acariciaba el rostro de Ursula. ¿Dónde estaba la plenitud suprema que jamás disfrutaría? ¿Por qué era tan fría, tan inmovible, tan indiferente?

Cuando ya volvían a casa, al ver las aborrecibles luces del bungalow, de tantos bungalows juntos, Anton le dijo en voz baja:

–No cierres la puerta con llave.

–Estando aquí lo prefiero –dijo Ursula.

–No. Somos el uno del otro. No podemos negarlo.

Ursula no contestó. Anton tomó su silencio por consentimiento.

Skrebensky compartía habitación con otro invitado.

–Supongo que nadie se escandalizará si hago una incursión a territorios más felices.

–Siempre que no alborotes demasiado y no te equivoques de puerta –dijo el compañero, dando media vuelta para dormir.

Skrebensky salió del dormitorio con su pijama de algodón a rayas. Cruzó el comedor, donde la chimenea ardía tenuemente y olía a cigarros, a whisky y a café, entró en el otro pasillo y encontró la habitación de Ursula. Estaba desnuda, sufriendo, con los ojos abiertos. Se alegró de ver a Anton, siquiera por recibir un poco de consuelo. Era un consuelo entregarse a sus brazos, sentir ese otro cuerpo contra el suyo. Pero ¡qué desconocidos le parecían sus brazos y su cuerpo! Sin embargo, mucho menos desconocidos y hostiles que los demás invitados.

No entendía por qué sufría tanto en aquella casa. Estaba sana y todo le interesaba

enormemente. Jugaba al tenis y aprendió a jugar al golf, remaba y se bañaba mar adentro, y disfrutaba muchísimo de todas estas cosas, llena de entusiasmo. Pero en todo momento, entre los demás, se sentía asustada y confundida, como si su desnudez, violentamente sensible, quedara expuesta al impacto material de los demás, duro y brutal.

Los días pasaban inadvertidos, en una entrega casi agotadora a los placeres físicos. Skrebensky se integraba plenamente con el resto del grupo, hasta que llegaba la noche, y entonces la tomaba. Ursula disponía de una amplia libertad, y todo el mundo la trataba con mucho respeto, como a una joven en vísperas de su boda que se dispone a emprender un viaje a otro continente.

Los problemas empezaban por la noche. Un anhelo desconocido se apoderaba entonces de ella, una pasión por algo que no sabía nombrar. Salía a pasear por la orilla del mar después del atardecer, a la espera, a la espera de algo, como si acudiera a una cita. La sal, la implacable pasión del mar, su indiferencia a la tierra, su vaivén, la precisión de su movimiento, su fuerza, su ataque, y su sal abrasadora, producían en ella un frenesí de delirio, la tentaban con inmensas insinuaciones de plenitud. Y luego, esta sensación se encarnaba en Skrebensky, Skrebensky, a quien conocía, por quien sentía tanto cariño, que era tan atractivo, pero incapaz de envolver su alma con las poderosas oleadas de la suya, de despertar en su pecho aquella abrasadora pasión de la sal.

Una noche, después de cenar, cruzaron el campo de golf hasta las dunas y el mar. Iban callados, labrando la arena desprendida entre los huecos de las dunas. Iban callados, envueltos por la oscuridad leve y uniforme de la sombra más oscura de las dunas.

De pronto, al coronar el denso paso de arena, Ursula levantó la cabeza y retrocedió, asustada. Una blancura inmensa se enfrentaba a ella, la luna estaba incandescente, como un horno redondo, con las puertas abiertas, que escupía ráfagas de rayos, cubriendo la costa del mundo de un resplandor de luz blanca, deslumbrante y aterradora. Se refugiaron un momento en la sombra y se les escapó un grito. Anton sintió que su pecho se abría para revelar el secreto profundamente oculto. Tuvo la sensación de fundirse en la nada, como una cuenta de cristal derretida por una llama incandescente en cuestión de segundos.

—¡Qué maravilla! —exclamó Ursula, esta vez en voz baja—. ¡Qué maravilla!

Y dio un paso al frente, zambulléndose en la blancura. Anton la siguió. También ella parecía fundirse en el blanco resplandor de la luna.

La arena era como plata molida, el mar se desplazaba como una masa brillante y sólida, acercándose a ellos, y Ursula salió al encuentro del flotante fulgor del agua. Ofreció su pecho a la luna, su vientre a las olas fulgurantes. Anton se quedó atrás, cercado, una sombra que se diluía poco a poco.

Ursula se detuvo en la orilla del agua, en la orilla de la sólida masa del mar fulgurante, y las olas asaltaron sus pies.

–Quiero ir –gritó, con voz potente, dominante–. Quiero ir.

Skrebensky vio brillar la luna en el rostro de Ursula, que de pronto parecía de metal, oyó su voz resonante, metálica, como la voz de una arpía.

Ursula deambulaba por la orilla como un ser poseído, y Skrebensky la seguía. La espuma de las olas, seguida del agua dura y brillante, giraba como un remolino en los pies y los tobillos de Ursula, que abrió los brazos para guardar el equilibrio, y Skrebensky esperaba que en cualquier momento fuera a adentrarse en el mar, vestida, y a dejarse llevar.

Pero Ursula dio media vuelta y volvió con él.

–Quiero irme –gritó de nuevo, con una voz aguda y penetrante, como el graznido de las gaviotas.

–¿Adónde? –dijo él.

–No lo sé.

Y lo cogió del brazo, lo agarró con fuerza, como si lo aprisionara, y lo llevó un trecho por la orilla del agua deslumbrante, fascinante.

Entonces, en el intenso fulgor de la luz, lo envolvió en un abrazo violento, como si de repente cobrara una fuerza destructora, lo atenazó con sus brazos, apresándolo, mientras buscaba la boca de él y la atrapaba en un beso violento, desgarrador, cada vez más intenso, hasta que él se quedó indefenso en sus brazos, su corazón se fundió de terror por los encarnizados picotazos del beso de la arpía. El agua volvía a arremolinarse en los pies de Ursula, pero ella no se daba cuenta. Parecía inconsciente, su boca como un pico que se abría camino por la garganta de Skrebensky hasta arrancarle el corazón. Por fin se separó de él y lo miró: lo miró. Él sabía lo que quería. La cogió de la mano y la llevó por la arena hasta las dunas. Ursula estaba callada. Anton se sentía sometido a la ordalía, a vida o muerte. La llevó a un rincón oscuro.

–Aquí no –dijo ella, acercándose a la ladera, a plena luz de la luna. Se tendió, inmóvil, con los ojos muy abiertos, contemplando la luna. Él la tomó directamente, sin preliminares. Ella se agarró brutalmente a su pecho. La pelea, la batalla por la consumación fue aterradora. Se prolongó hasta convertirse en un suplicio para él, hasta que sucumbió, hasta que se dejó caer, como muerto, y hundió el rostro entre la arena y el pelo de Ursula, inmóvil, como si no fuera a moverse nunca más, escondido en la oscuridad, enterrado, sencillamente enterrado, sin desear nada más que estar enterrado en la inmensa oscuridad, solo eso, nada más.

Sintió que se mareaba. Tardó un buen rato en volver en sí. Notó un movimiento extraño en el pecho de Ursula. La miró. Sus facciones eran las de una estatua a la luz de la luna, con los ojos muy abiertos, rígidos. Pero de los ojos, muy despacio, empezaba a escapar una lágrima que resplandeció a la luz de la luna al deslizarse por su mejilla.

Sintió como si le clavaran un cuchillo en el cuerpo ya muerto. Con la cabeza echada tensa, echada hacia atrás, la observó unos momentos, tenso, observó aquel

rostro inmutable y rígido como el metal a la luz de la luna, los ojos perdidos, que no veían, que se humedecían poco a poco, estremecidos por el fulgor de la luna y, luego, rebosantes, se desbordaban y dejaban escapar una lágrima cargada de luz de luna, que surcaba la oscuridad hasta caer en la arena.

Skrebensky se alejó poco a poco, asustado, se fue alejando: Ursula no se movía. La miró un instante: seguía quieta. ¿Podía huir? Volvió la cabeza, vio la costa clara y abierta ante él, y huyó sin detenerse, dejando atrás la aterradora figura tendida en la arena a la luz de la luna, los ojos un cúmulo de lágrimas que surcaban el rostro inmóvil y eterno.

Sintió que, si alguna vez tenía que volver a verla, sus huesos se romperían, su cuerpo se desmoronaría, arrasado para siempre. Y, por el momento, aún conservaba el amor de su propio cuerpo vivo. Anduvo mucho tiempo, hasta que se le oscureció el cerebro y el cansancio lo dejó inconsciente. Entonces se acurrucó en la oscuridad más profunda que pudo encontrar, entre las hierbas de la playa, y allí se quedó privado de conciencia.

Ursula consiguió liberarse poco a poco de la tenaza de la agonía. Poco a poco separó el cuerpo muerto de la arena hasta levantarse. Ya no había luna para ella, tampoco mar. Todo había quedado atrás. Volvió a la casa, arrastrando su cuerpo muerto hasta su dormitorio, y se acostó, inerte.

Con la mañana, Ursula sintió un nuevo impulso de vida superficial. Pero por dentro estaba fría, muerta, inerte. Skrebensky apareció en la mesa del desayuno. Estaba blanco y aniquilado. No se miraron ni se dirigieron la palabra. Más allá de la conversación corriente y trivial de las personas educadas, estaban separados, no volvieron a hablar de lo que había entre ellos en los dos últimos días de su estancia. Eran como dos seres muertos que no se atreven a reconocerse, que no se atreven a verse el uno al otro.

Ursula hizo el equipaje y recogió sus cosas. Haría el viaje en tren con otros invitados. Skrebensky no tendría oportunidad de hablar con ella.

Llamó a la puerta de Ursula en el último momento. Ella ya estaba preparada, con la sombrilla en la mano. Skrebensky entró y cerró la puerta. No sabía qué decir.

—¿Has terminado conmigo? —preguntó por fin, levantando la cabeza.

—No he sido yo —dijo ella—. Tú has terminado conmigo. Hemos terminado.

Skrebensky observó aquel rostro impenetrable, y le pareció profundamente cruel. Supo que jamás volvería a tocarla. Su voluntad estaba rota, él calcinado, pero aún se aferraba a la vida de su cuerpo.

—Bueno, ¿qué he hecho? —preguntó, con voz temblorosa.

—No lo sé —dijo ella, en el mismo tono apagado y completamente desprovisto de emoción—. Se ha terminado. Ha sido un fracaso.

Él se quedó callado. Las palabras ardían en sus entrañas.

—¿Es culpa mía? —dijo, mirándola por fin, desafiándola a asestar el golpe definitivo.

–Tú no podrías... –empezó a decir Ursula. Pero no pudo terminar.

Skrebensky le dio la espalda, tenía miedo de lo que Ursula pudiera decir. Ella empezó a coger su bolso, su pañuelo, su sombrilla. Necesitaba salir de allí. Él esperó a que se marchara.

Por fin llegó el coche, y Ursula se fue con los demás. Cuando la perdió de vista, Skrebensky experimentó un alivio inmenso, una agradable banalidad. Al instante, todo se había esfumado. Pasó el día como un niño amable y cordial. Estaba maravillado de que la vida pudiera ser tan hermosa. Le parecía mejor que antes. ¡Qué fácil había sido deshacerse de Ursula! ¡Qué amable y sencillo lo encontraba todo! ¿Qué cosa tan falsa había intentado imponerle ella?

Pero de noche tenía miedo de estar solo. Su compañero de habitación se había marchado, y las horas de oscuridad eran un suplicio para él. Miraba la ventana con sufrimiento y terror. ¿Cuándo lo abandonaría aquella oscuridad aterradora? Dominó sus nervios y logró resistirla. Se quedó dormido cuando ya amanecía.

Nunca pensaba en Ursula. Sin embargo, el terror a la noche iba en aumento, lo obsesionaba como una fijación. Dormía mal, se despertaba continuamente, angustiado. El miedo lo estaba aniquilando.

Ideó el plan de acostarse muy tarde, de quedarse bebiendo en compañía hasta la una o la una y media: de esta manera conseguía tres horas de sueño, de olvido. La luz despuntaba alrededor de las cinco. Pero el pánico lo llevaba casi a la locura si abría los ojos en la oscuridad.

De día se encontraba bien, siempre ocupado en las tareas del momento, aferrándose al presente trivial, amplio y satisfactorio para él. Le traía sin cuidado que sus ocupaciones fueran nimias y fútiles, y se entregaba completamente a ellas, sintiéndose normal y pleno. Siempre estaba activo, animado, alegre, encantador, trivial. Únicamente temía la oscuridad y el silencio de su dormitorio, cuando las tinieblas amenazaban su espíritu. Esto era una tortura, y también era una tortura pensar en Ursula. Vivía sin alma y sin suelo. Nunca pensaba en ella, ni una sola vez, nunca volvió a dar noticias. Ursula era la oscuridad, la amenaza, el horror. Se concentró en las cosas inmediatas. Quería casarse, inmediatamente, protegerse de la oscuridad, de la amenaza de su propio espíritu. Se casaría con la hija de su coronel. De inmediato, sin dudar, asediado por esta actividad obsesiva, escribió a la muchacha para anunciarle que había roto su compromiso con Ursula –había sido un capricho pasajero y, ahora que por fin había terminado, él lo entendía menos que nadie– y muy pronto vería a su querida amiga. No se quedó tranquilo hasta que recibió la respuesta de la joven.

Se mostraba muy sorprendida, pero se alegraría mucho de verlo. Estaba viviendo con su tía. Skrebensky fue a visitarla sin perder un momento, y la primera noche le propuso que se casaran. Ella aceptó. La boda se celebró tranquilamente, cuarenta días después. Ursula no tuvo noticia del enlace. Una semana más tarde, Skrebensky zarpaba con su mujer, rumbo a la India.

Capítulo XVI

El arco iris

Ursula regresó a Beldover débil, abatida y encerrada en sí misma. Apenas hablaba o se fijaba en nada. Parecía que sus fuerzas se hubieran congelado. Su familia le preguntó qué ocurría. Se lo contó, había roto el compromiso con Skrebensky. Se quedaron perplejos, enfadados. Pero Ursula ya no sentía nada.

Pasaba las lentas semanas en un estado de desidia. Él ya se habría marchado a la India. Le interesaba muy poco. Estaba inerte, sin fuerzas ni interés por nada.

Un día la estremeció una sacudida tan violenta que creyó que iba a desmayarse. ¿Estaba embarazada? Su dolor era tan grande que nunca se había parado a pensar en esta posibilidad. Ahora, como una llama, la sensación se apoderaba de su cuerpo. ¿Estaba embarazada?

En el fuego y el asombro de las primeras horas no sabía qué sentir. Se sentía como atada a una hoguera. Las llamas la lamían y la devoraban. Pero al mismo tiempo eran agradables. La agotaban y le permitían descansar. Se dejó envolver y consumir por las llamas, para descansar. No sabía qué sentía en el corazón y en las entrañas. Era una especie de desvanecimiento.

Luego, progresivamente, la pesadumbre empezó a aflorar a su conciencia. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba embarazada? ¿Iba a tener un hijo? ¿Para qué?

Su carne se ilusionaba, pero su alma estaba enferma. Aquel hijo parecía la confirmación de su propia nulidad. Sin embargo, su carne se alegraba de estar embarazada. Empezó a pensar que escribiría a Skrebensky, que se iría con él, se casaría con él, y viviría sencillamente como una buena mujer casada. ¿Qué importancia tenía el yo, la forma de la vida? Lo que contaba era vivir el día a día, la querida existencia en el cuerpo, suntuosa, apacible, completa, sin más allá, sin más preocupaciones, sin más complicaciones. Se había equivocado, había sido arrogante y cruel al desear esa otra cosa, esa libertad de fábula, esa plenitud ilusoria y engreída que con Skrebensky le parecía imposible alcanzar. ¿Quién era ella para buscar una plenitud vital tan fabulosa? ¿No le bastaba con tener a su marido, a sus hijos, su refugio bajo el sol? ¿No era suficiente para ella, como lo había sido para su madre? Se casaría, amaría a su marido y ocuparía su lugar con sencillez. Ése era el ideal.

De repente veía a su madre desde una perspectiva justa y leal. Su madre era sencilla y radicalmente leal. Había aceptado la vida que se le ofrecía. No había insistido, con arrogante engreimiento, en que la vida se adaptara a sus deseos. Su madre era auténtica, profundamente auténtica, mientras que ella había sido falsa, rastrera y engreída.

Una profunda humildad se apoderó de ella, y en esta humildad encontró una

especie de paz en la sumisión. Entregó su cuerpo a esta adorable sumisión, a la que llamaba paz. Y en este estado de ánimo se sentó a escribir a Skrebensky.

He sufrido mucho desde que me dejaste, y por fin me he encontrado. No puedo expresar mis remordimientos por mi conducta perversa y cruel. Se me ofreció la oportunidad de amarte, y de conocer tu amor por mí. Y en lugar de agradecerlo, puesta de rodillas, de aceptar lo que Dios me había dado, yo quería apoderarme de la luna, me empeñaba en ser dueña de la luna. Como no podía alcanzarla, todo lo demás no me bastaba.

No sé si podrás perdonarme algún día. Me muero de vergüenza al pensar en cómo te he tratado de un tiempo a esta parte, y no sé si sería capaz de volver a mirarte a la cara. Lo cierto es que morir sería lo mejor que podría pasarme, y enterrar mis fantasías para siempre. Pero eso no es posible, porque he descubierto que estoy embarazada.

Es tu hijo, y por esa razón tengo que venerarlo y someter mi cuerpo plenamente a su bienestar, no puedo permitirme pensar en la muerte, porque eso, una vez más, es puro engreimiento. Por eso, porque me has querido, y porque este hijo es tuyo, te pido que me aceptes. Si pudieras enviarme una palabra por cable, iría a tu lado en cuanto me fuera posible. Juro ser para ti una esposa fiel y servirte en todo. Porque ahora no siento nada más que desprecio por mí y mi absurda vanidad. Te amo... Amo todo lo que eres: has sido sencillo y bueno en todo momento, mientras yo era tan falsa. Cuando vuelva a estar a tu lado, mi único deseo será pasar el resto de mi vida refugiada en ti...

Escribió esta carta, frase a frase, con la más honda sinceridad. Sentía que por fin, por fin, había llegado a lo más profundo de su ser. Aquél era su verdadero ser, para siempre. Con este documento se presentaría ante Dios el Día del Juicio Final.

Porque ¿qué tenía que hacer una mujer sino someterse? ¿Para qué era su carne sino para engendrar, para qué su fortaleza sino para sus hijos y su marido, para qué sino para dar vida? Por fin era una mujer.

Dirigió la carta al club de Skrebensky, para que se la remitieran a Calcuta. La recibiría poco después de llegar a la India, tres semanas después de su llegada. En el plazo de un mes tendría noticias suyas. Entonces se marcharía.

Estaba completamente segura de él. Solo pensaba en preparar su ropa y en vivir tranquilamente, en paz, hasta el día en que volviera a reunirse con él y su propia historia concluyera para siempre. La paz trajo consigo un largo estado de calma antinatural. De todos modos, era consciente de una creciente inquietud, de un tumulto inminente. Intentaba huir de esta sensación. Esperaba tener noticias de Skrebensky, una respuesta a su carta, para decidir su camino, para entregarse al cumplimiento de su destino. Era la inactividad lo que la volvía vulnerable al temido rechazo.

Era extraño lo poco que le preocupaba que él no hubiera escrito antes. Le bastaba con haber enviado su carta. Recibiría la debida respuesta, y asunto concluido.

Una tarde de primeros de octubre, cuando el desasosiego amenazaba con volverla loca, salió a pasear bajo la lluvia, con la sensación de que se ahogaba dentro de casa. Todo estaba empapado y desierto, las casas sucias tenían un brillo rojo apagado, la última de ellas ardía envuelta en un resplandor de luz granate, con el tejado de pizarra reluciente, de un tono morado casi negro. Se encaminó al bosque de Willey Green. Andaba deprisa, con la cabeza alta, viendo cómo la luz surcaba el valle poco profundo, la mina y sus nubes de vapor como una visión fugaz en un tenue resplandor a lo lejos, en el caos de la lluvia. El cielo volvió a cerrarse. Ursula se alegró de la intimidad de la lluvia.

Cuando se acercaba al bosque, vio el destello pálido de la laguna de Willey bajo las nubes y echó a andar por el campo abierto, donde la lluvia chorreaba de las ramas de los espinos como cabellos al viento y cercaba los matorrales como apariciones entre la niebla. Era un paisaje espléndido, libre y caótico.

Pero se apresuró a entrar en el bosque, en busca de cobijo. El estruendo de la lluvia reverberaba entre los árboles, la rodeaba por completo, los troncos amplificaban el círculo del ruido atronador, miles de troncos, gigantescos, negros y chorreantes de agua, clavados como estacas verticales entre el rugido en las alturas y el ensanchamiento del círculo a sus pies. Se deslizó entre los árboles, asustada. Podían cerrarle el paso en cualquier momento con su silencio marcial.

Atravesó el bosque sigilosamente, con la ilusión de ser invisible. Se sentía como un pájaro que se ha colado por la ventana de una sala donde un imponente cuerpo de guerreros se ha reunido en consejo. Revoloteaba entre aquel ejército solemne y estruendoso, convencida de que pasaba inadvertida, hasta que, con el corazón palpitante, lograba salir por la ventana de enfrente y sobrevolar los pantanos de un verde intenso.

Buscó el refugio de los prados comunales mientras la lluvia desplegaba su velamen y barría el paisaje con olas lentas y fluidas. Estaba empapada y muy lejos de casa, envuelta en la lluvia y el oleaje de los campos. Tenía que abrirse paso entre aquella masa en fluctuación para regresar a un lugar seguro y estable.

Como una mancha solitaria, tomó el camino de vuelta que atravesaba los páramos en línea recta. Era una senda estrecha en medio de la turba, entre altas matas de hierba, con espacio apenas para un conejo. Iba deprisa, atenta adónde pisaba, como un pájaro en el viento, sin pensar, con movimientos cautelosos. Pero sentía en su pecho una pequeña simiente de temor cada vez que se hundía en los hoyos encharcados.

De repente notó que había algo. Vio surgir entre la lluvia unos caballos, a lo lejos. Pero pronto estarían más cerca. No tenía más remedio que continuar. Los caballos se encontraban al abrigo de una arboleda un poco más adelante, en un promontorio. Siguió andando con la cabeza baja. No quería levantar la cabeza. No quería que los

caballos la vieran. Continuó por el sendero montaraz.

Sentía una opresión en el pecho. Era el peso de los caballos. Pero los rodearía. Resistiría aquel peso sin flaquear y lograría escapar. Seguiría adelante, sin detenerse, hasta dejarlos atrás.

De repente el peso se acentuó y Ursula tensó su pecho para resistirlo. Estaba jadeando. Pero también resistiría este otro peso. Sin necesidad de mirar, sabía que los caballos se acercaban. ¿Qué eran? Oía los golpes secos de los cascos en la tierra. ¿Qué era lo que se le acercaba, aquel peso que le oprimía el corazón? No lo sabía, no quería mirar.

Pero los caballos le habían cerrado el paso. La cercaron por detrás. Sabía que se habían parado en un puente de madera que cruzaba el dique bordeado de juncos, como una masa oscura y densa, poderosamente densa. Sin embargo, sus pies no se detenían. Los caballos iban a adelantarla. Iban a adelantarla. Sus pies no se detenían. Y sus nervios y sus venas estaban cada vez más tensos, ardían, ardían al rojo vivo, terminarían por fundirse y ella por morir.

Los caballos la adelantaron. Como un fognazo, tuvo la sensación de que el movimiento de los animales la atravesaba, el temblor, la fuerza y el empuje de sus flancos poderosos, cuando la adelantaron y pasaron de largo.

Sabía que no se habían olvidado de ella, sabía que la esperaban. Cruzó de todos modos el puente de madera, que aún temblaba y resonaba tras el paso de los caballos, y siguió adelante, consciente de los caballos. Era consciente de su pecho tenso, atenazado por una fuerza que jamás se relajaba, era consciente de sus hocicos rojos y abrasados por el prolongado esfuerzo, de sus grupas, tan redondas, tan imponentes, que empujaban y empujaban para reventar la tenaza del pecho, empujaban eternamente hasta hacerlos enloquecer, estrellarse contra los muros del tiempo, sin poder liberarse jamás. Sus grupas amplias, lisas y oscurecidas por la lluvia. Pero la oscuridad y la humedad de la lluvia no podía apagar el fuego inmenso, urgente y tenaz atrapado en aquellos flancos, nunca, nunca.

Siguió adelante, acercándose a ellos. Veía el poderoso destello de los cascos, un destello iridiscente y azulado que rodeaba un vacío de oscuridad. Parecía grande, muy grande, aquel destello incandescente y azulado de los cascos de hierro, grande como el halo de un relámpago que envolvía la densa oscuridad de los flancos. Como círculos de relámpagos se reflejaban los destellos de los cascos en los flancos poderosos.

La esperaban de nuevo. Se habían concentrado debajo de un roble, agrupados sus flancos victoriosos, ciegos, aterradores, y esperaban, esperaban. Esperaban a que ella se acercara. Ella se acercaba, como si viniera de muy lejos, a la hilera de robles espigados donde los caballos formaban una profunda masa de oscuridad, concentrados en un leve terraplén.

Ursula tenía que pasar por allí. Pero los caballos se espantaron, se desplegaron al trote, trazando un círculo amplio, para no verla, y al trote regresaron a la ladera de la

colina.

Estaban detrás de Ursula. Tenía el camino despejado por delante, hasta la verja del seto, que ya no estaba lejos, y entonces podría entrar en la zona de las tierras cultivadas, más pequeña, y salir a la carretera y al mundo ordenado de la humanidad. Tenía el camino libre. Apaciguó su corazón. Pero su corazón estaba encogido de temor, siempre encogido de temor.

De repente la asaltó la duda, como un relámpago. Parecía que iba a caerse, pero continuó, tambaleándose, con paso vacilante. Se sobresaltó al oír el estruendo del galope de los caballos en el camino, a su espalda. El peso la aplastaba, la aplastaba hasta el límite de la extinción. No se atrevía a mirar, y el estruendo de los caballos la aplastaba.

Cruelmente, los caballos se desviaron y pasaron con estrépito a su izquierda. Vio los flancos arrugados y torpes, los potentes cascos como un destello de brillo tembloroso, y uno tras otro, la dejaron atrás, concentrados, frenéticos.

Habían pasado de largo, con tembloroso estruendo, rodeándola. Entonces relajaron su galope desenfrenado, aflojaron el paso y, una vez más, se concentraron, al trote, en un rincón, al lado de la verja y de los árboles. No estaban quietos: se movían, intranquilos, se agruparon uniendo los flancos inquietos, con un propósito común. Se amotinaron contra ella.

Las fuerzas la abandonaron, la abandonaron definitivamente. No se atrevía a acercarse. El batallón concentrado y compacto de los caballos la había derrotado. Estaban agitados, intranquilos, la esperaban, seguros de su triunfo. Estaban agitados, con la agitación del triunfo esperado. Las fuerzas la abandonaron, sus piernas se diluían, toda ella se diluía como el agua. El imponente grupo de caballos concentraba toda la fuerza y todo el poder de la amenaza.

Le fallaron los pies, se detuvo. Era un momento decisivo. Los caballos movían los flancos, inquietos. Apartó la vista de ellos, derrotada. Ladera abajo, a doscientos metros a su izquierda, discurría en paralelo el denso seto. En mitad del seto crecía un roble. Podía subirse a las ramas y bajar por el otro lado.

Temblando, con las piernas como el agua, con miedo de caerse en cualquier momento, empezó a abrirse camino, rodeando la masa de los caballos.

De repente, en un arranque de desesperación, echó a correr, se agarró al tronco nudoso del roble y empezó a trepar. Tenía el cuerpo muy débil, pero sus manos estaban duras como el acero. Sabía que era fuerte. Luchando con todas sus fuerzas consiguió colgarse de una rama. Los caballos ya empezaban a separarse, se movían, intentaban comprender. Ursula se abrió camino entre las ramas del árbol hasta el otro lado del seto. Cuando los caballos ya se acercaban, al trote, se dejó caer al suelo.

Pasó unos momentos sin poder moverse. Entonces, por el hueco que los conejos habían abierto a los pies del seto, vio los cascos de los caballos que se acercaban al trote. No podía soportarlo. Se levantó y cruzó el campo de prisa, en diagonal. Los caballos fueron galopando hasta la esquina del seto, al otro lado, y allí se

concentraron. Ursula los sentía en todo momento, amontonados, mientras cruzaba el campo yermo a toda prisa. Ahora casi le daban lástima. Únicamente la voluntad sostenía a Ursula, hasta que, temblando, subió a la cerca, pasando por debajo de un espino inclinado sobre la hierba que crecía al borde de la carretera. Ya no tenía ningún objetivo, y se sentó en la cerca, inmóvil, apoyada en el tronco del espino.

Mientras estaba allí, agotada, el tiempo y el flujo del cambio la abandonaron, como si yaciera inconsciente en el lecho de un arroyo, lo mismo que una piedra, inconsciente, inmutable, inalterable, y todas las cosas seguían su curso efímero, abandonándola, como una piedra que descansa en el lecho de un arroyo, inalterable y pasiva, hundida en las profundidades, inmune a todo cambio.

Se quedó mucho tiempo quieta, con la espalda apoyada en el tronco del espino, definitivamente aislada. Algunos mineros marchaban con paso cansado por la carretera mojada, hablando, con los hombros pegados a las orejas, sus siluetas borrosas y espectrales bajo la lluvia. Algunos no la veían. Ursula abría los ojos lánguidamente cuando pasaban a su lado. Un hombre que iba solo la vio entonces. La miró lleno de asombro, con el blanco de los ojos reluciente en la cara tiznada de negro. Vaciló, como si fuera a pararse a hablar con ella, asustado y preocupado. ¡Cómo temía Ursula que le hablara, cómo temía sus preguntas!

Bajó de la cerca y echó a andar vagamente por la carretera... Vagamente. Estaba muy lejos de casa. Pensaba que tendría que seguir andando el resto de su vida, agotándose, agotándose. Paso tras paso, paso tras paso, siempre por la carretera mojada, bajo la lluvia, entre los setos. Paso tras paso, paso tras paso, la monotonía le producía una náusea profunda y fría. ¡Qué profunda era su fría náusea, qué profunda!

También la náusea se hundía hasta el fondo. Parecía que Ursula, este día, estuviera destinada a descubrir el fondo de todas las cosas: el fondo de todas las cosas. Bueno, al menos iba andando por la parte más profunda del lecho... Estaba a salvo, completamente a salvo, aunque tuviera que seguir eternamente, ahora que había llegado al fondo, sabía que no había nada más profundo. No había nada más profundo, y así solo cabía sentirse segura, pasiva.

Por fin llegó a casa. Le costó horrores subir la cuesta de Beldover. ¿Por qué tenía que subir la cuesta? ¿Por qué tenía que subir? ¿Por qué no podía quedarse abajo? ¿Por qué tenía que hacer el esfuerzo de subir? ¿Por qué tenía que hacer el esfuerzo de subir, cuando estaba en el fondo? Era un esfuerzo inmenso, agotador, una carga muy pesada. Siempre cargas, cargas por todas partes. Sin embargo, tenía que subir la cuesta y meterse en la cama. Tenía que meterse en la cama.

Llegó a casa y subió las escaleras en la penumbra, para que no la vieran en aquel estado, empapada. Estaba demasiado cansada para bajar al cabo de un rato. Se metió en la cama y empezó a tiritar de frío, pero su apatía no le permitía levantarse o pedir ayuda. Y poco a poco empezó a encontrarse cada vez peor.

Pasó dos semanas muy enferma, delirando, con convulsiones atroces. Sin embargo, a pesar del dolor del delirio, tenía en todo momento la vaga certeza de

existir, una sensación de permanencia. Era en cierto modo como la piedra en el fondo del río, inviolable, inalterable, inmune a cualquier tormenta que pudiera azotar su cuerpo. Su alma estaba inmóvil, permanente, arrasada de dolor, pero eterna en sí misma. A pesar de la enfermedad, conservaba un conocimiento profundo, inalterable.

Comprendía, y dejó de preocuparse. A lo largo de su enfermedad, cobrando formas difusas y distorsionadas, persistían las dudas sobre Skrebensky, como un dolor corrosivo, aunque era un dolor superficial que no llegaba a alcanzar el núcleo de su esencia impermeable y aislada. Pero la corrosión ardió hasta agotarse.

¿Tenía que entregarse a él, tenía que someterse a él? Algo la compelia, y al mismo tiempo ese algo no era real. Siempre el dolor, el dolor de la irrealidad, de su entrega a Skrebensky. ¿Qué la ataba a él si no estaba atada a él? ¿Por qué persistía la falsedad? ¿Por qué la corroía la falsedad, la corroía sin tregua, por qué no lograba despertar a la claridad, a la realidad? Si al menos pudiera despertar, si al menos pudiera despertar, la falsedad del sueño, de su vínculo con Skrebensky, se esfumaría. Pero el sueño, el delirio, la inmovilizaban. Incluso cuando estaba tranquila y serena no conseguía librarse de su hechizo.

Sin embargo, no estaba sometida a su hechizo. ¿Qué extraño vínculo la ataba a él? Estaba atada. ¿Por qué no podía romper esta atadura? ¿Qué era? ¿Qué era?

En su delirio, se repetía mil veces esta pregunta. Y, por fin, el agotamiento le ofreció la respuesta: era el hijo que esperaba. El hijo la ataba a él. El hijo era como una cuerda atada en su cerebro, muy apretada. La ataba a Skrebensky.

Pero ¿por qué, por qué la ataba a él? ¿No podía tener un hijo ella sola? ¿No era esto cosa suya, enteramente suya? ¿Qué tenía que ver el hijo con él? ¿Por qué tenía que estar atada a Skrebensky y a su mundo, inmovilizada y herida por esta atadura? El mundo de Anton se convirtió en su cerebro febril en una presión que la encerraba. Si no lograba salir de allí iba a volverse loca. La presión era Anton y el mundo de Anton: no el Anton al que ella poseía sino el Anton al que no poseía, poseído por otra influencia, por el mundo.

Luchó con todas sus fuerzas a lo largo de su enfermedad para liberarse de él y de su mundo, para apartarlo, apartarlo y ponerlo en su lugar. Pero él siempre recuperaba su poder sobre ella, siempre volvía a atraparla. ¡Ah, qué inexpresable agotamiento el de su carne, del que no conseguía desprenderse ni desatarse por el momento! ¡Si pudiera desatarse, si pudiera desligarse de sus sentimientos, de su cuerpo, del inmenso estorbo del mundo, de su padre y de su madre, de su amante y de todos sus conocidos!

A todas horas, en el dolor de su extenuación, se repetía: «No tengo ni padre ni madre ni amante ni lugar asignado en el mundo de las cosas. Mi sitio no está en Beldover ni en Nottingham ni en Inglaterra ni en este mundo, nada de esto existe, estoy atrapada y atada, pero todo es irreal. Tengo que salir de aquí, como una nuez de su cáscara de irrealidad».

Y una vez más, a su cerebro febril, regresaba la viva realidad de las bellotas en

febrero, esparcidas por el suelo del bosque, con la cáscara reventada y desechada, y su núcleo intacto, abriéndose camino. Ella era el núcleo desnudo y claro que empujaba el brote claro y poderoso, y el mundo era un invierno pasado, desechado, su madre, su padre y Anton, la universidad y todas sus amistades, todo lo abandonaba como un año que ha quedado atrás, mientras el núcleo, al fin libre y desnudo, lucha por convertirse en una nueva raíz, por crear un nuevo conocimiento de la eternidad en el flujo del tiempo. Y el núcleo era la única realidad: todo lo demás estaba abandonado en el olvido.

Esta sensación cobraba cada vez más fuerza dentro de Ursula. Cuando abrió los ojos por la tarde y vio la ventana de su dormitorio, el paisaje leve y envuelto en la bruma, todo era corteza y cáscara desechada, todo corteza y cáscara, no veía nada más, seguía encerrada, pero no aplastada. Había un espacio entre la cáscara y ella. La cáscara había reventado, empezaba a rajarse. Pronto echaría una raíz en un nuevo día, su desnudez ocuparía el lecho de un nuevo cielo y un nuevo aire, y la cáscara vieja, fibrosa, en descomposición, desaparecería.

Poco a poco empezó a dormir de verdad. Dormía en la confianza de su nueva realidad. Dormía respirando con toda el alma el aire nuevo de un mundo nuevo. Sentía una paz muy profunda, muy reconfortante. Había echado su raíz en una tierra nueva, se concentraba poco a poco en su crecimiento.

Cuando despertó por fin, tuvo la sensación de que un nuevo día había empezado en la tierra. ¿Cuánto tiempo, cuánto tiempo había pasado combatiendo entre el polvo y la oscuridad, para llegar a este nuevo amanecer? ¡Qué frágil, delicada y clara se sentía, como la flor que se abre al final del invierno! Pero el eje de la noche había girado para dar paso al amanecer.

Su antigua experiencia se encontraba muy lejos: Skrebensky, su separación, muy lejos. Ciertas cosas se volvieron reales a lo largo de aquellas primeras semanas de esplendor. Hasta entonces le parecían una alucinación. Ahora las veía como cosas corrientes y reales. Lo demás era irreal. Sabía que Skrebensky nunca había llegado a ser definitivamente real. En las semanas de éxtasis y pasión, mientras compartían un mismo deseo, Ursula había creado a Anton. Pero al final él había fracasado y se había roto.

Era extraño el vacío que los separaba. Ursula lo apreciaba ahora como se aprecia un recuerdo, una identidad perdida. Skrebensky era parte del pasado, finito. Era lo conocido. Sentía un profundo afecto por él, el afecto que se siente por algo que ya es pasado. Pero cuando miraba adelante, él no estaba. No: cuando miraba adelante, a la tierra desconocida que se desplegaba a su alrededor, solamente acertaba a vislumbrar un fresco resplandor de la luz y unos árboles inescrutables que se alzaban como el humo desde el suelo. Era un mundo desconocido, inexplorado, un mundo desconocido en cuya orilla había desembarcado, sola, después de atravesar el vacío, la oscuridad que bañaba las orillas del Nuevo y el Viejo Mundo.

No estaba embarazada: se alegró. Si hubiera tenido un hijo, todo habría sido

ligeramente distinto. Se habría quedado con su hijo, sola, no habría vuelto con Skrebensky. Anton ya pertenecía al pasado.

Recibió un telegrama de Skrebensky: «Me he casado». Un desprecio, una rabia y un dolor antiguos se agitaron en su corazón. ¿De verdad pertenecía Skrebensky completamente al pasado? Lo repudió. Skrebensky era como era. Estaba bien que fuera así. ¿Quién era ella para que un hombre se amoldara a sus deseos? No le correspondía crear sino reconocer al hombre creado por Dios. El hombre debía surgir de lo infinito y ella debía acogerlo. Se alegraba de no poder crear a su hombre. Se alegraba de no tener nada que ver con su creación. Se alegraba de que esto estuviera en manos del inmenso poder en el que por fin encontraba descanso. El hombre podía surgir de la eternidad, a la que ella pertenecía.

A medida que recobraba las fuerzas, se sentaba en la ventana a contemplar una creación nueva. Veía pasar a la gente por la calle, mineros, mujeres, niños, todos encerrados en la corteza de un fruto viejo, pero a través de la corteza se entreveía el contorno hinchado y pujante de una nueva semilla germinada. En las formas quietas y calladas de los mineros detectaba una especie de pausa, una dolorosa espera de la nueva liberación: lo mismo detectaba en la confianza dura y falsa de las mujeres. La confianza de las mujeres era muy frágil. Podía quebrarse en cualquier momento para revelar la fortaleza y el esfuerzo paciente de la nueva semilla germinada.

En todo cuanto veía detectaba y buscaba a tientas la creación del Dios vivo, en lugar de la forma estéril, dura y vieja de la vida pasada. A veces la invadía un terror desmedido. A veces perdía pie, perdía sus sensaciones, únicamente conocía el horror de la cáscara vieja que la encerraba como al resto de la humanidad. Todos estaban encarcelados, todos se estaban volviendo locos.

Veía los cuerpos rígidos de los mineros, como si ya estuvieran encerrados en un ataúd, sus ojos fijos, los ojos de los enterrados vivos; veía las aristas afiladas y duras de las viviendas nuevas que se extendían por la ladera en su insensible triunfo, el triunfo de los ángulos amorfos y horrendos y de las líneas rectas, la expresión de la corrupción triunfante e invencible, una corrupción tan pura que al mismo tiempo es dura y frágil; veía el ambiente turbio en el monte ennegrecido, al otro lado, las manchas oscuras de las casas amorfas, con los tejados de pizarra, la antigua torre de la iglesia, horrenda en su forma obsoleta, por encima de las toscas viviendas que acababan de brotar en la cresta del monte, casas nuevas, de aristas duras, frágiles y amorfas, que se extendían desde Beldover hasta encontrarse con las nuevas y corrompidas viviendas de Lethley, y las de Lethley que avanzaban para mezclarse con las de Hainor, una corrupción aterradora, frágil y seca se extendía sobre la faz de la tierra, y Ursula sentía una náusea tan profunda que se moría allí mismo. Y entonces, entre las nubes empujadas por el viento, vio una leve franja iridiscente que teñía de tenues colores una parte del monte. Y, olvidándose de todo, sobresaltada, buscó con la mirada el color tembloroso y vio cómo se desplegaba un arco iris. Brillaba intensamente en un punto, y, con el corazón angustiado de esperanza, Ursula

buscó la sombra irisada donde debería encontrarse el arco. El color se concentró gradualmente, misteriosamente, desde ninguna parte, cobró presencia y compuso un tenue y gigantesco arco iris. El arco se doblaba y se fortalecía hasta alcanzar su indomable curvatura, levantando una gigantesca arquitectura de luz y color y creando a la vez el espacio del cielo, con sus luminosos pedestales en medio de la corrupción de las nuevas viviendas a los pies del monte, su arco la cima del cielo.

Y el arco iris se instaló en la tierra. Ursula supo que la gente sórdida, aislada y cubierta de duras escamas que recorría la superficie de la corrupción del mundo seguía viviendo, que el arco iris se arqueaba en la sangre de la gente y temblaría hasta cobrar vida en su espíritu, que todos se desprenderían del caparazón con que se protegían de la desintegración, que de los cuerpos desnudos, limpios, nuevos, germinaría una simiente nueva, un nuevo brote que crecería a la luz, al viento y a la lluvia limpia del cielo. En el arco iris vio la nueva arquitectura de la tierra que borraba la vieja y frágil corrupción de las casas y las fábricas, el mundo construido con la materia viva de la verdad, en armonía con la bóveda del cielo.